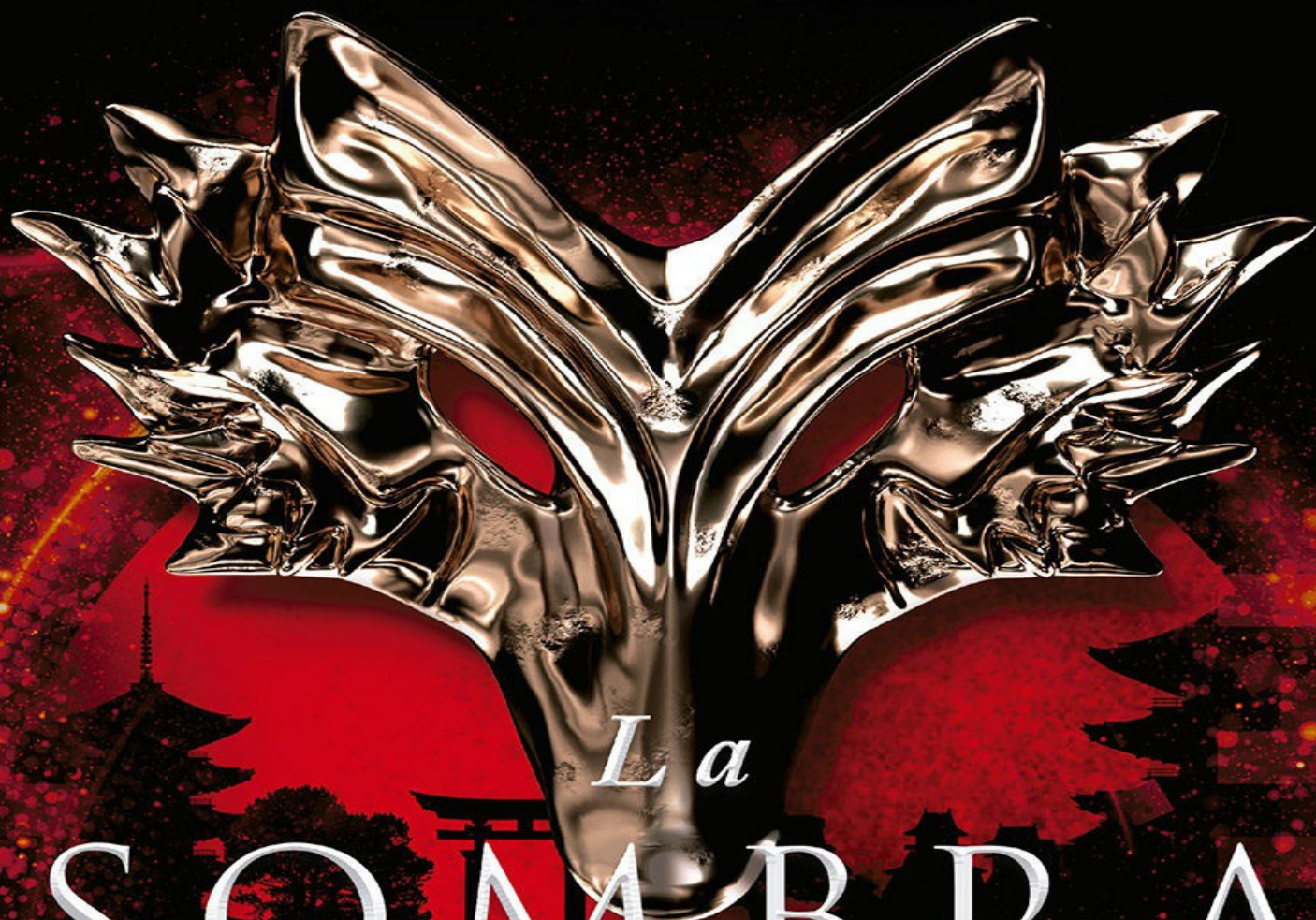


CUANDO EL DESTINO DEBE CUMPLIRSE,
LAS LEYENDAS RESURGEN.



La

SOMBRA

del

ZORRO

JULIE KAGAWA

GRANTRAVESÍA

CUANDO EL DESTINO DEBE CUMPLIRSE.
LAS LEYENDAS RESURGEN.



La
SOMBRA
del
ZORRO
JULIE KAGAWA

GRANTRAVESÍA

JULIE KAGAWA

La
SOMBRA
del
ZORRO



Traducción, glosario y notas de
Marcelo Andrés Manuel Bellon

GRANTRAVESÍA

Para Misa. Gracias por tanto, *sensei*





1

PRINCIPIOS Y FINALES

Llovía el día que Suki llegó al Palacio del Sol, y llovía la noche en que murió.

—Eres la nueva doncella, ¿cierto? —preguntó una mujer de rostro estrecho y huesudo, mientras la miraba de arriba abajo. Suki se estremeció, sentía cómo el agua fría de la lluvia se deslizaba a lo largo de su espalda y goteaba desde su cabello para salpicar el fino piso de madera. El ama de llaves resopló—. Bueno, no eres una belleza, eso es seguro. Pero no importa: la última criada de la dama Satomi era tan bonita como una mariposa, pero con la mitad del sentido común —se inclinó más cerca y entrecerró los ojos—. Dime, niña, dijeron que estabas dirigiendo el taller de tu padre antes de venir aquí, ¿tienes una cabeza inteligente sobre tus hombros?, ¿o está tan llena de aire como la de la última niña?

Suki se mordió el labio y miró el suelo. Ella *había* estado ayudando a administrar el taller de su padre en la ciudad durante la mayor parte de un año. Como la hija única de un célebre fabricante de flautas, a menudo era la responsable de tratar con los clientes cuando su padre estaba en el trabajo, demasiado absorto en su tarea para comer o hablar sino hasta que su última pieza estuviera terminada. Suki podía leer y llevar los números tan bien como cualquier niño, pero dado que era niña, no se le permitía heredar los negocios de su padre o aprender su oficio. Mura Akihito todavía era un hombre fuerte, pero se estaba haciendo viejo; sus dedos, alguna vez ágiles, se estaban

endureciendo con la edad y el uso. En lugar de casar a Suki, su padre había utilizado su escasa influencia para conseguirle un trabajo en el Palacio Imperial, de manera que ella estuviera bien cuidada en el momento en que él falleciera. Suki extrañaba su hogar y se preguntaba desesperadamente si su padre estaría bien sin ella, pero sabía que esto era lo que él quería.

—No lo sé, señora —susurró.

—Mmmm... Bueno, pronto lo averiguaremos. Pero yo estaría pensando en algo mejor para decirle a la dama Satomi. De lo contrario, tu estancia será incluso más corta que la de tu predecesora. Ahora, límpiate —continuó—, luego ve a la cocina y busca el té de *Satomi-sama*.¹ El cocinero te dirá dónde llevarlo.

Unos minutos más tarde, Suki caminaba por la terraza con una bandeja de té, intentando recordar las instrucciones que le habían dado. El Palacio del Sol del emperador era toda una ciudad en miniatura: el palacio principal, donde vivían el emperador y su familia, se levantaba por encima del resto, pero un laberinto de muros, estructuras y fortificaciones se extendía entre la fortaleza y el muro interno, todo diseñado para proteger al emperador y confundir a un ejército invasor. Nobles, cortesanos y samuráis desfilaban de un lado a otro en los pasillos, vestidos con túnicas de brillantes colores y diseños: seda blanca con delicados pétalos de *sakura*,² o de un rojo vívido con flores doradas de crisantemo. Ninguno de los nobles que pasaron a su lado le dedicó una segunda mirada. Sólo las familias más influyentes residían tan cerca del emperador: cuanto más cerca vivías de la fortaleza principal del palacio, más importante eras.

Suki vagó por el laberinto de terrazas; los nudos en su estómago se tensaban cada vez más mientras buscaba en vano el lugar correcto. Todo lucía exactamente igual. Edificios de techos grises con paredes de bambú y papel, y terrazas de madera entre ellos para que los nobles no ensuciaran sus ropajes sobre la tierra y el rocío. Las torretas de baldosas azules se alzaban sobre ella con esplendor regio, y decenas de diferentes pájaros cantores trinaban desde las ramas de los árboles perfectamente podados, pero la rigidez en el pecho de Suki y la agitación de su interior hacían imposible que pudiera apreciar algo de eso.

Una nota alta y clara cortó el aire y se elevó por encima de los tejados, haciendo que Suki se detuviera en seco. No era un pájaro, aunque un mirlo posado en un arbusto cercano gorjeó en respuesta. Era un sonido que Suki reconoció al instante, porque había memorizado todas y cada una de sus notas. ¿Cuántas veces lo había escuchado, proveniente del taller de su padre? La melodía dulce e inquietante de una flauta.

Hipnotizada, siguió el sonido, olvidando momentáneamente sus deberes y que su nueva señora casi con toda certeza estaría muy molesta de que su té se hubiera demorado tanto. La canción la atrajo hacia delante, una melodía triste y dolorosa, como un adiós o la visión del otoño desvaneciéndose. Suki podía decir que quienquiera que estuviera tocando el instrumento era definitivamente hábil; tanta emoción entre las notas de la melodía, era como si estuviera escuchando el canto de un alma.

Tan hipnotizada estaba por el sonido de la flauta, que olvidó cuidar sus pasos. Al doblar una esquina, Suki gimió consternada cuando un noble joven vestido con una túnica azul cielo y una flauta de bambú pegada a sus labios le cerró el paso. La tetera repiqueteó y las tazas se sacudieron peligrosamente cuando ella se desvió para evitarlo, en un intento desesperado por no derramar su contenido. El sonido de la flauta cesó cuando el noble, para el asombro de ella, se volvió y extendió una mano para ayudarla a estabilizar la bandeja antes de que cayera a la veranda.

—Cuidado con eso —su voz era alta y clara—. No quiero provocar un accidente, sería un desastre tremendo. ¿Está bien?

Suki lo miró fijamente. Era el hombre más apuesto que hubiera visto. *No, no apuesto*, decidió. *Hermoso*. Sus anchos hombros llenaban su túnica, pero sus facciones eran elegantes y delicadas, como un sauce en primavera. En lugar del moño de un samurái, su cabello era largo y lacio, caía más abajo de sus hombros y era de un blanco muy puro, del color de la nieve de la montaña. Pero lo más sorprendente era que él le estaba sonriendo, no con la fría y divertida sonrisita de la mayoría de los nobles y samuráis, sino con una sonrisa auténtica que alcanzaba la alegre media luna de sus ojos.

—Por favor, discúlpeme —dijo el hombre, mientras soltaba la bandeja y daba un paso atrás. Su expresión era tranquila, sin irritación en ella—. Esto ha

sido mi culpa, plantarme en medio del pasillo, sin pensar que alguien podría estar corriendo por la esquina con una bandeja de té. Espero no haberla molestado, ¿señorita...?

Suki abrió su boca dos veces antes de que alguna palabra lograra salir.

—Por favor, perdóneme, mi señor —su voz era un susurro. Los nobles no se dirigían así a los campesinos, incluso ella lo sabía—. Soy Suki, y sólo soy una doncella. Por favor, no se moleste con gente como yo.

El noble soltó una risita.

—No es una molestia, Suki-san³ —dijo él—. A menudo me olvido de dónde estoy cuando comienzo a tocar —levantó la flauta, haciendo que el corazón de Suki saltara—. Por favor, no piense más en lo sucedido. Puede regresar a sus deberes.

Se hizo a un lado para que ella pasara, pero Suki no se movió, incapaz de apartar la mirada del instrumento que reposaba en su delgada mano. La flauta estaba hecha de madera pulida, oscura y rica, y más recta que una flecha, con una banda distintiva de oro en un extremo. Sabía que no debería hablar con el noble, que él podría ordenar que la arrestaran, la encarcelaran e incluso la ejecutaran si así lo deseaba, pero las palabras escaparon sin que pudiera evitarlo.

—Usted toca magníficamente, mi señor —susurró—. Le presento mis disculpas, sé que no me corresponde decirlo, pero mi padre se sentiría orgulloso.

Él inclinó la cabeza, mientras un destello de sorpresa cruzaba su hermoso rostro.

—¿Su padre? —preguntó, mientras la comprensión se dibujaba en sus ojos—. ¿Usted es hija de Mura Akihito?

—*Hai* —asintió Suki.

Él sonrió e hizo la más ligera de las rereverencias.

—La canción es tan hermosa como el instrumento —dijo—. Cuando vuelva a ver a su padre, dígame que me siento honrado de poseer una obra maestra de esta naturaleza.

La garganta de Suki se cerró, y sus ojos se sintieron tibios y borrosos. El noble apartó la vista cortésmente, fingiendo interés en un árbol de cerezos en

flor, a fin de darle tiempo para que se tranquilizara.

—Ah, pero ¿quizás está perdida? —inquirió después de un momento, examinando una crisálida en una de las esbeltas ramas. Girando hacia atrás, sus delgadas cejas se elevaron, pero Suki no encontró burla en su postura o voz, sólo diversión, como alguien podría haberlo hecho al hablar con un gato vagabundo—. El palacio del Emperador puede ser deslumbrante para los no iniciados. ¿A qué residencia ha sido asignada, Suki-san? Quizá pueda señalarle la dirección correcta.

—La dama Satomi, mi señor —tartamudeó Suki, realmente sorprendida por su amabilidad. Sabía que debía hacer una reverencia, pero le aterrorizaba que el té se pudiera derramar con el movimiento—. Por favor, perdóneme, llegué apenas hoy al palacio, y todo es muy confuso.

Un ligero ceño fruncido cruzó el rostro del noble y el corazón de Suki casi se detuvo en su pecho, creyendo que lo había ofendido.

—Ya veo —murmuró, sobre todo para sí mismo—. ¿Otra doncella más, Satomi-san? ¿Cuántas necesita la concubina del Emperador?

Antes de que Suki pudiera preguntarse qué significaba eso, él se sacudió y sonrió una vez más.

—Bueno, la fortuna la favorece, Suki-san. La residencia de la dama Satomi no está lejos —levantó una de sus ondulantes mangas y señaló con un elegante dedo el pasillo—. Vaya a la izquierda alrededor de este edificio, luego camine derecho justo hasta el final. Es la última entrada a la derecha.

—¡Daisuke-san! —la voz de una mujer resonó por la terraza antes de que Suki pudiera murmurar un agradecimiento, y el hombre apartó su hermoso rostro. Momentos después, tres nobles mujeres, vestidas con elegantes túnicas verdes y doradas, se pavoneaban frente al edificio y lo miraban con el ceño fruncido mientras se apresuraban hacia donde él se encontraba.

—Aquí estás, Daisuke-san —resopló una de ellas—. ¿Dónde habías estado? Llegaremos tarde al recital de poesía de Hano-san. Oh —dijo al ver a Suki—, ¿qué es esto? Daisuke-san, no me digas que estuviste aquí todo este tiempo, hablando con una criada.

—¿Y por qué no? —el tono del joven era irónico—. La conversación de una criada puede ser tan interesante como la de cualquier mujer de la nobleza.

Las tres mujeres rieron como si eso fuera lo más divertido que hubieran escuchado jamás. Suki no entendía qué podía resultarles tan gracioso.

—Oh, Taiyo no Daisuke,⁴ dices las cosas más perversas —lo reprendió una de ellas detrás de un abanico blanco pintado con motivos de flores de cerezo—. Vamos, ahora. En verdad debemos marcharnos. Tú —dijo, dirigiendo su mirada hacia Suki—, vuelve a tus deberes. ¿Por qué estás allí parada boquiabierta? ¡Largo!

Tan rápido como pudo sin derramar el té, Suki se alejó. Pero su corazón todavía latía con fuerza, y por alguna razón no lograba recuperar el aliento. *Taiyo*. Taiyo era el apellido de la familia imperial. Daisuke-sama pertenecía al Clan del Sol,⁵ una de las familias más poderosas de Iwagoto, sangre del emperador. La extraña sensación en el estómago se intensificó, y sus pensamientos se convirtieron en un enjambre de polillas que revolotearon alrededor del recuerdo deslumbrante de su sonrisa y la melodía de la flauta de su padre.

De alguna manera, encontró el camino hacia la puerta correcta, al final de la terraza, por encima de los magníficos jardines del palacio. El panel de *shoji* estaba abierto, y Suki pudo oler el aroma humeante del incienso encendido que salía del oscuro interior. Arrastrándose dentro de la habitación, miró a su alrededor en busca de su nueva señora, pero no encontró a nadie. A pesar de la preferencia generalizada de los nobles por la simplicidad, esta habitación estaba profusamente desordenada. Las pantallas de ornamento la convertían en un pequeño laberinto, y las esteras de *tatami* se alineaban a lo largo de todo el piso, gruesas y suaves bajo sus pies. Había papel por todas partes: hojas de *origami* de todos los estilos y texturas se amontonaban en el lugar. Pájaros de papel doblado la observaban desde lo alto de cada superficie plana, dominando la habitación. Suki sacudió una parvada de grullas de *origami* de la mesa para poder dejar la charola del té.

—¿Mai-chan?⁶ —una sutil voz se derramó desde la habitación contigua, y el sonido de la seda susurró sobre el piso—. ¿Eres tú? ¿Dónde has estado? Estaba comenzando a preocuparme de que tú... oh.

Una mujer apareció en la puerta y se miraron mutuamente por un momento;

la boca de Suki colgaba abierta por el asombro.

Si Taiyo no Daisuke era el hombre más apuesto que había conocido, ésta era la mujer más elegantemente bella de todo palacio. Su ondulante túnica era escarlata con mariposas plateadas, doradas y verdes que revoloteaban en el frente. Su brillante cabello azabache estaba peinado con primor sobre su cabeza, perforado por palitos rojos y dorados y peinetas de marfil. Sus ojos oscuros, enmarcados por un perfecto rostro de porcelana, miraban a Suki con curiosidad.

—Hola —dijo la mujer, y Suki rápidamente cerró la boca—. ¿Podrías decirme quién eres?

—Yo-yo... soy Suki —tartamudeó la niña—. Soy su nueva criada.

—Ya veo.

Los labios de la mujer se curvaron en una leve sonrisa. Suki estaba segura de que si sus dientes quedaran al descubierto, iluminarían la habitación.

—¿Podrías venir aquí, pequeña Suki-chan? Por favor, no pises nada.

Suki obedeció, movió sus pies con sumo cuidado para evitar aplastar cualquier criatura de papel, y se paró frente a la dama Satomi.

La mujer la golpeó en el rostro con su palma abierta.

El dolor estalló detrás de su ojo, y ella se desplomó en el suelo, demasiado aturdida para jadear. Parpadeando para contener las lágrimas, se llevó la mano a la mejilla y miró sin comprender a la dama Satomi, que se cernía sobre ella con una sonrisa.

—¿Sabes por qué hice eso, pequeña Suki-chan? —preguntó, y mostró sus dientes ahora, pero a Suki le recordaron a una calavera sonriente.

—N-no, mi señora —murmuró, mientras su mejilla entumecida empezaba a arder.

—Porque estaba llamando a Mai-chan, no a ti —respondió la dama con una voz implacablemente alegre—. Podrás ser una boba campesina, Suki-chan, pero eso no excusa tu total ignorancia. Debes venir sólo cuando te llaman, ¿entendido?

—Sí, mi señora.

—Sonríe, Suki-chan —sugirió Satomi-sama—. Si sonríes, quizá pueda olvidar que tienes el acento de una sudorosa bárbara de campo y la cara de un

buey. Será en verdad difícil no detestarte a primera vista, pero haré un esfuerzo. ¿No es muy generoso de mi parte, Suki-chan?

Suki, sin saber qué responder, mantuvo la boca cerrada y pensó en Daisuke-sama.

—¿No es muy generoso de mi parte, Suki-chan? —repitió Satomi-sama, con cierto filo en su voz ahora.

Suki tragó saliva con fuerza.

—*Hai*, Satomi-sama.

La dama suspiró.

—Has aplastado mis creaciones —hizo un puchero, y Suki echó un vistazo a las criaturas de *origami* estrujadas por su cuerpo. La mujer se alejó gimoteando—. Estaré muy molesta si no las reemplazas. Hay una pequeña tienda pintoresca en el distrito del Viento que vende las hojas más delicadas de lavanda. Si corres, deberías alcanzarlos antes de que cierren.

Suki observó a través de una pantalla abierta las nubes tormentosas que se agitaban sobre el palacio. Un trueno retumbó mientras cadenas plateadas y azules se perseguían a través del cielo.

—*Hai*, Satomi-sama.

Los días siguientes hicieron que Suki ansiara volver al taller de su padre, a la tranquila comodidad de barrer, coser ropa desgarrada y cocinar tres veces al día. Al olor reconfortante del serrín y las virutas de madera, y a los clientes que apenas le dedicaban una mirada, preocupados sólo por su padre y su trabajo. Ella había pensado que sería bastante fácil ser la doncella de una gran dama, ayudarla a vestirse, entregar sus mensajes y cumplir con las pequeñas tareas mundanas que estaban por debajo de la atención de la nobleza. Tal vez así debería haber sido... Ciertamente, las otras criadas no parecían compartir sus predicamentos. De hecho, parecían hacer todo lo posible por evitarla, como si asociarse con la criada de la dama Satomi pudiera atraer la ira de ésta. Suki no podía culparlas.

Satomi-sama era una pesadilla, una hermosa pesadilla de seda, maquillaje y perfume embriagador. Nada de lo que Suki hacía era adecuado para la mujer. No importaba cómo fregara o limpiara, la ropa nunca se encontraba con la

satisfacción de Satomi-sama. El té que Suki preparaba era demasiado sutil, demasiado fuerte, demasiado dulce, siempre demasiado algo. Ningún esmero de limpieza era suficiente dentro de las habitaciones de Satomi-sama, siempre había una mota de polvo, una estera de *tatami* fuera de lugar, una criatura de *origami* en el lugar equivocado. Y cada falla era acompañada por una pequeña sonrisa de la dama y una bofetada impactantemente poderosa.

A nadie le importaba, por supuesto. Las otras criadas apartaban la mirada de sus moretones, y los guardias no la miraban en absoluto. Suki no se atrevía a quejarse: Satomi-sama no sólo era una gran y poderosa dama, sino la concubina favorita del emperador. Hablar mal de ella era insultar a Taiyo no Genjiro, el gran Hijo del Cielo, y resultaría en ser azotada, humillada públicamente o algo peor.

Lo único que salvaba a Suki de la completa desesperación era la idea de encontrarse otra vez con Daisuke-sama. Era un gran noble, por supuesto, muy por encima de su posición, y a él no le importarían los problemas de una humilde doncella. Pero incluso echarle un vistazo podría ser suficiente. Ella lo buscó en las terrazas y en los pasillos alrededor de la residencia de la dama Satomi, pero el bello noble no estaba por ningún lado. Más tarde, se enteró a través de los rumores que corrían entre la servidumbre que Taiyo no Daisuke había dejado el Palacio del Sol poco después de su llegada y se había dirigido a una de sus misteriosas peregrinaciones a lo largo del país. Quizá, pensó Suki, lo vería cuando regresara. Tal vez volvería a escuchar la flauta de su padre y lo seguiría hasta encontrarlo en las terrazas, con su largo cabello blanco flotando a sus espaldas.

Una bofetada resonante la sacó de su ensoñación y la derribó al suelo.

—Oh, querida. Eres una chica tan torpe —Satomi-sama la veía desde arriba, con su resplandeciente túnica de seda—. Levántate, Suki-chan. Tengo una tarea para ti.

En sus brazos, la dama llevaba un rollo de fino cordón de seda, de color rojo sangre. Cuando Suki se puso en pie tambaleante, el cordón fue arrojado a sus brazos.

—Eres una pequeña cosita de mente débil, ¿cierto? No tengo esperanzas de que te conviertas en una buena doncella. Pero incluso tú podrás ocuparte de

esta pequeña tarea. Lleva este cordón al almacén en los jardines orientales, el que está más allá del lago. Seguramente podrás hacer algo tan sencillo. Y deja de llorar, niña. ¿Qué pensará la gente de mí, si mi doncella va lloriqueando por doquier?

Suki despertó en medio de la oscuridad con un dolor punzante en el cráneo. Su visión estaba borrosa y tenía un extraño sabor cobrizo en la parte posterior de su garganta. En lo alto, un trueno rugió y un fuerte viento con olor a lluvia sopló sobre su rostro. El piso debajo de ella se sentía frío, y los bordes duros y pedregosos se presionaban incómodamente contra su estómago y su mejilla. Sin dejar de parpadear, intentó empujarse para enderezarse, pero sus brazos no respondieron. Un momento después, se percató de que estaban atados a su espalda.

El hielo inundaba sus venas. Rodó hacia un costado e intentó ponerse en pie, pero sus rodillas y tobillos también estaban atados (con la misma cuerda que había traído al almacén, según se dio cuenta) y habían metido un trapo en su boca, atado con una tira de tela. Con un chillido ahogado, se revolvió salvajemente, retorciéndose sobre las piedras. El dolor subió por sus brazos mientras se raspaba con el suelo, cortando su piel con los bordes de las rocas y dejando pequeños trozos de carne detrás, pero sus amarres se mantuvieron firmes. Jadeante, agotada, se desplomó contra las piedras, derrotada, y luego levantó la cabeza para mirar a su alrededor.

Se encontraba en el centro de un jardín, pero no en el prístino y elegante jardín del Palacio del Sol, con sus piedras blancas y arbustos recortados. Éste era oscuro, rocoso, y se encontraba en ruinas. El castillo al que estaba anexo también se veía oscuro y abandonado, y se alzaba sobre ella como una gran bestia sombría, con estandartes hechos jirones batiéndose contra las paredes. Hojas secas y piedras rotas estaban esparcidas por todo el jardín, y el yelmo de un samurái, vacío y oxidado, yacía muy cerca de ella. Bajo la luz titilante, podía ver el brillo de los ojos en lo alto de los muros: docenas de cuervos la observaban con las plumas erizadas contra el viento.

—Hola, Suki-chan —dijo una voz extrañamente alegre en algún lugar detrás de ella—. Por fin despertaste.

Suki estiró su cabeza hacia atrás. Satomi-sama estaba parada a unos pasos de distancia, con el cabello suelto y agitado por el viento; las mangas de su *kimono* rojo y negro parecían velas. Sus ojos eran duros, y sus labios estaban curvados en una pequeña sonrisa. Jadeando, Suki se sentó, queriendo pedir ayuda, preguntar qué estaba pasando. ¿Era éste un terrible castigo por decepcionar a su señora, por no limpiar, ir a buscar o servir de acuerdo con sus estándares? Trató de suplicarle con los ojos, lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas, pero la mujer sólo arrugó la nariz.

—Vaya chica tan perezosa, y tan frágil. No puedo soportar tu constante llanto —Satomi-sama resopló y se alejó un poco, sin volver a mirarla—. Bueno, sé feliz, Suki-chan, porque hoy tu miseria llegará a su fin, aunque eso significará que debo solicitar otra doncella... ¿qué sucede con todas estas criadas que huyen como ratones? Miserables ingratas, sin sentido de responsabilidad en absoluto —dijo un largo suspiro de sufrimiento, luego miró las nubes mientras relampagueaban y el viento arreciaba—. ¿Dónde está ese *oni*? —murmuró—. Después de todos los problemas que tuve para obtener una compensación adecuada, me sentiré muy enojada si no llega antes de la tormenta.

¿*Oni*? Suki debía estar imaginando cosas. Los *oni* eran grandes y terribles demonios que venían de *Jigoku*, el reino del mal. Había innumerables historias de valientes samuráis que exterminaban *oni*, a veces ejércitos de *oni*, pero se trataba sólo de mitos y leyendas. Los *oni* eran las criaturas con las que los padres amenazaban a los niños rebeldes: “No te acerques demasiado al bosque o un *oni* podría atraparte”. “Escucha a tus mayores, o un *oni* atravesará las tablas del suelo y te llevará a rastras hacia *Jigoku*.” Advertencias aterradoras para niños y enemigos monstruosos para samuráis legendarios, pero no criaturas que caminaran en *Ningenkai*, el reino mortal.

Hubo un destello cegador, un trueno y una gran criatura con cuernos apareció al borde del jardín.

Suki intentó gritar. La mordaza ahogó el sonido, pero ella siguió intentando hasta que quedó sin aliento, jadeante. La mordaza en su boca la ahogaba. Trató de escapar, pero cayó con fuerza contra las piedras y se golpeó la barbilla contra una roca, aunque apenas sintió dolor. Los labios de Satomi-sama se

movieron cuando le dirigió una mirada fulminante, quizá reprobando su estridencia, pero la mente de Suki no podía registrar más que al enorme demonio, ya que sólo podía tratarse de una pesadilla que avanzaba hacia la luz de las antorchas. El monstruo que no debería existir.

Era enorme, de unos cinco metros de altura, y tan terrible y aterrador como lo describían las leyendas. Su piel era de color carmesí oscuro, el color de la sangre, y una melena negra y salvaje caía por su espalda y sus hombros. Los afilados colmillos amarillos se curvaban desde su mandíbula, y sus ojos brillaban como brasas ardientes mientras el demonio avanzaba con pesadez, haciendo temblar la tierra. La pequeña parte del cerebro de Suki no congelada por el terror recordó que, en las historias, los *oni* vestían taparrabos hechos de grandes bestias a rayas, pero este demonio llevaba las placas de armadura lacada, con las hombreras rojas, las protecciones de los muslos y los brazaletes que los samuráis utilizaban cuando cabalgaban hacia la batalla. Sin embargo, fiel a los mitos, llevaba una *tetsubo*, una gigantesca maza con clavos de hierro, en una mano, y la balanceó hacia su hombro como si no pesara más que un pincel.

—Ahí estás, Yaburama —la dama Satomi levantó su barbilla mientras el *oni* se detenía frente a ella—. Soy consciente de que el tiempo en *Jigoku* no existe, y se dice que un día allá equivale a ochocientos años en el reino de los mortales, pero la puntualidad es un atributo maravilloso, algo a lo que todos podemos aspirar.

El *oni* gruñó, y un sonido profundo y gutural emergió de entre sus colmillos.

—No me sermonees, humana —retumbó, su terrible voz hizo que el aire se estremeciera—. Apelar a *Jigoku* lleva tiempo, en particular si deseas invocar un ejército.

Detrás del demonio, extendiéndose a su alrededor como una colonia de hormigas, apareció una horda de monstruos más pequeños. Erguidos alcanzaban apenas unos cuantos centímetros por encima de la rodilla, tenían la piel en diferentes tonalidades de azul, rojo y verde, y parecían *oni* diminutos, salvo por sus enormes orejas acampanadas y sus sonrisas maniacas. Vieron a Suki y comenzaron a avanzar, riendo y relamiendo sus dientes puntiagudos.

Ella lanzó un alarido detrás de la mordaza e intentó alejarse, pero no llegó más lejos que un pez fuera del agua.

El *oni* gruñó una advertencia, profunda como un trueno distante, y la horda se escabulló hacia atrás.

—¿Eso es mío? —preguntó el demonio, mientras su brillante mirada carmesí se posaba sobre Suki—. Se ve sabroso —dio un paso para acercarse, y ella casi se desmaya.

—Paciencia, Yaburama —Satomi-sama tendió una mano para detenerlo. Él entrecerró los ojos y mostró sus dientes ligeramente, pero la mujer no pareció perturbarse—. Podrás recibir tu pago en un momento —prosiguió—. Sólo quiero asegurarme de que sepas por qué fueron invocados y lo que tienen que hacer.

—¿Cómo podría no saberlo? —contestó el *oni* con impaciencia—. El Dragón está ascendiendo. El Herald del Cambio se acerca. Han pasado otros mil años en este horrible reino de luz y sol, y la noche del deseo ya casi sobreviene sobre nosotros. Sólo hay una razón por la que un mortal me invocaría a *Ningenkai* en este momento —una expresión de desprecio divertido cruzó su brutal rostro—. Te conseguiré el pergamino, humana. O un trozo, ahora que ha sido esparcido a los cuatro vientos —la mirada ardiente y roja se deslizó hacia Suki, y sonrió lentamente, mostrando sus colmillos—. Lo haré, después de cobrar mi pago.

—Bien —Satomi-sama dio un paso atrás, mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer—. Cuento contigo, Yaburama. Estoy segura de que hay otros luchando por encontrar todos los trozos del pergamino del Dragón. Sabes qué hacer si te encuentras con ellos. Bueno... —abrió una sombrilla rosa y la colocó sobre su cabeza—. Te la dejo. Disfrútala.

Mientras las cortinas de agua comenzaron a deslizarse por el jardín, Satomi-sama dio media vuelta y comenzó a alejarse. Suki gritó tras la mordaza y se arrojó hacia su señora llorando y suplicando, rezando a los *kami* y a cualquiera que pudiera escucharla. *Por favor*, pensó desesperadamente. *Por favor, no puedo morir así. No de esta manera.*

Satomi-sama hizo una pausa y la miró con sorna.

—Oh, no estés triste, pequeña Suki-chan —dijo—. Éste es tu momento de

mayor orgullo. Serás el catalizador que marque el comienzo de una nueva era. Este imperio, el mundo entero, cambiará debido a tu sacrificio el día de hoy. ¿Ves? —la mujer inclinó su cabeza y la observó como si se tratara de un cachorro lastimero—. En realidad, te has vuelto útil. Seguramente eso es suficiente para alguien como tú.

Detrás de Suki, el suelo tembló, una enorme garra se cerró sobre sus piernas y las uñas curvadas se hundieron en su piel. Ella gritó y se revolvió, tirando de las cuerdas, tratando de retorcerse fuera del agarre del demonio, pero no había escapatoria. Satomi-sama resopló, dio media vuelta y continuó, con la sombrilla oscilando bajo la lluvia, mientras Suki era arrastrada hacia el *oni* y los demonios menores gritaban y bailaban a su alrededor.

Ayúdenme. ¡Que alguien me ayude, por favor! Daisuke-sama... Abruptamente, sus pensamientos se dirigieron hacia aquel hermoso noble, hacia su bello rostro y su sonrisa, aunque sabía que él no vendría. Nadie vendría, porque a nadie le importaba la muerte de una humilde doncella. *Padre*, pensó Suki en su aturdida desesperación, *lo siento. No quería dejarte solo.*

En lo más profundo de su interior, destelló la ira, apagando por un momento el miedo. Era terriblemente injusto ser asesinada por un demonio antes de que ella pudiera defenderse. No era más que una criada, pero había esperado casarse con un buen hombre, formar una familia, dejar atrás algo que importara. *No estoy lista*, pensó Suki con desesperación. *No estoy lista para partir. Por favor, todavía no.*

Los dedos con garras se cerraron alrededor de su cuello, y ella fue levantada para enfrentar la terrible y hambrienta sonrisa del *oni*. Su aliento caliente, que olía a humo y a carne podrida, golpeó su rostro cuando el demonio abrió sus fauces. Afortunadamente, los dioses decidieron intervenir en ese momento, y Suki por fin se desmayó presa del terror: su consciencia abandonó su cuerpo un instante antes de que éste fuera partido por la mitad.

El olor de la sangre se esparció en el aire, y los demonios aullaron de regocijo. Desde el cuerpo mutilado de Suki, sin que fuera vista por la horda, e invisible para los ojos normales, una pequeña esfera de luz ascendió lenta en el aire. Flotó sobre la espeluznante escena y pareció observar cómo los

demonios menores peleaban por los restos; el estruendoso rugido de Yaburama se elevó en la noche mientras los apartaba a manotazos. Por un momento, pareció no saber si volar hasta las nubes o permanecer donde estaba. Ascendiendo sin rumbo fijo, se detuvo en un destello de color que brillaba a través de la lluvia, una sombrilla rosa que se dirigía hacia las puertas del castillo. El brillo azul y blanco de la esfera estalló en un carmesí furioso.

Rápidamente, desde el cielo, el orbe de luz voló en silencio sobre la cabeza del *oni*, cayó más abajo hasta el suelo y se deslizó por la puerta del castillo justo antes de que se cerrara, dejando detrás al *oni*, los demonios y el cuerpo destrozado y asesinado de una pequeña criada.

¹ El sufijo -sama es más formal que -san. Se utiliza para personas de una posición muy superior (como un monarca o un gran maestro) o alguien a quien se admira mucho.

² Muchos nombres y términos usuales del japonés se encontrarán marcados en cursivas a lo largo del libro. No olvides consultar el glosario al final de este volumen.

³ El sufijo -san expresa cortesía y respeto, es el honorífico más común, y se utiliza tanto en hombres como en mujeres.

⁴ En Japón, por norma de uso suele anteponerse el nombre de la familia, el apellido, al nombre de pila. Al tratarse de un noble, realeza, se usa además la partícula "no" que significa "de", para referirse a la pertenencia a una renombrada familia.

⁵ Taiyo significa "Sol".

⁶ El sufijo -chan es diminutivo y suele emplearse para referirse a chicas adolescentes o a niños pequeños, pero también para expresar cariño o una cercanía especial.

2

UN ZORRO EN EL TEMPLO

—¡Yumeko!

El grito resonó en el jardín, estruendoso y furioso, y me hizo hacer una mueca. Había estado sentada tranquilamente junto al estanque, arrojando migajas a los gordos peces rojos y blancos que se amontonaban bajo la superficie, cuando el familiar sonido de mi nombre cargado de ira hizo eco desde el templo. Rápidamente, me oculté detrás de la gran linterna de piedra en el borde del agua, justo mientras Denga acechaba alrededor de la orilla opuesta, con el rostro como una nube de tormenta.

—¡Yumeko! —gritó el monje otra vez mientras yo me presionaba contra la piedra áspera y cubierta de musgo. Podía imaginar su rostro, normalmente severo y plácido, volviéndose tan rojo como los pilares del templo, con el rubor arrastrándose hacia su frente calva. Lo había visto demasiadas veces para poderlas contar. Sin duda, su coleta trenzada y su túnica naranja se batían mientras giraba, buscando en los bordes del estanque, examinando entre las parcelas de bambú que rodeaban el jardín—. ¡Sé que estás por aquí, en algún lugar! —rugió—. ¡Pusiste sal en la tetera... otra vez! ¿Crees que a Nitoru le gusta que le escupan el té directo a la cara? —me mordí el labio para reprimir la risa y me presioné contra la estatua, tratando de permanecer en silencio—. ¡Desdichada niña endemoniada! —Denga bullía mientras el sonido de sus pasos se apartaba del estanque y se dirigía hacia el jardín—. Sé que en este momento te estás riendo a carcajadas, pero cuando te encuentre, ¡estarás

barriendo los pisos hasta la hora de la rata!⁷

Su voz se fue desvaneciendo en la distancia. Me asomé detrás de la piedra para ver cómo Denga continuaba por el camino hacia el bambú, hasta que se perdió de vista.

Solté un suspiro y me apoyé contra el cuerpo desgastado de la linterna, sintiéndome triunfante. *Bueno, eso fue entretenido. Denga siempre está muy tenso; en verdad necesita probar nuevas expresiones o su rostro se caerá en pedazos por culpa de la tensión.* Sonreí, imaginando la mirada en la cara del pobre Nitoru cuando el otro monje descubrió lo que había en su taza de té. Desafortunadamente, Nitoru tenía el mismo sentido del humor que Denga: ninguno. *Lo cierto es que es tiempo de hacerme perdediza. Robaré un libro de la biblioteca y me esconderé debajo del escritorio. Oh, espera... Denga ya conoce ese lugar. Mala idea.* Me encogí ante la idea de todas las extensas terrazas de madera que necesitarían un barrido completo si me encontraban. *Tal vez sea un buen día para no estar aquí. Al menos hasta que caiga la noche. Me pregunto qué estará haciendo la familia de los monos en el bosque el día de hoy.*

La emoción revoloteó. Alrededor de una docena de monos amarillos vivía dentro de las ramas de un antiguo cedro que se elevaba sobre todos los demás árboles del bosque. En días claros, si te subías hasta la cima, podías ver todo el mundo, desde el pequeño pueblo agrícola en la base de las montañas hasta el horizonte lejano. Cada vez que me encontraba en la cima de ese árbol, balanceándome con los monos entre las ramas, miraba por encima de la alfombra multicolor que se extendía delante de mí y me preguntaba si sería el día en que sería lo suficientemente valiente para ver qué pasaba más allá del horizonte.

Nunca lo fui, y esta tarde no sería diferente. Pero al menos no estaría aquí, esperando a que Denga, enojado, empujara con fuerza una escoba en mis manos y me dijera que debía barrer cada superficie del templo. Incluyendo el patio.

Me aparté de la estatua, di una vuelta alrededor... y me encontré cara a cara con Maestro Isao.

Lancé un chillido, di un salto hacia atrás y golpeé la linterna de piedra, que

era más grande y más pesada que yo, y se negó obstinadamente a ceder. El anciano monje con barba blanca sonrió con serenidad bajo su sombrero de paja de ala ancha.

—¿Vas a algún lado, Yumeko-chan?

—Mmmm... —tartamudeé, mientras frotaba la parte posterior de mi cabeza. Maestro Isao no era un hombre grande; delgado y pequeño, era una cabeza más bajo que yo incluso cuando llevaba sus *geta*, sus sandalias de madera. Pero nadie en el templo era más respetado, y nadie tenía tanto control sobre su *ki* como Maestro Isao. Lo había visto cortar un árbol por la mitad con un movimiento rápido de su mano, y golpear una roca gigante para convertirla en escombros. Era el maestro indiscutido del Templo de los Vientos Silenciosos, capaz de calmar a una sala de tenaces practicantes de *ki* sólo con su presencia, aun cuando nunca levantaba la voz o parecía enojarse; la expresión más dura que le había visto era fruncir ligeramente el ceño, y eso sólo había sido aterrador.

—*Ano*... —tartamudeé de nuevo, mientras sus pobladas cejas se alzaban con paciente diversión. No servía de nada mentir, Maestro Isao sabía siempre todo sobre todo—. Yo... iba a visitar a la familia de los monos en el bosque, Maestro Isao —confesé, pensando que ése era el menor de mis crímenes. No estaba estrictamente *prohibido* abandonar los terrenos del templo, aunque a los monjes ciertamente no les gustaba que lo hiciera. La cantidad de tareas, entrenamiento y deberes que me imponían cuando estaba despierta indicaban que trataban de mantenerme ocupada siempre que fuera posible. El único tiempo libre que podía tener por lo general era robado, como hoy.

Maestro Isao sólo sonrió.

—Ah. Monos. Bueno, me temo que tus amigos tendrán que esperar un poco, Yumeko-chan —dijo, sin sonar enojado ni sorprendido en absoluto—. Debo tomar prestado tu tiempo un momento. Por favor, sígueme.

Dio media vuelta y comenzó a rodear el estanque, para dirigirse al templo. Me sacudí las mangas y lo seguí por el camino de bambú salpicado por el sol y las sombras verdes, más allá de las piedras cantarinas donde la brisa zumbaba juguetonamente al pasar a través de los agujeros desgastados en las rocas, y sobre el puente rojo que se extendía sobre el arroyo. Un pájaro de

color marrón apagado revoloteó sobre las ramas de un árbol de enebro, infló su pecho y llenó el aire con la hermosa canción de un ruiseñor. Le devolví el silbido y me miró indignado antes de desaparecer entre las hojas.

Los árboles se abrieron, quedando atrás su follaje, mientras caminábamos más allá del pequeño jardín de rocas con su arena meticulosamente rastrillada, y subíamos los escalones del templo. Cuando entramos en el vestíbulo oscuro y fresco, descubrí a Nitoru, que me fulminó con la mirada desde el otro lado de la habitación, y me atreví a saludarlo con un insolente movimiento de mano, a sabiendas de que no se acercaría mientras yo estuviera con Maestro Isao. Tal vez tendría que barrer los escalones hasta el próximo invierno, pero la expresión en el rostro del monje valió la pena.

Maestro Isao me condujo por varios pasillos angostos, pasando por habitaciones individuales a cada lado, hasta que deslizó el panel de la puerta para abrirla y me indicó que pasara. Entré en una habitación familiar, pequeña y ordenada, vacía salvo por un gran espejo de pie en la pared opuesta y un pergamino colgante al lado. El pergamino representaba a un enorme dragón que volaba sobre un mar embravecido y un pequeño bote arrojado por las olas debajo de él.

Disimulé un suspiro. Había estado en esta habitación unas cuantas veces antes, y el ritual que seguía era siempre el mismo. Sabiendo lo que quería Maestro Isao, caminé con paso ligero a través de las esteras de *tatami* y me arrodillé frente al espejo, el único en todo el templo. Maestro Isao me siguió y se acomodó junto al espejo, frente a mí, con las manos sobre su regazo. Por un momento, se quedó allí, con los ojos serenos, aunque se sentía como si su mirada pasara a través de mí hacia la pared detrás de mi cabeza.

—¿Qué ves? —preguntó, como siempre lo hacía.

Miré al espejo. Mi reflejo me devolvió la mirada: una delgada chica de dieciséis inviernos, con el cabello negro y liso suelto sobre su espalda. Usaba sandalias de paja, una banda blanca y un corto *kimono* carmesí hecho jirones en algunas partes, sobre todo en las mangas largas y onduladas. Sus manos estaban sucias por arrodillarse en el estanque para hablar con los peces, y la tierra manchaba también sus rodillas y su rostro. A primera vista, parecía una harapienta pero perfectamente normal campesina, tal vez la hija abandonada

de un pescador o un granjero, arrodillada en el suelo del templo.

Si no te fijabas en la tupida cola naranja que asomaba por detrás de su *kimono*. Y las orejas grandes, triangulares y de punta negra que sobresalían de la parte superior de su cráneo. Y los brillantes ojos dorados que marcaban claramente que ella no era normal, que no era para nada humana.

—Me veo, Maestro Isao —le dije, preguntándome si, esta vez, sería la respuesta correcta—. En mi verdadera forma. Sin ilusión o barreras. Veo una *kitsune*.

Kitsune. Zorro. O media *kitsune*, con más precisión. Los *kitsune* salvajes, los zorros que vagaban por los lugares ocultos de Iwagoto, eran maestros de la magia de la ilusión y la metamorfosis. Si bien era cierto que algunos *kitsune* habían elegido vivir como animales salvajes normales, todos los zorros poseían magia. Los *kitsune* eran *yokai*, criaturas de lo sobrenatural. Uno de sus trucos favoritos era tomar forma humana, por lo general bajo el disfraz de una mujer hermosa, y atraer a los hombres por el mal camino. A simple vista, yo era una chica humana ordinaria, sin cola, orejas puntiagudas u ojos amarillos. Sólo delante de los espejos y las superficies reflectantes se revelaba mi verdadera naturaleza. Mesas lacadas, agua quieta, incluso la hoja de una cuchilla. Tenía que ser muy cuidadosa sobre dónde me colocaba y lo que había a mi alrededor, para que un observador agudo no notara que el reflejo en la superficie no coincidía exactamente con la chica que se encontraba frente a él.

O al menos eso era lo que los monjes me advertían. Todos ellos sabían lo que era y se aseguraban de recordármelo a menudo. “Mestiza”, “niña endemoniada” o “niña zorro” eran frases que formaban parte de mi vida cotidiana. No es que alguno de los monjes fuera cruel o desalmado, sino sólo práctico. Yo era una *kitsune*, algo no del todo humano, y no veían ninguna razón para pretender lo contrario.

Eché un vistazo a Maestro Isao y me pregunté si esta vez me diría algo diferente, cualquier indicio de lo que quería que dijera en realidad. Habíamos jugado al *¿Qué ves?* muchas veces en el pasado, y ninguna de mis respuestas, así fuera un humano, un demonio, un zorro o un pez, parecían satisfacerlo, porque siempre estaba de regreso en este lugar, mirando a la *kitsune* en el

espejo.

—¿Cómo están progresando tus lecciones? —continuó Maestro Isao, sin dar señal de que hubiera escuchado mi respuesta, o que ésta hubiera sido la correcta, aunque yo lo dudaba muy seriamente.

—Bien, Maestro Isao.

—Muéstrame.

Dudé, buscando un objetivo adecuado. No había muchos. El espejo, tal vez. O el pergamino en la pared. Pero ya había usado ambos en el pasado, y Maestro Isao no se impresionaría si mostraba los mismos trucos una y otra vez. Esto, también, era un juego que habíamos practicado a menudo.

Vi una hoja de arce amarilla, atrapada en el extremo de mi manga, y sonreí.

La levanté, la giré entre los dedos y el pulgar, y luego la coloqué con cuidado sobre mi cabeza. La magia del *kitsune* necesitaba un ancla, algo del mundo natural, para construir una ilusión alrededor. Había historias de *kitsune* muy viejos y poderosos que podían tejer ilusiones de la nada, pero yo necesitaba algo para unir la magia a ello. Con el punto focal en su lugar, entrecerré los ojos e invoqué mis poderes.

Desde antes de que pudiera recordar, la magia había llegado naturalmente a mí, un regalo del lado *yokai* de la familia, me dijeron. Incluso cuando era una niña pequeña, había demostrado un talento impresionante para ella, había hecho flotar pequeñas bolas de *kitsune-bi*, el fuego fatuo, sin calor, azul y blanco, a través de los pasillos del templo. A medida que fui creciendo, y mi magia también creció, algunos monjes pensaron que Maestro Isao debía hacer algo para sellar mi poder, de manera que no pudiera lastimar a nadie, ni a mí misma. Los *kitsune* salvajes eran famosos alborotadores. No eran intrínsecamente maliciosos, pero sus *bromas* podían ser desde simplemente molestas, como robar comida o esconder pequeños objetos, hasta peligrosas en verdad, como asustar a un caballo en un camino estrecho de montaña, o conducir a alguien hasta lo más profundo de un pantano o un bosque y que nunca fuera visto de nuevo. Lo mejor era que yo no tuviera esa tentación, al menos según Denga y algunos otros. Pero el maestro del Templo de los Vientos Silenciosos se había negado rotundamente. La magia de zorro era parte de la vida de un *kitsune*, dijo, algo tan natural como dormir o respirar. Negarlo

haría más mal que bien.

En cambio, practicaba mi magia todos los días con un monje llamado Satoshi, con la esperanza de que aprendería a controlar mi talento natural como zorro, y no al revés. Los monjes se habían mostrado escépticos al principio, pero yo sabía que Maestro Isao confiaba en que no usaría mis poderes para hacer travesuras, así que trataba de no ceder a la tentación. Sin embargo, algunos días era muy difícil no disfrazar al gato como una tetera, o hacer que una puerta cerrada pareciera abierta, o que un tronco se volviera invisible frente a los escalones. La magia de zorro no era más que ilusión y engaño. Denga se había enardecido en más de una ocasión, generalmente como receptor de una broma, y nada bueno podría salir de aquello.

Eso podría ser cierto, pensé, mientras el calor de la magia de zorro ascendía dentro de mí. Pero ciertamente es muy divertido.

Una onda me recorrió, como si mi cuerpo estuviera hecho de agua en la que alguien acababa de arrojar una piedra, y una bocanada de humo blanco me envolvió desde el suelo. A medida que los zarcillos de humo se disiparon, abrí los ojos y sonreí ante la imagen en el espejo. Maestro Isao me miró en el reflejo, una réplica perfecta del hombre sentado al lado del espejo, si no tomabas en cuenta la sonrisa algo petulante en su rostro curtido. Y la cola con punta blanca detrás de él.

El verdadero Maestro Isao rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—¿Es esto lo que tú y Satoshi han estado practicando? —preguntó—. Me estremezco al imaginarme el día en que *yo* sugiera que Denga-san vaya a atrapar un mono.

—Oooh, ¿cree que él lo haría? Eso sería gracioso. Mmmm, no es que alguna vez yo vaya a hacer algo así, por supuesto —levantando la mano, quité la hoja de arce de mi cabeza, y la ilusión se desvaneció, la magia de zorro se dispersó en el viento hasta que fui sólo yo una vez más. Girando la hoja entre mis dedos, me pregunté cuántos problemas tendría si me disfrazara como Maestro Isao y le dijera a Denga que saltara al estanque. Conociendo la devoción fanática del monje por su maestro, lo haría sin cuestionarlo. Y luego quizá me mataría.

—Dieciséis años —comentó Maestro Isao en voz baja. Parpadeé hacia él.

Eso era nuevo. Por lo general, para ese momento nuestra conversación habría terminado y él me daría instrucciones para que volviera a mis deberes—. Dieciséis años desde el día en que llegaste con nosotros —continuó, casi con nostalgia—. Desde que te encontramos fuera de la puerta en una canasta de pescado, con nada más que una túnica andrajosa y una nota clavada en la tela. “Perdónenme, pero debo dejar a esta niña a su cuidado”, decía la carta. “No la juzguen con dureza, ella no puede evitar lo que es, y el camino que yo sigo no tiene lugar para la inocencia. Su nombre es Yumeko, ‘hija de los sueños’. Edúquenla bien, y que el Gran Dragón guíe sus pasos, y los de ella.”

Asentí cortésmente, había escuchado esta historia docenas de veces. No había conocido a mi padre ni a mi madre, y no había pensado demasiado en ninguno de los dos. No formaban parte de mi vida, y no veía el punto de preocuparme por cosas que no podía cambiar.

Aunque el recuerdo era muy nebuloso, de cuando era apenas una niña pequeña, continuó acechando mis sueños. Había estado vagando por el bosque fuera del templo ese día, ocultándome de los monjes y persiguiendo ardillas, cuando sentí una mirada detrás de mí. Me volví y descubrí un zorro blanco parado sobre un tronco caído, me miraba fijamente, sus ojos amarillos brillaban en las sombras. Estuvimos mirándonos durante un largo momento, niña y *kitsune*, y aunque yo era muy pequeña, sentí una conexión con esta criatura, una sensación de anhelo que no comprendí. Pero cuando di un paso hacia él, el zorro desapareció. Nunca lo volví a ver.

—Dieciséis años —continuó Maestro Isao, ignorando mis pensamientos—. Y en ese tiempo te hemos enseñado nuestro camino, te guiamos hacia lo que esperábamos que fuera el sendero correcto, te entrenamos para buscar el equilibrio entre humano y *kitsune*. Siempre has sabido lo que eres: nunca hemos ocultado la verdad. He sido testigo tanto de la astucia del zorro como de la compasión humana dentro de ti. He visto insensibilidad y bondad en igual medida, y sé que en este momento tu equilibrio descansa sobre un borde muy delgado, entre la *yokai* y la humana. Lo que sea que elijas, sea cual sea el camino que desees tomar, incluso si intentas atravesarlos ambos, deberás decidirlo por ti misma, pronto. Ya casi llega la hora.

Él no ofreció mayor explicación de lo que quería decir, ni me preguntó si

había entendido. Tal vez sabía que la mitad de las veces yo no lograba desentrañar sus acertijos, y la otra mitad en realidad ni siquiera estaba escuchando. Pero asentí y sonreí, como si supiera a qué se estaba refiriendo, y dije:

—Sí, Maestro Isao. Entiendo. Suspiró y sacudió la cabeza.

—No tienes idea de qué estoy hablando, niña —afirmó, haciendo que me estremeciera—, pero eso está bien. Ésa no es la razón por la que te traje aquí hoy —apartó la mirada y ésta se volvió distante, esa sombra cayó sobre sus ojos una vez más—. Eres casi adulta, y el mundo exterior está cambiando. Es hora de que conozcas nuestro verdadero propósito, lo que el Templo de los Vientos Silenciosos protege.

Parpadeé y, en el espejo, las orejas de la *kitsune* se movieron con brusquedad hacia delante.

—¿Lo que... protegemos? —pregunté—. No sabía que protegíamos algo.

—Por supuesto que no —convino Maestro Isao—. Nadie te lo dijo. Es nuestro mayor secreto, pero es uno que tú debes conocer. El Dragón está ascendiendo, y otra época llega a su fin.

—Alguna vez, hace mucho tiempo —comenzó Maestro Isao en los tonos líricos de un maestro narrador—, existió un mortal, un joven señor que comandaba un gran ejército y tenía sirvientes que superaban en número a los granos de arroz que brotaban del campo. Su nombre se ha perdido en la leyenda, pero se dice que era un humano arrogante e iluso que deseaba convertirse en un *kami* inmortal, un dios. Con este fin, reunió a sus mejores guerreros y les ordenó que le trajeran el Fushi no Tama, una joya que se decía que otorgaría la inmortalidad a cualquiera que la poseyera. Desafortunadamente, la joya de la inmortalidad residía en la frente del Gran Dragón que vivía bajo el mar. Pero el alto señor codiciaba la inmortalidad, y ordenó a sus guerreros que recuperaran el Fushi no Tama a toda costa.

”Sus criados, un poco más sensatos que su maestro, fingieron que emprendían la búsqueda de inmediato, y tan seguro de su éxito estaba el señor que adornó sus habitaciones con oro y plata, y cubrió con tela de seda el techo de su casa, como correspondía a un dios.

”Pasaron varios meses sin noticias, y el joven señor, cada vez más impaciente, viajó a los acantilados sagrados de Ryugake, donde se decía que el Dragón vivía bajo las olas. Resultó que ninguno de sus guerreros había tomado un bote para buscar al Dragón, sino que habían escapado de la provincia en la primera oportunidad. Enojado por esta noticia, el señor arrojó la precaución a los vientos, contrató a un timonel y un barco, y subió a bordo para emprender la búsqueda él mismo.

”Tan pronto como el infortunado barco llegó al océano profundo, se desató una tormenta feroz y el mar se volvió contra el señor y su tripulación como una bestia enfurecida. Para empeorar las cosas, el señor fue afectado por una terrible enfermedad y yacía cerca de la muerte mientras el mar bramaba y aullaba a su alrededor. A medida que la tormenta crecía en ferocidad y la nave amenazaba con resquebrajarse, el timonel gritó que seguramente los dioses estaban enojados con ellos y que el señor debería ofrecer una plegaria para pacificar al Gran *Kami* de las profundidades.

”El señor por fin se dio cuenta de su error, y se sintió avergonzado y horrorizado por lo que había intentado hacer. Cayó de cara, rezó no menos de mil veces, arrepentido de la locura que lo había llevado a intentar matar al Dragón, y juró que no volvería a desafiar al Gobernante de las Mareas.

”Después, algunas leyendas afirman que el señor regresó a su tierra natal, y que nada sucedió más allá de que los cuervos robaron la fina tela de seda de su techo para revestir sus nidos. Sin embargo, una leyenda afirma que, después de que el señor terminó sus mil oraciones, los mares hirvieron y un poderoso Dragón ascendió desde las profundidades del océano. Tenía tres veces la longitud de la nave, sus ojos ardían como antorchas en medio de la noche y una brillante perla estaba incrustada en el centro de su frente.

”El señor estaba muy asustado, y tenía razón en estarlo porque el Dragón parecía estar muy disgustado, así que cayó boca abajo y suplicó al poderoso ente que tuviera piedad de él. El Dragón le presentó entonces una elección al señor: le otorgaría al mortal un deseo, cualquier cosa que anhelara (riquezas, vida inmortal, poder sobre la muerte misma), o le dejaría su alma. El señor eligió guardar su alma, y a casa regresó un hombre más sabio.

”Ahora, cada mil años, un año por cada plegaria que pronunció el señor, el

Dragón asciende nuevamente para el mortal que lo invoque. Si el alma del mortal es pura, si sus intenciones son justas y su espíritu es honorable, el Dragón le concederá el deseo de su corazón. Sin embargo, si el Dragón encuentra que el alma es ambiciosa, la arranca del cuerpo y la toma como el precio por la arrogancia del mortal que trató de convertirse en dios, hace tanto tiempo.

El silencio cayó después de que Maestro Isao terminara su historia. Permanecí sentada allí, pensando que era una historia intrigante, pero seguía sin entender qué tenía que ver con nuestro templo y lo que se suponía que debíamos proteger. Maestro Isao me miró por un momento, luego sacudió la cabeza.

—Ignoras por qué te conté esa historia, ¿cierto?

—Claro que no lo ignoro —protesté, y Maestro Isao levantó sus pobladas cejas—. Es para que yo pueda... mmm... bueno... sí, lo ignoro.

Nada dije, sólo esperé con paciencia, insistiendo desde el silencio, como solía hacer, para que yo misma lo resolviera. Me rompí la cabeza tratando de entender. Había mencionado a un dragón, tanto en la historia como antes, con el espejo, por lo que debía ser importante. ¿Qué había dicho él exactamente?

—El Dragón está ascendiendo —repetí, con lo que gané un asentimiento de aprobación—. Y en la historia, cada mil años puede ser convocado para otorgarle a un mortal su deseo —hice una pausa y fruncí el ceño ligeramente—. Entonces... ¿por qué el Dragón otorga deseos? Es un dios, ¿no es así? Seguro tiene cosas más importantes que hacer que aparecer cada mil años. ¿Le gusta otorgar deseos?

—El Dragón no es un títere que conceda deseos, Yumekochan —dijo Maestro Isao—. Es un Gran *Kami*, el Dios de las Mareas y el Herald del Cambio. Cada vez que aparece, para bien o para mal, el mundo sigue un rumbo diferente.

—Entonces, eso debe significar que... ¿es tiempo de que el Dragón ascienda nuevamente?

—Muy bien, Yumeko-chan —Maestro Isao asintió con solemnidad—. Estás en lo correcto. El tiempo del Dragón está cerca de nosotros. Y hay muchos, incluso ahora, que buscan una forma de invocarlo. Pero el Dragón

sólo ascenderá si se le convoca de la manera adecuada, y la única forma de hacerlo es recitar las oraciones del joven señor, palabra por palabra. Cada una de las mil oraciones.

—¿Mil oraciones? —ladeé la cabeza. Yo tenía problemas para recordar qué día de la semana era, así que no podía siquiera imaginar tener que recitar mil oraciones de memoria—. Eso suena terriblemente difícil. Y no creo que se trate de la misma plegaria, repetida una y otra vez. Alguien debe haberlas escrito...

Oh

Y las piezas encajaron en su lugar. El misterio del templo, el deber sagrado de los monjes. Miré el pergamino que colgaba de la pared, el Dragón y la nave perdida, y por primera vez me di cuenta de su importancia.

—Eso es lo que protegemos —adiviné—. La plegaria para convocar al Dragón. Está... aquí.

—Una parte de ella —dijo Maestro Isao con solemnidad—. Verás, Yumeko-chan... hace mucho tiempo, alguien usó el poder del Dragón para algo terrible. La oscuridad y el caos gobernaron, y la tierra estuvo cerca de quedar devastada. Se decidió que ese poder nunca debería volver a usarse, por lo que la plegaria se dividió en tres partes y se ocultó a lo largo de todo Iwagoto, de manera que la oscuridad no pudiera ascender una segunda vez.

—Pero... pensé que el Dragón sólo otorgaba deseos a los mortales honorables —dije—. A aquéllos cuyo corazón fuera *puro*. ¿Cómo podría el deseo ser usado para el mal?

—El camino a *Jigoku* está lleno de intenciones honorables —respondió Maestro Isao—. Y el poder absoluto puede corromper incluso al más puro de los corazones. Tal es la locura de los hombres. De cualquier forma, ahora que sabes lo que protegemos, Yumeko-chan, debemos ser muy cuidadosos. Ésa es la razón por la que estamos tan aislados, por la que el templo nunca recibe visitantes. Con la llegada del Dragón, el equilibrio cambiará. Fuera de estas paredes, la tierra está en caos. Los hombres luchan entre sí por el poder, cosas antinaturales se agitan y se levantan, atraídas por la sangre y la violencia, y la oscuridad crece en el mundo a causa del miedo. Es nuestro deber asegurar que la plegaria del Dragón nunca vea el mundo exterior, que guardemos este trozo

del pergamino de todos los que invocan su poder. Ésta es nuestra mayor responsabilidad y, ahora, también es la tuya. ¿Lo entiendes, jovencita?

Una araña de escarcha recorrió mi espalda, incluso cuando asentí.

—Creo que sí, Maestro Isao.

—Hay una sombra que se acerca a este lugar, pequeña *kitsune* —la voz de Maestro Isao se había vuelto suave, casi distante. No me miraba a mí, sino a la pared sobre mi cabeza—. Se acerca cada vez más y es posible que algunos de nosotros no sobrevivamos. Pero a ti no te atraparé si puedes encontrar el camino medio⁸ y mantener la luz —parpadeando, me miró de nuevo y su expresión distante se desvaneció mientras sonreía—. Ah, pero estoy divagando de nuevo, ¿cierto? —dijo con tono alegre—. Y creo que tenías algo que hacer hoy, ¿verdad, Yumeko-chan? Ah... y si quisiera evitar a Denga y Nitoru esta tarde, yo me escabulliría por la pared oeste —un ojo se cerró en un lento guiño mientras se ponía en pie—. Te veré esta noche en la cena. Da a los monos mis saludos.

Salió lentamente y cerró la puerta detrás de él, pero por unos minutos me quedé sentada allí, mientras la historia del deseo del Dragón giraba en mi cabeza, burlona y siniestra. No tenía idea de que este templo guardara algo tan poderoso, ignoraba que Maestro Isao y los demás no eran en realidad simples monjes, sino los protectores de un gran y terrible objeto. Una plegaria que podría convocar a un dios.

El Dragón está ascendiendo.

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Ésa era la razón por la que me encontraba aquí, en esta habitación? Siempre había sospechado que Maestro Isao había estado preparándose para algo, pero nunca había logrado averiguar qué. Mi propio futuro nunca fue claro, y rara vez me había cuestionado al respecto, demasiado preocupada por el presente y lo que podía hacer hoy. En el fondo, siempre había supuesto que algún día, cuando fuera lo suficientemente mayor, o valiente, abandonaría el Templo de los Vientos Silenciosos. ¿Esperaba Maestro Isao que me convirtiera en una protectora del pergamino del Dragón? ¿Que me quedara aquí y lo protegiera de aquéllos que deseaban invocar el poder del Dragón? ¿Para siempre?

Me sacudí. *¿Quedarme en este templo por el resto de la vida, sentada*

sobre un viejo pergamino polvoriento? Eso no puede ser lo que él quiso decir. Pensé en mis lecciones diarias con Maestro Jin, las enseñanzas sobre el mundo exterior y la vida más allá de las paredes del templo. Nunca había visto a un samurái en realidad, pero había leído todo sobre ellos en libros y pergaminos. Conocía los nombres de los clanes, sus costumbres y la historia de Iwagoto de trescientos años atrás. ¿Por qué molestarse en enseñarme todo eso si me iba a quedar en el templo protegiendo un pergamino? ¿Por qué Maestro Isao me haría aprender tanto sobre un mundo que nunca iba a llegar a ver?

Él no haría eso, no es tan cruel. Arrugando la nariz, me puse en pie y sacudí el polvo de mis rodillas, todavía desestimando la idea. No soy fuerte; no soy una guardiana, una guerrera ni una maestra de ki. Soy sólo una kitsune que puede hacer que una tetera dance. Además, Maestro Isao tiene a Denga, a Maestro Jin, Satoshi y a todos los demás para proteger la plegaria del Dragón. Ellos no necesitan mi ayuda.

Di un paso hacia la puerta, tratando de disolver el ominoso peso en la boca de mi estómago. La sensación de que el mundo había cambiado, de que algo estaba allí, acercándose, y yo no tenía el poder para detenerlo.

Basta, Yumeko. El hecho de que sepas sobre el pergamino no significa que algo aparecerá al instante para tratar de robarlo. Aplasté mis orejas, tratando de convencerme de que esto era una tontería, de que el frío que subía por mi espalda se debía sólo a que Maestro Isao era un brillante narrador y no era un presagio de lo que estaba por venir. Estoy siendo paranoica. Nunca me han gustado las historias de miedo. Tal vez si paso un rato en el bosque se me aclarará la cabeza.

Fortalecida, deslice la puerta para abrir sólo una rendija... y me encontré con un par de ojos severos e inmóviles mirándome fijamente desde el otro lado. Acepté en silencio la escoba de Denga y salí caminando de la habitación. Para cuando había barrido los pisos, las terrazas, las escaleras, los pasillos, las salas y toda superficie horizontal dentro y fuera del templo, la historia del pergamino y el deseo del Dragón se habían desvanecido de mi mente.

⁷ Antiguamente, en Japón el horario se dividía en doce periodos en lugar de las veinticuatro horas actuales, y cada uno de sus doce periodos era representado por uno de los doce signos del zodiaco chino; por lo tanto, cada “hora” del horario antiguo corresponde a dos horas del nuestro. La hora de la rata abarca el periodo entre las 23:00 de un día a la 1:00 del siguiente, que es cuando se cree estos animales son más activos.

⁸ Término budista que se refiere, en palabras llanas, a la reconciliación de la dualidad que caracteriza la vida.

3

EL GUERRERO SOMBRA

La noche olía a muerte. Tanto presente como por venir. Agachado en las ramas del retorcido árbol glicina, revisaba los terrenos de la finca del señor Hinotaka y tomaba nota de cada guardia, centinela y patrulla que caminaba por el perímetro. Había estado aquí durante casi una hora, memorizando la distribución de los terrenos, y había calculado el tiempo de las rotaciones de la patrulla en unos pocos segundos. Ahora, con la luna totalmente despierta y la hora del buey⁹ llegando a su punto máximo, la luz en la ventana superior del castillo finalmente se apagó.

Un viento cálido agitó las ramas donde me encontraba trepado, tirando de mi cabello y mi bufanda, y el sutil aroma de la sangre rozó mis sentidos.

Sentí una chispa en el fondo de mi mente, una agitada impaciencia que no era mía. Kamigoroshi o, mejor dicho, el demonio atrapado dentro de Kamigoroshi, estaba inquieto esta noche ante la sensación de la violencia que estaba a punto de desatarse. La espada, cuyo nombre significaba *Asesina de Dioses*, había sido un elemento constante en mi mente desde que tenía memoria, desde el día en que fui elegido para llevarla. Me había tomado más de la mitad de mis diecisiete años dominar la colérica arma, y sin el entrenamiento y la guía de mi *sensei*, habría sucumbido a la ira y la insaciable sed de sangre del demonio atrapado en mi interior. Ahora me jalaba, urgiéndome a sacar la espada, a saltar y teñir de rojo los terrenos de la finca.

Paciencia, Hakaimono, le dije al demonio, y sentí cómo se sosegaba,

aunque muy ligeramente. *Cumplirás tu deseo lo suficientemente pronto.*

Bajé por la rama y caí sobre el muro exterior, luego corrí a lo largo de los parapetos, con el borde deshilado de mi bufanda carmesí flotando a mis espaldas, hasta que llegué a un punto donde la esquina del techo del castillo de baldosas azules se acercaba al muro. Todavía eran casi cinco metros de distancia, pero tomé la cuerda y el gancho de mi cinturón, lo balanceé un par de veces y lo arrojé hacia el techo. El gancho hizo *clic* suavemente cuando atrapó una de las gárgolas de peces en la esquina, y balanceé la cuerda hacia las tejas. Justo cuando la tensé, un solo samurái rodeó el castillo y pasó debajo de mí, patrullando el muro interior. Me congelé de inmediato, escuchando los pasos que resonaban más allá de mí, y respiré lentamente para controlarme. No podía haber miedo, duda, enojo ni arrepentimiento. Nada que le diera a Hakaimono un punto de apoyo en mi mente. Si sentía algo, si permitía que la emoción me superara, el demonio tomaría el control, y me perdería bajo la ira y la sed de sangre de Hakaimono. Yo era un recipiente vacío, un arma para el Clan de la Sombra, y mi única obligación era completar la misión.

El samurái siguió su camino. Inmóvil, una sombra contra las baldosas, observé hasta que dio la vuelta al castillo y desapareció de mi vista. Luego, acechando silenciosamente sobre el tejado, me dirigí hacia la parte superior de la fortaleza.

Cuando me arrastré hacia una ventana abierta, las voces resonaron más allá del marco, haciendo que me tensara. Mi pulso se alteró, y Hakaimono presionó sobre ese momento de debilidad, instándome a cortarlos, a silenciarlos antes de que me descubrieran. Ignoré al demonio y me apreté contra la pared mientras dos hombres, samuráis, a juzgar por sus pasos de marcha, pasaban caminando, hablando en tonos furtivos.

—Esto es una locura —decía uno—. Ya faltaba Yoji, y ahora Kentaro desaparece sin dejar rastro. Es como si las paredes nos estuvieran tragando enteros. ¿Y de pronto Hinotaka declara los pisos superiores zona prohibida? —su voz se redujo a casi un susurro—. Tal vez sea el fantasma de la señora Hinotaka. Hay rumores de que fue envenenada...

—Cierra tu tonta boca —siseó el otro—. La señora murió trágicamente de

una enfermedad. Mantén esa lengua deshonrosa detrás de tus dientes antes de que te meta en verdaderos problemas.

—Tú puedes decir lo que quieras —retomó el primer samurái, a la defensiva—, pero este castillo se siente cada vez más oscuro conforme pasan los días. Yo, por mi parte, estoy feliz de ser movilizado mañana, incluso si la misión es una locura. No entiendo por qué nuestro señor requiere que una docena de hombres busquen un objeto antiguo en alguna parte de las montañas del Clan de la Tierra. No lo entiendo.

Las voces se desvanecieron y el castillo se sumió otra vez en el silencio. Me deslicé por la ventana y me encontré en un pasillo largo y angosto, con las paredes y los pisos de madera oscura. Todo estaba en penumbras; la única luz provenía del resplandor de la luna afuera, y las sombras se aferraban a todo. Me arrastré hasta el interior del castillo, con los sentidos alerta a las voces o los pasos que se aproximaran, pero a excepción de los dos guardias que estaban patrullándolo, el piso parecía desierto. Ningún sirviente vagaba por los pasillos, no había samuráis jugando *go* en sus habitaciones ni sentados juntos bebiendo *sake*. Un aura de miedo flotaba en el aire, manchando todo lo que tocaba. El demonio en Kamigoroshi también lo sintió y se agitó emocionado contra mi mente, una sombra viva que se enroscaba como una serpiente, anticipando con ansias lo que estaba por venir.

La escalera que conducía al último piso de la fortaleza se encontraba sin vigilancia en un rincón oscuro del castillo, al final del largo y estrecho pasillo. El aura del mal era más fuerte allí, y unos zarcillos de miasma negro purpúreo corrían por las escaleras, invisibles para el ojo humano normal. La barandilla y los escalones de madera comenzaban a pudrirse, y el techo que rodeaba la escalera parecía arruinado y endeble. Una polilla blanca apareció desde la ventana enrejada cercana y en el mismo instante giró en espiral hacia el piso, muerta.

Con la mandíbula apretada, comencé a subir las escaleras, ignorando la descomposición que se arremolinaba a mi alrededor, tratando de no respirarla. El piso superior se abrió, y sus gruesas paredes de madera con ventanas enrejadas mostraron el cielo abierto. Una neblina oscura ondulaba a lo largo del piso, proveniente de un par de gruesas puertas de madera contra la pared

opuesta.

Caminé hacia las puertas y apoyé una mano en la madera, sintiendo la enfermedad que la deformaba desde el interior, y luego empujé para abrirla.

Una niebla de corrupción púrpura y negra salió de la habitación y se retorció en el aire. Detenido en el umbral, miré hacia la oscuridad. Las paredes y el piso de la enorme habitación cuadrada estaban cubiertos por sábanas de telaraña blanca que colgaban del techo y se pegaban al piso; se envolvían alrededor de pilares y colgaban de las vigas. Los tendidos hechos jirones ondulaban con la brisa. Aquí y allá, racimos de huesos blanqueados colgaban de las telarañas, tintineando como grotescas campanillas de viento, y unos pocos capullos grandes, del tamaño de un hombre, estaban adheridos a las paredes, inmovilizados entre sus hilos.

Crucé el marco y oí la puerta crujir al cerrarse detrás de mí. La telaraña del piso se pegó a mis botas *tabi*, pero no lo suficiente para frenarme. Se agitó mientras caminaba, haciendo vibrar los hilos a mi alrededor y sonar las campanas de hueso. No intenté ser silencioso. Mi objetivo estaba aquí, no había razón para el sigilo.

Una leve risa surgió de la oscuridad, suave y femenina, y los vellos en mis brazos se erizaron.

—Escucho el golpeteo de pequeños pies masculinos —canturreó una voz, haciendo eco a mi alrededor, aunque no podía ver a través de las telarañas y sus hilos—. ¿Hinotaka me ha enviado otro juguete? ¿Algo joven y guapo que anhela ser amado? Ven a mí, cariño —continuó en un susurro inquietante, mientras yo apretaba la empuñadura de Kamigoroshi, sintiendo la salvaje anticipación del demonio—. Yo te amaré. Voy a envolver mi amor alrededor de ti, y nunca te dejaré ir.

Las últimas palabras resonaron directamente sobre mi cabeza, justo cuando Hakaimono daba un pulso de advertencia en mi mente. Me lancé hacia delante por instinto, sin molestarme en levantar la vista, y sentí que algo atrapaba la manga de mi vestimenta mientras me alejaba. Rodé para levantarme y giré para enfrentar una forma enorme y bulbosa que colgaba del techo, con ocho patas quitinosas curvadas alrededor del lugar donde había estado parado un momento antes.

—Ecurrídizo hombrecito bicho.

La enorme criatura desenrolló sus patas y se dejó caer al suelo; se escuchó un *clic* cuando se volvió para mirarme y se reveló la cabeza y el torso de una mujer hermosa fusionada al cuerpo de una araña gigante. Un elegante *kimono* negro y rojo cubría su mitad humana pero se veía ridículamente pequeño donde el tórax de la araña emergía por debajo de él. Alzándose imponente sobre mí, la *gorogomo* ladeó la cabeza y sonrió; sus pequeños colmillos negros se deslizaron entre los carnosos labios rojos.

—¿Qué es esto? —respiró, mientras me agachaba para quedar en cuclillas y tomaba la empuñadura de mi espada. Hakaimono rugió a través de mi cabeza, ansioso y cruel, agudizando mis sentidos y haciendo que el aire tuviera sabor a sangre—. ¿Un niño? ¿Has venido a mi guarida, a buscarme? —inclinó la cabeza hacia otro lado—. No eres como los otros, los hombres que Hinotaka envía a mi guarida, tan orgullosos primero, y tan aterrorizados después. Se agitan como grillos asustados. Pero tú... no tienes miedo. Qué encantador.

No respondí. El miedo era lo primero que había sido purgado de mi cuerpo; la emoción más peligrosa de todas. El miedo, mi *sensei* me había enseñado, era simplemente la aversión del cuerpo al dolor y al sufrimiento. Un samurái que se encontraba con un oso hambriento no le tenía miedo al oso en realidad, sino a lo que éste podía hacerle. Temía las garras que podrían rasgar su carne, los dientes que podrían arrebatarse la vida. Yo había sido entrenado para resistir lo que muchos no habrían podido, y la debilidad había sido vencida, quemada, cortada y despojada de mi cuerpo, hasta que sólo quedó un arma. No temía al dolor ni a la muerte, porque mi vida no me pertenecía. Una araña gigante devoradora de hombres no era más preocupante que un oso hambriento. Lo peor que ella podía hacer era matarme.

La *gorogomo* rio.

—Ven, hombrecito bicho —canturreó mientras extendía sus delgados y blancos brazos. Su voz se volvió suave, casi hipnótica. Zumbaba en mi cabeza, enroscando mi voluntad y tejiendo telarañas en mi mente—. Puedo sentir el deseo solitario en tu corazón. Déjame amarte. Déjame aliviar toda la preocupación y el dolor que pesan en tu alma. Podrás probar la dulzura de mi

beso y sentir la suavidad de mi abrazo antes de que te envíe delicadamente al éxtasis.

La *jorogumo* se acercó, sonriendo, y su rostro llenó mi visión hasta que no quedó nada más.

—Tienes los ojos más hermosos —ronroneó—. Como los pétalos de una flor de belladona. Quiero sacarlos y colgarlos en mi salón —se inclinó, y unas negras uñas curvas tocaron el costado de mi rostro—. Adorable pequeño ser humano... no deberíamos ser extraños esta noche. ¿Cuál es tu nombre, hombre bicho? Dime tu nombre, para que pueda susurrarlo amorosamente mientras te devoro por completo.

Sentí al demonio sonriendo en mi interior y escuché mi voz hablando con la mujer araña, aunque no fueron mis palabras.

—Tú ya sabes mi nombre.

Desenvainé la espada, y Kamigoroshi cobró vida, bañando la habitación con un funesto resplandor púrpura. La *jorogumo* chilló y se escabulló hacia atrás; su expresión serena se retorció en odio.

—¡Kamigoroshi! —siseó ella, mostrando sus colmillos. Sus ojos negros se estrecharon, evaluándome—. Así que tú eres el asesino de demonios de los Kage.

Con una sonrisa fría di un paso adelante, sintiendo que el poder de la espada se expandía y llenaba mis venas de furia y sed de sangre. La *jorogumo* retrocedió, sus múltiples patas golpearon el piso y su rostro palideció bajo la oscilante luz púrpura de Kamigoroshi.

—¿Por qué? —preguntó, con sus largos dedos curvados en garras mientras me miraba—. Tengo todo lo que quiero aquí. Todo lo que he tomado son los hombres que no son leales a Hinotaka, aquéllos que él ha declarado indignos de servirle. ¿Qué son las vidas de algunos samuráis para ti, asesino de demonios?

No respondí, seguí avanzando con la espada palpitando en mi mano. No me correspondía cuestionar las órdenes de mi clan, ni entender por qué quería destruir a este *yokai*. Aunque si tuviera que adivinar, la llegada de la *jorogumo* al interior del territorio del Clan de la Sombra era razón suficiente para actuar. Nosotros, la familia Kage, nos especializábamos en la oscuridad;

conocíamos los secretos de las sombras y las criaturas que acechaban mejor que cualquier otro clan en el imperio. Yo era el asesino de demonios de los Kage, éste era mi trabajo.

La *jorogumo* se hinchó de odio y furia.

—Miserable humano —escupió mientras su mandíbula se desencajaba y sus colmillos negros y curvados se deslizaban entre sus labios—. No me matarás como mataste a Yaku Cien Ojos, o a la tribu Nezumi de la aldea Hana. Te arrancaré la cabeza de una mordida y saborearé tu sangre mientras te deslizas por mi garganta.

Ella se abalanzó, una ráfaga de amarillo y negro a través del suelo, sorprendentemente rápida para su volumen, y mis sentidos también se dispararon. Salté a un lado cuando una de esas patas se clavó y se estrelló contra la madera con la fuerza suficiente para romper una tabla en dos. Girando, arremetí con Kamigoroshi para cortar otra extremidad en un chorro de icor negro, y la *jorogumo* chilló de rabia.

Hakaimono aulló de aprobación en mi mente, deleitado en la violencia, y me instó a liberar por completo su poder. Mantuve un estricto autocontrol, incluso mientras esquivaba la furiosa represalia de la *jorogumo* y sus largas patas caían sobre mí en su embestida. Atrapado en una esquina, susurré un conjuro rápido en el idioma de las Sombras, y otro yo se separó de mí mientras avanzábamos en direcciones opuestas.

La *jorogumo* vaciló, confundida con la aparición de mi reflejo, lo que nos dio suficiente tiempo para rodearla. Siseando, se giró hacia el adversario de su izquierda y arremetió con una pata. Atravesó el reflejo sin detenerse y se estrelló contra un pilar; la imagen espejo se disolvió en retorcida oscuridad y se desvaneció. Detrás de la enorme *yokai* ahora, levanté a Kamigoroshi y corté sobre el abultado abdomen.

El icor amarillo salpicó silbando hasta el piso, y el alarido de la *jorogumo* hizo vibrar las telarañas que nos rodeaban.

—¡Humano malvado! —chilló mientras se giraba para enfrentarme, dejando un rastro goteante de líquido espeso detrás de ella—. ¿Cómo te atreves a tocar mi hermoso cuerpo? —se tambaleó, con las patas arañando el piso para sostenerse, y me lancé hacia el lugar donde la mitad humana y la

mitad araña se fusionaban, con la intención de separarlas de una vez por todas.

La *gorogomo* mostró sus dientes cuando llegué a ella.

—¡Maldigo tus ojos! —siseó, y un chorro de líquido verde brotó disparado de sus mandíbulas y se dispersó en el aire. Me desvié para evitarlo, pero sentí una niebla de telaraña asentarse en mi rostro un segundo antes de que mis ojos comenzaran a arder. Parpadeé rápidamente y me alejé tambaleante, manteniendo a Kamigoroshi levantada mientras frotaba mi rostro con una manga. En medio de las lágrimas, vi una mancha amarilla y negra que llenaba mi visión, y la corté a ciegas. La hoja de la espada se hundió en algo grande mientras la pata quitinosa me golpeaba como una maza y me estrellaba hacia un lado. Sentí que Kamigoroshi se soltaba de mi mano mientras rodaba por el suelo y me enredé entre telarañas pegajosas antes de golpear la pared.

Aturdido, aún medio ciego, con los gruñidos frustrados de Hakaimono en mi cabeza, me levanté y busqué desesperadamente mi espada, pero mis pies fueron jalados con fuerza por debajo de mí. Golpeé el piso de cara y cuando miré hacia atrás me di cuenta de que gruesas hebras de telarañas estaban envueltas alrededor de mis piernas, y las cuerdas se estiraban desde el abdomen de la *gorogomo*. La enorme *yokai* sonrió, enseñando sus colmillos negros, y comenzó a jalarme como un pez.

—Ven a mí, pequeño y delicioso hombrecito bicho —canturreó, mientras yo comenzaba a deslizarme ineludiblemente hacia ella. Me voltee sobre mi espalda e intenté arrancarme las telarañas de las piernas, pero eran tan fuertes como cuerdas de seda y no cedieron. Desesperado busqué algo para liberar mis extremidades, furioso conmigo y con mi error, mientras imaginaba lo que diría Ichiro-sensei si me permitía ser devorado por una *gorogomo*. Busqué en el piso algún hueso afilado o mi espada perdida, pero a excepción del polvo y algunos huesos de dedos atrapados en las telarañas, no había nada cerca.

—Tengo un regalo especial para ti, humano —continuó la *yokai*, todavía arrastrándome por el piso—: puedes ser el anfitrión de mi próximo grupo de hijos. Pondré cien huevos en tu estómago y te mantendré con vida hasta el día en que salgan del cascarón y te devoren desde dentro —soltó una risita entre sus colmillos, y continuó atrayéndome por el suelo con una fuerza antinatural—. Me pregunto si mis bebés serán más fuertes que cualquier otro antes que

ellos —reflexionó—, después de darse un festín con el asesino de demonios de los Kage.

Me encontraba a sólo unos metros de la enorme *yokai*, lo suficientemente cerca para ver brillar el triunfo en sus ojos negros y el veneno gotear de su sonrisa, y mi estómago se revolvió con disgusto. No había otra opción. Me dejé caer de espalda, me relajé, cerré los ojos y abrí mi mente al demonio en la espada.

Respondió al instante, un resplandor brillante en la oscuridad que me llenó de rabia. Sentí la empuñadura de la espada mordiendo mi palma cuando apreté mi puño y abrí los ojos.

El rostro de la *yorogumo* estaba sobre mí, con sus mandíbulas abiertas y los colmillos negros curvados descendiendo hacia mi garganta. Vi mi propio reflejo en su mirada, mis ojos brillando carmesí, y capté el miedo de una fracción de segundo cuando se dio cuenta, demasiado tarde, de lo que en realidad había atrapado. Kamigoroshi azotó, cortando su rostro, y ella se tambaleó hacia atrás con un grito, mientras llevaba sus manos hasta sus ojos.

Corté las redes en mis piernas, salté, empujé la espada dentro del bulboso cuerpo de la *yokai*, directamente sobre su cabeza, y la hundí hasta la empuñadura. Antes de que la *yorogumo* pudiera moverse, corrí debajo de ella y continué cavando con la espada a través del abultado abdomen, hasta que salí por el otro lado.

Jadeando, bajé a Kamigoroshi, que escurrió icor amarillo al suelo, mientras la *yorogumo* detrás de mí se derrumbaba con un grito y sus miembros segmentados golpeaban contra el piso entre sacudidas. Dio vuelta sobre su espalda, agitándose con violencia, mientras estrangulados sonidos de asfixia salían de su boca, hasta que sus patas se curvaron sobre su estómago partido y por fin se quedaron quietas.

No es suficiente. Hakaimono todavía bramaba en mi mente, pidiendo más. Más sangre, más muerte. Su furia no estaba ni de cerca satisfecha, pero nunca lo estaba. Aunque sólo había ofrecido una pequeña porción de mi alma a la espada, el demonio hundió sus garras en las profundidades y luchó por mantener su agarre. Tomando una respiración profunda, cerré mi mente y mis emociones, para convertirme en un recipiente en blanco sin debilidades a las

que pudiera aferrarse. El demonio luchó contra mí, reacio a renunciar al control, a regresar a la oscuridad, pero me concentré en no sentir, en ser nada, y la presencia de Hakaimono desapareció.

—¿Qué has hecho?

La voz horrorizada resonó detrás de mí. Me volví, sujetando la empuñadura de mi sable, para enfrentarme a un hombre bajo y de mediana edad que se encontraba parado en la entrada. Su *kimono* azul y gris era muy fino, y tenía la apariencia suave y rolliza de un hombre que se alimentaba bien y se sentaba en los cojines más suaves. Su rostro pastoso estaba pálido mientras miraba frenético alrededor de la habitación.

—La mataste —jadeó, su oscura mirada cayó sobre la retorcida forma de la *jorogumo* muerta—. ¡La mataste! ¿Por qué? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

No respondí. Por supuesto, me daba cuenta de lo que había hecho: había matado a la *yokai* que mi clan me había enviado a destruir. Las razones no importaban. Yo era sólo un arma. Un arma no cuestionaba la intención de quienes la empuñaban.

—¿Cómo pudiste? —continuó el hombre, gimiendo mientras avanzaba—. Esta criatura fue la única que se preocupó por mí. El único ser viviente que alguna vez me dio amor. Mi odiosa esposa sólo me ofreció rencor y condena. Incluso mis hombres se burlan y hablan de mí a mis espaldas. Esta criatura... —miró con tristeza el cuerpo en el suelo— me liberó. Ella prometió que podría ayudarme a lograr el deseo de mi corazón, mi mayor anhelo —sus ojos se endurecieron y su barbilla tembló al tiempo que apretaba la mandíbula—. Habría alimentado gustosamente su apetito con mil hombres en agradecimiento por lo que me dio.

Las piernas del señor Hinotaka temblaron y cayó sobre sus rodillas; su mirada no se apartó ni un instante del cadáver de la *jorogumo* detrás de mí.

—Quien seas —dijo con voz temblorosa—, aléjate de mi fortaleza antes de que dé alerta a los guardias. Supongo que fuiste enviado a eliminar el monstruo del castillo de Usugurai, y que has cumplido con tu deber. Ahora vete, y que la maldición de un millar de espíritus resentidos caiga sobre ti el resto de tus días. Has matado a tu objetivo, ahora déjame con mi miseria.

—Todavía no —dije en voz baja, y levanté a Kamigoroshi una vez más—. Hay un monstruo más que debo eliminar, antes de que mi misión esté completa.

Hinotaka frunció el ceño, pero entonces sus ojos se agrandaron y tomó la espada en su *obi*... demasiado tarde. Kamigoroshi se deslizó por su cuello con un movimiento contundente y la cabeza del hombre cayó de sus hombros, rebotó una vez y rodó hasta detenerse junto al cadáver de la *jorogumo*. El cuerpo sin cabeza golpeó el piso y empapó la alfombra de telarañas de líquido carmesí.

Sacudí la sangre de Kamigoroshi y me tomé un momento para ver al gran señor desangrarse junto a su monstruo. No sentí placer al asesinar a Hinotaka. El clan había exigido su muerte, yo sólo había sido el instrumento para llevarlo a cabo. El señor del castillo de Usugurai había asesinado a su esposa para aplacar a la *jorogumo* y había sacrificado a sus hombres a sus deseos, pero no había sido más que una marioneta. Esta *jorogumo* era una *yokai* de doscientos años que había asolado a Iwagoto durante demasiado tiempo. Ella reclamaría una parte solitaria de un castillo, seduciría a su señor con promesas de amor o poder, y luego consumiría poco a poco a todos los hombres desde su interior. Cuando llegara el momento, inevitablemente se volvería contra el señor, lo paralizaría y lo ocultaría en su guarida, antes de abandonar el castillo y desaparecer en la oscuridad. Su última víctima sería encontrada días más tarde, colgando de las telarañas, con las entrañas ahuecadas y vacías por los cientos de arañas bebé que habrían masticado todo a su paso para liberarse. Durante algún tiempo, la *jorogumo* desaparecería, desvaneciéndose en rumores y leyendas, pero unos veinte años más tarde resurgiría al encontrar un blanco en otro castillo, y el ciclo comenzaría de nuevo.

Ya no. La *yokai* estaba muerta, y no habría más humanos sacrificados a su apetito. Hinotaka sería el último. Cómo los Kage habían sabido cuándo y dónde iba a emerger, y por qué me habían enviado a matarla ahora, yo no lo sabía. No me correspondía hacer preguntas; lo único que importaba era que completara la misión.

Sentí un leve destello de compasión mientras miraba el cadáver de Hinotaka. No era sino una víctima más en la larga fila de la *yokai*, pero ¿qué

llevaba a un hombre a permitir que un monstruo como éste entrara en su castillo, y mucho menos en sus afectos? No lo entendía, pero no importaba. Él estaba muerto, y su final había sido mucho más limpio que si la *jorogumo* hubiera terminado lo que había pretendido hacer.

Envainé mi espada, dejé la habitación, me deslicé por una ventana hacia el techo de la fortaleza y desaparecí en medio de la noche.

Cortinas de lluvia golpeaban el camino mientras me acercaba al pueblo, a casi un kilómetro del castillo de Usugurai. Me moví con sigilo a lo largo del techo de un edificio de dos pisos que servía como punto de encuentro para la misión, luego me dejé caer sobre una saliente y me deslicé por una ventana abierta.

Me agaché por instinto y rodé para alejarme cuando un *shuriken* se incrustó en el alféizar; la estrella de metal de cuatro puntas se hundió en la madera. Saltando a una posición defensiva en cuclillas, llevé una mano a la empuñadura de mi sable, mientras una risa resonaba en la oscuridad y una sombra se separaba de la esquina.

—Oh, lo lamento, Tatsumi-kun¹⁰ —la voz femenina era un murmullo divertido, luego Ayame apareció a la vista, sonriéndome. Como yo mismo, estaba enfundada en negro, llevaba brazaletes y botas *tabi*, y su largo cabello estaba atado por detrás. La empuñadura de una espada corta asomaba por encima de su hombro, y un *kusarigama*, una cadena con una hoz, colgaba de su cintura—. Pensé que eras una gran rata mojada que había trepado por la ventana.

—Ayame —me enderecé con recelo, con la mirada puesta en la otra *shinobi* que se acercaba a la ventana y sacaba el *shuriken* de la madera. Nos habíamos criado juntos desde que éramos muy jóvenes, habíamos asistido al entrenamiento básico *shinobi* juntos. Era difícil recordarlo ahora, pero ella podría haber sido mi mejor amiga. Eso fue antes de que el círculo de *majutsushi*, los magos del Clan de la Sombra, me eligieran para ser el nuevo portador de Kamigoroshi, y fuera llevado para recibir instrucción privada. No había vuelto a ver a Ayame hasta años después, y ambos habíamos cambiado. Ahora yo era el asesino de demonios de los Kage y ella, una hábil *shinobi*. Tenía sentido que ella estuviera aquí ahora, mirando y protegiéndonos de las

sombras—. ¿Dónde está Ichiro-sensei?

—Aquí.

La puerta se abrió y un hombre cruzó el umbral y entró en la habitación, sin hacer ruido. Podía describirse como común, un hombre bajo y de mediana edad con rasgos que uno fácilmente podría olvidar. Una apariencia diseñada por él de manera deliberada. Se movía con una fluida gracia que desmentía su apariencia humilde, y sus astutos ojos negros eran tan agudos como los de un halcón.

Ayame retrocedió y se ocultó en las sombras una vez más. Me arrodillé e hice una reverencia, manteniendo mi mirada fija en el suelo mientras el hombre se acercaba; sentí su mirada fija en mi nuca.

—¿Está hecho? —preguntó en voz baja.

—*Hai, sensei* —respondí sin levantar la vista.

—¿También Hinotaka?

—Todos los objetivos han sido eliminados, *sensei*.

—Bien —lo sentí afirmar—. El clan estará complacido. ¿Resultaste herido?

—La *jorogumo* escupió veneno en mis ojos, *sensei* —respondí—, pero ya no representa un problema.

Gruñó.

—No estabas prestando atención, entonces. Te dije que las arañas escupen cuando se sienten acorraladas. ¿Tuviste que llamar a Hakaimono?

—*Hai, sensei*.

—*Bakamono* —sentí un agudo y punzante golpe en la cabeza, que me hizo balancearme un poco hacia delante. Lo había estado esperando y no me moví cuando Ichiro-sensei emitió un sonido de disgusto—. Ésta es la segunda vez en el mismo periodo de tiempo, Tatsumi. Te estás volviendo descuidado.

Puse mis manos en el suelo y me incliné aún más, hasta tocar con mi frente las esteras de *tatami*.

—Perdóneme, *sensei*. Me esforzaré más la próxima vez.

—Sigue cometiendo errores y no habrá una próxima vez —gruñó Ichiro-sensei—. Sigue usando el poder del demonio y un día no serás capaz de controlarlo. Un error, una vida que el clan no haya requerido, y te *matarán*,

Tatsumi. Y luego no tendré más remedio que cometer *seppuku* por mi fracaso al enseñarte.

—Vamos, Ichiro-san —se escuchó una voz nueva, alta y entrecortada, y el sonido de los pantalones *hakama* entró en la habitación—. No seas demasiado duro con el chico. Le pedimos que matara a una peligrosa *yokai* de doscientos años de antigüedad que se había estado alimentando de hombres por siglos, y al señor traidor que estaba conspirando contra los Kage. Ha cumplido con su deber y el clan está complacido.

Levanté la cabeza y parpadeé cuando la luz de la linterna se derramó sobre mí e iluminó al extraño que había entrado en la habitación. Alto y delgado como una caña, llevaba una túnica negra con enjambres de flores blancas de *sakura*, y un abanico de seda blanca se sostenía entre dedos largos. El más delicado rastro de una barba de candado adornaba una mandíbula delicada, y levantó una ceja tan delgada como una línea de tinta, mientras me observaba como si yo fuera un curioso insecto en el suelo.

—Entonces, éste es nuestro pequeño asesino de demonios, ¿cierto? —el extraño ladeó la cabeza y sostuvo su abanico frente a su nariz. Pude sentir que me estaba sonriendo detrás de la seda—. Qué... intrigante. Bueno, Ichiro-san, no seas grosero. ¿No vas a presentarme?

Ichiro-sensei suspiró.

—Tatsumi, éste es Kage Masao —dijo bruscamente—. Nos honra con su presencia, ya que él es el principal asesor de Hanshou-sama.

¿Hanshou-sama? ¿La *daimyo* de la familia Kage? Una pizca de sorpresa pasó por mí. La dama Hanshou era la elusiva líder del Clan de la Sombra, una misteriosa mujer envuelta en leyendas y rumores, rara vez vista o mencionada, por temor a que sus espías personales escucharan y entraran en acción. Casi nunca abandonaba sus aposentos en el castillo de Hakumei, y muy pocas personas habían visto lo que había más allá de las puertas de la fortaleza. Se decía que Hanshou estaba rodeada por los *shinobi* más mortíferos de la Tierra, un grupo tan leal que se había cortado la lengua para nunca traicionar sus secretos. En cuanto a la propia Hanshou-sama, los rumores más oscuros decían que era inmortal, pero ni siquiera su propio clan sabía mucho sobre ella, quién era o cómo se veía. La mayoría estaba satisfecho con dejar que el

misterio continuara.

—No te muestres tan sorprendido, Tatsumi-san —Kage Masao cerró su abanico con un chasquido y juntó sus largos dedos—. Hanshou-sama ha estado observando tus hazañas, y tus continuos triunfos han llamado su atención. De hecho, por eso estoy aquí. Ella desea conocerte en persona, joven asesino de demonios. Voy a llevarte con ella esta noche.

—Así que deja de mirar boquiabierto como un pez en la arena —espetó Ichiro-sensei antes de que yo pudiera decir algo—, y ve a limpiarte. No podemos permitir que te presentes ante la *daimyo* del Clan de la Sombra luciendo como una vil rata.

Me incliné ante los dos hombres y obedecí: salí de la habitación y bajé los escalones hasta la planta baja.

Tengo que encontrarme con la daimyo de los Kage, la líder del Clan de la Sombra. Una oleada de lo que podría haber sido aprehensión cruzó por mi estómago. Inmediatamente, Hakaimono se movió, intrigado por el destello de emoción, y lo aplasté con frialdad, diciéndome que no debía sentir. Sabía que esto era un gran honor; pocos habían sido llamados a la presencia de Hanshou-sama, menos aún podían decir que la *daimyo* del Clan de la Sombra les había hablado de frente. Las misiones me eran comunicadas a través de Ichiro-sensei y el otro Maestro del clan; no había razón para que la líder de los Kage me las asignara en persona. Había oído hablar de samuráis que ganaban recompensas, reconocimiento y honor a través de grandes hazañas y actos de valor, pero tales oportunidades no eran concedidas a alguien como yo. Yo mataba demonios, monstruos y *yokai* porque ése era el propósito de mi existencia. Un arma no necesitaba elogio o reconocimiento para hacer su trabajo.

Entonces, ¿por qué Hanshou-sama quería verme?

Un sirviente me esperaba al pie de las escaleras, y lo seguí al pequeño cuarto donde sería atendido por un par de sanadores del Clan de la Sombra, como solía hacerse. Vestidos con túnicas color gris ceniza, me saludaron con el mismo desapego clínico que mostraban en cada revisión posterior a las asignaciones.

—Retírese las armas y la ropa —me dijo uno de ellos con tono aburrido, y señaló un taburete en el medio de la habitación—. Luego, siéntese.

Terminaremos con esto rápidamente.

Obedecí y me quité todas las armas, el *shuriken*, el garfio y el *kunai*, además de los cuchillos escondidos en mis brazaletes, antes de colocar a Kamigoroshi en la esquina. El sirviente, así como los dos sanadores, se mantuvieron alejados de la espada mientras yo la acomodaba, como si fuera una bestia terrible que los asaltaría si le daban la oportunidad. Sabía que me miraban de la misma manera. Todos los Kage estaban al tanto de la maldición de Kamigoroshi e interactuaban conmigo lo menos posible para evitar presionar al demonio. Cuando era niño, había sido terriblemente solitario por la forma en que todos retrocedían como si tuviera la peste. Ahora, eso no significaba nada para mí.

Después de quitarme el empapado traje negro, me senté en el taburete para que la pareja me examinara. Uno inclinó la cabeza hacia arriba para mirarme a los ojos, mientras que el otro me pinchaba en un costado, provocando una fuerte punzada de dolor.

—Mmmm —murmuró, clavando sus dedos en mi piel, pellizcando y pinchando. Tensé mi mandíbula y no hice sonido alguno—. Una fractura de costilla y varios moretones considerables a lo largo de su costado, pero nada más.

El otro jaló hacia abajo mi párpado mientras torcía mi cabeza hacia la luz.

—Rastros de veneno en sus ojos, no lo suficiente para cegarlos, por fortuna. ¿Le mordió la *jorogumo*? —me preguntó.

—No.

—Es bueno escuchar que sus entrañas no se están convirtiendo en sopa mientras hablamos. Y logró mantener la mayor parte de su sangre en el interior esta vez, bien hecho. Se vuelve muy tedioso cuando continuamente aparece casi muerto en el medio de la noche —soltó mi barbilla y se volvió para hacerle un gesto al sirviente—. Hemos terminado. Báñalo, venda los cortes y envíalo con Maestro Ichiro cuando hayas terminado.

El criado se inclinó en silencio mientras los sanadores salían de la habitación, luego recogió el balde que estaba acomodado junto al taburete y lo vació sobre mi cabeza. El agua helada empapó mi cabello y pareció rasguñar mi piel con garras de hielo, pero no me moví en tanto el sirviente enjuagaba el

polvo y la mugre de mi cuerpo, y me restregaba las heridas hasta que mi piel se tornó rosa. Cuando estuve limpio, derramó otro balde de agua sobre mi cabeza, vendó los cortes y se retiró sin decir una palabra.

En pie, miré alrededor y vi que otro criado había dejado una muda de ropa en el borde de la bañera: un par de pantalones *hakama*, un *obi* de color gris paloma y una túnica *haori* negra con una media luna blanca eclipsada por una luna oscura, el emblema del Clan de la Sombra, en la parte posterior.

Ichiro-sensei y Kage Masao me esperaban en la habitación contigua, hablando en voz baja con un par de tazas de *sake* entre ellos. No vi a Ayame, pero sabía que estaba cerca. Mi *sensei* sólo gruñó cuando me arrodillé sobre las esteras de *tatami* e hice una profunda reverencia, pero podía sentir a Kage Masao mirándome con una sonrisa casi depredadora mientras tocaba el suelo con mi frente.

—Ahí estás —comentó Ichiro-sensei cuando levanté la cabeza—. Bueno, parece como si un perro te hubiera masticado, pero al menos ya no luces como una rata mojada. Masao-san tiene un *kago* esperando afuera para llevarte por el pueblo. ¿Estás listo?

—*Hai, sensei.*

—¡Excelente! —Kage Masao se levantó en un aleteo de túnicas y abanico—. Vamos, pequeño asesino de demonios. No debemos hacer esperar a Hanshou-sama.

Él salió de la habitación. Me levanté para seguirlo, pero Ichiro-sensei me agarró del brazo cuando pasé junto a él y sus dedos ásperos se clavaron en mi mano mientras se inclinaba para acercarse.

—Escúchame, chico —gruñó, mientras yo seguía en las garras de mi *sensei*—, estás a punto de conocer a la persona más importante de los Kage, la líder del Clan de la Sombra. *No* me avergüences. Si me deshonras frente a la dama, te aseguro que la paliza que esta noche recibiste se sentirá como un arullo en comparación con lo que te espera. ¿Lo entiendes?

—*Hai, Ichiro-sensei.*

—Recuerda lo que te enseñamos. Repítelo, ahora.

—Soy nada —dije de manera automática—. Soy un arma en manos de los Kage. Mi vida sólo existe para ser el portador de Kamigoroshi y obedecer las

órdenes del Clan de la Sombra.

—Bien —asintió y me soltó—. Encárgate de recordarlo cuando hables con la dama. Ahora ve.

Kage Masao estaba parado bajo la terraza cubierta, mirando con desagrado la lluvia, con una colorida sombrilla sobre la cabeza. Un par de *kago*, literas individuales hechas de madera lacada y cargadas por cuatro portadores entrenados, esperaba en la parte inferior de la escalera. Nunca había sido llevado en uno; por lo general, estaban reservados para nobles e individuos importantes, no para humildes asesinos. Pero, tras echarle un vistazo a Kage Masao y su fina túnica, me di cuenta de que él no había viajado aquí a caballo y, desde luego, tampoco a pie.

—Qué horrible clima —suspiró y se llevó el abanico al rostro, como si la lluvia misma lo ofendiera—. Apropiado para este pequeño pueblo de mala muerte. Estaré encantado cuando haya terminado con esto —me echó un vistazo, ofreció una sonrisa brillante y señaló un *kago*—. ¿Bien, Tatsumisan? ¿Nos vamos?

El viaje fue bastante corto, dado que el pueblo no era grande, y pronto los sirvientes ya estaban deslizando la puerta del *kago* para revelar una posada, un gran *ryokan* de dos pisos que se levantaba al borde de la carretera enfangada. En el interior, seguí a Kage Masao escaleras arriba hasta una habitación al final de un pasillo y esperé en el vestíbulo mientras él entraba. Un momento después, un sirviente atravesó la puerta soltando algunas volutas de humo gris y me hizo señas para que entrara. La habitación del otro lado estaba envuelta en sombras y olía a incienso y tabaco. Entré con cautela y cuando la puerta se cerraba detrás de mí, caí de rodillas y presioné mi frente contra las esteras de *tatami*.

—Kage Tatsumi —ronroneó Kage Masao—, el asesino de demonios.

—Adelante, muchacho —dijo una voz ronca que me sobresaltó con su dureza—. Ven a la luz, déjame ver al portador de la leyendaria Kamigoroshi.

Parpadeando entre el humo, levanté la cabeza y avancé sobre mis rodillas, con los ojos entrecerrados para ver más allá de la lámpara que ardía en el borde de una mesa baja. Las botellas de *sake* se alineaban en la pulida superficie como filas de guerreros protegiendo a su general, y el incienso

colgaba espeso en el aire, con olor a humo y sándalo.

Más allá de la neblina y las botellas, alcancé a ver a la portadora de la voz y apreté la mandíbula para detener una fuerte inhalación. Sólo los años de entrenamiento y práctica mantuvieron mis rasgos sin expresión. Parecía como si el rostro de Hanshou-sama hubiera sido desollado, macerado y dejado al sol para que se quemara antes de ser colocado de nuevo sobre su cuello hundido. Pliegues de piel colgaban de sus delgados brazos; sus manos eran garras de ave marchitas y una de ellas sostenía una pipa de mango largo como si fuera su conexión con el mundo de los vivos. Unos cuantos tenues hilos blancos todavía estaban unidos a su cuero cabelludo y flotaban en el aire como seda de araña. Un ojo lechoso estaba medio cerrado y el otro ardía con tal intensidad que rayaba en la locura.

En el rostro de Hanshou-sama se dibujó una amplia sonrisa sin dientes ante mi silencio.

—No es exactamente lo que esperabas, ¿cierto, asesino de demonios? —rio—. Sigue mirando, pero este rostro no va a ser más bonito.

De inmediato presioné mi rostro contra las esteras de *tatami* otra vez, pero la dama Hanshou dejó escapar un bufido.

—Oh, levántate, muchacho —espeté con voz impaciente—. Déjame mirarte a los ojos. *Kami* misericordioso, vaya que eres joven —exclamó mientras me levantaba—. ¿Cuántos años tienes, chico? ¿Catorce? —sin esperar una respuesta, golpeó la pierna de Kage Masao con el dorso de su mano—. ¡Masao-san! ¿Cuántos años tiene él ahora?

—Diecisiete, mi señora.

—¿En verdad? —el rostro de Hanshou-sama adquirió una expresión que podría haber pasado por sorpresa—. Parece más joven. Ah, pero todos ustedes son bebés de pecho a mi lado —buscó a tientas una botella de *sake*, logrando de alguna manera dejar intactas las que estaban vacías. Kage Masao tomó la botella y le sirvió una copa de licor de arroz, que bebió de un solo trago, luego sostuvo la taza para que le sirvieran más.

—Ocultas bien tu disgusto —con un sobresalto, me di cuenta de que estaba hablando conmigo. Su ojo claro giró para fijarse en mí con una mirada brillante e intensa—. Mejor que Ichiro, su acechante pequeño pupilo, o incluso

que Masao. No siempre fui así, ¿sabes? —inhaló y soltó una nube de humo, que se enroscó alrededor de mí como codiciosos tentáculos—. Alguna vez fui tan bella que el mismo Emperador Taiyo no Gintaro quiso convertirme en su consorte, y suspiró por mí cuando me negué.

No conocía el nombre de ese emperador. Taiyo no Genjiro era el actual emperador, gobernante del Palacio Dorado, y Taiyo no Eiichi había sido el emperador antes que él. Sin saber qué decir, permanecí en silencio. Hanshou me miró, su voz se volvió astuta y sus labios se torcieron en una sonrisa.

—Pude haber robado incluso tu afecto, asesino de demonios —afirmó con voz ronca—. Hacer que me desearas como el demonio en tu espada desea la batalla. No habrías podido resistirte. ¿Qué piensas de eso?

Kage Masao se aclaró la garganta.

—Mi señora, el tiempo se agota —dijo—. No podrá permanecer en este clima mucho tiempo más. Necesitamos regresar al castillo de Hakumei esta noche.

Hanshou-sama hizo un puchero.

—Oh, muy bien —suspiró—. Supongo que no debería seguir molestando al chico. Pero no eres nada divertido, Masao —se sentó un poco más erguida, metió la pipa en su boca y me miró por debajo de su nariz—. Asesino de demonios de los Kage, te he llamado aquí para una tarea muy importante. Esta noche, te enviaré a la misión para la que has nacido.

Hizo un gesto, y Kage Masao se adelantó para colocar varias hojas de papel sobre la mesa frente a mí. Las tomé. Algunas eran documentos de viaje con el sello de la *daimyo* Kage; documentos que permitían atravesar los territorios de los otros clanes sin ser detenido en los puestos de control. Me sorprendió, pero sólo por un instante. Técnicamente, la Tierra estaba en paz. El último emperador había prohibido la disputa abierta, y los clanes habían disfrutado de un inusual periodo de calma entre siglos de lucha y derramamiento de sangre. En los últimos tiempos, sin embargo, las disputas habían estallado de nuevo, sin que esto sorprendiera a nadie. Había demasiada animosidad, demasiados rencores y disputas y venganzas personales entre los Grandes Clanes; todo lo que se necesitaba era un solo acto agresivo, un insulto que no pudiera ser ignorado, y los *daimyo* se atacarían entre sí otra vez. Si yo

fuera descubierto en territorio de un clan rival sin permiso, ése podría ser el acto de agresión necesario para declarar la guerra. Y aunque estaba seguro de poder hacerlo sin ser atrapado, entendí la precaución de Hanshou-sama.

El otro documento era un pergamino que, al extenderse, mostraba un mapa de las montañas en algún lugar del territorio del Clan de la Tierra. Un río serpenteaba por el mapa, cortando bosques y llanuras hacia el norte. Pensé que lo reconocía como el Hotaru Kawa, el río que finalmente llevaba a Kin Heigen Toshi, la gran ciudad capital en el centro del territorio del Clan del Sol. La capital, sin embargo, no era mi destino. Por la *X* marcada en la cima del pico más grande de la montaña, supuse que ése sería mi objetivo.

—El Templo de los Vientos Silenciosos se encuentra en lo alto de las montañas Niwaki a lo largo del borde oriental del territorio del Clan de la Tierra —dijo Hanshou-sama, confirmando mi sospecha—. Llegarás hasta sus puertas, te harás pasar por un peregrino y pedirás que te permitan pasar ahí la noche. Si te lo permiten, tanto mejor. Si no, te infiltrarás en el templo de otra manera. No importa cómo entres, sólo que encuentres aquello por lo que estás siendo enviado.

—Entendido —respondí. Un templo lleno de monjes no era mi objetivo habitual; la mayoría de las órdenes religiosas eran pacíficas, organizaciones reflexivas que se mantenían neutras frente a la política y la lucha de los clanes. Pero no me correspondía interrogar a mi *daimyo*.

—¿Quién es mi objetivo?

—Esto no es una misión de muerte —respondió Hanshousama, para mi gran sorpresa—. Te estoy enviando a recuperar un objeto para mí. Preferiría que no corriera la sangre, pero podría resultar que tus talentos sean útiles. Te estoy enviando a ti, Tatsumi, porque Ichiro cree que, entre tus compañeros *shinobi*, eres el mejor, y llegar al objeto puede ser desafiante, incluso para alguien como tú —su ojo sano se redujo, sus palabras se volvieron ásperas—. Pero es *imperativo* que lo recuperes. No importa lo que implique ni a quién tengas que matar. No te atrevas a regresar sin él... es una orden de tu *daimyo* —su voz se volvió aún más áspera, hasta convertirse en un gruñido que hizo que un escalofrío subiera por mi espalda—. Asesino de demonios de los Kage, debes saber que si me fallas, las consecuencias serán terribles. Te

estaremos observando, y el Clan de la Sombra no tolera la desobediencia. ¿Entiendes?

—Mi señora, mi vida está ligada a los Kage —me incliné una vez más, recitando las palabras que se esperaban de mí. No importaba si lo decía en serio; sin embargo, eran verdad—. Y a su eminencia. No fallaré. Sólo indíqueme lo que estoy buscando, y será cumplido. ¿Qué debo recuperar?

El ojo de Hanshou-sama ardió enfebrecido en la habitación a oscuras, y sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Perdí cierto pergamino —susurró—, años, muchos años atrás.

⁹ La hora del buey comprende el periodo entre la 1:00 a las 3:00 horas, momento en que se cree estos animales se preparan para salir al campo.

¹⁰ El sufijo -kun es un honorífico utilizado generalmente en hombres, y se refiere a una persona de menor edad o posición. También lo utilizan los jóvenes entre sí como una expresión de cercanía y afecto.

4

Té Tanuki

Odiaba encender las velas en el salón principal.

Doscientos setenta y siete. Doscientos setenta y siete velas que debían ser encendidas, una por una, alrededor de la habitación. Todas las noches, antes del atardecer, para que los monjes pudieran celebrar sus meditaciones nocturnas. No recuerdo en qué momento encender las velas se convirtió oficialmente en mi deber; sospechaba que Denga o Nitoru le habían sugerido la idea a Maestro Jin, el viejo monje encargado del salón, para “enseñarme paciencia y dedicación”. Ciertamente, necesitabas ambas cosas para esta tarea. El salón principal era enorme, con pilares altísimos y pisos de madera oscura tallados hasta quedar tan brillantes que en él se podía ver el reflejo de cada una de las velas titilantes. Al final del salón se encontraba la enorme estatua verde del Profeta de Jade, cuyas enseñanzas trataban de emular todos los monjes. No había ventanas, y la única luz natural provenía de la enorme puerta de madera de la entrada, por lo que la habitación estaba constantemente oscura y silenciosa. Cuando se encendían todas las velas, éstas creaban un brumoso resplandor naranja en toda la habitación, transformando el salón en un peculiar refugio de sombras y luces danzantes.

Pero tomaba una eternidad encenderlas.

Suspiré mientras bajaba el candelabro y echaba un vistazo lastimero alrededor de la habitación. Faltaban tantas todavía. Ni siquiera había terminado con las más de treinta velas que estaban en el altar. Si sólo hubiera

una manera de encenderlas todas a la vez...

Hice una pausa, y una sonrisa se extendió por mi rostro ante la idea. De hecho, yo sí *podía* encenderlas todas a la vez. Era una *kitsune*, después de todo. El *kitsune-bi* era fuego, ¿cierto? Fuego mágico sin calor, pero mucho más fácil de manipular que las flamas normales. A los monjes no les gustaría, por supuesto. Nitoru y Denga definitivamente no lo aprobarían, pero no aprobaban nada de lo que yo hacía, en realidad.

Apagué la vela que tenía en mi mano y la puse en el piso. Me levanté, medio entrecerré los ojos, puse mi palma abierta frente a mi rostro e invoqué la magia.

Una flama fantasmal, azul y blanca, chisporroteó a la vida entre mis dedos. Titiló y danzó inofensivamente contra mi piel, proyectando espeluznantes sombras sobre las paredes y los pilares, creciendo cada vez más, hasta que acuné entre mis manos una esfera brillante de fuego fatuo. Por sólo un instante, vi mi sombra en la pared del templo: una figura humana con orejas puntiagudas y una cola tupida ondeando detrás de ella.

Levanté la cabeza, lancé una mano en arco, y el *kitsunebi* se dispersó en todas direcciones: diminutas flamas volaron a través de la habitación como estrellas fugaces. Bajé el brazo y observé mi obra con aire de suficiencia. El salón brillaba ahora con fuegos fatuos de color azul y blanco, luminiscentes llamas que flotaban en el extremo de los candeleros. En mi opinión, era mucho más bonito que el fuego ordinario, aunque daba a la habitación un aire fantasmal e inquietante.

Sin embargo, lo más importante era que todas las velas estaban encendidas. Y todavía faltaba por lo menos una hora para la meditación de la noche, así que yo estaba libre hasta entonces. Sacudí el polvo de mis manos y me dirigí a la salida.

Las voces afuera hicieron que me quedara congelada. Me deslicé a lo largo de la pared hacia la puerta y eché un vistazo por el marco. Maestro Jin estaba subiendo los escalones hacia el salón principal y, todavía peor, Denga caminaba a su lado.

Oh, no. Mis orejas se aplastaron en señal de alarma, y retrocedí rápidamente. Si me atrapaban, probablemente recibiría un sermón: “tal vez

sobre el valor de la paciencia y la dedicación para realizar cualquier tarea”. Quizá me prohibirían usar magia de nuevo. Por lo menos, me harían comenzar de nuevo y tendría que encender las velas, una por una, bajo supervisión esta vez.

Escondite. Necesito un escondite, pronto.

Corrí hacia la pared más alejada y, tras susurrar una disculpa, me escondí detrás de la enorme estatua del Profeta de Jade, justo cuando un furioso grito sonó desde la entrada.

—¡Fuego fatuo! —los pasos de Denga entraron en la habitación, y me asomé por detrás de la estatua para verlo. El *kitsune-bi* lanzó un titilante resplandor blanco sobre su rostro indignado mientras giraba, gesticulando furiosamente—. ¡La chica endemoniada encendió las velas con fuego fatuo! Por todos los... —balbuceó, lleno de rabia—. Cuando la encuentre...

—Vamos, Denga-san —la voz de Maestro Jin resonó detrás de Denga, tranquila y divertida—. Es sólo una niña después de todo, y una *kitsune*, además. Ella no entiende.

—No —Denga giró una vez más, mirando alrededor del salón, antes de darse la vuelta y dirigirse marchando hacia la salida—. Esto ha llegado lo suficientemente lejos. Está muy claro que ella es más zorro que mortal, que su naturaleza *yokai* está eclipsando su humanidad. Algo debe hacerse. No soportaré sus bromas más tiempo.

Maestro Jin parpadeó, mirándolo partir.

—¿Qué piensas hacer, Denga-san?

—Hablaré con Maestro Isao y lo convenceré de que le coloque una atadura —respondió Denga, haciendo que mi estómago se retorciera. Su voz subió por los escalones mientras salía del salón—. Que selle esa infernal magia de zorro para siempre, antes de que un día nos despertemos y encontremos un verdadero demonio en medio de nosotros.

Mi corazón latía con fuerza. Maestro Jin observó a Denga salir airadamente, luego suspiró y comenzó a soplar las flamas de los *kitsune-bi* sobre las velas. Las extinguió una a la vez, lenta y deliberadamente, con toda su atención centrada en su tarea. Él terminaría en unos minutos, pero yo no quería estar aquí más tiempo, en caso de que Denga regresara con Maestro

Isao y cumpliera su promesa. Si intentaba escapar mientras Maestro Jin estaba en la habitación, tal vez me atraparía, pero tenía un último truco, soberanamente prohibido, bajo la manga.

En la base de la estatua, me arrodillé, clavé los dedos entre una determinada tabla y la levanté para revelar un estrecho agujero que conducía bajo el piso del salón principal. Era demasiado pequeño para que un humano, incluso uno pequeño, pudiera pasar. Pero yo no era sólo humana, también era una *kitsune*.

Cerrando los ojos, convoqué mi poder una vez más, sintiendo cómo el corazón comenzaba a latir con fuerza. La mayor parte de la magia de zorro era ilusión y engaño, tal como había dicho Denga. Imágenes sobrepuestas por encima de la verdad, que te hacían ver y escuchar cosas que no estaban allí. Copias impecables, pero no más sustanciales que el reflejo de un espejo. Sin embargo, había una forma en la que podía cambiar en verdad, aunque tenía prohibido usarla sin supervisión.

Hoy parecía un buen día para romper todas las reglas.

Mi cuerpo se calentó, y experimenté la abrupta sensación de encogerme rápidamente, junto con la familiar nube de humo blanco. Cuando abrí los ojos, estaba mucho más cerca del suelo. Los sonidos eran más agudos, las sombras casi inexistentes, y el aire estaba cargado con nuevos olores: la tierra, el penetrante olor a metal y el rastro del humo de velas aún flotando. En el borroso reflejo sobre el pedestal de la estatua, un hocico puntiagudo y ojos dorados me devolvieron la mirada, con una cola tupida y de punta blanca enroscada alrededor de sus patas.

Maestro Isao no aprobaba que yo fuera una *kitsune*. “Eres humana”, me había dicho en más de una ocasión. “Sí, eres una *kitsune*, pero ser Yumeko es mucho más difícil que ser un zorro. Si pasas demasiado tiempo en ese cuerpo, algún día podrías olvidar lo que significa ser mortal.”

No estaba muy segura de lo que eso significaba y, en este momento, no importaba. Agachando la cabeza, me deslicé con facilidad a través del agujero, caminé bajo las tablas del piso y salí por debajo de la terraza. Después de asegurarme de que no hubiera monjes cerca, especialmente Maestro Isao, me dirigí hacia el jardín, al viejo árbol de arce que se levantaba

contra las paredes del templo. Las patas de zorro eran rápidas y ágiles, y la madera era muy áspera; trepé por su tronco nudoso, caí al otro lado y escapé al fresco silencio del bosque.

Más tarde esa noche, estaba sentada en una roca junto a mi tranquilo estanque favorito, con los pies descalzos colgando en el agua, mientras pensaba qué hacer a continuación. Libélulas que parecían joyas se deslizaban sobre la superficie en forma de espejo, y pequeños peces con bigotes nadaban con pereza bajo mis pies, mirando mis dedos, humanos otra vez. El sol había calentado la roca y una brisa susurraba a través del bosquecillo de bambú que rodeaba al estanque. Era un buen lugar para olvidar tus problemas, y a menudo venía aquí cuando la vida en el templo se tornaba demasiado aburrida o cuando necesitaba esconderme de Denga. Por lo general, el agua, la brisa y los peces borraban mis preocupaciones en poco tiempo. Hoy, sin embargo, no podía olvidar lo que se había dicho en el salón del templo.

¿Sellar mi magia? ¿Así, sin más? ¿Hacerlo para que yo no pudiera tejer más ilusiones, cambiar de forma o invocar fuego fatuo? Eso parecía excesivo. En realidad, nunca había *dañado* nada con mis bromas, salvo el orgullo de Denga. Y tal vez alguna puerta corrediza o dos.

Eché un vistazo a mi reflejo en el agua. Una chica con orejas puntiagudas y ojos amarillos me regresó la mirada, con la cola espesa curvada detrás de ella. “Ella es más zorro que mortal”, Denga había dicho con furia mientras salía del salón esta tarde. “Su naturaleza yokai está eclipsando su humanidad.”

—Eso no es verdad —le dije a la *kitsune* que me miraba—. Todavía soy casi completamente humana. Al menos, eso creo.

—¿Hablando contigo misma, pequeña cachorra de zorro?

Levanté la vista. Una anciana escuálida se abría paso lentamente por el borde del estanque. Llevaba una túnica harapienta, un sombrero de paja de ala ancha y altas sandalias de madera que se hundían en la hierba mientras avanzaba por la orilla. En una mano nudosa sostenía una vara de bambú, apoyada en un hombro; la otra sostenía un grupo de pequeños pescados que colgaban de una cuerda. Sus ojos amarillos brillaban debajo del ala de su sombrero mientras me miraba.

Sonreí.

—Buenas tardes, Tanuki-baba¹¹ —saludé—. ¿Qué está haciendo aquí?

La anciana resopló y levantó el grupo de peces.

—Plantando flores, ¿no lo ves? Fruncí el ceño, confundida.

—Pero... éstos son peces. ¿Por qué estaría plantando flores, Tanuki-baba? Ésas no se las come.

—Exactamente. Algunos de nosotros tenemos que trabajar para conseguir nuestra comida, a diferencia de algunas mitad zorro mimadas e ingenuas que no nombraré —me miró debajo de su sombrero y levantó una delgada ceja gris—. ¿Pero qué haces tan tarde aquí, cachorra? A esos humanos tuyos no les gusta que te alejes —soltó una risita, mostrando un destello de dientes amarillos—. ¿Está Denga-san en pie de guerra? ¿Convertiste al gato en una tetera otra vez?

—No, no lo he hecho en mucho tiempo... me araña cuando trato de ponerle una hoja en la cabeza. Pero... —me estremecí y me agarré los brazos. La roca calentada por el sol se sintió fría de repente—. Denga estaba enojado —dije—, más de lo que lo he visto antes. Dijo que yo era más *yokai* que humana, y que Maestro Isao debería colocarme una atadura. ¿Qué pasaría si Maestro Isao lo escucha? ¿Qué pasaría si sella mi magia en verdad? Yo... —titubeé, sintiendo que mi estómago se retorció ante la idea de perder mis poderes— no me puedo imaginar sin magia. Sería peor que cortarme los dedos o sacarme los ojos. Si eso sucede, ¿qué haré?

Tanuki-baba resopló.

—Ven —dijo, señalando el camino con el extremo de su vara de bambú—, te prepararé un poco de té.

Bajé de un salto y seguí a la figura encorvada fuera del estanque, hacia el estrecho y sinuoso sendero que atravesaba el bosque de bambú. Su bastón se balanceaba mientras caminaba, y la punta de una espesa cola marrón se asomaba por debajo del borde de su túnica. Fingí no darme cuenta, de la misma manera que sabía que ella fingía no ver mis orejas y mi cola. Era una regla tácita entre los *yokai*; uno no llamaba la atención a su... *yokai-nejidad* si uno no quería ser cazado, acosado o maldecido con muy mala suerte. No es que yo estuviera asustada por lo que Tanuki-baba pudiera hacer. Para mí, ella

siempre había sido una vieja *yokai* abuela, y las historias de los trucos que solía jugar con los humanos cuando era una joven *tanuki* siempre eran entretenidas, aunque a veces aterradoras también.

Salimos del bambú a una parte más profunda y oscura del bosque. Aquí, los árboles antiguos crecían muy juntos, las ramas entrelazadas casi cerraban el paso del sol. Finos rayos de luz atravesaban débilmente entre las hojas, moteando el suelo del bosque, y el aire tenía una sensación inmóvil, casi reverente. Los curiosos *kodama*, los espíritus de los árboles del bosque, nos miraban desde detrás de las hojas o nos seguían por el sendero; sus etéreos cuerpos verdes no eran más grandes que un dedo de mi mano.

Tanuki-baba me condujo a lo largo de un familiar arroyo murmurante, sobre un pequeño puente arqueado que estaba siendo comido por setas y hongos, y hacia una choza de madera que había sido completamente tragada por el musgo. Mucho, mucho tiempo atrás, decía ella, había pertenecido a un *yamabushi*, un sacerdote errante que buscaba armonía y equilibrio dentro de la naturaleza, que podía ver y comunicarse directamente con los *kami*. Pero ese mortal se había mudado o estaba muerto, y ahora la choza era suya. Parte del techo de paja había caído, y los árboles y los arbustos lo rodeaban; si no sabías que había una vivienda allí, podrías pasarla por alto entre la vegetación. El interior, como siempre, era un desastre, con basura apilada en cada esquina y a lo largo de cada pared.

—Siéntate —gruñó Tanuki-baba, señalando hacia una mesa baja de madera en el centro del piso, el único espacio despejado en la habitación—. Voy a preparar un poco de té... suponiendo que pueda encontrar la tetera, claro.

Había dos o tres descansando en diferentes lugares en medio del desorden, pero nada dije porque mis sugerencias siempre eran rechazadas. *Esa* tetera estaba rajada, sucia o tenía una familia de pájaros viviendo en ella. No, la tetera *correcta* debía estar aquí, en algún lado, y sólo ella podía encontrarla. Me arrodillé frente a la mesa de madera hasta que Tanuki-baba encontró por fin la que estaba buscando, una antigua tetera de hierro, y la sacó de la pila.

—Vacía —suspiró, mirando por la parte superior—. Eso está bien, supongo: no hay ratones esta vez. Pero significa que tengo que llenarla. Vuelvo enseguida —me dijo, saliendo de nuevo—. No toques nada.

Esperé pacientemente, lanzando pequeñas flamas de *kitsune-bi* sobre la superficie de la mesa, mientras Tanuki-baba llenaba la tetera, la ponía en el brasero y encendía las brasas en el fondo. Luego se apresuró por la habitación, tomando cosas del desorden a lo largo de las paredes y murmurando para sí misma. Finalmente, regresó a la mesa con la tetera, dos tazas desportilladas y una bandeja con los pescados que había atrapado, todavía crudos y sin escamas, dispuestos en una hilera.

—Ahhh —suspiró mientras se sentaba en el raído almohadón frente a mí. Después de un largo rato moviéndose y poniéndose cómoda, se quitó el sombrero y lo arrojó a un rincón, donde se fundió con el desorden. Bajé la mirada por cortesía, con cuidado de no ver las orejas redondas y peludas que sobresalían de la parte superior de su cabeza gris.

—Anda, sirve el té, cachorra —ordenó Tanuki-baba, agitando una mano hacia la tetera y las tazas—. Al menos, haz algo útil.

Vertí con cuidado un fino líquido verde en las dos tazas y luego le ofrecí una. La tomó con una sonrisa torcida y la colocó frente a ella.

—No te importa si cambio de forma mientras comemos, ¿cierto? —preguntó, mirando la bandeja de pescado en el centro de la mesa—. Este cuerpo es más útil para hacer té, pero prefiero estar cómoda en casa.

Negué con la cabeza.

—Para nada, Tanuki-baba. Por favor, adelante.

Ella resopló, levantó la cabeza y se sacudió. El polvo flotó por todas partes, elevándose desde su cuerpo como una nube y arremolinándose en la habitación. Estornudé y me alejé de la explosión; cuando volví a mirar, una peluda criatura marrón con una máscara oscura y una cola tupida estaba sentada donde había estado la anciana. Levantó con dos patas de color marrón oscuro la taza de té que se encontraba frente a ella y la llevó hasta su estrecho hocico.

—Ah, mucho mejor —dejó la taza con un tintineo, tomó un pescado de la bandeja y lo arrojó completo dentro de sus mandíbulas antes de morderlo con sus afilados dientes amarillos—. Ahora —continuó, mientras yo tomaba mi té. Era demasiado amargo para mi gusto, pero no era educado decirlo—, dime entonces, cachorra, ¿en qué tipo de problemas te metiste con esos humanos

tuyos?

Brevemente, le conté sobre mi truco con las velas esta noche, y cómo había enfurecido a los monjes, sobre todo a Denga. Cuando llegué a la parte sobre Denga queriendo que Maestro Isao sellara mi magia, Tanuki-baba emitió un violento bufido y casi volcó su taza de té.

—Ridículo —gruñó. Tomó el último pez y lo mordió con el chasquido de los delicados huesos—. Atar la magia de un *yokai*, ¡ja! Es una blasfemia incluso sugerir algo así. Yo no toleraría ese tipo de tonterías.

—¿Qué debería hacer, Tanuki-baba?

—Bueno, sé lo que *yo* haría en esa situación —dijo Tanuki-baba en tanto una mirada malvada cruzaba su rostro enmascarado—. Pero tal vez seas demasiado joven para tal caos. Y la solución es obvia, ¿no es así? Necesitas salir de ahí.

—A los monjes no les gusta eso —dije—. Siempre están muy enojados cuando me alejo. Quizá me encontraré con una reprimenda cuando regrese esta noche.

—No —gruñó Tanuki-baba—. Lo que tú necesitas es huir... y no regresar.

—¿Te refieres... a que deje el templo para siempre?

—Por supuesto —la vieja *yokai* hizo un gesto hacia la puerta de su cabaña—. ¿O crees que el templo es el único lugar donde puedes vivir? ¿Y que la forma de vida de los monjes es la única que existe? —su hocico se retorció—. Hay un mundo enorme aquí afuera, cachorra. Y está lleno de maravillas, riquezas y caos, y cosas que ni siquiera puedes imaginar. Estás desperdiciando tanto tu vida como tus talentos al permanecer tras las paredes de ese templo, escuchando a los humanos hablar monótonamente sobre la moralidad. Una *kitsune* no está destinada a vivir enjaulada. ¿No quieres salir y ver lo que te estás perdiendo?

Algo dentro de mí se agitó; el anhelo, la intriga y la curiosidad por el mundo más allá de las paredes salían otra vez a la superficie. Quería saber qué había allí afuera. Quería ver los lugares de los que hablaba Maestro Isao: las ciudades en expansión y la enmarañada tierra salvaje no apta para los pies humanos. Ansiaba visitar Kin Hegeng Toshi, la gran ciudad capital dorada, y viajar a la cima de la montaña Dedo de Dios, el pico más alto de Iwagoto, que

se decía tocaba el cielo. Quería ver samuráis y mercaderes, nobles y campesinos, doncellas *geisha* y bandidos, y granjeros y pescadores. Quería verlo todo.

Y, en un pequeño pensamiento que apenas admitía incluso para mí, estaba cansada de tener siempre restringida la magia de zorro, de sólo practicarla bajo supervisión, y ser castigada siempre que la usaba para travesuras y bromas o para liberarme del trabajo. Si fuera en verdad libre, no habría limitaciones y podría usar mis poderes de *kitsune* como quisiera.

Pero para hacer eso, tendría que dejar atrás a los monjes, el templo y la única vida que había conocido. Y aunque la orden del Templo de los Vientos Silenciosos era pequeña, confinada y rígida, también era segura. Yo sólo era una *kitsune*, ni siquiera una *yokai* de pura sangre. No estaba lista para ser tan valiente.

—No puedo irme, Tanuki-baba —le dije a la figura encorvada al otro lado de la mesa—. ¿Adónde iría? ¿Cómo viviría?

Tanuki-baba parpadeó.

—¿Qué quieres decir con que cómo vivirías? —espetó—. ¡Eres una *kitsune*, niña! Irías adonde quisieras. Vivirías como quisieras.

—Sólo soy mitad *kitsune* —señalé—. Y he estado con los monjes toda mi vida. No sé cómo ser un zorro.

—¿No sabes cómo ser un zorro? —Tanuki-baba echó la cabeza hacia atrás y rio. Salpicaduras de saliva brotaron de sus estrechas mandíbulas mientras reía, sacudiendo la cabeza—. Pobre pequeña *kitsune* —se burló—, has vivido con estos humanos durante demasiado tiempo y has permitido que su mortalidad te infecte —rio y me miró con exasperación—. Tú eres un *zorro*. No tienes que aprender a ser una *kitsune*. Simplemente lo eres.

—Pero...

—Y no me des excusas sobre tu lado *humano* —Tanukibaba curvó un labio, mostrando sus afilados dientes amarillentos—. Incluso una gota de sangre *yokai* es suficiente para suprimir cualquier indicio de humanidad, si así lo quieres. Sólo tienes que elegir ser más *kitsune* que mortal.

¿Elegir ser más *kitsune*? ¿Cómo se lograba? ¿Había un ritual para eso? Pensé en lo que Denga había dicho esta noche, sobre mi naturaleza *yokai*

eclipsando a mi humanidad. ¿Era eso a lo que los monjes le tenían miedo? ¿Temían que me convirtiera en una *nogitsune*, un malvado zorro salvaje que se deleita con el miedo y el caos, y ataca a los humanos siempre que puede?

Tragué saliva con fuerza.

—Pero ¿y si no quiero ser sólo *kitsune*? —pregunté, haciendo que Tanuki-baba frunciera el ceño—. ¿Qué pasa si soy feliz como ser humano y como zorro?

Ella resolló.

—Entonces eres una tonta —afirmó sin rodeos—. Y estás luchando una batalla perdida. Es muy difícil ser humano, pequeña *kitsune*. Ni siquiera los mismos humanos hacen un buen trabajo al respecto. El mundo mortal está lleno de odio, traición, tristeza y muerte. La mayoría de los *yokai* y de los *kami*, por igual, consideran que es demasiado para ellos. Todo eso que los humanos creen que valoran, cosas como el amor, el honor, la empatía o la compasión, nosotros los *yokai* no las necesitamos, sobre todo cuando a menudo conducen al sufrimiento y a la desesperación. Es mucho más fácil abandonar todo lo que es humano y simplemente ser *kitsune*. El mundo de los espíritus y de los *yokai* es mucho menos complicado que el de los hombres.

—No entiendo, Tanuki-baba.

—Por supuesto que no —Tanuki-baba sacudió su peluda cabeza, pero no dio más explicaciones—. Eres una cachorra sin sentido del mundo, pero aprenderás. Si continúas tratando de equilibrar tus dos naturalezas, lo lograrás. Y con el tiempo, cuando finalmente experimentes cómo es en realidad el mundo humano, decidirás que ser un zorro es mucho menos difícil que ser humano —miró hacia la mesa, sus orificios nasales temblaban—. Pero ahora, nuestras tazas de té están vacías, y el pescado se terminó. Eso significa que es hora de ir a la cama.

Me levanté y me incliné frente a la anciana *tanuki*. Uno no debía cuestionar los hábitos o comportamientos de los *yokai* tan viejos como ella.

—Debería irme a casa —dije, dando un paso atrás—. Tal vez los monjes me estén esperando con un sermón. Gracias por el té y la conversación, Tanuki-baba.

—Cachorra de zorro —me llamó la vieja *yokai* cuando llegué a la puerta.

Miré hacia atrás para ver a la criatura achaparrada y peluda sentada en medio de la miseria de su casa, mirándome con ojos que brillaban amarillentos en las sombras—. Caminas por una línea muy delgada, pequeña *kitsune* —dijo, y su voz era una advertencia, aunque yo no sabía de qué—. El lugar entre el reino espiritual y el mortal es en verdad difícil. Recuerda que siempre podrás renunciar a tu humanidad si las cosas se vuelven demasiado difíciles. Es mucho más fácil abandonarlo para una *kitsune*, incluso una medio *kitsune*, que para alguien completamente mortal.

Seguía sin saber lo que quería decir con eso, así que me limité a asentir y me retiré, deslizándome en la tenue quietud del bosque.

De inmediato, supe que algo estaba mal.

En el tiempo que había pasado en la casa de Tanuki-baba, había caído la noche y el bosque se había quedado mortalmente quieto. En lugar del canto de las aves o el crujido de pequeñas criaturas que correteaban a través de la maleza, un silencio ominoso flotaba en el aire. Los *kami* del bosque se habían desvanecido como nunca antes, dejando atrás un bosque vacío y sin vida. Y un nuevo aroma se arrastraba a través de los árboles, erizando los pelos de mi nuca. El aroma fuerte y acre del humo.

Corrí a toda velocidad a través del bosque, volviendo sobre mis pasos más allá de la hondonada, el arroyo y el bosquecillo de bambú, hasta que llegué al estanque. La pared verde y plateada se abrió para mostrarme el cielo nocturno con una luna creciente descolorida y una mancha de color carmesí hundiéndose en el oeste.

Mi corazón se retorció. Una oscura sombra se elevaba sobre la línea de los árboles, enroscándose, ominosa, como un terrible dragón negro. Serpenteó en el aire, borrando las estrellas, y provenía de...

—Mi hogar.

¹¹ Baba quiere decir “mujer vieja” o “abuela”, por lo que usarlo aquí como un sufijo denota la gran edad de la mujer. Sin embargo, también podría usarse de forma peyorativa y significar “vieja bruja”, o “anciana perversa”, dependiendo del contexto.

DEMONIOS EN EL BAMBÚ

Estaba cerca.

Incluso a caballo, me había llevado varios días llegar al territorio del Clan de la Tierra y las montañas Niwaki, donde se dice que se encuentra el Templo de los Vientos Silenciosos. La pequeña comunidad agrícola en el valle, debajo de los picos boscosos, me miró fijamente con los ojos muy abiertos, mientras cabalgaba a través de campos en terrazas y chozas con techos de paja, siguiendo el sendero que serpenteaba hacia las montañas. Un par de niños pequeños se arrastraron detrás de mi caballo, curiosos, y cada vez más cerca, hasta que fueron alejados por adultos con aspecto preocupado. Tal vez era raro ver a samuráis viajando por esta parte del valle, y a los miembros del Clan de la Sombra aún más, y los granjeros, como era natural, preferían mantenerse alejados de la clase guerrera. Para esta misión, estaba vestido con la parte de un samurái de los Kage, pantalones *hakama* y un *haori* negro, con el emblema del Clan de la Sombra en la espalda. Mi equipo *shinobi* estaba metido en las alforjas de mi caballo por si lo necesitaba, aunque un guerrero sombra nunca se revelaba a sí mismo frente a los forasteros. Si se me negaba la entrada a las puertas, me deslizaría sobre las paredes y me infiltraría en el templo tan silenciosamente como un fantasma *yurei*, pero por ahora, era un samurái en la peregrinación de un guerrero, buscando sabiduría en los santuarios a través de Iwagoto.

Un delgado granjero vestido con una túnica andrajosa y una tela atada

alrededor de su frente se inclinó levemente a mi paso y llevó su mirada a la tierra. Detuve el caballo y lo miré o, mejor dicho, miré la parte superior de su cabeza calva.

—¿Está cerca el Templo de los Vientos Silenciosos? —pregunté con voz suave. El hombre no levantó la vista, sólo balanceó una vez la cintura, con los ojos puestos en sus pies calzados con sandalias mientras respondía.

—¡*H-hai*, mi señor! El templo está justo en este camino, en la cima de la montaña.

—Gracias.

Le di un empujoncito al caballo y continué, dejando atrás a los granjeros y al pueblo. El sendero se fue haciendo cada vez más angosto y tortuoso hasta volverse peligroso a medida que avanzaba por el bosque. Supuse que los monjes de este templo rara vez recibían visitantes. Tal vez sólo deseaban meditar y estudiar en paz, lejos del caos del mundo, o quizás estaban escondiendo —*protegiendo*— algo.

Al caer la noche, las sombras se alargaron y el sendero casi se desvaneció, fundido entre los matorrales y la espesa maleza, como si el bosque mismo se ofendiera por los intrusos. Pero yo había sido entrenado para detectar lo oculto y lo invisible, y la oscuridad no era obstáculo para mí. Continué, más allá de bosquecillos de bambú y de enormes árboles atados con cuerdas sagradas, lo que significaba que eran hogar de los *kami*.

En mi cabeza, Hakaimono se movió. Detuve el caballo y permanecí sentado, inmóvil, tratando de escuchar más allá de las fatigadas respiraciones del animal debajo de mí. A nuestro alrededor, los bosques estaban silenciosos e inmóviles; las sombras de la noche cubrían casi todo, salvo por unos cuantos puntos de la roja luz del sol que manchaban el suelo.

Muy lentamente, desenvainé la espada y sentí el terror en el bosque a mi alrededor, los rápidos latidos del corazón de muchos seres vivos... ¿dirigiéndose hacia nosotros? Hubo un crujido entre los arbustos delante de mí, y mi caballo se congeló, con cada uno de sus músculos tensos.

Con una erupción de hojas y vegetación, una manada de ciervos manchados saltó de los árboles y brincó hacia mí, haciendo que mi pulso se disparara y mi caballo se encabritara con un chillido. Me mantuve en la silla mientras el

animal intentaba escapar; apreté mis rodillas contra sus costados y tiré de las riendas hasta que logré controlarlo. Resoplaba y temblaba, con las orejas clavadas en su cráneo, mientras los ciervos pasaban junto a nosotros y continuaban adentrándose en el bosque. Hakaimono estalló, y empujé también la presencia del demonio.

Mientras el caballo se calmaba, respiré cautelosamente y capté un indicio de humo en el viento. Miré más allá de las altas copas de los árboles, vi un rizo de negrura que se elevaba sobre ellas y pateé al caballo para que avanzara. Nos apresuramos por el camino, con Hakaimono removiéndose con ansiedad en mi mente, sabiendo que la violencia no estaba muy lejos y que la muerte llegaría pronto.

El aire se volvió nebuloso y agudo, con olor a madera quemada, y mi estómago se contrajo. En lo alto, percibí un tenue resplandor carmesí contra el cielo. Pequeñas criaturas del bosque, conejos, ardillas y otros, huían a través de la maleza, en dirección opuesta, y mi caballo comenzó a resistirse, luchando contra mis órdenes para continuar. Tristemente, puse mis talones en sus costillas y continué, a sabiendas de que no era el fuego lo que lo estaba asustando. Había algo aquí, en el bosque. Y fuera lo que fuera, no podía permitir que obstaculizara mi misión. Tenía que llegar al pergamino.

Cuando alcanzamos un estrecho y medio erosionado tramo de escalones a través de un bosque de bambú, una hoz *kama* salió volando de entre los arbustos, girando sobre sí misma, y golpeó a mi montura en el cuello. Mientras el caballo relinchaba y caía, hasta estrellarse contra los escalones, yo salté de la silla y rodé, sintiendo el impacto estremecedor a través de mi hombro, y luego me incorporé a varios metros de distancia.

Una avalancha de pequeñas criaturas grotescas se derramó desde el bosque de bambú, cacareando y agitando lanzas y toscas cuchillas. Rodearon al caballo y saltaron sobre su lomo, chillando y empujando mientras éste luchaba por ponerse en pie. Presa del pánico, el caballo herido de muerte escapó, brincando salvajemente por el sendero, con sus demoniacos pasajeros aferrados a la silla de montar, mientras el resto de la horda daba vueltas alrededor de mí.

¿Amanjaku? Sentí una onda tanto de conmoción como de inquietud, aun

cuando Hakaimono ardía entusiasmado frente a tantos adversarios por derrotar. Ya me había enfrentado con ellos en el pasado, pero nunca en esta cantidad. ¿Cómo había tantos?

Blandí a Kamigoroshi mientras los demonios chillaban mostrando sus colmillos, y atacaban. Un solo movimiento dividió a la primera ola por la mitad, salpicando cabezas y torsos. Los *amanjaku* aullaban al ser enviados de regreso a *Jigoku*. Salté hacia delante, esquivé un golpe de lanza que venía hacia mí, apuñalé a un demonio en el ojo y decapité a otro mientras sacaba la espada. Y entonces me encontré rodeado por ellos, no había más que dientes y garras y cuchillas destellantes. Me entregué a la danza de la muerte, mientras el irrestricto júbilo de Hakaimono surgía por mis venas.

Con gritos y aullidos alarmados, los *amanjaku* restantes se dispersaron en el bosque de bambú y sus pequeñas formas se desvanecieron con rapidez. Jadeante, bajé a Kamigoroshi y miré alrededor, preguntándome de dónde habían venido, quién los había traído aquí. Los *amanjaku* eran demonios menores de *Jigoku*; no podían aparecer de la nada, pero la magia de sangre necesaria para convocarlos era un poder tan peligroso que estaba estrictamente prohibido en todo el imperio. El componente clave para trabajar la magia de *Jigoku* era, por supuesto, la sangre. A veces requería otras cosas: almas, órganos, partes del cuerpo, pero sobre todo requería la fuerza vital que atravesaba todas las venas mortales. Cuanto más grande y más poderoso fuera el hechizo, más sangre se requería para invocarlo con éxito.

Sin embargo, el peligro radicaba en que no era necesario que la sangre viniera del practicante. A *Jigoku* no le importaba de quién se hubiera derramado, fuera hombre, mujer o niño, siempre que se tratara de un humano y se pagara el precio. Si bien, como corresponde al reino del mal y la corrupción, entre más te importara la persona cuya sangre estaba siendo derramada, más poderosa era la magia que provenía de ella.

Un amante, hermano o hijo a quien hubieras traicionado otorgaría mucho más poder que un desconocido sin nombre. Ésta era la razón por la que el imperio había prohibido la magia de sangre, por lo que practicar las artes oscuras ameritaba sentencia de muerte inmediata. Incluso atraer un solo *amanjaku* al reino de los mortales requería un sacrificio de sangre; no podía

imaginarme la gran cantidad que una horda entera habría exigido.

No sabía quién había convocado a los demonios, pero ciertamente podía adivinar por qué. Después de enfundar a Kamigoroshi, corrí por el sendero en dirección al templo, esperando que no hubiera llegado demasiado tarde.

6

EL FUEGO DE LA DESESPERANZA

El templo estaba en llamas.

Salí del bosque, jadeante, mirando con horror las flamas naranja brillante que chasqueaban contra el cielo nocturno. Los elegantes tejados de cuatro niveles de las pagodas ardían en un infierno salvaje y atronador; el hedor del humo, las cenizas y las maderas carbonizadas quemaban el aire. Las ondas de calor calentaban mi piel mientras me acercaba al muro trasero, trepé con torpeza hasta la parte superior y caí de golpe en los jardines.

¿Qué hizo esto? ¿Quién se atrevería? Había escuchado historias del mundo más allá de las paredes del templo, historias de clanes en guerra y de orgullosos y fieros samuráis. Historias de señores *daimyo* rivales y sus interminables disputas, cómo declararían la guerra y arrojarían ejércitos enteros entre ellos por cualquier imaginario desaire que atentara contra su honor. Pero de acuerdo con Maestro Isao, hasta el *daimyo* guerrero más salvaje y belicoso respetaba a los monjes o, por lo menos, no se arriesgaría a la ira de los *kami* atacando un pacífico templo.

A menos que supieran sobre el pergamino.

Un chillido convirtió mi sangre en hielo, y me agaché detrás de un árbol de enebro. Me asomé por un costado del tronco, tratando de no inhalar el humo y la ceniza, y clavé las uñas en la corteza para evitar jadear de terror.

Una multitud de pequeñas y grotescas... cosas balbuceaban y danzaban alrededor del estanque; sus siluetas se dibujaban contra la infernal luz de los

incendios. Al principio, pensé que eran niños deformes: vestían túnicas andrajosas, tenían cabezas grandes y bulbosas y apenas pasaban la altura de mis rodillas. Pero luego vi los cuernos, las bocas llenas de dientes puntiagudos, las orejas desgarradas y los colmillos prominentes. Su piel era azul o roja moteada, y portaban armas rudimentarias en sus garras: hoces *kama*, lanzas y cuchillos cortos.

Mi sangre se heló. *¿Demonios? Por la misericordia de Jinkei, ¿por qué hay demonios aquí?* Había visto imágenes de demonios en la biblioteca del templo, terribles *oni* de piel roja o azul con cuernos, colmillos y enormes mazas, que atormentaban a las perversas almas enviadas a *Jigoku*. Estas criaturas, que apuñalaban a una pobre carpa que habían atrapado y giraban frenéticamente alrededor del estanque, no eran tan grandes como los monstruos en los libros, pero estaba segura de que eran demonios.

Apreté mi puño contra el tronco, sintiendo que la corteza se clavaba en mis nudillos. *¿Por qué había demonios aquí? ¿Por qué estaban atacando el templo? ¿Por el pergamino?* Yo creía que las criaturas de *Jigoku* vivían sólo para el derramamiento de sangre y el caos; el pergamino no significaría nada para los demonios. A menos que otra cosa, o alguien más, estuviera al mando...

Esto no tiene sentido. Tengo que encontrar a Maestro Isao. Pero primero, tengo que pasar por donde están esos demonios.

Después de arrancar una hoja del enebro, me deslicé alrededor del tronco, coloqué la hoja sobre mi cabeza y recurrí a mi magia de zorro. Por un momento, me pareció terriblemente irónico que, justo esa tarde, hubiera deseado utilizar mi magia con más frecuencia. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve la imagen de lo que quería en mi mente y luego liberé la magia sobre mi cuerpo. Se produjo una silenciosa explosión de humo y, cuando abrí los ojos, mi piel era color rojo moteado y mis pies tenían garras amarillas en las puntas de los dedos.

Con una respiración profunda, me alejé del árbol, justo cuando uno de los demonios en el estanque levantó la vista y me vio.

Parpadeó por un momento, con el ceño fruncido, y yo contuve la respiración, esperando que él viera lo que yo quería que viera: un compañero demonio, de piel roja, horrible. Esbocé una sonrisa, mostrando los colmillos

torcidos, y el demonio resopló y volvió a su juego de apuñalar a la carpa. El agua del estanque, alguna vez cristalina, estaba ahora roja de sangre. Dejé al pez condenado a su suerte y me apresuré.

El rugido del fuego me saludó cuando salí de los jardines, y nubes de ascuas arremolinadas agujonearon mi piel cuando pasé junto a la pagoda envuelta en llamas y corrí en dirección al salón principal, manteniéndome entre los arbustos y las sombras. Una multitud aún mayor de demonios pululaba en el edificio, agitando antorchas y retozando alrededor de los escalones que conducían a la entrada. Cuando eché un vistazo entre las hojas, mi estómago se retorció por el dolor. A unos cuantos metros de distancia, un cuerpo yacía tendido sobre las piedras del jardín, con un par de lanzas sobresaliendo de su pecho y los ojos vacíos mirando a la nada.

Maestro Jin. Cubrí con ambas manos mi boca para sofocar el grito, sintiendo que mis ojos comenzaban a arder. Maestro Jin siempre había sido amable conmigo, siempre paciente y comprensivo, nunca se irritó ni alzó la voz. Y ahora se había ido. Detrás del monje, pude ver otro par de cuerpos que yacían en charcos de sangre, pero sus rostros estaban volteados y no podía reconocerlos en las sombras. Pero sí podía. En cuanto los viera claramente, sabría quiénes eran.

Temblando, bajé los brazos y aparté la mirada de los cuerpos. *No puedo llorarlos ahora*, me dije, obligando a retroceder la visión borrosa de mis ojos. *Tengo que seguir.* Me pregunté por qué ninguno de los demonios había entrado en el edificio; la entrada principal estaba abierta y sin vigilancia, ya que el salón carecía de puertas como tales. Mientras miraba, un demonio azul más grande soltó un grito ronco, levantó una maza de madera por encima de su cabeza e irrumpió, escabulléndose hacia las escaleras. Pero cuando llegó al último escalón, se produjo un destello como la explosión de un rayo, y el demonio rebotó como si hubiera golpeado una pared de piedra, ante las carcajadas y risas agudas de los otros.

Mis ojos se agrandaron. *¿Una barrera de ki?* Ya había visto algo así antes; Maestro Isao había demostrado algunas veces el poder del *ki* a los otros monjes, creando paredes de fuerza que no se podían romper, o rodeando un objeto con un muro invisible que hacía imposible tocar lo que había dentro.

Pero... ¿un edificio entero? La cantidad de concentración que debía requerir era insondable.

Además, ¿cómo se supone que voy a pasar? La barrera cubre todo el edificio. A no ser que...

Mi corazón latió más rápido. Los maestros de *ki* más poderosos tenían tal control sobre su espíritu que podían elegir quién podía atravesar la barrera y quién no. Si Maestro Isao había escuchado venir a los demonios y se había dado cuenta de que yo no estaba en el templo, seguramente haría que yo pudiera atravesar la barrera. ¿Cierto?

Con la mandíbula apretada, me alejé un paso de los arbustos, cuando un temblor recorrió el suelo bajo mis pies. Mirando hacia atrás en el salón, vi aparecer una gran sombra con cuernos. Mi corazón casi se detuvo. Recortada contra las llamas, la bestia caminó lentamente por la esquina del edificio, convirtiéndose en algo enorme y terrible.

¿Un o-oni? Tropecé hacia atrás llena de terror, viendo cómo la enorme criatura roja avanzaba pesadamente hacia la entrada y dispersaba a los demonios más pequeños que se encontraban frente a ella. Un sudor frío corrió por mi espalda cuando salió a la luz: colmillos, cuernos y una enorme maza con clavos que brillaban a la luz de las antorchas. Éste era el monstruo de los libros. Los habitantes más infames de *Jigoku* eran las pesadillas de leyenda, aterradoras y casi imparables. *¿Por qué... por qué hay un oni aquí? ¿Por qué?*

Pero ésa era una pregunta estúpida. Yo sabía la respuesta: estaba aquí por el pergamino.

Oh, ¿por qué no escuché a Maestro Isao? Cuando me contó sobre el pergamino y por qué era tan importante, ¿por qué no lo escuché?

El *oni* se detuvo en la parte superior de los escalones y miró hacia la entrada del salón, con la pesada *tetsubo* con clavos descansando sobre uno de sus hombros. Balanceó la maza en una mano, empujó la barrera con el extremo del arma y observó la pared titilar y pulsar con cada golpe. Los demonios más pequeños se agruparon alrededor de las piernas del *oni*, esperando ansiosamente; sus ojos brillaban tan rojos como la luz del fuego. El *oni* resopló, giró sus enormes hombros y levantó su maza con ambas manos.

Estrelló la *tetsubo* contra la barrera de *ki*, y la onda expansiva que emitió sacudió las ramas de los árboles circundantes y envió a la horda de demonios tropezando hacia atrás. Por un momento, la cúpula invisible se estremeció a la vista, ondulándose como un espejismo antes de desvanecerse de nuevo. Hice una mueca, preguntándome si la barrera se rompería y sabiendo que cada golpe también era un asalto a la concentración de los monjes. La barrera se mantuvo, pero el *oni* levantó la maza para golpear de nuevo, y la horda rio mientras esperaba su caída.

Tenía que entrar, ahora.

¡Kami, *protéjanme!* Con una respiración profunda, salí de los arbustos y caminé tan tranquilamente como pude por el jardín, rezando para que mi disfraz se mantuviera. Varios demonios levantaron la mirada y fruncieron el ceño, pero la mayor parte de su atención se desvió de regreso hacia el enorme *oni*, que golpeó su maza contra la barrera de nuevo. En la infernal luz, la cúpula se onduló, y pude ver grietas de plata correr a lo largo de su superficie. Mi sangre se heló: no soportaría mucho más.

Buscando evitar al enorme *oni*, me deslicé por el costado del edificio, y di un suspiro de alivio mientras me agachaba en la esquina... e inmediatamente choqué contra un demonio que corría alrededor de la pared. Su cabeza bulbosa azul golpeó mi estómago y sacó el aire de mis pulmones con la fuerza de un golpe de *ki*. Retrocedí y caí, jadeando. Sentí cómo mi ilusión se hacía añicos en una bocanada de humo blanco.

El demonio, que también había sido derribado, se frotó la frente con una garra, haciendo una mueca, y luego me miró. Sus ojos rojos se abrieron ampliamente con sorpresa cuando vio no a un demonio compañero, sino a una chica con orejas peludas y cola, sentada allí sobre la tierra. Saltó con un aullido, se abalanzó, y yo retrocedí; apenas alcancé a esquivar el filo que se clavó en el lugar donde había estado.

Dos demonios más aparecieron de las sombras; uno sostenía una lanza y el otro blandía un par de hoces *kama*. Rieron al verme y cargaron contra mí, mientras el demonio azul continuaba golpeándome con su espada. Cuando los demás se acercaron, solté un gruñido de frustración y lancé una bola de *kitsune-bi* contra el rostro del demonio azul. Éste se echó hacia atrás con un

siseo, con las garras apuntando a sus ojos, como si esperara que fueran quemados. Las llamas azules y blancas titilaron brillantes por un instante, pero luego se desvanecieron inofensivamente. Eso me dio suficiente tiempo para abalanzarme más allá del demonio; me convertí en un zorro mientras avanzaba, y corrí bajo la terraza. Cuando atravesé la barrera de *ki*, sentí un cosquilleo agudo, como una descarga estática a lo largo de todo el cuerpo, y luego la reconfortante oscuridad del espacio debajo del salón se cerró alrededor de mí. *Estaba a salvo.*

Mis piernas temblaban mientras me arrastraba por debajo de las tablas del piso, me deslizaba sobre la tierra fría y empujaba a través de telarañas, en busca de la tabla suelta que me llevaría detrás de la estatua del Profeta. Arriba, los estruendosos golpes de la maza del *oni* sacudían el edificio, me llenaban de polvo y hacían que las arañas huyeran atemorizadas.

Una franja de luz anaranjada brilló en la oscuridad sobre mi cabeza, iluminando un fino rectángulo en la tierra, y corrí hacia ella. Me apreté entre los tablones y me abrí camino hacia el piso del gran salón, con la estatua del Profeta por encima de mí. Me alejé tambaleante de la estatua, en busca de Maestro Isao.

Mi estómago se retorció. Estaba sentado frente a la estatua del Profeta, con las manos ahuecadas en su regazo, los ojos cerrados y el rostro sereno. El resto de los monjes estaban sentados a su alrededor, también en meditación, aunque podía ver cómo el sudor caía por sus rostros y sus cejas se fruncían por la concentración. Cada vez que la maza del *oni* golpeaba la barrera alguno de ellos se estremecía, apretaba la mandíbula o presionaba los labios. Vi a Denga sentado detrás de Maestro Isao; un hilo rojo salía de su nariz mientras luchaba por mantener la barrera. Sus cejas se crispaban con cada golpe, y su mandíbula estaba fija, incluso mientras la sangre goteaba de su barbilla para salpicar sus manos.

Cuando me obligué a volver a la forma humana, los ojos de Maestro Isao se abrieron para mirarme directamente. Sonriendo, como si esta reunión tuviera lugar frente a la mesa de la cena y yo hubiera llegado tarde, levantó una mano y me hizo señas para que me acercara.

—Ah, aquí estás, Yumeko-chan. Te he estado esperando.

—¡Maestro Isao! —me lancé a su lado—. ¿Qué vamos a hacer? El *oni* está a punto de atravesar la barrera. ¿Cómo escaparemos?

—No hay escapatoria —dijo Maestro Isao con calma, haciendo que mi corazón se desplomara—. No para nosotros, que ya hemos cumplido con nuestro deber. Pero tú, Yumekochan, tú debes continuarlo.

Lo miré horrorizada.

—No... no lo entiendo, Maestro Isao —susurré—. ¿Qué quiere decir con que debo continuarlo? ¿Cómo?

Me fui apagando, mientras el marchito monje metía la mano en la manga de su túnica y sacaba algo a la luz. Una caja simple, hecha de madera oscura lacada, con una cinta de seda roja envuelta alrededor del cilindro. Jadeé cuando la sostuvo en alto.

—¿Eso es...?

—Tómala, Yumeko-chan —ordenó Maestro Isao, y la tendió hacia mí—. Esto no debe caer en manos de los demonios. Debes mantenerla a salvo a toda costa —otro estruendo sacudió las vigas, y uno de los monjes detrás de nosotros dejó salir una brusca exhalación. La mirada de Maestro Isao nunca se apartó de la mía—. Toma el pergamino —dijo de nuevo—, y sal de este lugar. Corre y no mires atrás.

Sacudí frenéticamente la cabeza.

—No puedo —susurré, mientras mis ojos se calentaban y las lágrimas brotaban—. No puedo dejarlo. ¿Adónde iré? Nada sé sobre el mundo exterior. ¿Cómo podría mantener el pergamino a salvo?

—Chica zorro —la voz de Maestro Isao era firme, así que parpadeé hacia él, conmocionada. Aunque los otros monjes a menudo usaban esa frase, él nunca se había referido a mi verdadera naturaleza—, escúchame. Hay algo que no te he dicho, una parte de tu pasado que debo revelar. Cuando viniste por primera vez a nosotros, en la canasta de pescado con la nota entre las mantas... —hizo una pausa mientras una sombra de arrepentimiento pasaba por sus ojos, tan rápido que podría haberla imaginado—. Te he contado la mayor parte de su contenido —continuó Maestro Isao—, pero no todo. La parte que no has escuchado es ésta...

Sus palabras resonaron extrañamente en mi cabeza, como si provinieran

desde una gran distancia.

Humildes monjes, les ruego que sean pacientes y que no juzguen, porque he tenido una visión del futuro. En esta visión, he contemplado sangre, llamas y muerte, demonios y gritos y ríos de huesos, y el mundo oscureciéndose por el temor. Pero una sola kitsune permanece por encima de todo, intacta, con un gran dragón proyectado en su sombra. Su nombre es Yumeko, hija de los sueños, porque ella es nuestra esperanza contra la oscuridad que viene.

Mis entrañas se convirtieron en hielo. Maestro Isao sonrió suavemente y levantó el pergamino una vez más.

—Así que ya lo ves, Yumeko-chan —dijo—, nuestro destino ya estaba predicho. Quienquiera que te haya dejado a las puertas del templo sabía que esto sucedería, y que tú desempeñarías un papel en la historia, la cuarta venida del Dragón.

Lo miré aturdida, sin comprender realmente lo que acababa de decirme. Un golpe resonó por el salón y, con un grito ahogado, uno de los monjes detrás de nosotros colapsó, sosteniendo su cabeza. Por primera vez, una gota de sudor apareció en la frente de Maestro Isao y corrió por su rostro. Me sacudí fuera del trance y sujeté su manga.

—¿Por qué? —susurré—. No estoy lista. ¿Por qué tengo que ser yo?

Su mano marchita se cerró sobre la mía.

—Porque eres la única que puede hacerlo —Maestro Isao apretó mi mano, y la fuerza de sus dedos me tranquilizó un poco—. Escucha con atención, Yumeko-chan. No estamos solos en nuestra misión, no somos los únicos guardianes. Hay otro templo, otra orden que guarda un trozo del pergamino. Debes ir con ellos. Adviérteles sobre lo que sucedió aquí. Te protegerán a ti y a la plegaria del Dragón. Es su sagrado deber.

—¿Dónde están?

—No puedo decírtelo —dijo Maestro Isao—. Yo mismo lo ignoro. Es un lugar legendario de mitos y rumores, y su ubicación se ha perdido a través de los siglos. Sólo conozco el nombre: Templo de la Pluma de Acero. Y que está en algún lugar muy lejos de aquí.

”Pero... —agregó antes de que yo pudiera protestar desesperada— hay alguien que conoce la ubicación del templo. Debes viajar a Kin Heigen Toshi, la ciudad capital en el centro de las tierras del Sol. Dentro de la ciudad está el santuario de Hayate: ve allí y pregunta por el sacerdote principal, Maestro Jiro. Él podrá decirte la ubicación del Templo de la Pluma de Acero.

—Maestro... —las lágrimas corrían por mis mejillas; mi estómago se estaba retorciendo tanto por el terror como por la angustia— no puedo. No puedo hacer esto sola.

—Tú puedes —dijo Maestro Isao con firmeza, y levantó el pergamino una vez más—. Debes hacerlo. Ésta es mi última solicitud. Lleva el pergamino al Templo de la Pluma de Acero. Da aviso de lo que sucedió aquí, de que alguien busca reunir las piezas del pergamino del Dragón una vez más. No permitas que nuestras muertes sean en vano —otro golpe sonó afuera, y él cerró sus ojos—. Prométemelo, Yumekochan. Debes proteger el pergamino. El destino de esta tierra depende de eso.

Extendí la mano y tomé el pergamino, envolviendo los dedos temblorosos alrededor de la caja. Se sentía sorprendentemente ligera en mi palma.

—Lo prometo —susurré—. Juro que encontraré el Templo de la Pluma de Acero, advertiré a los otros monjes y protegeré el pergamino. No le fallaré.

Sonrió.

—Toma esto también —dijo, y presionó una daga corta y recta contra mi palma, un *tanto*—. Te será útil cuando las palabras y la astucia no sean suficientes. Y esto —envolvió un simple *furoshiki*, una envoltura de tela que se usaba para transportar ropa, regalos u otras posesiones, sobre mis hombros—, para que escondas tu carga del resto del mundo. Ahora, ve —asintió hacia la estatua—. No te preocupes por nosotros, y no derrames lágrimas. Nos encontraremos nuevamente, Yumeko-chan, en las Tierras Puras o en otra vida.

Con un fuerte golpe que sacudió todo el pasillo, la barrera se hizo añicos. Los monjes jadeaban o gritaban, con las manos sobre sus cabezas, y el piso tembló cuando el enorme *oni* entró en el salón, con una avalancha de demonios detrás de él.

—Ve, Yumeko-chan —dijo Maestro Isao, y su voz sonó gélida. Con el rostro de piedra, se levantó y dio un paso hacia la gigantesca cosa que estaba

en la puerta. Sintiéndome como una cobarde, me escabullí detrás del Profeta de Jade, sabiendo que tenía que irme, pero incapaz de apartar los ojos. Maestro Isao y los demás esperaron con calma mientras la sombra del demonio se hacía cada vez más grande, con sus ojos resplandecientes como carbones rojos en la oscuridad.

El *oni* sonrió cuando entró en el salón. Agachó su enorme cabeza mientras entraba en la habitación, amenazante desde una altura aterradora. Era tan grande que sus cuernos casi raspaban el techo.

—Monjes del Templo de los Vientos Silenciosos —retumbó y su terrible voz agitó el aire—, mi nombre es Yaburama, cuarto general demonio de *Jigoku*, y he venido por el pergamino del Dragón —levantó su *tetsubo*, la balanceó y la estrelló en la palma de su mano con un fuerte golpe, mientras los pequeños demonios siseaban y reían con regocijo a sus espaldas, esperando la señal para atacar—. Entréguenme por lo que he venido, y quizá sus muertes sean sin dolor.

—¡Abominación! —la voz de Denga sonó sobre los gruñidos y las carcajadas de la horda de demonios. Sin temor, avanzó a zancadas hasta que se encontró a sólo unos metros de la montaña que era el *oni*—. Nunca entregaremos el pergamino a semejante perverso. Tú no eres bienvenido aquí. ¡Por el Profeta de Jade, abandona este lugar sagrado y lleva contigo a tus esbirros!

El *oni* inclinó la cabeza. De repente blandió su maza, impresionantemente rápido, golpeó a Denga en el costado y lo estrelló contra una columna. El monje se estrelló contra la viga con un crujido nauseabundo y se desplomó en el piso, la sangre manó de su nariz y de su boca, sus ojos miraban sin ver hacia delante. Me mordí el labio para sofocar un grito de terror, y el *oni* curvó un labio.

—Su Profeta de Jade nada significa para mí —vociferó, mientras los demonios gritaban de risa e irrumpían en la habitación.

Con gritos de furia e indignación, los monjes avanzaron y se encontraron con los demonios en el centro del salón. Ellos estaban desarmados, y sus oponentes esgrimían cuchillas y lanzas, garras y dientes. Pero los monjes estaban lejos de estar indefensos. La energía *ki* pulsaba, convirtiendo sus

puños en martillos y sus pies en armas de destrucción. El cráneo de un demonio imploró después de que Nitoru lo pateó en la cabeza, rociando sangre demoniaca por todas partes antes de retorcerse en humo negro rojizo y desaparecer. Un trío de demonios rodeó a Satoshi, quien atrapó una lanza que se dirigía hacia él, la arrancó del demonio y la hundió en su boca abierta. Pero no vio el peligro detrás de él hasta que un segundo demonio hundió una hoz *kama* profundamente en su pierna. Satoshi se tambaleó y cayó sobre una rodilla, y los monstruos se amontonaron sobre él y lo derribaron.

¡Yumeko!, la voz de Maestro Isao sonó en mi cabeza, aunque el maestro del Templo de los Vientos Silenciosos avanzaba a zancadas directo hacia el centro de la habitación, con la energía *ki* crepitando a su alrededor, donde el terrible *oni* esperaba. *¡Vete, ahora!*

Me volví hacia el agujero en el suelo y me preparé para cambiar a la forma de zorro, pero una bulbosa cabeza azul se asomó por en medio de las tablas, y un demonio surgió del agujero, seguido de dos de sus amigos. Cuando me vieron, sisearon y levantaron sus lanzas, y retrocedí apresuradamente.

¡Jinkei!, *ayúdame*, supliqué en silencio por ayuda, estaba atrapada. No podía seguir adelante con el trío bloqueando el agujero, y no podía volver a la habitación, donde se había desencadenado la batalla entre monjes y demonios. El estrépito era ensordecedor, gritos y aullidos se mezclaban con relampagueos de *ki*, los cuerpos y la sangre volaban. Mientras el trío de demonios sonreía maliciosamente y se ponía tenso, levanté mi brazo y una bola de fuego fatuo azul y blanca se encendió en mi palma. El demonio azul echó un vistazo a las fantasmales llamas y se burló, haciendo que mi corazón se hundiera; al parecer, una bola de *kitsune-bi* en su rostro no iba a funcionar por segunda vez.

Con un rugido, la enorme corpulencia del *oni* voló hacia atrás y se estrelló contra la estatua del Profeta de Jade. La efigie se tambaleó por un momento, dándome tiempo justo para alejarme, antes de que se derrumbara con un estrépito ensordecedor de madera y piedra. Los tres *amanjaku* quedaron enterrados bajo los escombros, y una brisa cálida y perfumada por el humo se precipitó al salón desde el agujero que dejó detrás.

Me agaché detrás de uno de los pilares que cubrían la habitación, mientras

el *oni* sacudía la cabeza y miraba a Maestro Isao, que se encontraba en el centro de la habitación. El monje respiraba con dificultad, la sangre corría por su rostro por debajo de su sombrero, con ambas manos levantadas.

Un gruñido profundo vino del *oni*, sentado contra la estatua en ruinas.

—Golpeas duro, para ser un mortal —retumbó el monstruo mientras se ponía en pie—. Bien hecho, pero esto no te salvará. Los *amanjaku* están destrozando a tus hermanos mientras hablamos. Nadie quedará —estiró el cuello de un lado a otro, rodó los hombros hacia delante y levantó su maza—. Es hora de terminar con estos juegos. ¡Veamos si tienes el *ki* suficiente para hacer eso otra vez!

El *oni* se lanzó con un rugido. Mientras se abalanzaba, levantando su maza por encima de su cabeza, la mirada tranquila de Maestro Isao me sacudió. En el momento en que nuestras miradas se encontraron, sonrió.

Ve, Yumeko-chan, su voz susurró en mi cabeza, gentil y serena. *Corre.*

Esta vez, no esperé a ver qué sucedía, si el terrible peso de la maza del *oni* golpeó de lleno o no. Me volví y corrí a través del agujero que había dejado el Profeta caído, trepé por las vigas astilladas y el jade roto, y susurré una disculpa mientras pisaba un brazo verde. Y entonces, ya estaba afuera, y el aire estaba caliente y sofocante. Cegada por las lágrimas, tropecé con una tabla, me raspé las manos cuando caí y la caja lacada del pergamino rodó lejos de mí, brillando a la luz del fuego.

Mi sangre se heló. La levanté, medio corrí y medio tropecé en los jardines, más allá del estanque lleno de carpas muertas flotantes, hasta llegar al viejo arce apoyado contra la pared. Después de meter rápidamente el pergamino en el *furoshiki* y el *tanto* en mi *obi*, trepé por las nudosas ramas, preguntándome cómo el acto que alguna vez había sido tan familiar podía sentirse tan extraño ahora. No volvería a hacer esto jamás.

En la parte superior del muro, dediqué una última mirada a mi hogar, al templo donde había pasado toda mi vida, y sentí un nudo en la garganta. La pagoda no era ahora más que una ruina esquelética engullida por las llamas, y el fuego se había extendido a los otros edificios, incluido el salón principal. Sólo pude distinguir el tejado sobre las copas de los árboles, pero un ascua perdida en una esquina se había convertido en llamas, y éstas se extenderían

rápidamente y consumirían el edificio de madera hasta que no quedara nada. No me atrevía a imaginar siquiera lo que estaba sucediendo en el interior, las vidas que se habían perdido, los monjes que valientemente se habían enfrentado contra una horda de demonios. Todos los que alguna vez había conocido, Maestro Jin, Satoshi, Nitoru, Denga, Maestro Isao y todos los demás, se habían ido. Habían acudido voluntariamente a su muerte, todo por proteger el pergamino.

Un pequeño globo de luz, pálido contra el humo y la oscuridad, se elevó desde el tejado de la sala ardiente. Fue alcanzado por otro, y luego otro, hasta que hubo más de una docena de orbes brillantes elevándose lentamente en el aire y dejando rastros de luz detrás. Mi garganta se cerró, y lágrimas nuevas empaparon mis mejillas. Ninguna de las esferas de luz vaciló o permaneció cerca del templo; todas ascendieron firmemente hacia las estrellas. No tenían remordimientos, ni penas persistentes ni pensamientos de venganza, nada que las atara a este mundo. Eran libres.

En lo profundo de mi pecho, una pequeña flama de ira de color blanco azulado titiló, quemando la desesperación, y respiré profundamente para contener el llanto.

—No voy a fallar —prometí, mientras las luces se alejaban lentamente, hacia *Meido*, hacia las Tierras Puras, o hacia donde fuera que se dirigieran.

—Si... si éste es realmente mi destino, entonces daré todo de mí. No se preocupen, Maestro Isao, todos. Encontraré el Templo de la Pluma de Acero y protegeré el pergamino, lo prometo.

Mis palabras no tuvieron efecto en las luces que se desvanecían rápidamente. Continuaron elevándose en el cielo hasta que no fueron más grandes que las estrellas mismas, y desaparecieron.

Parpadeé rápidamente. *Buen viaje para todos. Que nos volvamos a encontrar, en las Tierras Puras o en otra vida.*

Un siseo en los jardines llamó mi atención. Dirigí la mirada hacia abajo y me encontré con los ojos carmesí de un demonio, quien también se levantó bruscamente al verme. Mientras emitía un agudo grito de alarma y levantaba su arma, caí al suelo del otro lado del muro y corrí hacia el bosque.

UNA PROPUESTA INESPERADA

El camino había desaparecido.

Vacilé entre las sombras del bosque, escuchando, con la mano envuelta alrededor de la empuñadura de mi espada. En algún momento durante mi carrera por la montaña, el camino que seguía había desaparecido o yo lo había perdido de alguna manera, y ahora un bosque ininterrumpido me rodeaba, oscuro y espeso. Esto no representaba un terrible problema, sin embargo; todavía alcanzaba a oír el rugido de un incendio, y la brisa a través de las ramas transportaba el aroma del humo y la sangre. Iba en la dirección correcta.

Temía lo que me encontraría cuando llegara.

Se escuchó un crujido entre los arbustos, y Kamigoroshi dio un pulso de advertencia, justo cuando algo explotó en la oscuridad y se abalanzó sobre mí. Mi espada abandonó su funda un instante, y se batió hacia el rostro de mi atacante. Eso... ¿ella...? gritó y se patinó, mientras mi cerebro alcanzaba a mis reflejos. Hakaimono rugió, incitándome a continuar el movimiento, a bañar el acero de rojo. Me libré de la sed de sangre que aullaba en mi interior y obligué a mis manos a detenerse.

La hoja se congeló a sólo un par de centímetros de su cuello. Jadeando, miré a través del filo resplandeciente de la espada, el rostro y los grandes ojos negros de una chica.

Tenía mi edad, tal vez un poco menos incluso. Pequeña, menuda, vestida con una túnica carmesí corta con espirales blancas. Su cabello negro colgaba

suelto alrededor de sus hombros y a lo largo de su espalda, y sus grandes ojos oscuros, fijos en mí, estaban llenos de sorpresa.

Por un instante, nos miramos el uno a la otra, bañados por la tenue luz púrpura de Kamigoroshi. Su rostro estaba sucio, manchado de ceniza y mugre, y respiraba con dificultad, como si hubiera estado escapando del fuego junto con el resto de la vida silvestre.

Luego hubo un chasquido en los árboles detrás de ella, y me di cuenta de por qué había estado corriendo.

—¡Atrás! —le dije, y la empujé detrás de mí, mientras un *amanjaku* saltaba entre los arbustos con un aullido y una hoz levantada sobre su cabeza. Desvié la hoja curva hacia un lado y lo golpeé con Kamigoroshi en el rostro, lo que hizo que soltara un alarido y se alejara. Más demonios salieron de entre los arbustos, apuñalando y atacando salvajemente mientras corrían hacia delante. Murieron ante mi espada mientras cercenaba extremidades y separaba cabezas de torsos, y la sangre demoniaca negra formaba un arco en el aire. Hakaimono se deleitó con sus muertes, pero me mantuve indiferente a la ira del demonio. Yo era la mano que empuñaba a Kamigoroshi. Nada sentí cuando envié a las criaturas de regreso a *Jigoku*.

Cuando el último demonio cayó, sacudí la sangre caliente fuera de mi espada, enfundé a Kamigoroshi a pesar de las protestas en mi mente y busqué a la chica.

Ella se asomaba desde detrás de un tronco de árbol, mirándome con sus grandes ojos oscuros. Sorprendido, me volví por completo para observarla. Casi había esperado que se fuera, que escapara a través del bosque mientras los demonios estaban ocupados atacándome. Capté el destello de metal en su mano y vi la empuñadura de un *tanto* apretado en su puño. No estaba seguro de si era para defenderse de mí o de los demonios.

—Misericordioso Jinkei —susurró, casi sin aliento. Sus ojos brillaban mientras miraba a su alrededor, a los débiles zarcillos de oscuridad en el viento—. Tú... eso fue... —parpadeando, me miró, con la expresión atrapada entre el asombro y el temor—. ¿Quién eres?

Nada. Nadie. Una sombra en la pared, vacía y sin importancia. Me volví, hacia el sonido de las llamas distantes.

—Corre —le dije a la chica, sin mirar atrás—. Sal de aquí, ve a la aldea que está al pie de la montaña. Allí estarás a salvo.

—¡Espera! —gritó mientras yo comenzaba a avanzar. Me detuve, pero no me volví—. No puedes seguir por ese camino —dijo, y la escuché salir de detrás del árbol—. Es muy peligroso. Hay más demonios, toda una horda, ¡y hay un *oni*!

Un oni. Mis ojos se entrecerraron, incluso mientras Hakaimono daba el más fuerte estallido de emoción que alguna vez hubiera sentido. Había estado matando peligrosos *yokai* para el Clan de la Sombra desde que tenía trece años, el más joven en una larga lista de asesinos de demonios de los Kage que empuñaba a Kamigoroshi, pero nunca me había enfrentado a un *oni* real. Por lo que mi *sensei* me había dicho, los demonios más grandes de *Jigoku* no se parecían en nada a los monstruos con los que había luchado antes. Resistentes, salvajes y virtualmente imparables, capaces de regenerar heridas, huesos rotos e incluso miembros amputados a un ritmo asombroso. Eran difíciles de vencer, incluso con Kamigoroshi. En el pasado, más de un asesino de demonios que se había enfrentado contra un *oni* no había sobrevivido a la batalla.

Afortunadamente, los encuentros con *oni* eran raros, ya que invocar a uno de *Jigoku* y atar al demonio salvaje a tu voluntad requería un poder increíble. Desafortunadamente, eso significaba que era probable que quienquiera que hubiera enviado un *oni* aquí, a este bosque, estuviera detrás de lo mismo que yo. Hanshou-sama no me había dicho por qué quería este pergamino en particular, ni me correspondía preguntarlo. Mi misión era recuperarlo, sin importar los obstáculos que se interpusieran en mi camino.

—Este *oni* —pregunté a la chica, cuya mirada todavía podía sentir en mi espalda—, ¿dónde está?

—En el templo —respondió, y su voz salió un poco ahogada—. En la cima de la montaña. Mató a todos e incendió todo el lugar. No queda nada.

Mi espíritu se hundió. Si los demonios habían atacado y destruido el templo, entonces el pergamino ya había desaparecido. O había sido destruido, o estaba en manos del *oni*. Con la mandíbula apretada, me dirigí hacia los árboles. Tenía que ver si el pergamino todavía estaba allí, si podía salvarlo. Y si el *oni* era ya el poseedor del pergamino, desafiaría al demonio y lo

recuperaría, o moriría en el intento.

—*¡Baka!* —algo sujetó el dobladillo de mi *haori* y me jaló para frenarme. Me giré y me detuve apenas a tiempo para evitar blandir a Kamigoroshi y cortar a mi agresora por la mitad—. ¿No me oíste? —preguntó la chica, su ojos oscuros ahora se abrían ampliamente por el miedo—. Hay un ejército de demonios y un *oni* en esa dirección. Si vas al templo, morirás, como todos los demás.

Sus ojos se humedecieron y las lágrimas corrieron por una mejilla. De repente entendí.

—Vienes del templo —dije en voz baja—. Viste todo.

Ella asintió, mientras se pasaba una sucia manga por el rostro.

—Todos murieron —susurró—, yo apenas logré escapar. Mi maestro se sacrificó para que yo pudiera escapar. Luchó contra el *oni*, aunque sabía que iba a matarlo.

—¿Qué buscaban los demonios? —pregunté, mirándola de cerca. Tal vez, si ella venía del templo, sabría sobre el pergamino o dónde estaba ubicado—. ¿Por qué atacaron? —presioné—. ¿Tomaron algo?

Durante un breve instante, ella dudó. Sus mejillas palidecieron y me miró con esos ojos oscuros. Por alguna razón, mi piel hormigueaba y luché contra la urgencia de mirar hacia otro lado.

—No lo sé —admitió—. No sé por qué vinieron o qué es lo que querían. Sólo sé que mi templo ya no está y que los demonios mataron a todos aquéllos que me importaban. Y si vas allí ahora, también morirás —hizo otra pausa, y luego tendió la mano como si fuera a tomar una decisión—. Ven conmigo —dijo, para mi sorpresa—, antes de que los demonios nos encuentren. No puedo... no quiero estar sola ahora mismo. Podemos dirigirnos a la aldea y averiguar qué hacer desde allí.

—No —di un paso atrás, alejándome de ella—. Tú puedes seguir corriendo, huye al bosque. Pero yo tengo asuntos pendientes en el templo, debo confirmar algo.

—¿Qué? —ella me miró con incredulidad, mientras yo daba media vuelta y comenzaba a caminar—. No puedes hablar en serio. ¿Qué es tan importante para arriesgarse a que tu cabeza sea aplastada por un *oni*? ¡Espera!

Sus pasos se escucharon detrás de mí. Me volví una vez más y levanté a Kamigoroshi, haciéndola tropezar y paralizarse.

—No me sigas —le advertí, mientras su mirada se posaba en la espada—. Ve a la aldea. Adviérteles sobre el ataque. Olvida lo que has visto aquí —envainé la espada y me dirigí a la oscuridad, hacia el templo y la batalla que me esperaban en la cima—. Lo que suceda ahora no es tu problema.

—El pergamino ya no está allí.

Me detuve. Lentamente, di media vuelta. La chica estaba parada en el mismo lugar, mirándome con una expresión cautelosa, casi desafiante, con la mandíbula apretada.

—El pergamino —repitió, de manera que ya no había dudas al respecto—, no lo encontrarás. Ya no está en el templo.

—¿Dónde está?

Dudó. Espada en mano, caminé hacia la chica. Su rostro palideció y ella retrocedió, pero se encontró contra un árbol después de unos pocos pasos.

—No sé —comenzó a decir, y se quedó congelada cuando coloqué el filo de Kamigoroshi contra su cuello—. ¡Espera, por favor! No entiendes.

—¿Dónde está el pergamino? —pregunté de nuevo, acercándome todavía más. Dímelo o te mataré.

—¡No está! —estalló la chica—. El pergamino ya no está aquí. Maestro Isao... sintió que venían los demonios. Sabía que querían el pergamino, así que lo envió lejos. Ha-hace unos días.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Incliné la espada para presionarla ligeramente por debajo de su barbilla, y ella jadeó.

—¡No lo sé! —insistió, levantando la cabeza para escapar de la espada—. Maestro Isao no me dijo dónde está ubicado. Pero... sé quién lo sabe.

—¿Quién?

Hizo una pausa, sus ojos oscuros miraron a los míos sobre la espada. De nuevo, sentí ese extraño revoloteo debajo de mi piel, reaccionando a su presencia.

—¿Cómo sé que no me matarás en cuanto lo escuches?

—Te doy mi palabra —dije—. Por mi honor, si me dices lo que deseo, vivirás.

Con cuidado, negó con la cabeza.

—Necesito más que eso, samurái —dijo, haciendo que yo frunciera el ceño. El voto de un guerrero era absoluto, su honor impedía cualquier indicio de traición, y era un insulto insinuar lo contrario. Para un samurái que hubiera roto su promesa, la vergüenza sería tan grande que seguir el suicidio ritual, el *seppuku*, sería su única salida honorable.

Por supuesto, yo era *shinobi*, un guerrero de las sombras, y seguía un código diferente al de los samuráis. Nosotros operábamos en la oscuridad, realizando tareas que harían que un honorable samurái se encogiera de horror y repulsión. Pero la chica no sabía eso.

Continué mirándome, con la cabeza y la espalda presionadas contra el tronco, y la barbilla levantada para escapar del mortal filo contra su garganta. Sostenía con fuerza la espada, tanto en mi mano como en mi mente, dado que Hakaimono me incitaba a matar a esta insubordinada campesina.

—Puedes matarme ahora —dijo—, pero nunca encontrarás lo que estás buscando.

Entrecerré mis ojos, y ella se estremeció bajo mi mirada; parecía que había perdido el valor, pero respiró profundamente y me miró de nuevo.

—Tengo... una propuesta para ti —anunció—. Así que escucha antes de que decidas cortarme la cabeza, por favor. Los demonios vendrán detrás de mí. Una vez que descubran que el pergamino no está aquí, me perseguirán. En este momento, el pergamino está en camino a otro templo, un templo escondido, muy lejos de aquí. Necesito llegar allí, para advertirles a los monjes del ataque de los demonios. Le prometí a mi maestro que lo haría.

—Pero no sabes dónde está —señalé.

—N-no —admitió—. Yo no, pero Maestro Isao me dijo el nombre de la persona que lo sabe. Un sacerdote que vive en Kin Heigen Toshi. Él conoce la ubicación del templo escondido, y puede decirme adónde ir. Sin embargo, no creo que pueda llegar sola. No puedo luchar contra una horda de demonios por mi cuenta —me evaluó y me di cuenta de adónde iba todo esto—. Pero... *tú* matas demonios, y parece que lo haces bastante bien. Si... vienes conmigo y

me proteges durante el viaje, entonces... —su voz se apagó, pero la implicación quedó en el aire entre nosotros, imposible de perderse.

Entonces, ella me llevará al pergamino.

Lo consideraré. El clan no estaría contento. Como el asesino de demonios de los Kage y el portador de Kamigoroshi, se suponía que yo no debía tener un contacto prolongado con nadie fuera del Clan de la Sombra. Las razones para esto eran muchas. Los Kage eran una familia de secretos. Nuestros *shinobi*, los mejores en el país, pues poseían talentos desconocidos para el resto del mundo. Nos manteníamos cerca de las sombras, y los tocados por los *kami* entre nosotros lo reflejaban, hablando el lenguaje de la oscuridad y lo desconocido. El Clan de la Sombra mantenía sus secretos y felizmente mataría a cualquiera que indagara demasiado. Una chica campesina viajando con el asesino de demonios de los Kage levantaría inquietudes.

Pero la otra razón más apremiante era yo. Yo mismo estaba muy desanimado sobre la posibilidad de interactuar con extraños debido al peligro que representaba, el riesgo de que pudiera rendirme al demonio en la espada. Cualquier emoción era especialmente peligrosa, porque Hakaimono las usaba como una puerta de entrada a mi alma. Rabia, miedo, incertidumbre, cuanto más fuerte fuera el sentimiento, más se acercaba el demonio a abrumar a su anfitrión. Me habían advertido, en numerosas ocasiones, que si Hakaimono tomaba el control, no habría marcha atrás. Me convertiría en un monstruo, y no tendrían más remedio que matarme.

Pero me encontraba en una misión para la *daimyo* del Clan de la Sombra, Hanshou-sama en persona. Había jurado recuperar el pergamino y se esperaba que obedeciera, incluso si eso me costaba la vida a mí y a quienes me rodeaban. El fracaso no era una opción.

—Entonces —se aventuró la chica—, ¿tenemos un acuerdo?

DOS ALMAS PARA EL CAMINO

El extraño guardaba silencio, lo consideraba. Estábamos muy cerca una del otro, y podía ver cada detalle de su rostro: los pómulos altos, los labios carnosos, la cicatriz en la frente y el puente de la nariz. Pero sus ojos... eran de un color violeta luminoso, el tono profundo y brillante de una flor de lirio y, sin embargo, mirar dentro de ellos causó en mí un escalofrío que se extendió por mi cuello y se deslizó por mi espalda. Estaban en blanco, no revelaban ninguna emoción, no mostraban compasión, empatía ni comprensión. No había rastro de un alma detrás. Nunca había sentido verdadero miedo de otra persona hasta ahora; a pesar de las amenazas, y los numerosos castigos de Denga, en mi corazón sabía que los monjes del Templo de los Vientos Silenciosos nunca me harían daño. Pero este chico... él podría ser joven y tener el rostro de un ángel, pero no había duda de la verdad en sus ojos. Era un asesino.

Sin embargo, este desalmado asesino podría ser mi mejor oportunidad para llegar hasta el Templo de la Pluma de Acero con vida. El pensamiento hizo que mi corazón palpitara violentamente, pero después de verlo masacrar a los *amanjaku*, de ver con qué facilidad los derrotaba, una idea se formó en mi mente: una idea arriesgada y tal vez muy peligrosa. Los demonios me estarían cazando una vez que descubrieran que el pergamino había desaparecido. El *oni* podría estar ya tras de mí, y por mucho que yo quisiera vengar a Maestro Isao y los demás, no estaba a la altura de esa abominación.

Temblé, sentía un enorme nudo doloroso en la boca del estómago. No parecía real que se hubieran ido, que esta misma tarde yo hubiera estado encendiendo las velas del salón principal y deseando estar en algún otro lugar. Nunca había ido más allá del bosque. No sabía adónde ir o cómo hablar con la gente. Durante toda mi vida, sólo había hablado con monjes, *kami* y la peculiar *yokai* en el bosque. Tenía que llevar el pergamino al Templo de la Pluma de Acero, le había prometido a Maestro Isao que lo haría, pero no estaba segura de cómo llegar allá, ni de qué hacer si me encontraba con demonios.

Pero... este humano podía matar demonios. Con bastante facilidad, de hecho. Él podría ser tan peligroso como los monstruos mismos. Si él me protegía, cualquier demonio, *yokai* o asesino humano que quisiera el pergamino tendría que enfrentarse primero con él.

Sólo había un pequeño problema.

Él también estaba tras la plegaria del Dragón. Si este asesino había sido enviado para recuperarlo, al igual que los demonios, o había venido por su propia voluntad, no importaba. Podía sentir la angosta caja lacada escondida en el *furoshiki* atado alrededor de mi hombro, y mi corazón latía con fuerza. Si él descubría que yo tenía el pergamino, estaría tan muerta como los monstruos que se habían disuelto en la brisa. Tendría que ser muy cuidadosa y elegir mis acciones sabiamente, o mi futuro protector se volvería contra mí.

Brevemente, tuve la triste idea de que Maestro Isao no habría aprobado esta farsa: que le mintiera a este chico para conseguir que me escoltara al Templo de la Pluma de Acero. Denga seguramente lo habría visto como otro de mis engaños y argucias de zorro. Pero yo no era una guerrera, no podía cortar las cosas en pedazos con una espada, y lo único que sabía del mundo exterior era lo que los monjes me habían enseñado. Mi templo había desaparecido, mi familia había sido asesinada por demonios frente a mis ojos y se me había dado una tarea casi imposible. Sin mencionar la idea de que yo había sido dejada en el Templo de los Vientos Silenciosos justo para cumplir un rol en este momento. Para proteger de alguna manera el pergamino. No estaba segura de qué sentir acerca de este panorama general, pero sabía que si pensaba en eso ahora, me hundiría en un agujero profundo y nunca más volvería a salir de él. No podía hacer esto sola, y no tenía quien me ayudara.

Como la vieja *tanuki* había dicho esta tarde: yo era una *kitsune*, una *yokai*. No era humana. En esto era en lo que era buena.

Mantuve la mirada del extraño que me observaba mientras pensaba en mi oferta, y sentí el conflicto en su interior. Finalmente asintió y dio un paso atrás, alejando de mi cuello el filo de su terrible espada.

—De acuerdo —dijo—. Si ésta es la única forma de llegar al pergamino, te llevaré a la ciudad capital y luego al Templo de la Pluma de Acero. Pero... —sus ojos se entrecerraron, fríos y escarchados, y levantó su espada de modo que la luz de la luna se reflejó en la longitud del acero—. Si me engañas o intentas huir, te mataré. ¿Lo entiendes?

Asentí, pasando por alto la punzada de miedo que acompañó a la sensación de alivio. No es que tuviera intenciones de escabullirme, pero no tenía dudas de que él no pronunciaba amenazas vacías. Con un suspiro, el chico finalmente envainó su arma, y la luz sutil que provenía de la espada desapareció, sumiéndonos en la oscuridad.

—La ciudad capital está a pocas semanas de camino a pie —afirmó, tranquilo y formal—. Mi caballo escapó esta noche, así que tendremos que caminar, al menos hasta que encuentre otro. ¿Estás lo suficientemente bien para viajar? ¿Tienes lo que necesitas?

—Sí —respondí. Al haberme criado en un templo de monjes ascéticos, nunca había tenido mucho, y las pocas posesiones que había tenido no eran quizá más que polvo y cenizas ahora. Tenía mis sandalias, mis ropas a mi espalda, un cuchillo y un pedazo de un pergamino de poder supremo que otorgaba deseos ocultos en un *furoshiki*. Eso debería ser suficiente.

—No creo que tengas documentos de viaje, ¿cierto? —preguntó el chico. Parpadeé.

—No. ¿Qué es eso?

—Son... —sacudió la cabeza—. No importa —murmuró, descartando el asunto—. Nada puede hacerse por ahora. Nos ocuparemos del problema si surge.

—*Ano*... —agregué mientras el humano se alejaba—, ¿cuál es tu nombre? Vaciló un momento y luego respondió con voz baja y vacía:

—Kage Tatsumi.

Kage. Los Kage eran el Clan de la Sombra, una familia de secretos y conocimiento oculto, de acuerdo con mis estudios. Parecía apropiado para el chico oscuro y de ojos fríos que tenía enfrente.

—Yo soy Yumeko —traté de sonreír, aunque estaba de espaldas a mí y tal vez no lo vería—. Gracias, por llevarme a la ciudad capital, Tatsumi-san. Y, ya sabes, por salvarme de los demonios.

No dio alguna indicación de que hubiera escuchado. Con un callado “Vamos”, dio un paso adelante y se fundió en las sombras como si fuera parte de la noche. Eché un vistazo una vez más al cielo, al humo y las brasas que todavía se elevaban sobre las copas de los árboles y marcaban el final de una forma de vida.

Cerré los ojos, susurré una plegaria rápida a Jinkei, *kami* de la misericordia, y a Doroshin, *kami* de los caminos, para que alcanzáramos un buen ritmo y encontráramos nuestro destino sanos y salvos, antes de dar media vuelta y seguir a Kage Tatsumi en la oscuridad.



ALMA ERRANTE

Ser un fantasma era un ejercicio de paciencia.

Cuando Suki aún era muy pequeña, su madre le contaba historias de fantasmas a la luz titilante de las velas de su hogar. Al final del día, mientras Mura Akihito estaba en su tienda, trabajando sin parar en su nueva obra maestra, Suki se sentaba en un taburete en tanto su madre barría o cocinaba, y escuchaba historias de bellas mujeres traicionadas o abandonadas por sus amantes, que se consumían hasta que sus cuerpos morían pero sus anhelos continuaban vivos. En estas historias, siempre era la mujer la que moría con el corazón roto, había notado Suki. Quienes se quitaban la vida por el dolor. O quienes eran brutalmente asesinadas y regresaban por venganza. Algunas veces, las mujeres inmorales se convertían en algo terrible y antinatural. Una mujer codiciosa podría hacer crecer otra boca en la parte posterior de su cabeza para que consumiera toda la comida que lograra encontrar. Una mujer infiel podría descubrir que, mientras dormía, su cuello se alargaba increíblemente mientras su cabeza vagaba libremente alrededor, lamiendo el aceite de las lámparas y atacando a los animales pequeños. En los casos más perversos, el dolor, los celos o la ira de la mujer la convertirían en una *oni*, una *hannya* o incluso una terrible serpiente gigante, demonios que siempre unían sus extremos a la espada de un gran samurái.

Terribles destinos, meditaba el alma que alguna vez había sido Suki, mientras flotaba en silencio por un estrecho pasillo del castillo. Ciertamente,

las mujeres que se convertían en tales monstruos eran grotescas y dignas de lástima. En este momento, sin embargo, ella pensaba que habría preferido ser un demonio.

A unos metros de ella, la dama Satomi caminaba tranquilamente por el estrecho pasillo del castillo abandonado, con la sombrilla oscilando, sin darse cuenta del alma que se arrastraba detrás de ella. Después de la terrible noche de su muerte, Suki había intentado seguir a la mujer, pero la había perdido en los retorcidos pasillos del castillo. Sola, el fantasma que había sido Suki se había desplazado sin rumbo a través de habitaciones, pasillos y patios, perpleja y confundida. Ella había estado segura de que, antes de convertirse en un espectro, había sido una criada en el palacio imperial. Cómo había llegado a este oscuro y abandonado castillo era un misterio; lo último que recordaba era una entrega de un rollo de cuerda a un almacén en los jardines imperiales. Pero este castillo definitivamente no era el dorado Palacio del Sol del emperador. Todo se sentía frío, sin vida, abandonado. Incluso los demonios se habían ido. Después de darse un festín con su cuerpo, Yaburama y los demonios más pequeños también habían abandonado el castillo, y sin más compañía que las arañas y las ratas, el tiempo se había desdibujado hasta convertirse en una neblina sombría y solitaria.

Pero esta noche, la dama Satomi había regresado y caminaba a grandes pasos por los pasillos del castillo abandonado como si lo hiciera todas las noches. Aturdida, Suki la siguió, manteniéndose fuera de la vista mientras consideraba qué hacer.

Su primer pensamiento, por supuesto, fue la venganza. Perseguir a Satomi-sama implacablemente hasta que enloqueciera por la culpa. Sin embargo, a diferencia de las historias de fantasmas que solía contarle su madre, en las que los espíritus podían maldecir e incluso dañar físicamente a sus víctimas, las interacciones de Suki con el mundo eran limitadas. Ella no tenía cuerpo y su forma insustancial atravesaba todo aquello que tocaba. Si pensaba en ello, podía manifestarse como una versión fantasmal de su antiguo yo, pero si perdía la concentración, volvía a convertirse en una brillante esfera de luz. Hablar era difícil y requería un esfuerzo recordar cómo hacerlo, e incluso entonces, su voz se había vuelto débil y entrecortada. En las historias, algunos

yurei eran poderosos *onryo*, espíritus de rencor cuya rabia y odio se manifestaban en devastadoras, y a veces fatales, maldiciones pero Suki no tenía idea de cómo hacer eso. E incluso si se mostraba ante su asesino, la dama Satomi no parecía el tipo de persona que se fuera a sentir consternada por el fantasma de su antigua doncella.

Así que siguió a la mujer en silencio por los pasillos vacíos, hasta que Satomi-sama abrió las puertas y entró al jardín otra vez.

Estaba lleno de demonios. Suki se congeló en el aire, temblando, antes de lanzarse detrás de un arbusto muerto para mirar a través de las ramas. Los *amanjaku* se movieron rápidamente sobre las piedras, gruñendo y chocando sus burdas armas una contra otra. En el centro, la terrible forma de Yaburama se alzaba sobre la multitud, arrojándolos a su sombra.

La dama Satomi avanzó a zancadas a través de la turba, ignorando a los demonios que siseaban y se burlaban de ella, con el rostro sereno mientras se dirigía hacia el *oni*. Desde la perspectiva de Suki, mientras se cernía por detrás de un trozo de pared derruida, Yaburama parecía estar de mal humor y mostraba los dientes a cualquier *amanjaku* que se acercara demasiado. Cuando Satomi-sama se aproximó, un *amanjaku* verde se apartó de su camino, y el *oni* le dio una patada salvaje que lo estrelló contra la pared. La dama Satomi vio, con una expresión de desconcierto en su rostro, cómo el demonio se alejaba, antes de mirar a Yaburama.

—Bueno, podría decir algo sobre tu temperamento, pero al menos llegaste a tiempo esta noche —la mujer resopló y luego le dedicó una mirada de advertencia a un *amanjaku* que se había acercado demasiado a su túnica—. Sin embargo, por desgracia el tiempo está menguado, y tengo mucho que hacer. Si amablemente me entregaras el pergamino, Yaburama, podemos terminar con esta desagradable asociación, y podrás volver a hacer... lo que sea que los demonios como tú hagan hasta que son convocados. Entonces... —tendió una delgada mano blanca—. ¿El pergamino del Dragón, por favor?

El *oni* dejó escapar un gruñido.

—No lo tengo.

—¿Qué? —la dama Satomi dejó caer su brazo, con los ojos entrecerrados—. Discúlpame, Yaburama, pero ésta es la única razón por la que fuiste

convocado de *Jigoku*, ¿cierto? ¿Por qué te envié a ese templo de fanáticos del *ki*? Porque seguramente pensé que un *oni* como Yaburama no tendría problemas con un grupo de viejos calvos. ¿Qué quieres decir con que no tienes el pergamino?

—El pergamino no estaba en el templo, humana —el *oni* la fulminó con la mirada—. Maté a todos los monjes allí, incluido el maestro, y destrocé el templo buscándolo. El pergamino no estaba.

—¿Y estás seguro de que mataste a *todos*? —la voz de Satomi-sama era tranquila, como si estuviera preguntando a una doncella si había buscado en todas partes su taza de té favorita y no hablando casualmente sobre la matanza en un pacífico templo de monjes—. ¿Ningún aprendiz se escurrió por detrás y logró escapar? ¿Ningún monje enganchó su *ki* a un trío de gorriones que salió volando por encima del muro?

—No —gruñó el *oni*—. Maté a todos. No hubo supervivientes.

Ante esto, un par de demonios más pequeños que se encontraban cerca de los pies del *oni* comenzaron a saltar arriba y abajo, parlotando con voces rasposas y agudas. Suki no podía entender lo que estaban diciendo, pero Yaburama se giró, con aspecto asesino, y se abalanzó sobre ellos. Uno de los demonios aulló alarmado y huyó hacia la multitud, pero el otro no fue lo suficientemente veloz y fue atrapado por la enorme garra del *oni*. Gimió cuando el monstruo lo levantó del suelo, agitando sus brazos y balbuceando, hasta que estuvo a la altura de la cara. El *oni* retumbó con una voz gutural y ominosa, y el demonio chilló una respuesta, todavía retorciéndose, impotente ante el agarre.

Con un gruñido y una dentellada, el *oni* apretó su puño, aplastando al demonio dentro. La sangre salió por la nariz y la boca, y se escapó por sus orejas, antes de que se disolviera en volutas de humo negro rojizo que se retorcieron con el viento.

Si Suki pudiera haberse encogido ante tal exhibición de violencia y sangre, lo habría hecho, pero la dama Satomi parecía divertida.

—Oh, déjame adivinar —dijo cuando el *oni* abrió su puño, dejando que se disipara lo último del humo. La sangre manchaba sus garras y sus dedos, pero él no pareció darse cuenta—. En todos tus asesinatos, matanzas y diversiones,

permite que alguien se escape entre tus grandes y estúpidos dedos. Y ahora ellos tienen el pergamino.

El *oni* bajó su brazo.

—Había... una niña —retumbó, y sonaba reacio y molesto al mismo tiempo—. Los *amanjaku* la persiguieron hasta el bosque, pero ella logró escapar —hizo una pausa, su rostro se oscureció mientras sus ojos se entrecerraban y su voz se reducía a un gruñido bajo y aterrador—, con la ayuda del asesino de demonios de los Kage.

¿El asesino de demonios de los Kage? Suki no conocía ese nombre, pero la multitud de pequeños demonios se quedó callada e inmóvil, como si la misma palabra los aterrorizara. Se preguntó qué tipo de persona podría asustar a una horda de demonios maniacos del Infierno, y si era alguien con quien ella alguna vez quisiera encontrarse.

—Bueno —dijo la dama Satomi, después de un momento de crispado silencio. Su voz podría haber congelado el lago en el jardín del emperador y rebanar a todos los peces por la mitad con su filo—. Esto presenta un problema, ¿cierto? Dime, Yaburama, si esta chica está con el asesino de demonios de los Kage, a quien imagino que Hanshou envió detrás del pergamino también, ¿cómo vamos a conseguirlo sin perder toda una legión de demonios?

El *oni* mostró sus colmillos.

—Yo me ocuparé de él.

—No. Ya has hecho suficiente.

El *oni* gruñó, cerniéndose sobre la mujer. Pero la dama Satomi dio media vuelta y se alejó de él, mientras contemplaba los cuervos dispersos sobre los muros y en los árboles muertos sobre su cabeza.

—¡Escúchenme! —gritó, levantando una mano, y las criaturas emplumadas se movieron, agitaron sus alas y levantaron sus cabezas para mirar hacia abajo con sus pequeños ojos—. ¡Encuéntrenlos, mis *karasu*! —ordenó la dama—. Encuentren a la niña y al asesino de demonios de los Kage. Sean mis ojos, vean donde yo no puedo, y muéstrenme a lo que me estoy enfrentando. ¡Vayan!

Los cuervos alzaron vuelo con una cacofonía de gritos ásperos, giraron en espirales en el aire y desaparecieron en la oscuridad. La dama Satomi los vio

marcharse, un enjambre oscuro que voló hacia las turbias nubes, antes de volverse otra vez hacia el pesado y gruñón *oni*.

—Una rabieta no nos sienta bien, Yaburama —comentó, y abrió su sombrilla cuando las gotas de lluvia comenzaron a caer—. Tuviste tu oportunidad y fallaste. Si la chica y el asesino de demonios viajan cerca de las ciudades, un *oni* con una turba de *amanjaku* no podrían pasar desapercibidos, y me gustaría mantener los dolores de cabeza al mínimo hasta que tenga el pergamino en mis manos. Hay otros a los que puedo recurrir para que se encarguen de esto —ella reflexionó por un momento, mientras giraba la sombrilla en sus manos—. Kazekira y sus desagradables familiares todavía me deben un favor —reflexionó—. Y no llamarán la atención de cada alma en el área. Sí, creo que eso funcionará.

Echó un vistazo al *oni*, y su voz se volvió dulce y cantarina.

—Ahora, Yaburama, el problema ha sido resuelto. Sólo quédate aquí, como un buen perro, hasta que te necesite otra vez.

Por un instante, Suki pensó que el *oni* saltaría y arrancaría la cabeza del delgado cuello blanco de Satomi-sama. Pero éste sólo dejó escapar un bufido y dio un paso atrás.

—Estúpida mortal, subestimas al asesino de demonios de los Kage. Puede parecer humano, pero es un monstruo peor que yo. Recuerda esto cuando necesites que te proteja de su espada.

La dama levantó una ceja perfectamente arqueada.

—Lo tendré en cuenta.

Ella se volvió y se dirigió hacia las puertas del castillo, con la sombrilla bamboleándose detrás de ella. En la escalera, sin embargo, se detuvo y miró directamente al lugar donde Suki estaba escondida, con una pequeña sonrisa cruzando sus labios. Helada, el alma que había sido Suki se volvió invisible. Para cuando reunió el coraje para asomarse, la mujer ya se había marchado.

CAMINO A LA CAPITAL

Nos estaban siguiendo.

—¿Tatsumi-san? —Yumeko se volvió cuando me detuve en medio del sendero y me giré para mirar los árboles detrás de nosotros—. ¿Qué estás buscando? ¿Hay algo allí?

No respondí. Alrededor de nosotros, grandes pinos antiguos crecían muy juntos, sus ramas se extendían sobre el camino y moteaban el sendero con sus sombras. Las cigarras zumbaban, su monótona canción vibraba a través de los árboles; un halcón solitario se elevaba por encima y su sombra se deslizaba rápidamente sobre el sendero. El aire era frío, olía a savia y agujas de pino y, a excepción del zumbido de los insectos, todo estaba en silencio. Pero podía sentir que algo no estaba bien, como una mancha oscura en la esquina de mi visión que se mantenía fuera de mi alcance.

Habían pasado tres días desde que la chica y yo habíamos escapado a la montaña, lejos de la destrucción del Templo de los Vientos Silenciosos y de los *amanjaku* en el bosque. No habíamos hablado mucho durante nuestros trayectos; la chica había estado callada y retraída, y yo no deseaba entablar una conversación con ella. En verano los días eran cálidos y húmedos, y los cielos amenazaban con lluvia en cualquier momento. Pasamos junto a pueblos con cabañas de paja y campos en terrazas, donde los agricultores empujaban las plántulas verdes de arroz en el agua que llegaba hasta sus pantorrillas. Cuando caía la oscuridad, dormíamos bajo los árboles o en santuarios

abandonados, las noches eran lo suficientemente cálidas para estar cómodos sin mantas, lo que era una suerte dado que todas mis pertenencias se habían perdido cuando mi caballo escapó. Eso incluía mis documentos de viaje, la mayor parte de mi equipo *shinobi* y mis raciones para el viaje. Por fortuna, el final del verano en Iwagoto significaba que había muchos lugares para conseguir comida, si sabías dónde buscar. Setas, bayas y todo tipo de *sansai* o plantas silvestres crecían por todas partes, y los ríos y arroyos proveían peces si uno sabía cómo atraparlos sin una línea de mano. Había sido entrenado para vivir de la tierra y sobrevivir en los espacios naturales, así que no corríamos el riesgo de morir de hambre, pero me sorprendió descubrir que la chica también sabía bastante sobre las plantas silvestres. Una noche, mientras limpiaba el pescado que había capturado en el arroyo cercano, ella apareció y arrojó un manojo de kakis silvestres en el suelo cerca del fuego. No era muy aficionado a las cosas dulces, pero la naranja fruta madura contrastó con la suavidad del pescado y llenó nuestros estómagos esa noche.

En nuestros recorridos, no había sentido la presencia de demonios, aunque Hakaimono había estado inusualmente inquieto, ya fuera porque sentía ojos invisibles sobre nosotros o como reacción ante nuestra inesperada compañía. Había actuado solo tanto tiempo que tener otro ser humano constantemente presente era una distracción, para mí y para la espada. Ignoré a la chica tanto como fue posible, tratando de no ver las lágrimas que a veces se filtraban de sus ojos, de no escuchar los débiles jadeos y lloriqueos cuando estaba acurrucada, dormida.

Esta mañana, sin embargo, ella me había saludado con una sonrisa y un alegre *Ohayou gozaimasu, Tatsumi-san*, que parecía abandonar su oscuro estado de ánimo. Continuamos avanzando por el camino, pero esta tarde no podía evitar la sensación de ser observado. Me había estado atormentando y había irritado a Hakaimono hasta el infinito, de manera que finalmente me detuve para buscar a nuestro desconocido acosador entre los árboles. Estaba haciendo evidente que sabía que algo estaba ahí, pero en ese momento preferiría enfrentarme a algo que podría luchar y matar, en lugar de preocuparme por una amenaza sin nombre que no podía ver.

Mi mirada se detuvo cuando por fin identifiqué la fuente de mi malestar. En

las ramas de un pino que se extendía sobre la carretera, una pequeña figura encorvada nos miraba sin pestañear.

Cuervos... de nuevo. Entrecerré los ojos y observé al pájaro, que alborotó sus plumas pero no se movió de la rama. Los cuervos estaban en todas partes en Iwagoto, de un extremo del país al otro. Sus parvadas se agrupaban en los tejados o en las ramas de los árboles, luchando por el espacio, y refunfuñaban con guturales graznidos mientras pasabas por debajo. A veces eran considerados como malos presagios, portadores de la mala suerte, pero eran también una vista común, cotidiana, y nadie les dedicaba a estas criaturas pendencieras una segunda mirada.

Sin embargo, de vez en cuando, sobre todo cuando viajaba, aparecía un solo cuervo, que parecía mirarme. Matar al pájaro ahora no serviría de nada; otro aparecería poco después, como para burlarse de mis esfuerzos. O peor, se mantendría fuera de la vista, irritando a Hakaimono hasta que estuviera listo para atacar a cualquier cosa que se moviera. Al menos ahora sabía la causa de la inquietud, y estaría preparado si mi acosador desconocido decidiera atacar.

—¿Tatsumi-san?

Me volví para encontrar a la chica que me miraba con la cabeza ligeramente inclinada. Ella no había notado al pájaro en el árbol, y no tenía ganas de explicarlo. Sobre todo porque ninguno de nosotros podría hacer nada al respecto.

—No es nada —le dije, continuando por el camino otra vez—. Mantengámonos en movimiento.

Ella asintió y comenzó a caminar a mi lado. Pude verla de reojo, con su cabello oscuro ondeando en la brisa y su mirada puesta en el bosque que nos rodeaba, a diferencia de los últimos dos días, cuando ella había caminado en silencio tras mi espalda, mirando al suelo sin entusiasmo. El *furoshiki* estaba envuelto alrededor de sus hombros; no se lo había quitado ni una sola vez, y todas las noches se aseguraba de que estuviera bien sujeto a ella. Imaginé que contenía lo último de sus exiguas pertenencias, y que tal vez temía que yo pudiera robarlas, aunque no tenía ningún interés en las posesiones de una campesina.

—*Ne...* Tatsumi-san —dijo, mirando hacia arriba, donde había estado

observando a una ardilla en una rama. Me di cuenta de que muchas veces hacía eso, al parecer fascinada por las cosas más pequeñas, como un gato constantemente distraído por las sombras—. No hemos encontrado algo para comer hoy. ¿Qué vamos a hacer?

—Chochin Machi está a pocos kilómetros de aquí —respondí—. Nos reabasteceremos cuando lleguemos a la ciudad.

Ella asintió de nuevo.

—Será bueno probar comida de verdad otra vez —comentó—. No es que tenga algo contra los peces y los kakis silvestres, pero estoy empezando a desear un cuenco de arroz caliente. Y una cama, donde no despierte con arañas entre la ropa. No es que me importen las arañas tampoco, pero no quiero aplastarlas cuando rueda sobre ellas —me dirigió una mirada de soslayo—. ¿Qué hay de ti, Tatsumi-san?

Me encogí de hombros. Había pasado días sin comer ni dormir, tanto en el campo como en entrenamiento con mi *sensei*. Algunas veces había sido un castigo, pero sobre todo era para poner a prueba mi resistencia, para ver hasta dónde podía llegar antes de colapsar. Me habían entrenado para sobrevivir con muy poco; la comida, el sueño y la comodidad personal no eran tan importantes como completar la misión.

La chica dejó escapar un largo suspiro y miró hacia el cielo, al sol que se hundía lentamente debajo de la línea de árboles.

—De vuelta al templo, nos estaríamos reuniendo para la cena en estos momentos —continuó en voz baja—. No teníamos mucho, pero comíamos juntos tres veces al día. Satoshi tenía un pequeño huerto en la parte trasera, y podía cultivar los rábanos *daikon* más grandes que jamás hayas visto —su nariz se arrugó—. Yo odiaba los *daikon*, y de éstos teníamos muchos. Tiraba los pedazos a través de las grietas en el piso del templo, pero luego tenía pesadillas de monstruos de rábano encurtido escondidos debajo de mis tablas, que se trepaban para meterse a la fuerza en mi boca mientras dormía —hizo una pausa, y sus siguientes palabras fueron aún más suaves—. Me comería una docena de *daikon* en este momento, si eso significara que podría sentarme a la mesa con todos ellos una vez más.

No tenía respuesta para eso, así que guardé silencio. Ella estaba callada,

luego sentí su mirada en mí otra vez.

—¿Tienes familia, Tatsumi-san?

—No.

—Pero... eres un samurái —inclinó la cabeza—. Llevas una espada, y tienes ese *mon*, el emblema de la casa Kage en tu espalda, así que eso significa que debes ser parte del Clan de la Sombra, ¿cierto?

Entrecerré los ojos. Todas las grandes casas tenían sus propios *mon* que mostraban su linaje y a qué familia pertenecían pero, según mi experiencia, ninguno de los campesinos se preocupaba lo suficiente para distinguirlos. Para ellos, todos los samuráis eran iguales.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Yumeko parpadeó.

—Maestro Isao me enseñó sobre los diferentes clanes y casas —explicó—. Él quería que supiera un poco del mundo exterior, en caso de que alguna vez dejara el templo. Veamos si puedo recordarlos a todos —frunció el ceño—. Los Hino, Mizu, Tsuchi y Kaze son las cuatro grandes familias de Fuego, Agua, Tierra y Viento —recitó—, mientras que los Kage, Sora y Tsuki conforman los clanes menores: Sombra, Cielo y Luna. ¿Es correcto?

—Olvidaste uno.

—Ah, claro —Yumeko asintió—. El Clan del Sol es la familia principal, los Taiyo. Pero la mayoría de ellos permanecen en la ciudad capital, cerca del Emperador. Casi nunca abandonan sus territorios a menos que visiten a los *daimyo* de los otros clanes. O eso me dijo Maestro Isao.

La consideré seriamente.

—¿Qué sabes acerca de los Kage?

—Que ellos son la más pequeña de las familias menores. Su territorio linda con el Clan del Fuego, y han perdido varias batallas contra los Hino, quienes han avanzado en sus tierras durante la última década.

Todo cierto. El Clan del Fuego era el antiguo enemigo de los Kage; incluso en tiempos de paz, cuando el emperador ordenó una tregua en todo el país, los Hino y los Kage continuaron atacándose de manera constante. El Clan del Fuego era numeroso e influyente, y pensaba que si un clan no era lo suficientemente fuerte para defender su territorio, éste debería ser tomado por

alguien que sí pudiera hacerlo. Como es natural, los Kage no estaban de acuerdo.

Pero eso era de conocimiento común. Dos clanes peleando por su territorio era tan común como la lluvia durante la estación húmeda, y las fronteras cambiaban tan a menudo que incluso los magistrados tenían dificultades para mantenerse al día.

—¿Qué más? —pregunté con voz suave.

—Bueno, se dice que los Kage no son como los samuráis de los otros clanes. Que sus guerreros usan la oscuridad y técnicas cuestionables a su favor cuando luchan contra fuerzas superiores. Que ellos pueden fundirse en las sombras o desaparecer en una nube de humo, y que su *daimyo* es una dama misteriosa que, se dice, es inmortal.

Me relajé. Todos éstos eran rumores comunes, algunos de ellos verdaderos, pero alentados por el Clan de la Sombra para mantener a nuestros enemigos desorientados. Ella no había escuchado algo que los Kage no aprobaran, lo cual era bueno, porque los verdaderos secretos del Clan de la Sombra no debían ser conocidos por los extraños; aquéllos que descubrían demasiado por lo general eran silenciados, rápida y permanentemente.

Hakaimono aprobaba esta idea y me instaba a atacar ahora, a cortarla. *No la necesitas*, el demonio pareció murmurar en mi cabeza. *Un golpe rápido, y habrá terminado*. No habría dolor. Ella ni siquiera se daría cuenta de lo que había sucedido hasta que despertara con sus antepasados.

Aparté esos pensamientos. No tenía órdenes de matar a la chica y tampoco creía que fuera una amenaza para el Clan de la Sombra. Además, había prometido acompañarla al Templo de la Pluma de Acero, y necesitaba su ayuda para encontrar el pergamino. A menos que el clan me indicara lo contrario, ésa era mi primera y única prioridad.

Las sombras del bosque se estaban alargando. Todavía podía sentir los ojos del cuervo sobre mí, pero ya no podía verlo en las ramas que nos rodeaban. A medida que el sol bajó en el cielo, puntos de luz comenzaron a titilar: las luciérnagas se movían a través del bosque y flotaban en el aire.

—¿*Ne*, Tatsumi? —llamó Yumeko, mientras levantaba una mano para que una luciérnaga se posara en su dedo, titilando verde y dorada en el crepúsculo.

La acercó a su rostro, la miró con curiosidad, y ésta emitió sobre su piel un inquietante brillo—. El sol está empezando a ponerse —dijo, sin darse cuenta de que me había detenido para mirarla—. ¿Ya estamos muy cerca de Chochin Machi?

—Sí.

Levantó su brazo, y el insecto se fue volando en espirales hacia el bosque.

—¿Por qué se llama Pueblo de los Faroles?

Salimos de los árboles, y nos encontramos en un sendero que descendía suavemente por una colina, hacia un río y una serie de muelles en el otro extremo.

—Averígualo por ti misma.

Llevó su mirada hacia abajo y respiró lentamente.

Chochin Machi se había instalado a orillas del río Hotaru, y brillaba como una antorcha en la noche. No era un gran asentamiento, como Kin Heigen Toshi, la ciudad capital, pero contaba con un pequeño castillo, un puñado de posadas, tiendas y mesones, y una industria pesquera que hacía un buen trabajo al apoyar al pueblo. Sin embargo, ésa no era la razón por la cual Chochin Machi era famoso o por la que atraía a peregrinos y viajeros de alrededor de Iwagoto.

En casi todas las calles, en cada esquina, en los negocios y en el santuario, cientos de faroles de papel rojo proyectaban su suave resplandor en la oscuridad, iluminando el poblado. Colgaban de los tejados y las ramas de los árboles, de las puertas y los toldos, y del timón de cada barco que flotaba en el río. El brillo de la ciudad se podía ver a lo largo de varios kilómetros en todas direcciones, y los viajeros se acercaban a ella como polillas a una llama.

—*Sugoi* —susurró Yumeko. *Asombroso*. Sus ojos eran redondos estanques de negrura, y las luces de la ciudad titilaban en sus profundidades—. Es bonito. Los monjes nunca me dijeron que existía algo así más allá del templo —se detuvo y luego inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando algo en el viento—. ¿Ésos son tambores?

Sofoqué un gruñido. El final del verano en Iwagoto era la temporada de festivales, lo que significaba que Chochin Machi estaría especialmente lleno

esta noche.

—Mantente cerca —le dije a la chica—. No es una gran ciudad, pero no queremos terminar separados.

Me volví y comencé a caminar cuesta abajo, mientras la escuchaba apurarse detrás de mí. Cruzamos el puente arqueado sobre el río, donde los faroles titilaban sobre los postes cada pocos metros, y entramos en el etéreo resplandor de Chochin Machi.

Los ojos de Yumeko permanecieron muy abiertos mientras caminábamos por la calle ancha y polvorienta que atravesaba el distrito del mercado. A diferencia de muchos pueblos que cerraban sus puertas cuando el sol se ponía, las tiendas de Chochin Machi florecían por la noche. Cadenas de faroles colgaban por lo alto, a veces bloqueando el cielo, mientras los *chochin* sueltos brillaban en las puertas de las tiendas, posadas y mesones, para indicar que estaban abiertos. Los puestos del mercado vendían sus mercancías en las calles, desde comida hasta sandalias y faroles de papel en miniatura, obsequios para llevarse de recuerdo, muy populares en Chochin Machi.

A medida que nos acercábamos al centro de la ciudad, el sonido de los tambores, profundos y florecientes, comenzó a resonar en la noche una vez más. Siguiendo a la multitud, llegamos hasta una gran plaza abierta, en cuyo centro se levantaba una alta plataforma de madera cubierta de rojo y blanco, como un faro. Sobre el escenario, dos hombres con el torso desnudo y tiras de tela roja atadas alrededor de sus frentes golpeaban un par de grandes tambores de madera con palos, enviando atronadoras notas que reverberaban a través de la multitud. Cadenas de faros colgaban sobre sus cabezas, convergiendo en el techo de la plataforma e iluminando la plaza, mientras la gente bailaba en círculo alrededor de los tambores, aplaudiendo y golpeando con los pies al ritmo de la música.

Me ericé, y en mi cabeza, Hakaimono se movió, irritado por todo el ruido y el movimiento. No me gustaban las multitudes. Demasiadas cosas podrían suceder: las emociones podían salirse de control, las peleas podían estallar, las personas podían entrar en pánico. Si la reunión aquí se convertía en un disturbio y Hakaimono tomaba el control, este festival rápidamente se convertiría en un baño de sangre.

Caminé un poco más rápido, con la esperanza de alejarme de las luces y la música y adentrarme en la oscuridad, donde me sentía cómodo. Preocupado por mirar a la multitud, de repente me di cuenta de que Yumeko ya no estaba a mi lado. Al volverme, la vi en el límite de la plaza, observando el círculo de bailarines y balanceándose en su lugar, como solía hacerlo.

Con el ceño fruncido, volví sobre mis pasos y me moví a su lado, inclinándome para ser escuchado por encima de los tambores.

—Yumeko, ¿qué estás haciendo?

—¡Tatsumi-san! —me miró, con los ojos brillantes, al parecer incapaz de mantener su cuerpo quieto—. Baila conmigo —imploró, señalando a la multitud que cantaba y daba pisotones—. Enséñame cómo se baila.

Retrocedí. La danza no era parte de mi entrenamiento, mi *sensei* la consideraba frívola e impráctica. Podía apreciar el arte y la habilidad requerida para tocar un instrumento, pero nada sabía de baile y no tenía deseos de aprender ahora.

—No.

—¿Por favor, Tatsumi-san? —dio un paso hacia atrás, hacia el borde del círculo. El estruendo de los tambores se elevó en el aire, acentuado por los aplausos de la multitud, y ella me sonrió—. Sólo un momento. Será divertido.

Divertido. Reprimí una mueca. La diversión era una palabra peligrosa con mi *sensei*. “¿Nos estamos *divirtiendo* todavía, Tatsumi?”, canturreaba a menudo Ichiro-sensei, por lo general cuando yo estaba teniendo dificultades con una tarea determinada, y justo antes de que me castigara por mi fracaso. “Como te estás divirtiendo tanto, intentaremos lo mismo mañana.”

—No tenemos tiempo para esto —dije.

Ella arrugó la nariz, luego suspiró.

—Tatsumi-san, ¿alguna vez has escuchado el proverbio de la *kawauso*, una nutria del río, y el Profeta de Jade? —preguntó—. En este realto —prosiguió antes de que pudiera responder— había una *kawauso* que no se tomaba nada en serio, que convertía todo en un juego y llevaba alegría y frivolidad adondequiera que fuera. A su paso, la gente reía, bailaba, cantaba y se olvidaba de sus problemas. Pero un día, la *kawauso* se encontró con el Profeta de Jade, quien le dijo: *La vida es sufrimiento. La diversión es una fugaz*

pérdida de tiempo. Debes detener estos juegos tontos, y esforzarte para trabajar duro y sin falta. Sólo en el sufrimiento, la torpeza y el aburrimiento puede encontrarse la verdadera felicidad. La *kawauso* tomó en serio su consejo. Detuvo todos sus juegos, se esforzó en el trabajo y murió como una vieja *yokai* amargada, sin amigos, sin familia y sin alegría en su vida.

—Nunca había escuchado ese proverbio —dije con incredulidad.

Yumeko sonrió.

—Por supuesto que no: no es real —y antes de que pudiera detenerla, retrocedió tres pasos y se mezcló con la horda de bailarines.

La miré fijamente, con mis manos hechas puños a los costados, mientras la chica se unía a la multitud ondulante. Arriba, los tambores retumbaban, la multitud cantaba y Yumeko bailaba, balanceando su cuerpo y aplaudiendo con la música. Mirándola, me encontré conteniendo la respiración, incapaz de apartar la vista. Por un instante, con su cabello oscuro ondeando alrededor y su piel brillando bajo la luz de los faroles, fue hipnotizante.

Con un sacudimiento mental, caminé a lo largo del borde de la plaza, vigilando tanto a la chica como a las personas que la rodeaban. *Tonto*, me decían todos mis instintos. *Esto es tonto. Una pérdida de tiempo.* No tenía nada que ver con la misión ni nos acercaba más a nuestro objetivo. *No dejes que te distraiga. Ella es importante para la misión, nada más.*

Mientras daba vueltas en torno a la chica, alcancé a ver algo con el rabillo del ojo, como una enorme polilla o un murciélago. Mi mano salió disparada y lo atrapó en el aire justo antes de que golpeará un costado de mi cabeza. Las frágiles alas de papel se arrugaron en mi puño. Bajé mi brazo y abrí los dedos para revelar una grulla de *origami*, de papel liso completamente negro, que yacía aplastada en el centro de mi palma.

Recelo. *¿Una llamada? ¿Ahora?* Escudriñé con cautela a la multitud, buscando amenazas ocultas, rostros que reconociera y miradas que se demoraran demasiado tiempo sobre mí. Nada vi fuera de lugar, pero una oleada de inquietud subió por mi espalda, no por mí, sino por la chica que bailaba entre la multitud.

¿Qué debería hacer? No puedo llevarla conmigo. Ellos la matarán. Eché un vistazo alrededor, preguntándome si podría escabullirme y dejar a Yumeko

aquí, si ella estaría en el mismo lugar cuando yo volviera. Pero eso era arriesgado, necesitaba que la chica me condujera al Templo de la Pluma de Acero, y Yumeko parecía ser del tipo de personas que deambularía detrás de mí si desaparecía de improvisto. Y si llegara a tropezarse con el Clan de la Sombra, ellos no le mostrarían piedad.

Buscando alrededor, vi un gran edificio cuadrado en la esquina de la calle, con tendidos azules sobre la puerta que daban la bienvenida a los viajeros. Un *ryokan*.

Eso se tendrá que hacer.

Caminé alrededor del círculo, encontré a Yumeko en medio del mar de bailarines y la agarré del brazo. Ella saltó, mirándome con sus grandes ojos negros, y sentí una extraña sensación de agitación en el estómago.

—*Oh*, Tatsumi-san —parpadeó y luego me dedicó una sonrisa algo burlona—. ¿Cambiaste de opinión? ¿Te conmovió tanto el proverbio de la *kawauso* y el Profeta de Jade que decidiste dar una oportunidad a la diversión?

La miré.

—Ése ni siquiera era un proverbio real.

—Pero igual puede enseñar una lección valiosa. No quieres convertirte en una vieja nutria de río, ¿cierto?

Con la mandíbula apretada, la llevé al borde de la plaza y luego señalé con la cabeza hacia el final de la calle.

—¿Ves el edificio en la esquina? —le pregunté con voz furtiva—. ¿El que tiene el farol más grande y los tendidos azules sobre la puerta?

Ella miró por encima de las cabezas de la multitud.

—¿El *ryokan*?

Así que por lo menos sabía lo que era una posada. Bien.

—Toma éstos —dije, y dejé caer un trío de tora plateadas en su palma abierta. Las monedas chocaron una contra otra; tres discos plateados con un tigre¹² gruñendo impreso en el centro—. Ve a esa posada, usa el dinero para pagar una habitación donde puedas pasar la noche. Eso debería ser suficiente.

Ella miró el dinero en sus manos, y luego otra vez a mí.

—¿Adónde vas?

—Tengo... un asunto del que debo ocuparme. No tardaré mucho.

—Un *asunto*... —frunció el ceño—. ¿A esta hora de la noche?

Cuando no respondí, el ceño se hizo más profundo.

—¿Por qué no podemos ir juntos?

—No es posible.

—¿Por qué no?

La irritación estalló y se mezcló con un toque de miedo.

—Haces muchas preguntas —le dije con voz fría. Las preguntas eran peligrosas. Las preguntas harían que la mataran rápido—. Quizás haya cosas que no necesites saber.

Ella retrocedió, luego suspiró y cerró los dedos con fuerza alrededor de las monedas.

—Sólo... promete que regresarás —dijo en voz baja—, que no desaparecerás en medio de la noche y nunca volveré a verte. Júrame que regresarás.

—No tengo intención de irme.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Ella asintió una vez y se alejó, pero extendí la mano con brusquedad y la sujeté de la manga, haciéndola girar.

—Quiero que tú prometas lo mismo —le dije, y un destello de confusión cruzó su rostro—, promete que te quedarás en la posada, que no intentarás salir o seguirme. Quédate en la habitación hasta que regrese, Yumeko, prométemelo.

Ella asintió.

—Lo haré.

—Ve, entonces —la solté, y ella comenzó a cruzar la calle hacia el *ryokan*, apretando el puñado de monedas. La observé hasta que se agachó para pasar por la puerta bajo los tendidos, luego me volví y caminé de regreso por donde habíamos llegado.

Algo crujió en mi mano. Cuando abrí mi puño, la grulla de papel doblada agitó y desplegó sus arrugadas alas negras. Tras varios aleteos, la criatura de papel se elevó en el aire como una polilla moribunda y se alejó revoloteando.

Seguí. La grulla me condujo más allá de la plaza, mientras los tambores

aún golpeaban su pujante ritmo, hasta un callejón estrecho entre una casa de té y una tienda de textiles. La criatura de *origami* continuó hacia el corredor, volando sobre el suelo, pero yo me detuve en la entrada y eché un vistazo en la oscuridad. En lo alto, una sola cuerda de *chochin* se extendía por casi cinco metros, iluminando las paredes de madera en ambos lados, antes de terminar en una intersección. Temeroso de los ataques y las amenazas ocultas en las sombras, entré en el callejón.

Directamente encima de mí, un farol titiló una vez y se apagó. El siguiente continuó y se sumió en la oscuridad cuando su flama fue extinta, así como el siguiente y el siguiente. Uno por uno, todos los *chochin* en la cuerda bajo el callejón chisporrotearon y se apagaron, hasta dejar el estrecho espacio en completa oscuridad.

Seguí caminando. La oscuridad no era motivo de alarma: me sentía más cómodo en las sombras que en la luz. Seguí las lámparas moribundas hasta que llegué a la intersección y me detuve, miré un camino y luego el otro. Se alargaban entre edificios y cortaban un estrecho sendero detrás de tiendas y almacenes, completamente vacío y oscuro.

—Hola, Tatsumi-san.

La suave y alta voz resonó detrás de mí. Y a pesar de que la reconocí, tuve que reprimir la necesidad de desenvainar mi espada, y obligarme a girar con calma. Una figura estaba sentada en la puerta trasera de un almacén, envuelta en las sombras, donde nada había estado antes. Su túnica, negra y sin marcas, ondeaba a su alrededor, y su largo cabello caía suelto por sus hombros y espalda. Su rostro estaba pintado de blanco, con gruesas líneas negras alrededor de los ojos y en la barbilla. Llevaba una sola espada corta en la cintura, y aunque sus habilidades no se especializaban en el combate con sable, eran igualmente letales. Él era un *ungido por los kami*, lo que la gente común llamaría un *majutsushi*, un mago. Todos los clanes tenían algunos individuos particulares cuyos talentos reflejaban el elemento de su familia, pero los *majutsushi* eran por mucho los más fuertes y poderosos. Como un *shinobi* de los Kage, yo podía hacer un poco de magia: volverme invisible o crear una copia de Sombras, los talentos de la oscuridad y la ilusión. Pero dentro de Iwagoto, había *majutsushi* que podían voltear la tierra contra ti,

invocar fuego o rayos, o curar una herida fatal en unos cuantos latidos de corazón. Los magos de los Kage no eran tan destructivamente impresionantes como los del Clan del Fuego, ni trabajadores tan milagrosos como los del Clan del Agua; su dominio de la noche y todo lo que ésta contenía era sutil, aunque no menos peligroso.

—Jomei-san —lo reconocí, y me incliné, sintiendo cómo su mirada seguía cada uno de mis movimientos—. Así que es su turno de comandarme, según veo.

—Ése no es un saludo muy agradable, Tatsumi-san —dijo Jomei-san en su voz alta y entrecortada—. Si yo fuera sensible, podría sentirme ofendido. Tú sabes por qué debemos hacer esto.

—*Hai*.

—Kamigoroshi no es algo que tomemos a la ligera —continuó Jomei-san como si yo no hubiera hablado—. Nosotros, el Clan de la Sombra, conocemos la oscuridad mejor que la mayoría. Bailamos con ella a diario, y caminamos en una delgada línea entre las sombras y el abismo. Conocemos el mal que acecha en los lugares ocultos de Iwagoto y en las almas de los hombres. Y sabemos, más que cualquier otro clan, cuán fácil es caer.

”Eres el portador de la espada maldita —siguió—. Kamigoroshi, Hakaimono, como quieras llamarla, esa espada ha corrompido las almas de hombres mejores que tú, Kage Tatsumi. Te hemos enseñado cómo resistir su influencia, te hemos entrenado en los caminos de los *shinobi* de los Kage. Sin embargo, conocemos el terrible demonio que cargas y que, un día, podría hacerte sucumbir en la oscuridad —sus ojos se estrecharon—. Ésa es la razón por la que te seguimos, por la que estas reuniones son esenciales. Si hubiera algún indicio de que estás perdiendo la batalla contra Hakaimono, tendríamos que encargarnos de ello inmediatamente, antes de que puedas perderte y que el verdadero demonio sea liberado.

Incliné la cabeza. Él tenía razón, por supuesto. ¿Qué me había pasado? Nunca había hablado de esa manera con los *majutsushi*. Tal vez los modales campesinos de Yumeko estaban afectando mi juicio.

—Perdone mi arrebató, Maestro Jomei —dije—. No volverá a suceder.

—Bien. Ahora... —Jomei-san se recostó, enlazando sus dedos debajo de

su barbilla mientras me miraba—. Como parece que tienes control sobre Kamigoroshi, ¿qué hay de tu misión? ¿Llegaste al Templo de los Vientos Silenciosos? ¿Lograste recuperar el pergamino?

—No —me erguí, sofocando toda emoción. Yo era un arma. Nada sentía—. Ya no estaba cuando llegué allí.

—¿No estaba? —la mirada de Jomei-san se agudizó—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Estás diciendo que la misión fue un fracaso?

—Un ejército de *amanjaku* atacó el templo, liderados por un *oni* —las cejas de Jomei-san se arquearon; los demonios eran algo que el Clan de la Sombra se tomaba muy en serio—. El Maestro del templo los sintió venir —continué—, y envió el pergamino lejos antes de que ellos pudieran tomarlo.

—Un *oni* —la voz del otro Kage era grave—. *Kami* misericordioso, ¿quién está convocando un *oni* a este reino? ¿Lo mataste?

—No.

Sus labios se estrecharon.

—Tatsumi-san, entiendo que te han enseñado a responder sólo lo que se te pide, pero voy a necesitar un poco más de información ahora. Por favor, dame un informe completo de tu misión y todos los detalles importantes. No dejes nada fuera.

—Como usted desee —y procedí a contar lo que había pasado esa noche, todo, desde la lucha contra los *amanjaku* hasta que conocí a Yumeko y acordé acompañarla a Kin Heigen Toshi. Le conté sobre el plan de encontrar a Maestro Jiro en el santuario de Hayate, con la esperanza de que él pudiera mostrarnos el camino al Templo de la Pluma de Acero y al pergamino que se me había escapado.

—Ya veo —dijo Jomei-san cuando terminé. Juntó dos dedos y los golpeó contra sus labios—. El Templo de la Pluma de Acero se ha perdido entre leyendas —murmuró—. Hay historias que aseguran que está protegido por guardianes sobrenaturales, pero nadie sabe con certeza dónde está, si es que existe siquiera —su mirada se dirigió hacia mí de nuevo, dura y evaluativa—. ¿Estás seguro de que acompañar a la chica es la única forma en que puedes encontrar a este Maestro Jiro?

—Conozco el nombre del santuario —respondí—, podría encontrarlo solo.

Pero el sacerdote no tendría motivos para revelarme lo que sabe. La chica era parte del Templo de los Vientos Silenciosos, parte de la orden que protegía el pergamino. Él hablará con ella. Y si ella puede mostrarme el camino hacia mi objetivo, lo mejor sería seguir.

Jomei-san suspiró.

—Muy bien —asintió—, continúa viajando con ella por ahora. Si este Maestro Jiro conoce la ubicación del Templo de la Pluma de Acero y del pergamino, debes encontrarlo a toda costa. Pero ten cuidado. La chica no debe descubrir nada que no haya escuchado antes sobre el Clan de la Sombra. Tan pronto como obtengas el pergamino, regresa con la dama Hanshou.

Me incliné.

—Entiendo.

—Debo informar de esto a Hanshou-sama —murmuró Jomei-san—. Los demonios no tendrían uso para el pergamino, así que alguien los ha convocado —se levantó elegantemente, las túnicas cayeron a su alrededor, y me dedicó una pálida sonrisa—. Te estaremos observando, Tatsumi-san. No nos decepciones.

Me incliné una vez más, y cuando me levanté, Jomei-san se había marchado.

Los faroles titilaron y luego se encendieron uno a uno, iluminando el callejón vacío. Volví sobre mis pasos hasta la calle principal y regresé a la posada donde había enviado a Yumeko.

Me agaché bajo el tendido que colgaba sobre la puerta, luego me enderecé y miré alrededor de la recepción. Un piso elevado de madera se encontraba a unos pasos de distancia, con un par de bancos colocados a lo largo de las paredes para acomodar a los viajeros. Al otro lado de la sala, una escalera ascendía al piso superior, donde supuse que se ubicaban los alojamientos de los invitados. Una mujer, quizá la anfitriona, se apresuró hacia mí sonriendo, y luego se dejó caer en una reverencia en el borde del piso elevado.

—Bienvenido, señor —anunció—. Por favor, pase. ¿Necesitará una habitación para pasar la noche?

—Sí —dije—, pero llegó antes una chica, en un *kimono* rojo con un *obi* blanco. Ella debe haber solicitado ya una habitación.

—¿Ah? —la anfitriona frunció el ceño ligeramente, mirando a la puerta—. Ella era tu compañera, ¿cierto? Bueno, ya no está aquí.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está ella?

—Una chica así *estuvo* aquí —continuó la anfitriona, que ahora sonaba nerviosa—. Hasta hace sólo unos minutos, de hecho. Una pequeña cosa linda en un *kimono* rojo. Pero entonces, un viento sopló. Fue tan fuerte que casi me tira al suelo. Y cuando levanté la vista, ella ya no estaba.

¹² Tora, el nombre que la autora le dio a esta moneda, significa “tigre” y representa ese signo del zodiaco chino.

COMADREJAS EN EL VIENTO

Todo comenzó con un viento extraño.

Había querido conseguir una habitación, en verdad. Y comida. Y tal vez un baño. Pero comida, sobre todo. Moría de hambre, y la idea de estar sentada en una habitación limpia frente a una comida caliente, en vez de en el bosque masticando plantas silvestres, sonaba maravillosa. Aunque sentía una extrema curiosidad acerca de adónde había ido Tatsumi con tanta prisa, seguirlo, sobre todo cuando tenía el pergamino del Dragón escondido en mi *furoshiki*, parecía una mala idea.

Además, él me había prometido que regresaría. Tenía que confiar en que cumpliría su palabra.

Pero entonces, cuando crucé el umbral, una feroz ráfaga de viento me tiró del cabello y me hizo que me tambaleara hacia delante. El viento se arremolinó a través de la puerta, desgarró los tendidos y apagó los faroles de adentro y de afuera, dejando la habitación en sombras.

Cuando me enderecé, un mechón de mi cabello cayó de repente al suelo, cortado limpiamente, como si hubieran utilizado una cuchilla muy afilada para segarlo.

Mis ojos se agrandaron, y una vibración de alarma me atravesó. Levanté la vista y vi un par de ojos rojos y brillantes que me observaban desde uno de los faroles del techo. Estaban unidos a una peluda criatura marrón con un hocico puntiagudo, orejas pequeñas y redondeadas, y un cuerpo largo y fibroso.

¿Una comadreja? Fruncí el ceño. Una comadreja de aspecto ordinario, salvo por...

Mi mandíbula cayó. Tenía cuchillas largas en forma de hoz que crecían justo de sus patas delanteras. De apariencia curva y mortal, se extendían detrás de los codos de la criatura y brillaban en la oscuridad de la habitación. *No es en absoluto una comadreja normal*, me di cuenta. Es una criatura que poseía magia u otros poderes sobrenaturales. Un *yokai*.

Como yo.

La cosa ésa siseó, mostrando sus afilados colmillos amarillos, saltó de la estatua y desapareció.

Otro viento cortó a través del *ryokan*, agitó el tendido en la puerta e hizo que me estremeciera y tropezara. Cuando recuperé el equilibrio, sentí una sensación punzante en la mejilla y llevé una mano al rostro.

Mis dedos se mancharon de sangre.

Con el corazón palpitante, miré a través de la puerta. La comadreja estaba colocada en el techo de un puesto de vendedores de madera al otro lado de la calle, y seguía mirándome con ojos como ascuas en las sombras.

Quiere que lo siga.

Las otras personas en la habitación no habían notado al intruso. Todavía se estaban enderezando, recuperándose después de ser casi derribados, dos veces, por el misterioso viento. Si no me iba, la comadreja podría volver y seguir atacando a los demás con esas perversas espadas curvas. Además, tenía curiosidad, estaba intrigada por la presencia de otro *yokai*, y uno pura sangre justo ahí. Podía ser común verlos en el bosque o las montañas, pero tendían a evitar las grandes ciudades y lugares con mucha gente. Si la comadreja *yokai* se había mostrado aquí, era por una razón.

Limpié mi mejilla con la parte interior de mi manga, salí de la posada y corrí de vuelta a las calles de Chochin Machi.

El *yokai* flotaba con el viento, revoloteando de un lugar a otro, invisible cuando estaba en movimiento, pero visible cuando esperaba. Lo seguí por la calle principal, lo observé mientras volaba de tejado en tejado, haciendo que los faroles se balancearan salvajemente a su paso. La gente tropezaba cuando él pasaba por encima de sus cabezas, agarraban sus túnicas y sombrillas

mientras el viento los atrapaba.

—Qué clima tan extraño —murmuró alguien cuando pasé—. No sabía que en Chochin Machi soplaban estos vientos.

Seguí a la criatura por un estrecho callejón, mirando las lámparas de arriba bailar y rebotar hasta que dobló una esquina y llegamos a un callejón sin salida. Con un golpe de viento, la comadreja se retorció en el aire y desapareció. Esperé, pero ni el viento ni el *yokai* reaparecieron; el aire estaba quieto y silencioso, y el pasaje estaba vacío.

Fruncí el ceño. *Así que esa comadreja sólo quería engañarme. Y ahora estoy perdida*, pensé. Miré alrededor, preguntándome si podría volver sobre mis pasos al *ryokan*. Pero no tenía idea de dónde me encontraba. *A Denga esto le parecería gracioso*.

Una suave risa sonó detrás de mí, baja y burlona.

—Bueno, hola, pequeño zorro. ¿Vagabundeando solo por callejones vacíos?

Giré. Una mujer estaba en pie sobre un tejado, enmarcada por la luz de la luna. Era alta y esbelta, y vestía un elegante *kimono* decorado con espirales de nubes blancas sobre un fondo azul cielo. Su cabello era largo y ondulado como hebras de tinta en el viento. Unas mangas ondeantes cubrían sus brazos, y colgaban casi hasta sus tobillos, mientras me miraba con pálidos y helados ojos azules.

—Mmm... hola —saludé con cautela—. ¿Éste es tu callejón?

La mujer no se movió, y di un cauteloso paso hacia atrás. Si se daba cuenta de que yo era una *kitsune*, era probable que no aceptara amablemente a una *yokai* extraña en su territorio.

—Sólo estoy un poco perdida, así que si pudieras señalarme la dirección correcta...

Los labios carnosos de la mujer se curvaron mientras me miraba de arriba abajo.

—Bicho —subrayó, haciendo que frunciera el ceño—. Un bicho sucio y repelente, justo como mi *kamaitachi* —levantó el brazo, y la comadreja apareció sobre él con una ráfaga de viento que azotó mi cabello y mi ropa—. Pero al menos ellas son *yokai* pura sangre, y útiles de alguna manera. Tú sólo

eres una pequeña y triste mitad zorro, ¿cierto?

Eché las orejas hacia atrás.

—Bueno, eso no es muy agradable —le dije, sintiendo cómo el *kitsune-bi* llegaba a mis manos—. Nos acabamos de conocer. Además, los zorros *no* son bichos... creo que me estás confundiendo con una rata o una cucaracha —di unos pasos cautelosos hacia atrás—. Pero parece que te he encontrado en una mala noche, así que me iré ahora...

—Oh, tú no irás a ninguna parte, alimaña.

Ella extendió su brazo, y una ráfaga de viento rasgó mi ropa y me hizo tropezar. Al mismo tiempo, sentí un dolor cegador en la pierna, la sensación de ser cortada con un cuchillo, aunque no vi que algo me golpeará. Sucedió tan rápido, que ni siquiera tuve tiempo de gritar antes de que mi pierna cediera y yo cayera al suelo.

Jadeando, levanté la vista y vi una segunda comadreja en el otro hombro de la mujer; los pequeños ojos brillantes en su rostro enmascarado me miraban. El borde de la hoz que crecía de su pata delantera estaba manchada de sangre.

—Mi nombre es Kazekira, señora Kazekira —dijo la mujer, mientras ambas comadreas me miraban desde sus esbeltos hombros—. Soy una de las ungidas por los *kami*, lo que la gente común llama una bruja del viento, y estos *kamaitachi* son mis compañeros. Así que no creas que puedes escapar, pequeña alimaña —acarició la cabeza de un *kamaitachi*, pero no había afecto en el gesto, sólo posesión, y el *yokai* de comadreja se encogió lejos de su toque. La bruja del viento no pareció darse cuenta o preocuparse al respecto—. Y veo que eres tan ingenua como ordinaria —continuó, frotando sus manos como si estuvieran sucias—. Pero no te atraje hasta aquí para parlotear, te traje para matarte.

El hielo revolvió mi estómago.

—¿Por qué? —luché por ponerme en pie. Sentí que mi pierna vibraba y pulsaba como si estuviera ardiendo, y estuve a punto de caer otra vez. Mi fuego fatuo se había extinguido; levanté un brazo y volví a llamarlo a la vida: una esfera azul y blanca ardió en mi mano. No les haría daño, pero tal vez ellos ignoraban eso.

—Nada he hecho contra ti o tus comadreas. ¿Por qué obras así?

La bruja del viento rio de buena gana y su cabello se retorció enloquecido a su alrededor.

—Oh, pequeña alimaña —rio entre dientes, levantando su brazo. Los dos *kamaitachi* se agazaparon sobre sus hombros, como espadas relucientes mientras me apuntaban—. Si no puedes resolver eso, entonces en verdad eres demasiado estúpida para seguir viviendo.

—Cuánto ruido —suspiró una voz nueva y desconocida detrás de mí—. Al menos podrías tener la cortesía de matarla rápidamente. Algunos de nosotros estamos tratando de dormir.

Sorprendida, la bruja del viento bajó su brazo. Yo me volví hacia la voz. Un cuerpo se sentó sobre uno de los barriles cerca de la pared, envuelto en las sombras que se proyectaban desde el techo. Alzando la cabeza, se levantó y caminó hacia la luz.

Los latidos de mi corazón se apagaron, pero no sabía si era por la sorpresa o el temor. Un hombre se paró frente a mí, alto y esbelto, y la luz de la luna arrojó un halo plateado a su alrededor. Sus túnicas ondulantes eran de un blanco immaculado, bordadas en rojo y negro, sin patrones, marcas o un emblema familiar que sirvieran para identificarlo. Su cabello era muy fino, incluso más largo que el de la bruja del viento, y de un luminoso y deslumbrante color plata, el propio de un sable recién pulido. Una espada enormemente larga y curva estaba atada a su espalda, la funda ocultaba la *katana* por varios centímetros, y la empuñadura la duplicaba en longitud. Los ojos perezosos y de párpados pesados, como el oro fundido, se encontraron con mi mirada, luego se deslizaron a través de mí hacia la bruja.

—Estás haciendo un gran alboroto —continuó el desconocido con esa voz baja y vagamente irónica, como si la situación le pareciera divertida—. Es una suerte que los humanos sean todos sordos, o te escucharían a kilómetros de distancia. ¿En verdad se necesita tanto teatro para matar a una pequeña mitad zorro en un callejón vacío?

—Seigetsu-sama —susurró la bruja. Su rostro se había puesto pálido y el viento se había convertido en un murmullo mientras lo miraba—. ¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Conoce acaso a esta alimaña?

—¿La mestiza? —los labios del extraño se torcieron en una sonrisa—. No,

sólo estaba por aquí, estaba tomando una siesta. Por favor, continúa —ondeó la mano hacia mí como despedida y comenzó a alejarse.

Mi corazón se hundió. Pensé que el extraño iba a ayudarme. Parecía poderoso, con sus ojos dorados y su espada gigantesca; incluso la bruja del viento parecía temerle. Kazekira sonrió triunfalmente y levantó su brazo, su ropa y su cabello comenzaron a agitarse en el viento una vez más.

—Aunque... —el extraño se detuvo, se frotó la barbilla, y miró a la bruja de nuevo—. Se dice que los *kamaitachi* se mueven tan rápido, que no puedes seguirlos a simple vista. Siempre me he preguntado si es verdad.

Se estiró, elevó su arma sobre su cabeza, dentro de la funda lacada. Después sostuvo la funda en su mano izquierda, deslizó un pie hacia atrás hasta que estuvo en una especie de postura y colocó la mano vacía a pocos centímetros de la empuñadura de la espada.

—Juguemos —dijo el desconocido, con una sonrisa maliciosa cruzando su rostro mientras miraba a la bruja—. Tú envías a tus esbirros a matar a esta mestiza y yo intentaré cortarlos en el aire antes de que puedan alcanzarla. Si los *kamaitachi* son tan rápidos como dicen las historias, no correrán peligro. Si no es así, bueno... —levantó su delgado hombro en un gesto de encogimiento—. Siempre puedes reclutar más, ¿cierto?

La bruja del viento se tensó. Sobre sus hombros, los dos *kamaitachi* se encogieron de miedo, y parecían renuentes. Mi corazón latía con fuerza mientras el silencio se alargaba. El hermoso desconocido no se movió, con su mano firme e inmóvil sobre la empuñadura de su espada, lista para blandir el acero en un abrir y cerrar de ojos.

Finalmente, Kazekira levantó la barbilla y resopló.

—Aun cuando me encantaría jugar con usted, Seigetsusama —dijo con voz majestuosa—, no creo poder convencer a mis cobardes alimañas comadrejas para que cooperen, así que tendrá que disculparnos —con una sonrisa burlona, me miró—. Considérate afortunada, mestiza. Tienes la oportunidad de vivir esta noche. Pero Seigetsu-sama no siempre estará cerca para protegerte. Mis *kamaitachi* y yo te veremos pronto.

Un ventarrón sopló a través del santuario, removiendo el polvo y haciendo que los faroles se balancearan. La bruja del viento se elevó en el aire, su

túnica ondeó a su alrededor y se alejó flotando sobre los tejados. En segundos, había desaparecido.

Cuando el viento se calmó, miré al extraño, lo observé mientras se enderezaba y deslizaba el arma sobre sus hombros otra vez. La bruja lo había llamado *Seigetsu-sama*, un apelativo reservado sólo para aquéllos de la más alta condición. ¿Eso significaba que era un señor, quizás el *daimyo* de alguno de los Clanes Mayores? No hubiera pensado que me encontraría con alguien tan importante en los callejones de Chochin Machi, pero tampoco sabía mucho sobre el mundo exterior. Tal vez estaba dando un paseo por la ciudad... sin la compañía de sus samuráis y guardaespaldas. Parecía poco probable, pero, cualesquiera que fueran sus razones, sabía que su sincronización había sido impecable.

—*Ano...* —tartamudeé cuando el extraño levantó la vista, esos perezosos ojos dorados que me inmovilizaban en su lugar. Por un momento, me sentí casi desnuda ante ellos, con todos mis secretos al descubierto. Sacudiéndome, ofrecí una sonrisa—. Gracias.

Una esquina de su boca se curvó.

—De nada —afirmó simplemente—. Y considérate afortunada. No tengo el hábito de salvar a ignorantes mitad zorros de violentos *kamaitachi*, pero esta noche pensé que podía hacer una excepción —me miró con diversión—. ¿Sabes por qué la bruja Kazekira estaba detrás de ti, cierto?

¿Cómo sabía él sobre el pergamino? Y ahora que pensaba en ello, ¿cómo lo sabía Kazekira? Tragué saliva con fuerza, sintiendo el estrecho cilindro escondido en mi *furoshiki*.

—En verdad, no tengo idea.

Una ceja plateada se arqueó.

—Tendrás que mentir mejor si quieres sobrevivir, mestiza —me dijo—. Hay muchos que buscan desesperadamente el pergamino y que harán lo que sea para adquirirlo —me tensé, y él rio entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Puedes relajarte. No tengo interés en el deseo del Dragón, o en ti. Pero te ofreceré un consejo: no le cuentes al asesino de demonios sobre Kazekira.

Mis orejas se aguzaron. ¿También sabía sobre Tatsumi? ¿Quién *era* él?

—¿Por qué?

Sus ojos, dorados e hipnotizantes, se clavaron en los míos.

—Porque, pequeña zorro, las poderosas brujas ungidas por los *kami* no atacan a campesinas ordinarias sin razón, sobre todo dentro de un pueblo. El asesino de demonios sabe eso. Si le dices que fuiste atacada por una bruja del viento con esbirros *kamaitachi*, querrá saber por qué ella estaba detrás de ti. ¿Y qué le dirás entonces?

—Oh —me mordí el labio—. Buen punto.

Sacudiendo la cabeza, el extraño comenzó a alejarse, pero se detuvo de nuevo y me miró por el rabillo del ojo.

—Es probable que te encuentres con Kazekira nuevamente —advirtió—. Si eso sucede, y el asesino de demonios de alguna manera se mete en problemas, recuerda esto —alzó una mano, con los dedos meñique, anular y medio levantados, largos y elegantes—: los *kamaitachi* siempre viajan en grupos de tres. Su lealtad entre ellos es irrompible, y si uno es amenazado, los otros harán lo que sea necesario para salvarlo. Recuerda eso y pregúntate por qué Kazekira viaja con dos de ellos. *Sayonara*.

Antes de que yo pudiera responder, caminó por el callejón y desapareció en la oscuridad.

Caminar era doloroso. Con los dientes apretados, me empujé a lo largo de la pared del callejón, sintiendo cómo la herida vibraba y pulsaba con cada movimiento. Con cuidado, levanté el dobladillo de mi túnica, esperando encontrar un desorden de sangre corriendo sobre mi piel y goteando el suelo. Encontré fácilmente la herida, un corte recto y delgado justo arriba de mi rodilla; aunque parecía bastante profunda, no estaba sangrando.

Mientras cojeaba hacia la calle principal, me encontré con un borrón de sombra, y el filo brillante de una espada bloqueó de pronto mi camino. Congelada, levanté la vista hacia el rostro frío y serio de Tatsumi.

Me aparté de él mientras me empujaba hacia delante, y su terrible espada, cernida entre nosotros, reflejaba sobre su rostro un débil resplandor. Golpeando la pared, hice una mueca cuando el movimiento envió una llamarada de dolor a través de mi pierna que me hizo jadear.

—*Ite* —lloriqueé—. *Auch*.

Al instante, la espada en mi garganta bajó unos centímetros, y Tatsumi frunció el ceño.

—Estás herida —afirmó, mientras su fría furia se derretía un poco—. ¿Qué pasó?

—Yo... mmm... fui atacada —tartamudeé. Recordé lo que Seigetsu había dicho, y pensé rápidamente—. Iba a conseguirnos una habitación en la posada, pero luego se desató un viento extraño y... algo me golpeó. Corrí, y me persiguió hasta aquí.

—¿Dónde está ahora?

—Era invisible —respondí, haciendo que sus ojos se entrecerraran—, o demasiado rápido. No vi qué me cortó. Pero miré hacia arriba una vez y ahí estaba... esta cosa como comadreja con cuchillos creciendo de sus piernas, encaramada en la esquina de un techo.

—¿Un *kamaitachi*? ¿Aquí? —Tatsumi dio un paso atrás y miró hacia el callejón, hacia los tejados. Su espada destelló, casi emocionada, pero las sombras que nos rodeaban estaban vacías.

—¿*Kama...itachi*? —repetí, como si fuera la primera vez que lo oía—. ¿Qué es eso?

—Una comadreja de hoz —respondió Tatsumi, sin apartar los ojos de nuestro entorno—. Un tipo de *yokai* que surca el viento. Las historias dicen que siempre viajan en grupos de tres, y que tienen una manera particular de defender su territorio: el primero te derriba, el segundo te corta, y el tercero aplica medicinas a la herida para que no te desangres. Todo esto sucede casi al mismo tiempo, por lo que el intruso no sabe que ha sido herido hasta más tarde, cuando la herida comienza a sangrar —apartó su mirada de los tejados y me miró, evaluando—. En realidad, los *kamaitachi* producen un tipo de secreción y cubren sus garras con eso, de manera que cuando te hieren, la herida no sangra de inmediato. Pero, por lo general, rondan más al norte... nunca había escuchado que atacaran a alguien en una ciudad. ¿Estás segura de que eso viste?

—¿Una comadreja con cuchillos gigantes saliendo de sus patas? Estoy muy segura —me alegré de que pareciera crearme. No me atrevía a decirle sobre Kazekira. Mejor que se tratara de un ataque de un *yokai*, extraño pero fortuito,

y que yo fuera la visitante despistada y desafortunada que había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado—. No eran unas comadreas muy agradables —gruñí, haciendo una mueca cuando mi pierna volvió a vibrar—. ¿Los *kamaitachi* están siempre de mal humor, o tuve mala suerte esta noche?

Tatsumi suspiró, envainando su espada.

—¿Puedes caminar? —preguntó, sin mirar la pierna donde el *kamaitachi* me había cortado. Asentí y me empujé de la pared otra vez. El dolor estalló, y mi pierna casi se dobló, pero apreté la mandíbula y cojeé detrás de Tatsumi.

Atenta a cualquier *yokai* o vientos repentinos, lo seguí de regreso al *ryokan*. Tatsumi caminó lentamente, marcando un ritmo que pudiera seguir con facilidad, aunque su mano no se alejó mucho de su sable. Revisé los tejados, las sombras y las multitudes de Chochin Machi en busca de una figura con el cabello largo flotando en el viento, pero si Kazekira y sus comadreas estaban cerca, se mantuvieron fuera de la vista.

De regreso en el *ryokan*, dejamos nuestro calzado en la entrada, como era costumbre, y nos dirigimos a la habitación. Ansiosa por ver cómo era el interior de un *ryokan*, di un paso a través del marco, pero encontré una habitación normal al otro lado de la puerta. Era elegante en su simplicidad, con paredes cálidas de color canela, gruesas esteras de *tatami* y un pequeño nicho con una flor de *ayame* en un jarrón. No había camas, ya que era demasiado temprano para sacar los futones del armario, por lo que una mesa baja estaba en el piso en el centro de la habitación. Una bandeja con una tetera y tazas había sido colocada sobre la mesa, y el vapor se encrespaba suavemente desde la boquilla.

Tatsumi cerró la puerta, se quitó las sandalias de paja que la posada había proporcionado para el uso interior y las colocó junto a la puerta. Seguí su ejemplo, y él asintió con la cabeza hacia una de las almohadas frente a la mesa.

—Siéntate —ordenó, sin ninguna explicación. Hice lo que me indicó, y me senté con cuidado sobre la almohada azul, apretando la mandíbula mientras mi pierna vibraba con el movimiento.

Tatsumi se arrodilló al final de la mesa, buscó debajo de su *obi* y sacó un paquete de papel de colores que podía caber en la palma de mi mano. Lo

colocó sobre la mesa y lo abrió con cuidado, revelando una pequeña cantidad de lo que parecía polvo verde. Mientras miraba, fascinada, vertió un líquido caliente de la tetera en una taza y luego dejó caer con mucho cuidado unas cuantas gotas sobre el polvo.

—¿Qué... es eso? —pregunté.

Haciendo caso omiso, Tatsumi mezcló el polvo verde con el agua hasta que se convirtió en una pasta. Recogiendo todo el cuadrado, lo sostuvo con suavidad en su palma y levantó la mirada. Sus brillantes ojos violetas se encontraron con los míos, y mi estómago se retorció.

—¿Dónde te cortó el *kamaitachi*?

Dudé, sintiendo que mi corazón latía más rápido bajo mi túnica. Él estaba tan cerca. El pergamino estaba seguro en el *furoshiki* sobre mi hombro, pero ¿y si lo veía? ¿Si se acercaba lo suficiente para sentirlo?

Tatsumi no se movió, con los ojos planos y la expresión en blanco mientras esperaba. Me contuve un momento más, luego levanté con cuidado el borde de mi túnica para mostrar la herida larga y recta en mi muslo. Era roja y tenía un aspecto violento, vibraba como una docena de picaduras de avispas, pero aún no sangraba. Y de alguna manera, verla hizo que doliera aún más.

Tatsumi no parpadeó. Con un movimiento suave, recogió la pasta verde con dos dedos, se inclinó y la untó con firmeza sobre el corte.

—*Ite!* —grité y sacudí mi pierna hacia atrás, sobresaltada tanto por el dolor repentino y vertiginoso de mi herida como por el despreocupado tratamiento del humano que se encontraba frente a mí. Me miró desconcertado, como si no entendiera mi reacción.

—Es un ungüento curativo —explicó—. Adormecerá la herida y evitará que se infecte —tomó mi pierna otra vez y yo retrocedí, haciendo que frunciera el ceño—. ¿No quieres ayuda? Tenemos que cuidar la herida ahora o comenzará a sangrar pronto. Déjame verla.

—Duele —dije con los dientes apretados, tirando de mi dobladillo para exponer la herida de nuevo—. No sé si alguna vez te ha cortado una comadreja, Tatsumi, pero ésta es la primera vez que me sucede algo así, y duele bastante. Por favor, sé más gentil.

—Gentil —me dedicó otra mirada perpleja, como si el concepto fuera

completamente extraño para él.

—Sí. ¿Amable? ¿Tierno? ¿No hacer que parezca como si mi pierna fuera a desprenderse? —todavía se veía confundido, y frunció el ceño—. ¿No te han tratado heridas a ti?

—Por supuesto. Pero la intención siempre fue tratar las heridas de la manera más rápida y eficiente. Mostrar dolor es una debilidad, te expone y permite que tus enemigos sepan que eres vulnerable.

—Oh —estaba empezando a comprender un poco mejor a mi frío y peligroso compañero de viaje—, creo que fuimos criados de manera muy diferente.

Él inclinó su cabeza y me miró con apreciativos ojos violetas.

—¿No eras castigada por mostrar debilidad cuando estabas herida?

—No. Denga dijo una vez que no necesitaba ser castigada cuando me lastimaba haciendo algo estúpido, porque la herida era suficiente para que aprendiera a no hacerlo otra vez.

Tatsumi frunció el ceño.

—No entiendo.

—Bueno, aprendí que no debes trepar al tejado del templo a medianoche durante una tormenta. Y que si vas a salir de un armario para asustar a un maestro en artes marciales, debes estar preparado para agacharte. Y si tienes que escapar de un oso enojado en el bosque trepando a un árbol, primero debes comprobar que no haya nidos de avispas escondidos debajo de sus ramas.

Tatsumi sólo me miró; se veía ligeramente aturdido. Suspiré.

—Maestro Isao enseñaba bondad y paciencia en todas las cosas, sobre todo cuando uno estaba herido —continué—. Decía que cuidar el espíritu era tan importante como cuidar el cuerpo —al mirar el rostro vacío, sin emociones, de Tatsumi, tuve una visión repentina y desgarradora—. Nadie te ha mostrado bondad, ¿cierto?

—Tu herida está sangrando —declaró Tatsumi, haciendo que me estremeciera y bajara la mirada a mi pierna, donde un hilo carmesí comenzaba a arrastrarse por mi piel. Antes de que pudiera gotear hasta el piso, Tatsumi presionó un paño contra el corte, lo que me hizo apretar los dientes, de manera

que toda conversación se detuvo mientras él limpiaba y vendaba mi herida. Puede que haya sido un poco menos rudo, pero *no* fue gentil.

Por suerte, la comida llegó poco después: cuencos de arroz, bandejas de repollo encurtido y una profunda olla negra que, al retirar la tapa superior, reveló una humeante variedad de verduras, carne y caldo burbujeante que hizo que mi estómago saltara de emoción. Tatsumi lo llamó *nabe*, un guisado de cazuela, y me atiborré hasta que no pude comer más. Pero el peligro de la noche aún no había finalizado. Cuando terminó y retiró la bandeja, mi rostro me devolvió la mirada desde la superficie lacada de la mesa: ojos amarillos y orejas puntiagudas reflejadas en la madera oscura. Por fortuna, en ese momento Tatsumi estaba mirando a la criada salir, y no vio el destello de la *kitsune* compartiendo la habitación con él. Me retiré a una esquina, afirmando que mi herida estaba pulsando, y me mantuve lejos de la mesa y su traicionera superficie brillante.

Poco después, la criada llegó para sacar los futones del armario y colocarlos en el suelo, y me arrastré bajo las mantas mientras Tatsumi apagaba la luz. Después de asegurarme furtivamente de que la caja lacada estaba a salvo y asegurada en mi *furoshiki*, me tendí en la oscuridad por un largo tiempo, pensando en los *kamaitachi*, en las brujas del viento y en los demonios que buscaban el pergamino.

Y en Tatsumi. Kage Tatsumi, el asesino de demonios del Clan de la Sombra. Un chico que nada sabía sobre bondad, compasión o misericordia. Quien era despiadado y peligroso, y quien mataría a cualquiera, humano, demonio o *yokai*, que se interpusiera en nuestro camino. Quien no se había dado cuenta de que justo lo que él quería, la razón completa de su misión, yacía a menos de tres metros de él. Si llegaba a descubrir que yo escondía el pergamino...

Me estremecí y apreté el envoltorio un poco más fuerte contra mi pecho. Sabía que debería temerle; no había duda de que Tatsumi me mataría si descubría que le había estado mintiendo. No sólo sobre el pergamino, sino también sobre mi verdadera naturaleza. Incluso si sólo era medio *yokai*, dudaba que el asesino de demonios del Clan de la Sombra pudiera tratar amablemente a una *kitsune* que había estado fingiendo ser humana todo este

tiempo.

Tatsumi era peligroso, lo entendía. Pero, al mismo tiempo, no podía evitar sentir... pena por él. Él no sabía cómo reír, sonreír o divertirse. No conocía los placeres de las cosas simples: reír, bailar, ver la belleza en el mundo. Parecía tener una existencia muy aburrida. El breve episodio de danza de esta noche ciertamente había levantado mi espíritu, y sabía que Maestro Isao y los demás no querían que me sintiera miserable. Me pregunté si podría mostrarle a Tatsumi qué más había en la vida. Entonces tal vez no sería tan frío y aterrador. Ciertamente no le haría daño sonreír un poco. Sólo tendría que ser cuidadosa al respecto.

Me di cuenta de que Tatsumi no se había recostado en el futón y que había elegido sentarse en una esquina, de cara a la puerta, con la espada apoyada en una pierna. Y cuando desperté, temprano a la mañana siguiente, él todavía estaba allí.

EL DEMONIO OSO DE SUIMIN MORI

A la mañana siguiente, la magia fabricada de Chochin Machi se había desvanecido junto con la noche.

Yumeko y yo partimos del *ryokan* antes de que el sol se levantara sobre las distantes colinas. Bajo la luz gris de la mañana, las calles estaban casi desiertas y los rojos faroles flotaban oscuros y sin vida. Las tiendas también estaban cerradas y oscuras. La noche anterior había salido de la posada para comprar provisiones para el viaje, y había relleno mi bolsa de arroz y comprado suficientes alimentos no perecederos que pudieran durar varios días. Sin embargo, mi suministro de monedas estaba disminuyendo, sobre todo con la parada inesperada en la posada. Si hubiera estado solo, no me habría alojado en el *ryokan*. Yumeko estaba demostrando ser un gasto inesperado en mi tiempo y en mis recursos.

Entonces, mátala.

Instintivamente, corté mis emociones y cerré mi mente a la espada, sin darle algo a lo que pudiera asirse. La sed de sangre se desvaneció y la débil hostilidad hacia Yumeko desapareció, dejándome congelado por dentro.

Yumeko cubrió su boca en un bostezo mientras se arrastraba a mi lado, apoyando apenas su pierna. El bálsamo curativo, una combinación secreta de agentes anestésicos creados por los mejores fabricantes de veneno en Iwagoto, estaba haciendo su trabajo.

—Ciertamente, el pueblo luce diferente ahora —comentó, mirando

alrededor de la calle vacía—. Supongo que sólo cobra vida después del anochecer. Es una pena que tengamos que irnos tan pronto, me habría gustado ver más. Sin ser acosada por comadreas maleantes, por supuesto —me miró con una sonrisa—. ¿Qué les gusta a las comadreas *yokai*, Tatsumi-san?

—¿Qué?

—Bueno, si nos topáramos con más comadreas, estaba pensando que podríamos darles algo para que no nos ataquen —ladeó su cabeza hacia mí—. Sabes mucho sobre demonios y espectros. ¿Qué les gusta a ellas? ¿El tofu frito? Yo soy muy aficionada al tofu frito.

—No sé lo que les gusta. Ella suspiró.

—Tal vez intentaré arrojarles una bola de arroz.

Nadie te ha mostrado bondad, ¿cierto?

Me sacudí cuando sus palabras de la noche anterior resonaron en mi cabeza. ¿*Bondad*? La bondad era una vulnerabilidad, un lujo dado a aquéllos que no cazaban demonios. Para ser bondadoso, tenías que bajar la guardia, algo que yo no podía permitirme, sobre todo con Hakaimono preparado para aprovecharse de la menor distracción. Todos mis *sensei*, los hombres y mujeres que me habían entrenado, lo sabían. Yo era un arma para el clan, nada más. La bondad no tenía lugar en mi vida.

Cuando salimos de Chochin Machi y continuamos nuestro viaje hacia la ciudad capital, vi un cuervo encaramado en la cuerda de un farol sobre la calle. Me pregunté si mi misterioso observador y el ataque a Yumeko estaban relacionados, y si era así, me pregunté cuándo y dónde volvería a intentarlo la persona que estaba detrás de ellos.

Estaría listo para recibirlos, si lo intentaban nuevamente.

Para cuando el sol ya se había levantado por completo, habíamos dejado Chochin Machi muy atrás y estábamos siguiendo el río Hotaru, que serpenteaba hacia el norte, hacia la ciudad capital. Después de varios kilómetros, los campos llanos y las verdes tierras de cultivo se volvieron más montañosas, y el camino se separó de las riberas, llevándonos hacia las montañas.

Cuando nos acercamos al bosque, Yumeko se detuvo de repente, con su atención puesta en un viejo cartel de madera clavado en el suelo.

—Entrada al bosque de Kiba-sama —leyó lentamente: como el cartel estaba roto y descolorido, las palabras casi habían desaparecido—. Pisa con suavidad. Ten cuidado con Kiba-sama —parpadeando, me miró—. Oh, suena muy peligroso. ¿Quién es Kiba-sama? ¿Tú lo sabes, Tatsumi?

Lo sabía. Mi entrenamiento requería que conociera las historias y las leyendas de todos los demonios, *yokai* y espíritus que rondaban la Tierra.

—Kiba-sama —le expliqué— es el nombre que los lugareños le dieron a un *onikuma*, un gran demonio oso que tiene su hogar en este bosque. Las historias dicen que Kiba-sama es más alto que dos hombres, y que es tan grande que puede levantar caballos con una pata y llevarlos hasta su guarida para devorarlos enteros.

Sus ojos se agrandaron, y miró hacia el borde de los árboles.

—Qué emocionante, pero no parece ser alguien muy agradable. ¿Qué pasa si nos encontramos con él?

—Es poco probable que eso suceda. Nadie ha visto a Kibasama en mucho tiempo, cerca de veinte años. Pero debemos avanzar despacio —miré el cartel de nuevo—. Los relatos afirman que, en lo más profundo de estos bosques, hay una cueva donde los animales nunca se aventuran, y que las aves nunca cantan sobre los árboles circundantes. Kiba-sama todavía duerme allí, y ha estado durmiendo durante las últimas dos décadas. Así que cuando camines por su bosque, debes pisar con suavidad a fin de que no despiertes al gran demonio oso de Suimin Mori, quien estará hambriento después de veinte años de hibernación.

—Ah —Yumeko miró al bosque de nuevo y asintió—. Pisar con suavidad, yo puedo hacer eso. Las hojas ni siquiera sabrán que están siendo pisadas.

Los árboles se cerraron a nuestro alrededor cuando entramos en el bosque, grandes pinos y secuoyas cuyas ramas ocultaban el cielo y hacían que el suelo del bosque estuviera oscuro y frío. Seguimos el sendero sobre rocas cubiertas de musgo y árboles caídos, entre los troncos de antiguos gigantes, y a través de parches de bosque donde la luz del sol nunca tocaba el suelo. El bosque estaba inmóvil de manera poco natural; como la leyenda prometía, ningún pájaro cantaba en los árboles, ningún insecto zumbaba, ningún ciervo o animal pequeño se movía a través de la maleza. Una ominosa mancha flotaba en el

aire, una sutil aura de miedo que era suficiente para silenciar todo el bosque.

Llegamos a un barranco, una brecha en la tierra que caía bruscamente a un lecho de río casi seco, muy por debajo. Un puente hecho de cuerda y tablones de madera se extendía por el abismo y se balanceaba suavemente al aire libre. Un pequeño santuario dedicado a Doroshin, el *kami* de los caminos y los viajes, se encontraba junto a uno de los postes del puente y su base estaba llena de ofrendas de monedas y flores marchitas. Cuando Yumeko caminó hasta el borde del acantilado y miró hacia abajo, coloqué un *kaeru* de cobre en la base del santuario, luego cerré los ojos y uní mis manos, ofreciendo una plegaria rápida a Doroshin para que tuviéramos un viaje seguro. No estaba seguro de que los dioses escucharan la oración de un humilde asesino, en particular uno cuyas manos estaban manchadas de sangre y escoria, pero siempre era mejor ser cauteloso. Es mejor que los *kami* te ignoren antes que arriesgarte a su ira y mala fortuna.

Al abrir los ojos, me sorprendió encontrar a Yumeko parada a mi lado, con las manos juntas y los ojos cerrados. Bajando sus brazos, dio un paso atrás y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Solía orar a Doroshin todas las noches —explicó, con una rápida mirada al santuario—. Siempre soñé con viajar, salir del templo y ver lo que había más allá, a pesar de que era aterrador. Le pedía a Doroshin que me mostrara un camino —suspiró, con su mirada yendo hacia el puente y lo que había más allá.

Sus ojos se oscurecieron, una sombra cayó sobre su rostro, pero parpadeó y se sacudió, y volvió a la normalidad.

—No es así como quería que sucediera —murmuró—, pero estoy aquí, en el camino, como pedí. Pensé que por lo menos debería agradecerle, por las dudas —dirigiendo su atención hacia mí nuevamente, inclinó la cabeza y me miró con curiosidad—. No pensé que fueras del tipo de los que oran, Tatsumisan.

—Los *kami* nos ven a todos —respondí simplemente—. No estoy exento de su conocimiento, y llevo una espada nombrada Asesina de Dioses. Siempre que sea posible, trato de no ofenderlos.

Comenzamos a cruzar el puente. Los tablones desgastados crujieron bajo

nuestro peso, meciéndose adelante y atrás mientras caminábamos sobre el espacio vacío. Debajo de nosotros, un viento constante aullaba a través del barranco, haciendo que el puente se balanceara con la brisa, pero las cuerdas eran gruesas y fuertes, y no corrían peligro de romperse.

Sin embargo, cuando estábamos a medio camino del abismo, una repentina ráfaga de viento hizo que las tablas se agitaran salvajemente. Me agaché y doblé las rodillas para mantener el equilibrio, mientras Yumeko soltaba un grito y se sujetaba a la barandilla con fuerza. Cuando el viento amainó y el puente dejó de moverse, una risa aguda resonó sobre el barranco, y miré hacia el acantilado.

Una mujer estaba parada en el otro extremo del puente, bloqueando nuestro camino. Era alta y esbelta, con el cabello largo y negro, y llevaba *geta* de madera y un *kimono* azul y blanco que hacía muy poco por ocultar su cuerpo. Unos ojos azules como el hielo brillaban fríamente mientras nos observaba desde el borde del barranco.

Me puse en cuclillas y mi mano cayó sobre la empuñadura de mi espada, mientras Hakaimono esperaba emocionado. La mujer sonrió.

—El temible asesino de demonios de los Kage —dijo, todavía sonriendo—. Portador de la infame Kamigoroshi. Sus reputaciones los preceden. Permítanme presentarme —ella hizo una reverencia superficial y burlona—. Mi nombre es señora Kazekira, bruja del viento de las Montañas Aulladoras, y he estado esperándolos.

Una bruja del viento. Entonces, los *kamaitachi* eran probablemente sus compañeros. Eso significaba que el ataque a Yumeko no había sido una ocurrencia, sino una amenaza o una advertencia dirigida contra mí.

Di un paso hacia la bruja, apretando mis dedos alrededor de la empuñadura de mi espada.

—Si sabes quién soy, sabes lo que sucederá si me enfrentas —le advertí—. Abandona este lugar, antes de que abra un camino justo a través de ti.

La bruja rio.

—Bueno, eso no es muy amable de tu parte, Kage-san —dijo, y su voz hizo eco sobre el abismo—. Amenazar a una persona que acabas de conocer, y a una mujer además. Qué imperdonablemente grosero. ¿Tu gente no te enseñó

modales?

El viento comenzó a arremolinarse alrededor de la bruja, causando que sus mangas se agitaran y su cabello fluyera detrás de ella. Yumeko jadeó, aferrándose a las cuerdas para mantener el equilibrio, mientras el puente se balanceaba peligrosamente de un lado a otro. Mantuve mis pies firmes, ajustando mi peso para mantener el equilibrio en los oscilantes tablones, mientras el puente se estremecía como un barco en alta mar.

La bruja del viento se elevó en el aire, con su túnica ondeando salvajemente en el vendaval, y nos sonrió.

—No, tendría que ser muy tonta para pelear contra el asesino de demonios de los Kage. No puedo soportar la vista de la sangre. Pero me temo que no puedo dejar que vayan más lejos —alzando un brazo, chasqueó los dedos, y el viento a su alrededor aumentó aún más su velocidad—. ¡*Kamaitachi*, escuchen mis palabras! Corten las cuerdas y déjenos ver si pueden volar.

—¡Yumeko! —grité, volteando hacia la chica—, ¡corre, baja del puente!

Con un chillido del viento, las cuerdas que sostenían nuestro lado del puente se rompieron. Los tablones de madera se sacudieron en el vendaval, haciendo que Yumeko gritara, antes de que nos desplomáramos en picada.

Tuve apenas el tiempo suficiente para girar y abalanzarme por la chica; la sostuve por la cintura cuando el puente comenzó a caer. Agarré una de las cuerdas con la otra mano y giramos hacia el acantilado con el resto del puente. Yumeko jadeó, aferrándose a mi ropa, mientras yo levantaba la vista para darme cuenta de que la pared del barranco se aproximaba a nosotros.

—¡Sujétate! —gruñí y giré mi cuerpo para que ella estuviera protegida. Chocamos contra la pared del barranco, afortunadamente en una sección repleta de arbustos en lugar de rocas, y el puente rebotó y traqueteó a nuestro lado. La sacudida expulsó el aire de mis pulmones y casi me arrancó el brazo del hombro, pero luché por sujetar a Yumeko y aferrarme a la cuerda.

Con la mandíbula apretada, miré hacia el borde del barranco, a unos nueve metros de altura, y cambié mi peso para poder plantar un pie entre las tablas del puente. La tensión en mi brazo disminuyó, y bajé la mirada hacia la chica.

—Yumeko —dije con determinación, y ella me miró con enormes ojos negros. Una de sus manos se aferraba a mi *haori* y con la otra apretaba el

furoshiki sobre su pecho—. Tendremos que escalar hasta la cima. ¿Puedes sujetar la cuerda?

Ella asintió con la cabeza y una mirada decidida cruzó su rostro. Estirándose por encima de mi cabeza, se agarró a la cuerda, pero antes de que pudiera comenzar a levantarse, una risa aguda resonó sobre su cabeza y una ráfaga de viento sacudió las tablas.

La bruja del viento se acercó al borde del barranco.

—Bueno, ¿no es éste un terrible predicamento? —se burló—. Kage-san, si sueltas a la chica, quizá puedas salir de este pequeño dilema. Por supuesto, ella caería directamente hacia su muerte, pero eso no te molestaría, ¿cierto? No al infame “asesino de demonios” —rió de nuevo, mientras una gran comadreja marrón se materializaba sobre su hombro y nos miraba con sus ojos rojos y brillantes—. De hecho, haré un trato contigo, Kage-san. Entrégame el pergamino, y yo tomaré mis *kamaitachi* y me iré.

Presionada contra mí, Yumeko se puso rígida, y mi propio corazón se aceleró, haciéndome fruncir el ceño. La bruja iba tras el pergamino. Tal vez ella era la que había enviado a los demonios al templo.

—No lo tengo —le dije.

—Oh, bueno, no eres para nada divertido, Kage-san —dijo la bruja del viento, cruzando los brazos—. Qué decepcionante. Supongo que tendremos que hacer esto de la manera difícil, entonces. Saluda a Kiba-sama por mí.

La última de las cuerdas se separó. Yumeko soltó un grito y enterró su rostro en mi *haori* mientras el puente se desplomaba por la pared de la barranca, llevándonos con él. Rodé, metiendo la barbilla y encorvando los hombros, en un intento por absorber la mayor parte del impacto con mi cuerpo. Durante unos segundos, el mundo giró de manera vertiginosa y finalmente se detuvo.

Me levanté y eché un vistazo: nos habíamos detenido en el fondo del barranco y los restos destrozados del puente se enroscaban a nuestro alrededor, en la maleza. Estaba adolorido, tanto por el golpe contra el acantilado como por la caída por la pared de la hondonada, pero no había nada roto y los moretones sanarían. La chica, acostada a mi lado con los ojos cerrados, era mucho más preocupante. Si estaba muerta, tendría que encontrar

el camino al Templo de la Pluma de Acero por mi cuenta.

—Yumeko —quité los oscuros mechones de cabello de su rostro y vi una delgada línea de sangre corriendo por su sien. Un nudo frío se retorció en mi estómago y sacudí su brazo—. Hey, levántate.

Ella gimió y abrió un ojo.

—¿Estamos muertos?

Una extraña sensación de alivio me llenó, disolviendo el frío en mis entrañas.

—No —murmuré y me esforcé por ponerme en pie—. Pero la bruja del viento está cerca. Necesitamos...

Me detuve al darme cuenta de repente de lo que había al otro lado del desfiladero.

—¿Tatsumi? —Yumeko se puso en pie detrás de mí—. ¿La ves? ¿Dónde...?

Extendí la mano y la agarré del brazo mientras presionaba un dedo contra mis labios. Se quedó en silencio, observándome y luego siguió mi mirada hasta que vio lo que yo estaba viendo.

Al otro lado del lecho del río, a casi cuarenta metros de distancia, la enorme boca de una cueva se abría a la oscuridad. Los huesos estaban desperdigados por la entrada, blancos y relucientes, y un extraño miasma oscuro se enroscaba en la entrada.

Yumeko jadeó, luego se tapó la boca con la mano, como si estuviera recordando. *Pisa con suavidad. Ten cuidado con Kibasama.*

Una risa sonora y una ráfaga anunciaron la llegada de la bruja del viento. Ella flotó por encima de nuestras cabezas, mientras su cabello y su ropa latigueaban alrededor de ella.

—Oh, no, no, no, Kage-san —gritó con voz chillona—. ¿Adónde crees que vas? No vine hasta aquí para ver cómo te escabulles como un ratoncito asustado —ella miró la cueva, sonrió y respiró hondo—. ¡Oh, Kiiiiiiiiiiiiiba-sama! —gritó, haciendo que se me escapara una mueca. Su voz hizo eco a través del barranco, rebotó contra las paredes, y el miasma frente a la cueva comenzó a agitarse—. ¡Has estado durmiendo demasiado tiempo! ¡Despierta, despierta! ¡He traído algunos amigos para que juegues!

Un gruñido profundo y retumbante resonó desde la cueva. Yumeko se

estremeció.

—¡Así es, Kiba-sama! —llamó la bruja—. ¡Ven afuera! ¡Debes estar hambriento después de un largo sueño! ¡Mira a quién te traje de visita!

Hubo un rugido, y fuertes pisadas hicieron temblar la tierra. Me volví con resignación, aun cuando Hakaimono lanzó un gruñido de excitada alegría; una gigantesca forma peluda llenaba la boca de la cueva y dejó escapar un bramido que sacudió las paredes del barranco.

—Kiba-sama —resopló Yumeko, mientras la monstruosa criatura se volvía para mirarnos con hambre voraz. El demonio oso de Suimin Mori era dos veces más grande que sus hermanos comunes, tenía unos enormes hombros y unas garras en sus patas delanteras que pulverizaban la piedra por debajo de ellas. Flechas y arpones rotos sobresalían de su piel, y sus ojos brillaban con fuego rojo mientras se elevaba sobre sus patas traseras, imponente, por encima de nosotros.

—Yumeko —dije, sin quitar los ojos de mi enorme oponente—, quédate atrás. Encuentra un lugar donde esconderte y no te muevas de ahí hasta que sea seguro.

—No vas a pelear contra esa cosa gigante, ¿cierto?

—Estaré bien —dejé caer una mano sobre la empuñadura de mi espada, y sentí cómo la excitación y la sed de sangre pulsaban a través de mí—. Esto es lo que hago.

Desenvainé a Kamigoroshi y sentí que el poder del demonio surgía, aullando mientras la espada salía a la luz. Cuando Yumeko retrocedió, Kiba-sama se lanzó a la carga con un rugido, cubriendo el espacio entre nosotros en sólo dos pasos. Embistió, y me aparté de su camino, sintiendo cómo la enorme pata delantera se estrellaba contra las piedras y trituraba la tierra debajo de ella. Kiba-sama giró, sorprendentemente rápido para su volumen, y lanzó otro golpe hacia mí. Esquivé sus letales garras y arremetí con mi espada. La hoja penetró profundamente en la piel peluda del monstruo, pero apenas dejó un rasguño cuando salté para alejarme. Hakaimono gruñó con frustración.

Maldición, su pelaje es demasiado grueso. Tendré que acercarme más para asestar un golpe mortal.

Con un bramido, Kiba-sama se levantó sobre sus patas traseras,

elevándose sobre mí. Me aparté mientras el monstruo se derrumbaba, tratando de aplastarme bajo unas cuantas toneladas de músculo, hueso y carne. Me puse en pie, palmeé el único *kunai* que había podido mantener conmigo y se lo arrojé al demonio oso. El cuchillo se clavó justo en la frente de Kiba-sama, pero rebotó en su grueso cráneo, sin hacer más que fastidiarlo.

El oso se lanzó a la carga otra vez con un rugido y yo me tensé para saltar. Pero cuando se acercó, una ráfaga de viento aulló a través del barranco, y algo me golpeó desde atrás, cortando una línea de fuego sobre mi espalda. Me tambaleé y apenas logré moverme hacia un lado cuando Kiba-sama arremetió contra la pared del barranco, triturando las piedras y la vegetación, y dejando un enorme agujero.

La risa de la bruja del viento resonó en lo alto.

—Eso era casi el fin para ti, Kage-san —se burló, mientras yo levantaba la mirada hacia ella por sólo una fracción de segundo. A varios metros de distancia, Kiba-sama retrocedió lentamente de la pared y sacudió la cabeza, arrojando piedras y polvo. La bruja del viento rio de nuevo—. Ignora a mis *kamaitachi*, y te cortarán en pedazos. Ignora a Kiba-sama, y te devorará en un abrir y cerrar de ojos. Me pregunto cómo vas a... *jite!*

Una roca del tamaño de un puño flotó en el aire y golpeó un costado de su cabeza. Palmeando con una mano en su sien, la bruja del viento miró al otro lado del barranco, donde Yumeko estaba parada con una piedra en su delgada mano.

—Hablas demasiado —dijo la chica con enojo cuando la bruja se volvió hacia ella—. Y tu voz es muy estridente. *¡Kamaitachi!* —gritó mientras la mujer se ponía rígida de indignación—. ¡Escúchenme! Sé que esto no es lo que quieren, sé que han sido manipulados, que ella los ha convertido en sus esbirros en contra de su voluntad. Ayúdenos y haré todo lo que pueda para liberarlos.

—Silencio, alimaña —la bruja hizo un gesto brusco, y un torbellino chilló a través de la hondonada, levantó a Yumeko y la estrelló contra la pared. La chica gritó cuando chocó con el barranco, cayó al suelo y colapsó lánguidamente contra las piedras.

Yumeko. Apreté un puño, sabiendo que no podía ir hacia ella ahora,

mientras el oso monstruoso se interponía entre nosotros. La bruja del viento resopló con desdén, alejándose del cuerpo inerte de la chica.

—No supongas que entiendes nuestra situación —dijo—. Los *kamaitachi* son *míos*, y lo seguirán siendo, independientemente de lo que pienses.

Kiba-sama arremetió de nuevo y deslizó su enorme garra sobre mi cabeza mientras intentaba arrinconarme contra el barranco. Salté y corrí a lo largo de la pared del barranco para escapar del demonio oso. Pero mis piernas se movían de forma extraña ahora, una rara debilidad se extendía a través de ellas y un temblor recorrió mi cuerpo cuando aterricé. Con las mandíbulas abiertas, Kiba-sama giró y se abalanzó. Rebané el sólido hocico, haciéndolo retroceder con un aullido mientras la sangre salía por su nariz.

—Ah... ja, ja, ja, ciertamente estás dando la pelea, Kagesan —rio la bruja del viento—. Por cierto, si te sientes un poco extraño, no te preocupes: sólo se trata del veneno de las garras de los *kamaitachi*, que comienza a paralizarte. Deberás estar completamente inmovilizado en unos minutos. Agradécele a Kiba-sama por haber sido una distracción tan adorable para mis *kamaitachi*. Nunca habrían logrado acercarse de otra manera.

Veneno. Maldición. Podía sentir el entumecimiento en mis piernas, lo que dificultaba su movimiento, y mis dedos comenzaban a sentir un hormiguelo. Kiba-sama caminó hacia mí, con sangre e hilos de baba goteando de su hocico y ojos ardiendo de locura. Hakaimono estaba enfurecido, luchando contra las barreras de mi consciencia y exigiendo que le abriera las puertas.

Déjame entrar, un furioso aullido resonó en el fondo de mi mente. *Vas a morir si no lo haces. ¡Abre tu mente ahora!*

—No —murmuré con los dientes apretados, y levanté mi espada—. Todavía no.

Con otro rugido ensordecedor, Kiba-sama se abalanzó sobre mí una vez más. Esta vez, no salté, sólo me arrastré hacia atrás para esquivar las garras y los filosos dientes mientras arremetía cuando podía. La risa de la bruja del viento hizo eco, y una ráfaga cortó mi pierna, haciendo que me tambaleara. Caí hacia atrás, y Kiba-sama de inmediato se lanzó con sus enormes mandíbulas abiertas, para partirme por la mitad.

¡Ahora, Hakaimono!

El fuego púrpura estalló a lo largo del borde de la espada, iluminando los símbolos tallados en el acero. Estallaron en un blanco brillante en los ojos del oso, quien retrocedió con un estremecimiento y un bufido de alarma. El poder me llenó, quemando la debilidad de mi frágil cuerpo humano; con un gruñido, salté sobre Kiba-sama, me impulsé sobre una de sus gruesas patas delanteras y aterricé entre sus hombros. Las lanzas y las flechas sobresalían de su pelaje cuando levanté la espada en alto para luego hundirla en la parte posterior de su cuello.

Kiba-sama bramó y se levantó sobre sus patas traseras, sacudiéndose y agitando su cabeza en un esfuerzo por derribarme. Me sostuve de la punta de una lanza que sobresalía de su piel y hundí la espada más profundamente, mientras el demonio oso rugía y corcovaba. Pude ver por un instante a la chica, todavía en el suelo, justo antes de que Kiba-sama girara y se tambaleara ciegamente en su dirección.

¡No la tocarás! Con un empujón final, la punta de Kamigoroshi salió disparada por la parte delantera de la garganta del oso. Kiba-sama soltó un bramido estrangulado y cayó hacia adelante, golpeando el suelo con un estruendo que resonó a través del barranco. Su enorme cuerpo se retorció varias veces, y sus garras rasparon profundas grietas en la tierra, antes de que el gran demonio oso de Suimin Mori se estremeciera por última vez y quedara inmóvil.

Tiré de Kamigoroshi para liberarla y la levanté, sintiendo el júbilo salvaje de la espada mientras se deleitaba en la lucha, la violencia y la sangre derramada. El poder y la adrenalina recorrieron mis venas pero, como siempre, sentí las fantasmales garras de Hakaimono hurgar en mi mente, tratando de entrar, de abrirse camino hacia mi alma. Cerré mi mente al demonio una vez más, lo saqué de mi consciencia y lo regresé a la oscuridad donde pertenecía.

Cuando me dejé caer del enorme cadáver, mis piernas se rindieron, como si mis músculos hubieran sido cortados. Me tambaleé, la espada cayó de mis dedos entumecidos, y colapsé junto a Kiba-sama, mientras los aplausos lentos y burlones hacían eco en el barranco.

—Bravo, Kage-san, bravo —la bruja del viento flotó frente a mí,

sonriéndome. Me recosté sobre mi espalda, jadeando, con mi mano a sólo un dedo de Kamigoroshi—. Ésa fue una batalla en verdad impresionante. Ahora entiendo por qué los demonios te temen.

Maldición, no puedo moverme. Traté de girar y agarrar mi espada, pero mi cuerpo se sentía como si estuviera hecho de piedra, y mis extremidades se movieron apenas unos cuantos centímetros. La bruja del viento se acercó y sacó una espada corta de sus mangas cuando sus pies tocaron el suelo.

—No te lo tomes como algo personal, Kage-san —me dijo, y levantó la espada con una mano esbelta, apuntando en ángulo directo hacia mi corazón. Intenté una vez más moverme, abrir mi mente a Hakaimono, pero mis pensamientos eran lentos y la presencia del demonio era un tenue destello en mi consciencia—. Pero tendré que matarte rápidamente, antes de que el veneno ceda. ¿Quieres decir tus últimas palabras?

—¿Quién... te envió? —pregunté con los dientes apretados.

—Ah, me temo que eso no vas a saberlo, Kage-san —dijo la bruja del viento, sacudiendo la cabeza—. No puedo simplemente traicionar a mis clientes. ¿Qué le *haría* eso a mi reputación? Y aunque te lo dijera, no te sería de ayuda ahora, porque estoy a punto de enviar tu alma a *Meido*. O a *Jigoku*, dependiendo de cómo se sientan los dioses respecto a ti. Bueno —continuó, y levantó la espada aún más—, supongo que deberíamos continuar con esto. *Sayonara*, asesino de demonios...

Un borrón rojo y blanco cruzó mi visión, y Yumeko golpeó a la mujer desde un costado, derribándola por la cintura. Ambas cayeron al suelo con un grito de indignación de la bruja. Por el rabillo de mis ojos, podía ver los destellos de movimiento, las túnicas agitándose y brazos golpeando mientras las dos mujeres luchaban.

—¡Aléjate de mí, asquerosa alimaña! —con un golpe de viento, Yumeko fue arrojada lejos y se estrelló contra el suelo con un grito a varios metros de nosotros. La bruja se levantó, se sacudió furiosa las mangas y su expresión se llenó de odio—. ¿Cómo te atreves a tocarme, criatura inmundada? —gruñó—. ¡Pagarás por este ultraje! Morirás suplicando por misericordia mientras mis compañeros te cortan en pedacitos: comenzarán por tus tobillos y tu cabeza irá al final. ¡*Kamaitachi!* —gritó y señaló a la chica—. ¡Mátenla! Pero háganlo

poco a poco. ¡Hagan que sufra la Muerte de los Mil Cortes!

Contuve el aliento, esperando el chillido del viento, los gritos de dolor de Yumeko mientras era tajada por las comadreja hoz. Pero el barranco estaba callado y ni un solo soplo de viento agitó las hojas a nuestro alrededor. La bruja del viento frunció el ceño confundida.

—¡*Kamaitachi!* —gritó de nuevo—. Cosas inútiles y perezosas, ¿no me escucharon?

—Oh, claro que te escucharon —Yumeko se enderezó, con una mano alrededor de su vientre y la otra apretando algo a su lado—, pero parece que la única razón por la que se convirtieron en tus compañeros fue por esto.

Levantó el brazo: un pequeño *netsuke* de marfil, una pieza de joyería diseñada para sujetar el cordón de una bolsa de viaje al *obi*, colgaba entre sus dedos apretados. Estaba tallado en forma de comadreja, acurrucado como si estuviera dormido. Brilló a la luz del sol, y la bruja del viento se puso pálida al verlo.

—Alguien me dijo que los *kamaitachi* siempre vienen en grupos de tres —continuó Yumeko, respirando con dificultad—, y se protegen mucho entre sí. Atrapaste a uno para obligar a los demás a convertirse en tus esbirros, amenazaste con matar a su hermano si no hacían lo que ordenabas. ¿Cierto?

—¡Pequeña ladronzuela! —la bruja del viento se acercó a ella, aunque ahora tenía la piel cenicienta y los ojos abiertos de par en par por el miedo—. Devuélveme eso en este instante. Dámelo y te permitiré vivir.

Yumeko sacudió la cabeza con una sonrisa sombría jugando en sus labios.

—Nadie debe ser obligado a obedecer, ni siquiera un *yokai* —dijo—. Libero a su hermano, para que ellos puedan tomar sus propias decisiones.

—¡No! —chilló la bruja, mientras Yumeko apartaba su brazo—. ¡Detente! ¡No sabes lo que estás haciendo!

Yumeko arrojó el *netsuke* al aire. Éste zarpó en un elegante arco, relampagueando al capturar la luz del sol hasta que, con un golpe de viento y una franja de oscuridad en el cielo, la pieza de marfil se hizo añicos. Por una fracción de segundo, vi un *kamaitachi* flotando en el aire, mirando aturdido, antes de que se sacudiera y desapareciera en un torbellino.

El veneno en mi cuerpo por fin estaba cediendo. Me empujé de rodillas y

agarré mi espada, mientras la bruja soltaba un gemido y se volvía hacia la chica.

—Idiota entrometida —escupió, y levantó el brazo, haciendo que el viento la azotara una vez más. Me levanté tambaleante, pero mis piernas temblaron y estuve a punto de caer de nuevo—. Me costaste mis *kamaitachi*, pero no necesito esos bichos para matarte. ¡Te cortaré en pedazos con mi... *aargh!*

Ella dejó caer su brazo con una mueca, agarrándose la muñeca, donde su ondulante manga había sido cortada en dos. Levanté la vista cuando aparecieron tres pequeñas figuras peludas frente a Yumeko, con las espadas curvadas brillando al sol mientras se enfrentaban a la bruja. Sus ojos brillaban de un rojo furioso, sus hocicos abiertos revelaban dientes amarillos y afilados, y la bruja se encogió al verlos.

—No —dijo y, como con un remolino de viento, los *yokai* desaparecieron—. ¡Aléjense de mí! ¡Retrocedan!

Con un chillido ensordecedor, un vendaval descendió sobre ella, sacudió su cabello y tiró violentamente de su ropa. La bruja del viento gritó cuando su túnica fue despedazada, mientras la tela se esparcía en el aire, y cientos de cortes se abrían en su cuerpo. Yumeko hizo una mueca de dolor y se alejó, cerrando los ojos, mientras la bruja continuaba gritando y el viento soplaba a su alrededor.

Finalmente, el torbellino chisporroteó y cesó, y la brisa se convirtió en un leve susurro. La bruja del viento, o lo que quedaba de ella, se balanceó en su lugar por un momento, con los ojos muy abiertos pero ciegos, y finalmente se desplomó sobre el suelo rocoso.

La observé por un instante para asegurarme de que en verdad estaba muerta, antes de mirar a Yumeko de nuevo. La chica estaba sentada contra la pared del barranco, con un trío de *kamaitachi* a sus pies, sentados en cuclillas con las espadas dobladas hacia atrás y observándola con solemnes ojos rojos. Me tensé, mi mano cayó sobre mi espada, pero los *yokai* ya no parecían ser una amenaza.

Yumeko sonrió y se levantó, evitando de manera deliberada mirar el cuerpo de la bruja del viento, que yacía doblado sobre la tierra.

—Ahora son libres —dijo en voz baja, y los *kamaitachi* inclinaron la

cabeza, como si en verdad la estuvieran escuchando—. Nada me deben, me alegra haber podido ayudar.

Como uno, los *yokai* bajaron sus cabezas e hicieron una reverencia. Luego, con excitados gemidos y gruñidos, giraron en espirales hacia el aire, mientras el viento y las hojas se arremolinaban a su alrededor, y desaparecieron.

LA CANCIÓN DE LOS *KODAMA*

Nos tomó el resto de la tarde salir de la hondonada.

—Tatsumi, detente —dije, después de caminar varios metros desde la cueva de Kiba-sama, y de dejar al demonio oso y el cuerpo de la bruja del viento donde habían caído. Él se detuvo y me devolvió la mirada con sus fríos ojos violeta; no había dicho palabra desde la pelea con la bruja y el oso. Ignoré el hormigueo de miedo e hice un gesto hacia su *haori* rasgado, donde una mancha oscura comenzaba a extenderse por debajo de sus hombros—. Estás sangrando.

Mi voz tembló un poco. Percibía un leve zumbido en mis oídos, y sentí que podía perder el desayuno si pensaba demasiado en ciertas cosas. El encuentro con la bruja del viento, los *kamaitachi* y el gran demonio oso se sentía como algo irreal, como si le hubiera sucedido a alguien más. Recordaba la lucha sólo en fragmentos: el terror de caer por el barranco, el suelo temblando cuando Kiba-sama salió de la cueva, la impotencia de ver a Tatsumi defenderse del demonio oso y de los *kamaitachi*. La furia cuando la bruja dirigió a sus esbirros para atacar al asesino de demonios mientras estaba distraído. Yo le había arrebatado una piedra al arroyo, con la intención de darle a la bruja algo más en qué pensar, y de repente recordé una voz de la noche anterior, sus últimas palabras antes de desaparecer.

Los kamaitachi siempre viajan en grupos de tres. Su lealtad entre ellos es irrompible, y si uno es amenazado, los otros harán lo que sea necesario para

salvarlo. Recuerda eso y pregúntate por qué Kazekira sólo viaja con dos de ellos.

Porque no *querían* estar con ella, me di cuenta. Las comadreas *yokai* eran sus compañeras porque ella las obligaba a obedecer. Porque mantenía como rehén lo único que les importaba.

El tercer *kamaitachi*.

Al menos, había esperado que ése fuera el caso, aunque no podía estar absolutamente segura. Había sido una apuesta, pero tenía que ayudar de alguna manera, tanto para liberar a las comadreas como para salvar a Tatsumi, quien habría muerto tratando de luchar contra la bruja y contra el demonio oso. Llamar a esos *kamaitachi* fue lo único que se me ocurrió. Cuando la bruja me golpeó contra la pared y me quedé allí, adolorida e intentando mantenerme consciente, una voz diminuta, queda y áspera, me susurró al oído.

Nuestro hermano. Ella lo mantiene en su obi. Sávalo y libéranos a todos.

Había visto una veta de pelo marrón desaparecer en el aire cuando levanté la cabeza. También había visto a la bruja del viento parada sobre Tatsumi con un cuchillo apuntado directamente hacia su corazón, y el terror había inundado mis venas. No había habido tiempo para trucos, la magia de zorro, el *kitsunebi* o las ilusiones. Mi único pensamiento había sido salvar a Tatsumi.

Fue suerte que, en la lucha con la bruja en el suelo, mi mano se cerrara sobre algo pequeño y duro debajo de su *obi*. Y que fuera capaz de atraparlo como si ella me lo hubiera arrojado. Lo que sucedió después... mi estómago se revolvió con el recuerdo. No me arrepentía de lo que había hecho; ella nos habría matado a los dos si hubiera podido, y los *kamaitachi* ahora eran libres. Pero eso no cambiaba el hecho de que la bruja del viento estaba muerta, destrozada por sus propios compañeros, y yo había sido quien lo había causado.

Traté de sacar todo eso de mi mente mientras caminábamos a lo largo de la orilla del río, buscando un lugar donde pudiéramos escalar para salir del barranco. A medida que la adrenalina se disipaba, varios dolores y hematomas en todo mi cuerpo comenzaron a darse a conocer. También noté la rasgadura en el *haori* negro de Tatsumi, y la mancha oscura que se extendía sobre su

espalda.

—Tatsumi —dije de nuevo, y me apresuré para alcanzarlo—. Espera, estás herido. Deberíamos ocuparnos de eso antes de seguir adelante.

Por un momento, no pensé que se detuviera; su rostro estaba en blanco, con esa máscara helada que permanecía sobre sus facciones. Pero luego asintió y caminó hacia la pequeña corriente que atravesaba la fosa del barranco. Metió la mano en su ropaje, se arrodilló y sacó cuidadosamente un cuadrado de papel, revelando unas cuantas pizcas de polvo verde dentro.

Vi mientras agregaba varias gotas de agua y lo mezclaba en una pasta uniforme. Luego se detuvo y contempló el unguento como si acabara de darse cuenta.

—Yumeko —su voz era vacilante, casi inaudible. Di un paso adelante para escucharlo mejor, y él exhaló—. No puedo... alcanzar la herida yo solo. ¿Serías capaz de...?

Me tomó sólo un instante darme cuenta de lo que me estaba pidiendo.

—A-ah —tartamudeé—, por supuesto —tomé el unguento con cuidado, ignorando la forma en que sus músculos se tensaron cuando mis dedos rozaron los suyos—. ¿También tienes vendajes?

Me entregó un rollo de tela blanca y fina, luego se volvió y, sin ceremonias, sacó los brazos de su camisa suelta y su *haori* y se encogió de hombros para que cayeran alrededor de su cintura. Afortunadamente, estaba de espaldas a mí, por lo que no vio mi rostro calentarse como una tetera que hubiera estado demasiado tiempo en el brasero. Los monjes en el templo solían entrenar o meditar con el torso desnudo, así que estaba acostumbrada a ver la parte superior de los cuerpos de los hombres, pero todos eran tan familiares para mí que nunca pensé en ninguno de ellos. Kage Tatsumi era una historia diferente. El sol de la tarde se deslizó sobre los anchos hombros y la espalda del guerrero, revelando una piel tensa y músculos magros, duros.

Y cicatrices. Docenas de ellas, que cruzaban sus hombros y rastrillaban su espalda. Algunas casi se habían desvanecido, otras eran más profundas y mucho más vívidas. Extendí la mano y apenas pude evitar trazar un trío de cicatrices cortadas verticalmente por su omóplato derecho. Un momento después, me estremecí cuando me di cuenta de lo que eran.

Ésas son... marcas de garras.

Me sacudí y eché hacia atrás mi brazo. La herida del *kamaitachi* era un tajo delgado y recto desde la parte superior de su hombro hasta la parte inferior de sus costillas. La sangre ya se había filtrado por el corte y por su piel, hasta manchar los bordes de su camisa.

Después de mojar un trozo de tela en la pequeña corriente, titubeé con un suspiro silencioso, y luego comencé a limpiar la sangre alrededor de la herida. Tatsumi se desplomó hacia delante, con las manos sobre sus rodillas, e inclinó la cabeza. No hizo sonido alguno ni movió un solo músculo, ni siquiera cuando removí la sangre en la herida para limpiarla antes de untar el bálsamo verde lo más delicadamente que pude. Sentí sus músculos tensos, como placas de acero bajo las yemas de mis dedos, como si esperara que yo pinchara algo en el corte en cualquier momento. O tal vez sólo estaba preparándose para recibir el dolor. Recordé lo que me había dicho en el *ryokan*, su confusión cuando protesté por el rudo tratamiento ante mi herida. Cuando me preguntó si nunca me habían castigado por mostrar debilidad.

Una vez que su herida fue tratada, envolví los vendajes alrededor de su pecho y su hombro, y los até con una mueca.

—Está bien —dije, retrocediendo—. Creo que servirá.

—*Arigatou* —murmuró después de un momento de vacilación, como si aún esperara lo peor. Lo vi quitarse la camisa y el *haori* y encogerse de hombros para ponérselos sin siquiera hacer una mueca, y me pregunté de nuevo por las cicatrices en su espalda y hombros. La bruja lo había llamado asesino de demonios de los Kage. ¿Por qué cazaba y mataba a semejantes criaturas tan peligrosas?

—Tatsumi —me aventuré, sabiendo los peligros de provocar a este humano nervioso y peligroso, pero incapaz de detenerme—, ¿has... luchado contra muchos demonios?

—Sí.

—¿Es por venganza? —pensé en el *oni*, masacrando como si nada un templo de monjes y dejando a su paso muerte y destrucción—. ¿Los persigues para vengarte? ¿Un demonio mató a tu familia?

—No.

—Entonces, ¿por qué...?

—Yumeko —su voz no era áspera, enojada ni amenazante, pero la desolación en ella causó un escalofrío en mí. Se giró de manera que quedó de frente a mí, por encima de sus rodillas, con sus intensos ojos violeta.

Después de colocar la espada sobre su lado izquierdo, se llevó ambas manos a los muslos e inclinó la cabeza, mientras yo me arrodillaba en silencioso asombro.

—Perdóname —su voz era solemne, completamente seria, como si se dirigiera a una *daimyo*, y no a una humilde campesina—. Me salvaste la vida, pero no puedo responder tus preguntas. Le he jurado a mi clan mantener el secreto, y nos castigarían a ambos si desobedeciera sus órdenes. Por favor, elige otra forma en que pueda pagar mi deuda.

—Tatsumi-san... —la culpabilidad parpadeó; ciertamente no esperaba algo así—. Yo... tú no me debes nada —dije, pero él permaneció inmóvil con su mirada clavada en el suelo—. Estaba tratando de salvarnos a los dos, después de todo.

—La bruja me habría matado —la voz de Tatsumi era plana; todavía no se había movido ni había levantado la cabeza—. El código del Clan de la Sombra exige una compensación. Una vida por una vida. Estoy en deuda contigo hasta que pueda compensarte.

Asentí.

—Bien —dije en voz baja, mientras me daba cuenta de la seriedad de la declaración. Maestro Isao me había enseñado sobre el código de los samuráis, cómo éste era para ellos su forma de vida completa. Desestimar con indiferencia o ignorar una deuda era un gran insulto a su honor, un crimen imperdonable que podía terminar en la muerte del ofensor, o la del guerrero deshonrado, que procedía a quitársela—. Entonces aceptaré esa promesa, Tatsumi —dije—, hasta que puedas salvarme.

Bajó la cabeza en una reverencia silenciosa, y continuamos en silencio a través del barranco.

Más tarde esa noche, después de que finalmente salimos del barranco, comenzó a llover. Hice una mueca y apreté la mandíbula mientras las cortinas

de agua nos mojaban a través de las ramas, empapando mi cabello y escurriéndose por mi ropa. Tatsumi siguió caminando, al parecer indiferente al frío y a la humedad. Me encontré deseando mi sombrero cónico y un *mino*, una capa para la lluvia hecha de paja apretada, que había tenido que dejar en el templo.

La lluvia continuó, a veces reduciéndose hasta una llovizna fría, pero sin ceder ni un instante por completo. Cuando la luz comenzó a desvanecerse, nos refugiamos bajo un viejo puente de piedra arqueado. Un par de robles crecían cerca del puente y sus raíces nudosas serpenteaban a lo largo del suelo, bajo el arco. Encaramada en una de las raíces, vi cómo Tatsumi cavaba un hoyo, lo llenaba con ramas y de alguna manera encendía un pequeño fuego que crujió alegremente y alejó un poco el frío. Gemí cuando el calor golpeó mi piel y comenzó a descongelar mis dedos húmedos.

—Toma —dijo Tatsumi en voz baja, y dejó caer una sola bola de arroz en mis manos. Murmurando mi agradecimiento, lo vi caminar hacia el otro lado de la fogata y sentarse a mirar fijamente las llamas.

Hubo un brillo en la oscuridad y se me erizó el cabello de la nuca. Al levantar la vista, vi una pequeña figura de color verde pálido, no más grande que mi pulgar, que me miraba desde una raíz a unos metros de distancia. Llevaba un gorro redondo de hongo en la cabeza, y sus ojos eran como fosas negras bajo el ala.

Tatsumi vio lo que estaba mirando, y su mano fue hacia su espada.

—Tatsumi, no —le advertí, tendiéndole una mano—. Es un *kodama*, un *kami* de los árboles. No nos hará daño.

Tatsumi se relajó y dejó caer la mano desde la empuñadura. Le ofrecí una sonrisa al *kodama*.

—Hola —saludé en voz baja, mientras el pequeño *kami* inclinaba su cabeza, mirándome—. Por favor, discúlpennos, sólo estamos de paso. Espero que no estemos molestando a su árbol.

El *kodama* no parpadeó. Me miró un momento más, luego avanzó y saltó sobre una piedra, mirándome con sus ojos negros sin pupilas. Un leve sonido se elevó en el aire, como el susurro de las hojas movidas por el viento. Asentí.

—Entiendo. Nos mantendremos en el camino, y tendremos cuidado de no

pisar ninguna planta o árbol nuevo. Tiene mi promesa.

—Puedes hablar con los *kami* —el tono de Tatsumi no era el de una pregunta, aunque sonaba ligeramente sorprendido—. ¿Cómo?

—Los monjes me enseñaron —respondí. No era toda la verdad, por supuesto; había sido capaz de ver el mundo de los espíritus: los *kami*, los *yokai*, los *yurei* y el resto de lo antinatural, desde que tenía memoria. Una de las ventajas, o maldiciones, de ser medio *kitsune*. Sin embargo, los monjes sí me habían enseñado las diferencias entre la miríada de espíritus en Iwagoto. Estaban los nueve *kami* superiores, las nombradas deidades que eran adoradas en todo Iwagoto: Jinkei, el dios de la misericordia; Doroshin, el dios de los caminos, y así sucesivamente. Los *kami* inferiores eran dioses menores, espíritus de la naturaleza y los elementos; ellos existían en todas partes: en la Tierra, en el Cielo y en todos los lugares intermedios. Nadie sabía cuántos *kami* existían en el mundo; cuando la gente hablaba de ellos como un todo, era común decir *los ocho millones de dioses*, y dejarlo así.

Pero además de los *kami*, muchas otras extrañas criaturas mágicas vagaban por la Tierra. Los *yokai* eran criaturas de lo sobrenatural; a veces llamadas monstruos o *bakemono*, ellos podían cambiar sus formas o tener cierta cantidad de poder mágico. Los *tanuki*, los *kamaitachi* y, por supuesto, los *kitsune* eran los mejores ejemplos. Los *yurei* describían a los muchos fantasmas inquietos que vagaban por el reino de los mortales: *zashiki warashi*, *onryo*, *ubume* y otros más. Incluso había algunas plantas monstruosas que cazaban a los humanos y un puñado de criaturas que no encajaban en ninguna categoría, por lo que la lista de dioses, fantasmas y monstruos se hacía interminable. Pero, aunque algunos *yokai* eran peligrosos y algunos *yurei* tenían intenciones maliciosas, todos eran residentes de *Ningenkai*, el reino de los mortales, y debían ser respetados.

A diferencia de los demonios, los *amanjaku* y los terribles *oni*, como Yaburama, que venían de *Jigoku*, el reino del mal y la corrupción, y no pertenecían en absoluto al mundo de los mortales.

—Maestro Isao y los demás veneraban a los *kami* —continué—. Se esforzaban por existir en armonía con todas las formas de vida. Los más espirituales entre ellos podían ver e incluso hablar con los *kami*

ocasionalmente. De alguna manera tengo el talento para hacerlo yo también, supongo.

—¿Es por eso que los *kamaitachi* te escucharon?

—Bueno... en realidad, no. Yo los escuché a *ellos*.

Al *kodama* se le había sumado un amigo. Luego aparecieron tres más entre las raíces de los árboles, y otro se materializó cerca del borde del fuego. Miré hacia arriba para ver a docenas de pequeños *kami* posados en rocas y ramas, observándonos a través de la lluvia. Un sonido se elevó en el aire, como cientos de hojas secas que cayeran al mismo tiempo.

Tatsumi observó el creciente número de *kodama* a nuestro alrededor sin moverse, pero su postura permaneció tensa. Podía sentir que estaba haciendo un gran esfuerzo para no buscar su espada.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—Mmmm... —cerré los ojos brevemente, tratando de enfocarme en una sola voz. Los *kodama* eran difíciles de entender en el mejor de los casos—. Más despacio —dije, levantando una mano—. Por favor, uno a la vez. No puedo entender si todos hablan al mismo tiempo, es como tratar de salir de una cascada.

El sonido de las ramas susurrantes se detuvo. El *kodama* en la roca dio un paso al frente y habló con una voz suave que sonaba como una hoja saltando alrededor del suelo.

—Quieren saber si tú eres el portador de Kamigoroshi —dije—. Y si tú fuiste el que mató a Kiba-sama hoy.

Tatsumi parpadeó y luego echó un vistazo a las ahora docenas de *kodama* que nos miraban desde los árboles.

—No tuve elección —su voz era tranquila, ni jactanciosa ni arrepentida—. Hubiera evitado esa pelea si hubiera podido, pero entonces Kiba-sama nos habría matado a los dos.

Los *kodama* volvieron a parlotear, como miles de hojas movidas por el viento. Lo cual era extraño, ya que no había viento. Por fin el ruido cesó, y un trío de *kodama* se acercó al fuego. Los *kami* en el centro portaban una sola hoja como una bandera, con el tallo sostenido en posición vertical y los bordes balanceándose mientras caminaban. Aunque sus rostros eran diminutos

e ininteligibles, sentí que se trataba de un asunto muy solemne. Los espíritus de los árboles marcharon hacia Tatsumi e hicieron una reverencia, y luego el *kodama* en el centro dio un paso adelante, levantando la hoja sobre su cabeza, hacia el asesino de demonios.

—¿Qué es esto? —preguntó con cautela.

—Un regalo —dije asombrada, escuchando la conversación de los *kodama* que todavía seguía—. Parece que, hace mucho tiempo, Kiba-sama se perdió a sí mismo por su hambre y su codicia —traduje, mientras sus voces fluían sobre mí, con un leve cosquilleo en mis orejas—. Y eso lo corrompió hasta que dejó de ser un oso para convertirse en algo antinatural, algo contaminado. Incluso mientras dormía, el miasma de terror que producía podía ser sentido por todos los seres vivos. Los pájaros nunca cantaban en el bosque de Kiba-sama, los animales vivían constantemente asustados y ocultos, y los humanos rara vez se aventuraban en el lugar. El miedo estaba sofocando la tierra, pero ahora que lo has dejado descansar, podrá florecer de nuevo.

”Esta hoja significa que eres un amigo del bosque —continué, mientras Tatsumi se agachaba, tomaba cuidadosamente la hoja por el tallo y se la acercaba al rostro. Brillaba débilmente en la oscuridad, palpitando con una suave luz verde—. Si alguna vez necesitas la ayuda de los *kodama*, susurra tu solicitud en voz alta y libérala al viento. Éste transmitirá tu mensaje a cualquier espíritu del bosque cercano, que te ayudará en lo que pueda.

Sus ojos se oscurecieron, y sacudió la cabeza.

—No puedo aceptar esto —murmuró, bajando su brazo. Las voces de los *kodama* susurraron sobre mi cabeza, haciendo eco de mi propia pregunta.

—¿Por qué?

—Yo mato demonios, eso es lo que hago. No maté al demonio oso por misericordia, bondad ni otro motivo que no fuera la propia supervivencia. Si Kiba-sama no nos hubiera atacado, me habría contentado con dejarlo allí.

—Sin embargo —dije después de un momento de escuchar las voces de los *kodama*—, ellos quieren que la conserves. Hoy le brindaste un servicio al bosque, y los *kodama* siempre pagan sus deudas —dado que seguía dudando, agregué, a pesar de que el espíritu del bosque no lo había dicho—: En realidad, no deberías rechazar un regalo de los *kami*, Tatsumisan. Siempre

pueden pagar una deuda, pero jamás olvidan un insulto.

Él asintió con gravedad. Por lo menos, eso tenía sentido para él.

—*Arigatou gozaimasu* —le dijo al *kodama* más cercano, bajando la cabeza en una reverencia—. No soy digno de tal regalo, pero lo aceptaré.

El diminuto espíritu devolvió la reverencia, se enderezó y luego se alejó flotando, como una hoja que fuera levantada y transportada por el viento. Los demás *kodama* desaparecieron, desvaneciéndose entre los árboles, hasta que quedamos sólo Tatsumi y yo una vez más.

Miró fijamente la hoja brillante, observando cómo refulgía en la oscuridad, antes de desaparecerla en la bolsa debajo de su *obi*. Pero su ceño se frunció levemente, e inclinó la cabeza hacia él.

—¿Pasa algo, Tatsumi-san?

Sacudí la cabeza.

—No. Pero... la hoja debería haber sido para ti —dijo, encontrándose con mi mirada—. Tú fuiste quien habló con los *kamaitachi*. Descubriste cómo liberarlos para que se volvieran contra la bruja. Si no hubieras hecho eso, los dos habríamos muerto.

—La recompensa no fue por haber asesinado a la bruja —respondí con suavidad—. Fue por sacar a Kiba-sama de su miseria y devolver el bosque a su estado natural. A los *kodama* no les importa tanto las vidas humanas individuales como que el bosque se mantenga saludable. Tú fuiste quien destruyó al demonio y, por ello, su favor es para ti.

Tatsumi frunció el ceño.

—He matado a docenas de demonios y *yokai* —murmuró—, quizás a algunos *espíritus sagrados* también. Hasta el día de hoy... ni siquiera sabía que se podía hablar con los *yokai* o razonar con ellos.

—No todos los *yokai* son malvados —dije en voz baja, sorprendida de sentir un pequeño destello de dolor—. Son parte del orden natural, al igual que los *kami*. A veces, no sabes lo que quieren hasta que hablas con ellos.

Guardó silencio durante varios segundos, mirando al fuego como si estuviera perdido en sus pensamientos. Lancé algunas ramitas a las llamas y vi cómo el fuego las consumía, y me pregunté qué habría pasado si la bruja del viento me hubiera expuesto. ¿Estaría Tatsumi sentado aquí conmigo? ¿El hecho

de que le hubiera salvado la vida tendría algún impacto en la revelación de que yo era una *kitsune*? ¿O levantaría su terrible espada resplandeciente e intentaría cortarme la cabeza?

“He matado a docenas de demonios y *yokai*”, acababa de decir. ¿Eso significaba que también había matado algunos *kitsune*? Según los monjes, mis parientes pura sangre eran embaucadores y oportunistas, pero había algunos casos en los que eran en verdad peligrosos. ¿El clan de Tatsumi lo había enviado alguna vez a matar a un zorro?, y si lo habían hecho, ¿él creía que todos los *kitsune* eran criaturas salvajes y traidoras que deberían ser sacrificadas?

—Hay algo que debes saber sobre mí —rompió el silencio, por fin, sacándome de mis pensamientos con un sobresalto. Levanté la vista para encontrarlo todavía meditando sobre las llamas, con expresión pensativa—. Algo que deberías decidir, antes de que sigamos adelante.

Me enderecé, sorprendida de que él estuviera ofreciendo información voluntariamente. En todos nuestros viajes, Tatsumi se había apartado de cualquier pregunta sobre sí mismo, su familia o su clan. Después de su torturada confesión de hoy, yo me había prometido que no lo presionaría más, que sus secretos le concernían sólo a él. Después de todo, también yo tenía los míos.

—Puedes decirme —dije—, no me asustará, lo prometo. Bueno, a menos que seas realmente un *yurei* que se ha estado haciendo pasar por humano durante todo este tiempo. Ah, pero si ése fuera el caso, no sabrías que eras un fantasma, ¿cierto?

Él continuó mirando el fuego. Sentí que todavía estaba luchando consigo mismo, debatiendo si debía o no hablar, antes de inclinar la cabeza con un suspiro.

—Hay... un precio bastante grande por mi cabeza —admitió Tatsumi por fin—. No es ofrecido por los magistrados o clanes ni por alguna otra organización humana, sino por los demonios y los *yokai*. Del mundo espiritual. Ellos me quieren muerto. O, técnicamente, quieren que el portador de Kamigoroshi muera.

—¿Por qué?

—Porque Kamigoroshi fue creada para matar demonios —respondió Tatsumi—. Ése es todo el propósito de su existencia. Y no sólo demonios, también funciona con los *yokai*, los *yurei*, e incluso los espíritus sagrados. Criaturas que no pueden ser asesinadas con un arma normal.

—Oh —dije. Sabía que Kamigoroshi no era una espada normal, pero no sabía que todo el mundo demoniaco y espiritual era consciente de ello y de su portador—. Entonces, ¿estás diciendo que si un fantasma atravesara la pared e intentara atraparte, podrías matarlo?

—Sí.

—¿Qué hay de los *yokai* bola de fuego? Ellos no tienen cuerpo. ¿Kamigoroshi puede matarlos a ellos también?

—He matado a varios.

—¿A los *oni*?

—Sí, Yumeko —Tatsumi asintió—. Incluso a un *oni*, si él no me mata primero. Pero ése no es el punto adonde quería llegar. Dentro del sable... habita el espíritu de un demonio. Su nombre es Hakaimono, y es viejo y poderoso, y está muy enojado. Quienquiera que maneje a Kamigoroshi está constantemente en peligro de que su alma sea poseída.

Tomé aire lentamente, tratando de procesar lo que estaba escuchando. Él llevaba un demonio en su espada; ésa era la razón por la cual el sólo hecho de mirar aquel filo podía erizarme la piel.

—¿Qué pasa si tu alma es poseída? —pregunté en voz baja.

Tatsumi me miró con frialdad.

—¿Tú qué crees?

Ahora era yo quien miraba el fuego, quien observaba cómo estallaba y se levantaba en espirales. Por un instante, me pareció una triste ironía: ésta era la vez en que más lo había escuchado hablar, y versaba sobre algo que en realidad podría haber preferido no escuchar.

—¿Por qué me lo estás diciendo ahora?

—Me salvaste la vida —dijo Tatsumi—. Quiero que entiendas lo que significa en verdad quedarte conmigo —sostuvo la espada enfundada hacia la luz—. Kamigoroshi es una espada maldita, Yumeko, y su portador también lo está. Los demonios y los *yokai* me buscarán constantemente para destruirme,

lo que significa que intentarán matarte también. Y yo... no soy alguien en quien debes confiar. De hecho, sería mejor si nunca hubiera hecho esa promesa.

Levanté la vista rápidamente.

—¿Qué estás tratando de decir, Tatsumi?

Hizo una pausa. Mi corazón latió en mi pecho, y en mi estómago se formó un nudo al mirarlo. La luz del fuego bailaba en sus ojos y titilaba sobre su rostro, y su expresión parecía extrañamente desgarrada.

—Estar cerca de mí siempre será peligroso —dijo al fin—. Haré todo lo posible para protegerte, como lo prometí, pero enemigos de todo tipo vendrán detrás de nosotros. Algunos podrían ser muy poderosos y todos tratarán de matarme. Además, existe el peligro constante de Hakaimono. Quiero que estés preparada para lo que eso entraña.

—Tatsumi-san... —vacilé un instante, sabiendo que tenía que elegir las palabras con mucho cuidado para no dar señal de que yo guardaba la plegaria del Dragón entre mis ropas, que era lo que en realidad buscaban ahora los demonios, las brujas y los *yokai*—. Tengo que encontrar a Maestro Jiro —dije—, *debo* llegar al Templo de la Pluma de Acero para hacerles saber lo que sucedió a Maestro Isao y a los demás. Tengo un deber propio, pero más que eso... fue la última petición de mi maestro. Le prometí que encontraría el templo y les advertiría a todos. Sólo espero que los demonios no encuentren el Templo de la Pluma de Acero antes que yo.

Sus hombros se desplomaron; el concepto de deber era algo demasiado familiar para un guerrero. Y Tatsumi, tan frío y endurecido y peligroso como era, no parecía del tipo que abandonara un voto.

—Yo también hice una promesa —continué—. Iré al templo, Tatsumi-san, contigo o sin ti. Eres bienvenido a seguir. La compañía sería bienvenida, y no tengo miedo. Pero no tienes que ser tan lúgubre al respecto.

Él parpadeó y levantó la mirada hacia mí.

—¿Lúgubre?

Al parecer, nadie lo había descrito como lúgubre.

—No creo que te haya visto sonreír una sola vez —dije—. Maestro Isao diría que te ves como un mono que arrojó por accidente su último kaki en un estanque —esa declaración provocó un ceño desconcertado, y sonreí—.

Confío en ti, Tatsumi, creo que eres demasiado fuerte para dejar que un demonio te posea. Y si estás preocupado por los monstruos o los *yokai* que vienen detrás de nosotros, no lo estés. No estoy indefensa por completo. Ciertamente, sorprendí a la bruja del viento hoy.

—Lo hiciste —la forma de una pálida sonrisa cruzó su rostro—. ¿Tu Maestro Isao comparaba a menudo a las personas con los monos?

—No por lo general. La mayor parte de las veces hacía eso sólo conmigo.

Él en verdad soltó una risita, y lanzó un revoloteo a mi interior. Pero retomó su actitud seria casi de inmediato.

—Bien —dijo—, continuaremos juntos entonces. Mientras pueda protegerte y hasta que haya pagado mi deuda.

Los *kodama* nos cuidaron el resto de la noche.

CUIDADO CON LOS PERROS

Tatsumi, escucha —dijo Yumeko a la mañana siguiente—. Se pueden escuchar los pájaros otra vez.

La miré. Ella caminaba a mi lado por el camino con la cabeza inclinada hacia arriba, mirando las ramas. En lo alto, el sol se inclinaba a través de las hojas, moteando el suelo del bosque, y varias pequeñas criaturas emplumadas se amontonaron sobre nosotros gorjeando. No me había dado cuenta hasta que ella lo señaló, pero el bosque parecía un poco más brillante, menos opresivo. Supongo que mi cacería de Kibasama había ayudado al bosque, tal como lo habían dicho los *kodama*.

Mi mirada se detuvo en Yumeko. Una sonrisa adornaba sus labios mientras seguía los movimientos de los pájaros; el sol brillaba sobre su cabello negro y se deslizaba sobre su piel. Esta mañana había dejado una pequeña porción de arroz en la base de uno de los robles, un regalo para los *kodama*. Bajo la brillante luz del sol, era difícil imaginar que la noche anterior todo el lugar hubiera estado lleno de espíritus del bosque.

Me sacudí. La noche anterior había sido extraña en muchos sentidos. Todavía no podía creer que hubiera revelado tanto sobre mí y sobre la espada. Los Kage no estarían contentos de que le hubiera contado sobre Hakaimono, pero si continuábamos viajando juntos, al menos ahora estaba advertida. Ciertamente me había sorprendido ayer: había salvado mi vida y había hablado con los *kodama* en mi nombre. Nunca pensé que estaría en deuda con

una campesina sin entrenamiento militar, pero sin duda había más en ella de lo que pensé en un principio. Me sentía... algo aliviado de que la verdad sobre Kamigoroshi no la hubiera asustado.

En el fondo, podía sentir la fría diversión de Hakaimono. *Sí, parecía susurrar. Mantenla cerca. Dile que no hay nada que temer, que podrás protegerla. Eso hará que el momento en que caigas sobre ella sea todavía más dulce.*

Relajado, corté la conexión y sentí que el demonio se desvanecía, aunque el eco de su risa onduló a través de mí, subrayando mi error. Había hablado de demonios, de *yokai* y de las cosas que me querían muerto, pero la verdad era que el mayor peligro para Yumeko estaba parado justo a su lado.

Después de unas pocas horas, dejamos el bosque y seguimos el río una vez más, mientras serpenteaba a paso lento a través de un valle, en dirección norte hacia la ciudad capital. Según mis cálculos, quizá nos encontrábamos a uno o dos días de la frontera, lo que sería un problema. Había perdido mis documentos de viaje cuando mi caballo escapó de los *amanjaku*, y no había forma de adquirir otros, legal o ilegalmente. A nadie le importaba la clase campesina, por lo que Yumeko estaría bien, pero un samurái no autorizado vagando por el territorio de otro clan era motivo de alarma. Sin los documentos adecuados, si pasábamos por el punto de control entre territorios, quizá me detendrían por un tiempo indefinido mientras decidían qué hacer conmigo. Como esa opción estaba fuera de discusión, iba a tener que encontrar una forma de evitarlo, ya que cruzar el puesto de control con Yumeko sería demasiado arriesgado.

Un revoloteo azul llamó mi atención; provenía de un paradero que se asentaba, solo, al borde del camino. Los pequeños establecimientos de madera eran bastante comunes en las carreteras entre pueblos, lugares donde los viajeros podían parar y comprar una comida caliente o incluso conseguir una cama antes de continuar hacia su destino. Los tendidos azules cubrían la entrada y una estatua miniatura de un *tanuki* sosteniendo una calabaza de *sake* estaba encaramada en la ventana, dando la bienvenida a los clientes.

Yumeko se detuvo en medio del camino e inhaló profundamente.

—¿Qué es este lugar? —se preguntó—. Huele delicioso.

—Sólo una parada de descanso —dije—. Puedes comprar comida aquí, si tienes dinero. Quizá nos encontramos a pocos kilómetros de algún pueblo... —me detuve mientras ella me miraba con los ojos muy abiertos, con una mirada esperanzada, y suspiré—. Supongo que otra vez estás hambrienta.

—Le di mi arroz al *kodama* esta mañana —respondió, haciendo un gesto lastimero—. Todo lo que tuve para comer hoy fue una ciruela.

Escarbé en mi bolsa de dinero y en silencio le entregué unas cuantas monedas de cobre; ella me sonrió antes de apresurarse hacia la ventana de la parada de descanso. Regresó con dos cuencos de fideos de soba humeantes, y tomamos nuestra comida por el costado del edificio. Bancos bajos de madera estaban alineados en la pared, separados entre sí por menos de un metro, pero no todos estaban vacíos.

Un viajero solitario estaba sobre un banco a unos pocos asientos, con una botella de *sake* en la superficie de madera frente a él y una taza en la mano. Tal vez era algunos años mayor que yo, vestía un chaleco y pantalones andrajosos, y su oscuro cabello castaño rojizo estaba atado, pero aun así lograba parecer descuidado. Una simple espada corta se encontraba metida entre su *obi*, y un gran arco de madera de ónice yacía recargado en el asiento a su lado. Él se percató de mi mirada y sonrió, levantando la copa de *sake* en un saludo burlón, antes de verter el contenido en su boca.

Lo ignoré, ya me había encontrado con muchos de su clase demasiadas veces antes. Un *ronin*, uno de esos samuráis sin maestro que, a través de la vergüenza, el deshonor o la muerte de su señor, había sido despojado de toda riqueza y títulos, y deambulaba por el país en desgracia. Algunos encontraban nuevos señores para servir, pero muchos tomaban cualquier trabajo que pudieran, ofreciéndose como guardaespaldas o asesinos a sueldo, mientras que otros habían recurrido al bandolerismo y al crimen. Se les consideraba toscos e incivilizados, dado que habían abandonado el código del *bushido* y todo lo que una vez habían defendido, y los samuráis los despreciaban porque eran un recordatorio constante de lo que podría sucederle a cualquiera de ellos.

Me senté en el borde del asiento y Yumeko se sentó a mi lado, ya absorta en su comida. Evité de manera deliberada mirar en la dirección al *ronin*, aunque podía sentir sus ojos sobre nosotros mientras tomaba otro trago de

sake, esta vez directo de la botella. En mis viajes, me había encontrado con dos clases principales de alborotadores: los que se ofendían por ser notados y los que se ofendían por ser ignorados. Por supuesto, también estaban los que sólo buscaban problemas, y éstos eran imposibles de evitar. Esperaba que este *ronin* no fuera de esa clase.

—*Oi* —llegó una voz burlona desde el otro extremo de los bancos, alejando mis esperanzas. El *ronin* estaba observando a Yumeko, con una amplia sonrisa en el rostro—. Me di cuenta de esa mirada, ¿no sabes que es grosero mirar fijamente a alguien, damita?

Yumeko parpadeó y levantó la vista de su cuenco, con una bocanada de soba colgando de los labios. Tragó saliva rápidamente.

—Lo lamento, no lo estaba mirando —dijo—. A menos que esté hablando a nombre de los fideos, pero estoy bastante segura de que a ellos no les importa.

—Ignóralo —le dije en voz baja y me concentré en la comida—. Está intentando provocarte para iniciar una conversación.

—Escuché eso —dijo el *ronin*, sentado sobre su banco—. Y *eso* fue muy grosero. Si todavía fuera un samurái, podría exigir una satisfacción de tu callado amigo aquí mismo —se levantó, y deseé tener los *kunai* ocultos en mis brazaletes. Aun así, de hacer cualquier movimiento amenazante, estaría muerto antes de que supiera lo que estaba sucediendo.

Hakaimono se movió, percibiendo conflicto, y empujó la presencia del demonio hacia abajo.

El *ronin* arrojó el arco sobre su hombro y se adelantó, con esa sonrisita desafiante todavía arrugando su rostro.

—Por suerte para ti —continuó—, soy un asqueroso perro *ronin* a cuyo nombre no le queda ya ningún honor. No quieres ensuciarte al tener una conversación conmigo, ¿cierto?

Yumeko inclinó la cabeza, perpleja y sin miedo.

—¿Qué es un *ronin*?

Las cejas del otro se levantaron. Era claro que no esperaba eso.

—Ehhh, bueno... Son... ¿En verdad no sabes lo que es un *ronin*?

Yumeko negó con la cabeza.

—Viví en un templo toda mi vida —explicó—. No sé mucho sobre el mundo exterior, pero me disculpo si lo ofendí. Si usted quisiera, le pido por favor que me explique qué es un *ronin*, para no insultar a nadie más en el futuro.

Por un momento, el *ronin* sólo la miró. Al fin, rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—Disculpas, mi señora —afirmó, e hizo una reverencia exagerada y burlona—. Como dije antes, soy un *ronin*. Somos bestias sucias y zafias que hemos olvidado nuestros modales junto con nuestro honor, así que tendrá que perdonarme si estoy un poco oxidado con las gracias sociales —parecía orgulloso de ese hecho cuando se enderezó de nuevo. Sonriendo—. Veamos si puedo recordar cómo ser cortés. Mi nombre es Hino Okame. ¿Y con quién tengo el honor de conversar esta tarde?

—Yumeko —respondió la chica—, y no soy una dama, sólo una campesina de las montañas. Así que yo también estoy un poco oxidada con las gracias sociales.

—¿Eh? —sin pretensiones, el *ronin* se sentó junto a ella, lo que hizo que llevara la mano a la empuñadura de mi espada. Ni el *ronin* ni Yumeko parecieron notarlo—. Entonces, eres de las montañas. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estamos de viaje. Tatsumi y yo vamos camino a la ciudad capital.

—¿Ya has estado alguna vez en la ciudad?

—No —Yumeko negó con la cabeza—. Nunca. El mundo exterior hasta ahora es... extraño, pero emocionante —sonrió y miró hacia el camino, que se extendía hacia las montañas distantes—. Estoy aprendiendo mucho. No puedo esperar para ver qué hay detrás de la próxima curva.

—Ah —resopló el *ronin*—. Bueno, me temo que pronto te sentirás decepcionada, Yumeko-san. El mundo está lleno de bandidos, asesinos, mentirosos y ladrones. No puedes confiar en nadie, especialmente, en los *ronin*. ¿Alguna vez has visto perros salvajes? —su sonrisa se deslizó hacia atrás, desafiante—. Si creen que tienes comida, te seguirán por un tiempo, pero trata de acariciarlos y se lanzarán directamente a tu garganta.

No estaba seguro de que Yumeko, con su crianza tan apacible, entendiera

lo que el *ronin* estaba sugiriendo, pero ella bajó su cuenco y miró al extraño directo a los ojos.

—Sin embargo —dijo—, he escuchado historias de perros salvajes que defenderían hasta su último aliento a un extraño en el camino, sólo porque esa persona les arrojó una migaja en lugar de una roca.

El *ronin* sonrió.

—Tienes una forma extraña de pensar, Yumeko-san —dijo, sacudiendo la cabeza—. Apuesto a que tu taciturno amigo no piensa lo mismo —su mirada se deslizó hacia mí, con los ojos entrecerrados. Noté cómo reparaba en mi ropa y mi espada, y un brillo de reconocimiento recorrió sus ojos—. Estás un poco lejos de casa, ¿no es así, Kage? —preguntó, con un tono de desconfianza—. ¿Qué haces aquí, en el territorio del Clan de la Tierra?

—Me ocupo de mis propios asuntos.

—Ahhh, qué misterioso —el *ronin* soltó una risita y se volvió hacia Yumeko—. Querrás tener cuidado con cualquier miembro del Clan de la Sombra, dama Yumeko. Se dice que un Kage no miente, pero jamás dice la verdad completa.

—Eso suena muy difícil, Okame-san. ¿Cómo se puede mentir y decir la verdad al mismo tiempo?

—Créeme, ellos lo consiguen.

Dejé mi tazón y me puse en pie, de cara al *ronin*, quien observaba con cautela desde el otro lado de la chica.

—Creo que es hora de que te despidas —le dije en voz baja.

—Sí, parece que me he quedado más de lo debido —el *ronin* rio entre dientes y se levantó del banco—. Creo que fue más de lo que pensaba —inclinó su arco sobre su hombro y levantó una mano hacia la chica—. *Sayonara*, Yumeko-san. Tal vez te vea en el camino en algún momento.

—Okame-san —dijo Yumeko, y levantó su mano; algo brilló entre sus dedos—. Tenga.

Perplejo, el *ronin* le tendió la mano, y ella dejó caer una moneda de cobre en su palma. Frunciendo el ceño, el *ronin* miró el *kaeru* en su mano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Yumeko sonrió y tomó su tazón.

—Una migaja.

El *ronin* sacudió la cabeza.

—Eres una chica extraña —murmuró, aunque la moneda desapareció casi antes de que terminara la frase—. Pero demonios, no discutiré por dinero gratis. Buena suerte en tus viajes, adondequiera que te dirijas. La vas a necesitar.

Con una última sonrisa socarrona hacia mí, se volvió y partió tranquilamente. Miré hasta que la figura solitaria desapareció tras una curva en el camino antes de sentarme de nuevo.

—Ese dinero que acabas de regalar tan despreocupadamente era mío.

Ella ofreció una mueca de disculpa.

—*Gomen*, Tatsumi-san. Te lo devolveré en cuanto pueda, lo prometo.

Eso parecía poco probable, así que me encogí de hombros, resignado a no volver a ver ese *kaeru*.

—Está bien —dije, recuperando mi tazón—. Sólo espero que no estés planeando repartir limosnas entre todos los *ronin* que conozcamos desde aquí hasta el Templo de la Pluma de Acero.

—No —negó con la cabeza—, ni siquiera lo he pensado. Simplemente... parecía lo correcto —se echó hacia atrás el cabello, con aire pensativo—. Maestro Isao tenía un dicho: él me decía que el guijarro más pequeño, cuando se deja caer en un estanque, provoca ondas que crecen y se extienden de maneras que no podemos comprender —hizo una pausa y luego sonrió para sí, sacudiendo la cabeza—. Por supuesto, a veces eso funcionaba en mi contra, cada vez que les jugaba una pequeña broma a Denga o a Nitoru. Las consecuencias eran cada vez más grandes, las cosas se salían de control, una tropa de monos terminaba en la sala de oración, y luego me encontraba puliendo la terraza durante un mes completo —su rostro se arrugó en un gesto entre sonrisa y mueca, antes de volver a ponerse seria—. Ahora que se ha ido —murmuró—, quiero recordar todo lo que él me enseñó. Aquí afuera, siento que es fácil que pierda de vista lo importante. No quiero olvidar las cosas que me mantendrán... en la tierra.

Parecía como si estuviera a punto de decir algo más, pero no la presioné. Terminamos nuestros cuencos en silencio y después volvimos al camino.

Cuando comenzamos a caminar de nuevo, noté que el cuervo, posado en el techo de la parada de descanso, nos miraba partir.

—¿Por qué no te agradan los *ronin*, Tatsumi?

Miré a Yumeko desconcertado. Más allá de la parada, la tierra se había abierto en colinas con granjas dispersas y casas con techo de paja entre ellas. Las terrazas de arroz dispuestas en las laderas salpicaban el paisaje, y motas de personas se movían entre ellas, trabajando los campos que eran la columna vertebral de todo el país. Yumeko y yo habíamos estado caminando en silencio, hasta que la pregunta inesperada surgió de la nada.

Ella inclinó su cabeza hacia mí.

—El *ronin*. Okame-san —aclaró—, no parecía tan malo, no era diferente a cualquier otra persona, salvo por el hecho de que siempre hablaba de sí mismo como un perro. ¿Por qué tendría que hacer eso? ¿Es porque persigue a los conejos? ¿O porque tiene pulgas?

—Los *ronin* no tienen un señor a quien servir —le dije—, y tampoco honor. Han caído en desgracia, por lo que deambulan haciendo lo que sea para sobrevivir.

—Yo no tengo un señor —dijo Yumeko—. Ya no. ¿Eso significa que estoy deshonrada también?

—No, tú eres una campesina.

—¿Los campesinos son diferentes a los *ronin*?

—Para empezar, los campesinos no tienen honor —dije—. Nadie espera que se comporten por encima de su posición. Los *ronin* alguna vez fueron samuráis y ahora han perdido su estatus.

—Pero siguen siendo los mismos, ¿cierto? —la voz de Yumeko sonaba confundida—. Sólo perdieron su señor y su título. Eso no debería cambiar quiénes son por dentro.

—A veces sucede.

—¿Cómo?

—El código es la vida de un samurái —respondí—. El honor los define. El deber hacia su señor, su familia y su clan lo es todo. Una vez que pierden eso,

no son nada, no valen. Y todos los ven de esa manera.

—Sigues refiriéndote a *ellos* —señaló Yumeko—, pero tú también eres un samurái, ¿verdad, Tatsumi?

No respondí y, por fortuna, ella no presionó.

Cuando el sol comenzaba a ponerse, abandonamos el valle y entramos en otro bosque, que se volvía cada vez más espeso a medida que avanzábamos. Arbustos, troncos y raíces nudosas se derramaron sobre el camino angosto, forzándonos a pisarlos o rodearlos. Cedros, pinos y alcanfores se levantaron sobre nuestras cabezas, desplazando al cielo, y el aire se volvió pesado y silencioso.

Mientras escalábamos por una escalera de piedra cubierta de musgo, flanqueados por ambos lados por enormes troncos enmarañados, Yumeko se detuvo.

—Algo está mal —murmuró, mirando con recelo hacia los árboles—. Está demasiado quieto. Todos los pájaros se han detenido...

Retrocedí bruscamente cuando una flecha salió de los árboles y chocó contra el tronco detrás de mí.

Una risa estruendosa resonó a nuestro alrededor. Las figuras surgieron de entre los troncos, moviéndose para bloquear el paso hacia arriba y hacia abajo: media docena de hombres de aspecto rudo con arcos y amplias sonrisas ansiosas. En la parte superior de la escalera apareció un hombre grande con cabeza calva y una nariz que parecía un higo estropeado. Llevaba una gran maza de madera sobre un hombro carnosos, y nos sonrió con sus dientes amarillos y desiguales.

—Kage-san —saludó, mientras dos hombres más pequeños venían a acomodarse a cada uno de sus lados, apuntando sus flechas hacia nosotros. Su voz era lenta y grave—, qué bueno que finalmente llegaste.

La sed de sangre surgió a través de mí, con Hakaimono despertando ansioso a la vida, rodeado de tantos enemigos. El impulso de sacar la espada era casi abrumador; aparté mi mano de la empuñadura y miré al líder de los bandidos, obligándome a hablar con calma.

—¿Te conozco?

—Nah —el enorme hombre se tambaleó un poco, como si estuviera

borracho, e hizo un gesto hacia alguien que se encontraba detrás de nosotros —, pero Okame nos contó todo sobre ti, amigo. Siento que ya somos familia.

—¿Okame-san? —Yumeko sonó atónita cuando miró por encima del hombro y vio al *ronin* con el que nos habíamos encontrado al pie de los escalones, con una flecha pegada a su arco. Su rostro era oscuro, y él no la miró a los ojos—. ¿Qué está haciendo?

—Él estaba explorando el camino en busca de presas —le dije a Yumeko, observando nuestra situación. Dos arqueros en la parte superior de la escalera y tres hombres detrás de nosotros, incluido el traicionero *ronin*—. Tan pronto como nos dejó, regresó para decirles a sus amigos que veníamos hacia acá.

Yumeko continuó mirando al *ronin*.

—¿Es cierto eso, Okame-san? —preguntó con voz suave.

Tras sólo un instante de silencio, el *ronin* levantó la cabeza con una sonrisa desafiante.

—Nunca confíes en los sucios perros *ronin*, Yumeko-chan —él sonrió, y los hombres a su alrededor rieron con burla—, ya no tienen honor. La próxima vez, lo mejor será dejar que el impaciente samurái me corte la cabeza y la deje al sol para que se pudra.

El gran hombre rio.

—Bien dicho, perro. Y todos sabemos lo que sucede después —balanceó su maza, dio unos sustanciosos golpecitos en la palma de su mano, y me sonrió—. Samurái, danos todo lo que posees y te dejaremos vivir. Si no lo haces, te mataremos y lo tomaremos de cualquier manera. Ah, y deja a la mujer. Ella puede hacerme compañía esta noche.

—¿Qué? —detrás de nosotros, el *ronin* dio un paso adelante, con el ceño fruncido hacia su líder—. ¡Ése no era el plan, Noboru! —dijo desde los escalones—. Dijiste que sólo íbamos a tomar el dinero y que los dejaríamos ir.

—Cambié de opinión —el enorme hombre pasó una lengua gorda a lo largo de sus dientes—. Eso fue antes de que viera que una hermosa y pequeña criada venía con él. No he tenido mujer en mucho tiempo.

—Eso es porque pueden olerte desde que estás a un kilómetro de distancia —la voz del otro *ronin* sonaba disgustada ahora—. Yo no me apunté para esto.

Podré ser un perro sucio *ronin*, pero no soy un cerdo en celo.

El líder de los bandidos frunció el ceño.

—La última vez que revisé —dijo arrastrando las palabras—, yo era el líder de este grupo, y tú eras el sarnoso don nadie a quien dejamos que se uniera por lástima. Si no te gusta cómo hacemos las cosas, Okame, puedes marcharte. Pero la mujer se queda. Chicos... —echó un vistazo a sus hombres y luego me señaló— maten al samurái y tráiganme a la chica.

EL VALOR DE LAS MIGAJAS

Se me hizo un nudo en el estómago cuando varios arcos apuntaron hacia Tatsumi. El guerrero se agazapó, con la mano flotando sobre la empuñadura de su espada, esperándolos. Mi corazón se aceleró, y sentí la oleada de magia de zorro extenderse a mis dedos, haciendo que apretara mis puños. Por una fracción de segundo, todo contenía la respiración, y el silencio se extendía como una tensa cuerda de arco.

—Ah, al diablo con esto.

De pronto, Okame-san se giró, clavó una flecha en la garganta del bandido que estaba a su lado, la arrancó y la colocó otra vez en su arco mientras el hombre caía con un sobresaltado gorgoteo. Levantó el arma y soltó la cuerda; un arquero en la parte superior de los escalones que había estado apuntando a Tatsumi cayó hacia atrás, con una flecha sobresaliendo de su pecho.

—¡Okame! —gritó el líder de los bandidos—. ¡Eres un traidor inmundo! ¿Cómo te atreves a atacarnos?

—Hey, soy un perro *ronin* sin honor, ¿recuerdas? —respondió Okame-san, sonriendo salvajemente mientras arrojaba una flecha hacia su antiguo líder. Noboru rápidamente levantó su maza, y el dardo golpeó la cabeza de madera—. ¡Eso es lo que nosotros hacemos!

—¡Mátalo! —rugió Noboru al arquero restante, y comenzó a bajar los escalones—. ¡Mátalos a ambos!

La espada de Tatsumi siseó libre, mientras el guerrero subía los escalones

para enfrentar al enorme bandido que caminaba hacia nosotros. El miedo se disparó a través de mí cuando Noboru balanceó su maza entre las dos manos, barriendo el aire sobre la cabeza de Tatsumi. El guerrero se agachó, y el bandido golpeó el tronco de un árbol, se escuchó un fuerte crujido y una gran abolladura quedó marcada en la madera. Kamigoroshi destelló mientras atravesaba el abultado estómago de Noboru, y el bandido aulló de dolor y furia.

Una maldición detrás de mí llamó mi atención. Al pie de los escalones, Okame-san estaba tendido sobre su espalda, con el arco levantado y bloqueando desesperadamente la espada del otro bandido mientras lo apuñalaba. Tatsumi estaba ocupado con el líder de los bandidos, y no había nadie más alrededor que pudiera ayudar. Si yo no ayudaba al *ronin*, éste podría morir.

Saqué mi *tanto* y miré el cuchillo por un momento, con las manos temblando. Nunca lo había usado contra una persona, pero ahora no podía usar magia de zorro ni *kitsune-bi*. Bajé corriendo los escalones, levanté el cuchillo y corté el brazo del bandido que estaba atacando al *ronin*. Él se echó hacia atrás con un grito, mirándome, lo que le dio tiempo suficiente a Okame-san para sentarse, sacar la espada de su cinto y clavarla en el pecho del bandido.

—*Arigatou*, Yumeko-san —Okame jadeaba sin aliento mientras se esforzaba por erguirse. Tenía un corte profundo a lo largo de su mejilla y un pinchazo del que manaba sangre sobre su chaleco, pero seguía sonriendo mientras meneaba la cabeza—. ¡Qué gran y condenada migaja... *ahhh!*

Se sacudió erguido, haciendo una mueca, cuando una flecha salió desde la parte superior de la escalera y golpeó en su espalda. Lo atrapé mientras caía hacia delante y me tambaleé bajo su peso. Se agarró a mi túnica, aflojando el *furoshiki*, y algo cayó de mi envoltorio de tela. La brillante caja lacada del pergamino golpeó la parte superior de los escalones con un ligero tintineo y luego rodó firmemente hacia el borde de la escalera.

Mi corazón se convirtió en hielo. Rápido, pisé la caja para detenerla antes de que pudiera caer por el borde. En mis brazos, el *ronin* era un enorme y jadeante peso, mientras ambos vacilábamos al borde de la escalera.

—Okame-san —apreté los dientes, mirando con desesperación al *ronin*

mientras intentaba mantenernos a los dos en posición vertical y que el pergamino no rodara hacia abajo por la escalera—. ¿Estás bien? ¿Puedes mantenerte en pie?

Levantó la cabeza con un estremecimiento.

—*Kuso* —maldijo, dando un tambaleante paso atrás—. Maldición, creo que debería haberlo sabido... antes de darle la espalda.

Giró, levantó su arco y disparó hacia la parte superior de la escalera. El último arquero, que había estado apuntando a Tatsumi, se sacudió cuando una flecha lo golpeó en la garganta, y cayó hacia atrás sobre la maleza. Al mismo tiempo, me incliné y tomé el pergamino en el borde de la escalera, luego lo guardé en mi túnica mientras me recuperaba. *¡A salvo! Creo. Esperemos que Tatsumi haya estado demasiado ocupado para ver esto.*

Un estruendoso estrépito llegó desde el centro de las escaleras cuando Noboru se inclinó hacia delante, golpeó el suelo y rodó el resto del camino hasta el fondo. Sus ojos vacíos y blancos nos miraron cuando su cabeza cayó hacia un lado; una línea carmesí dividía su rostro casi en dos. Me estremecí y miré hacia otro lado, mientras Okame-san soltaba otra maldición.

—Sí... —suspiró, dando otro tambaleante paso hacia atrás—. Eso fue... increíblemente estúpido, Okame.

Se colapsó sobre las piedras.

Busqué a Tatsumi a mi alrededor. Cerca de la parte superior de la escalera, el asesino de demonios sacudió con tranquilidad la sangre de su espada y se giró hacia mí con el rostro y los antebrazos cubiertos de líquido carmesí. Sus ojos brillaban purpúreos en la penumbra. Me tensé, preguntándome si diría algo acerca del pergamino o sobre lo que había pasado con el *ronin*, pero sólo envainó su arma y se alejó.

—Ya terminamos aquí —dijo en voz baja—. Vamos, antes de que se ponga demasiado oscuro.

Me volví hacia Okame-san, desplomado al pie de las escaleras, y mi estómago se retorció.

—Tatsumi, espera —llamé. Hizo una pausa, y yo hice un gesto con la cabeza hacia la forma inmóvil y ensangrentada del *ronin*—. ¿Qué hay de Okame-san?

Él parpadeó e inclinó la cabeza.

—¿Qué hay de él?

—No podemos dejarlo aquí. Está herido.

—Trató de matarnos —dijo Tatsumi, con voz tajante—. Nos condujo a una emboscada. Esos bandidos no nos mostraron misericordia.

—Al final nos ayudó —argumenté—. No es como los otros. No creo que debamos dejarlo aquí para que muera —Tatsumi no se movió, y fruncí el ceño—. Bien. Tú sigue, te alcanzaré cuando pueda.

Caminé hacia el *ronin* caído y me arrodillé a su lado para examinar la flecha. Salía por debajo de su omóplato izquierdo, la punta estaba en el centro de un círculo oscuro de sangre que se extendía lentamente a través de su chaleco.

—Si vas a arrancarla, hazlo rápido —dijo una voz tensa. Parpadeé y miré hacia abajo para encontrarme con los ojos abiertos del *ronin*, me observaba—. Tómala lo más cerca de la punta que puedas y dale un buen tirón, con fuerza.

—¿No dolerá?

—Nah, me disparan así todo el tiempo. A veces *yo* mismo me disparo las flechas sólo para poder arrancarlas de nuevo.

—¿En serio? —lo miré boquiabierto—. ¿Cómo es eso siquiera posible? ¿Es algún tipo de ejercicio? ¿También tratas de esquivar las flechas o de atraparlas mientras entran?

—Estoy siendo sarcástico, Yumeko-san —Okame-san formó una sonrisa dolorida—. Por supuesto que va a doler, pero necesita salir en algún momento. No puedo caminar al pueblo con una flecha enterrada en el cuerpo. Sólo arráncala y déjame aquí. Estaré bien.

Miré vacilante la longitud de la flecha de madera que sobresalía de la espalda del *ronin*, mientras reunía el valor para la hazaña. Aspiré profundamente y me acerqué para tomarla, cuando una sombra se cernió sobre nosotros. Levanté la vista justo a tiempo para ver a Tatsumi agachar la mano, tomar la flecha y tirar de ella en un rápido movimiento.

—*¡Aargh!* —gritó el *ronin*, sacudiéndose contra las piedras—. *¡Kuso!* —jadeando, miró otra vez hacia nosotros—. Maldición, Kage, si vas a matarme,

sólo córtame la cabeza y termina con esto. No necesitas torturarme.

Tatsumi arrojó la flecha sangrienta al suelo.

—Si fuera a matarte, ya estarías muerto —afirmó tajantemente—. ¿Dónde está su escondite?

—¿Nuestro escondite? ¿Por qué? —Okame-san se esforzó dolorosamente hasta quedar sentado, con la mandíbula apretada—. Ésta es toda la pandilla. No queda nadie más que puedas matar.

—Porque no quiero llevar tu cadáver sangrante a la ciudad una vez que colapses por la pérdida de sangre —Tatsumi se cruzó de brazos y miró hacia los escalones—. Porque Yumeko se niega a dejarte morir en el camino. Si tu escondite está cerca, lo mejor será ir allí. Supongo que tiene provisiones básicas como agua y vendajes.

—Agua, sí. Vendajes... eh, estoy seguro de que puedo encontrar algo.

Parpadeé hacia el guerrero, sorprendida.

—¿Vas a quedarte?

Los fríos ojos violetas me miraron sin expresión.

—Prometí que lo haría, ¿cierto? Dije que te escoltaría hasta la ciudad capital, y aún tengo que pagar mi deuda. Entonces... —se inclinó y, con un movimiento suave, levantó al *ronin* y lo rodeó con los brazos. Éste aulló y maldijo, luego hizo un comentario acerca de que sería mejor estar muerto. Tatsumi lo ignoró—. Vamos. Terminemos con esto.

YOKAI BAJO LA LUZ DE LA LUNA

Ichiro-sensei te golpearía hasta hacer que perdieras el sentido si te viera ahora.

Ignoré la idea y me concentré en que el *ronin* y yo nos mantuvieramos en pie, mientras atravesábamos el bosque, hasta que encontramos el escondite entre un grupo de árboles. Los bandidos se habían refugiado en la cabaña abandonada de un leñador, no lejos de donde habían organizado su emboscada. La cabaña era vieja y se encontraba en ruinas; la terraza estaba hundida, las barandas, podridas, y el techo de paja, repleto de agujeros. Por dentro estaba todavía peor, el piso estaba cubierto con delgados colchones y cuencos sucios desparramados, además de palillos sueltos, dados, mantas y botellas de *sake* vacías. Olía a sudor, orina y demasiados humanos sucios en la misma habitación a la vez. Dejé caer al *ronin* en uno de los colchones sucios y luego me retiré a la terraza, para dejar que Yumeko vendara sus heridas.

Me apoyé en un poste podrido y miré al cielo, al sol detrás de los árboles, mientras los pensamientos sombríos se arremolinaban en mi cabeza.

¿Qué estás haciendo, Tatsumi? Debiste haberlo matado. Ahora, alguien más se ha involucrado, y si el clan se entera, podrían ordenar que lo mates de cualquier manera.

En circunstancias normales, eso no me molestaría. La muerte de un solo *ronin*, deshonorado y solitario, no significaba nada para nadie. Salvo, tal vez,

para Yumeko. Por razones que no podía comprender, ella le había tomado afecto. Eso, o ella era incapaz de ocuparse de sus propios asuntos. Si el clan me ordenaba matarlo, obedecería, como siempre lo había hecho. Pero eso podría asustar o enfurecer a la chica, y podría alejarse, cosa que no podía permitirme.

Suspiré. Todo se estaba complicando. Primero Yumeko, ahora este *ronin*. *Ésta es la razón por la que el clan te advirtió sobre los apegos. Tú eres un arma; los apegos sólo te detendrán y harán que cuestiones tu objetivo. Recuerda, tu lealtad es hacia los Kage, y hacia nada más.*

Un grito provino desde el interior de la cabaña, seguido por la apresurada disculpa de Yumeko. Sacudí la cabeza. No importaba. El *ronin* era una distracción momentánea. Una vez que termináramos aquí, podríamos volver al camino rumbo a la ciudad capital y luego al Templo de la Pluma de Acero. Sólo necesitaba resistir hasta ese momento.

Se escuchó un revoloteo de alas, y un gran cuervo negro se posó en la barandilla, a sólo unos metros de distancia. Bajó la cabeza, picoteó con curiosidad en la madera podrida y luego me miró con ojos oscuros y brillantes. Nos miramos el uno al otro, inmóviles en las sombras de la noche. Pensé que podía sentir una presencia detrás de la mirada sin pestañear del cuervo, otro par de ojos que me miraban desde lo desconocido.

Busqué mi único *kunai* y lo arrojé a la barandilla. Golpeó la madera debajo del cuervo con un ruido sordo, y el pájaro saltó al aire con un graznido de sorpresa e indignación. Lo vi aletear sobre la azotea, luego me levanté y caminé hacia la barandilla para sacar el cuchillo de la madera.

—Tatsumi.

Yumeko salió a la terraza, los tablones desgastados crujieron suavemente bajo su peso, y deslicé el *kunai* dentro de mi manga.

—Ya limpié y curé la herida —me dijo—. Podemos irnos, pero Okame-san dice que el pueblo más cercano está a medio día de camino desde aquí. Bien podríamos pasar la noche y partir mañana temprano.

Reprimí otro suspiro mientras veía el pálido contorno de la luna a través de las ramas de un árbol.

—Si eso es lo que quieres.

Inclinó su cabeza, como si estuviera esperando que discutiera.

—¿Y no intentarás matar a Okame-san? —preguntó ella.

—No.

—¿Ni dejarme en el medio de la noche?

—No.

—¿No lo atarás a un árbol ni colgarás frutas dulces de sus orejas para que las ardillas se arrastren sobre él?

—... No.

—Bueno, eso es un alivio. Aunque lo último habría sido un poco divertido. Denga me amenazó con eso una vez. No pensé que estuviera hablando en serio, pero nunca podía estar segura con Denga.

—*Oi*, Kage —el *ronin* asomó la cabeza por el marco de la puerta, sonriéndome, y levantó una pequeña botella blanca—. ¿Te importaría si me sirvo un trago? —preguntó; no parecía impedido por sus heridas—. Tomamos un par de barriles hace unos días, y odio que el buen *sake* se desperdicie. Vamos, serviré para ti —sonrió de forma un tanto lobuna, sus colmillos ligeramente puntiagudos centellearon en la oscuridad—. Para mostrarte mi agradecimiento por no haberme cortado la cabeza y dejarla al sol para que se pudriera.

Desvié la mirada.

—Voy a pasar —el *sake*, el *shochu* y las otras bebidas alcohólicas por lo general eran mal vistas por mis instructores. Mis sentidos tenían que permanecer agudos y listos, no embotados por la embriaguez.

—Está bien —el *ronin* se encogió de hombros—. Tú te lo pierdes, pero es mala suerte beber *sake* solo. Vamos, entonces, Yumeko-chan. Supongo que nosotros tendremos que beber el resto.

—Nunca he tomado *sake* —respondió Yumeko con voz ansiosa mientras sus pasos se retiraban a la cabaña—. Los monjes solían servirlo en ocasiones especiales, pero siempre lo mantuvieron alejado de mí. Denga decía que le prendería fuego a su habitación antes que dejarme probarlo.

—Ohhh, una virgen del *sake* —la voz del *ronin* era alegre—. Bueno, no sabes de lo que te has estado perdiendo, Yumeko-chan. Y esos monjes tuyos suenan terriblemente aburridos, ¿nunca haberte permitido que probaras el

sake?, qué crimen. Tendremos que remediar eso de inmediato.

Puse una mano sobre mis ojos, de pronto arrepentido de haber prometido que no mataría al *ronin*. Proteger a la chica era cada vez más difícil; no es que me importara lo que ella hacía, pero era hermosa e ingenua y, de acuerdo con sus palabras, el *ronin* ya no tenía honor. De repente, una visión vino a mi mente: ellos dos juntos, solos y ebrios.

Con la mandíbula tensa, me alejé de la barandilla y regresé al interior de la cabaña.

Alcancé a ver un brillo con el rabillo del ojo, y una pequeña bola blanca rodó hacia mí por la terraza.

No retrocedí, pero mi mano cayó sobre la empuñadura de mi espada. No estábamos solos. Tal vez la cabaña era el hogar de algún *yurei* u otro fantasma inquieto, aunque no estaba seguro de cómo los bandidos se habían quedado allí tanto tiempo sin encontrarse con el espíritu. La pelota rodó en silencio sobre las tablas de madera hasta que se desvió y cayó por el borde. Rebotó una vez y continuó deslizándose por el jardín hasta tocar el borde de la pila de leña.

Un niño se paró detrás de la madera, recogió la pelota y me sonrió: un niño de cinco o seis años, vestido con una túnica negra con mangas demasiado holgadas, zapatos *geta* de madera y un sombrero de paja hecho jirones. Tenía la cabeza afeitada, con un solo mechón de cabello oscuro pegado a la frente, y debajo de eso, un solo ojo enorme dominaba la mitad superior de su rostro. Me miró fijamente a través del jardín.

Hakaimono se agitó. No era un niño, no era siquiera humano. Era un *yokai*, pero no particularmente amenazante. Sentí la decepción del demonio; si el *yokai* no era amenazante, no había razón para pelear. Sin embargo, tampoco podía ignorar a un extraño *yokai* que había aparecido de la nada. Sobre todo cuando era obvio que me estaba esperando, sentado en un tocón en el borde de la pila de leña.

—*K-konbanwa*, Kage-san —saludó el *yokai*, e hizo una reverencia mientras me acercaba. Su único ojo brillante continuó mirándome desde debajo del ala de su sombrero—. ¿No te parece que es una tarde muy agradable?

—¿Quién eres tú?

El chico de un solo ojo se encogió ante mi tono tajante. Se inclinó hacia atrás, metió la mano en su túnica y extrajo una pequeña caja lacada. Retiró la tapa para revelar un trozo blanco de tofu que descansaba dentro, y extendió la caja hacia mí con ambas garras.

—Un regalo —anunció con otra reverencia—, o una oferta de paz. Para demostrarte que no quiero lastimarte. Soy insignificante, una mota sin importancia, que no vale la pena el tiempo del gran asesino de demonios de los Kage. Así que por favor no hagas que Kamigoroshi me corte la cabeza.

Hakaimono se mofó en un disgusto sin palabras; al parecer, no creía que valiera la pena matar a este *yokai*.

—Si en verdad no quieres hacerme daño, no tienes por qué temer —le dije a la criatura, ignorando el tofu que me ofrecía—. Pero esperaste hasta que estuve solo para mostrarte, así que supongo que estás aquí por una razón. ¿Qué deseas?

—Kage-san es verdaderamente misericordioso —el *yokai* se sentó, y una gruesa lengua roja se deslizó por en medio de sus labios, se enroscó alrededor del tofu y lo llevó a su boca. Se limpió la boca con la manga y me miró con ese único ojo enorme que no contenía ni una pizca de inocencia infantil.

—Mi maestro me envió aquí con un mensaje para el gran asesino de demonios de los Kage —afirmó el *yokai*—. Él sabe qué es lo que buscas, y advierte que Kage-san debe tener cuidado, porque hay otros que están buscando lo mismo. Ladrones, místicos y *daimyo* por igual: muchos han escuchado sobre la leyenda de la plegaria del Dragón y están peinando la Tierra en busca de los trozos del pergamino.

¿La plegaria del Dragón? ¿Era eso por lo que la dama Hanshou me había enviado? Sabía que el pergamino tenía que ser importante; si la *daimyo* del Clan de la Sombra me había enviado para recuperarlo, entonces estaba esperando problemas de la variedad sobrenatural. Correr hacia una horda de *amanjaku* cerca del templo había confirmado esa sospecha, pero eso nada me había dicho sobre el pergamino en sí. *La plegaria del Dragón*, pensé. ¿Una antigua reliquia de inmenso poder? ¿Una escritura invaluable perdida a través de los siglos? Me pregunté qué era realmente, y por qué alguien había enviado

a una horda de demonios menores, y según Yumeko, a un *oni*, el más poderoso de los terrores de *Jigoku*, para obtenerlo.

Sin embargo, no me correspondía hacer preguntas. Mi misión era recuperar el pergamino, sin importar de qué se tratara ni quién más lo estuviera buscando.

—Presta atención a la advertencia de mi maestro, Kagesan —continuó el *yokai*, tornándose sombrío—. La mayoría de los mortales que buscan la plegaria del Dragón no saben lo suficiente para representar una amenaza. Han escuchado un poco de la leyenda, tal vez lo suficiente para tratar de reunir las piezas del pergamino, pero su conocimiento es incompleto. Se agitan a ciegas en la oscuridad, ignorantes. Pero entre ellos hay uno de quien incluso el asesino de demonios de los Kage debería cuidarse. Alguien que rivaliza con el poder de Kamigoroshi —lanzó una mirada a mi espada, como si tuviera miedo de ofenderla, antes de bajar la voz para continuar casi en un susurro—: Hace mucho tiempo, había un ser que era una maldición sobre las páginas de la historia de Iwagoto. Su nombre inspira miedo y odio, incluso ahora. Al responsable de tal odio se le ha llamado de muchas maneras a lo largo de las edades, pero la mayoría lo recuerda como Genno, Maestro de los Demonios.

Me enderecé, y Hakaimono se animó también; ambos reconocimos ese nombre. El Maestro de los Demonios era una figura conocida, aunque aterradora, de la época más oscura del país. Hacía cuatrocientos años, en medio de la peor guerra civil que la Tierra hubiera conocido, un hechicero llamado Genno levantó un ejército de demonios y muertos vivientes para asaltar la ciudad capital y derrocar al emperador. Debido a que la Tierra estaba tan fracturada, su estrategia estuvo a poco de resultar. El emperador fue asesinado, y la ciudad imperial estaba al borde del colapso cuando los clanes finalmente dejaron de lado sus disputas y se unieron contra una amenaza mayor. Muchas vidas se perdieron y el país estuvo a punto de ser destrozado, pero la fuerza combinada de los clanes fue suficiente para cambiar el rumbo de la historia. En la batalla final, Genno fue asesinado, las hordas de muertos vivientes se desmoronaron y los demonios escaparon, dispersándose a los vientos. Pero ése no fue el final de la historia. No contento con matar al Maestro de Demonios, el nuevo emperador lo hizo decapitar, su cuerpo fue

cremado y su cabeza sellada en lo profundo de una tumba sagrada, a fin de que nunca más se levantara para amenazar al imperio.

Eso decía la historia, en todo caso.

Me enfrenté al *yokai* y fruncí el ceño, haciéndolo retroceder.

—El Maestro de los Demonios fue asesinado hace más de cuatrocientos años —dije lentamente, asegurándome de entender lo que la criatura de un ojo estaba insinuando—. Supongo que ha regresado... ¿de alguna manera?

El *yokai* asintió.

—Eso es lo que mi maestro cree —dijo—. La bruja del viento que te atacó era una de sus sirvientes. Eh, de Genno-sama, no de mi maestro. Mi maestro no se molestaría con alguien como ella —su ojo se arrugó, como si estuviera disgustado por la sola idea, antes de negar con la cabeza—. Pero Genno-sama tiene muchos demonios, *yokai* e incluso humanos que cumplen su voluntad, y ahora que está buscando el pergamino, tratará de eliminar cualquier competencia. Eso nos remite a ti, asesino de demonios. Y a cualquiera que esté cerca de ti.

Pensé en Yumeko, su mirada brillante y su sonrisa alegre, la luz que escapaba de sus ojos mientras un demonio la destrozaba. Extrañamente, esto me perturbó de una manera que no había sentido antes.

—¿Por qué me dices esto, *yokai*? —pregunté—. Si el pergamino es tan poderoso, ¿por qué no lo anhela también tu maestro?

—Yo no cuestiono las órdenes del maestro —la criatura de un solo ojo se puso un poco pálida ante la sola idea—. Mi único propósito es servirle. Él me dijo que le advirtiera al asesino de demonios de los Kage que el Maestro de Demonios está buscando la plegaria del Dragón, y que planea matarte. Así que lo hice. Y ahora mi orden está saldada —parpadeó su enorme ojo y me dirigió una mirada nerviosa—. Eh... puedo irme ahora, ¿cierto? ¿No tratarás de matarme una vez que intente marcharme?

El demonio en mi cabeza me empujaba para que hiciera justo eso, para que cortara a la patética criatura cuando estuviera de espaldas, un final apropiado para semejante debilidad. Reprimí el impulso y sacudí la cabeza.

—Ve —dije al *yokai*, que de inmediato saltó de la pila de leña aunque, según noté, sin darme la espalda—. Pero di a tu maestro que no se interponga

en mi camino. Si él me amenaza o a los que viajan conmigo, lo mataré. Ésa es mi única advertencia. Si nos encontramos en el camino como enemigos, no dudaré en abatirlo.

El ojo del *yokai* se abrió hasta parecer una luna diminuta, y asintió.

—Po-por supuesto, Kage-san —tartamudeó, balanceándose mientras retrocedía—. Me aseguraré de entregar tu mensaje —echó un vistazo hacia los árboles, y de repente estuve seguro de que ese *maestro* se encontraba cerca, y de que había escuchado la conversación—. En ese caso —terminó el *yokai*, preparándose para salir disparado al bosque—, queque pases buena noche, Kage-san. Espero que no volvamos a encontrarnos.

Se lanzó rápidamente, una línea de piel pálida a la luz de la luna, y desapareció en las sombras del bosque. Percibí el vago disgusto de Hakaimono por no haber quebrado su espina dorsal y lo ignoré. Revisé la oscuridad más allá de los árboles, algo estaba por ahí. El misterioso maestro que se había asegurado de advertirme que Genno, el gran hechicero, había regresado a *Ningenkai*, no lo había hecho por ningún sentimiento altruista. Fuera quien fuera, era otro participante de este juego en el que a menudo me encontraba. Hanshousama, el emperador, los *daimyo* de los clanes: ellos eran los generales, los jugadores principales, los que tenían un conocimiento perfecto, y nosotros éramos las piezas del tablero. Yo era un simple peón en una partida de *shogi*, movido por fuerzas invisibles, sin conocimiento sobre la razón de todo esto. Así había sido siempre.

Y ahora, parecía que otro general se había acercado a la mesa. Genno, Maestro de los Demonios, había regresado, y tal vez estaría buscando venganza. Hanshou-sama querría saber sobre esto, al igual que el resto de los *daimyo*, e incluso el propio emperador, pero mi deber era hacia el clan. Tan pronto como asegurara el pergamino, volvería y le diría lo que había escuchado, o tal vez le pasaría la información a Jomei-san o algún otro sirviente del Clan de la Sombra si aparecían para preguntar cómo iba. Hasta entonces, continuaría con mi misión y me preocuparía por los demonios cuando éstos atacaran.

Me volví y caminé de regreso a la cabaña, sintiendo una mirada fija en mí durante todo el trayecto.

Cuando me asomé a través del marco de la puerta, el *ronin* estaba sentado solo en el centro de la habitación, rodeado de basura y botellas vacías. Yumeko yacía sobre una manta en la esquina, agarrando una almohada de paja; una taza de *sake* volcada y olvidada se encontraba a su lado. El *ronin* siguió mi mirada y suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Media botella y ya estaba cabeceando sobre su taza —dijo, con una sonrisa compungida—. Lástima, en verdad. Esperaba que pudiera ser una buena compañera de bebida. Supongo que beberé solo esta noche, a menos que quieras acompañarme, Kage-san.

—No —tomando a Kamigoroshi de mi cinturón, me senté tras la puerta y me apoyé contra el marco, de manera que mi cuerpo se extendiera a través de toda la entrada. Si los *yokai* todavía estaban allí y quisieran entrar a la cabaña, tendrían que pasar, al menos, por delante de mí.

—Hacer que me sirva mi propio *sake*, qué grosería —resopló el *ronin*, se sirvió una taza y luego tomó un trago directamente de la botella—. Lo bueno es que no se espera que los perros como yo tengan modales o ningún tipo de gracias sociales. Y entonces, Kage-san... —tomó la taza de *sake* con la otra mano y me miró por encima del borde con una mirada negra y astuta— ¿cuál es la historia de ustedes dos? Tú eres parte del Clan de la Sombra y no un *ronin*, así que ¿por qué seguir a una campesina hasta la ciudad capital? Ella no es una simple criada, eso puedo verlo. Ningún miembro de tu clan escucharía órdenes de esa manera —se llevó el contenido de la taza a la boca, tragó y luego me sonrió—. O tal vez, ella en realidad es una princesa disfrazada de campesina para evitar ser detectada, y tú eres su guardaespaldas. Eso explicaría algunas cosas. Cómo puede darte órdenes, cómo cedes a todo lo que ella dice, hasta ayudar incluso a un bandido cualquiera en el camino —hizo una pausa, y cuando no respondí, la sonrisa se hizo más amplia—. ¿Sabes?, si no hablas, Kage-san, sólo voy a asumir lo peor.

Apoyé la cabeza contra el marco de la puerta, permitiendo que su balbuceo se deslizara sobre mí como el agua y desapareciera como niebla a su paso.

—Tus suposiciones nada significan para mí —le dije, haciéndolo resoplar—. Asume lo que quieras.

—¿Eh? Entonces no te molestará si me divierto un poco con la chica

campesina —el *ronin* bajó la botella y lanzó una mirada hambrienta al rincón, con los ojos brillantes—. Tiene un cuerpo agradable debajo de esos trapos, y apostaría mi último *ryu* de oro a que está intacta. Tú no tienes pensado hacer nada con ella, ¿cierto, Kage-san? Ella es sólo una campesina, después de todo...

Se detuvo y su mirada cayó sobre mi espada, donde había curvado mis dedos alrededor de la empuñadura. Mi cuerpo se había quedado muy quieto, listo para explotar en movimiento, y una nueva emoción hervía bajo la superficie, una que no había sentido antes. Similar a la violencia y sed de sangre de Hakaimono, pero diferente. Me llevó un momento ubicarla, porque la sensación en mi pecho no era la emoción del demonio; por primera vez en años, era mía.

Furia.

—Ah —el *ronin* sonrió y levantó la botella de *sake*—, es lo que pensaba. Relájate, Kage-san. No tengo el hábito de dormir con cualquier campesina, en especial si tienen un guardaespaldas asesino cerca que está más que dispuesto a cortarme la cabeza —sirvió el último sorbo de *sake* en su taza, y frunció el ceño cuando sólo salió un chorrito—. *Kuso*. Eso es desafortunado, todavía no estoy lo suficientemente borracho. Bueno, sólo hay una cosa que hacer —devolvió el último trago del licor, luego recogió la botella y se levantó, tambaleándose un poco mientras se ponía en pie—. Noboru, bastardo, sé que tenías un escondite secreto en algún lado —empezó a alejarse tambaleante, pero se detuvo y me miró, con esa sonrisa lobuna cruzando su rostro de nuevo.

—¿Sabes? —anunció—, si se dirigen a la capital, creo que iré con ustedes por un tiempo. Los caminos por aquí son peligrosos: están llenos de bandidos y toda clase de delincuentes que asaltan a los viajeros honestos. Los acompañaré de manera que sea un poco menos peligroso. Tú podrás ser el guardaespaldas, pero yo seré el perro guardián. Entre más, mejor, y todo eso, ¿cierto? —rió, dándose cuenta de la ironía, y miró hacia la esquina donde la chica permanecía dormida, muerta para el mundo—. ¿Crees que a Yumekochan le moleste? No importa. Le preguntaré mañana cuando despierte. Ahora... —se volvió y se dirigió tambaleante hacia la parte posterior de la cabaña, a una habitación separada— ¿dónde está ese *sake*, Noboru? —murmuró—. Ni

creas que puedes ocultármelo, puedo oler el licor donde sea que se esconda.

Escuché los sonidos que hacía al hurgar y ocasionales gruñidos y blasfemias. Después de unos minutos, se oyó una exclamación de triunfo, y luego nada, salvo el suave tintineo de las botellas. Eventualmente, incluso eso se detuvo, y un ronquido gutural salió de la habitación de la esquina. Coloqué a Kamigoroshi sobre mi regazo y esperé el amanecer, con planes de despertar a Yumeko en el momento en que la luz tocara el horizonte. Con un poco de suerte, para el momento en que el *ronin* se despertara de su resaca inducida por el *sake*, ya tendríamos mucho camino por delante.

Porque si él nos seguía, tal vez tendría que romper la promesa que le había hecho a Yumeko. Podrían tener que matarlo.

HOSPITALIDAD

—*Mabushii* —murmuré, protegiendo mi rostro mientras deslumbrantes haces de luz cortaban las ramas de pino y me apuñalaban entre los ojos—. ¿Por qué el sol es tan brillante hoy? Y si alguien pudiera decirles a los pájaros que dejen de cantar tan fuerte, lo agradecería.

Tatsumi caminaba unos pasos más adelante y no parecía en absoluto afectado por el misterioso aumento de la luz o el ruido de esta mañana. Nada dijo, pero podía sentir que se divertía en secreto.

—Puedo oírte reír, Tatsumi —le advertí, frunciendo el ceño—. ¿Te entretiene mi miseria? —no respondió, y yo gemí, frotándome los ojos para aliviar el golpeteo que sentía detrás de ellos—. Nunca había estado enferma, ni un solo día en toda la vida —murmuré—. No entiendo por qué me siento enferma ahora.

—Todavía tienes que desarrollar una tolerancia para el alcohol —Tatsumi me lanzó una mirada por encima del hombro—. El *sake* puede ser muy fuerte para los no iniciados. Por desgracia, éste es uno de los efectos secundarios.

—¿Esto es *normal*? —recordé la noche anterior, o lo que podía recordar de eso. La extraña y fuerte bebida que Okame-san seguía vertiendo en mi taza me había quemado la garganta a medida que bajaba, pero luego pareció encender una agradable tibieza en mi estómago. Recordé que me había sentido somnolienta y extrañamente mareada, y luego no lograba recordar nada después de eso—. Es como si una tropa de monos estuviera gritando y tirando

piñas contra el reverso de mis ojos —gemí—. ¿Por qué la gente toma *sake* siquiera, si se siente así a la siguiente mañana? ¿Crees que Okame-san se sienta igual? No puedo recordar ni la mitad de lo que estuvimos hablando...

Un escalofrío recorrió mi espalda. No conseguía recordar nada de lo que se había dicho anoche. ¿Qué más había olvidado? ¿O hecho? ¿Qué hubiera pasado si hubiera revelado algo que no debía, como lo que yo era en realidad? Si hubiera cometido un error, si Tatsumi descubriera que soy una *kitsune*...

Me estremecí bajo la luz del sol. Necesitaba ser más cuidadosa. El asesino de demonios podía tolerar que una chica humana lo condujera hasta la plegaria del Dragón, pero definitivamente no una *yokai*. Si descubría que lo había engañado, definitivamente podría ver a Kamigoroshi deslizándose para cortar mi cabeza.

—¿Yumeko?

Levanté la mirada para encontrarme con Tatsumi, que todavía me observaba por encima de su hombro. Su rostro mostraba un ceño perplejo.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Necesitamos parar para que descanses?

Negué con la cabeza, sonriendo porque sonó genuinamente preocupado.

—No, Tatsumi-san, estoy bien. Sólo estoy...

—¡Oiiiiiiiiiii!

El débil grito provenía del camino detrás de nosotros. Me volví y descubrí una forma oscura y borrosa que se apresuraba, con un brazo levantado. Cuando se acercó, la forma se definió en Okame-san, que resoplaba y jadeaba mientras trotaba hacia nosotros.

—Finalmente... los encontré —jadeó, poniendo las manos sobre las rodillas. Con la respiración entrecortada, me miró con una sonrisa irónica—. Pensaron que podrían deshacerse de mí, ¿eh? ¿Kage-san no te dijo que iría con ustedes a la ciudad capital?

Eché un vistazo a Tatsumi, que no nos miraba y mantenía los ojos fijos en las montañas distantes.

—No —dije, frunciendo el ceño—. Él no lo mencionó.

—Bueno, suerte para ti que tengo el sueño ligero —Okame-san se enderezó y ajustó el arco *yumi* en su espalda—, y que ya había decidido ayudarles. Porque sucede que yo sé que avanzan por el camino equivocado.

Parpadeé.

—¿Sí?

—No —respondió Tatsumi—. Este camino conduce al sendero imperial, y desde allí, directamente a la capital. Estamos en el camino correcto.

—Sí, si quieren rodear las montañas —dijo Okame-san, señalando con la cabeza los picos cubiertos de niebla, todavía envueltos en sombras—, lo cual les tomará muchos días de viaje. Conozco este territorio y, más específicamente, conozco los senderos y los caminos ocultos que atraviesan las montañas —levantó el pulgar y señaló hacia sí mismo—. Si me siguen, puedo llevarlos a la ciudad capital mucho más rápido que si se mantienen en los caminos principales. Y no tendremos que molestarnos con el puesto de control imperial en la frontera.

No podía estar segura, pero creí ver que Tatsumi se animaba con eso. Bueno, tal vez *animarse* no era la palabra correcta, pero pareció prestar atención.

—Sería *bueno* llegar a la capital antes —susurré.

—Y sólo piensa en esto, Kage-san —agregó Okame-san—: cuanto antes lleguemos a Kin Heigen Toshi, antes podrán deshacerse de mí. Es una situación de ganar-ganar, ¿cierto?

Tatsumi nos miró en un silencio pétreo, luego se encogió de hombros y se alejó.

—Eso no importa —dijo de espaldas a nosotros—. Mientras lleguemos a la ciudad capital y no hagamos que nos perdamos.

—¡Bien! —exclamó Okame, frotándose las manos—. Entonces, sólo síganme. Habremos llegado a las tierras del Sol antes de que se den cuenta.

—Eh... —reflexionó Okame más tarde ese mismo día— estaba seguro de que se suponía que había un sendero por aquí.

Nos encontrábamos en las profundidades de las montañas ahora, después de haber dejado la carretera principal hacía unas horas para internarnos en la naturaleza. Okame había encontrado rápidamente un sendero de animales, y lo habíamos seguido por un oscuro bosque de pinos y cedros, sobre una gruesa alfombra de musgo verde que cubría piedras, raíces y troncos caídos. Era,

observé, muy gallardo a pesar de que se autoproclamaba grosero, y se movía fácilmente por el bosque y los arbustos, como si fuera parte del bosque mismo. Tatsumi se arrastraba en silencio a mi espalda, sin emitir ni un solo sonido, y de vez en cuando me volvía para mirarlo por encima de mi hombro, sólo para asegurarme de que todavía estaba allí.

Sin embargo, cuando el sendero terminó bruscamente en un pequeño arroyo de montaña, Okame-san se detuvo y se cruzó de brazos, mirándolo como si esperara que apareciera un nuevo camino.

—Bueno, esto es extraño —murmuró, mirando hacia arriba y hacia abajo de la corriente—, no recuerdo que esto estuviera aquí.

—Estás perdido —afirmó Tatsumi. Su tono de voz era lo suficientemente frío para hacer que el mismo arroyo se helara.

—No estoy perdido —protestó Okame-san, mirándolo—. Estoy... momentáneamente confundido de encontrarme un arroyo aquí, pero eso es sólo un revés temporal. Sé dónde estamos —se rascó en la nuca y frunció el ceño mientras pensaba. Al otro lado del arroyo, un pequeño ciervo manchado salió con delicadeza de detrás de un árbol y nos miró, moviendo las orejas—. Debemos haber perdido el sendero lateral —reflexionó Okame-san—, pero si nos dirigimos hacia el norte, tendremos que encontrarlo. Entonces... —miró alrededor, y el ciervo saltó hacia la maleza—. Si ésa es la posición del sol, y las sombras van en esa dirección...

—Mmm —señalé con un dedo corriente arriba—. El norte está en esa dirección, Okame-san.

—Correcto —Okame-san me devolvió la sonrisa—. Una vez que estemos de regreso en el sendero, Yumeko-chan, llegaremos a Kin Heigen Toshi en muy poco tiempo.

Varias horas más tarde, con el sol comenzando a bajar tras los picos distantes y las luciérnagas empezando a titilar por en medio de las ramas, Okame-san se detuvo y se apoyó en una roca cubierta de musgo, sacudiendo la cabeza.

—Bien —dijo con tono alegre, y levantó ambas manos en un gesto desesperanzado—, *ahora* sí estamos perdidos.

La espada de Tatsumi hizo un escalofriante chirrido al ser liberada. Al

instante, Okame-san saltó de la roca y se lanzó tras ella mientras yo giraba y me ponía entre el *ronin* y el asesino de demonios.

—Tatsumi, no —levanté las manos mientras su fría mirada violeta se deslizaba más allá de mí, tajante y asesina—. Matarlo no resolverá nada.

—Rectificará el error que cometí antes —dijo Tatsumi, mientras sus ojos se reducían a meras rendijas violetas.

—Pero en nada ayudará ahora —insistí. Sus ojos se desplazaron hacia mí, y mi corazón latió bajo la mirada de ese asesino letal. Kamigoroshi brillaba débilmente en las sombras, arrojando una luminiscencia enfermiza que pulsaba como el latido de un corazón. Nada como las horrendas llamas púrpuras que había visto la noche que conocí a Tatsumi, pero inquietantes de cualquier forma. El solo hecho de encontrarme tan cerca de Kamigoroshi desenvainada hacía que se me erizara la piel, pero me mantuve firme—. Tatsumi-san, ya está hecho. Estamos perdidos. Tratemos de encontrar el camino de regreso y de llegar a la ciudad capital sin más derramamiento de sangre.

—¿Y el hecho de que esté apuntando una flecha directo hacia tu espalda no significa nada para ti?

—No le estoy apuntando a ella —respondió la voz de Okame-san desde detrás de la roca—. Le estoy apuntando al tipo con la espantosa espada brillante. Si ella diera un paso hacia la derecha, lo agradecería.

Una fría sonrisa se curvó en un lado de la boca de Tatsumi.

—¿Crees que eres lo suficientemente veloz para derribarme, *ronin*?

—Bueno, si la otra opción es quedarme parado aquí y sonreír mientras me cortas a la mitad, tomaré el riesgo —respondió Okame-san. Eché una mirada de una fracción de segundo al *ronin* y vi una sonrisa maliciosa estirándose en su propia boca, con los ojos duros y desafiantes—. No soy noble. No voy a ofrecer mi cabeza porque cometí un error, así que si la quieres, tendrás que tomarla a la vieja usanza.

—Nadie tomará la cabeza de nadie —argumenté—. Eso sería desagradable y repugnante. Tratemos de encontrar una manera de salir de las montañas. Pronto va a oscurecer, y... —hice una pausa y dirigí mis orejas hacia delante, aunque los dos humanos no podían verlas. Ladera abajo, en un pequeño cuenco entre las montañas, pude distinguir algunos destellos de luces

tenues—. Esperen un minuto, creo que hay un pueblo allí abajo.

Los dos humanos se enderezaron y voltearon a mirar también el valle.

—Oh, ahí está —dijo Okame-san con tono satisfecho—. Sabía que estaba por aquí, en alguna parte —ignoró la mirada oscura de Tatsumi, aflojó el arco y guardó la flecha en su aljaba—. Bueno, ¿qué estamos esperando?

Comenzamos a descender por la ladera, pero el camino era empinado y traicionero, y las piedras estaban cubiertas de resbaladizo musgo, lo que me obligaba a mirar dónde apoyaba los pies. Avanzábamos lentamente, pero había jugado a esto con los monos en el bosque, y salté de roca en roca, aterrizando con tanta suavidad como podía antes de dar el siguiente salto. Okame resbaló una vez y se raspó las manos sobre una roca, mientras lanzaba una sarta de blasfemias. Tatsumi, por supuesto, era tan grácil como un ciervo y caminaba tranquilamente de una roca a otra, haciendo que pareciera cosa de todos los días.

Para el momento en que llegamos al borde del valle, el sol se había ocultado detrás de los picos de las montañas y las sombras se habían alargado. Cruzamos un puente sobre un pequeño arroyo y seguimos un sendero de tierra serpenteante hacia un grupo de cabañas de paja que se esparcían en la distancia. El aire en el valle era espeso y húmedo; las cigarras cantaban en los árboles y las luciérnagas tintineaban sobre los arrozales y sus luces se reflejaban en el agua oscura y fangosa. Pequeños surcos de arroz habían sido plantados en ordenadas hileras a través de cada uno de los campos en terraza, y pronto se convertirían en un ondulante mar de color verde. A lo largo de las orillas del río, que se movía lentamente, podía ver las redes que colgaban al sol para secarse, y pequeños botes de pesca atracados. La luz del sol brillaba en el agua, y todo el valle tenía una sensación de pereza y aislamiento, como si hubiera sido olvidado por el resto del mundo.

Más allá de los campos de arroz, el sinuoso sendero se cruzaba con un camino más ancho y largo que atravesaba el pueblo. Se había erigido un letrero en la encrucijada, pintado a mano, con ideogramas *kanji* garabateados en el tablero con tinta negra: “Han llegado a Yamatori, anunciaba el cartel. Los viajeros siempre son bienvenidos”.

—Bueno, eso es amistoso —dijo Okame-san—. Es una buena señal, al

menos. Algunas de estas pequeñas aldeas tienen una actitud muy desfavorable hacia los visitantes. No les gustan los viajeros, los samuráis ni, sobre todo, los *ronin*.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque los *ronin* tienen la tendencia a tomar lo que quieren —respondió Tatsumi tajantemente—. Y los agricultores no pueden hacer nada al respecto.

—Hey, los samuráis no son mejores —dijo Okame-san, mirándolo—. ¿O acaso crees que todos siguen ese código de *bushido* sin sentido? —se burló—. He visto samuráis tomar a la esposa de otro hombre y matar al marido cuando se atrevía a protestar. Ví cómo uno cortaba la cabeza de un niño por haber asustado a su caballo. Podré ser un sucio perro *ronin*, pero al menos no uso el código como excusa para hacer lo que se me antoje.

—¿Lo que se me antoje? —la voz de Tatsumi era suave, y sacudió su cabeza, casi con compasión—. Quien carece de honor —afirmó— nunca comprenderá las acciones de quienes lo tienen.

—Lo dice el hombre con la espeluznante espada resplandeciente.

—Eso nada tiene que ver.

—Correcto, porque las espeluznantes espadas resplandecientes siempre se usan para las intenciones más puras.

—¿Existen más? —parpadeé—. Yo sólo he visto una espeluznante espada resplandeciente, Okame-san —dije—. ¿Son muy comunes?

Okame-san suspiró.

—Voy a tener que enseñarte sobre el sarcasmo, Yumekochan. Pero no ahora, porque estamos siendo observados.

Eché un vistazo hacia el pueblo. Varios hombres y mujeres se habían reunido en el camino, la mayoría de ellos campesinos, a juzgar por sus simples túnicas y su piel bronceada, y nos miraban con atención.

Okame-san sonrió.

—Bueno, ya todos saben que estamos aquí —dijo, y comenzó a caminar hacia la multitud—. Supongo que deberíamos ir a saludar.

Los aldeanos continuaron observándonos mientras nos acercábamos. La mayoría de ellos sonreían y asintieron con la cabeza o se inclinaron cuando pasamos a su lado, desviando la mirada y sin mirarnos nunca a la cara. Ví a

algunos hombres susurrándose unos a otros, con rostros emocionados pero tensos. Una mujer de cabello blanco, sentada a la entrada de su cabaña, sonrió sin dientes mientras pasábamos, los ojos casi hundidos en los pliegues de su rostro. Una pequeña niña en un *kimono* amarillo saltó en su lugar y saludó a Tatsumi, quien estaba a pocos pasos detrás de mí y de Okame-san. Él la ignoró, pero eso no detuvo su entusiasmo. Todos aquí parecían emocionados de vernos.

Y sin embargo...

—¡Bienvenidos, viajeros!

Un hombre se acercó hacia nosotros, sonriendo. Su frente calva estaba brillante por el sudor y mechones oscuros a los lados de su cabeza estaban recogidos en un alto moño. Su ropa era un poco más agradable que la del resto de los granjeros; una túnica azul y gris sobre pantalones *hakama* negros. Se adelantó y se inclinó en una reverencia que lo dobló por la cintura.

—Bienvenidos a Yamatori, honorables huéspedes —saludó mientras se erguía—. Soy Manzo, el jefe de esta aldea. ¿Se quedarán mucho tiempo o sólo se encuentran de paso?

—Sólo vamos de paso —respondí, y él me miró sorprendido: obviamente esperaba que Okame-san o Tatsumi respondieran la pregunta—. Pronto estaremos en camino. No queremos causarles ninguna molestia...

—Pero si pudieran ofrecernos una habitación y algunas camas para pasar la noche, ciertamente lo apreciaríamos —agregó el *ronin*, acercándose a mí. Le dirigí al jefe una sonrisa encantadora y rebuscó en su *obi*—. Puedo pagar por las inconveniencias.

—¿Pagar? ¡Oh, no, no, no! —el hombre sacudió la cabeza vigorosamente, levantando una mano—. No voy a escuchar nada de eso. Ustedes son honorables huéspedes en Yamatori. No hay inconveniente alguno. Por favor, vengan.

—Bueno, lo cierto es que son un grupo muy amistoso —reflexionó Okame-san mientras seguíamos al jefe por el camino hacia el centro de la aldea. La gente sonreía y asentía mientras pasábamos, nos observaban desde las puertas y entre las construcciones. Saludó con la mano a un niño pequeño, que nos observaba desde detrás de su cabaña, y el niño se lanzó detrás de la pared—.

Esto me hace preguntarme qué pasó, para que sean tan serviciales con los samuráis.

—No me gusta —dijo Tatsumi en voz baja—. Algo parece... mal.

—¿Te refieres a que la gente esté siendo amable contigo? Sí, puedo ver cómo eso puede ser desconcertante.

El jefe nos condujo a una pequeña colina hacia una casa más grande. Ésta tenía un techo de paja como las demás, pero una veranda rodeaba el frente y las alas se extendían a cada lado, a diferencia de las cabañas de una sola habitación en las que vivían los granjeros. Mientras seguíamos al jefe, alcancé a ver a un viejo monje vestido de túnicas negras sentado debajo de un árbol al lado del camino, con un bastón metálico apoyado en el hombro. Sonrió y asintió a nuestro paso, y me detuve para ofrecer una rápida reverencia antes de apresurarme detrás de los demás. Okame-san me dedicó una mirada extraña cuando los alcancé, pero guardó silencio.

Atravesamos un portal de bambú y entramos en un pequeño jardín, en el que había una linterna cubierta de musgo junto a un pequeño estanque bajo las ramas de un pino. Recordando el estanque en el Templo de los Vientos Silenciosos, me asomé al agua, a la espera de ver algunas carpas o gordos peces dorados nadando hacia mí, con las bocas abiertas. Tristemente, el estanque estaba vacío y el agua sólo contenía unas pocas hojas podridas, lo que me hizo fruncir el ceño, decepcionada. Pero mi reflejo me devolvió la mirada: una chica de orejas peludas y ojos que brillaban amarillos a la luz que se desvanecía, y se me fue el alma al suelo.

—*Kitsune* —dijo el jefe, mientras mi corazón se sacudía con violencia. Con el estómago revuelto, me volví para mirar al humano, quien me dedicó una sonrisa nerviosa—. Hemos tenido terribles problemas con los zorros últimamente —explicó el jefe, haciendo un gesto hacia el estanque—. Siempre están metiéndose en todo. Mi pobre pez no tuvo ninguna posibilidad.

—Oh —volví a respirar. Me alejé con rapidez del borde, esperando que nadie más hubiera visto el breve reflejo de una *kitsune* en el estanque—, lamento escuchar eso.

Fue un error estúpido, Yumeko. Debes ser más cuidadosa. Éste no es momento para jugar con los peces.

El jefe deslizó la puerta delantera para abrirla; noté que era pesada y de madera, y no hecha de papel de arroz en un marco.

—¡Asami! —gritó, mientras dejábamos nuestras sandalias bajo el borde del suelo de madera antes de seguirlo hacia el interior de la casa—. ¡Tenemos invitados! Prepara tres lugares más para la cena.

—En verdad, no tienen que hacer esto —le dije al jefe, cuando una mujer de mediana edad con un *kimono* azul oscuro apareció en la puerta y, con un grito ahogado, corrió apresurada—. Tenemos nuestros propios suministros —recordé la pequeña comunidad agrícola que se asentaba en la base de las montañas, cerca del Templo de los Vientos Silenciosos. A veces, un agricultor aparecía en las puertas del templo para pedirle a alguien que rezara por sus campos o que alejara a los espíritus malvados de su casa o la de algún miembro de su familia. Los monjes se veían obligados y, a cambio, sólo aceptaban exiguas formas de pago: un saco de cebada o unas cuantas zanahorias. Maestro Isao me explicó que la gente allí apenas tenía lo necesario para sobrevivir. La agricultura era una vida difícil; muchas aldeas a menudo pasaban hambre, ya que cada año más de la mitad de su cosecha de arroz se destinaba a pagar el impuesto del *daimyo* del Clan de la Tierra. Yo no quería tomar la comida de estas personas si podía evitarlo.

Pero el jefe no quiso escucharnos y afirmó una vez más que éramos invitados de honor en Yamatori, y que sería imperdonable tratarnos como menos. Así que nos sentamos con las piernas cruzadas sobre gruesas esteras de *tatami* con bandejas lacadas frente a nosotros, mientras la esposa y las hijas del jefe nos traían un platillo tras otro. Gran parte de la comida era sencilla y abundante: repollo en vinagre, anguilas de río cocidas en miso, ciruelas secas y tazones al parecer ilimitados de arroz auténtico, sin un grano de mijo para hacerlo rendir. De acuerdo con el jefe, algunos de los granjeros hacían su propio *sake*, ante lo cual Okame-san se mostró complacido; Tatsumi y yo nos quedamos con el té. Pero sin importar la frecuencia con que vaciara mi tazón de arroz, otro aparecía casi por arte de magia. No podía seguir el ritmo de la cantidad de comida que nos ofrecían, incluso si Okame-san se atiborraba a mi lado. Tatsumi comió muy poco, sin decir palabra, salvo para rechazar de manera cortés la oferta de más. Si no fuera por el hecho de que el

jefe estaba comiendo los mismos platos que nosotros, habría dudado que hubiera tocado algo de su comida.

Al fin, cuando ya no podía comer ni un grano más, el jefe se levantó de su mesa, sonriendo y aplaudiendo.

—Deben sentirse cansados después de un viaje tan largo —dijo, mirando por una de las ventanas, donde una luna hinchada y amarilla comenzaba a asomarse sobre las copas de los árboles—. Si me siguen, les mostraré dónde pueden dormir esta noche.

Me levanté con dificultad, sintiendo cómo mi estómago se presionaba contra mis costillas, y reprimí un bostezo.

—Es usted muy generoso —le dije, ganando otra mirada extrañada del jefe, como si estuviera desconcertado de que fuera yo quien hablaba por el grupo, y no el silencioso samurái vestido de negro que caminaba detrás de mí —, pero no queremos entrometernos en su hermoso hogar.

—No hay ningún problema, mi... señora —dijo el jefe—. Tenemos una casa de huéspedes que reservamos para este propósito. Es tranquila y se encuentra aislada del resto de la aldea. No serán molestados, se lo aseguro —me dedicó una sonrisa temblorosa, mientras sus dos hijas se movían afuera de la puerta mirando al interior, con los ojos muy abiertos y... ¿temerosas?—. Por favor, síganme.

Salimos de la casa por la puerta trasera, pero al otro lado de la valla de bambú, se había congregado una pequeña multitud. Cuando entramos, una mujer joven se adelantó, sonriendo y sosteniendo un manojito de rábanos *daikon*. Con una reverencia, empujó las verduras hasta mis manos y dio un paso atrás antes de que yo pudiera decir algo.

—Mmmm.. gracias —las palabras apenas habían salido de mi boca cuando otra aldeana ya se había acercado y me entregaba una col entera. Y una tercera colocó un trío de pepinos sobre la creciente pila de verduras; sostuve todo antes de que la torre pudiera desplomarse. Ambas mujeres se inclinaron y retrocedieron rápidamente, ignorando mis protestas.

Miré a Okame-san y también lo encontré acosado por los aldeanos. Un hombre de barba blanca ponía una vasija de *sake* alrededor de su cuello, sonriendo, mientras una anciana, tal vez su esposa, arrojaba sobre sus manos

un cesto de junco lleno de pescado seco. El jefe nada hacía por detenerlos o desalentarlos, y más alimentos se iban sumando a la pila con sonrisas y reverencias, como si estuvieran en verdad felices de entregar su sustento.

Me di cuenta de que Tatsumi permanecía sin ser molestado, quizá porque casi se podía ver el aura hostil a su alrededor, la mirada de *no me toquen* de sus fríos ojos violeta. Sin embargo, cuando una pequeña niña con un *kimono* harapiento se tambaleó y levantó hacia él un kaki medio aplastado, aceptó el obsequio con una solemne inclinación de cabeza, antes de que la madre de la niña la alejara apresuradamente.

Para cuando pasamos la multitud, Okame-san y yo estábamos cargados de comida, y apenas lograba ver más allá de las ofrendas. Esperaba que la casa de huéspedes no estuviera lejos. Seguimos al jefe por un estrecho camino de tierra, más allá de campos y almacenes para el arroz, pesados edificios de madera sobre pilotes que los mantenían alejados de la humedad. Alrededor de la aldea, las montañas se levantaban como siluetas negras contra un cielo cubierto de estrellas. Un pájaro nocturno llamó, un llanto triste en la oscuridad, mientras los grillos cantaban desde la hierba crecida y las luciérnagas titilaban como una galaxia en miniatura sobre los campos. Debería haberse sentido la paz ahí.

Pero entonces, ¿por qué me siento tan... expuesta?

Miré por encima de mi hombro y vi que los aldeanos habían desaparecido. Salvo uno.

El monje estaba de vuelta, parado como una estatua al costado del camino. Sus túnicas negras se fundían en la oscuridad, pero su bastón y su sombrero de ala ancha brillaban bajo la tenue luz de la luna. Debajo del sombrero, su rostro estaba oculto en las sombras, pero podía sentir que nos estaba mirando, y a mí en particular.

Di media vuelta, y casi me estrello contra Okame-san, dado que él y el jefe se habían detenido en el medio del camino. Con un *gomen* apresurado, me aparté y casi choco contra Tatsumi, que suavemente se hizo a un lado para evitar la colisión e incluso atrapó el pepino que se había desprendido del resto.

—Como estaba diciendo —el jefe me dedicó una mirada un poco molesta

y señaló con un dedo grueso hacia el camino—, pueden ver la casa de huéspedes desde aquí. Sólo sigan el camino.

Miré por encima de las hojas de un repollo y alcancé a distinguir una casa achaparrada y aislada, al borde de los campos. Parecía la casa de cualquiera de las otras aldeas que habíamos visto, con paredes de madera y un techo de paja puntiagudo. Una suave luz anaranjada se derramaba a través de las barras de la ventana y de la puerta abierta, y pude ver las chispas de un fogón a través del marco. El camino se curvaba más allá de la choza y continuaba bajando por una pendiente hasta que desaparecía de la vista.

—Todo ha sido preparado para ustedes —continuó el jefe, hablando con Okame-san e ignorándome—. Se ha encendido el fuego y se han dispuesto camas limpias. Si necesitan agua, un arroyo corre detrás de la casa, y hay una olla sobre el fogón, por si tuvieran hambre en el medio de la noche.

No entendía cómo eso pudiera ser posible; ni siquiera quería pensar en la comida hasta mañana por la mañana. Pero Okame-san agradeció al jefe, quien le dedicó una sonrisa algo frágil y una ligera inclinación.

—Ustedes nos honran con su presencia —dijo, sin dejar de mirar al suelo—. Espero que hayan disfrutado su estadía en Yamatori. *Oyasuminasai*.

—Buenas noches —repetí, y el jefe se alejó apresurado, casi corriendo, hacia la aldea. A medida que su silueta se hacía cada vez más pequeña, noté que el monje que había permanecido en pie al lado del sendero ya no estaba allí.

MALDICIONES

Algo estaba mal en esta aldea.

Yo lo sentía, Hakaimono lo sentía y estaba bastante seguro de que Yumeko también lo sentía, aunque el *ronin* parecía no notarlo. No era sólo el aire de emoción y miedo que rondaba el pueblo como una niebla densa. O la manera en que los pobladores estaban casi desesperados por regalar sus alimentos, a pesar de que no era raro que los granjeros pasaran hambre durante los meses de invierno y que el arroz fuera más valioso que el oro para ellos. Un comportamiento sospechoso, aunque no era del todo irracional que la aldea compensara en exceso nuestras necesidades, sobre todo si en el pasado habían sido maltratados por samuráis errantes. Por lo menos, nuestra comida no había sido envenenada; parte de mi entrenamiento involucraba un conocimiento íntimo de las diversas toxinas y de reconocer su sabor, y la comida estaba limpia.

Pero había otros indicadores más sutiles que hacían que mis instintos se mantuvieran erizados. En las vallas alrededor de los arrozales, los extremos del bambú estaban afilados hasta convertirse en puntas letales. Las casas tenían puertas fortificadas. El hecho de que no hubiera animales de ningún tipo en el pueblo: ni perros, ni gatos ni pollos. Yamatori guardaba un secreto. Sólo que no sabía si se trataba de un secreto del que deberíamos estar preocupados.

La casa de huéspedes estaba vacía, y las brasas que brillaban en el fogón arrojaban largas sombras sobre las desnudas paredes de madera. Yumeko

cruzó la puerta, luego se arrodilló y dejó caer la pila de comida en un rincón con un suspiro. El *ronin* siguió su ejemplo, salvo por la calabaza con *sake*, a la que le dio un buen trago antes de meterla entre sus vestidos.

—No sé a ustedes dos, pero a mí me gusta este lugar —anunció mientras se dejaba caer frente al fogón—. No había comido tan bien en semanas, y hay mucho más de donde vino eso —se palmeó el estómago con una sonrisa perezosa—. Estaremos atiborrados como príncipes hasta que llegemos a la ciudad capital.

—*Baka* —dije en voz baja. *Idiota*—. Este pueblo está ocultando algo. No nos estaban alimentando por ser amables. Fuimos puestos aquí para cumplir un propósito.

Yumeko pareció aliviada.

—También lo sentiste —dijo ella, y asentí—. Es la cosa más extraña —prosiguió, mirando hacia el pueblo—. Tengo la impresión de que querían que nos fuéramos, pero al mismo tiempo estaban desesperados por que nos quedáramos. Todo el mundo estaba tratando con todas sus fuerzas de hacernos sentir bienvenidos, aunque estaban aterrorizados —hizo una pausa, luego me miró con ojos preocupados—. No crees que nos trajeron aquí para robarnos o matarnos mientras dormimos, ¿cierto? Eso sería terriblemente deshonesto.

En el suelo, el *ronin* resopló, acostado de lado y apoyando la cabeza en una mano.

—Los granjeros son un montón de cobardes —dijo, como si hablara por experiencia personal—. El único momento en que tratarían de cortar nuestras gargantas *sería* mientras dormimos, pero por lo que vi, están demasiado asustados incluso para eso —bostezó, se rascó el cuello y miró por la puerta—. Pero quizá deberíamos montar guardia esta noche, por si acaso.

Fui a la puerta, con la intención de deslizarla para cerrarla, sólo para descubrir que no había puerta. Con el ceño fruncido miré hacia la villa y noté que el camino serpenteaba alrededor de la choza y continuaba por la ladera en la parte posterior. No me gustó la idea de que otra parte de la aldea pudiera estar a nuestras espaldas; salí y seguí el camino alrededor de la cabaña, hasta que llegué al borde de la elevación y pude ver lo que había en el fondo.

Un campo de lápidas, rodeado por una simple valla de bambú, se tendía en

hileras desordenadas en la hierba al pie de la colina. Las lápidas toscamente talladas sobresalían de la tierra, intercaladas con faroles de piedra y estatuas con pechera de Jinkei, el *kami* de la misericordia y de los perdidos. Muchas de las estructuras, desde los marcadores hasta las linternas y las estatuas mismas, estaban cubiertas de musgo, y sus caras lucían desgastadas por la erosión y el tiempo. Pero había varias lápidas, sobre todo las más cercanas a la cabaña, que parecían mucho más recientes.

Yumeko apareció a mi lado, con la mirada puesta también en el cementerio. Era extraño que pudiera sentir su presencia, otro cuerpo cerca del mío, y no quisiera alejarme y poner distancia entre nosotros.

—Bueno —dijo la chica después de un momento—. Eso es interesante. ¿Es común poner a tus invitados de honor a un tiro de piedra de tu cementerio?

—No por lo general —murmuré.

Yumeko continuó observando el campo de piedras.

—¿Crees que podría haber *yurei*? —preguntó. No parecía terriblemente preocupada al respecto, como si la idea de encontrarse con un fantasma despertara más su curiosidad que su miedo. Yo estaba menos intrigado. La mayoría de los *yurei* eran inofensivos y se contentaban con perseguir en el lugar donde habían muerto, lúgubres y trágicos, pero no peligrosos. Sin embargo, había otros (los *onryo* y los *goryo* eran los más temidos) que habían muerto con odio o celos en sus corazones y que volverían para vengarse de aquéllos que los habían perjudicado. Algunas veces sus rencores perduraban años, siglos, de manera que la maldición afectaba no sólo a las personas que los habían traicionado, sino también a sus descendientes.

—Eso depende —le dije a Yumeko, sin querer explicar todo esto.

—¿De qué?

—De si fueron enterrados de la manera apropiada. Si recibieron los ritos funerarios adecuados para que pudieran avanzar. Si murieron sin emociones fuertes o asuntos inconclusos que los harían permanecer en el reino de los mortales —miré al cementerio—. Así que... sí, es muy probable que veamos *yurei* esta noche.

—Al menos hay un monje en la aldea —dijo Yumeko—. Él habría realizado los ritos funerarios adecuados, ¿no es así?

Fruncí el ceño ligeramente y la miré.

—¿Qué monje?

—El monje —repitió Yumeko, haciendo un gesto hacia la aldea—. Estaba en la casa del jefe cuando llegamos, y lo volví a ver cuando veníamos hacia acá. ¿No lo viste?

—No —no es que dudara de su afirmación. Al igual que los *kodama* y los *kamaitachi*, parecía que Yumeko era una experta en ver el mundo de los espíritus. Mejor que yo, al parecer. Yo sabía cómo detectar demonios y *yokai*, pero eso por lo general se debía a la influencia de Kamigoroshi, la insaciable sed de sangre de Hakaimono se levantaba y me alertaba cuando se encontraban cerca. Debido a que al demonio no le importaban mucho los *yurei*, yo era menos sensible a la presencia de fantasmas a menos que fueran muy poderosos o que quisieran causarme daño.

—*Había un monje* —insistió Yumeko—. Vestía túnicas negras y un sombrero de paja, y llevaba un bastón con anillos de metal que sonaban mientras caminaba —se detuvo un momento, pensativa, y luego preguntó—: ¿Crees que pudiera tratarse de un *yurei* que frecuenta esta aldea?, ¿y que ésa sea la razón por la que todos actúan de manera tan extraña?

—Tal vez —los fantasmas eran más difíciles de descubrir que los demonios. Por lo general, eran un problema del que un sacerdote o un *onmyoji* tenían que ocuparse, exorcizar o aplacar al espíritu para que éste siguiera adelante. El clan nunca me había enviado detrás de un *yurei*; nadie estaba seguro de lo que había sucedido con las criaturas que Kamigoroshi mataba: si eran desterradas para volver a nacer, o borradas por completo de la existencia. La idea de que un alma humana pudiera extinguirse sin trascender, era tan horrible y blasfema que ni siquiera los Kage correrían el riesgo. Yo podía matar demonios y *yokai* por oleadas, pero tenía prohibido matar a un fantasma a menos que fuera cuestión de vida o muerte.

Yumeko suspiró.

—No creo que logre dormir mucho esta noche.

Dimos media vuelta y caminamos de regreso al interior de la cabaña, donde los ronquidos nos saludaron una vez que atravesamos la puerta. El *ronin* ya se había quedado dormido sobre las ásperas tablas junto al fuego, con

la calabaza de *sake* apretada en una mano. Yumeko sacudió la cabeza, pasó por encima de su cuerpo y se movió hacia uno de los colchones de paja en la esquina. Me instalé en la entrada, saqué la funda de mi espada de mi cinturón y la puse sobre mi regazo. Pude sentir los ojos de Yumeko sobre mí mientras se acurrucaba en el colchón y acomodaba un raído cobertor sobre su cabeza.

—¿Tatsumi-san? —me llamó después de unos minutos de escuchar los ronquidos del *ronin*. Cerca del fuego, el cuerpo en el suelo tosió y se volvió sobre su espalda, quedando en silencio por el momento.

—Jnn —gruñí.

—Estoy... contenta de que estés aquí —sus ojos, oscuros y luminosos, me observaron desde debajo de la manta—. Sé que el camino es peligroso, pero me siento más segura sabiendo que estás cerca. Nunca podría dormir en una aldea embrujada yo sola. Así que gracias... por quedarte.

Por alguna razón, eso hizo que mi estómago se contrajera un poco, y no tenía idea por qué.

—Ambos hicimos una promesa —le recordé—. Tú me guiarías al Templo de la Pluma de Acero, y yo te protegería en el camino. Estoy aquí por el pergamino, nada más.

—Lo sé —su voz era muy suave en la oscuridad de la habitación—. De cualquier forma, estoy feliz de que hayas elegido quedarte. Yo... —un bostezo la interrumpió, y ella lo cubrió con una mano— incluso podría dormirme esta noche. Porque sé que estás aquí —arrugó la nariz cuando el *ronin* que dormía cerca del fogón lanzó un ronquido—. Si *baka*-Okame no me mantiene despierta, por supuesto. Buenas noches, Tatsumi-san.

No respondí. Después de un rato, sus respiraciones se volvieron lentas y profundas a medida que se desvanecía en la inconsciencia.

Por un momento, sin ser visto por los acusadores ojos humanos, cedí a mi fascinación y me permití mirarla. Su piel pálida parecía brillar a la luz de la luna que se inclinaba a través de las ventanas enrejadas, y su cabello era una cortina de tinta sobre su espalda y sus hombros. Respiraba tranquilamente, y mantenía la misma expresión despreocupada que cuando estaba despierta. Un mechón de cabello negro azabache se desprendió para caer sobre sus ojos, y me invadió una necesidad incomprensible de retirárselo del rostro.

El disgusto se apoderó de mí, y me di media vuelta, apretando un puño contra mi pierna. ¿Por qué me encontraba tan distraído últimamente? Conocía mi misión: encontrar el pergamino a toda costa y llevarlo a la dama Hanshou. Pero aquí estaba, con esta chica y, ahora, con un ordinario *ronin*, tras haber prometido que no me iría.

Por un momento, titubeé. Por un instante, mi guardia cedió y el disgusto se quemó en una rabia ardiente e instantánea. De repente me sentí invadido por el deseo abrumador de dar un salto y matar a mis inútiles compañeros, de derribarlos mientras dormían y de ver cómo su sangre corría por el piso y chisporroteaba en el fogón.

Sin hacer ruido, me levanté y entré en la habitación, con mi mano en la empuñadura de la espada. Mi sombra cayó sobre la chica, que dormía pacíficamente en su colchón. Sería fácil, pensé, mirando hacia la parte posterior de su cuello, tan expuesta y vulnerable a la luz de la luna. Ninguno de los dos se daría cuenta de que estaban muertos hasta que despertaran como *yurei*, o en su próxima vida, y entonces yo sería libre de buscar el pergamino por mi cuenta. No necesitaba que la chica encontrara lo que yo estaba buscando, ni necesitaba cumplir mis promesas. Yo era el asesino de demonios de los Kage y el mejor *shinobi* del Clan de la Sombra. El honor y la vida humana nada significaban para mí.

Mi mano se apretó alrededor de la empuñadura de la espada, y comencé a sacarla de su funda.

¡No, Hakaimono! ¡Suficiente!

Desgarrando el control del demonio, empujé a Kamigoroshi de regreso a su funda y me alejé de la chica dormida. Tambaleándome afuera, presioné una palma sobre mi rostro, respirando con dificultad mientras luchaba por despejar la rabia y la sed de sangre de mi mente. Hakaimono luchó contra mí, renuente a rendirse, mientras la furia y la violencia aún cantaban a través de mis venas. Cerré los ojos, recordé el mantra¹³ que mi *sensei* me había enseñado y lo canté como un sutra¹⁴ dentro de mi cabeza.

Ser nada. Tú no eres una persona; eres un arma. Un arma no siente. Un arma no tiene emociones que lo obstaculicen o lo hagan lento. Sentir nada. Lamentar nada. No eres más que una sombra, vacía y sin alma. Eres nadie.

—*Soy nada* —susurré, y noté que la presencia de Hakaimono se desvanecía de mi mente—. *Soy un arma en manos de los Kage... No los traicionaré ni fallaré en mi misión.*

Cuando abrí los ojos, ya tenía el control. La ira, la confusión y la duda habían sido eliminadas de mi cuerpo, dejando en su lugar una fría comprensión. No podía permitirme bajar la guardia ni podía consentir que cualquier cosa, o cualquier *persona*, me distrajeran. Hakaimono había abandonado la lucha por el momento, pero éste había sido un escalofriante recordatorio de lo que estaba en juego. Me había detenido a tiempo, pero si la espada hubiera probado la sangre, podría haber matado a toda la aldea antes de que el demonio estuviera satisfecho, empezando por la chica que prometí proteger.

Yumeko. Entrecerré los ojos. Yumeko era una distracción: intrigante, confusa y peligrosa. No sabía por qué ella me afectaba tanto, pero no podía continuar. Hakaimono había estado esperando su momento, atrayéndome hacia una falsa sensación de seguridad, antes de intentar tomar el control. Casi había funcionado. No podía permitir que eso volviera a suceder.

Una suave campanada cortó el silencio.

Miré hacia arriba. Un monje estaba parado en el camino que serpenteaba más allá de la casa; su forma nebulosa y borrosa se percibía bajo la luz de la luna. Vestía túnicas negras, un sombrero de paja de ala ancha y llevaba un báculo con cuatro anillos de metal colgando de la parte superior. Justo como lo había descrito Yumeko. Sin quitarme los ojos de encima, levantó su bastón, apuntó al camino... y desapareció.

Cauteloso, pero sabiendo que los presagios de los muertos no podían ser ignorados, me arrastré alrededor de la casa, mirando por la pendiente hacia el cementerio.

Ya no estaba vacío.

Todo el cementerio resplandecía con una extraña y enfermiza luz verde que iluminaba las docenas de cuerpos que se arrastraban entre las tumbas. Eran criaturas desnudas, demacradas, con extremidades semejantes a bastones, y vientres hinchados y distendidos. Vagamente humanos, caminaban encorvados o se arrastraban por la tierra como animales, con la boca abierta mostrando

hileras de afilados dientes rotos.

Gaki.

Me agaché en las sombras de la cabaña, mientras entendía mi error. Este pueblo *estaba* embrujado, pero no por un solo *yurei*. Los *gaki* eran los espíritus de humanos codiciosos o malvados que habían muerto y retornaban malditos, con hambre eterna. No importaba cuánto comieran, siempre estaban hambrientos y nada podría satisfacerlos. Eran criaturas dignas de lástima, y por lo general un *gaki* no se consideraba peligroso, pero si éste no conseguía encontrar comida, se sabía que se tornaba violento y comenzaba a buscar algo, vivo o muerto, que pudiera calmar su hambre agonizante.

Mientras observaba a los *gaki* arrastrándose entre las lápidas, una furia fría comenzó a circular por mis venas, alimentada por Hakaimono: los aldeanos *sabían* sobre esto. Ahora entendía el miedo y la expectación. No éramos *invitados de honor* como el jefe había querido hacernos creer: éramos un *sacrificio* para los *gaki*.

Retrocedí con cuidado, y de pronto supe que no estaba solo. El monje se encontraba a mi lado, mirando también a los *gaki* errantes, con el rostro escondido bajo las sombras de su sombrero. Antes de que yo pudiera hacer algo, levantó su bastón, con los anillos de metal brillando en la oscuridad, y lo estrelló con un golpe en la tierra. Los anillos sonaron, un tintineo metálico que resonó como un gong en el silencio, y como si fueran uno, todos los *gaki* giraron y fijaron en mí sus ojos vacíos y ardientes.

Salté hacia atrás cuando, con aullidos y agudos chillidos, los *gaki* se lanzaron al frente, pasaron por encima de la cerca de bambú y subieron por la pendiente. Entré en la cabaña, ignoré al *ronin* que seguía roncando, corrí hacia Yumeko y la tomé por un brazo.

—¡Yumeko! —parpadeó cuando la levanté, con los ojos muy abiertos por el asombro mientras la ponía en pie—. ¡Arriba!

—¿Tatsumi? ¿Qué estás...?

Un grito la interrumpió, cuando apareció una forma retorcida y desgarrada en la puerta abierta. Con la boca abierta, un *gaki* gritó y se abalanzó sobre nosotros, con codiciosas uñas curvas como garras de pájaro. Yumeko jadeó, y salté entre ellos, con Kamigoroshi destellando fuera de su funda. La espada

atravesó el pecho huesudo del *gaki*, y el espíritu torturado gimió cuando se estremeció en zarcillos de niebla verde negruzca y se desvaneció.

—¡Haz que el *ronin* se levante! —grité, mientras más *gaki* aparecían a través del marco, con los ojos brillando por la locura y el hambre. Me planté en la puerta y los encontré con mi espada desenvainada, bloqueando el camino hacia adentro. Hakaimono, con su rabia olvidada, estalló emocionada ante la perspectiva de matar y bañó a la multitud con una luz púrpura.

Los *gaki* se abalanzaron aullando y mostrando los dientes; sus garras arremetieron contra mí. Los derribé mientras avanzaban, rebané extremidades y cabezas por igual, partí en dos los cuerpos como palos. Los *gaki* no mostraban miedo ni instinto de autopreservación mientras avanzaban y se arrojaban sobre mi espada con insensata furia, cegados por el hambre. Incluso si cortaba una extremidad, el propietario seguía adelante, arañando con la otra o intentando mordirme si ya había perdido las dos manos. Se disolvían en una niebla etérea cuando eran destruidos, pero siempre había más y una horda al parecer interminable atestaba la pequeña entrada de la choza. Una garra atravesó mis defensas y me cortó el cuello, y el olor a sangre pareció llevar a la turba a un frenesí aún mayor.

Algo pasó zumbando cerca de mi oído, a unos centímetros de mi rostro, y una flecha golpeó la frente de un *gaki* y lo hizo desvanecerse. Cuando atravesé a otro, una segunda flecha destelló entre mis brazos y un *gaki* aulló mientras desaparecía. A través del caos y la furia de la batalla, me di cuenta vagamente de que el *ronin* tenía una puntería y una coordinación perfectas para disparar a través de la puerta incluso conmigo frente a él, o que estaba teniendo una increíble suerte.

—¿Qué son estas cosas? —escuché a Yumeko llorar, en algún lugar detrás de mí—. ¿Qué quieren?

—¡*Gaki!* —respondió el *ronin*, mientras otra flecha zumbaba y golpeaba a una criatura en su vientre hinchado—. ¡Fantasmas hambrientos! No puedes razonar con ellos. Los pobres bastardos están muertos de hambre e intentarán comer cualquier cosa, incluyéndonos.

Otra garra se aferró a mi manga, rasgando tela y tomando un poco de piel junto con ella. Hakaimono gruñó de rabia y se levantó, instándome a dejarlo ir,

a que liberara su poder para que pudiera masacrar a la patética turba que se encontraba frente a nosotros. Lo ignoré y empujé la influencia del demonio hacia abajo; no confiaba ni en mí ni en la espada en este momento.

Algo más grande que una flecha zumbó por mi cabeza y golpeó a un *gaki* en el rostro. Se tambaleó hacia atrás cuando un gran rábano *daikon* cayó al suelo frente a él. Con un gruñido, el *gaki* ignoró el tubérculo y voló hacia mí otra vez, y Hakaimono siseó de placer cuando la espada atravesó su delgado cuello. La cabeza cayó, rebotó una vez junto al rábano y se disolvió en niebla.

Varias ofrendas más de comida pasaron junto a mis hombros y brazos oscilantes, hacia la multitud de *gaki*, quienes las ignoraron o incluso las patearon lejos.

—No creo que estén interesados en esa comida —observó Yumeko, mientras yo apretaba los dientes y deseaba que mis compañeros dejaran de arrojar cosas por mi cabeza—. Creo que sólo quieren *comernos*.

Se escuchó un fuerte crujido sobre mí, y Yumeko dejó escapar un grito.

—¡Okame-san, están entrando por el techo!

—¡Maldición! —se oyó el siseo de la cuerda de un arco, un ruido sordo y un chillido sobre mí cuando un *gaki* se encontró con su fin—. Vienen más —gritó el *ronin*, mientras el sonido de rasgaduras de paja resonaba en lo alto, y pedazos de paja comenzaron a flotar a mi alrededor—. Hey, Kage, ¿cómo va la multitud de tu lado?

Corté en dos a un *gaki* que se había precipitado hacia delante y eché una mirada en apenas una fracción de segundo para contar a los que estaban más allá.

—Queda alrededor de una docena —jadeé, sacudiéndome hacia atrás para evitar que las garras de un *gaki* me tajaran el rostro—. Sólo mantenlos alejados de mí por unos segundos más. Y protege a Yumeko.

Más siseos y chillidos resonaron detrás de mí, pero no podía apartarme de la multitud en la puerta. Escuché unos pasos que se escabullían, el *ronin* maldijo y luego un grito de Yumeko hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Decapité al último *gaki* y giré, listo para correr en su defensa, esperando no encontrarme con su cuerpo sin vida en el piso y a un par de monstruos haciéndolo pedazos.

El *ronin* yacía tendido de espaldas cerca del fogón; sostenía su arco frente a él para ahuyentar algo. Yumeko estaba parada a su lado con su *tanto* al frente y los restos de niebla verde se enrollaban alrededor de ella mientras se desvanecían en la brisa. Tenía la manga rota, rasgada por las afiladas garras, pero no parecía haber sangre.

—¿Era ése... el último? —preguntó ella entre jadeos, mirándome.

Asentí una vez y envainé a Kamigoroshi; sentía una extraña emoción en mi pecho al verla viva e ilesa... ¿Se trataba de alivio?

—Tatsumi.

Yumeko dio un paso al frente, con sus ojos puestos a un lado de mi cuello, donde el *gaki* lo había arañado. Pude sentir la sangre de la herida fresca que empezaba a filtrarse en el cuello de mi camisa. También mi brazo estaba empezando a gotear sangre sobre las tablas de madera.

—Antes de hacer algo más, debemos ocuparnos de tus heridas. ¿Te queda medicamento?

Dio otro paso hacia mí, y recordé su toque, frío y suave, deslizándose sobre mi piel. Tan distinto al de los sanadores del Clan de la Sombra, que se ocupaban de mis heridas con una eficacia rápida y brutal, sin ahorrarme ninguna molestia. Como con todo en mi vida, había llegado a ver normal el dolor que provocaban aquellas atenciones. Como Ichirosensei decía a menudo: el dolor era algo bueno, significaba que todavía estaba vivo. Pero con Yumeko... ésa había sido la primera vez en la historia reciente que otra persona me había tocado... sin lastimarme.

Me puse rígido y me alejé de ella. *Sin distracciones*, me recordé. *Sin emociones, sin debilidades*. Si me permitía caer bajo el hechizo de esta chica, ansiando un toque que no fuera doloroso, Hakaimono se aferraría a esa grieta y me convertiría en un demonio.

—No —le advertí con voz fría, y se detuvo, parpadeando confundida—. No te acerques a mí —dije, retrocediendo—. No necesito tu ayuda, me encargaré yo mismo.

Frunció el ceño, mientras la perplejidad y algo más atravesaban sus ojos. Ignorando esa mirada, y la vaga sensación de opresión en mi pecho, pasé junto a ella hacia el cubo lleno de agua en la esquina de la cabaña. Tenía que

cumplir mi misión, y no vacilaría. Nada importaba salvo encontrar el pergamino y llevarlo a la dama Hanshou. Un arma no cuestionaba las demandas de sus amos o el propósito para el cual había sido creada. Un arma sólo existía para obedecer... y para matar.

—*Oi* —llamó el *ronin* mientras me alejaba, señalando su rostro y los cortes superficiales en su piel—. ¿Qué hay de mí? Esto no es maquillaje *kabuki*, ¿sabes?

—¿Por qué pensaría que es maquillaje *kabuki*, Okamesan?

Suspiró.

—No importa.

Vi a Yumeko tomar un trapo de su *obi* y acercarse al *ronin*, luego se agachó para mirarlo a la cara.

—¿Qué hay con los *gaki*? —preguntó ella, secándose la mejilla—. ¿Crees que podría haber más por ahí?

—Espero que no. *Ite* —él se estremeció ante sus cuidados, haciendo que ella frunciera el ceño—. Malditos fantasmas hambrientos. Bueno, conozco a varios granjeros que van a morir gritando por misericordia cuando amanezca.

Yumeko bajó la tela y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué?

—Yumeko-chan —el *ronin* sacudió la cabeza con exasperación—. Ésta fue una trampa, si alguna vez he visto una. Ese jefe sabía sobre los *gaki*, diablos, todo el pueblo lo sabía. Fuimos una *ofrenda*... bien podrían habernos atado una campana alrededor del cuello. Yo lo sé, y Kage-san lo sabe, ¿cierto, samurái?

—Esperaban que muriéramos —acepté mientras presionaba el ungüento contra una herida—. Por eso estaban tan ansiosos de que pasáramos aquí la noche, a fin de que los *gaki* nos comieran a nosotros y dejaran la aldea en paz.

—Sí —el *ronin* asintió sombríamente—. Sólo que ahora estoy muy vivo y muy enojado —le quitó la tela a Yumeko, se levantó y caminó hacia mi esquina, mirándome—. Así que, Kage-san —comenzó—, creo que un poco de retribución es necesaria. ¿Qué dices si vamos a patear la puerta del jefe, metemos su cabeza en una pica para los *gaki* y quemamos todo este maldito lugar hasta sus cimientos?

¹³ Término sánscrito que significa “pensamiento” y designa alguna sílaba, palabra o frase sagrada que se repite como método para meditar o para invocar la ayuda sagrada.

¹⁴ Término del sánscrito utilizado para nombrar los discursos dados por Buda o sus discípulos más allegados. Dentro del budismo, es común recitar un sutra para ahuyentar los malos espíritus, como si fuera un mantra.

HABLANDO CON LOS YUREI

Él no habla en serio. Miré al *ronin*, que estaba parado junto a Tatsumi, expectante. Aunque Okame-san tenía una sonrisa sombría, sus ojos eran tajantes y peligrosos, buscaban represalias.

Él estaba completamente serio.

—Okame-san, no puedes —protesté—. Ni siquiera están armados. No podemos masacrar a estas personas en sus casas.

—Es posible que *tú* no puedas —la sonrisa malvada de Okame-san se hizo más amplia, mostrando sus colmillos ligeramente puntiagudos—. Yo, sin embargo, no me tomo amablemente ser ofrecido como banquete para los *gaki*, sobre todo de parte de campesinos traidores y mentirosos. Por lo menos, creo que la casa del jefe debe ser arrasada, y su cabeza clavada en una pica en el borde de la aldea, como advertencia para otros viajeros. ¿Qué opinas, Kage?

Tatsumi enrolló un trozo de tela alrededor de su brazo herido y usó sus dientes para tirar de ella con fuerza.

—No.

—¿No? —el *ronin* lo miró boquiabierto, incluso cuando me desplomé aliviada—. ¿Por qué demonios no? ¿Acaso no eres un samurái? Estos campesinos intentaron matarnos.

—Mi misión no es incendiar aldeas —Tatsumi ni siquiera levantó la vista—. Sería una pérdida de tiempo. Quédate y cobra tu venganza si así lo deseas, no me importa. Yumeko y yo abandonaremos este lugar al amanecer.

El *ronin* dio un resoplido disgustado.

—Como quieras —murmuró—. Supongo que eso es justicia poética, sin embargo: dejar que a estos campesinos se los coman sus propios fantasmas hambrientos. Apuesto que dentro de unos años nada quedará de la aldea, sólo un cementerio lleno de *gaki*.

—Pero ¿por qué hay tantos *gaki* por aquí? —pregunté—. ¿De dónde vienen? ¿Acaso sólo salen del suelo, hambrientos y de mal humor?

—Los *gaki* son las almas de los humanos que fueron codiciosos en vida, cuyo egoísmo causó gran daño —dijo Tatsumi—. Están siendo castigados por su avaricia, y continuarán hambrientos toda la eternidad, hasta que hayan sufrido lo suficiente para seguir adelante.

—Pero los aldeanos aquí eran justo lo opuesto a codiciosos —argumenté—. Ustedes los vieron: estaban casi desesperados por regalar sus cosas.

Okame-san se encogió de hombros.

—Tal vez esperan no convertirse en *gaki* cuando inevitablemente sean devorados por uno de ellos. Quizás haya alguna mala broma oculta en todo esto, pero estoy demasiado cansado para investigarlo.

Negué con la cabeza.

—Algo está mal aquí —murmuré mientras caminaba hacia la puerta para mirar por el camino—. Hay más sobre esta aldea y los *gaki* de lo que estamos viendo. Y apuesto a que el monje tiene algo que ver con eso.

—¿El monje? —oí extrañeza en la voz de Okame-san—. ¿Qué monje?

—El *yurei* que... olvídalo. Deberíamos hablar con el jefe —dije y me volví hacia ellos. Okame-san parecía incrédulo, pero era la mirada de Tatsumi la que yo buscaba, sus ojos—. Estoy pensando que él puede decirnos qué es lo que está sucediendo. Ya sobrevivimos al ataque... no están esperando que regresemos a la aldea, no cuando se suponía que los *gaki* nos comerían. Apuesto a que él nos explicará todo ahora —Tatsumi no respondió, y fruncí el ceño—. ¿No quieres saber qué está pasando, Tatsumi? ¿Ni siquiera tienes curiosidad?

—No.

—Bueno, yo sí.

—Yo también —anunció Okame-san, para mi sorpresa—. Ahora que lo

mencionas, me gustaría charlar con nuestro amable jefe y preguntar por qué está alimentando a sus residentes *gaki* con los viajeros. De hecho, creo que deberíamos ir ahora mismo —se dirigió hacia la puerta y miró hacia afuera—. No veo ningún fantasma hambriento deambulando por ahí —murmuró—. Y si nos topamos con más, ya sabemos que pueden ser asesinados, o expiados o lo que sea —miró hacia atrás, una sonrisa desafiante cruzaba su rostro—. A la casa del jefe, entonces. ¿Vienes o no, Kage-san?

Tatsumi continuó en silencio, su expresión impasible mientras nos miraba. Al fin, se puso en pie con gracia, deslizó a Kamigoroshi a través de su cinto y avanzó suavemente sobre el piso. Sentí un extraño cosquilleo en la boca del estómago y los latidos de mi corazón se aceleraron cuando se acercó.

—Hagamos esto rápido.

Los aldeanos nos observaron mientras marchábamos por el camino hacia la casa del jefe. Al parecer, nadie había dormido durante la noche. No había un alma a la vista, pero los vi mirando a través de las tablillas de las ventanas, con los ojos desorbitados por el asombro y el miedo. Era claro que no esperaban que sobreviviéramos al ataque de los *gaki*, y sabiamente se mantenían fuera de nuestro alcance. Nadie nos desafió cuando recorrimos la aldea, atravesamos la puerta principal del jefe y subimos los escalones hacia su casa. Hasta este momento me di cuenta de que su puerta estaba hecha de madera pesada y reforzada, y que varios tajos largos habían sido rastrillados a lo largo de su superficie.

Como era de esperar, estaba bloqueada desde el interior. Okame-san la sacudió un par de veces antes de retroceder con una sonrisa oscura.

—¿Kage-san? —miró a Tatsumi e hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Te gustaría hacer los honores?

La espada de Tatsumi abandonó su funda con un resplandor y cortó la espesa madera como si fuera papel de arroz. Dando un paso adelante, Okame-san levantó un dedo, dio unos golpecitos en la superficie y las puertas se desplomaron hacia atrás con un gemido.

Entramos cautelosamente a la casa. El recibidor estaba vacío, pero una luz

tenue se derramaba desde el interior y titilaba sobre las paredes y los pisos. Al deslizar un panel para abrirlo, vimos al jefe arrodillado en el centro del piso, con un brasero encendido que proyectaba sus facciones en un resplandor rojo.

Tan pronto como se abrió la puerta, se arrojó hacia delante, postrado sobre el suelo, con el rostro presionado contra la madera.

—¡Misericordia! —su voz ahogada flotaba desde el piso, quebrada y aterrorizada—. Tengan piedad, mis señores. Mátenme si deben hacerlo, pero perdonen al pueblo. Ellos no merecen su ira.

—¿No? —Okame-san se cruzó de brazos—. ¿Así que me estás diciendo que ellos *no* intentaron alimentar a los *gaki* con nosotros? ¿Que ignoraban por completo lo que estaba sucediendo esta noche? —bufó con evidente incredulidad—. Bueno, me siento como un tonto por pensar que todo este pueblo nos había tendido una trampa para ser devorados.

Fruncí el ceño hacia él.

—Pero pensé que *sí* nos habían tendido una trampa para que fuéramos comidos. Es por eso que fueron... ah. *Sarcasmo*, ya entendí.

—Por favor —el jefe no levantó el rostro de las tablas—, tengan compasión. Estábamos desesperados. Ustedes ya vieron lo que enfrentamos. No saben cómo es vivir con esas criaturas. No sabemos qué más hacer.

—No son imposibles de matar —habló Tatsumi ahora, con voz dura y poco impresionada—. Si tu gente tomara cartas en el asunto y se dispusieran a destruirlos, no tendrían tantos *gaki* deambulando por ahí.

—¡Lo hemos intentado! Hemos intentado matarlos, quemarlos, cortarles las extremidades y atraparlos bajo tierra. No importa lo que hagamos, no importa cuántos matemos, siempre regresan —el jefe apretó los puños en el piso, angustiada—. ¡Es parte de la maldición! La maldición que el maldito monje nos impuso, y ahora estamos condenados a ser perseguidos por esos *gaki* por el resto de nuestros días y aún después.

Ahora las cosas comenzaban a tener sentido.

—¿Qué maldición? —pregunté, dando un paso adelante—. Vimos al monje, ¿él es el responsable de los *gaki*?

—¿Lo vieron? Por Jinkei misericordioso, ¿es que nunca estará satisfecho?

—el jefe se estremeció con violencia y se sentó, cerrando los ojos—. Supongo que no tiene sentido esconderlo más —susurró—. Por favor, siéntense y les contaré el mayor secreto de nuestra aldea, y la mayor vergüenza.

Okame-san y yo avanzamos y nos arrodillamos sobre las esteras de *tatami*. Tatsumi eligió permanecer en pie, merodeando ante la entrada, aunque el jefe no pareció notarlo.

—Esta aldea —comenzó— siempre ha sido próspera. Las historias decían que cuando mi tatarata-tatarata-abuelo era jefe, hizo un trato con Ojinari, el *kami* de la Cosecha: siempre y cuando los aldeanos cuidaran de la tierra, ésta siempre sería fértil. Incluso después del impuesto al arroz, al final de la temporada, después de que el *daimyo* tomaba su parte de la cosecha, la aldea tenía siempre suficiente para comer. Los campos nunca se marchitaban ni se secaban. Los arroyos y lagos siempre daban peces, y los jardines, pequeños como eran, siempre producían abundantes recompensas. Nunca fuimos ricos, pero jamás pasamos hambre. En esto, sabíamos que éramos afortunados, mucho más que otros pueblos que enfrentaban hambrunas cada invierno, y agradecíamos a los *kami* por bendecir la tierra.

”Sin embargo, a medida que pasaron las décadas, los aldeanos empezaron a temer que otros descubrieran la riqueza de sus alimentos y trataran de quitárselos. Somos un pueblo pequeño, aislado del resto del mundo; si se corría la voz, los *ronin* o los bandidos podrían descender sobre nosotros en oleadas y llevarse toda nuestra comida. El pueblo nunca volvería a tener paz.

”Tal fue nuestro razonamiento, tan equivocado como suena. Aunque continuamos teniendo abundantes cosechas, comenzamos a acumular nuestra comida, ocultándola como las ardillas que entierran sus nueces. A los pocos viajeros que tropezaban con la aldea se les decía que no éramos más que agricultores pobres que apenas podíamos alimentarnos, y eran despedidos sin ayuda.

”Y entonces una noche, en el más frío de los meses de invierno, un monje visitó la aldea. Fue de casa en casa pidiendo un cuenco de arroz, una papa, cualquier cosa de la que pudiéramos prescindir. La aldea le dio la espalda: mi bisabuelo les ordenó a todos que cerraran sus puertas e ignoraran al monje hasta que se marchara.

”Se quedó en la aldea durante tres días, sentado en la nieve con nada más que su sombrero y su túnica para mantener el calor. Ofrecía orar por los seres queridos o bendecir los campos a cambio de un bocado de comida, pero fue ignorado. Nadie se compadeció. Fingieron no escucharlo, no ver que estaba muriendo de hambre, aunque nunca pronunció una sola palabra de queja.

”A los tres días, lo encontraron sentado afuera de la puerta del jefe, congelado. Aferraba una tira de papel con una mano rígida, escrita con sangre de sus propios dedos, en ella maldecía nuestra codicia.

”Tres meses después de que fue enterrado en el cementerio de las afueras de la ciudad, la hija de un joven agricultor cayó sobre una hoz *kama* y murió. Ella también fue enterrada en el cementerio con el resto de los muertos. Sin embargo, esa noche ella regresó, famélica y violenta. Irrumpió en su antigua casa y masacró a su familia. Al siguiente mes, la familia también regresó, miserable y errante, en busca de tibia carne fresca para consumir, y se perdieron más vidas por su terrible hambre.

”Así comenzó el ciclo —concluyó el jefe, con los ojos oscuros y embrujados—. Todos los meses, en las últimas tres noches, una por cada día que dejamos al monje solo para que muriera de hambre, los fantasmas hambrientos se levantan de sus tumbas para pasear por el pueblo. No les interesa la comida: ignoran las ofrendas de arroz, los vegetales y el *sake*. Sólo tienen hambre de carne viva y consumen a los que alguna vez fueron sus parientes. Los *gaki* que vieron esta noche... éstos son nuestros seres queridos muertos, nuestras familias, todos los que han fallecido después de que ese monje exhalara su último aliento del otro lado de esta puerta. Él es un *onryo*, un espíritu rencoroso, y su maldición continúa castigándonos por la codicia de nuestros antepasados.

—¿Por qué no simplemente se van? —preguntó Okame una vez que el hombre terminó su relato—. Parecería una solución fácil: empaquen y salgan a buscar una nueva aldea, dejen el cementerio y sus problemas con los fantasmas hambrientos detrás.

—Ojalá fuera así de simple —el jefe sacudió la cabeza—. Algunos han intentado escapar del pueblo, por supuesto, pero la maldición los sigue. Los *gaki* acechan sus pasos, los fantasmas de sus familias los siguen adondequiera

que vayan, y se aparecen todas las noches en lugar de sólo las últimas tres del mes. Quienes intentan huir o regresan a la aldea aterrorizados, o mueren y retornan como fantasmas hambrientos ellos mismos —el jefe miró por la puerta con ojos tristes—. No hay escapatoria. Estamos atrapados aquí, y la maldición continuará hasta que no quede nadie, hasta que los *gaki* sean todo lo que permanezca.

—Bueno —abruptamente, Okame-san se puso en pie—, *estaba* pensando en matarlos por habernos arrojado a los *gaki*, pero pensándolo mejor, parece que sus vidas ya son bastante horribles —me miró y sonrió—. Entonces, ¿qué opinan de que salgamos de aquí antes de que la maldición se contagie?

—¿Podemos irnos? —preguntó Tatsumi, con ojos sombríos—. ¿Nos perseguirán los *gaki* ahora que hemos sobrevivido?

—No —respondió el jefe con tono apagado—. Sus antepasados no fueron quienes enfurecieron al monje. La maldición no los seguirá. Pueden marcharse y no mirar atrás. No los culpo, por supuesto. Éste es nuestro castigo, de nadie más.

—¿Alguien ha intentado hablar con él? —pregunté, y esos ojos muertos se movieron hacia mí—. ¿Con el monje? Su fantasma todavía ronda por aquí.

—El monje —una sombra de verdadero terror cruzó el rostro del hombre—. En ocasiones hemos visto atisbos de él alrededor de la aldea —dijo—, pero desaparece antes de que podamos hablar con él. Creemos que se trata de un efecto de la maldición, un eco del monje, y no del fantasma mismo —se estremeció—. El *onryo*... lo hemos visto en el cementerio a veces, un brillante espíritu blanco que camina entre las tumbas. Pero ninguno de nosotros se atreve a acercarse: los *gaki* nos harían pedazos.

—¿Y él sólo aparece cuando salen los *gaki*? —pregunté.

—Sí. Es como si quisiera presenciar nuestra miseria y terror, para asegurarse de que estamos sufriendo —el jefe suspiró—. No puedo culpar su rabia, nuestros antepasados cometieron un gran pecado. Pero me duele, sabiendo que estoy destinado a convertirme en un ser miserable que se alimentará de su propia familia. Ni siquiera puedo quitarme la vida sabiendo que voy a levantarme como uno de ellos.

—Yumeko —dijo Tatsumi con voz de advertencia desde el pasillo, como si

supiera lo que yo estaba pensando. Fingí no escucharlo y me levanté, volteando para mirar a mis compañeros.

—Tenemos que ayudarlos.

—¿Qué? —Okame-san me miró con incredulidad—. ¿Marchar a través de un cementerio lleno de *gaki* para hablar con un fantasma? En caso de que no lo hayas notado, casi fui *devorado* hace unos minutos. En verdad, podría pasar el resto de mi vida sin tener que experimentar otra persecución así.

Ignoré al *ronin* y miré a Tatsumi, quien estaba apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Tenemos que hacer esto, Tatsumi-san. Después de escuchar su historia, ¿cómo podríamos irnos ahora? Estas personas han sufrido suficiente, ellos ya no son el blanco de su castigo. Si pudiéramos hablar con el monje, tal vez podríamos convencerlo de que levante la maldición.

—Yumeko —la mirada de Tatsumi era dura, y sacudió la cabeza—. No se puede razonar con los espíritus rencorosos —dijo con voz grave—. Su enojo los ha consumido, y su venganza nunca podrá ser satisfecha. Si el monje es en verdad un *onryo*, no tendrás ninguna esperanza de aplacarlo, y correrías el riesgo de volver su castigo en tu contra.

El miedo aguijoneó mi estómago.

—Estoy... dispuesta a correr ese riesgo —dije—. No tomaré mucho tiempo. Sólo necesito a alguien que mantenga a los *gaki* alejados mientras yo hablo con el monje. Ésta es la última noche del mes —le recordé, mientras entrecerraba sus ojos—. Será la única ocasión en que podamos hablar con él. Cuando llegue el amanecer, él desaparecerá con los *gaki* y perderemos la oportunidad de levantar la maldición.

Tatsumi sostuvo mi mirada un momento más, y luego dejó escapar un suspiro.

—Vas a hablar con él conmigo o sin mí, ¿cierto? —preguntó en un murmullo.

Asentí.

—Puede que no sea capaz de empuñar una espada o disparar una flecha —le dije—, pero puedo hablar con los fantasmas. Quiero ayudar, y lo haré.

Suspiró de nuevo y lanzó una mirada hacia afuera de la puerta.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, haciendo que mi corazón saltara en mi pecho—. Con el amanecer, los espíritus tienden a desvanecerse cuando la primera luz se asoma en el horizonte. Si vamos a hablar con el monje, deberíamos hacerlo ahora.

Okame-san gimió.

—Esperen —gruñó mientras nos volvíamos hacia la puerta. Después de sacar la calabaza llena de *sake* de su *obi*, tiró el tapón e inclinó el contenedor boca abajo sobre su boca abierta, hasta vaciarlo por completo. Se limpió los labios, le arrojó la botella al jefe y se volvió hacia nosotros con una sonrisa—. De acuerdo, *ahora* estoy listo.

El pueblo estaba en silencio mientras caminamos hacia afuera. En lo alto, la luna ardía, perfilando las casas con su color plata y arrojando una luz nebulosa sobre los lejanos arrozales. No vislumbré a ningún *gaki* deambulando por allí, pero cuando nos acercamos al cementerio, pude ver la tenue luz verde que se elevaba desde el fondo.

Rodeamos la pared de la casa de huéspedes y luego echamos un vistazo por la ladera.

Los *gaki* habían regresado. O algunos de ellos. Ciertamente, no en la cantidad que nos había atacado antes, pero más de los que yo hubiera esperado, considerando que Tatsumi los había exterminado a todos. Entonces habíamos estado dentro de la cabaña, lo que le había permitido lidiar con ellos de a uno a la vez. A la intemperie, defenderse de una gran turba sería mucho más difícil.

—Y tú quieres que vayamos allí —Okame-san suspiró e hizo una mueca mientras miraba a las figuras que avanzaban tambaleantes—. Bueno, esto no va a ser divertido, pero tú lidera el camino.

—Esperen —Tatsumi extendió su brazo, deteniéndonos—, puede que no tengamos que pelear.

Lo miré. Él vaciló, como si estuviera luchando consigo mismo, y luego exhaló.

—Si avanzamos allí a plena vista, los *gaki* se arrojarán sobre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, yo podría realizar una técnica que nos

mantendrá invisibles un corto tiempo.

—¿Eh? —Okame-san se cruzó de brazos—. Así que *eres* un ungido por los *kami*, después de todo. Ya me lo imaginaba. Aunque la espeluznante espada resplandeciente ya era una gran pista —echó un vistazo al samurái vestido de negro detrás de nosotros y bajó dramáticamente su voz mientras se inclinaba hacia él—. Dicen las historias —me dijo— que si un niño entre los Kage nace tocado por los *kami*, es arrebatado a sus padres y elevado para convertirse en un *shinobi*.

Fruncí el ceño.

—¿Qué son los *shinobi*?

—Guerreros de las sombras. Asesinos secretos que atacan desde la oscuridad, cortando tu garganta desde tu espalda o en tu sueño —Okame-san resopló—. Todos los clanes los emplean, no dejes que todo lo que se dice sobre el honor en el campo de batalla te engañe. Pero hay historias de que los *shinobi* de los Kage tienen la capacidad de atravesar paredes, de convertirse en sombras o de volverse invisibles.

—Las historias también dicen —dijo Tatsumi en una voz suave y letal— que aquéllos que hablan de estos *shinobi* se desvanecen y nunca más vuelven a ser vistos.

—Lo bueno es que no creo en ellas, entonces.

Un leve tintineo se estremeció en el aire desde la dirección del cementerio.

Nos volvimos y miramos por la cuesta. Una figura fantasmal vestida de blanco cruzaba el cementerio, con el sombrero de paja y el bastón balanceándose mientras se movía entre las lápidas, más allá de los *gaki* oscilantes, que no le prestaban atención. Se movía lentamente, arrastrando zarcillos de niebla que se curvaban en el aire, antes de que él mismo caminara detrás de un gran tronco de cedro y desapareciera.

—Ahí va —susurré, y miré al guerrero oscuro detrás de Okame-san—. Tatsumi, ¿dijiste que podrías llevarnos allí, sin tener que pelear?

Retrocedió un paso, su mirada solemne se dirigió hacia la turba.

—Sí, pero hay algunas condiciones. El hechizo sólo funciona si nos mantenemos silenciosos y buscamos pasar inadvertidos. Cualquier cosa más ruidosa que un susurro hará que la ilusión se rompa, al igual que algún

movimiento repentino. Mirar directamente a los ojos de un *gaki* o llamar su atención también disolverá el hechizo. Así que mantente en silencio, baja la cabeza y permanece cerca de mí. ¿Puedes hacer eso?

—¿Qué hay de mí? —preguntó Okame-san. Tatsumi lo miró fríamente.

—Cuantas más personas, más difícil será mantener el hechizo. Ya estoy estirando al límite mis habilidades al incluir a uno más: dos adicionales nos llevaría directo al fracaso. Lo mejor para todos será que aguardes aquí.

—¿Tratando de deshacerte de mí, Kage-san? Estoy herido. Sería un desperdicio si fuera comido por un *gaki*.

Tatsumi entrecerró los ojos.

—Tu habilidad con la espada es deficiente —dijo sin rodeos—. No serías útil para nosotros entre los *gaki* si ellos vieran a través del hechizo. Tratar de proteger a Yumeko con tu espada sería inútil y los pondría a ambos en peligro.

Okame-san resopló.

—No necesitas insultarme, Kage-san. Ya no tengo el derecho a exigir satisfacción, pero *puedo* sentirme ofendido. De hecho, creo que lo estoy.

—Eres mejor con tu arco —continuó Tatsumi, como si no hubiera escuchado—. Si el hechizo falla y los *gaki* atacan, sería prudente que estuvieras un poco más lejos, para ayudar en nuestra huida. Tú podrás matar a los *gaki* antes de que lleguen a nosotros, y no tendré que preocuparme por protegerte a ti y a Yumeko, si sucede lo peor.

—Yo... supongo que tienes un buen punto, por mucho que me duela admitirlo —Okame-san se cruzó de brazos con un suspiro—. Bien. No me gusta la idea, pero conozco tanto sobre la magia como sobre los arreglos de flores. Me quedaré aquí atrás y pondré una flecha en el cráneo de cualquier *gaki* que se acerque demasiado. Yumeko-chan... —asintió con la cabeza hacia mí, sonriendo—, buena suerte. No permitas que te devoren, apenas comenzaste a hacer que mi vida fuera interesante.

—Tú también ten cuidado —le dije, y me volví hacia el samurái—. Está bien, Tatsumi, estoy lista. ¿Qué tengo que hacer?

Él titubeó una vez más, luego tendió una mano con la palma hacia arriba.

—Tenemos que estar conectados —me dijo, y, por alguna extraña razón, mi estómago revoloteó como si un enjambre de polillas nocturnas se hubiera

perdido ahí dentro—. El hechizo nos cubrirá a los dos, pero no está destinado a ser usado en un grupo. Si nos separamos, los *gaki* podrán verte, así que no te sueltes, pase lo que pase.

Asentí, respiré en silencio y coloqué mi mano en la suya. Su palma era áspera, con callosidades, pero los dedos que se curvaron sobre los míos eran largos y delgados, casi elegantes. El latido de mi corazón se aceleró, y las polillas en mi vientre se arremolinaron aún más frenéticamente antes de emprender un agitado revuelo.

Tatsumi se había quedado quieto, mirando nuestras manos entrelazadas, como si luchara contra sus instintos para alejarse. Lo miré de frente y vi un destello de emoción en esos ojos violeta, un atisbo de incertidumbre y la más leve sombra de miedo. Pero sólo por un instante; inmediatamente después, su expresión se apagó y esa máscara helada cayó en su lugar. Llevó a su rostro dos dedos de su otra mano, cerró los ojos y murmuró un canto con palabras que no logré comprender.

Un susurro de poder atravesó el aire, centrado en Tatsumi. Se arremolinó a nuestro alrededor, con una caricia fría que parecía amortiguar el sonido y las sombras a nuestro alrededor se tornaron aún más oscuras. En algún lugar, a un lado de nosotros, Okame-san pronunció una maldición sin aliento. De repente me sentí muy extraña, como si mi cuerpo perdiera su solidez, y la luz de la luna que brillaba sobre mi cabeza comenzó a pasar a través de mí.

Tatsumi abrió los ojos. Los orbes violetas relucientes me miraron, pero no pude ver mi reflejo en ellos.

—Vamos —susurró—. Recuerda, quédate cerca, mantén tu mirada lejos de los *gaki* y no sueltes mi mano. ¿Estás lista? Asentí, apretando mis dedos alrededor de los suyos. Dio media vuelta y, juntos, caminamos por el estrecho y sinuoso sendero hacia el cementerio.

Varios árboles viejos crecían entre las lápidas, imponentes cedros y pinos acechantes. Tan pronto como llegamos al borde del cementerio, Tatsumi se separó del camino y se deslizó en las sombras arrojadas por los gigantes. Los *gaki* se tambaleaban entre las lápidas; mantuve mi cabeza baja, pero con el rabillo del ojo podía ver sus cuerpos desnudos e hinchados brillando grotescamente bajo la luz de la luna. Mi corazón latía con fuerza, pero como

había predicho Tatsumi, no nos prestaron más atención que a las hojas caídas, aunque algunos pasaron terriblemente cerca. En una ocasión, Tatsumi me empujó bruscamente contra un árbol y nos presionó contra la corteza para evadir apenas a un *gaki* que se tambaleaba alrededor del tronco. Durante unos instantes, el *gaki* se mantuvo a un metro de distancia, respirando entrecortadamente y siseando en el aire, explorando el área como si pudiera sentir que algo estaba cerca. Apreté los dedos alrededor de mi *tanto* y cerré los ojos, sin atreverme a moverme o incluso a respirar. Mi corazón latía con fuerza, y me presioné lo más lejos posible de Tatsumi, esperando que no sintiera la caja lacada en mi *furoshiki*. Si él encontraba el pergamino del Dragón ahora, un cementerio lleno de fantasmas hambrientos sería la menor de mis preocupaciones.

Por fin, los pasos del *gaki* se alejaron vacilantes, y sentí a Tatsumi relajarse.

—Vamos —me susurró, y nos alejamos del tronco para abrirnos paso entre las lápidas.

Cuando nos agachamos entre dos pinos, algo brilló en el rabillo de mi ojo, haciendo que me detuviera y tirara de la manga de Tatsumi.

—Tatsumi-san —susurré—. Creo que veo al monje, por allá.

Él siguió mi dedo. En el extremo más alejado del cementerio, una lápida solitaria estaba a la sombra de tres enormes cedros. Un rayo de luz de luna se inclinó a través de las ramas de los árboles, iluminó la lápida y brilló sobre un bastón con anillos de metal en la parte superior.

—La tumba del monje —susurré mientras, con un brillo fantasmal, una sección de luz de luna se separó de la lápida y apareció a la vista. El monje *yurei*, con su sombrero de paja y sosteniendo todavía su bastón de metal, encontró mi mirada sobre las piedras y levantó una ceja etérea.

—Él nos ve —gruñó Tatsumi.

Un chillido penetrante me heló la sangre, y un *gaki* se arrojó sobre una lápida, con las fauces abiertas como un lobo rabioso. Tatsumi giró y Kamigoroshi salió de su funda en un instante para golpear el delgado cuerpo desde el aire. Pero su mano se liberó de mi agarre, y sentí cómo se desgarraba la magia mientras el hechizo se disolvía, como una piedra lanzada a través de

una telaraña. A lo largo de todo el cementerio, los *gaki* se voltearon para mirarnos; sus ojos brillaron de hambre, y sus siseos y alaridos se elevaron en el aire.

Tatsumi dio un paso adelante. La fría luz púrpura de Kamigoroshi bañó las piedras, igualando la expresión escalofriante de sus ojos.

—Ve —me dijo, balanceando la espada frente a él—. Habla con el monje. Los mantendré lejos de ti el mayor tiempo posible.

Levanté la vista hacia los *gaki* que se acercaban, dividida entre correr hacia el monje o blandir mi *tanto* para enfrentarlos junto a Tatsumi. La magia de zorro me quemaba, haciendo que me hormiguearan las manos, y me pregunté si una bola de *kitsune-bi* en sus caras haría que los *gaki* redujeran la velocidad, incluso si al hacerlo dejara al descubierto mi verdadera naturaleza.

Cuando el primer *gaki* se acercó, algo se deslizó por el aire detrás de él y lo golpeó en la parte posterior. Con un chillido, se lanzó hacia delante con una flecha sobresaliendo de su cuello, y se disolvió en una neblina verde. Otro se sacudió y se fue volando sobre una lápida, y un tercero se desplomó en la tierra en una maraña de extremidades, antes de retorcerse en la nada.

—Okame-san —respiré, echándole un rápido vistazo a la cima de la colina. Sólo alcancé a distinguir una delgada figura recortada en el techo de la cabaña, justo cuando otro *gaki* gritó y se revolcó entre la maleza. Tatsumi esperó pacientemente cuando la primera oleada se acercó, con la espada suelta a su lado.

—Yumeko —su voz sonó inquieta pero calmada, escuché una onda de algo aterrador debajo, una sed de sangre apenas contenida que envió un escalofrío por mi espalda—. Ve.

Fui.

Salí disparada entre las lápidas y zigzagueé entre los pasillos de roca, en busca de ese fantasmal resplandor blanco. Me esperaba a la sombra de los árboles, parado pacientemente al lado de su tumba, con una expresión perpleja en el rostro pálido y resplandeciente. Rodeé una lápida para evitar a un *gaki* e hice una mueca cuando sus garras hicieron cuatro tajadas blancas en la roca. Se deslizó alrededor de la tumba, con las mandíbulas abiertas mientras se estiraba por mí, cuando una flecha silbó en el aire y atravesó la parte posterior

de su cuello. Se disolvió con un gemido escalofriante, y me apresuré a seguir.

Jadeando, tropecé con la última de las lápidas, corrí alrededor de un árbol y de repente ya me encontraba parada frente a una figura transparente en blanco.

—Bueno —la voz del monje era un escalofrío de viento helado, el eco de una emoción olvidada durante mucho tiempo. Su rostro se veía borroso dentro y fuera de la realidad, como un guijarro caído en el reflejo de un estanque—. Esta noche ha estado llena de sorpresas. Hola, pequeña *kitsune*. ¿Qué te trae a mi rincón solitario de la aldea?

Tomé aliento. No me sorprendió que él supiera lo que yo era en realidad, pero no sonaba como un *onryo*, el terrible espíritu resentido del que Tatsumi había hablado: su voz era tranquila, agradable incluso, y tal vez un poco triste.

—*Konbanwa, yurei-san*¹⁵—comencé a decir, cuando un chillido resonó detrás de mí en un destello de luz púrpura. Tatsumi mantenía ocupados a los *gaki*, como había prometido—. Oh —continué con ansiedad—, ¿es apropiado llamarlo *yurei-san*? No había hablado con un fantasma antes.

Sus rasgos nebulosos se arrugaron en un ceño fruncido, pero parecía más perplejo que enojado. Me apresuré a continuar en caso de que se ofendiera.

—Por favor, maestro monje —imploré, juntando mis manos en un saludo—, la gente aquí ha sufrido enormemente a manos de sus finados seres queridos. He venido a preguntarle si levantaría la maldición. Usted sufrió un terrible trato hace muchos años, pero ninguna de estas personas fue responsable de su muerte. Y debe ser muy aburrido ir flotando como un fantasma. De seguro su deseo de venganza ya ha sido satisfecho.

—Ah, pequeña *kitsune* —el fantasma del monje inclinó la cabeza—. Ojalá pudiera hacerlo. Nunca fue mi intención colocar una maldición tan poderosa sobre esta aldea. Estaba... enojado... en ese entonces. Sin embargo, el tiempo para mí se difumina y confunde. No sé cuántos años han pasado desde que maldije la codicia de esta aldea y morí con la venganza en los labios. Yo sólo deseo seguir adelante, completar mi viaje hasta *Meido*, o adonde sea que esté destinada mi alma.

Con gritos escalofriantes, varios *gaki* más encontraron su final en la espada de Tatsumi. Pero las luces verdes ominosas comenzaban a elevarse

desde varias tumbas, tomando forma poco a poco, a medida que más fantasmas hambrientos comenzaban a materializarse. Sentí cómo se erizaba el cabello en mi nuca, pero el *yurei* no pareció notarlo.

—Por desgracia, la maldición me mantiene atado a este mundo —continuó el monje—. No puedo avanzar hasta que se levante, y no puedo hacerlo yo mismo. O quizá sí, pero he olvidado cómo —sus hombros cayeron y una mano fantasmal se levantó hasta su rostro—. Estoy cansado —susurró—, muy cansado de persistir, de estar atrapado en esta pequeña aldea, rodeado de los monstruos que traje a este mundo. Observo a los aldeanos todo el tiempo, con la esperanza de que alguno de ellos reúna el coraje para intentar levantar la maldición, pero tienen demasiado miedo incluso para acercarse al cementerio. No es que los culpe —miró hacia el cielo, donde se podía ver un tenue resplandor rosado sobre las copas de los árboles—. Ya casi amanece —dijo—. Los *gaki* se desvanecerán por un mes más, y yo seguiré rondando este lugar.

La desesperación refulgió.

—¿No puede hacer algo? —le pregunté.

El fantasma sacudió su cabeza y me ofreció una mirada triste y resignada.

—Fuiste muy valiente para venir aquí, *kitsune* —dijo, retrocediendo—, pero no eres de esta aldea, y no puedes levantar la maldición. Si es que la maldición puede levantarse...

—¡*Omachi kudasai!*

El grito resonó detrás de mí, agudo y frenético. Me volví y miré una figura que corría a toda velocidad por el cementerio, con los brazos extendidos y las manos sujetando algo delante de él.

—¡Por favor, espere! —gritó de nuevo, mientras yo parpadeaba sorprendida. ¿El jefe? ¿Qué está *haciendo él aquí*?—. Por favor —dijo el jefe, mientras su voz llamaba la atención de cada *gaki* en el cementerio—, ¡maestro monje, por favor, escúcheme!

Los *gaki* gruñeron y se abalanzaron detrás de él. Saltando sobre una lápida, un *gaki* se tensó para lanzarse, pero una flecha se estrelló contra su espalda y cayó de la piedra con un aullido. Cuando el jefe pasó junto a Tatsumi, uno de los fantasmas hambrientos dio la vuelta y se arrojó sobre él

con las garras tensas. La espada de Tatsumi siseó, cortando al *gaki* en dos, pero sus uñas alcanzaron a rasguñar el cuello del hombre. Éste tambaleó y casi cae, pero recuperó el equilibrio y continuó.

Di un paso hacia atrás cuando el jefe nos alcanzó y llevó al instante su rostro hasta el suelo.

—¡Perdónenos, maestro monje! —exclamó, sosteniendo la cosa que había estado llevando: un cuenco lleno de arroz—. Nos equivocamos al permitirle que sufriera de esa manera. Nunca más permitiremos que un viajero muera de hambre como usted. Por favor... —sostuvo el cuenco aún más alto, incluso mientras permanecía postrado en la tierra—. Acepte esto como una muestra de nuestro arrepentimiento. Pero si su venganza lo requiere, ofreceré mi propia vida por el resto de la aldea. Conviértame en un *gaki*, arrástreme a *Jigoku*, no importa. Lo que sea que necesite hacer para que usted avance y nos devuelva la paz.

Con el corazón en mi garganta, miré al monje, que observaba al jefe con una expresión atónita. Detrás de nosotros, los *gaki* chillaban y aullaban abalanzándose sobre Tatsumi, y el silbido de las flechas continuaba mientras Okame-san los apartaba uno por uno, pero tanto el jefe como el monje parecían haberlos olvidado por completo.

Entonces el monje sonrió, y una sola lágrima plateada brotó de su ojo, retorciéndose en la niebla tan pronto como tocó el suelo.

—Eso era todo lo que quería —susurró—: un plato de arroz. Una única ofrenda de amabilidad. Pero incluso frente a la crueldad, no debería haber dejado que mi ira me consumiera de esta manera. Esto también se ha convertido en mi castigo —su expresión se volvió pacífica e inclinó la cabeza—. Creo que todos hemos sufrido bastante.

Los gritos de los *gaki* se desvanecieron. Miré alrededor del cementerio para descubrir que los fantasmas hambrientos estaban inmóviles y parecían perdidos. Incluso aquéllos que habían estado luchando contra Tatsumi dejaron de moverse, sus brazos cayeron a los lados y sus rostros se relajaron. Mientras los miraba, destellaron y se volvieron transparentes en tanto comenzaban a desvanecerse. Una bola resplandeciente de luz azul blanquecina se elevó de cada uno de sus cuerpos, llenando el aire hasta que todo el cementerio

resplandeció con una luminiscencia etérea. Dejadas atrás, los esqueletos de los *gaki* desaparecieron, retorciéndose en la niebla que se desvaneció en la brisa.

—*Arigatou* —miré al monje mientras él susurraba las palabras. También se estaba desvaneciendo, y su apariencia fantasmal se apagaba mientras me sonreía—. Gracias —susurró de nuevo—, no podías levantar la maldición por tu cuenta, pero tu valentía iluminó el camino para aquéllos que sí. Que los *kami* te bendigan, y que nunca se pierda ese fuego que arde dentro de tu alma.

—Buen viaje, maestro monje —dije—. Que sea rápido y pacífico, y que Jinkei ilumine tu camino para que nunca tropieces.

Se inclinó ante mí y, un instante después, se convirtió en una brillante esfera de luz que flotaba en el aire para unirse al resto. Por un momento, flotaron sobre nuestras cabezas, casi demasiado brillantes para mirarlas. Luego, como si fueran una, se dispersaron, volando a cada rincón del cielo, cada vez más y más pequeñas hasta que se convirtieron en estrellas distantes y se perdieron de vista.

¹⁵ Cuando no se conoce el nombre del interlocutor, es común utilizar su oficio (fantasma, en este caso) con el sufijo honorífico -san.



MAGIA DE SANGRE

La dama Satomi había vuelto.

Y, por lo que Suki podía ver, no parecía feliz.

—Esbirros inútiles —murmuró, parada en el centro de una pequeña habitación aterradora. Un solo fuego titilaba sobre una mesa baja, y un espejo lleno de grietas se erigía en la esquina, reflejando el estado espeluznante de la habitación. Las paredes estaban veteadas de sangre vieja y el suelo estaba teñido de manchas oscuras no identificables. La dama Satomi estaba parada allí, deslumbrante con su túnica azul estampada con grullas y libélulas, con el cabello perfectamente peinado y sostenido en su lugar con peines de marfil. Parecía fuera de lugar en el centro de aquellos horrores, salvo por lo que sostenía en la mano. La cabeza de un cuervo grande yacía acunada en su palma, goteando sangre entre sus dedos hasta salpicar los bordes de su túnica. El cuerpo del pájaro reposaba en el centro de la mesa, y un pequeño cuchillo descansaba junto a él en un charco de sangre. Suki apenas podía mirar el cadáver que todavía se retorció, después de haber tenido que abandonar la habitación cuando la muerte tuvo lugar. Por lo menos, el hecho de que pudiera atravesar paredes lo hacía más fácil. Los ojos de la dama Satomi estaban cerrados y un ceño fruncido se extendía hasta sus labios carnosos, como si estuviera observando algo que encontraba inquietante. Finalmente, dejó escapar un bufido y abrió los ojos.

—Dos *kamaitachi*, una bruja del viento y un demonio oso gigante... —

refunfuñó, arrojando la cabeza cortada a la mesa, donde aterrizó junto a su cuerpo frío—. Ni la misma Kazekira consiguió matarlos y tomar la pieza de pergamino. ¿Cortada en pedazos por sus propios esbirros?, ¡qué vergüenza! — sacudió la cabeza, tomó un trapo del espejo y se limpió la sangre de las manos —. Supongo que eso es lo que obtengo por depender de la ayuda externa. Si quieres que algo se haga bien...

Levantó el cuchillo y contempló su reflejo en la superficie. Mientras Suki observaba, desconcertada, la mujer bajó la hoja hasta el interior de su brazo y abrió una herida corta y recta a lo largo de su piel. La sangre brotó y burbujeó por la herida, y Satomi-sama comenzó a cantar en voz baja e hipnótica.

Suki sintió el susurro de un terrible poder en el aire, y tembló en un esfuerzo por no escapar de la habitación. En el brazo levantado de Satomi-sama, la línea de sangre se hinchó, se congeló y se hizo sólida. Docenas de patas se retorcieron, y el cuerpo largo y segmentado de un ciempiés emergió de la sangre y comenzó a arrastrarse por su brazo.

La dama sonrió. Bajó la mano, arrancó el monstruoso insecto de su piel y lo sostuvo entre las uñas de sus dedos mientras éste se retorcía y se enroscaba en sus manos.

—Ve —le susurró—. Encuentra al asesino de demonios y a la *kitsune*. Mátalos, date un banquete con sus entrañas y regresa a mí con el pergamino. Te estaré esperando.

Arrojó el ciempiés al suelo, donde aterrizó con un golpe seco. Tan pronto como tocó el suelo, se arrastró por la habitación con sus ganchudas patas amarillas, se escurrió a través de una grieta entre las tablas y desapareció.

Satomi-sama bajó su brazo ignorando la sangre que caía al piso y asintió satisfecha.

—Bueno, eso deberá ser suficiente —murmuró para sí—. El asesino de demonios se ha vuelto bastante problemático, pero una vez que muera, ese trozo del pergamino será mío —suspiró, como si estuviera agotada por el trabajo que quedaba por hacer—. Ahora, debo escribir una invitación a palacio y encontrar a alguien competente del otro lado para que la entregue en el santuario de Hayate. Esa nueva niña inútil tendría que ser capaz de manejar esto, por lo menos.

Se miró a sí misma, como si apenas se diera cuenta de que ella y su magnífica túnica estaban cubiertas de la sangre que manchaba la seda y corría todavía a lo largo de su brazo.

—Vaya asunto tan complicado —suspiró—. Y ahora encima soy espiada. ¿Tienes una buena vista, pequeño espíritu o quien sea que esté rondando este castillo? Puedo sentir que me estás mirando, ¿sabes? No eres muy sutil.

Suki se echó hacia atrás, mostrándose y Satomi-sama se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Ahí estás. Bueno, bueno, ¿todavía estás rondando por aquí, Suki-chan? —se burló la mujer, mientras Suki flotaba, aturdida. La dama Satomi rio entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Pobre alma perdida y persistente. Demasiado débil y asustada para volver como un espíritu rencoroso. Qué patético. Pero tú ya no eres importante para mí.

Suki apretó sus puños fantasmales, deseando poder hacer algo, cualquier cosa. Incluso levantar la cabeza del cuervo muerto y arrojársela a la malvada mujer. Satomi-sama rio de nuevo y luego se inclinó para tomar la tela ensangrentada de la mesa.

—Si quieres perseguirme, pequeña alma —canturreó la mujer mientras se limpiaba el brazo—, adelante. Pero si te vuelves molesta o te interpones en mi camino, conozco algunas sacerdotisas de sangre y *onmyoji* que estarán felices de unir tu espíritu a un pergamino de pared. O al espejo. O quizá te materialicen en un mono —sus labios se curvaron aún más, mostrando los dientes mientras avanzaba—. ¿Te gustaría ser un mono, Suki-chan? En lo personal, creo que sería una mejora para ti, ¿cierto? ¡Atrápala!

Lanzó la tela ensangrentada al rostro de Suki. Ella se echó hacia atrás por instinto, levantando los brazos para protegerse. El trapo pasó a través de sus brazos y su rostro y golpeó la pared detrás de ella, y Suki sintió su cuerpo temblar como la niebla en respuesta. Con un grito silencioso, el angustiado fantasma se volvió y escapó, desapareciendo entre las paredes del castillo, mientras escuchaba la risa cruel de la dama Satomi.

LA LEYENDA DE ONI NO MIKOTO

—Creo que ya cruzamos la frontera, Kage-san —anunció el *ronin*, haciendo sombra sobre sus ojos mientras miraba la colina con Yumeko—. Estoy bastante seguro de que estamos en tierras de Taiyo ahora. La ciudad capital no debe estar lejos.

Parado a la sombra de un árbol de ginkgo, bajé la mirada hacia el vasto paisaje que se extendía frente a nosotros y concluí que tenía razón. Éstas eran las tierras del Clan del Sol. Habíamos cruzado al territorio de Taiyo. Aunque no eran tan marcialmente poderosos como el Clan del Fuego, ni tan numerosos como el Clan de la Tierra, los Taiyo eran quizás el más influyente de todos los Clanes Menores, ya que formaban parte de la familia imperial. Gobernaban la ciudad capital, Kin Heigen Toshi, y, tan lejos como la historia podía recordar, el emperador o la emperatriz siempre habían sido parte del Clan del Sol.

El brillo plateado de un río que serpenteaba a través del valle hacia los picos distantes llamó mi atención.

—Ahí está el Hotaru Kawa —dije—. Si lo seguimos hacia el norte, nos llevará a la ciudad capital.

—*Hai*. Y llegamos aquí sin haber tenido que pasar por el puesto de control fronterizo, lo cual habría sido una molestia en el trasero —me sonrió el *ronin*—. ¿Ves?, todo salió bien, Kage-san. Un perro siempre encuentra su camino.

No respondí. El *ronin* había cumplido su palabra y nos había guiado a través de las montañas, pero también fue el responsable de habernos perdido

en primer lugar. Aun así, podía admitir que había probado ser útil en la aldea de los *gaki*; su habilidad como guerrero ciertamente había ayudado en la última batalla, incluso si no hubiera sido con un sable. Y habíamos evitado el puesto de control, aunque debía tener cuidado con los magistrados o guardias imperiales que pudieran exigir ver mis documentos de viaje. En el mejor de los casos, según las circunstancias, tendría que pagar una multa considerable por viajar a través del territorio de otro clan sin la debida documentación; en el peor, sería encarcelado o ejecutado, mi clan sería avergonzado y el deshonor llevado a mi familia. Yumeko estaría bien: nadie prestaba atención a las campesinas, y rara vez se dedicaba una segunda mirada a los *ronin*. Pero yo era un samurái de los Kage, o por lo menos vestía de esa manera, y los samuráis eran tratados con precaución en territorios que no eran los suyos. En particular cuando eran parte del Clan de la Sombra.

—Ha pasado un tiempo desde que estuve en la ciudad capital —dijo el *ronin* mientras su mirada seguía el río a través del valle—. Será bueno un descanso, conseguir una comida medianamente decente, y entonces tal vez pueda convencerte de que te diviertas un poco, Kage-san —me dedicó esa sonrisa desafiante—. Supongo que nunca has jugado a *cho-han* antes.

El *cho-han* era un juego de dados popular en todas las garitas de Iwagoto, que eran lugares ásperos y sórdidos frecuentados por bandidos, *ronin*, miembros de pandillas y señores del crimen. Mis misiones para el Clan de la Sombra a veces me habían llevado a lo más oscuro de estos submundos, detrás de demonios que se escondían entre los asesinos, pero los samuráis de renombre rara vez se aventuraban en esos lugares, y aquéllos que lo hacían no lo admitirían jamás.

—No —dije.

—¿Nunca lo has jugado, o no podré convencerte de que lo intentes?

—Tú elige.

—Ah, bueno. Te lo pierdes, samurái —el *ronin* sacudió la cabeza y miró a Yumeko, que se encontraba sentada pacíficamente bajo el árbol de ginkgo—. Tal vez Yumeko-chan estaría dispuesta a intentarlo. Ella puede hablar con los *kami*, ¿cierto? ¿Podría pedirle a Tamafuku, el Dios de la Suerte, que bendiga mis dados durante una ronda o dos?

Él me estaba provocando, y yo estaba consciente de ello, pero la ira emergió de cualquier forma. Sabía qué tipo de humanos llenaban esos salones de juego: depredadores con ojos hambrientos y sonrisas sedientas de sangre. La idea de que Yumeko se encontrara rodeada por un círculo de lobos humanos, con sus voraces ojos observando cada uno de sus movimientos, me llenaba de una furia fría que no lograba entender.

—¿Tamafuku? —sentada en la hierba, Yumeko inclinó la cabeza, y el grillo que había estado posado sobre su codo saltó—. Bueno, podría intentarlo —dijo—. Nunca antes he hablado con ningún Gran *kami*, sólo con los menores. ¿Sabes dónde podemos encontrar a Tamafuku para poder hablar con él?

—Bueno, hay una estatua gigante justo dentro de la sala de juego —dijo el *ronin*.

—¿Cómo? ¿Él vive dentro de la estatua? ¿Crees que se levante y se mueva por ahí cuando nadie lo está mirando? Había una tetera en el Templo de los Vientos Silenciosos que en ocasiones lo hacía, hasta el día en que Nitoru la pateó hasta el otro lado de la habitación.

—No importa —suspiró el *ronin*—. Olvida todo lo que dije.

Con un bostezo, la chica se levantó y estiró ambos brazos sobre su cabeza.

—Por lo menos ya casi llegamos a la ciudad capital —reflexionó, mirando hacia el valle—. Lo que *yo* espero es una posada con buena comida y futones suaves. Sería bueno dormir en una habitación para variar, y no a la intemperie. O en una choza llena de goteras. O en una cueva con un piso de piedra sumamente incómodo —su oscura mirada se deslizó hacia mí, y la sonrisa se hizo más amplia—. A diferencia de ciertos samuráis, la mayoría de nosotros no podemos dormir en cualquier parte.

Disimulé mi ceño fruncido, confundido. Nunca podría dormir como lo hacía ella, relajada y expuesta, presa fácil para que cualquiera me cortara la cabeza o me hiciera pedazos. Para mí, el sueño acudía en fragmentos, en posición vertical y de espaldas a la pared, con Kamigoroshi en el regazo, lista para ser desenfundada en un abrir y cerrar de ojos. La comodidad nada tenía que ver con eso.

El *ronin* acercó la calabaza de *sake* a su frente.

—Todavía estamos a unos días de la capital, si tuviera que adivinar —

comentó, mientras retiraba el tapón del recipiente—. Pero debería haber un par de poblados entre Kin Heigen Toshi y donde estamos. Creo que Yashigi está río arriba —llevó la calabaza hacia sus labios, pero luego lanzó un grito y la retiró de su rostro—. *¡Kuso!*

Mi mano cayó a mi espada, y Yumeko parpadeó conmocionada.

—¿Qué pasa, Okame-san?

—¡Hay... una... rana... en mi *sake!* —balbuceó el *ronin*, con voz indignada y horrorizada. Inclino la calabaza boca abajo, la sacudió dos veces, y una pequeña criatura verde cayó al césped con el resto del líquido.

Yumeko comenzó a reír. Su voz era como pájaros diminutos, y ocasionó un extraño hormigueo sobre mi piel.

—Oh, no te enojas, Okame-san —dijo, mientras el *ronin* miraba con tristeza el recipiente vacío, como si estuviera esperando que se llenara solo otra vez—. Las *kaeru* son de buena suerte, después de todo. Debes ser bendecido por los *kami*.

—No desde donde estoy parado. A menos que hayan decidido bendecirme con la sobriedad, pero ésa pueden reservarla para sí mismos, muchas gracias.

Eché un vistazo al lugar donde había caído la rana, pero ya no pude verla en la hierba. Sólo una brillante hoja verde de enebro saltó por el suelo, arrastrada por el viento. El *ronin* soltó un profundo suspiro y colgó la calabaza alrededor de su cuello.

—Bueno, ¿vamos a continuar? —murmuró—. Necesitaré mucho más *sake* si voy a seguir viajando con ustedes.

Llegamos a Yashigi justo cuando el sol estaba declinando y arrojaba largas sombras sobre el valle, tiñendo el río del color de la sangre. El largo puente de madera sobre Hotaru Kawa rebosaba de gente que entraba y salía de la ciudad: mercaderes con carretas, *ronin*, campesinos, algunos samuráis montados, todos mezclados; pezuñas, ruedas y pies con sandalias golpeaban y gemían mientras cruzaban.

—Hay mucha gente —murmuró Yumeko, mirando alrededor con los ojos muy abiertos—. Incluso más que en Chochin Machi. Nunca había visto tanta gente en un solo lugar.

A su lado, el *ronin* rio entre dientes.

—Esto no es nada, Yumeko-chan —le dijo—, sólo espera a que veas la ciudad capital.

Un magistrado imperial, flanqueado por dos guardias montados, cruzó el centro del puente a caballo, separando a la multitud frente a él como si fueran olas. Me moví con discreción a un lado del camino, manteniendo mi mirada apartada y mezclándome con los transeúntes. El magistrado y sus guardias pasaron sin detenerse y continuaron a lo largo del puente, pero me di cuenta de que el *ronin* me miraba con suspicacia mientras ellos se perdían de vista.

Al otro lado del puente, un amplio camino principal atravesaba el centro del poblado y se ramificaba en docenas de calles laterales. Filas de edificios de madera con pendientes de baldosas azules se alineaban en las aceras y señalamientos rectangulares de tela flotaban en la brisa. A pesar de la luz menguante, la gente todavía estaba en las calles: mujeres se paseaban en *kimono*, samuráis caminaban entre la multitud, comerciantes permanecían afuera de sus negocios, invitando a los clientes a entrar. Un vendedor de *tofu* trotó junto a nosotros, con dos grandes cubos de madera balanceados desde un poste sobre su hombro. Un trío de chicos se arracimaba alrededor de un tenderete de venta de anguilas cocidas, para observar cómo el vendedor sacaba las anguilas vivas de un barril, encajaba un clavo en sus branquias para ensartarlas y colocaba los pinchos en la parrilla.

De la misma manera que en Chochin Machi, los ojos de Yumeko estaban abiertos de par en par y su mirada no descansaba ni un instante, mientras asimilaba todo. Durante nuestro descenso por las aceras, el *ronin* estaba muy feliz de mostrarle las cosas y ofrecerle una explicación sobre cualquier pregunta que ella tuviera. Guardé silencio mientras avanzábamos a través de la multitud de transeúntes, manteniendo una mano firme sobre Kamigoroshi y examinando a la multitud en busca de algún posible peligro. La chica y el *ronin* se mantenían ajenos, pero yo había sentido una mirada sobre nosotros desde el momento en que cruzamos el puente. No había dudas en mi mente: estábamos siendo observados.

—Hombre, muero de hambre —dijo el *ronin*, deteniéndose a la entrada de un mesón, con un tendido azul sobre la puerta. Una estatua de un gordo *tanuki*

con sombrero de paja y una botella de *sake* invitaba a los viajeros a entrar—. ¿Tú qué opinas, Yumeko-chan?

Yumeko parpadeó hacia la estatua y se cruzó de brazos.

—No creo que ésta sea una representación apropiada —afirmó con voz seria—. Nunca he visto un *tanuki* con semejante escroto.

El *ronin* emitió un sonido de escupitajo y se dio la vuelta, tosiendo y golpeando su pecho.

—Se refería a la comida, Yumeko —le expliqué, mientras el *ronin* jadeaba y nos hacía señas con la mano, apoyada contra la pared—. Éste es un mesón, te preguntó si quieres entrar a comer.

—Oh —dijo Yumeko, y frunció el ceño—. Bueno, por supuesto. Tengo bastante hambre yo también. Aunque sigo creyendo que la estatua está mal —resopló y pasó a un lado del *tanuki*, con la nariz arrugada—. ¿Cómo podría alguien caminar siquiera con todo eso arrastrándose por el suelo? Yo creo que le causaría una irritación insoportable.

Me las arreglé para no hacer una mueca de dolor mientras la seguía por la puerta, pero estuve a punto de no lograrlo.

—¡Bienvenido, señor, bienvenido! —saludó el anfitrión cuando entramos en la sala. Aun cuando yo cerraba la marcha, él sólo me miró a mí, haciendo caso omiso del *ronin* y de Yumeko—. ¿Comerá con nosotros esta noche?

—Los tres —le dije, ganando una mirada breve y desconcertada mientras observaba a mis compañeros. No todos los días un samurái se sentaba a comer con un *ronin* y una campesina. Bajo mi tajante mirada, sin embargo, se inclinó rápidamente y nos condujo a una mesa baja en la esquina. Después de explicar que nuestra mesera pronto estaría con nosotros, se inclinó una vez más y se alejó.

Una joven mujer llegó poco después, y tanto Yumeko como el *ronin* hicieron sus pedidos con entusiasmo, mientras yo trataba de no pensar en cómo semejante apetito agotaría la última de mis reservas monetarias. Cuando la camarera se marchó, me serví una taza de té y miré en silencio mi bebida, escuchando el murmullo de las voces a nuestro alrededor.

—Dicen que Oni no Mikoto ha vuelto a aparecer —murmuró el hombre que se encontraba sentado en la mesa detrás de nosotros.

—¿El Príncipe de los Demonios? —preguntó su compañero—. Que *kami* nos preserve. ¿Dónde fue visto esta vez?

—En Omachi, en el puente fuera de la ciudad. Dos *ronin* viajaban juntos, y desafió al más fuerte de ellos a un duelo —hizo una pausa, y luego añadió en voz baja—. El superviviente dijo que nunca había visto a nadie moverse tan rápido.

—Eso es porque Oni no Mikoto no es un hombre —dijo su compañero con gravedad—. Bueno, esto va a agitar el avispero, cuando todos los idiotas que se crean guerreros salgan en busca de una pelea, esperando que el Príncipe de los Demonios los encuentre lo suficientemente dignos para desafiarlos. *Baka* —resopló el hombre—. Suficientemente dignos para matarlos, quiero decir.

La camarera regresó y colocó una bandeja frente a nosotros. Contenía una colección de platillos: carne cocida, verduras y tres cuencos de arroz.

—¿Hay algo más que pueda servirles? —preguntó. El *ronin* ya había tomado una tira de pollo con sus palillos y se la había metido en la boca. Cortésmente, ella no pareció darse cuenta.

—Tengo una pregunta —dijo Yumeko, mientras el *ronin* seguía tomando comida de la bandeja—. ¿Quién es Oni no Mikoto? ¿Es en verdad un príncipe de los demonios? Tengo problemas para creer que hay un *oni* deambulando por el valle, desafiando a las personas a duelos. ¿No se daría cuenta la gente de eso?

Así que ella también había estado escuchando. De alguna manera, no estaba sorprendido. Los ojos de la camarera se agrandaron un poco, y bajó la voz.

—¿Oni no Mikoto? —susurró con voz dramática, como si ésta no fuera la primera vez que hablaba de él—. Se ha convertido en nuestra leyenda local más famosa. Se dice que en las noches de luna, a veces aparece un espadachín solitario en los puentes alrededor del área que bloquea el camino. Tiene el cuerpo de un ángel y el rostro de un demonio, y no permitirá que nadie cruce el puente a menos que lo venzan en un duelo. Pero se muestra sólo a aquéllos que considera dignos: los guerreros más fuertes y hábiles de la Tierra. Al parecer, su leyenda ha trascendido más allá del valle, porque ahora muchos espadachines viajan hasta aquí desde todas partes, con la esperanza de

encontrarse con Oni no Mikoto en los caminos. Pero en los tres años desde que por primera vez apareció el Príncipe de los Demonios, nadie ha sido capaz de derrotarlo.

”Así que —concluyó, mientras Yumeko escuchaba fascinada—, si está viajando por el valle, y se encuentra con un espadachín en un puente solitario iluminado por la luz de la luna, usted tenga en cuenta que es tan afortunado como maldito: pertenece a los pocos que son dignos de la atención de Oni no Mikoto. Pero dé media vuelta y huya. Oni no Mikoto no es un hombre. Es un demonio con espada, y se llevará su cabeza por premio como lo ha hecho con innumerables guerreros antes.

—Ja —el *ronin* resopló con la boca llena—. Si fuera yo, simplemente le dispararía.

La camarera parecía ofendida.

—¡No puede dispararse contra Oni no Mikoto!

—¿*Nande?* ¿Por qué no?

—¡Porque... —balbuceó la camarera— es... deshonroso!

—Bah, yo no soy un samurái. No sigo ese código de honor —el *ronin* levantó un calamar y se lo metió completo en la boca—. Si un extraño quiere matarme por intentar cruzar un puente, le pondré una flecha en medio de los ojos.

Alcancé mi tazón de arroz, pero me detuve mientras un ligero escalofrío recorría mis venas. Una grulla de papel negro se encontraba en una esquina de la bandeja, casi invisible contra la superficie lacada. Mi corazón se hundió, pero no podía dejarla allí. Mientras la camarera parloteaba otra vez, rápidamente tomé la grulla y la metí en mi manga.

La camarera seguía perpleja.

—No puede... Eso es... Qué insolente —dio un paso atrás y miró al *ronin* con disgusto—. Bueno, lo cierto es que ni siquiera verá a Oni no Mikoto —dijo con altivez—. Alguien como usted no es digno de su atención.

—Espero que no —fue la respuesta—. Perdería todo el respeto por este Príncipe de los Demonios si se apareciera para desafiar a un sucio perro *ronin*.

—Disculpen —me levanté, llevando la atención de los tres hacia mí.

El *ronin* frunció el ceño, con una mejilla abultada como una ardilla.

—¿Adónde vas, Kage?

—Debo ocuparme de un pequeño asunto. Volveré pronto —sin esperar una respuesta, me alejé, sintiendo los ojos de Yumeko en mi espalda mientras me alejaba. El *ronin* gruñó, murmuró algo sobre la letrina, y continuó comiendo mientras me agachaba para pasar por la puerta con tendidos en dirección a las calles.

Afuera, el sol se había puesto. Muchas de las tiendas habían cerrado sus puertas, aunque algunos comercios obstinados continuaban abiertos incluso después del anochecer. Caminé hasta el borde del camino principal y sentí que la grulla de papel se movía en mi manga. Se deslizó y desapareció por una estrecha calle lateral, perdiéndose en la oscuridad. La seguí con la mandíbula apretada.

Jomei-san me estaba esperando en las sombras de un almacén; su rostro pintado parecía flotar contra el negro. La grulla de papel se posó sobre su rodilla y abanicó las alas como si en verdad estuviera viva.

—Llegas tarde.

Me incliné para que no pudiera percibir mi renuencia. ¿Por qué me sentía tan vacilante esta noche? Esta reunión era igual a las demás.

—Discúlpeme, Maestro Jomei, me retuvieron. Hubo... complicaciones.

—Sí, pude verlo —la voz del mago sonaba ligeramente divertida—. Parece que has recogido lo mejor de la fiesta, Tatsumi-san. Ahora ya no sólo hay una chica, sino un grosero perro *ronin* siguiéndote a todas partes. ¿Te importaría explicar por qué aún no lo has matado, o por qué no lo perdiste en algún lugar del camino, por decir lo menos?

—Él formaba parte de una banda de bandidos que nos tendió una emboscada —comencé a explicar—, pero terminó por volverse contra ellos. Yumeko... insistió en que le ayudáramos después de la pelea.

—La campesina te pidió que no mataras al bandido —dijo Jomei-san—, ¿y tú la escuchaste?

—Ella es mi única pista para llegar a Maestro Jiro y el Templo de la Pluma de Acero —respondí—. Si hubiera matado al *ronin*, podría haberla asustado o molestado. No podía correr el riesgo de que ella se marchara.

Jomei-san pellizcó el puente de su nariz entre el pulgar y el dedo índice, y cerró brevemente sus ojos.

—Esta chica se está volviendo más y más problemática —murmuró, y un escalofrío de inquietud subió por mi espalda. Si Jomei-san pensaba que Yumeko se estaba convirtiendo en un peligro para el clan, o si consideraba que ya no era esencial para mi misión, me daría la orden de matarlos, a ella y al *ronin*. Podría ordenarme que me deshiciera de ellos en un tramo del camino aislado, fuera de la ciudad. Nadie se daría cuenta, o a nadie le importaría, si un *ronin* y una campesina desaparecían de pronto, sin dejar rastro. Ambos eran peligrosamente ingenuos, demasiado confiados en el demonio que caminaba a su lado. Oni no Mikoto podría ser una leyenda local, pero un verdadero demonio acechaba en medio de ellos, con hambre de sangre, de sus almas. No sospecharían nada hasta que apareciera y los hiciera pedazos. Si Jomei-san daba la orden de matar a mis compañeros, sería muy sencillo llevarla a cabo.

Pero yo... no quería hacerlo. La idea me sorprendió. Nunca antes había cuestionado mis órdenes, nunca había vacilado sobre lo que tenía que hacer. Si me pedían que *limpiara* una aldea porque los aldeanos usaban magia de sangre para invocar a los demonios, mataba a todos los hombres, mujeres y niños que se encontraban allí. Si me ordenaran ir a *Jigoku* a matar a O-Hakumon, el gobernante mismo del Infierno, saltaría al abismo sin pensarlo dos veces. Mi vida no era mía. Como siempre, el deber para el Clan de la Sombra lo era todo.

—¿Debo matarla, Maestro Jomei? —pregunté en voz baja. Mi estómago se agarrotó, y de repente se volvió difícil respirar. Si mis órdenes eran matar a Yumeko, entonces así sería. Yo cumpliría con mi deber, como siempre lo había hecho. Y esperaba que, de alguna manera, su rostro no me atormentara por el resto de mi vida.

Jomei-san suspiró.

—No —dijo, dando paso a un repentino e inesperado destello de alivio en mí—. Si ella en verdad puede conducirte al pergamino, no hay razón para que la elimines todavía. En este momento, ella es ingenua e inofensiva, y el *ronin* parece un idiota torpe. Continúa viajando con ellos, si es necesario. Mientras no representen una amenaza para los secretos del clan.

Incliné la cabeza.

—Como usted diga, Maestro Jomei.

—Cuando llegues a la ciudad capital, asegúrate de ponerte en contacto con Kage Masao en el distrito del Clan de la Sombra. Te estará esperando.

—Entendido.

—Ah, y toma —el mago de la sombra me arrojó algo. Cuando lo atrapé, tintineó: un círculo de cuerda con monedas ensartadas, *kaeru* de cobre y algunas *tora* de plata—. Tu estipendio para el mes, ya que tienes una boca extra que alimentar. Hazlo rendir.

—Gracias, Maestro Jomei.

—Ve, entonces —Jomei-san agitó una mano como despedida—. Vuelve con tus *acompañantes* antes de que sospechen algo. Recuerda —agregó mientras me inclinaba una vez más y él se alejaba—, el clan los estará vigilando a ellos, y también a ti, asesino de demonios. No nos des una razón para actuar.

Cuando regresé a la mesa de la esquina, la mayor parte de la comida se había esfumado. Los platos ya no estaban, y sólo quedaban huesos y restos. Sólo mi cuenco de arroz estaba intacto en el borde, aunque el *ronin* lo estaba mirando como si estuviera contemplando la posibilidad de arrebatarlo también.

—Lo siento, Tatsumi-san —dijo Yumeko mientras me arrodillaba frente a ella en el cojín—. Traté de evitar que *baka*-Okame se lo comiera todo, pero él no quería compartirlo. Podemos pedir más, si lo deseas.

—Los perros no comparten, Yumeko-chan —dijo el *ronin* y sonrió, mientras usaba un hueso de pescado para hurgarse los dientes—. Somos horribles glotones como lo puedes ver. Además, ¿quién se zampó una docena de bolitas de tofu frito sola?

—Eso fue porque tú ya te habías comido todo el pescado, y el pollo, y la mayoría del calamar. Si no reclamaba *algo*, no habría quedado nada.

—Eso no es verdad. Te dejé el rábano en vinagre.

—Odio el rábano en vinagre.

—Bueno, sé más rápida la próxima vez. Cuando se trata de comida entre los ladrones, Yumeko-chan, cada hombre, mujer y perro debe ver por sí

mismo.

Comí mi arroz en silencio.

OJOS DE CUERVO

Nunca hay que provocar a un zorro hambriento, era un dicho al que Maestro Isao había sido inusualmente aficionado. Siempre me había preguntado por qué, hasta ahora.

Salimos de Yashigi a la mañana siguiente y durante varios kilómetros caminamos por un serpenteante camino de tierra a través del fértil valle del Clan del Sol. Las montañas se mantenían a la distancia a medida que seguíamos el río más allá de las comunidades agrícolas, los templos y los santuarios, los prados abiertos y los bosques densos. El paisaje era hermoso y el clima perfecto en todos los sentidos; estaba disfrutando plenamente de las vistas y la sensación del sol en mi piel.

El *ronin* parecía menos entusiasta.

—*Ite* —gruñó, frotándose la nuca cuando nos detuvimos a la sombra de un bosquecillo de bambú—. *Kuso*, mi espalda está adolorida. Esa posada debe haber tenido el futón más incómodo del mundo. Se sentía como si hubiera una maldita piña de pino justo en el medio del colchón, pero cuando lo levanté no había nada allí.

—Eso es desafortunado, Okame-san —dije—. Mi futón era tan cómodo que sentía como si estuviera durmiendo en las nubes. ¿Tal vez fue algo que comiste?

Él me miró, y el recelo destelló en su mirada oscura.

—Me parece recordar haberte visto hurgando en mi esquina de la

habitación justo antes de ir a dormir —dijo en tono acusador—. No tendrías nada que ver con mi colchón lleno de bultos, ¿verdad, Yumeko-chan?

—¿Yo? Qué comentario tan malvado, Okame-san. Quiero decir, revisaste debajo de tu futón, ¿cierto? No es como si pudiera hacer que la piña de un pino se viera como un poco de polvo en el suelo —le sonreí dulcemente y arrojé una ciruela en vinagre a mi boca. Estaba empezando a entender el asunto del sarcasmo—. ¿Tal vez comer todo ese calamar hervido te provocó dolor de estómago?

—Silencio —gruñó Tatsumi—. Algo nos está mirando.

Enmudecimos. A nuestro alrededor, el bosque estaba sereno y los rayos de sol pasaban inclinados a través del bambú. Las cigarras cantaban, y una brisa agitaba los tallos, amortiguando el sonido del acercamiento. No percibía peligro alguno, pero Tatsumi poseía una premonición casi supernatural para las cosas que buscaban hacernos daño. Si él decía que algo nos estaba mirando, yo le creía.

—No veo nada —dijo Okame-san, justo en el momento en que yo vi lo mismo que Tatsumi: al otro lado de la carretera, un gran cuervo negro se posaba encorvado sobre la rama de un árbol, con las plumas erizadas como púas. Sus ojos pequeños y brillantes no parpadeaban mientras nos miraba fijamente.

Okame-san siguió mi mirada y dejó escapar un bufido.

—Oh, qué horror, un pájaro nos está mirando —jadeó, poniendo una mano sobre su corazón—. Cuídate, Yumekochan, podría defecar en tu cabello.

El cuervo no se movió. Nos miraba con intensa y taciturna hostilidad, y sentí un escalofrío subir por mi espalda.

—No me gusta la forma en que nos mira —dije—. Se ve... enojado.

—¿En serio? A mí me parece que se trata sólo de un pájaro —dijo el *ronin*. Cuando no respondí, él se encogió de hombros y tomó su arco—. Bueno, entonces lo solucionaré.

Con un movimiento suave, levantó el arco y soltó una flecha hacia el árbol, y el sonido sordo de la flecha golpeando en el blanco resonó un segundo más tarde. El cuervo soltó un graznido estrangulado y cayó de la rama en un revoloteo de alas y plumas negras.

Mientras caía, una sensación extraña ondeó en el aire, una sutil liberación de poder que erizó el vello de mis brazos. Descubrí que toda magia generaba cierta sensación. La magia de zorro titilaba y pulsaba como fuego sin calor. La energía *ki* de los monjes hormigueaba como el aire antes de una tormenta. La magia de sombras de Tatsumi era casi imperceptible, pero igual estaba allí si eras muy observador. Se sentía como una neblina fría y oscura que se posaba sobre tu piel. Lo que teníamos enfrente se sentía como si un millón de arañas, larvas y ciempiés se estuvieran retorciendo bajo la ropa. Me estremecí, pero tan rápido como había llegado, la sensación se desvaneció cuando la magia se dispersó en el viento y desapareció.

—Ahí tienes —el *ronin* acomodó su arma en el hombro otra vez, al parecer ajeno al extraño impulso de energía—. Resuelto. No más pájaros espeluznantes. Podemos irnos ahora, ¿cierto?

Tatsumi suspiró.

—Podrías haber empeorado las cosas.

Resistiendo el impulso de sacudir mis brazos para asegurarme de que no hubiera insectos en mis mangas, crucé el camino hacia donde el ave había caído. Rodeé el tronco y vi la punta de la flecha que sobresalía de la maleza. Miré hacia abajo, esperando encontrarme con el cadáver de un gran cuervo negro. Un escalofrío recorrió mi estómago. No había cuervo, no técnicamente. El eje de la flecha, que sobresalía de la tierra, atravesaba la caja torácica de un esqueleto blanco y descolorido, con frágiles huesos de alas aplastados en la hierba, rodeados de plumas. El cráneo yacía contra la raíz del árbol, con el pico abierto en un último graznido indignado, desnudo por completo de piel. Parecía que hubiera estado muerto durante meses, en lugar de los pocos segundos que había tardado en cruzar el camino.

Tragué saliva. Sentí que Tatsumi y Okame-san se acercaban y miraban por encima de mi hombro. El *ronin* soltó una maldición, mientras yo me acercaba a Tatsumi, mirando su expresión.

—Eso no es normal, ¿cierto? —pregunté en voz baja—. Estoy bastante segura de que eso no es normal.

—No —respondió Tatsumi, sus ojos se entrecerraron en rendijas violetas—. Es magia de sangre.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Magia de sangre. Maestro Isao me había hablado de ella, una vez, como una advertencia. A diferencia de la magia normal, donde se creía que los ungidos por los *kami* eran elegidos por los dioses mismos, la magia de sangre podía ser realizada por casi cualquier persona, desde el agricultor más humilde hasta el magistrado de más alto rango. Como su nombre indicaba, la sangre alimentaba su poder; cuanto más sangre se derramara, más fuerte sería el hechizo. Podría levantar a los muertos, manipular emociones o convocar a un demonio desde las profundidades de *Jigoku*. Pero tal poder venía con un terrible precio oculto. La magia de sangre era la magia de la muerte y la corrupción, la magia de *Jigoku*. Cuanto más la usabas, más pedazos de tu alma regalabas, poco a poco, hasta que te convertías en la cáscara de algo que alguna vez había sido humano. Al final, el mago era consumido por la oscuridad de su propia creación y se convertía en un habitante de *Jigoku*, un *oni* u otro demonio, condenado al abismo hasta el final de los tiempos.

—Magia de sangre —el *ronin* enroscó un gancho en la pila de plumas y huesos en el fondo del árbol—. Bueno, eso es genial, ahora resulta que maté a la abominación favorita de alguien. Quizás haya un mago de sangre furioso por ahí que está haciendo un *wara ningyo* con mi imagen en este momento.

—Eso es improbable —dijo Tatsumi. *Wara ningyo*, muñecos de paja hechos con la imagen de su blanco, eran un objeto común para llevar a cabo maldiciones, pero necesitaban un poco de la propia víctima: cabello, sangre o uñas de los dedos, para que el ritual funcionara. Una vez, cuando era más joven y me enojaba que me obligaran a pulir una y otra vez el piso del salón principal, usé la magia de zorro para hacer que un trozo de paja pareciera un muñeco maldito y lo colgué afuera de los aposentos de Denga. Era difícil no estremecerse con el recuerdo de lo que vino después. Ésa era la única vez que podía recordar que Maestro Isao estuvo furioso conmigo.

Y luego, tuve otro pensamiento, uno que convirtió todo mi interior en hielo.

—Alguien lo envió —dije, mirando a Tatsumi—, para que nos siguiera. Por el pergamino —agregué rápidamente—, porque creen que lo tenemos. O que sabemos dónde está.

—Espera, ¿qué? —el *ronin* me miró como si mis orejas hubieran

aparecido de repente—. Es claro que me he perdido de la primera mitad de esta historia —dijo—. Regresemos un poco. ¿Quién nos está siguiendo? ¿Qué es este pergamino del que hablan?

Tatsumi no respondió, pero lo vi ponerse rígido. Era claro que no le gustaba hablar sobre el pergamino, en especial en compañía del *ronin*. Y a mí tampoco. Podía sentir la caja escondida dentro del *furoshiki*: mi gran y terrible secreto. Pero tenía sentido. Maestro Isao me había advertido que muchos estarían buscando el pergamino, ejércitos de hombres, *yokai* y demonios tratarían de encontrarlo. Mortales despiadados que no se detendrían ante nada para adquirir su poder. Y, si ése era el caso, entonces...

—Quien sea que esté usando a estos cuervos muertos para espiarnos —continué, mientras el entendimiento se desplegaba poco a poco frente a mí como un rollo—, podría ser el mismo que estuvo detrás del ataque al templo. El que envió a los demonios para matar a todos y robar el pergamino.

Miré a Tatsumi, quien aún no se había movido ni cambiado de expresión.

—Es posible, ¿cierto? —le pregunté—. Los demonios no tendrían ningún uso para el pergamino. Alguien los envió, un mago de sangre.

—Sí —admitió al fin—. Los demonios... no aparecen en el reino de los mortales simplemente, sin razón —continuó, aunque parecía reacio a explicar—. O bien un mortal ha sido consumido por la oscuridad y se ha convertido en un ser del mal, o los demonios fueron invocados de *Jigoku* usando magia de sangre. Los *oni*, en particular, son extremadamente poderosos y casi imposibles de controlar por periodos prolongados. Se necesitaría un mago de sangre con mucho talento para convocar y obligar a un *oni* a cumplir órdenes, incluso por un corto tiempo.

—Y ahora estamos hablando de *oni* —dijo Okame-san—. *Oni*, sangre, magos y demonios. ¿Debería empezar a gritar ahora, o debo esperar hasta que llegemos a la parte con el esqueleto de veinticinco metros de altura? —me miró y sacudió la cabeza—. Y aquí me tienes pensando que eras una simple e inocente campesina, Yumeko-chan. ¿Cómo te involucraste con demonios y magia de sangre?

—Bueno...

—Ya te explicará más tarde —dijo Tatsumi con brusquedad—. Tenemos

que seguir moviéndonos —al mirar el camino y los árboles que lo rodeaban, entrecerró los ojos. Seguí su mirada y vi otro cuervo posado en las ramas de un árbol, nos observaba—. El mago de sangre sabe que estamos detrás de él. No es seguro permanecer a la intemperie. Rápido.

Continuamos por el camino con un poco más de urgencia. Pensé en el cuervo muerto, en el misterioso mago de sangre que podía estar siguiendo nuestros movimientos, y mi estómago se revolvió tanto por el miedo como por la ira. Quien hubiera enviado a los *amanjaku* y al terrible Yaburama sabía que yo tenía el pergamino del Dragón. Ellos eran también los responsables de la muerte de Maestro Isao y de todos en el Templo de los Vientos Silenciosos. Yo estaba poniendo a Okame-san y a Tatsumi en peligro; no había duda de que el mago de sangre trataría nuevamente de tomar el pergamino. Pero con cada uno de sus intentos, yo podría aprender un poco más sobre este nuevo enemigo. Quién era, qué quería y, lo más importante, dónde podría estar. La venganza era algo contra lo que Maestro Isao siempre me había advertido, sobre todo porque los *yokai* podían perderse en la venganza, obsesionarse con un rencor hasta que éste los consumía. Pero si alguna vez me encontraba cara a cara con quien había destruido mi templo, él llegaría a temer la venganza de una enfadada *kitsune*.

—Entonces, Yumeko-chan —la voz de Okame-san me sacó de mis oscuras reflexiones. El *ronin* se acercó a mí con las manos juntas detrás de su cabeza mientras caminábamos juntos—. Por lo general, no me gusta involucrarme en asuntos que no son de mi incumbencia —comenzó—, pero acabo de escuchar las palabras demonio, *oni* y mago de sangre en la misma oración, y cualquiera de ellas por sí misma ya sería suficiente para mantenerme despierto durante toda la noche. Además, y detenme si dejé pasar algo, acabo de ver cómo un pájaro se desintegró después de dispararle, porque alguien que puede criar cuervos muertos se ha interesado por nosotros, y todo esto debido a un pergamino. ¿Lo entendí bien?

—Más o menos —fruncí un poco el ceño—. Aunque creo que él podría hacer algo más que traer a los cuervos de vuelta a la vida. Ésa sería una habilidad muy extraña, a menos que en verdad ame a los cuervos.

—Correcto. Por lo tanto, creo que merezco algún tipo de explicación, y sé

que es mejor no preguntarle al Señor de la Espeluznante Espada Resplandeciente —señaló con la cabeza hacia Tatsumi, quien caminaba varios pasos delante de nosotros—. Quizá me cortaría la cabeza antes siquiera de abrir la boca. Así que apreciaría si tú pudieras decirme qué está pasando, Yumeko-chan. Me he enfrentado a *gaki*, *yurei* y ahora cuervos muertos vivientes. ¿Voy a tener que luchar contra los demonios en cualquier momento en el futuro?

—Es... posible —dije, y brevemente le relaté lo que había pasado la noche en que los demonios atacaron el templo, usando la misma versión de la historia que había contado a Tatsumi. Hablé sobre cómo Maestro Isao había sentido que se acercaba un gran mal y había sacado el pergamino del templo antes de que los demonios llegaran. Le conté sobre el *oni*, y los *amanjaku*, y mi promesa a Maestro Isao de advertir a los monjes del otro templo acerca de los demonios. Y que tenía que encontrar a Maestro Jiro en el santuario de Hayate para descubrir la ubicación del Templo de la Pluma de Acero. Cuando terminé, Okame-san me lanzó una mirada astuta, como si algo entre lo que había dicho no tuviera mucho sentido.

—Entonces, una horda de demonios ataca tu templo, al mismo tiempo que Kage-san aparece con la espada asesina de demonios —reflexionó—. Eso suena muy conveniente. Supongo que no estaba allí para admirar las hojas.

—No creo que Tatsumi sea bueno para mirar hojas, Okame-san.

—Correcto —Okame suspiró—. Entonces, ¿qué tiene de especial este pergamino, que el asesino de demonios de los Kage y toda una horda de abominaciones de *Jigoku* han aparecido para reclamarlo?

—Yo... no lo sé —tartamudeé—. Maestro Isao nunca me dijo por qué era importante.

La culpa me escocía. Me sentía mal por mentir, pero quizás era mejor que el *ronin* supiera tan poco sobre el pergamino como fuera posible. Lo último que necesitaba era despertar en otra persona el deseo de invocar al Dragón. Ya demasiados parecían competir por lograrlo.

—Bueno... —Okame-san se cruzó de brazos, con una expresión sombría, inusual en él—. Entonces, tu Maestro Isao envió este pergamino presumiblemente a otro templo, y Kage-san decidió acompañarte allí, ¿eh?

—No, en realidad no. Le pedí que lo hiciera.

—Y él estuvo de acuerdo. El samurái antisocial no-memolestes-o-te-mato del Clan de la Sombra aceptó acompañar a una campesina a través de varios territorios hasta un misterioso templo escondido en algún lugar del otro lado del país.

—Mmm... ¿sí?

El *ronin* sacudió la cabeza y se inclinó más hacia mí.

—No ves lo que está pasando, ¿cierto? —murmuró—. Él no te llevará al templo por la bondad de su corazón. Él también quiere el pergamino, Yumeko-chan.

—Por supuesto que lo quiere. Todos quieren el pergamino, Okame-san —podía sentir la caja lacada otra vez, presioné mi piel bajo el *furoshiki* y tuve que esforzarme para no tocar el lugar donde estaba escondido—. Pero le prometí a Maestro Isao que le advertiría al Templo de la Pluma de Acero sobre el ataque de los demonios, y no creo que pueda llegar hasta allí sola, sobre todo si hay un mago de sangre detrás de nosotros. Ya has visto cómo pelea Tatsumi. Su espada fue creada para matar demonios. Él es mi mejor oportunidad de llegar al templo con vida.

—¿Y qué pasará cuando llegues allí, y él les exija el pergamino a los monjes?

—Estoy... todavía estoy trabajando en eso.

Okame-san negó con la cabeza.

—Pues, buena suerte, Yumeko-chan. Personalmente, no sé qué sería más aterrador: un *oni* o un asesino de demonios de los Kage enfadado. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Yo también lo esperaba.

El sol comenzó a ocultarse cuando todavía nos encontrábamos a varios kilómetros del próximo poblado. Cuando las sombras se hicieron más largas y las primeras estrellas comenzaron a aparecer, aceleré el paso para caminar junto a Tatsumi.

—Se está haciendo tarde, Tatsumi-san. ¿No deberíamos buscar un lugar

para pasar la noche?

—Sagimura no está lejos —respondió—. Si no nos detenemos, llegaremos ahí antes de la hora del jabalí¹⁶ —se detuvo un momento, antes de añadir—: Preferiría dormir allí esta noche y no a la intemperie.

Me estremecí. Entonces, él también la percibía: esa sensación de peligro, de ojos fijos en nosotros allí adonde íbamos. De hecho, entre más nos acercábamos a Sagimura, más incómoda me sentía. No sólo era la incógnita mirada, sino que algo se acercaba. Nos perseguía. Nos acechaba.

Y si *Tatsumi* no quería permanecer al aire libre, entonces lo que fuera que estuviera ahí era algo con lo que yo no quería encontrarme.

La luna era un disco de plata sobre nuestras cabezas cuando el camino nos condujo por un puente que cruzaba el Hotaru Kawa. Del otro lado, sobre los distantes arrozales, podía captar los destellos de luz provenientes de Sagimura. Sólo había un problema.

Un extraño se encontraba erguido justo en el centro del puente, con la luz de la luna sobre él y una brillante *katana* desenvainada a su costado.

¹⁶ La hora del jabalí corresponde al periodo entre las 21:00 y las 23:00 horas, que es cuando se cree estos animales están sumidos en el sueño más profundo.

EL DEMONIO EN EL PUENTE

—Oni no Mikoto —susurró Yumeko.

El hombre de la espada nos esperaba en el centro del puente, inmóvil como una estatua. No sabía lo que esperaba del Príncipe de los Demonios, pero ciertamente no era la figura alta y casi elegante que se encontraba frente a nosotros. Vestía pantalones *hakama* azul oscuro y sandalias, pero su pecho estaba desnudo y sus músculos magros expuestos a la luz de la luna. El largo cabello blanco, común en las tierras de Taiyo, caía desatado más abajo de su cintura. Una máscara de *oni* blanca y roja cubría su rostro, su boca se dividía en una amplia sonrisa acompañada de colmillos y unos cuernos curvos sobresalían de su frente. Su espada brillaba a su lado, libre y letal.

—Bueno, mierda —murmuró el *ronin*—. En verdad es Oni no Mikoto, o alguien haciendo su mejor esfuerzo para imitar la leyenda. Lo bueno es que no me impresionan las leyendas. O ese tonto código de honor. No te preocupes, Kagesan —dijo, sonriéndome—. Yo me ocuparé de esto.

Con un movimiento suave, tensó su cuerda y soltó una flecha hacia la figura del puente. Observé, sabiendo que el *ronin* tenía una puntería casi perfecta, preguntándome si lo siguiente que vería sería al desconocido desplomándose hacia atrás con un proyectil en su pecho.

Oni no Mikoto no se movió. No esquivó ni dio un paso atrás. Su espada se movió con rapidez hacia arriba, como un fulgor de plata en la oscuridad, y tiró el dardo a un lado. La flecha resonó contra los rieles antes de caer al río.

—*Sugoi* —exclamó Yumeko, con voz asombrada—. Eso fue... muy rápido. El *ronin* dejó escapar un suspiro suave.

—Sí —dijo. Sonaba casi molesto, incluso intimidado—. Eso lo confirma, entonces. Necesitamos encontrar otro puente.

—No hay otro puente —miré a Oni no Mikoto, impaciente.

El Príncipe de los Demonios nos miró en silencio, al parecer indiferente al hecho de que acababa de recibir un disparo. Pude sentir cómo nos consideraba: el peso de su mirada sobre cada uno de nosotros en turno para ser evaluados. Entonces, esa larga y reluciente espada se alzó y señaló, muy deliberadamente, hacia mí, antes de bajar de nuevo a su lado.

El *ronin* resopló.

—Parece que acabas de ser desafiado, Kage-san. Mejor que seas tú y no yo, aunque quisiera decirlo, yo no tendría que preocuparme por el honor y un combate justo. Supongo que aceptarás el duelo, entonces. Que no querrás arriesgarte a deshonor... supongo que todo, en realidad. A ti mismo, a tu clan, a tus hijos, a tu ganado, al camino que estás recorriendo, a las sandalias que calzan tus pies, a las bolas de arroz en tu mochila...

—¿En verdad? ¿A las bolas de arroz también? —Yumeko frunció el ceño—. No sabía que pudieras deshonorar a tu comida.

—*Todo* puede ser deshonrado, Yumeko-chan. Pregúntale a cualquier samurái. Por supuesto, tal vez te corten la cabeza por haber hecho una pregunta tan deshonrosa.

—Suficiente.

Oni no Mikoto habló. Su voz era tranquila y suave, y tenía un filo cultivado que llamó mi atención. Definitivamente, no se trataba de un vagabundo *ronin* ni de un bandido; casi sonaba como Kage Masao, el bien educado cortesano y consejero de la dama Hanshou.

—Kage-san —continuó el Príncipe de los Demonios—, si no había quedado claro antes, te reto a un duelo para demostrar quién es poseedor de una destreza superior. Si deseas cruzar, deberás derrotarme primero. Por supuesto, puedes dar la vuelta y marcharte sin consecuencias. No tengo ningún interés en los cobardes.

Kamigoroshi estalló entusiasmada y casi alegre. Ignoré el excitante latido

de la espada e hice un gesto a Yumeko y al *ronin*, a unos pocos pasos de distancia.

—¿Qué hay de mis compañeros?

—La niña puede cruzar, si así lo desea. El *ronin*... —noté que su mirada se movía bajo la máscara y su voz adquirió el más tenue filo—. Prefiero que permanezca a mi vista, aunque sólo sea para evitar una flecha en mi espalda una vez que cruce el puente.

Para cualquier samurái, una declaración como ésa sería un insulto imperdonable, dado que implicaba que atacaría desde atrás como un cobarde, pero el *ronin* sólo se encogió de hombros.

—No te preocupes por mí —el *ronin* alejó su arco y se acomodó contra la barandilla—. No hay forma de que me pierda esto. Sólo estoy decepcionado de que no haya aquí una sala de juegos para hacer mi apuesta. Me iría siendo un hombre rico.

Casi pude sentir el desdén proveniente del extraño enmascarado frente a mí. Apostar, en especial sobre la vida de otra persona, era algo en lo que los delincuentes, los mercaderes y las multitudes de más baja clase participaban. No un samurái respetable.

—Yumeko —dije cuando encontré a la chica rondando cerca de la barandilla—. Deberías avanzar. Sagimura está del otro lado del puente: encuentra una posada y espéranos allí. No deberíamos tardar mucho.

—¿Qué? No iré a ningún lado —Yumeko miró a Oni no Mikoto, luego se volvió hacia mí, con una mirada confundida—. Este duelo es a muerte, ¿cierto?

Miré a mi oponente. Existían varios tipos de duelos. Algunos usaban *bokken*, espadas de práctica de madera, para probar quién era más habilidoso sin que hubiera derramamiento de sangre. Algunos duelos terminaban con la primera sangre y, aunque podían ser mortales, a menudo concluían sin fatalidades. Entre los habilidosos samuráis, se favorecían los duelos de *iaijutsu*, en los que dos espadachines comenzaban separados por un brazo de distancia con sus espadas enfundadas, y el primero en desenvainar su espada y cortar a su oponente era el ganador del combate. Éstos también podían ser mortales, pero la muerte no era una conclusión obligatoria.

—Sí —dijo Oni no Mikoto con calma—. Como yo soy el retador, te permitiré elegir el tipo de duelo que prefieras, ya sea *iaijutsu* o algún otro. Pero no habrá una primera sangre, no se dará cuartel ni rendición. Esto será a muerte. Sólo uno de nosotros cruzará este puente esta noche, a menos que quieras dar media vuelta y regresar.

—¿Por qué? —preguntó Yumeko—. ¿Qué ganas al matar gente? ¿En verdad eres un demonio?

—¿Un demonio? —el extraño enmascarado sonó sorprendido. La miró fijamente, y luego sacudió la cabeza—. No lo entenderías —le dijo con tono amable—. Aquéllos sin pasión nunca pueden comprender el impulso de la perfección. No soy un demonio. Soy sólo un artista que, durante años, careció de un lienzo para practicar. Dedicué mi vida a la espada, a perfeccionar el equilibrio entre mi sable y yo mismo. Pero sostener duelos con espadas de madera, o ser forzado a detenerse a la primera sangre, es como pintar una imagen con sólo la mitad de los colores. Los duelos *seguros* que luché me entorpecieron y no aprendí de ellos. La única forma de poner a prueba mis habilidades es luchar sin limitaciones. Sólo entonces sabré si he alcanzado la perfección.

—Pero... matas a la gente —dijo Yumeko—. Te escondes en los puentes y emboscas a los viajeros sólo para demostrar que eres mejor con la espada. ¿Por qué?

—¿Me escondo? —el extraño sonaba divertido—. Qué imagen tan desagradable. Si fueras un hombre, te pediría que respaldaras tu insulto con acero. Oni no Mikoto no se *esconde*. Yo desafío, y luego ofrezco una elección clara. Cualquiera puede rechazar el duelo. Ha habido varios que han reconocido a un oponente superior y han rechazado el desafío, sin que eso represente una pérdida de honor para ellos. No deseo luchar contra aquéllos que no son dignos. El reconocimiento de que están en desventaja me ahorra tiempo valioso, lo cual aprecio. Pero con demasiada frecuencia encuentro que mis oponentes son jactanciosos y confiados, y tienen una opinión mucho más alta de sí mismos que no se justifica con sus habilidades. Espero que ése no sea el caso con tu compañero.

”Entonces, Kage-san —esa máscara de *oni* pálido se volvió hacia mí—,

humildemente espero tu respuesta. ¿Tú, como muchos lo han hecho antes, darás la vuelta y te marcharás? ¿O te enfrentarás a Oni no Mikoto con honor y cruzarás espadas con él esta noche?

—Ninguna de las dos.

Pude sentir su sorpresa, a pesar de que la máscara del demonio no lo delataba. El *ronin* estaba equivocado: los ideales de honor y gloria significaban muy poco para mí. No tenía orgullo en qué apoyarme, ni pérdida de prestigio que soportar. A pesar de las apariencias, yo no era un samurái: yo era un *shinobi* de los Kage, uno que atacaba desde las sombras, que usaba las distracciones y los trucos para superar a mis enemigos. Los *shinobi* ya eran vistos como asesinos deshonorosos, porque los verdaderos *bushi* enfrentaban a sus enemigos de frente y no se rebajaban a esconderse en la oscuridad. Yo tenía mi honor personal y seguía el código del Clan de la Sombra, pero el *bushido* no era tan importante como completar mi misión, al precio que fuera.

Si hubiera podido evitar esta batalla, lo habría hecho. Pero Oni no Mikoto era un obstáculo, y tomaría demasiado tiempo encontrar otro camino.

—Preferiría no pelear aquí —le dije, sintiendo cómo Hakaimono se elevaba como un tifón lleno de sangre—. Pero te interpones en mi camino, y tengo que completar una misión. No voy a cruzar espadas contigo, voy a abrir un camino directo hacia el otro lado.

—¡Excelente! —Oni no Mikoto sonó extático—. Me honras con tu aceptación. Ven entonces, Kage-san. Veamos qué habilidades son más precisas.

—Yumeko —dije, sin quitar los ojos de mi oponente—, retrocede. Ésta es mi pelea, ¿entiendes? No intentes interferir.

Por el rabillo del ojo, la vi dar un paso hacia mí.

—No mueras —ordenó en voz baja—. Prometiste llevarme al Templo de la Pluma de Acero. Sería muy grosero romper tu promesa así, Tatsumi-san.

—No voy a morir —le dije. Dentro, Hakaimono se estaba volviendo más fuerte, una marea creciente de violencia y sed de sangre—. Ve —repetí—, ponte a salvo. Esto terminará pronto.

El *ronin* se levantó de la barandilla.

—Esto será interesante —dijo, y retrocedió varios metros por el puente

para concedernos suficiente espacio. Después de un momento, Yumeko lo siguió.

Me enfrenté a Oni no Mikoto sobre el centro del río; la luna brillaba sobre los dos, iluminando el puente. Una brisa fría siseaba a través de las tablas desde el agua, agitando mi ropa y sacudiendo su largo cabello.

—¿Tu espada tiene un nombre, Kage-san? —preguntó Oni no Mikoto.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Soy un erudito del acero. He estudiado la historia del manejo de la espada en Iwagoto, sus mejores guerreros y sus herreros de armas, y con los años, los nombres de algunas espadas especiales han aparecido una y otra vez. La espada del Emperador, Gloria del Amanecer. El par de espadas del famoso duelista, Mizu Sasaki. Si tu espada tiene un nombre, me agradecería mucho escucharlo. Sería un gran honor cruzar las espadas con un arma que forma parte de los pergaminos de la historia.

—No hay honor en el nombre de esta espada.

Oni no Mikoto inclinó la cabeza, como si me mirara por primera vez.

—Tú... eres del Clan de la Sombra —dijo lentamente—. No hay más que dos espadas notables que se originaron dentro de los Kage. Sasori, la espada del *daimyo* del Clan de la Sombra... y la espada maldita que trajo destrucción a la Tierra y estuvo a punto de borrar a los Kage de la existencia.

Sentí una espontánea sonrisa arrastrarse en mi rostro, mientras me escuchaba pronunciar palabras que no eran enteramente mías.

—Un verdadero *oni* sabría que no debe cruzar espadas con Kamigoroshi.

—Así que es verdad —susurró Oni no Mikoto, con un tono ligeramente asombrado—. Tú eres el poseedor de Asesina de Dioses, la espada maldita de los Kage.

Tomé aliento, empujé la otra presencia hacia abajo y recuperé mi voz.

—Puedes volverte —le dije en voz baja, mientras Hakaimono gruñía, molesto—. A Kamigoroshi no le importa qué alma devora, ya sea humana o de demonio. Todavía es tiempo para que retires. Tú mismo lo dijiste: no es una deshonra reconocer a un oponente superior.

—Kage-san —Oni no Mikoto dio un paso adelante. Estaba temblando,

pero me di cuenta de que no era a causa del miedo, sino de entusiasmo—. Ésta es la pelea que he buscado toda mi vida. Mucho tiempo he esperado a un oponente digno, alguien que me empujara más allá del límite de mis habilidades. ¿Cuántos pueden decir que han luchado contra una leyenda? ¿Cuántos pueden decir que se han enfrentado con la espada que destruyó casi por sí misma a uno de los Clanes Mayores? No, Kage-san, no renunciaré a esta batalla —levantó su propia arma con las dos manos y la espada curva brilló entre nosotros como un rayo de luna—. Soy Oni no Mikoto, la espada invicta del Taiyo, y será un honor batirme en duelo contra ti.

Dudé un momento más, luego desenvainé lentamente a Kamigoroshi. Aullaba con ansia y su funesta luz violeta se derramó sobre las tablas.

Nos enfrentamos en el puente, inmóviles, mientras el viento tiraba de nuestro cabello y nuestra ropa. Permanecí firme, con Kamigoroshi libre a un costado, mientras que Oni no Mikoto hacía lo mismo, con su espada recta más allá de sus manos. El tiempo pareció desacelerarse mientras cada uno medía a su oponente, evaluaba las fortalezas y debilidades, esperaba por ese momento en que ambos explotáramos en la batalla.

Todavía no, pensé, mientras Oni no Mikoto cambiaba ligeramente su postura, llevando un pie detrás del otro. Apreté mi agarre sobre Kamigoroshi y sentí mis músculos tensarse y la impaciencia de Hakaimono, ansioso de sangre. Él va a atacar con velocidad. Prepárate.

Con un estruendo y entre tablas convertidas en astillas, una enorme criatura serpentina surgió de debajo del puente y se elevó casi cinco metros entre nosotros. La luz pálida brilló en un caparazón endurecido, y docenas de patas amarillas segmentadas se deslizaron sobre las tablas mientras la criatura se arrastraba hacia el puente. Una bulbosa cabeza carmesí se giró para mirarme y el icor verde goteó de mandíbulas que parecían hoces, mientras el *omukade*, un ciempiés gigante devorador de hombres, se levantaba con un siseo penetrante, listo para atacar.

EL GRAN *OMUKADE*

Sentí que el alma caía hasta mis pies.

Un ciempiés monstruoso se elevaba imponente en el aire, sobre Tatsumi y Oni no Mikoto, haciendo que fueran ellos los que parecían insectos. Su caparazón segmentado era de color negro azabache, su cabeza era carmesí brillante y dos mandíbulas letales se abrían como un par de guadañas mientras aceleraba hacia Tatsumi.

El guerrero lo esquivó, saltando a un lado, y llevó a Kamigoroshi a través de la espalda del ciempiés en un relampagueo de luz púrpura. Pero la hoja chirrió sobre la quitina que parecía armadura, dejando una cicatriz abierta en el caparazón pero incapaz de atravesarlo.

—¡Mierda! —Okame-san se apresuró hacia atrás cuando el monstruo giró sobre Tatsumi, sus docenas de patas golpearon las tablas, y arremetió de nuevo. Una vez más, el asesino de demonios saltó a un lado, y las tenazas se hundieron en la barandilla detrás de él, rebanando limpiamente la madera como si fuera papel de arroz. Tatsumi cortó al enorme *yokai*, esta vez apuntando hacia las brillantes patas amarillas. Con un chorro de icor verde, tres apéndices cercenados resonaron en el puente, retorciéndose y pataleando alrededor, pero el *omukade* se retorció para seguirlo, sin detenerse ni por un instante.

Una flecha rebotó en el brillante caparazón, luego otra, y una tercera.

—Maldición —gruñó Okame-san mientras disparaba una cuarta flecha

hacia la cabeza del monstruo, que se deslizó por la parte superior de su cráneo. El ciempiés ni siquiera levantó la vista—. *Kuso* —escupió el *ronin*, buscando otro proyectil—. Asqueroso bastardo. Cada punto está endurecido. A este paso, se comerá a Kage-san y luego vendrá detrás de nosotros.

Oni no Mikoto apareció de repente, saltó sobre el cuerpo largo y retorcido del centípedo y levantó su espada sobre su cabeza. El *omukade*, que seguía enfrentando a Tatsumi, no percibió al enmascarado hasta que el Príncipe de los Demonios lo cortó con su espada. Como había pasado con Kamigoroshi, el acero chirrió con el grueso caparazón del monstruo, y el ciempiés se giró hacia él con un siseo.

Cada punto está blindado.

—Okame-san —jadeé, volteando hacia el *ronin*, que encajaba otra flecha en su arco—. ¡Los ojos! Los ojos no están protegidos. Apunta a los ojos.

—¿Qué? —Okame-san bajó su arco y me miró boquiabierto, luego al ciempiés.

El enorme *yokai* se sacudía en el centro del puente, pegado a Tatsumi y Oni no Mikoto mientras ellos intentaban desesperadamente evitar quedar atrapados entre sus enormes pinzas. Tatsumi atacó con Kamigoroshi cuando la cabeza del ciempiés serpenteó hacia abajo, y el monstruo retrocedió, rechinando con furia sus mandíbulas.

—Maldita sea, se mueve demasiado —gruñó Okame-san mientras apuntaba con su arco hacia el enorme *yokai*—. Y su ojo es del tamaño de un pequeño *kaki*, así que será en verdad difícil tener una oportunidad. Si el bastardo dejara de moverse, sólo necesito que esté quieto por un segundo...

Pasé saliva con fuerza.

—Sigue apuntando —le dije, dando un paso adelante—. Haré que se detenga.

Caminé hacia el borde del puente y observé la batalla que se desarrollaba en el centro: Tatsumi y Oni no Mikoto intentaban hacer mella en la armadura del ciempiés, con pocos resultados. El ciempiés había perdido varias patas más, que yacían esparcidas sobre las tablas y se retorcían débilmente, pero no parecía que la pérdida de algunas extremidades fuera un obstáculo para él. Con el corazón latiendo con fuerza, puse el pulgar y el índice en mi boca e

hice lo que siempre había molestado a Denga.

Un largo y penetrante silbido resonó sobre el puente. El *omukade* se congeló ante el sonido y levantó la vista. Durante un breve momento, su fría y pequeña mirada se encontró con la mía, justo antes de que una flecha flotara sobre mi cabeza y se incrustara en el centro de uno de sus bulbosos ojos negros.

El *yokai* gimió. Su enorme cuerpo se sacudió con violencia, chocó contra los postes y las barandillas, rompió las vigas y astilló la madera. Tatsumi y Oni no Mikoto rápidamente se separaron, pero el Príncipe de los Demonios fue golpeado por una espiral retorcida que lo arrojó al borde del puente. Vi su delgada figura caer hacia el río, con el largo cabello pálido fluyendo detrás de él, antes de que golpeará el agua y desapareciera bajo la superficie.

Y luego, volví a mirar el puente y me di cuenta de que el *omukade* me observaba con un único ojo sano. Las mandíbulas le temblaban de ira.

Bueno, sin duda eso llamó su atención.

Di media vuelta y corrí mientras el monstruo embestía con un chillido, y sus múltiples patas se deslizaban sobre el puente. No me atreví a mirar atrás, pero el furioso chasquido chirriante de las fauces del ciempiés me hizo saber que se acercaba con rapidez.

Árbol, árbol, ¡necesito un árbol!

Al ver un pino retorcido al borde de la orilla del río, cambié de dirección, me lancé hacia él y levanté una hoja del suelo a mi paso. Mientras me acercaba al árbol, susurré unas palabras de magia de zorro y solté la hoja justo antes de esconderme detrás del tronco. Y esperaba que ninguno de los otros viera a la segunda Yumeko aparecer, encogida en la base del pino.

Al otro lado del tronco, contuve la respiración, rezando para que el *omukade* no viera a través de la ilusión. No tenía que haberme preocupado, porque con un chirrido que hizo que mis oídos zumbaran, el centípedo se estrelló de cabeza contra el tronco. Sentí el sonido sólido de sus mandíbulas cortando a través de la falsa Yumeko, hundiéndose profundamente en la madera y haciendo que el árbol se sacudiera.

Mientras el ciempiés se movía, intentando soltarse, salté a la primera rama que sobresalía del tronco, me empujé hacia arriba y de inmediato alcancé otra.

Años de escalar el viejo arce en los jardines del templo hacían que subir fuera sencillo, y el miedo al monstruo que se encontraba abajo me hizo ser más veloz.

Estaba a medio camino del árbol cuando el *omukade* se soltó entre las astillas de la corteza del árbol. Miré hacia abajo y me encontré con su mirada tajante y desalmada mientras se asomaba hacia lo alto del pino y emitía un furioso siseo. Rechinando sus pinzas, comenzó a escalar: docenas de brillantes patas amarillas se movieron por el tronco a una velocidad aterradora.

Subí más alto, escuchando el siseo y las raspaduras del *yokai* mientras me perseguía. A medida que las ramas se hicieron más pequeñas y más estrechas, el ciempiés comenzó a disminuir su velocidad. Su cuerpo era tan largo, que era capaz de alcanzar incluso las ramas más altas sin mucho esfuerzo, pero el árbol comenzó a balancearse y gemir bajo el peso del monstruo.

Al final, no había otro lugar adonde pudiera correr. Ya había alcanzado la cima del árbol, y el ciempiés seguía subiendo. Apreté mi *tanto* y trepé lo más alto que pude, sin dejar de mirar el bulboso cráneo carmesí avanzando a través de las ramas por debajo de mis pies. Con sus fauces raspando juntas, se deslizó por el tronco hacia mí. El pino crujió y gimió, y el tronco se dobló y se balanceó peligrosamente, pero aguantó.

Cuando se acercó y pude ver cada detalle de su horrible y segmentado cuerpo, me di cuenta de algo: la mitad superior de la enorme criatura estaba cubierta por ese caparazón negro brillante que detenía flechas y espadas. Pero la parte inferior, entre las docenas de patas movedizas, parecía ser más suave, casi rolliza. No era la impenetrable armadura que cubría su mitad superior. Pero cómo llegar ahí abajo era la pregunta.

Levanté mi *tanto* con una mano y comencé a reunir magia con la otra, con la esperanza de que una explosión desesperada de fuego fatuo en su cara lo distrajera o lo asustara lo suficiente para que yo pudiera... hacer algo.

—¡Yumeko!

La familiar voz resonó debajo de mí... cerca de mí. Eché un vistazo hacia abajo y encontré a Tatsumi en una rama inferior, con Kamigoroshi envuelta en llamas púrpura, proyectaban sobre el asesino de demonios una luz espeluznante. Sus ojos parecían brillar mientras extendía su otra mano en

dirección a mí.

—Salta —ordenó, haciendo que mi alma se fuera al suelo—. Ahora.

Tragué saliva.

—Es un camino terriblemente largo hasta allá abajo, Tatsumi.

—Te atraparé —respondió—, lo prometo. ¡Apúrate!

Bueno, entre ser devorada por un ciempiés o morir de una caída, supongo que elegiría lo segundo. Mientras el *omukade* arremetía con un siseo, me armé de valor y salté del tronco; un alarido se alojó en algún lugar de mi garganta mientras me desplomaba. Apenas tuve tiempo de entrar en pánico cuando algo me sostuvo por la cintura y detuvo mi caída. Tatsumi me jaló a la rama y me puso en pie, todavía sosteniendo a Kamigoroshi en su otra mano. Me sorprendió lo fuerte que era: había sido capaz de atrapar un cuerpo en plena caída con un solo brazo, desde un borde angosto e irregular, sin perder el equilibrio.

Cuando lo miré a la cara, un escalofrío recorrió mi espalda. Sus ojos estaban brillando, una sutil luz carmesí resplandecía en sus profundidades, y lo hacía parecer completamente inhumano.

—¿Estás herida? —preguntó, y su voz sonó un poco diferente también. Más grave, de alguna manera más oscura, pero tensa. Como si estuviera en conflicto con... algo.

—La parte inferior no está protegida —le dije y noté cómo sus ojos se entrecerraban confundidos—. El caparazón, la armadura, no la tiene en su vientre. Tienes que atacar desde abajo.

Sus ojos se agrandaron, y asintió. Por encima de nosotros, el *omukade* balanceó cabeza y cuerpo hacia nuestra rama, siseando y rechinando sus mandíbulas. Todavía sosteniéndome por la cintura, Tatsumi cayó abruptamente de la rama hacia otra más abajo. Reprimí un grito y me resistí a la urgencia de agarrarme de su *haori*, mientras él me ponía en pie y miraba hacia el largo cuerpo del *omukade*, que se retorció por las ramas superiores. La cabeza nos miró con malicia, siseó y comenzó a deslizarse entre las ramas en su persecución.

—¿Puedes atraerlo? —preguntó Tatsumi en voz baja—. ¿Conseguir que te persiga?

Me di cuenta de lo que estaba tratando de hacer, y asentí temblorosa.

—No creo que eso sea un gran problema —jadeé, mientras por encima el *omukade* serpenteaba a través de las ramas detrás de nosotros, rechinando sus mandíbulas.

Tatsumi asintió.

—Ve —ordenó, y escapamos. Nos escurrimos por el tronco hacia abajo hasta caer en las ramas bajas, mientras intentábamos superar al enorme *yokai* que se deslizaba por las ramas como una serpiente. Cerca de la mitad del camino, me di cuenta de que Tatsumi había desaparecido, o ya no podía verlo a través de las hojas y ramas.

Algo pasó zumbando más allá de mi rostro y me sobresalté, justo cuando una flecha se estrelló contra la piel del ciempiés. Siseando furioso, se detuvo y miró a su alrededor en busca del atacante repentino, tal vez recordando el impacto de la flecha que le había cegado un ojo.

—¡Okame-san, espera! —llamé, mirando al *ronin*. Se paró debajo del árbol con una expresión sombría en el rostro, mantenía el arco en alto y apuntaba hacia el ciempiés. Ante mis palabras, hizo una pausa y bajó su arma, pero en ese momento de distracción, mis dedos perdieron la rama, tropecé y caí algunos metros. Con el pulso acelerado, actué de inmediato y sentí que mi palma encontraba una nueva rama y detenía mi caída. Escuché el grito de alarma de Okame-san mientras me balanceaba, con los pies colgados sobre el espacio vacío, y aferré con desesperación la rama con la otra mano.

Algo cálido goteó en la parte posterior de mis nudillos. Tragando saliva, levanté la vista y vi un par de pinzas negras brillantes, apenas a un metro de distancia, que se abrían para arrancarme la cabeza. Al mismo tiempo, un borrón de oscuridad pasó rápidamente por encima de la bestia: Tatsumi corría a toda velocidad por una rama y deslizaba a Kamigoroshi a través del vientre expuesto del *omukade*.

El centípedo chilló, levantándose mientras se partía en dos; un chorro de icor verde y amarillo brotó sin misericordia. Su mitad superior, ahora separada del resto del cuerpo, se resbaló por las ramas del árbol y colapsó en el suelo sobre su espalda; las patas se rizaron frenéticamente mientras luchaban por enderezarse.

—¡La cabeza, Okame-san! —grité sobre el siseo furibundo del enorme *yokai* mientras se retorció y peleaba, demasiado poderoso para morir incluso ahora—. ¡Córtale la cabeza... eso tendrá que terminar con él!

La comprensión iluminó los ojos del *ronin*, y se volvió hacia el monstruo dolorido. Pero antes de que él pudiera reaccionar, Oni no Mikoto se acercó al *yokai*, blandió su espada y atravesó las fauces aún chirriantes del monstruo. La bulbosa cabeza carmesí rodó hacia atrás, las espasmódicas patas se quietaron y las letales hoces por fin dejaron de moverse, cuando el gran *yokai* reconoció la derrota.

Solté un suspiro de alivio y entonces intenté subir a la rama; mis manos habían comenzado a resbalarse y me pareció que sobrevivir al ataque de un gran *omukade* sólo para después caer de un árbol y romperme el cuello era un terrible desenlace.

La rama tembló, y un par de botas *tabi* aparecieron al lado de mis dedos. Levanté la vista para encontrarme a Tatsumi parado ante mí; Kamigoroshi se mantenía libre a su lado. Su expresión era escalofriante: una leve y curiosa sonrisa adornaba sus labios, como si esta situación le pareciera divertida y estuviera considerando qué hacer a continuación.

—¿Tatsumi? —jadeé, mientras continuaba parado allí, mirándome—. ¿Qué... qué estás haciendo? Ayúdame.

Por un momento, él continuó parado allí, mirándome de esa manera que me erizaba la piel. Kamigoroshi refulgió y pulsó, y en la luz misteriosa, los ojos de Tatsumi brillaron rojos, con las pupilas rasgadas como las de un gato.

En ese momento una de mis manos resbaló, y grité cuando me solté de la rama.

Unos dedos fuertes se cerraron alrededor de mi muñeca en un agarre de acero, me levantaron y tiraron de mí hacia la rama. Jadeando, me sujeté con firmeza al *haori* negro frente a mí. Mi corazón latía acelerado en mis oídos, mientras esperaba que mis brazos dejaran de temblar y el pulso volviera a la normalidad.

—Yumeko —la voz de Tatsumi sonaba tensa, pero de alguna manera, normal. Se había puesto muy duro, con los brazos rígidos a los costados, y podía sentir su corazón latiendo bajo mi palma. De repente me di cuenta de

que estábamos muy cerca, nuestros pechos casi se tocaban y nuestros rostros estaban separados por apenas unos centímetros. El extremo angosto del pergamino se presionaba dolorosamente contra mis costillas.

—*Gomen!* —dije con el rostro ardiente y me alejé, cambiando mi peso para balancearme en la estrecha rama.

Se relajó pero continuó mirándome con expresión sombría, sus ojos vueltos a la normalidad. A pesar de la vergüenza, sentí un pequeño alivio. No había ni rastro del temible Tatsumi de ojos carmesí que pensé haber visto hacía sólo unos segundos. Tal vez no había sido real. Quizas, en la luz espeluznante que venía de Kamigoroshi, lo había imaginado, después de todo.

—*Oiii!* —gritó una voz desde abajo—. ¿Yumeko-chan? ¿Kage-san? ¿Están bien?

—*Hai*, Okame-san! —respondí—. Estamos bien, y en un momento estaremos abajo.

Pocos minutos más tarde, nos encontrábamos todos reunidos en la base del árbol. El enorme cadáver del *omukade* se levantaba sobre nosotros, tanto en el suelo como colgando todavía de las ramas. Me pregunté qué pensarían las personas que pasaran por allí si miraban hacia arriba y descubrían dos tercios de un ciempiés gigante enroscado alrededor de las ramas del árbol.

—Eso —dijo Okame-san cuando Tatsumi y yo caminamos— fue asqueroso. ¡Miren esa cosa! No me importa qué tan antiguo y especial fuera, no existe una razón lógica para que los gusanos crezcan tanto.

—Debe ser antiguo —dije, mirando al monstruoso cadáver.

—Pero... ¿por qué vino detrás de nosotros? Es como si hubiera sabido exactamente dónde estábamos.

—No importa.

El Príncipe de los Demonios se volvió hacia Tatsumi.

—El monstruo está muerto —anunció, como si ser atacado y matar a un ciempiés gigante fuera algo común. Algo que hacía todas las noches antes de tomar el té—. Resultamos victoriosos, y la noche aún es joven. Ahora que no hay más interrupciones, ¿continuaremos nuestro duelo, Kage-san?

UNA OFERTA PARA EL PRÍNCIPE

—¿*Nani*? —Yumeko lo miró fijamente—. ¿Ahora? —agitó un brazo hacia el cadáver gigante, que filtraba un fluido verdoso en la hierba pisoteada—. Apenas sobrevivimos de ser comidos por un ciempiés gigante. ¿Éste es en verdad el mejor momento para seguir luchando?

—El duelo fue pactado —dijo Oni no Mikoto con voz razonable—. Dejando de lado las interrupciones, el honor exige que continuemos hasta que se determine un claro vencedor. Kage-san —inclinó la cabeza hacia mí—. ¿Regresaremos al puente? Estoy listo.

Asentí con cansancio. Si ésa era la única forma de cruzar, entonces tendría que despedazarlo. No era necesariamente lo que yo quería; él había mostrado su valía en la lucha con el *omukade* y se había negado a escapar aun cuando habría sido la elección más sabia. Y por los destellos que había captado de su pelea, él era veloz y habilidoso, tal vez el mejor espadachín que me hubiera encontrado. Sería un oponente mortal.

Pero él no iba a permitir que me marchara, y yo todavía tenía una misión que completar. Si quería este duelo, entonces le daría una muerte honorable.

—Esperen —Yumeko dio un paso adelante mientras comenzábamos a caminar hacia el puente—. Oni no Mikoto, detente.

—Chica campesina —Oni no Mikoto se volvió, y su voz, aunque cortés, sonó fría—. Viajas con Kage-san, así que supongo que eres su criada o alguien bajo su protección. Pero la servidumbre no da órdenes a los samuráis. Ahora

te ofrezco una cortés advertencia, porque el próximo guerrero que encuentres podría ofenderse en verdad.

Yumeko parpadeó, pero no se acobardó ni retrocedió.

—*Sumimasen* —le dijo a Oni no Mikoto—. ¿Se supone que tendría que inclinarme? Se supone que debo inclinarme, ¿cierto?

El *ronin* soltó una risita.

—En realidad, creo que él esperaba que te postraras a sus pies. Eso suele suceder cuando los campesinos se encuentran con samuráis.

—Lo siento —continuó Yumeko—. No quise ofender. Crecí en un templo y nunca había tenido que hablar con samuráis antes. Mmm, sólo lo he hecho con Tatsumi-san, y a él parece no importarle —levanté una ceja al escucharla, pero nadie me estaba mirando—. No soy muy buena con los protocolos —continuó Yumeko—. Pero en verdad no deseo ofender. ¿Debería arrojarme al suelo ahora, Oni-sama?

—No —Oni no Mikoto suspiró—. Sólo... ¿qué es lo que quieres, niña?

—Si Oni-sama quisiera escucharme un momento —continuó Yumeko—, y mirar el ojo derecho del *omukade*. ¿Qué es lo que ve?

El Príncipe de los Demonios miró al *yokai*. La cabeza del *omukade* yacía allí, con las fauces abiertas en un último y furioso gruñido, y algunas de sus patas todavía temblaban con espasmos mortuorios.

—Una flecha —dijo Oni no Mikoto, mirando el ojo arruinado, donde el eje era fácilmente visible a la luz de la luna. Hizo una pausa, juntando las piezas y comenzando a comprender mientras tomaba lentamente aliento—. Entonces... —echó un vistazo hacia Okame-san—. Entonces, fuiste tú quien disparó al monstruo —dijo, como si acabara de darse cuenta—. En el puente cuando atacó por primera vez, Kage-san y yo no lográbamos hacer nada contra él. Ninguno de nuestros golpes podía herirlo, pero... —volvió a mirar el ojo— algo lo turbó. Ése fuiste tú.

El *ronin* se encogió de hombros.

—Pude haber golpeado a esa cosa —respondió y asintió hacia la chica—, pero Yumeko-chan fue la que llamó su atención y me dijo dónde disparar. ¿Quieres agradecerle a alguien por no haber terminado como comida de ciempiés?, agrádecele a ella.

—Ya veo —Oni no Mikoto se volvió para mirar a Yumeko de nuevo—. Entonces, al parecer tengo una deuda de gratitud contigo —dijo, y aunque su postura era rígida, su voz se mantuvo educada—. Eso es lo que quieres, ¿no es así, niña? La bendición de un samurái. Muy bien —se enderezó—. Te concederé este favor. Sin embargo, debes entender esto: *no* abandonaré mi duelo con Kage-san —su mirada se deslizó hacia mí—. Ésta es una batalla por la que he esperado desde que levanté mi espada por primera vez, y no voy a renunciar a ella. Puedes pedir cualquier cosa menos eso.

—Muy bien, Oni-sama —dijo Yumeko—. Si no puede estar de acuerdo en no luchar, entonces concédame esto en su lugar: posponga el duelo.

El Príncipe de los Demonios pareció desconcertado.

—¿Posponerlo?

—Sí —confirmó ella—. Me doy cuenta de que esto es importante para usted, pero yo tengo una misión crucial que completar, y Tatsumi-san prometió acompañarme hasta que ésta concluya. Él es mi escolta a la ciudad capital, y no puedo permitir que muera antes de que yo cumpla con mi tarea.

—No *puedes*... permitir —Oni no Mikoto parpadeó hacia ella detrás de su máscara, mirando confundido primero, aturdido después. De manera inesperada, se inclinó en una pronunciada reverencia—. Perdóneme, mi señora —dijo con seriedad—, no estaba al tanto de su posición. La confundí con una simple campesina, pero si Kage-san es su *yojimbo*, he cometido un grave error. Humildemente le suplico perdón por mi error de juicio.

Fruncí el ceño, un poco molesto por tal suposición. Yo no era el guardaespaldas de nadie. Nadie salvo los Kage me daban órdenes. Sin embargo, no iba a corregir la conclusión del espadachín. Si él pensaba que Yumeko era una dama y yo era su *yojimbo* que la protegía en los caminos, entonces que así fuera. Podría ahorrarnos preguntas después.

—Sí, deberías sentirte avergonzado —interrumpió el *ronin*, señalando a la chica—. Obviamente, una simple campesina no podría estar bajo la protección del infame asesino de demonios de los Kage, porque los campesinos no pueden tener misiones u objetivos ni nada significativo en sus vidas, salvo servir a los samuráis. Seguramente, ella debe ser una doncella del santuario, o una *onmyoji* errante. Ésa es la única explicación para esta farsa, ¿no es así,

Oni-san?

Si hubiera sido cualquier otra persona, la explicación habría tenido sentido. Yumeko había crecido en un templo y hablaba sobre su Maestro Isao todo el tiempo. Monjes, doncellas de los santuarios y *onmyoji* tenían una posición diferente en Iwagoto; no eran parte de la casta guerrera y, técnicamente, eran considerados campesinos, pero eran respetados por su sabiduría y su iluminación, y reconocidos como educadores, maestros de su arte o consejeros espirituales. Los *onmyoji*, en particular, eran venerados entre los samuráis y los campesinos por igual; eran adivinos, exorcistas, clarividentes y especialistas en el mundo de los espíritus, y eran muy apreciados por sus talentos. Debido a que muchos *onmyoji* viajaban por tierra, y debido a que típicamente trataban con todo tipo de fantasmas, *yokai* y espíritus inquietos, mi camino se había cruzado con el de ellos en más de una ocasión.

Era poco probable, pero no imposible, pensar que Yumeko pudiera ser un *onmyoji* errante y que había solicitado la ayuda del asesino de demonios del Clan de la Sombra para actuar como su guardaespaldas. Pero había estado viajando con el irreverente *ronin* el tiempo suficiente para reconocer su velado sarcasmo y su desdén por la casta guerrera y sabía que estaba engañando y burlándose del otro sin decir una mentira descarada.

—Pero, Okame-san —comenzó Yumeko—, yo no...

—Además —el *ronin* continuó en voz alta—, ¿éste es el mejor momento para seguir luchando? Tú te caíste en el río, y Kage-san parece agotado. Si éste es realmente el duelo que has estado esperando toda la vida, ¿en verdad quieres continuar ahora, cuando ninguno de los dos está en su mejor momento?

—Mmm... —el Príncipe de los Demonios se cruzó de brazos—. Tienes un excelente punto —admitió a regañadientes—. Si luchamos ahora, ¿cómo sabré si fue la habilidad la que imperó en la batalla, y no la suerte ciega o la desgracia? Si queremos batirnos en un duelo, ambos debemos estar preparados y no dejar nada al azar. Muy bien —asintió con firmeza y se volvió hacia Yumeko—. Mi señora —dijo—, por favor, permítame seguirlos a usted y a sus acompañantes a la ciudad capital y adonde los lleve su viaje.

Sobresaltado, entrecerré los ojos, mientras Yumeko se enderezaba. Al

parecer, ella tampoco había esperado esto.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Conozco el camino a Kin Heigen Toshi —continuó Oni no Mikoto—. He vivido allí durante muchos años, y mi nombre tiene mucho peso. Me sentiría muy contento de ofrecer asistencia mientras dirige sus asuntos en la capital.

—No necesitamos ayuda —le dije—. Gracias, pero podemos arreglarnos por nuestra cuenta.

—Perdóname, Kage-san —Oni no Mikoto sonaba divertido mientras me miraba—, pero acabamos de ser atacados por un monstruo ciempiés gigante. Puede que no sepa mucho sobre los demonios, pero debo suponer que no fue un asalto al azar.

”La vida de un asesino de demonios debe ser peligrosa —continuó Oni no Mikoto, mientras la inquietud se agitaba en mi interior. Aquí ya había otro que sabía demasiado sobre el Clan de la Sombra y Kamigoroshi. Otro que tal vez tendría que matar, si el clan lo ordenaba—. Sobre todo, si está actuando como guardaespaldas de una *onmyoji*. El camino por delante podría estar lleno de peligros y de criaturas malvadas, y proteger tanto a tu carga como a ti mismo te resultará desafiante si los demonios continúan atacándote.

Eché un vistazo al árbol, donde el ciempiés gigante permanecía enroscado alrededor de las ramas.

—No puedo dejar que mueras antes de que completemos nuestro duelo —continuó Oni no Mikoto—. Eso sería un deshonor para los dos. Por lo tanto, iré contigo y ofreceré toda la asistencia que pueda. Una vez que su tarea esté completa y Yumeko-san ya no necesite más de tu protección, podremos continuar con lo que comenzamos.

El *ronin* echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Me encanta la forma en que los samuráis piensan —anunció sonriente—. Así que vendrás con nosotros para asegurarte de que Kage-san se mantenga vivo, a fin de que puedas matarlo más tarde —rio y negó con la cabeza—. Hombre, no puedo esperar para descubrir en qué va a terminar esto.

—No sabía que Oni-sama era tan conocido en la ciudad capital —dijo Yumeko, mientras el Príncipe de los Demonios educada y deliberadamente ignoraba al *ronin*—. ¿La gente cree que la máscara es aterradora?

—Ah, por supuesto —dijo Oni no Mikoto—. Perdona mi grosería, ni siquiera me he presentado como corresponde —alargó la mano y se quitó la máscara de *oni*, para revelar un rostro imberbe y suave, sólo unos años mayor que yo. De inmediato resaltaron pequeños detalles: pómulos altos, barbilla ligeramente puntiaguda y la mirada pálida y elegante que lo identificaba como un noble de la corte. Tenía rasgos estrechos, casi afeminados, y había delineado sus ojos, ya de por sí nítidos, en negro. No era el mejor maquillaje que hubiera visto en un noble, incluso uno masculino, pero era imposible confundirlo con un plebeyo.

—Soy Taiyo no Daisuke —anunció el hasta ahora Oni no Mikoto con una reverencia formal hacia Yumeko—. Es un placer conocerla, dama Yumeko. Gracias de nuevo por el honor de acompañarle en su misión. Como una *onmyoji* errante, debe haber visto mucho.

—Taiyo —repitió el *ronin*, con tono escéptico—. ¿Eres parte de la familia imperial?

—El cuarto hijo de uno de los muchos primos del Emperador —respondió Taiyo no Daisuke con una sonrisa bastante irónica—. Por fortuna, dos de mis hermanos obtuvieron matrimonios favorables y ocupan puestos importantes dentro de la corte, y el tercero es un magistrado imperial, por lo que yo ya no tengo que preocuparme de cumplir con las expectativas de mi familia.

El *ronin* dejó escapar una sonrisita.

—Ésa es una actitud muy poco samurái, Taiyo-san. ¿No tendrás que cometer *seppuku* por tener un pensamiento tan deshonroso?

—Mi clan sabe que haré lo que sea necesario para mantener el honor de los Taiyo —dijo con facilidad el antes Príncipe de los Demonios—. Pero por el momento no se requiere nada de mí, de manera que soy libre para buscar mi propio camino.

—Que incluye esconderse en los puentes y desafiar a los guerreros en duelos a muerte —dijo el *ronin*.

—Y que ahora incluirá escoltar a la dama Yumeko y a sus acompañantes hasta la ciudad capital —corrigió el noble—. ¿Yumeko-san? —sonrió a la chica e hizo un gesto hacia las lejanas luces sobre el río—, sugeriría que pasemos la noche en Sagimura. La posada es simple pero agradable, y el

personal es muy atento. Siempre me ha parecido una estancia agradable cuando salgo de la capital para ir a mis peregrinaciones.

—Peregrinaciones —resopló el *ronin*—, ¿así es como las llamas, entonces?

No hubo respuesta del noble. Incluso yo tenía que admitir que el anterior Príncipe de los Demonios tenía una excelente audición selectiva.

—¿Nos vamos entonces, dama Yumeko? —preguntó a la chica—. Si nos damos prisa, podremos llegar a la posada antes de que sirvan la cena.

Yumeko devolvió la sonrisa y, por un momento, algo dentro de mí se erizó.

—Eso suena maravilloso —dijo en cuanto escuchó la mención de comida—. Gracias, Taiyo-sama.

—Por favor, Yumeko-san —el samurái levantó una mano—, Taiyo-sama es mi padre. Nosotros cuatro peleamos y matamos juntos a un ciempiés gigante. Creo que nos hemos ganado el derecho de llamarnos por nuestros nombres. Daisuke bastará, si así lo desea.

—Daisuke-san —repitió Yumeko, aún sonriendo—, gracias.

—Bueno —Taiyo no Daisuke dio un paso atrás y miró hacia el otro lado del río—, creo que ésta es la primera vez que alguien se encuentra con Oni no Mikoto en un puente y cruza al otro lado —su mirada se posó en la máscara de *oni*, que todavía tenía suelta en una mano, y sonrió con tristeza—. Supongo que ya no necesitaré esto —murmuró—. Cualquiera que sea el resultado, ya sea que termine en victoria o derrota, tengo la sensación de que el próximo duelo de Oni no Mikoto será el definitivo. Así que...

Taiyo no Daisuke jaló su brazo hacia atrás y arrojó la máscara al aire. Ésta formó un arco y giró en rojo y blanco, antes de caer con pereza en el río. Por un momento, se asomó a la superficie del agua para contemplar un pequeño óvalo pálido contra el negro. Luego, el rostro gruñón del *oni* desapareció cuando la corriente lo atrapó, y se perdió de vista.

CIUDAD CAPITAL

Me dolían los ojos de tanto mirar.

Kin Heigen Toshi, la Ciudad de la Llanura de Oro, se podía ver mucho antes de que alcanzáramos sus impresionantes puertas. Construida donde los ríos Hotaru y Kin no Kawa, el río del Oro, se encontraban, la ciudad se extendía a lo largo de muchos kilómetros en todas las direcciones. El interior de la apretada ciudad estaba rodeado por un río y protegido por empinadas paredes de piedra, pero la expansión urbana había cruzado los fosos naturales y continuaba arrastrándose por las llanuras. Nunca había visto tantos edificios en mi vida; desde lejos, parecía que hubieran extendido una manta harapienta de techos, paredes, puentes y caminos por todo el valle.

Cerca del centro, elevándose desde una colina vertical y rodeado por escarpadas murallas de piedra, un magnífico castillo se elevaba en el aire, imponente sobre la ciudad. Aunque sus paredes inferiores eran blancas y estaban ribeteadas con madera oscura, sus techos y pisos altos habían sido cubiertos con lo que parecía ser oro puro, y resplandecían con todo su brillo contra el cielo despejado, casi demasiado radiantes para mirarlos.

—Mira, el Palacio del Sol —me dijo Daisuke-san, casi tan orgulloso como si él mismo hubiera diseñado el castillo—. El hogar del Emperador, el corazón de Iwagoto.

—Nunca había visto algo así —admití, protegiéndome los ojos del resplandor—. ¿En verdad está hecho de oro?

—Hoja de oro, mi señora —respondió Daisuke-san—. Las paredes y los techos fueron recubiertos con láminas de oro. Tristemente, todavía tenemos que encontrar una manera factible de construir un castillo de oro puro. Aunque el Emperador Taiyo no Ryosei lo intentó, hasta que los campesinos se sublevaron.

—Al parecer no se sentían satisfechos con el hecho de morir de hambre mientras su Emperador construía un palacio dorado —agregó Okame-san detrás de nosotros—. Desgraciados ingratos.

Daisuke-san lo ignoró. Se había cambiado de atuendo desde la noche en el puente y ahora llevaba unos pantalones *hakama* color gris y un *haori* celeste con nubes plateadas enroscadas a lo largo de los dobladillos y las mangas onduladas. El emblema de los Taiyo, un sol ardiente dentro de un círculo, estaba tejido en cada hombro. A la luz del día, con sus espadas dobles atravesadas en su *obi* y su largo cabello blanco atado detrás, cada centímetro en él lo hacía ver como un noble guerrero.

Muy diferente a Okame-san, que se encontraba apoyado contra un árbol a nuestras espaldas, con el extremo de una caña asomando entre sus labios. O a Tatsumi, parado a su lado, una sombra que casi se fundía con la que proyectaban las ramas. Podía sentir que los dos nos miraban, uno frío y alerta, el otro burlescamente divertido, y me pregunté si alguno de ellos habría sentido algo parecido al asombro antes.

—Cuando fue construido —continuó Daisuke-san, sin darse cuenta del intenso escrutinio a nuestras espaldas—, el emperador de entonces, Taiyo no Kintaro, exigió un castillo que brillara más que el propio sol, para que todos pudieran ver la influencia de nuestra familia a kilómetros alrededor. Desde su construcción, ha sido reducido a cenizas no menos de cuatro veces, pero siempre ha sido restaurado para que recupere su antiguo esplendor. Los Taiyo han gobernado desde ese palacio durante más de setecientos años.

—Es hermoso —le dije con los ojos entrecerrados; una de las tejas atrapaba el sol y me azotaba los párpados con un blanco abrasador—. Sin embargo, tengo curiosidad: ¿todos los que viven alrededor del castillo quedan ciegos en días muy luminosos?

Río entre dientes.

—Aprendes a no mirarlo directamente en el verano.

Seguimos el camino, que pronto se fundió en la calle principal, llena de multitudes. Mientras cruzábamos el puente y caminábamos bajo las amplias puertas, mi corazón latió rápido por la emoción. ¡Todo aquí era tan grandioso! Tan grande y tan ruidoso. Me sentía muy pequeña mientras pasábamos frente a docenas de tiendas y puestos de mercado, incapaz de dejar de mirarlo todo.

Sentí un fuerte tirón en mi manga, y Tatsumi me apartó hacia un lado del camino, justo cuando un hombre pasó trotando, tirando de una carreta de dos ruedas. Gritó algo que podría haber sido una disculpa o una maldición, y continuó por la calle sin perder el paso.

—*Oi*, ¿eso era realmente necesario? —le grité, luego me volví hacia Tatsumi, quien tenía una ceja levantada—. *Gomen* —me disculpé—, supongo que debería prestar atención a lo que está sucediendo a mi alrededor.

—Tal vez sería prudente.

—Oh, relájate, Kage-san —interrumpió Okame-san, caminando hacia nosotros—. Ella nunca ha estado en la ciudad capital, por supuesto que va a estar distraída. Entonces, Yumeko-chan... —me sonrió— hemos llegado oficialmente a la capital, ¿hay algún lugar que quieras ver?, ¿a donde quieras ir? Puedo señalarte los sitios más interesantes, si quieres. O bien, siempre está la posibilidad de esperar hasta que el sol se ponga. Kin Heigen Toshi se vuelve *en verdad* interesante después del anochecer.

—¿En serio? ¿Cómo es eso?

—No estamos aquí para veranear —la voz de Tatsumi era rotunda—. No podemos vagar por la ciudad sin un plan: tenemos una misión que completar. Además —dijo, volviéndose hacia el *ronin*—, dijiste que tenías negocios en la capital. ¿No deberías irte ya?

Okame-san se encogió de hombros.

—No tengo nada importante que hacer —dijo con indiferencia, agitando el brazo—. Puedo ser aburrido y responsable y comenzar a buscar trabajo en cualquier momento. No es como que los comerciantes y las salas de juego nunca más vayan a necesitar de guardias. Y ha sido muy interesante viajar con ustedes, creo que me quedaré un poco más. ¿Por qué, Kage-san?—su sonrisa se volvió lobuna, incluso cuando los ojos de Tatsumi se entrecerraron—. No

estarás intentando deshacerte de mí, ¿cierto?

—Yumeko-san —por fortuna, Daisuke-san intervino antes de que Tatsumi pudiera honrar el *Voy a matarte* que se anunciaba en su mirada—, con respecto a esa misión suya, ¿adónde debemos ir para completarla? He vivido en esta ciudad toda mi vida. Sé dónde está casi todo. Si puede confiar en mí, tal vez pueda mostrarle el camino.

—Yo... sí. Necesito encontrar el santuario de Hayate —le dije, recordando las instrucciones finales de Maestro Isao—. Es urgente que hable con el sumo sacerdote allí. Él tiene información que me señalará la dirección que debo seguir.

—El santuario de Hayate —repitió Daisuke-san lentamente, y asintió—. Sí, sé dónde está ubicado, en el distrito del Viento, pero se encuentra en el otro extremo de la ciudad. Nos tomará el resto de la tarde llegar allí. Kin Heigen Toshi es bastante extensa, después de todo.

—Bien —dije—. Necesito encontrarlo, es importante que Tatsumi y yo lleguemos lo antes posible. ¿Nos mostraría el camino, Daisuke-san?

Él sonrió.

—Por supuesto.

Kin Heigen Toshi seguía siendo asombrosa mientras avanzábamos detrás de Daisuke-san a través de calles a veces rectas, a veces serpenteantes. Los edificios se elevaban a nuestro alrededor: casas de té y templos, baños públicos y santuarios, posadas que resultaban elegantes en su simplicidad, y lujosas fincas de los adinerados y opulentos. En las tiendas y puestos de mercaderes que bordeaban las calles se vendía de todo, desde sandalias de paja y sombrillas hasta especias exóticas y baratijas del otro lado del Mar Calcinado. Daisuke-san comentaba sobre los lugares y edificios que pasábamos, señalaba sus características especiales y explicaba un poco de su historia si se trataba de un templo, santuario o algún otro lugar de importancia. En realidad, tenía bastante conocimiento de su ciudad y me encontré escuchando al noble en absorta fascinación. En algún momento, Okame-san comentó que tal vez podríamos tomar un atajo a través de un lugar llamado “distrito rojo”, y entonces él podría decirme todo sobre el área. Pero antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, Daisuke-san se volvió y le dirigió

una mirada tan fulminante que la oferta fue rápidamente rescindida.

Tatsumi, como de costumbre, permanecía un poco más atrás, tan silencioso como una sombra, sin hacer intento alguno por intervenir en la conversación. Cuando giramos por una calle estrecha con un canal en un lado y una pared en el otro, retrocedí para caminar junto a él.

Él me miró, no del todo receloso, pero sí expectante.

—¿No es todo esto increíble, Tatsumi? —murmuré mientras observaba a un martín pescador saltar del canal en una veta azul brillante—. Ignoraba que había lugares como éste en el mundo.

—Mmm.

—Maestro Isao no hablaba mucho sobre las tierras fuera del templo —continué—. Creo que él y los otros monjes tenían miedo de que el mundo exterior me atrajera. Si hubiera sabido que existían lugares así más allá de las paredes del templo, podría haber estado en lo cierto.

Tatsumi no respondió, y fruncí el ceño.

—Estás muy callado, Tatsumi-san.

—Siempre estoy callado.

—Sí, pero últimamente te has mostrado aún más taciturno de lo usual —insistí—. ¿Sucede algo? ¿Pisaste algo afilado?

—Deberíamos estar concentrados en la misión —respondió, un poco cortante—, y no jugando con nobles, o visitando los salones de juego y los distritos de luz roja con el *ronin*. Éste no es un viaje de placer.

—Lo sé —le eché un vistazo al noble, que caminaba un poco más adelante y hablaba con Okame-san, y continué en voz baja—, pero Daisuke-san nos está llevando al santuario de Hayate, y sería una grosería irnos sin él.

Él apartó la mirada.

—No los necesitamos. Sólo se interpondrán en el camino y harán que avancemos más despacio. Una vez que descubramos dónde está el templo, debemos dejarlos atrás.

—Él nos está ayudando, Tatsumi. Okame-san también fue de ayuda en el pueblo de los *gaki*. No podemos simplemente dejarlos. Además, ¿qué hay de tu duelo con Daisuke-san?

Él me miró.

—¿Estás diciendo que quieres ver morir a uno de nosotros? —preguntó con una voz extrañamente frágil—. ¿O que no me quieres cerca? Tal vez prefieres que el *ronin* y el noble te escolten al templo.

—Por supuesto que no —fruncí el ceño ante su extraña y repentina hostilidad—. Eso no es lo que estoy diciendo, Tatsumi-san.

—¿No? —su voz palideció, hasta volverse casi inaudible—. Tal vez así debería ser.

—*Oi*, ustedes dos —llamó Okame-san por delante de nosotros—. Lo que sea que estén susurrando allá atrás, ¿puede esperar? Nuestro guía dice que el santuario está al otro lado del camino.

Me apresuré a pasar junto a un par de chicos con cañas de pescar para unirme a Daisuke-san y al *ronin* al borde de la calle. Justo al otro lado del camino, un gran arco *torii* rojo se levantaba ante una escalera de piedra que subía por la colina boscosa.

—Ésta es la entrada al santuario de Hayate —dijo Daisuke-san, mirando hacia la empinada escalera, aunque parecía impávido ante la idea de subirla—. Sin embargo, es bastante tarde para llamar al sacerdote —agregó, observando el cielo a través de las ramas. El sol se había puesto hacía unos minutos y comenzaban a aparecer las primeras estrellas—. ¿Le está esperando, Yumeko-san?

—No que yo sepa —respondí, sintiendo que Tatsumi se detenía a mi lado—. Pero necesito hablar con él pronto. Esta misma noche, si es posible.

—Bien —suspiró Okame-san, mirando la escalera con resignación—. Entonces, sacerdote primero, sala de juego después. Y tal vez un poco de diversión en el barrio rojo más tarde. Va a ser una noche ocupada, espero que ustedes dos puedan seguir el ritmo —miró específicamente a Daisuke-san mientras decía esto, como si midiera la respuesta del otro. El noble, por su parte, lo ignoró y levantó una mano hacia los escalones.

—Ésta es su misión, Yumeko-san. Le seguimos.

Tomé una respiración profunda, aliviada y nerviosa a la vez. Estaba casi allí. Sólo unos pocos pasos más para completar la primera parte de mi misión: encontrar a Maestro Jiro, quien podría decirme dónde encontrar el Templo de la Pluma de Acero. Mi viaje no había terminado; todavía teníamos que llegar

al templo y aún no tenía idea de dónde estaba, pero imaginé que tendríamos que cruzar varios territorios desconocidos y buscar en zonas más duras e implacables, perseguidos todo el tiempo por magos de sangre y demonios. Todavía tendría que mantener el pergamino a salvo de demonios y de mis propios compañeros. De un peligroso e inquebrantable asesino de demonios que podría matarme si se daba cuenta de que lo había estado engañando durante todo este tiempo. Éste no era el final, ni mucho menos. Éste era otro comienzo y, por un momento, la cabeza me empezó a dar vueltas frente a lo que todavía faltaba por hacer.

Un paso a la vez, pequeña kitsune. Recordé la voz de Maestro Isao, sus palabras cada vez que enfrentaba una montaña de deberes o una tarea en particular desalentadora. *La araña no teje su telaraña en un abrir y cerrar de ojos, ni el albatros vuela sobre los océanos con sólo batir un poco sus alas. Muchos considerarían que lo que hacen es imposible pero, aun así, ellos completan sus tareas sin falta, porque... las comienzan.*

Un paso a la vez. Di un paso, luego otro, hasta que crucé el camino y me paré frente al arco *torii*. Más allá era terreno sagrado, el reino de los *kami*. Ofrecí una respetuosa reverencia a los espíritus en cuyo territorio estaba entrando y comencé a subir los peldaños.

Era una escalera bastante empinada y larga, y tuve el cuidado de mantenerme en los extremos de cada peldaño, pues el centro del sendero estaba reservado para los *kami*. El borde de la escalera estaba bastante gastado, áspero por la acción del tiempo, por lo que resultaba importante observar dónde ponía los pies. Mientras alcanzaba el último escalón, distinguí sobre su pedestal una estatua de *komainu*, las criaturas perrunas que protegían el santuario de los espíritus malignos, flanqueando la escalera y con la boca abierta en un temible gruñido. Al otro lado de la escalera había otro pedestal de piedra, pero éste se encontraba vacío, como si el segundo guardián hubiera decidido abandonar su puesto.

Me pregunté qué le habría sucedido: los guardianes *komainu* siempre estaban en parejas. Pero la idea se perdió rápidamente en el olvido cuando pasé por debajo de un segundo *torii* y vi el pequeño pero elegante santuario al otro lado del diminuto patio. El *haiden*, o salón de oración, se sentaba sobre

una plataforma elevada por encima de un tramo de cuatro peldaños de piedra y era del mismo rojo encendido del arco *torii*. Una cuerda sagrada colgaba a través de la entrada para indicar la santidad del edificio. Más allá del *haiden* se encontraba el *honden*, el edificio principal donde se alojaban los *kami*, y a nadie más que al sacerdote y a las doncellas residentes del santuario se les permitía entrar.

—Parece que no hay nadie aquí —murmuró Okame-san. No había personas cerca ni alrededor del *haiden*; el patio estaba vacío, lo mismo que la fuente de purificación cerca de la entrada. Pero en un lugar como éste, donde el único sonido era el viento en los pinos y el hilo de agua que corría en la fuente, la presencia de los *kami* se podía sentir en todas partes, e incluso el insolente e irreverente *ronin* parecía reacio a romper la quietud—. ¿Tal vez deberíamos revisar los otros edificios? Los aposentos de los sacerdotes deberían estar en algún lado, ¿cierto?

Daisuke-san miró al otro lado del patio hacia el *haiden*, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Antes de hacer cualquier otra cosa, debemos presentar nuestros respetos a los *kami* —afirmó con voz solemne—. Somos invitados aquí, y no deseo llamar la mala fortuna a mi casa por ofenderlos.

—Supongo que tienes razón —dijo Okame-san—. Aunque por lo general suelo ofender sólo por existir. Es un talento, supongo.

Como preparación para hablar con los *kami*, nos reunimos alrededor de la fuente de purificación una artesa de piedra con cucharones que se balanceaban alrededor de sus bordes. Daisuke-san sumergió uno de los largos cucharones de madera en el agua y vertió un poco sobre su mano izquierda, luego cambió de mano e hizo lo mismo con la derecha, después deslizó un dedo húmedo sobre sus labios y finalmente elevó el cucharón para dejar caer agua sobre el mango. Seguí su ejemplo, y me di cuenta de que Okame hacía lo mismo, aunque su expresión se mantuvo ligeramente amarga mientras se echaba el agua extremadamente fría sobre las manos, se enjuagaba la boca y escupía en los arbustos. Incluso Tatsumi siguió el ritual: limpió con cuidado sus manos y llevó el agua hasta sus labios de una manera muy tranquila y práctica.

Así purificados, nos volvimos y nos dirigimos al *haiden* en la parte

superior de los escalones. Era una estructura elegante, con un techo de tejas verdes que se curvaba en las esquinas y pilares rojos brillantes debajo. Una caja de madera para ofrendas se encontraba frente a una pantalla entramada que cubría la ventana del edificio. Fascinada, observé cómo Daisuke-san dejaba caer una moneda de plata en la caja y luego sacudía la cuerda que colgaba a un lado.

Un tañido repicó desde una campana grande que colgaba sobre nuestras cabezas y de inmediato sentí un despertar a nuestro alrededor, como si docenas de ojos de pronto se volvieran hacia nosotros. Los *kami* del santuario estaban al tanto de nuestra presencia ahora. Esperaba que no se ofendieran por una presuntuosa mitad *kitsune* invadiendo su territorio.

Sin darse cuenta de la repentina atención, Daisuke-san se inclinó una vez, y luego una segunda vez. Puso sus manos frente a su rostro, aplaudió dos veces, lenta y deliberadamente, y luego cerró los ojos en callada oración. Cuando él terminó, Okame-san repitió el ritual: arrojó un *kaeru* de cobre en la caja de ofrendas, tocó la campana y aplaudió dos veces antes de cerrar los ojos para orar.

Tratando de ser paciente y esperar mi turno, noté a Tatsumi, todavía parado al pie de los escalones. Tenía los brazos cruzados y miraba hacia el arco *torii* del patio. Parecía tenso, con la mandíbula apretada y los ojos duros, como si no estuviera cómodo aquí. Caminé hacia abajo para llegar a su lado.

—¿Estás bien, Tatsumi-san? Te ves un poco pálido.

—Estoy bien.

—¿Vas a pedir un deseo a los *kami*? ¿Tal vez rezar para que nuestra misión sea exitosa?

Sacudió la cabeza.

—Los *kami* no escucharían a alguien como yo.

—¿Por qué?

—Porque invocar a los dioses requiere pureza de corazón y de cuerpo —respondió Tatsumi. Su mirada se movió hacia su palma abierta, y una sombra atravesó sus ojos—. Incluso si me limpiara mil veces, mi alma ya está contaminada más allá del perdón. Los *kami* no quieren saber nada de mí.

—Oh —pensé en eso por un instante; sonaba demasiado triste—. Dime,

entonces —le ofrecí.

Tatsumi parpadeó y me miró, con gesto confundido. Me encontré con su mirada y sonreí.

—Tu deseo, Tatsumi. Si pudieras orar por algo en este momento, ¿por qué sería? Yo se lo pediré a los *kami* por ti.

—Yumeko... —sus ojos se suavizaron. Por un instante, pude ver más allá del frío y las sombras y la mirada de espejo en blanco, y la vulnerabilidad que descubrí allí hizo que mi estómago se apretara en un nudo.

—Discúlpenme.

Nos volvimos, y esa breve expresión de gentileza desapareció del rostro de Tatsumi como si una puerta se cerrara de golpe. Miré al patio y descubrí que no estábamos solos.

Una mujer joven se encontraba parada a poca distancia, sostenía una escoba con ambas manos y nos miraba con expresión severa en el rostro. No podía ser sino uno o dos años mayor que yo, y vestía el *hakama* rojo tradicional y el *haori* blanco impecable de una *miko*, una doncella del santuario. Su cabello lacio y negro, incluso más largo que el mío, estaba atado con una simple cinta roja, y sus ojos oscuros brillaban con desaprobación mientras avanzaba hacia nosotros.

—Lo lamento —anunció, mientras su mirada se desplazaba hacia Daisuke-san y Okame-san, que ya bajaban los escalones para unirse a nosotros—, pero el santuario está cerrado durante la noche. Las horas de trabajo terminan una vez que el sol se pone. Si desean rezar o pedir un deseo a los *kami*, por favor regresen... mañana.

Su voz se apagó un momento mientras me miraba. Sentí que mi estómago se retorció cuando nuestras miradas se encontraron y, por un momento, pensé que ella podía verme. *Verme*, ver lo que yo realmente era. Mi corazón latió con fuerza, y contuve la respiración, preguntándome si la doncella del santuario gritaría ¡*Kitsune!* y me dejaría expuesta frente a todos.

—Por favor, discúlpenos —dijo Daisuke-san, adelantándose. La *miko* apartó su mirada de mí para enfrentar al noble que se acercaba, que sonrió cuando alcanzó el final de la escalera—. No queríamos entrometernos —continuó Daisuke-san, mientras yo seguía esperando, congelada, para ver qué

haría la doncella del santuario—. Estamos buscando al sacerdote a cargo, ¿podría indicarnos dónde se encuentra?

—¿Quién desea saberlo?

Tomé un rápido respiro.

—Yo —le dije, alejándome de Tatsumi. La *miko* me miró con calma, evaluándome con sus ojos oscuros, pero no me apuntó ni gritó “¡zorro demoniaco!”, así que esperaba haberme equivocado—. Vengo del Templo de los Vientos Silenciosos —continué, sin notar ningún cambio en su expresión—. He viajado mucho para encontrar este lugar. Por favor, es importante que hable con su maestro. ¿Puede indicarme dónde está?

Ella sostuvo mi mirada un momento más, luego dio media vuelta.

—Vengan conmigo —ordenó simplemente, y comenzó a caminar por el patio. Todos nos apresuramos a seguirla, mientras nos guiaba por el altar hasta una hilera de edificios mucho más pequeños y simples. En los escalones de la terraza que rodeaba la primera construcción, se volvió, nos detuvo en seco y señaló con un dedo en dirección a mí.

—*Ojou-sama*. Sígame. Sólo usted... el resto de su grupo debe esperar aquí —miró a los demás, como si esperara que alguien protestara, y entrecerró los ojos—. El maestro está muy ocupado en este momento. No quiero molestarlo con un enorme grupo de visitantes pisoteando por todo el lugar. Llevaré a la joven dama para que hable con Maestro Jiro; todos los demás, por favor, pónganse cómodos hasta que regresemos.

—Oh —me volví para mirar a mis compañeros, preguntándome qué pensarían de esto. Okame-san se encogió de hombros, y Daisuke-san hizo un gesto hacia las escaleras, indicando que debería seguirla. Miré a Tatsumi, y él asintió levemente. Supuse que él no creía que una pequeña doncella de santuario pudiera ser una amenaza, o que a él no le importaba de ninguna manera—. De acuerdo.

La seguí por las escaleras, bajamos a una terraza de madera y pasamos al frente de varios salones donde el murmullo de voces se podía escuchar a través del *shoji*. Al final de la terraza, la *miko* deslizó una puerta y me hizo un gesto para que pasara. Hice lo que me pedía, y entré en una habitación pequeña, casi vacía, con un suelo recubierto de *tatami*, una mesa baja y una

sola flor en un nicho. El sacerdote no se veía por ninguna parte.

La puerta se cerró con un chasquido. Me giré para ver que la *miko* tomaba una tira de papel blanco de su *haori* y la empujaba hacia el marco de la puerta; el *kanji* para invocar una “barrera” estaba escrito con tinta negra.

¿Un *ofuda*? Sentí un pulso de energía espiritual que se desprendió como una ola desde la tira de papel y se expandió por las paredes. Los vellos de mis brazos se erizaron cuando una pared de fuerza reluciente rodeó la habitación, similar a la barrera de *ki* que creaban los monjes, pero una de magia pura, extraída de los *kami* y la energía del mundo.

La doncella del santuario se volvió hacia mí y sus ojos negros se encontraron con los míos.

—Coloqué una barrera alrededor de esta habitación —anunció—. Ningún espíritu, demonio o *yokai* puede entrar o salir, y nadie afuera nos escuchará. Tus amigos, si acaso lo son, no vendrán, *kitsune*.

Mis orejas se aplastaron mientras daba un paso atrás, sintiendo que la magia de zorro subía a la superficie. Así que ella me *había visto*, después de todo.

—Sólo vine a hablar con Maestro Jiro —le dije, en lo que esperaba que fuera una voz tranquilizadora—. No estoy aquí para causar problemas.

—¿No? —la mirada de la *miko* se estrechó—. ¿Pensabas que podrías llegar como si nada y que yo no reconocería a una *yokai* en cuanto la viera? Incluso a una medio *yokai*. Hablo con los *kami* todos los días. Veo su mundo con tanta claridad como el mío —señaló más allá de la puerta sellada—. Esos hombres de allá afuera, ninguno de ellos sabe lo que eres en realidad, ¿cierto, *zorro*? Los estás engañando a todos —una sonrisa dura cruzó sus labios—. Pues no te resultará tan fácil engañarme.

—Vine aquí por ayuda —insistí—. Soy del Templo de los Vientos Silenciosos. Mi maestro me envió a buscar al sacerdote principal del santuario de Hayate.

—¿Por qué?

—Porque... —cerré los ojos. No quería pelear contra la *miko*, pero era claro que no confiaba en una sola palabra de lo que yo estaba diciendo. Ella sólo veía a una *kitsune*, y la reputación de los maliciosos zorros que me

habían precedido. Si quería hablar con el sacerdote, tenía que pasar por la doncella del santuario.

—Porque... —suspiré de nuevo y busqué en mi *furoshiki*— tengo esto.

Los ojos de la doncella del santuario se agrandaron mientras observaba la caja lacada con el pergamino que yo sostenía entre nosotras. La sangre abandonó su rostro y ella dio un paso atrás, sin dejar de mirar el objeto en mi mano, como si se tratara de una serpiente viva.

—*Kami* Misericordioso —susurró—. Eso es... Tienes un trozo del pergamino —se quedó allí un momento, luego se inclinó hacia delante con los ojos entornados—. ¿Quién más sabe de esto? —espetó—. Los hombres de allá afuera... ¿hay alguno de ellos que esté enterado de que tienes un fragmento de la plegaria del Dragón?

Negué con la cabeza.

—Ninguno de ellos sabe que poseo el pergamino —le dije—. O este trozo —dudé un momento e hice una mueca—. Aunque... uno de ellos lo está buscando, fue enviado a mi templo para recuperar el pergamino.

—El samurái de negro —aventuró la *miko*—. El guerrero del Clan de la Sombra. ¿Quién es él?

—Su nombre es Kage Tatsumi —le dije—. Portador de la espada Kamigoroshi.

Cerró los ojos.

—El asesino de demonios de los Kage —susurró—. Creí haber percibido algo malvado cerca. Supongo que tiene sentido que la dama Hanshou lo haya enviado a él —abrió los ojos, enojada y temerosa, y me miró—. ¿Cómo pudiste traer a esa criatura a este santuario? —preguntó—. ¿Sabes lo peligroso que es?, ¿lo que podría hacer con los espíritus que llaman hogar a este lugar?

—Lo necesitaba —le dije—. Accedió a ayudarme...

—Porque quiere el pergamino —me interrumpió—. Ésa es la única razón por la que *todavía* estás viva, *kitsune*, la única razón por la que el asesino de demonios no te ha matado. Si descubre que tú lo tienes...

—Mi templo fue atacado —le dije—. Un *oni* asesinó a todos y trató de tomar el pergamino. Apenas conseguí escapar —me estremecí al recordar el

terror de la horda, el *oni* monstruoso estrellándose en el pasillo y el horror que vino después. Tuve que tragar saliva para disolver el nudo en mi garganta y poder continuar—. Antes de morir, Maestro Isao me envió aquí. Dijo que el sacerdote sabría dónde se encuentra el Templo de la Pluma de Acero.

—Que tiene la segunda parte de la plegaria del Dragón —la *miko* terminó con voz grave y suspiró—. Sí, puedo percibir verdad en tus palabras —dio un paso atrás, se frotó los ojos como si le dolieran—. Sin embargo, no sé por qué los monjes dejaron que una *yokai* escapara con algo tan importante. Supongo que estaban desesperados.

Ignoré el desprecio en su voz y volví a deslizar la caja en mi *furoshiki*.

—Mi nombre es Yumeko —le dije—. Maestro Isao y los monjes me criaron. Pasé toda mi vida en ese templo. No supe de la historia del Dragón sino hasta hace poco, pero prometí proteger el pergamino. No tengo intención de dejar que caiga en manos de los demonios o de humanos malvados. He recorrido un largo camino, he luchado contra bandidos, *gaki* y *omukade*, para hablar con tu maestro —hice hacia atrás mis orejas, sintiendo que un poco de desesperación y enojo subían a la superficie—. Si en verdad fuera una *yokai* pura, habría dejado caer el pergamino en el río y habría permitido que éste lo arrastrara hasta el mar.

—Tienes razón. Lo siento, *kitsune* —la doncella del santuario se enderezó—. Me disculpo por mi brusquedad —ofreció—. Me conocen como Reika, y soy la doncella principal del santuario de Hayate. También soy la única que sabe sobre el pergamino del Dragón, además de Maestro Jiro.

—Ya conoces la leyenda, entonces. Acerca del pergamino y el deseo de Dragón.

—Sí —asintió la doncella—. Maestro Jiro me contó sobre el pergamino, la plegaria del Dragón y lo que sucederá si el Dragón es convocado. Pero hay una cosa que él no me reveló, y ésa es justo la ubicación del Templo de la Pluma de Acero —una débil y amarga sonrisa se retorció en sus labios—. Supongo que fue para protegerme.

—Debo llegar al Templo de la Pluma de Acero —dije—. Prometí que entregaría el pergamino a los monjes allí. ¿Me permitirás hablar con Maestro Jiro?

—Lo haría —respondió la *miko*—, si supiera dónde está.

Parpadeé.

—¿No está aquí?

La doncella negó con la cabeza.

—Hace tres días —explicó—, llegó un mensaje para Maestro Jiro, en él se le convocaba al Palacio Imperial. Partió para asistir a la reunión y me dejó a cargo del santuario hasta su regreso. Ésa fue la última vez que lo vi —sus labios se tensaron, y sacudió la cabeza—. No debería haberlo dejado ir. Él confesó que tenía un sentimiento inquietante con respecto a la reunión y me advirtió que debía estar en guardia. Debería haber insistido en que se quedara aquí. Y ahora, está perdido y no tengo idea de qué le sucedió.

—¿Ya fuiste al palacio para buscarlo?

Me miró desconcertada.

—Lo he intentado, pero no puedes sólo aparecerte en el Palacio Imperial sin invitación —exclamó—. Los guardias siguen alejándose de las puertas. Dicen que nadie ha visto ni oído hablar de Maestro Jiro —la *miko* hizo un gesto de frustración—. Pero sé que él está allí. Sé que fue a hablar con una dama a la que llaman Satomi y nunca regresó —me miró con recelo—. Y luego, una *kitsune* llega al santuario con parte del pergamino del Dragón, queriendo saber el camino que conduce al Templo de la Pluma de Acero. ¿Cómo no iba a pensar que los dos hechos estaban relacionados?

Quise responder, pero un estremecimiento recorrió el aire de pronto, causando que un escalofrío recorriera mi espalda. La doncella del santuario se volvió, con los ojos cada vez más abiertos, cuando el filo de una cuchilla atravesó la puerta corrediza y cortó el amuleto *ofuda* por la mitad. Los paneles de las puertas cayeron al suelo con estruendo, revelando la silueta delgada y oscura de Tatsumi en el marco, con Kamigoroshi desenvainada y brillando en la penumbra.

INVOCADO POR LA SOMBRA

Algo no estaba bien.

Observé a Yumeko partir con la doncella del santuario y sentí que Hakaimono se agitaba inquieto en mi mente. Tan pronto como pasamos por debajo del arco *torii* en las escaleras, el demonio retrocedió. Éste era un terreno sagrado, santificado por los sacerdotes y protegido contra el mal. Los demonios no eran bienvenidos en este lugar. A pesar de que la presencia de Hakaimono había sido enmascarada dentro de la espada, era incómodo para mí estar aquí. Para empeorar las cosas, Hakaimono tenía un odio especial y venenoso hacia los sacerdotes, las doncellas de los santuarios y las figuras espirituales de cualquier tipo. Cuando la *miko* apareció, tuve que reprimir el deseo instantáneo de arrancar la cabeza de su cuerpo.

Aun así, no percibí ningún mal por parte de la doncella del santuario, y cuando nos dijo a los demás que debíamos esperar mientras ella continuaba con Yumeko, sentí cierto recelo, pero protestar no nos habría acercado a nuestro objetivo. Sobre todo cuando había otras maneras de escuchar la conversación sin estar físicamente presente.

Vagué hacia un lado del edificio, me apoyé contra la barandilla y crucé los brazos, aparentando una pose de paciencia casual. En tanto el *ronin* se sentaba pesadamente en los escalones y sacaba su calabaza de *sake*, y el noble espadachín caminaba en silencio hasta el borde de un jardín de rocas, yo sostuve furtivamente dos dedos sobre mis labios y susurré algunas palabras en

voz baja.

A mi alrededor, todo fue quedando en silencio. Los sonidos se desvanecieron, amortiguados, como si el mundo se hubiera sumergido de repente bajo el agua. Cerré los ojos, incliné la cabeza muy ligeramente y concentré mi enfoque hacia el edificio a mis espaldas.

Las voces murmuraban más allá de mis oídos mientras enviaba mi consciencia a las habitaciones, en busca de la voz de Yumeko. Ésta era una técnica especial del Clan de la Sombra, utilizada por algunos de nuestros *shinobi* para escuchar, sin delatarse, una conversación privada en una habitación, a través de un patio o en un lugar lleno de gente. Dado que mis misiones solían involucrar la muerte y no la recopilación de información, rara vez la usaba, ya que centrar tanta atención en otro lugar dejaba el cuerpo vulnerable. Pero el santuario parecía seguro: aquí no había demonios, más allá del que estaba oculto en mi espada. A menos que el *ronin* se aburriera y decidiera molestarme, me encontraba a salvo para escuchar a Yumeko y a la doncella del santuario.

Sin embargo, mientras me adentraba en el edificio, escuchando lo que asumí que eran otras *miko* hablando sobre sus vidas diarias, de repente golpeé una pared. No se trataba de un muro físico, pues yo podía ir más allá de madera, piedra o papel de arroz con facilidad, éste era un muro de magia, que me impedía llegar más lejos.

¿Una barrera?

Abrí los ojos y la magia se dispersó al viento. El *ronin* aún descansaba en los escalones, bebiendo, y el noble parecía admirar el bien cuidado jardín de rocas a la sombra de un pino.

Me aparté de la barandilla, di media vuelta, caminé por la terraza y subí los escalones, rozando al pasar al *ronin*, que me miró desconcertado.

—*Oi, ¿adónde vas, Kage-san?* Pensé que se suponía que debíamos esperar aquí.

Lo ignoré y continué por el pasillo, desenfundé mi espada mientras avanzaba. Con un grito, el *ronin* se arrastró detrás de mí, exigiendo saber lo que estaba haciendo, pero no me detuvo. Había subestimado a la doncella del santuario, pensando que no representaba una amenaza. Lo que había

encontrado no era una barrera simple, sino un sello complejo que bloqueaba la entrada y salida de cualquier sonido o magia. Si ella tenía a Yumeko en esa habitación y decidía atacarla, ninguno de nosotros sería capaz de escuchar lo que estaba pasando.

Cuando me acerqué a la última habitación, pude sentir la magia empujando contra mí, tratando de detenerme. Vi el brillo casi invisible que bloqueaba la puerta y entrecerré los ojos. Levanté a Kamigoroshi y corté con la espada a través del marco, mientras sentía que la hoja rasgaba la barrera y la rompía en mil pedazos.

Las puertas cayeron traqueteando sobre el piso a mi lado. Miré dentro de la habitación mientras Yumeko y la doncella se giraban; sus ojos se abrieron de par en par cuando me vieron.

—*¡Anata!* —la doncella del santuario se adelantó. No parecía sentir miedo, aun cuando Hakaimono gruñía de odio y me instaba a partirla por la mitad como había hecho con la barrera mágica—. Kamigoroshi, tú no eres bienvenida aquí. ¡Sal y llévate a tu huésped humano contigo!

—Parece que el sacerdote principal no está aquí hoy —entré en la habitación, y la *miko* retrocedió un paso. Miré más allá de ella para asegurarme de que la chica estuviera bien, y luego me dirigí a la doncella del santuario—. Nos engañaste para que Yumeko estuviera aquí sola. ¿Pensabas que tu barrera podría detenerme?

Frunciendo el ceño, la *miko* sacó otro *ofuda* de su manga y lo blandió delante de ella. Se leía *lealtad* en marcada tinta negra a lo largo del papel.

—Sal de este lugar, abominación —ordenó de nuevo—. ¡Si te acercas un paso más, convocaré al guardián del santuario para que te expulse!

—Hazlo —le dije, sintiendo a Hakaimono estallar con entusiasmo—, y tendrás un guardián menos en el santuario.

—¡Tatsumi, espera!

Yumeko se interpuso entre nosotros.

—Todo está bien —me dijo, mientras el noble y el *ronin* entraban también en la habitación. Pude sentir su sorpresa cuando vieron la escena: yo con mi espada desenvainada, frente a una doncella de santuario que blandía un *ofuda*. Y una débil chica entre nosotros—. Estoy bien, Tatsumi. No hay peligro aquí.

Reika *ojou-san* sólo me estaba diciendo que Maestro Jiro desapareció y necesita nuestra ayuda para encontrarlo.

—¿*Nande?* —exclamó la *miko*, obviamente tan sorprendida como el resto de nosotros. Yumeko se giró a medias, mirando hacia ella, mientras la doncella del santuario bajaba su brazo con el ceño fruncido.

—Eso es lo que querías, ¿no es así, Reika *ojou-san*? —ella inclinó la cabeza, como si la solución fuera perfectamente clara—. Encontrar a Maestro Jiro. Y nosotros también necesitamos encontrarlo. Así que resulta obvio que tendremos que ayudarnos unos a otros —Yumeko nos miró a los tres, con su mirada lastimera—. ¿Daisuke-san? ¿Okame-san? ¿Ustedes también ayudarán, cierto?

—Por supuesto —exclamó el *ronin* de inmediato—. Siempre estamos felices de ayudar a un amigo de Yumeko-chan. Déjanoslo a nosotros —hizo una pausa y se rascó la parte posterior de la cabeza—. Aunque sería útil si supiera qué demonios estaba pasando.

Suspiré, bajando mi espada. Doncellas del santuario, *ronin*, granjeros, *yurei*. ¿Había alguien en quien Yumeko no confiara en cuanto los conocía?

—¿Dijiste que el sacerdote había desaparecido? —le pregunté a la doncella del santuario, que me miró con recelo pero asintió—. ¿Hace cuánto tiempo?

—Tres días —respondió la *miko*, y dio un paso atrás con una mirada exasperada a las puertas, que yacían junto al marco—. Será mejor que entren —suspiró y nos hizo un gesto para que la siguiéramos—. Siéntense, y les explicaré toda la situación.

Caminamos con cuidado sobre los paneles de las puertas rotas y nos sentamos frente a la mesa baja, con la *miko* en el otro lado. Y escuchamos mientras ella nos contaba sobre el sacerdote principal, la misteriosa llamada al palacio y su reunión con la misteriosa dama Satomi.

Daisuke-san se enderezó al escuchar el nombre, mientras un destello de reconocimiento recorría sus ojos. También Yumeko lo notó.

—¿La conoces, Daisuke-san? —preguntó ella.

—Así es —la expresión del noble se volvió ligeramente amarga—. No en persona, pero sé quién es. Todos en el palacio lo saben. Es la concubina

favorita del Emperador. Llegó a la ciudad hace menos de un año y desde entonces cada día ha estado aumentando su influencia. Hay algunos que creen que el Emperador la favorece demasiado, que a una simple concubina no debe dársele tal estatus, pero cualquiera que osa hablar contra ella se encuentra con la deshonra, el exilio o algo peor. Y...

Se detuvo.

—¿Y...? —pregunté suavemente.

Exhaló.

—No es nada. Habladurías entre los plebeyos, nada de lo que deba preocuparse un *bushi* honorable. Pero, han surgido... rumores en los últimos tiempos, susurros. Los sirvientes parecen aterrorizados y la dama Satomi nunca conserva una misma criada más de un mes o dos. Tuvo una pequeña criada... Suki, creo que se llamaba, quien fue asignada a sus aposentos. Por casualidad, me encontré con ella una vez, cuando llegó a palacio —dio unos golpecitos con los dedos en su brazo, mientras fruncía el ceño—. No la he visto desde entonces.

Yumeko inclinó la mirada.

—¿Qué le ocurrió?

—No lo sé —el noble negó con la cabeza—. No llevo un registro de las doncellas que le sirven, pero creo que la dama ya tiene otra chica trabajando para ella. Si lo que usted dice es cierto, y el sacerdote principal ha desaparecido, eso hace que parezca sospechoso. ¿Qué querría ella con Maestro Jiro?

—Tengo la intención de preguntarle —dijo la doncella del santuario—, si puedo entrar a palacio.

La mandíbula del noble se tensó.

—Yo sería muy cuidadoso, si fuera usted —advirtió—. Puede que no sea una guerrera, pero es la favorita del Emperador y una dama de la corte. Dentro de palacio, posee gran influencia y poder. Ella será una oponente peligrosa si se le ataca de frente, sin mencionar que tal afrenta podría desatar la ira del Emperador.

—Daisuke-san —dijo Yumeko, como si se acabara de dar cuenta de algo—. Eres un noble de la gran familia imperial. Daisuke-san podría llevarnos al

palacio, ¿cierto?

—Yo... —desconcertado, el noble la miró por un momento, luego asintió—. Sí —admitió al fin—. Podría hacerlo, me llevará algo de planificación, pero creo que puedo arreglarlo.

Yo también podría, pensé, irrazonablemente molesto con la sonrisa que Yumeko le dedicó. Hakaimono se animó, intrigado por mi destello de irritación, y empujé la presencia del demonio hacia abajo.

—Sin embargo —continuó el noble—, hay canales apropiados que debemos tomar. No puedo sólo pasarlos a través de las puertas del Palacio Imperial y exigir ver a la dama Satomi. Un comportamiento tan deshonesto arruinaría la reputación de mi familia y nos convertiría en el hazmerreír de la corte; mi padre incluso podría cometer *seppuku* por una vergüenza como ésta. Y si la dama Satomi decidiera que está siendo amenazada, podría volver contra ustedes la corte, hacer que los arresten o incluso que los ejecuten en el acto. Esto no es algo que podamos tomar a la ligera. Un paso equivocado en la corte será desastroso para todos nosotros. Pero... —hizo una pausa, frunció el ceño mientras pensaba y luego asintió—. Sí, por supuesto. Eso podría funcionar. Creo que tengo una solución.

—¿Qué tienes en mente, Daisuke-san? —preguntó Yumeko.

—Mañana en la noche —prosiguió el noble—, el Emperador celebra su fiesta anual de la Contemplación de la Luna en los jardines del palacio. Es un evento muy prestigioso, y un gran honor ser invitado, por lo que todos los nobles y las familias importantes se encontrarán allí.

—Incluyendo a la dama Satomi —supuso la *miko*.

—Seguramente. Mi familia ya ha sido invitada, por supuesto. El truco será lograr que el resto de ustedes también entre. Un propósito difícil, pero creo que puede arreglarse.

—¿Y usted haría esto por nosotros? —la doncella del santuario miró al noble, entrecerrando los ojos con desconfianza—. Perdóneme, Taiyo-sama —dijo, mientras él levantaba una ceja hacia ella—. Pero... usted es un noble. No sólo eso, es parte de la familia imperial. ¿Por qué ayudaría a una doncella de santuario, un *ronin* y un samurái del Clan de la Sombra a entrar en la fiesta del Emperador?

—Reika *ojou san*—el noble la miró con solemnidad—. Me encontré con Suki-san una sola vez. Por lo general, no noto las idas y venidas de los criados en el palacio, pero este encuentro, por breve que fuera, se destacó. Descubrí que era la hija de un fino artesano, y tenía oído para la bella música. Ella era... genuina, algo bastante raro dentro del Palacio Imperial —su frente se arrugó y una mirada de cansado disgusto cruzó brevemente su rostro—. La danza en la corte nunca cambia. Cada año, es lo mismo: palabras de seda que esconden ponzoñosas dagas bajo el esmalte del decoro y la cortesía. Una sonrisa puede ser tan peligrosa como una espada, y la elección incorrecta de palabras puede significar la diferencia entre el honor y el ostracismo. Cuando conocí a la chica, fue refrescante hablar con alguien a quien no le importaba ganar favores o mantener las apariencias. Por el bien de Suki y de su padre, siento que es mi responsabilidad descubrir si los rumores sobre la dama Satomi son ociosas habladurías de plebeyos, o si contienen algo de verdad.

—Vaya —intervino el *ronin*—. Un noble que encontró en una campesina a una persona real. Mejor ten cuidado, Taiyo-san: podrías comenzar a platicar con perros y discutir con monos —Yumeko frunció el ceño, con mirada perpleja, y el *ronin* se apresuró antes de que ella pudiera hacer una pregunta—. Pero eso todavía no explica *cómo* vas a conseguir que un *ronin*, una sacerdotisa y... esta chica —asintió hacia Yumeko— se infiltren en el Palacio Imperial.

—¿*Infiltrarlos* en la fiesta del Emperador? —el noble parecía genuinamente horrorizado—. Qué idea tan vergonzosa. Puede ser que los eventos de la corte son un poco repetitivos, Okame-san, pero no estoy tan aburrido para considerar la traición —resopló, haciéndonos saber a todos que se encontraba ofendido, antes de continuar—. Sin embargo, una distinguida *onmyoji* y su *yojimbo* es una historia diferente. Quienes practican *onmyodo*, el antiguo arte del yin y el yang, son muy respetados. El propio Emperador suele recurrir a los *onmyoji* en busca de consejo en asuntos políticos, para que le digan su fortuna o adivinen el futuro del país. Estoy seguro de que daría la bienvenida a Yumeko-san y sus compañeros.

Ví que la doncella del santuario miraba a Yumeko y entrecerraba los ojos; quizás ella podría decir que la chica no era una *onmyoji*, o alguien con

habilidades mágicas. Pero no corrigió la suposición del noble, y tampoco lo hizo Yumeko, aunque el *ronin* parecía vagamente incómodo ante la idea de encontrarse con el Emperador.

—Entonces, está decidido —dijo la doncella del santuario—. Mañana en la noche asistiremos a la fiesta de la Contemplación de la Luna del Emperador, buscaremos a la dama Satomi y descubriremos lo que le sucedió a Maestro Jiro. ¿Estamos todos de acuerdo en que esto es lo que debe hacerse?

—Sí —dijo Yumeko de inmediato—. Y una vez que encontremos a Maestro Jiro, podremos ir al Templo de la Pluma de Acero.

—Suena divertido —dijo el *ronin* frotándose las manos—. Nunca he sido invitado a palacio antes. No puedo esperar a verlo de cerca.

—De acuerdo —dijo el noble—. Aunque, si puedo... —miró a Yumeko, luego al *ronin*—. La fiesta del Emperador atrae a los nobles de todo Iwagoto. Todos buscan causar una impresión, ver y ser vistos. Y, en su mayor parte, ustedes no querrán destacar *negativamente* entre la multitud. Quizás un cambio de atuendo sería... prudente.

El *ronin* resopló.

—¿“No se aparezcan luciendo como campesinos inmundos”, quieres decir?

—Si fuera posible.

—¿Reika *oyou-sama*?

Me volví, ignorando la súbita oleada de sed de sangre. Hakaimono estaba enojado porque la escena con la *miko* no había terminado en violencia y ahora arremetía contra todo a su alrededor. Un par de doncellas del santuario, quizá las dos que había escuchado en las habitaciones de al lado, aparecieron en la terraza y miraron hacia la habitación con cautela.

—Reika *oyou-sama* —dijo una de ellas otra vez—. Siento molestarla, pero hay samuráis en la entrada que no desean retirarse. Dicen que están buscando a uno de sus parientes.

—Gracias, Minako-san —dijo la doncella del santuario, mientras un nudo frío se asentaba en mis entrañas—. Por favor, infórmeles que estaré allí en breve —cuando las dos *miko* se inclinaron y se marcharon rápidamente, la sacerdotisa nos miró exasperada.

—Parece que su presencia continúa perturbando la tranquilidad de mi santuario —comentó—. Ahora tengo samuráis a las puertas, molestando a los *kami* y asustando a las *miko*. ¿Quién de ustedes es responsable de esto, me pregunto?

—Hey, no me miren a mí —dijo el *ronin*, levantando sus manos en alto mientras la doncella del santuario lo miraba furiosa—. Yo no tengo el hábito de estar cerca de los samuráis, excluyendo la compañía actual. Si vienen por alguien, será por el noble Taiyo, queriendo saber por qué su pariente dorado anda merodeando por ahí con semejante gentuza.

—No —dije en voz baja, y me puse en pie, haciendo que todos levantaran la vista—. Son los Kage. Están aquí por mí.

Pasé por encima de los paneles de la puerta destrozados y salí de la habitación. Sabía, de alguna manera, que los miembros del Clan de la Sombra habían venido a buscarme, y no quería que conocieran los rostros de aquéllos con quienes había viajado. Pero no había ido muy lejos cuando pasos ligeros resonaron detrás de mí y *su* voz flotó en la brisa.

—Tatsumi, espera.

Me volví. Yumeko me había seguido hasta la terraza y ahora me estaba viendo partir, con mirada confundida.

—¿Qué hay de tu promesa? —preguntó en voz baja—. Todavía tenemos que encontrar a Maestro Jiro, y dijiste que iríamos al Templo de la Pluma de Acero juntos.

—No lo he olvidado —una extraña renuencia tiró de mí; por alguna razón, me encontraba vacilante sobre acudir al encuentro—. Te veré en palacio —le dije—. No me busques. Cuando llegue el momento, yo te encontraré —todavía parecía dudosa, y le ofrecí una débil sonrisa—. Lo prometo.

En efecto, los Kage se encontraban a la entrada del santuario; cuatro samurái en *hakama* y *haori* oscuros, usando los colores negro y púrpura del Clan de la Sombra. No era sorprendente: los agentes de los Kage estaban en todas partes y tal vez habían tomado nota de mi presencia desde el momento en que entré en la ciudad capital.

—Kage Tatsumi —dijo uno con una pequeña reverencia mientras me

acercaba—. Maestro Masao desea hablar contigo. Si pudieras venir con nosotros.

Seguí a los hombres de mi clan a través de las oscuras calles de Kin Heigen Toshi, mientras la luz del sol se desvanecía y las linternas cobraban vida. Caminamos en silencio, separando a las multitudes en tanto nos deslizábamos por la ciudad. Un grupo de samuráis caminando por las calles era suficiente para hacer que la mayoría de los civiles evitaran educadamente cruzarse con ellos, pero un grupo de samuráis del Clan de la Sombra merecía aún más precauciones. Así como la familia Hino era tristemente célebre por su mal genio, y los Taiyo eran conocidos por ser tan orgullosos como bellos, los Kage se habían ganado la reputación de ser siniestros y poco confiables. Una posición que nos preocupaba refutar. El Clan de la Sombra tenía muchos secretos, lo mejor era que el imperio esperara ese comportamiento de nosotros. Les impedía entrometerse demasiado en nuestros asuntos y descubrir que tenían todo el derecho de ser cautos.

El distrito de la Sombra, donde la familia Kage mantenía sus propiedades dentro de la Ciudad Imperial, se encontraba en las afueras, al oeste del palacio. Como un santuario lejos del hogar para el más modesto de los Clanes Menores, se encontraba replegado en una esquina a lo largo de la pared exterior, lejos del bullicio del centro de la ciudad, fuera de la vista y de la mente. Lo cual se adaptaba perfectamente a los Kage. Como el nombre sugería, las calles a través del distrito de la Sombra eran angostas y oscuras, con pocas linternas para rechazar las penumbras. Mientras descendía por caminos y callejones familiares, pude sentir los ojos en mí, invisibles, pero Hakaimono ni siquiera se inmutó. *Shinobi* merodeaban los tejados por encima de nuestras cabezas, silenciosos y letales, vigilando todo lo que sucedía dentro del territorio del Clan de la Sombra. Irónicamente, su presencia convertía al distrito de los Kage en uno de los más seguros de Kin Heigen Toshi: ningún secuestrador, ladrón o asesino se arriesgaría a operar en un territorio cuyos guerreros conocían la oscuridad mejor que ellos.

Las propiedades de los Kage se encontraban al final del distrito de las Sombras, sobre un canal de perezosas aguas negras que se rumoreaba eran frecuentadas por un *kappa* irritable, un tipo de *yokai* de río devorador de

hombres. Con la cantidad de *shinobi* en el área y el hecho de que Hakaimono nunca había sentido la presencia del *yokai* cerca del canal, dudaba que este rumor fuera cierto e imaginé que incluso podría haber sido iniciado por los mismos Kage para mantener a civiles curiosos lejos de sus fincas.

La hacienda de los Kage estaba rodeada por altos muros de piedra y custodiada por samuráis vestidos de negro, aunque sabía que aún más *shinobi* acechaban en rincones invisibles, mirándonos mientras entrábamos. Una vez que pasamos por las altas puertas con bandas de hierro, todos menos uno de los samuráis se inclinaron ante nosotros y se despidieron, dejándome al resguardo de un solo *bushi*. Lo seguí por los escalones de la hacienda de los Kage, más pequeña que Hakumei-jo, el castillo de origen del Clan de la Sombra, pero no menos elegante.

Y no menos confuso. Ambas estructuras habían sido diseñadas para ser desconcertantes, y aquéllos sin un conocimiento íntimo de los interiores de la finca pronto se encontraban irremediabilmente perdidos en los laberínticos pasillos del palacio del Clan de la Sombra. Además, había muchas habitaciones ocultas, puertas falsas, túneles secretos y espacios entre paredes y pisos, donde los *shinobi* podían tender una emboscada a los intrusos y desaparecer sin dejar rastro. Dentro de Hakumei-jo, se decía que había habitaciones, túneles y pasajes ocultos que ni siquiera los *shinobi* conocían, y que la única persona que poseía todos los secretos de los palacios del Clan de la Sombra era la arquitecta que los había diseñado. Pero ella no había dejado ningún registro de su trabajo, ni planos ni diarios, y al final se llevó su conocimiento a la tumba.

Por fortuna, ya había estado en la hacienda del Clan de la Sombra unas cuantas veces y estaba familiarizado con su diseño. Y, a diferencia del castillo de Hakumei, en el interior de este palacio no se movía todo ni se cambiaba de aspecto varias veces al año, así que pude orientarme mientras seguía a mi guía por los largos y tortuosos corredores de la finca de los Kage.

Sin embargo, cuando doblamos una esquina, un trío de hombres salieron de las sombras para bloquear nuestro camino. Llevaban túnicas oscuras, y sus rostros estaban pintados de blanco con marcas negras en las mejillas y la frente. Los *majutsushi* del Clan de la Sombra.

—Puede retirarse —le dijo la figura principal al samurái—. Regrese a su puesto. Nosotros nos encargaremos del asesino de demonios a partir de aquí.

El guerrero hizo una profunda inclinación, giró sobre sus talones y se alejó sin mirar atrás. El hechicero esperó hasta que los pasos se habían desvanecido en la oscuridad antes de volver hacia mí sus ojos negro azabache.

—Kage Tatsumi —murmuró mientras los otros avanzaban, rodeándome. Mantuve mi expresión en blanco, con las manos a mis costados, aunque mi cabeza estaba llena de imágenes en las que los cortaba a todos ellos por la mitad, empapando los corredores de sangre. Los labios pintados de negro de la figura de la túnica se curvaron en una débil sonrisa, como si estuviera leyendo mis pensamientos—. Puedo sentir tu odio desde aquí, asesino de demonios —dijo en un susurro ronco—. Sabes lo que viene, y desesperadamente quieres matarnos a todos, ¿cierto?

—Los deseos de Hakaimono no son los míos, Maestro Iemon —respondí con cuidado—. Estoy completamente en control, tanto de mí como de mi arma.

—¿Lo estás? —los labios del *majutsushi* se curvaron más alto—. No de acuerdo con Maestro Jomei. Has sido visto en compañía de una chica, un *ronin* y, ahora, un samurái. Un noble Taiyo, de entre todas las personas. ¿Pensaste que no notaríamos tu irregular comportamiento? ¿Has olvidado las reglas? —su mirada negra se estrechó—. ¿Qué te hemos dicho sobre el trato con aquéllos que no forman parte del Clan de la Sombra? Responde.

—Tengo poco o ningún trato con aquéllos fuera de los Kage —le respondí obedientemente—. Debo evitar el contacto con las personas siempre que sea posible. Si no es posible, debo actuar como dicta la sociedad, hasta que pueda alejarme de su presencia, lo más rápido que me sea posible.

—¿Y cuál es la razón de todo eso, asesino de demonios?

—Porque mi existencia los pone en peligro —recité—. Porque los humanos inspiran emociones que Hakaimono usará para debilitar mi voluntad.

—¿Y si eso sucede?

—Perderé el control y los Kage se verán obligados a acabar conmigo.

Maestro Iemon asintió.

—Sabes esto —dijo con dureza—. Sabes que siempre debes trabajar solo. Los humanos sólo te tentarán, te distraerán y, lo que es peor, te provocarán

todas esas emociones que hemos pasado toda tu vida enseñándote a reprimir. El asesino de demonios de los Kage nunca *debe* ceder ante la ira, el miedo, la frustración o el dolor. *Sentir* sólo hace que Hakaimono se acerque a la superficie, y si pierdes el control de la espada, eso traerá una gran vergüenza y deshonor a los Kage, por lo que tendríamos que limpiar el desastre que dejes atrás.

—Lo entiendo, Maestro Iemon. Pero...

—¿Pero? —el *majutsushi* siseó—. No hay *pero*, no hay excusa. Eres nada, asesino de demonios. Existes *sólo* para servir a los Kage. Tus sentimientos personales no existen, porque no deberías tenerlos —se enderezó y dio un paso atrás, evaluándose—. Parece que la determinación del asesino de demonios de los Kage está decayendo. Tal vez sea necesaria una reevaluación del estado mental del sujeto.

La rabia me llenó, y luché contra el impulso de blandir a Kamigoroshi y abrirme el camino, a sabiendas de que Maestro Iemon estaba observando mi reacción. Reevaluación significaba días de estrés mental y físico para determinar si yo era capaz de mantener el control. Significaba estar encadenado a un par de pilares de piedra y ser golpeado con varillas de bambú, para ver si me perdería frente al demonio. Significaba hundir la mano en un lecho de brasas ardientes para demostrar que seguiría órdenes a toda costa, o arrodillarme inmóvil ante un objetivo de madera mientras mis compañeros *shinobi* arrojaban *shuriken* y *kunai* por delante de mi rostro.

Pero, con Maestro Iemon y el resto de los *majutsushi* observando y juzgando mi reacción, sólo había una respuesta aceptable. Me incliné por la cintura y llevé la mirada al piso, mientras sentía los ojos de Maestro Iemon fijos en mi nuca.

—Mi vida y mi cuerpo pertenecen al Clan de la Sombra murmuré, mientras Hakaimono retrocedía con furiosa indignación—. Si esto es lo que los Kage requieren de mí, me someteré.

—No, Tatsumi-kun —resonó una voz nueva detrás de mí—. No esta vez.

—¡Masao-san! —exclamó Maestro Iemon, mientras el cortesano caminaba tranquilamente por el pasillo. Vestido con un holgado *kimono* de seda púrpura, con un toque de bambú dorado cubriendo un lado, se destacaba entre las

túnicas negras del *majutsushi*. La pareja que había estado flanqueando a Maestro Iemon retrocedió, pero el *majutsushi* principal se mantuvo firme en tanto la presencia de Kage Masao llenaba el corredor como un cisne que extiende sus alas.

—Buenas noches, Maestro Iemon —saludó Kage Masao—. Por favor, perdone la interrupción, pero me temo que debo intervenir. El asesino de demonios vendrá conmigo.

Los labios negros de Maestro Iemon se adelgazaron.

—El asesino de demonios está bajo nuestra vigilancia —argumentó el *majutsushi*, mientras Kage Masao lo miraba con pereza desde detrás de su abanico de seda blanca—. Somos los responsables de determinar si es un peligro para sí mismo y para los ciudadanos de Iwagoto.

—Tatsumi-kun se encuentra en una misión muy importante para la dama Hanshou —Kage Masao cerró el abanico de golpe y sonrió al furibundo *majutsushi*—. No tiene tiempo para ser arrastrado y atormentado por su cuadro de demonios —Maestro Iemon se puso rígido, pero la sonrisa del cortesano no titubeó—. No se preocupe, Iemon-san. Si pierde el control y se come a alguien, asumiré toda la responsabilidad.

—Muy bien —el *majutsushi* dio un paso atrás, con una expresión amarga en el rostro. La victoria había sido para el cortesano, y yo tomé un callado respiro de alivio—. Entonces lo dejamos en sus *capaces* manos, Masao-san. Estoy seguro de que usted sabrá qué hacer si Hakaimono aparece —sonreía pero su expresión comunicaba exactamente lo contrario, como si esperara que yo perdiera el control y terminara destrozando la corte, pero Kage Masao sólo asintió serenamente.

—Oh, usted me halaga, Maestro Iemon —el cortesano agitó su abanico otra vez y un leve rubor tiñó sus mejillas—. No soy digno de tal alabanza. Además, con su excelente entrenamiento y guía, estoy seguro de que no correré peligro. Tatsumi-kun ha tenido la educación más completa, estoy seguro de eso. Y si el chico perdiera el control, la dama Hanshou ciertamente no haría caer la culpa sobre *usted* de la muerte de su asesor más confiable. Ella es, por supuesto, la más amable y la más benevolente de las líderes, y sus castigos para aquéllos que la decepcionan están reservados sólo para los más viles fracasos.

Detrás de su maquillaje, *Maestro Iemon* se tornó ligeramente pálido.

—Sí. Bueno —retrocedió, de repente ansioso por irse—. Será mejor que nos marchemos, entonces. Buenas noches, Masao-san.

—Buenas noches, Iemon-san.

Cuando los *majutsushi* dieron media vuelta y se alejaron por el pasillo, la amable sonrisa de Kage Masao se volvió vagamente salvaje, y él cerró su abanico.

—*Limitate a tu magia y manipulación de los kami, Iemon-san susurró para sí—, no intentes jugar el juego de la corte con un experto.*

Metió el abanico en su *obi* y me miró; la despiadada máscara había desaparecido, como si nunca hubiera estado ahí.

—Tatsumi-kun —dijo en tono alegre—. Lamento mucho haberte hecho esperar. ¿Caminarías conmigo un momento?

Comenzamos a recorrer el pasillo, en la dirección opuesta a la que Maestro Iemon y el resto de los *majutsushi* habían tomado. Estaba contento de haberme librado de los cuatro *majutsushi* pero, curiosamente, estar en presencia de Kage Masao me resultaba tan desconcertante como si hubiera víboras vivas escondidas debajo de su túnica, aunque no sabía por qué.

—Entiendo que el Templo de los Vientos Silenciosos había sido destruido cuando llegaste —comentó Kage Masao después de caminar uno o dos minutos en silencio.

—Sí, Maestro Masao —respondí—. Los *amanjaku* habían matado a todos, y el pergamino ya no estaba. Hubo informes de un *oni*, pero yo no lo vi.

—Demonios —reflexionó Kage Masao, con tono sombrío—. Entonces, Jomei-san tenía razón. Un mortal los está convocando desde *Jigoku*, lo que significa que es probable que también estén detrás del pergamino. Hanshou-sama no estará contenta —suspiró y me miró de soslayo—. Esta chica con quien te has reunido y que le está provocando un ataque al corazón a Iemon-san, ¿quién es?

—La única superviviente del templo —expliqué—. Ella afirma que su maestro le dijo dónde había enviado el pergamino, pero no cómo llegar allí. Es por eso que vinimos a la ciudad capital, porque hay alguien aquí que sabe dónde se encuentra este templo escondido. Prometí acompañarla hasta ese

lugar una vez que ella consiga la información.

—Ya veo —Kage Masao no ofreció información de lo que pensaba al respecto—. ¿Y confías en esta chica?

—Yo... —hice una pausa. *No confíes en nadie*, ésa era la regla número uno de Ichiro-sensei. *No creas nada más allá de lo que tus sentidos te dicen*, él siempre me advertía. *Los humanos manipulan. Los yokai engañan. Todo tiene motivos ulteriores, y en el momento en que bajas la guardia, te cortarán la garganta desde las sombras.*

Había atendido su advertencia, por supuesto. Todos los que conocía, buscaban matarme, dañarme o manipularme de alguna manera. Esa suposición me había salvado la vida en más de una ocasión, cuando el niño que lloraba en el río se había abalanzado sobre mí con los colmillos al descubierto, y cuando la asustada mujer del callejón había intentado estrangularme con su cabello.

Pero Yumeko... Era extraño, y quizá peligroso, pero me sentía... casi cómodo a su alrededor. O, por lo menos, no creía que ella fuera a intentar apuñalarme en el momento en que yo bajara la guardia. Ichiro-sensei desollaría mi espalda si descubriera que estaba albergando tales pensamientos, pero Yumeko era diferente, genuinamente curiosa y sin pretensiones. Ella me había salvado la vida, nada exigía de mí y había sido la primera persona en tocarme sin infligir dolor.

—Confío que me llevará adonde está el pergamino —respondí al cortesano—. Confío en que hará todo lo que esté en su poder para llegar allí.

—Bien —asintió Kage Masao—. Continúa ayudándole, entonces. Protege a la chica de los demonios y magos de sangre que podrían intentar detenerlos. Haz lo que sea necesario para garantizar que tu misión sea un éxito. Y en el momento en que ella te conduzca al pergamino y lo tengas en tu poder, elimínala.

Una lanza fría atravesó mi estómago, pero asentí una vez y mantuve mi voz impasible.

—Entendido.

—Excelente —Kage Masao sonrió alegremente—. No entiendo por qué Iemon-san estaba tan preocupado. Resulta obvio que harás lo que tengas que hacer para terminar tu misión. Entonces, Tatsumi-kun, ¿cuál es el siguiente

paso? ¿Dónde está esta persona que conoce la ubicación del pergamino?

—No lo sabemos —le dije, ganando un desconcertado ceño fruncido por parte del cortesano—. Se suponía que debía estar en el santuario de Hayate, pero hace tres días fue convocado al Palacio Imperial y ha desaparecido.

—¿Convocado al palacio? ¿Por quién?

—La dama Satomi.

—¿Cómo? ¿La concubina del Emperador? —Kage Masao apretó los labios y adoptó un aire pensativo—. Hay rumores de su crueldad, pero nada ajeno a la corte interior. ¿Así que ella también es parte de este pequeño juego?, dama Satomi. Qué... interesante —una expresión astuta cruzó su rostro, antes de sacudirse y mirarme de nuevo—. Una mujer de la posición de Satomi será difícil de alcanzar —dijo—. Supongo que vas a saltar por los muros, pero ¿luego qué? ¿Cómo planeas descubrir lo que ella sabe?

—Hay un evento en palacio mañana por la noche —comencé, y Kage Masao chasqueó los dedos.

—Por supuesto. La fiesta imperial de la Contemplación de la Luna, ¿cómo pude olvidarlo? —por un momento, me miró con una sonrisa divertida en los labios—. Es una pena que no puedas asistir como un noble más, Tatsumi-kun. Sólo puedo imaginarme a las damas de la corte mirándote como una manada de lobos voraces.

—No estoy seguro de entender, Maestro Masao.

—Estoy seguro de que no lo entiendes —abruptamente, Kage Masao se volvió y presionó la punta de su abanico debajo de mi barbilla, forzándome a mirarlo. Me puse rígido mientras me miraba, estudiando mi rostro—. Ichiro-san e Iemon-san tal vez nunca te lo han dicho —murmuró—, ¿pero sabías que eres extremadamente apuesto, Tatsumi-kun? Es una lástima que te eligieran para ser el portador de esa espada maldita. Tanto potencial desperdiciado. Por supuesto, en la corte, las ropas adecuadas marcarían la diferencia, pero aun así —sus ojos brillaron mientras bajaba el abanico y daba un paso atrás, sonriendo de una manera que hizo que un revoloteo de inquietud recorriera mi estómago—. Bueno, haz tu mejor esfuerzo, asesino de demonios. Y buena suerte con la dama Satomi. Me temo que podrías encontrar la corte del Emperador más desafiante de lo que imaginas.

LA CONTEMPLACIÓN DE LA LUNA

No reconocía del todo a la chica del reflejo.

Conocía su rostro. Eso era lo único que me resultaba familiar. Todo lo demás: su cabello, su maquillaje, su ropa, parecía ajeno y extraño.

Me quedé en la habitación de la doncella del santuario, con las puertas y ventanas cerradas con estrictas órdenes para que no nos molestaran, y miré fijamente a la *kitsune* en el pequeño espejo ovalado sobre el tocador. La túnica en capas de color rojo y blanco, adornada en oro y con un patrón de hermosos diseños, era la prenda más elegante que jamás hubiera llevado. También era pesada, casi cubría los dedos de mis pies, y era bastante incómoda, en especial por las mangas anchas y ondulantes. Mi cabello había sido adornado y peinado en una trenza plisada que bajaba por mi espalda, atada con cintas rojas y doradas de seda. Un alto gorro terminado en punta se asentaba sobre mi cabeza detrás de mis puntiagudas orejas de zorro; las hice hacia atrás con disgusto, y el sombrero resbaló y cayó al suelo.

Reika *ojou-san* suspiró.

—No puedes hacer eso cuando estés en el palacio —me regañó mientras levantaba el gorro de las esteras de *tatami* y lo colocaba sobre mi cabeza otra vez—. Si vas a hacer creer a todos que eres una *onmyoji* respetada, no puedes estar retorciéndote por cada pequeña cosa.

—Esta túnica es tan pesada —dije, arrugando la nariz. Podía sentir mi cola debajo de la tela, presionada contra la parte posterior de mis piernas, y me

moví con incomodidad. Al menos la pesada tela ocultaba bastante bien el pergamino, todavía escondido en el *furoshiki*—. Voy a tropezar con mis propios pies cada pocos pasos. ¿No puedo hacer que mi ropa normal se vea así?

—La magia de zorro no es más que ilusión y engaño —respondió la *miko*, y el desdén en su voz me recordó a Denga—. Si se descubre que eres mitad *yokai* dentro del Palacio Imperial, no sólo serás ejecutada tú, todos los que estén relacionados contigo también serán castigados. El *ronin*, el noble y el asesino de demonios de los Kage: todos podrían ser asesinados en el acto, porque no querías sentirte incómoda una sola noche. ¿En verdad quieres arriesgarte a eso?

Resoplé.

—¿Al menos podría tener unas *geta* para no tropezar y caerme de cara frente a toda la corte imperial?

Ella hizo una mueca.

—Puedo levantar el dobladillo algunos centímetros, sólo dame un minuto.

Se arrodilló a mi lado y comenzó a tirar de la tela, murmurando que me mantuviera quieta. Cuando me miré en el espejo otra vez, mis pensamientos comenzaron a vagar. Después de que Tatsumi partiera la noche anterior y desapareciera en la ciudad con sus hombres del clan, Reika *ojou-san* amablemente nos había proporcionado habitaciones a Okame-san y a mí. Daisuke-san se había ido también: había regresado a la propiedad de su familia en el distrito del Sol, pero había prometido regresar a la noche siguiente para escoltarnos a palacio. Esta tarde, Reika *ojou-san* había enviado a unas cuantas *miko* para que encontraran el atuendo adecuado para una *onmyoji de mi posición*, y había sugerido firmemente que Okame-san se dirigiera al mercado para conseguirse también un atuendo: uno que no gritara *sucio perro ronin* a los cuatro vientos. Al principio, el *ronin* se había burlado, pero la doncella del santuario insistió en que no debería poner en peligro nuestra misión a causa de su estúpido orgullo, y prácticamente lo expulsó del santuario, amenazando con enviar al guardián del santuario detrás de él si no se marchaba. Después de que el *ronin* por fin obedeció, ella regresó su atención a mí.

—¿Cuáles son los nombres de los últimos cinco emperadores? —preguntó Reika *ojou-san*, todavía arrodillada al borde de mi túnica. Sofoqué un gruñido. Durante toda la mañana, me había dado un sermón sobre el protocolo de la corte: sus costumbres, lo que era socialmente aceptable y qué comportamientos me señalarían como una *vulgar campesina*. La cantidad de detalles que debía recordar para ofrecer una simple reverencia hacía que la cabeza me diera vueltas, tanto como la lista de temas que se consideraban inaceptables para esta época del año. Cuando se hacía una pregunta, se consideraba descortés contestar con un simple sí o no; lo mejor era responder con poemas y versos, usando tantas similitudes y frases floridas como fuera posible.

—Mmmm... —comencé con cautela, sabiendo que Reika *ojou-san* esperaba una respuesta. Una *onmyoji* de mi posición, me lo había explicado antes, de seguro conocería la historia de la familia real de Iwagoto—. Taiyo no Genjiro, Taiyo no Eiichi, Taiyo no Fujikata, Taiyo no... mmm... ¿Kintaro?

—Ahora sólo estás adivinando —dijo la doncella del santuario—. Y no puedes expresar *mmm* o *ano* en la corte imperial. Los campesinos y los plebeyos tartamudean. Los nobles nunca lo hacen.

Con un suspiro, cambié de posición mi peso, lo que me hizo ganar un gesto de disgusto de la doncella del santuario. De pronto, extrañé a Tatsumi; aunque nunca hablaba mucho, su tranquila presencia siempre podía sentirse. Me pregunté dónde se encontraría en este momento, qué estaría haciendo. Tenía la esperanza de volver a verlo, de que nos encontrara en el palacio como lo había prometido. También esperaba no meter la pata en la corte imperial y dejarnos expuestos a todos.

—Listo —dijo Reika *ojou-san*, y se levantó, sacudiéndose las rodillas—. Creo que estás tan preparada como puedes estarlo —dando un paso atrás, cruzó los brazos y me miró con ojo crítico, antes de asentir una vez—. Lo suficientemente bien. Te ves como una *onmyoji*, en la superficie por lo menos. Ahora, casi se pone el sol, y yo también debo prepararme. ¿Por qué no vas y averiguas si el *ronin* ya regresó? Y, por favor, no te ensucies antes de que lleguemos al palacio.

Tratando de no pisar la parte inferior de mi túnica, salí de la habitación.

Okame-san estaba apoyado en la barandilla cuando entré en la terraza, y sus cejas se elevaron al verme.

—*Sugoi* —exclamó en voz baja, apartándose del poste—. Yumeko-chan, te ves... diferente. Ni siquiera te reconocí.

Sonreí.

—Tú también, Okame-san —el *ronin* se había afeitado, su barba de chivo ahora lucía pulcra, en vez de erizarse desordenada sobre su barbilla, y su cabello castaño rojizo se movía detrás de él en una apretada cola de caballo. Su *hakama* blanco y su *haori* marrón no parecían elegantes, pero eran nuevos, estaban limpios y le ajustaban muy bien. No asemejaba exactamente un noble, pero tampoco lucía como un *ronin*—. Pareces casi respetable.

—Muérdete la lengua —replicó, y miró hacia otro lado, mientras el rubor trepaba por su cuello—. No puedo creer que tenga que desfilas por el palacio del Emperador pretendiendo ser un samurái con un montón de aristócratas engreídos.

Incliné la cabeza.

—¿Por qué odias tanto a los samuráis, Okame-san? —pregunté—. Tatsumi me dijo que los *ronin* habían sido samuráis en algún momento, antes de que perdieran a su señor. ¿Qué pasó con el tuyo?

Okame-san me ofreció una sonrisa torcida.

—Ésa es una larga historia para otro día, Yumeko-chan. Digamos que hubo un tiempo en el que creía completamente en el honor y el deber y el código *bushido*. Pero eso fue hace años, cuando era joven y estúpido, y quería destacar.

—¿Qué sucedió?

—Me abofetearon con la mano cruel de la realidad —dijo el *ronin*, sonriendo—. Y me di cuenta de que el reverenciado código sólo es palabrería. Si hay honor en el mundo no está entre los samuráis. Convertirme en un *ronin* fue la consecuencia natural.

Parpadeé ante la amargura que se percibía por debajo de su voz y me pregunté qué cosas habría visto que lo habían convertido en el *ronin* hastiado que era ahora.

—Tendrás que contarme toda la historia algún día.

—Lo haré. Pero hoy tenemos mayores preocupaciones. Como entrar en la fiesta del Emperador sin ser señalados como charlatanes. Sólo recuerda — continuó, mientras daba unos suaves golpecitos con su dedo en mi manga, que colgaba sobre la terraza—. Yo no soy en verdad un *yojimbo*, y tú no eres una *onmyoji*. Y pretenderlo será nuestra sentencia de muerte, si alguien nos descubre.

—Lo sé —dije. Reika *ojou-san* me lo había explicado, con todo detalle, esta mañana. Tan pronto como Okame-san se marchó, me arrastró a una habitación, cerró de golpe la puerta y procedió a sermonearme acerca de cómo era tan imprudente con mis mentiras. Le estaba mintiendo a Daisuke-san acerca de ser una *onmyoji*, le estaba mintiendo a Okame-san sobre ser una campesina, y le estaba mintiendo al asesino de demonios de los Kage acerca de ser una chica humana normal. Hasta ahora había tenido suerte, me dijo, frunciendo el ceño como un pequeño gato furioso. Especialmente porque había estado viajando con el infame asesino de demonios de los Kage.

Y esta noche, continuó ella, nos encontraríamos dentro de las paredes del Palacio Imperial, rodeados de nobles, samuráis, aristócratas y del Emperador en persona. Donde si se descubría que no éramos quienes decíamos ser, significaría la ejecución para todos nosotros. Éste no era uno de mis juegos de *kitsune*, me había advertido Reika *ojou-san*. Esto era literalmente un asunto de vida o muerte. Así que lo mejor era que comenzara a tomarlo con seriedad.

Me mordí el labio. Ella tenía razón. Estaba arrastrando a mucha gente en esta disparatada historia inventada, y las mentiras seguían apilándose una encima de la otra. Tarde o temprano, esa torre se derrumbaría.

—¿Estás seguro de que quieres venir con nosotros, Okame-san? — pregunté, mirando al *ronin*—. Nada me debes, ¿sabes? Eres libre de marcharte si así lo deseas.

—¿Estás bromeando? —el *ronin* me lanzó aquella sonrisa lobuna de ojos brillantes—. Olvídate de la obligación, ésta es la mayor diversión que he tenido en años. Cuando era samurái, nunca fui lo suficientemente importante para ser invitado a las grandes fiestas del Emperador. Va a ser poéticamente irónico pasear con toda tranquilidad por allí con un Taiyo, el más orgulloso de los orgullosos, y ver las miradas en sus rostros engreídos.

—Pero es peligroso. ¿Qué pasará si nos descubren?

—El peligro es lo que lo hace divertido, Yumeko-chan —dijo Okame-san—. Ninguno de los nobles va a preguntar si en verdad eres una *onmyoji*, eso sería el colmo de la descortesía. Mientras no aceptes adivinar la fortuna o el futuro, o exorcizar a un demonio, estaremos bien —se encogió de hombros y se apoyó contra la barandilla, con aire despreocupado—. Así que yo no me preocuparía, los monos de la corte estarán demasiado ocupados acicalándose, adulando al Emperador e intentando pavonearse mutuamente para prestarnos atención.

—¿Habrá monos? —parpadeé conmovida—. Bueno, eso lo hará entretenido, por lo menos. Pero los monos son muy caóticos, ¿no les preocupará eso?

—Eso fue bastante cruel, Okame-san —dijo una nueva voz, y Taiyo no Daisuke dobló la esquina del edificio. Llevaba un magnífico *kimono* de seda azul oscuro, con soles dorados en miniatura estampados sobre las mangas y en la parte delantera, y sostenía un colorido abanico de seda con ambas manos. Su largo cabello blanco había sido atado detrás de su cabeza, y brillaba contra la seda oscura de su túnica—. No deberías llenar la cabeza de Yumeko-san con semejantes mentiras. Al menos algunos de ellos estarán demasiado ocupados destruyendo la reputación de un rival con habladurías o concertando matrimonios ventajosos para sus familias, para dedicar tiempo a la adulación.

Levantó la vista hacia mí, sonrió y bajó la cabeza en respetuosa reverencia.

—Dama Yumeko —dijo con voz solemne—, siento que debo disculparme nuevamente por mi grosero comportamiento la noche que nos conocimos. Es una suerte que las flores de *sakura* ya se hayan desprendido y muerto, porque seguramente llorarían si tuvieran que competir con su belleza.

—Mmm... —no estaba muy segura de cómo responder a eso; nadie me había dicho este tipo de cumplidos antes. Por fortuna, en ese momento Reika *ojou-san* abrió la puerta y se unió a nosotros en la terraza, salvándome de tartamudear una respuesta en el estilo menos noble.

La *miko* todavía llevaba el *hakama* rojo y el *haori* blanco de las doncellas del altar, pero tenía el cabello recogido y decorado con cintas y campanillas.

Otras dos *miko* aparecieron detrás de ella, vestidas de manera similar, y las dos miraron boquiabiertas al espectacular aristócrata, con la boca ligeramente abierta. Daisuke-san, quizás acostumbrado a tales reacciones, las ignoró educadamente.

—Basta con eso —Reika *ojou-san* golpeó a una de las *miko* con una manga, haciéndola saltar—. Ustedes dos, parecen un par de carpas jadeantes. No me hagan pasar vergüenzas esta noche. Taiyo-sama —continuó, volviéndose e inclinándose ante Daisuke-san, lo que hizo que las campanas doradas en su cabello tintinearán—. Perdone este inconveniente a su valioso tiempo. No puedo expresar mi gratitud lo suficiente.

—En absoluto, Reika-san —respondió Daisuke-san—. Me alegra ser de ayuda. Y un cambio en el escenario de la corte será bueno para todos. ¿Nos vamos? El sol se está poniendo, y nos espera un largo paseo para llegar a palacio.

—Un momento, por favor —dijo la doncella del santuario, deteniéndonos—. Alguien más vendrá con nosotros.

Metió la mano en su manga y sacó un *ofuda*, la tira blanca de papel utilizada para enfocar la magia sagrada. El *kanji* de “lealtad” estaba escrito en la superficie el mismo *ofuda* que había blandido frente a mí cuando nos conocimos. Cerrando los ojos, la doncella del santuario comenzó a cantar algo en voz baja, y el aire a su alrededor se llenó de energía.

—Guardián del santuario de Hayate —la escuché susurrar—. El más leal de los protectores, acude a mí.

El viento a su alrededor se dispersó en todas las direcciones, sacudiendo las ramas sobre nuestras cabezas. Esperamos, con la respiración contenida.

Una criatura peluda trotó alrededor del edificio y se detuvo al pie de las escaleras. Era un perro, pequeño y larguirucho, con orejas triangulares, pelaje anaranjado rojizo con un vientre blanco y una cola tupida rizada con firmeza sobre sus cuartos traseros. Un collar de cuerda carmesí colgaba alrededor de su cuello, y una campana dorada pendía justo en el centro.

¡Inu! Luché contra el impulso repentino de dar un salto atrás, correr por la terraza, meterme en una de las habitaciones y cerrar la puerta entre nosotros. Nunca me habían gustado los perros, y la sensación parecía ser mutua. Alguna

vez, mientras estaba deambulando por los jardines fuera del templo, un par de perros del pueblo, delgados y de apariencia voraz, me habían visto y se habían lanzado tras de mí. Ninguno de mis trucos había funcionado con ellos; habían ignorado las imágenes de osos rugientes y conejos huyendo, como si de alguna manera supieran que no eran reales. En una ocasión, para escapar de mis perseguidores, terminé por trepar a un árbol, donde permanecí hasta el anochecer, cuando Denga vino a buscarme y logró ahuyentarlos.

—¿*Kit-kitsune*? —exclamó Okame-san, haciéndome saltar y mirar otra vez hacia él. El *ronin* tenía los ojos fijos sobre el perro con una expresión de desconcierto en su rostro—. ¿El guardián de este santuario es un *kitsune*?

—No es un zorro —le dije, con alivio y un poco de molestia—. Es un perro. Honestamente, Okame-san, no se parece en nada a un zorro.

—Éste es Chu —dijo Reika *ojou-san* con calma, haciendo que el perro la mirara y moviera la cola—. Es el guardián del santuario de Hayate. Uno de ellos, en realidad —sus ojos se nublaron y un surco arrugó su frente suave—. Ko, la otra protectora, desapareció la noche en que Maestro Jiro se marchó. Creo que ella fue invocada por el sacerdote, o quizá sintió que él se encontraba en peligro y fue a buscarlo, porque ninguno de los dos ha regresado.

—Él es bastante pequeño para su tipo —dijo Daisuke-san, con una voz que intentaba ser amable.

Okame-san resopló.

—¿Pequeño? Es un enano. ¿Cómo diablos esta bola de pelusa va a ser el guardián de algo, a menos que proteja el santuario de los gorriones y las ratas?

Chu echó hacia atrás las orejas y le gruñó al *ronin*, dejando al descubierto una hilera de afilados dientes blancos.

Reika *ojou-san* suspiró.

—Ésta es la forma que le permite mostrarse en la ciudad —dijo la doncella al *ronin*—. De hecho, cuando está usando este cuerpo, es casi imperceptible. Podrá deslizarse más allá de las puertas del Palacio Imperial sin que nadie le preste atención. Ése es uno de sus muchos talentos: la gente no se da cuenta de que él está allí —una leve sonrisa malvada curvó sus labios mientras miraba al *ronin*—. Chu no guarda rencor, pero si yo fuera usted, lo

pensaría dos veces antes de insultarlo. Su verdadera forma es mucho más... impresionante.

Okame-san levantó una escéptica ceja, pero no dijo más. Chu se levantó con gracia y se alejó al trote, como si tomara la delantera; lo seguimos por el patio y bajamos la escalera del santuario de Hayate. Cuando pasamos por debajo del arco *torii* de la entrada, noté que ambos pedestales de piedra estaban vacíos.

—Ah, Yumeko-san, antes de que lo olvide... —Daisukesan se volvió hacia mí, sonriendo, mientras nos adentrábamos en las calles del distrito del Viento—. Hablé con uno de mis tíos sobre ti —dijo—, y se mostró muy interesado en que una *onmyoji* asistiera a la fiesta de esta noche.

—¿Eh? Eso es agradable. Tu tío suena como un hombre muy amable.

—Sí, y estará bastante complacido de verte. Verás, hace unos meses hubo un terrible escándalo en torno a los últimos *onmyoji* del Emperador: rumores de traición y magia de sangre, murmullos de asesinato. Fue un desastre horrible. Al final, el *onmyoji* y sus asistentes fueron ejecutados, pero la posición de adivino de la corte aún no se ha ocupado. Mi tío cree que el Emperador estará encantado de que una *onmyoji* adivine su fortuna —la brillante sonrisa de Daisuke-san se hizo aún más amplia. Cuando me di cuenta de lo que estaba sugiriendo, tuve que aplacar mis orejas ante la alarma—. Si todo va bien esta noche, Yumeko-san, podrías tener una audiencia con el mismo Emperador de Iwagoto.

A pesar de mi nerviosismo, era imposible no dejarse impresionar por el esplendor del Palacio Imperial. Asentado sobre su cima, la estructura dorada captaba los últimos rayos de luz desvaneciente y brillaba por sí mismo como un sol en miniatura. Al acercarnos, pude vislumbrar adornos del techo dorado: peces dorados, dragones y aves fénix coronaban las esquinas, se recortaban contra el cielo y nos contemplaban, simples mortales, muy por debajo de ellos.

Mientras nos aproximábamos a las enormes puertas, vi a un par de samuráis cerca de la entrada, estaban vestidos con armadura y sostenían sus lanzas *yari* en posición vertical. Me preocupaba que pudieran dar un paso al frente con las lanzas inclinadas para bloquear nuestro camino. Pero no se

movieron, aunque el mayor volvió la cabeza cuando Daisuke-san se acercó y una sonrisa curvó su boca debajo del bigote.

—Oh, Daisuke-sama —gritó con voz áspera y casi afectuosa—. ¿Cuándo volvió? ¿Cómo fue su peregrinaje a Sagimura?

—Muy bien, Fujio-san —respondió Daisuke-san—. Me alegra haberme tomado el tiempo de viajar. Fue... muy esclarecedor.

Detrás de él, Okame-san resopló.

—Apuesto a que sí —murmuró, y Reika *ojou-san* lo golpeó en el brazo. La atención del guardia se desplazó hacia ella y las otras tres doncellas del santuario.

—Ah —dijo, asintiendo una vez—. Supongo que son las animadoras de la fiesta del Emperador. Ha pasado tiempo desde que disfrutamos una danza *kagura* en palacio —su mirada se posó en mí, en mis túnicas y mi gorro puntiagudo, y levantó las cejas—. ¿Eso es... una *onmyoji*, Daisuke-sama? La fortuna parece favorecerlo, ¿no es así? Su Alteza estará encantado.

Daisuke-san se limitó a sonreír por respuesta cuando pasamos junto a los guardias y atravesamos las puertas del Palacio Imperial, pero mi corazón, que ya se había tranquilizado desde que salimos del santuario, comenzó a latir con fuerza de nuevo. Detrás de la puerta había un enorme patio abierto con más samuráis en él. Más allá, sobre las copas de los árboles y pasando lo que parecía un laberinto de paredes, puertas y parapetos, el Palacio Imperial se erguía contra el cielo como una brillante montaña dorada.

Sin pensarlo, comencé a caminar hacia el palacio distante, pero me detuve cuando Daisuke-san me llamó para que regresara. Al volverme, lo vi a él y a los otros que se alejaban del castillo y se dirigían hacia una de las puertas del muro más alejado del patio.

—No vamos al palacio en sí, Yumeko-san —explicó, una vez que se dio cuenta de hacia dónde estaba caminando—. La fiesta se lleva a cabo en los jardines del castillo, por allá —hizo un gesto hacia el muro más lejano, donde se podía ver un tenue resplandor sobre una larga y espesa hilera de árboles—. El camino es por aquí, vamos. Ya casi hemos llegado.

Sentí una punzada momentánea al percatarme de que no vería el palacio dorado de cerca, pero ésta se desvaneció cuando pasé por debajo de la puerta

y entré en los jardines imperiales.

Lo primero que pensé fue que había entrado en un bosque extremadamente bien cuidado. Luego de una inspección adicional, me di cuenta de que incluso eso era erróneo. Cada uno de los árboles, cada arbusto, roca, flor y guijarro parecían haber sido colocados con sumo cuidado y deliberación. Todos los arbustos estaban recortados en formas simétricas, todos los árboles se elevaban erectos y altos, con sus ramas en ángulos perfectos y ordenados. Ni una sola hoja, pétalo o trozo de corteza yacía sobre la hierba o volaba sobre el césped; incluso mientras miraba, un hombre —sólo pude suponer que se trataba de un jardinero— se detuvo frente a un arbusto de crisantemos y arrancó una ofensiva flor de una de las ramas antes de guardarla en un bolso y apresurarse.

Era un hermoso jardín, debía admitirlo, deslumbrante y sobrecogedor. Y tan carente de vida como la pintura de un *sakura* en un pergamino de pared. No había crecimiento natural, ni el alegre caos de un bosque real. El jardín del Emperador se sentía como yo misma en este momento, embutida en una túnica elegante pero incómoda; estaba allí sólo para impresionar a todos los que me vieran. Deseo poder retirarla para moverme de forma natural.

—Hermoso, ¿no es así? —murmuró Daisuke-san, mirando alrededor con una sonrisa serena en el rostro—. Todo aquí está diseñado con tanta precisión. El castillo emplea a cien sirvientes y cincuenta maestros jardineros para mantener todo limpio y perfecto.

—Es agradable —estuve de acuerdo—, pero sería terriblemente difícil para cualquier cosa vivir aquí. Los jardineros tendrían un ataque de nervios si un solo conejo se metiera entre las flores.

El sendero a través de los jardines estaba bien iluminado por cuerdas con lámparas *chochin*, y seguimos las oscilantes luces naranjas hasta que llegamos a otra puerta donde un samurái de aspecto severo nos miró a Okame-san y a mí antes de volverse hacia el noble al frente.

—Taiyo-sama —dijo con una reverencia—. Por favor, perdone, pero la fiesta del Emperador se limita a asistentes sólo con invitación. Sé que su familia ya está dentro, pero no reconozco a sus compañeros. Debo pedirles que muestren sus invitaciones, o no podré permitir que avancen.

—Puedes, porque yo lo autorizo —dijo Daisuke-san con seguridad—. Ésta es Yumeko-san, una respetada dama *onmyoji* del territorio de la Tierra, y éste es su *yojimbo*, Hino Okame. Se presentan aquí como mis invitados.

El samurái gruñó, mirando por encima del hombro de Daisuke-san hacia mí, antes de dirigir su mirada hacia Reika *ojou-san* y las dos doncellas del santuario detrás de nosotros.

—¿Y qué hay de ellas?

Reika *ojou-san* y los demás se inclinaron formalmente.

—Por favor, discúlpennos —dijo la *miko*—. Nosotras venimos del santuario de Hayate, y estamos aquí para realizar la danza *kagura* de esta noche para el Emperador.

El guardia frunció el ceño.

—No escuché sobre la asistencia de una *onmyoji* —dijo obstinadamente, mirándome de nuevo—. Es demasiado joven. Nunca he oído hablar de ella, sin duda. ¿Cómo sabemos que tiene la experiencia suficiente para presentarse ante el Emperador? —con la mandíbula tensa, sacudió su barbilla hacia mí—. ¿A quién has servido antes, niña? ¿A qué señores has asistido?

—Disculpe —dijo una voz, salvándome de responder. Un hombre se adelantó, delgado y despeinado, con la ropa arrugada y el cabello erizado. No era un samurái ni un noble; sus vestidos, aunque no tan andrajosos y raídos como los de algunos campesinos, eran bastante humildes. Su túnica estaba polvorienta y olía a aserrín y virutas de madera.

Al ver al recién llegado, el samurái de inmediato dio un paso al frente para bloquear su camino, olvidándose por un momento de nosotros.

—Alto. ¿Cómo llegó hasta aquí? Indique su asunto, ahora.

El hombre resopló y se irguió.

—Estoy buscando a alguien —dijo con voz afilada pero confiada—. Tengo permiso para estar aquí. Necesito hablar con el magistrado ahora mismo.

Daisuke-san me rozó el brazo.

—Ven —dijo en voz baja, mientras el samurái repetía, casi en un grito, que el área se encontraba fuera de los límites comunes. Daisuke-san parecía preocupado, como si quisiera hablar con el recién llegado, pero continuó alejándonos—. No necesitamos estar presentes para esto, ni tampoco quiero

avergonzar a un samurái que sólo está haciendo su trabajo. Dejemos que cumpla con sus deberes y entremos en silencio.

De mala gana, me aparté del hombre, que ahora estaba discutiendo con el guardia con voz aguda y agitando sus brazos como ramas. El samurái ni siquiera nos miró cuando atravesamos la puerta y nos fundimos con las sombras más allá. Okame-san me miró y sonrió, pero no pude devolverle la sonrisa.

Seguimos una pared de bambú, dimos vuelta en una esquina y entramos en una gran área abierta, al borde de un pintoresco lago de enorme belleza. Una pagoda roja y dorada se encontraba en una isla en el centro, conectada a un puente que se arqueaba con gracia sobre el agua. La música de un *shamisen* flotaba en el aire, interpretada por una mujer mayor que se encontraba arrodillada sobre una alfombra y rascaba las cuerdas con practicada facilidad. En lo alto, las cuerdas individuales de las linternas formaban un techo de luces flotantes que proyectaba un resplandor brillante y brumoso sobre la multitud de personas que pululaban allí. Durante un momento, sólo pude mirar con asombro el mar de coloridas túnicas, cada una más brillante y más extravagante que la anterior. Las mujeres llevaban *kimono* en muchas capas, tan intrincadas y de aspecto tan pesado que me pregunté cómo podrían moverse. Algunos de los hombres vestían *hakama* y sacos con amplias hombreras rígidas, pero varios usaban túnicas apenas un poco menos elaboradas que las de las mujeres.

Sentí un empujón cuando Okame-san se acercó y señaló con la cabeza a través del césped hacia donde se había instalado una plataforma frente a una pantalla plegable. Sentado en un cojín frente a una mesa lacada, rodeado de mujeres atractivas e imponentes samuráis, un apuesto hombre con brillantes túnicas amarillas y blancas bebía de una taza de oro.

Tragué saliva.

—¿Es...? —susurré innecesariamente.

—Taiyo no Genjiro, el ciento cuarenta y tres —murmuró el *ronin* en mi oído—. El Hijo del Cielo y Emperador de Iwagoto.

—¡Daisuke-san!

Un hombre se dirigió hacia nosotros, zigzagueando alrededor de individuos

y grupos de nobles. Tenía el cabello blanco y una puntiaguda barba de chivo, y saludó al noble mientras se acercaba.

—Morimasa *oji-san* —dijo Daisuke-san, y se volvió hacia mí con una leve reverencia—. Por favor, discúlpame, Yumeko-san. Regreso en un momento.

Asentí con la cabeza, y el noble se alejó, sonriendo a su pariente. Pero no había avanzado más de unos pocos pasos antes de que un par de nobles mujeres se acercaran a él y le bloquearan el camino. La sonrisa cortés de Daisuke-san nunca vaciló, y parecía totalmente interesado en lo que estaban diciendo incluso mientras se deslizaba suavemente alrededor de ellas, sólo para encontrar su camino bloqueado por otro. Por las miradas de las multitudes que convergían en él, parecía que podría pasar ahí un buen rato.

Me moví hacia el borde del césped, me paré junto a una azalea perfectamente acicalada y miré alrededor, preguntándome cuál de estos elegantes y exuberantes humanos podría ser la dama Satomi. También me pregunté si Tatsumi se encontraría en algún lugar entre el mar de túnicas, oculto por un hechizo o un disfraz. Lo imaginé con un elegante *kimono* negro, con patrones en púrpura y oro; imaginé sus ojos violetas brillando cuando se encontraran con los míos en medio de la multitud.

—Te estás sonrojando, Yumeko-chan —comentó Okamesan, sonriendo mientras se inclinaba para mirarme a la cara—. ¿Qué estás pensando?

—¡N-nada! —me volví, sintiendo mis mejillas encendidas, y escuché la risita del *ronin* detrás de mí—. Sólo estaba... *ano...* pensando en túnicas, y cómo la mía está muy caliente, y qué agradable sería quitármela. Y... eso no salió como lo quería en absoluto, deja de reír, Okame-san —no me atreví a girar para enfrentarlo—. *Baka...* Se supone que debemos buscar a la dama Satomi...

Y entonces, una de las mujeres más cercanas al Emperador levantó la cabeza y me miró directamente.

Detrás de mi túnica, olvidado e inadvertido por todos, Chu comenzó a gruñir. De repente sentí escozor, como si insectos se arrastraran por mis mangas y corretearan sobre mi piel. La mujer sostuvo mi mirada; una leve sonrisa adornaba sus carnosos labios pintados. Era muy hermosa y se destacaba entre sus compañeros nobles, su *kimono* carmesí y negro colgaba un

poco más libremente en algunas áreas que otras. No era ostentosa ni obvia, sino sugestiva.

Algo se retorció entre mi cabello, en la base del cráneo. Frunciendo el ceño, estiré la mano, tomé algo largo y delgado, y lo quité de mi cabeza.

Un ciempiés rojo y negro se retorció entre mis dedos y se enrolló listo para morderme. Lo arrojé lejos con una sacudida violenta y apenas conseguí reprimir un grito. El insecto aterrizó en la hierba; Chu se abalanzó al instante sobre él, lo atrapó entre sus mandíbulas y lo sacudió como si se tratara de una rata. Okame-san ya no reía, murmuró una maldición.

Con el corazón latiendo con fuerza, miré a la mujer, que estaba sonriendo mientras el Emperador hablaba y ya no me veía. Pero supe que ella era la responsable del visitante no deseado, y un escalofrío me recorrió la espalda cuando, de repente, todo cayó en su sitio. *Ésta* era la persona responsable de todo: el ciempiés gigante, los cuervos muertos vivientes, los demonios que habían destruido el templo. Todo había sido obra suya. Ella era la mano invisible detrás. La bruja de sangre en la corte del Emperador.

Temblé, sin saber si era por el miedo o por la ira, y sentí a Reika *ojou-san* moverse a mi lado, también mirando a la mujer vestida de rojo. Chu todavía gruñía silenciosamente cerca de mis pies, aunque nadie a nuestro alrededor parecía notar al perro.

—Bueno —dijo Reika *ojou-san* en voz baja—, a juzgar por Chu y lo blanco que se ha puesto tu rostro, tengo la sensación de que podríamos haber encontrado a nuestra dama Satomi.

Asentí. La mujer echó otro vistazo en dirección a mí sólo por un instante, mientras un triunfo petulante brillaba en sus ojos. Apreté los puños. Si ella era la dama Satomi, tenía la sensación de que la misión de hoy no sería sencilla.

—Yumeko-san.

Daisuke-san regresó con el hombre alto a su lado. Ambos me sonreían mientras se acercaban. Aparté la mirada de aquella mujer y me volví para mirar a los nobles.

—Yumeko-san —dijo Daisuke-san de nuevo—, éste es mi tío, Taiyo no Morimasa.

—Hola —saludé. Luego, al recordar dónde me encontraba, añadí una

reverencia y continué—: Es un honor conocerlo.

—El honor es mío, Yumeko-san —respondió Morimasasan. Se parecía mucho a Daisuke-san, excepto que su cabello se alzaba en un moño de guerrero sobre su cabeza, y mantenía una pulcra barba muy corta en el mentón—. Nos honra con su presencia. No hemos tenido a un *onmyoji* en la corte durante bastante tiempo. Perdone mi imprudencia, pero su nombre es desconocido para mí. ¿A qué maestro ha servido? Había escuchado rumores de que el gran Tsuki no Seimei estaba organizando una contienda para elegir un nuevo aprendiz.

—Yo... no serví a un maestro —le dije, buscando a tientas una respuesta—. Yo sólo... mmm... tenía el talento para eso, supongo. Aprendí por mi cuenta.

—Asombroso —dijo el hombre mayor—. Y a una edad tan joven. En verdad notable. Bueno, eso lo decide: Yumekosan debe actuar para Su Alteza esta noche. Sería un gran honor que una *onmyoji* tan talentosa subiera al escenario ante toda la corte. ¿Qué opina? ¿Nos mostrará su talento?

Me sentí atrapada, como un conejo acurrucado en una esquina mientras los lobos lo acechan desde todas direcciones. Okame-san y Reika *ojou-san* parecían igual de incómodos, pero ninguno interrumpió para brindar una excusa. Esto no había sido una solicitud. Incluso yo, con mi limitado conocimiento de la sociedad y la política de Iwagoto, sabía que la oportunidad de servir al Emperador era el honor más grande que alguien podía recibir, y que rechazarlo era el más imperdonable de los insultos. Incluso si mi negativa no resultara en encarcelamiento o ejecución, nuestra búsqueda encontraría aquí su fin. Si queríamos hallar a Maestro Jiro, tenía que mantener la farsa.

Sin embargo, no tenía idea de cómo.

—Ciertamente, Taiyo-sama —dije a Morimasa-san, haciendo que Okame-san se sobresaltara y me mirara fijamente—. Sería un honor.

—¡Yumeko-chan! —estalló el *ronin* y luego pareció contenerse—. Eh... *Yumeko-dono*... —se corrigió—; por favor, discúlpeme —suplicó a Morimasa-san con una inclinación rápida—. Soy su *yojimbo*, así que mi trabajo es preocuparme por Yumeko-dono, que en ocasiones puede ser bastante entusiasta. *Yumeko-chan* —continuó en voz baja, mirándome con los ojos muy abiertos—, ¿estás segura de que puedes hacer esto? —en su tono

podía escucharse “¿Qué diablos estás haciendo?”—. *Si te equivocas frente al Emperador, estamos muertos.*

—*Tu yojimbo podría tener razón* —dijo Reika *ojou-san* en un susurro de resignada desaprobación—, *aunque ante semejante solicitud, no sé qué más puedas hacer sino aceptar.*

—Me alegra que acepte —interrumpió Daisuke-san, quien parecía desconcertado y ligeramente ofendido—. Conocer al Emperador y actuar para él, y frente a toda la corte... no hay mayor honor.

—Exactamente —dije a Okame-san, y forcé una sonrisa—. Ya escuchaste a Daisuke-sama, ¿cuándo habrá alguna otra oportunidad de conocer al Emperador? —entonces le susurré—: *No te preocupes, sé lo que estoy haciendo, Okame-san* —*Eso espero.*

Okame-san parecía dudar, pero di media vuelta y me enfrenté a Morimasa-san otra vez.

—Por favor, disculpe la interrupción, Taiyo-sama —dije al noble que se mantenía con el ceño fruncido—. Como dije antes, será un honor actuar para Su Alteza esta noche.

—¡Maravilloso! —sonrió—. Su Excelencia estará encantado. Sígame, por favor.

Con una última sonrisa alentadora al preocupado *ronin* y a la doncella del santuario, di un paso al frente y seguí a Morimasa-san por el patio.

Los nobles me observaban al pasar, con miradas de diversión, curiosidad y desconfianza. Algunos se burlaban o sonreían con superioridad detrás de sus abanicos, con evidente desdén. Tal vez veían a través de mi disfraz de *onmyoji*, o quizá mi vestimenta no era lo suficientemente adecuada. Traté de ignorarlos y pensar en lo que iba a decirle al Emperador, aunque los latidos de mi corazón y el frenético remolino en mi estómago dificultaban la concentración.

—Espere aquí un momento —dijo Morimasa-san, deteniéndose a la sombra de un grupo de árboles, a cierta distancia de la tarima donde se encontraba el Emperador—. Cuando sea el momento adecuado, la anunciaré. En el momento en que escuche su nombre, debe acercarse y presentarse ante Su Alteza, pero deberá permanecer al menos a seis metros del borde de la

plataforma. ¿Entiende?

—Sí.

Morimasa-san asintió, dio media vuelta y caminó hacia la plataforma, donde hombres y mujeres se agrupaban alrededor. No alcanzaba a ver a aquella misteriosa dama, porque estaba del otro lado del Emperador, pero por fortuna tampoco ella podía verme.

Tomé una inhalación profunda para calmar mis nervios, justo cuando una mano se cerró sobre mi boca y me jaló hacia atrás, entre los árboles.

—Soy yo —murmuró una voz familiar, deteniendo la oleada de *kitsune-bi* que ya se estaba formando en la punta de mis dedos—. Te voy a soltar, así que no alertes a todos con un grito.

—¡Tatsumi! —susurré, girando sobre él mientras me soltaba—. ¡Me asustaste! ¿Por qué...?

Parpadeé y mi voz se desvaneció. El Tatsumi que se encontraba frente a mí no era el samurái Kage con el que había viajado desde el Templo de los Vientos Silenciosos. Estaba vestido completamente de negro, salvo por una desigual bufanda color carmesí que parecía flotar detrás de él con la brisa. En lugar de sandalias, llevaba botas con división en el pulgar, que terminaban justo debajo de sus rodillas, brazaletes en los antebrazos y una túnica sin mangas, sin su emblema, mucho más ceñido que su *haori* habitual. Una máscara cubría su boca y su mandíbula, y tapaba la mitad de su rostro, pero los ojos sobre ella eran los mismos, violetas, fríos y penetrantes.

—¿Qué estás haciendo, Yumeko? —preguntó Tatsumi, en voz baja pero intensa. Su mirada parecía arder en la oscuridad.

—Mmm... —miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie pudiera vernos. El aire brilló cuando volví la cabeza, y de repente pude sentir el toque oscuro y frío de la magia de la Sombra de Tatsumi, que nos rodeaba—. ¿Actuar para el Emperador de Iwagoto?

—Tú *no* eres una *onmyoji* —los ojos de Tatsumi se entrecerraron—. Careces de magia. Hablar con los *kami* no es lo mismo que adivinar el futuro, que es lo que el Emperador estará esperando. Si quedas expuesta como un fraude, serás ejecutada.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa puedo hacer, Tatsumi? —susurré—. No puedo

rechazar al Emperador.

—Puedo sacarte de aquí —Tatsumi se acercó más—. Ahora mismo. Nadie nos verá, usaremos el mismo hechizo que en la aldea de los *gaki*. Cuando sea seguro, regresaré para buscar a Maestro Jiro. No necesitamos hablar con la dama Satomi. Puedo entrar en lugares a los que la mayoría de la gente no.

—¿Y qué hay de los otros?

—No me importan los otros —la voz de Tatsumi sonó tajante—. Mi misión es llevarnos al Templo de la Pluma de Acero. Nada más importa. Si te atrapan y eres ejecutada, la misión termina aquí.

Levantó la mano y acercó la parte posterior de sus nudillos a mi mejilla. Lo miré a los ojos y vi el conflicto que ardía en su interior.

—Tatsumi...

—No puedes morir, Yumeko —su mano no se acercó más, pero tampoco retrocedió, y su voz sonó muy suave—. Ambos hicimos una promesa: encontrar el Templo de la Pluma de Acero juntos. Necesito que me muestres el camino. La misión no ha terminado todavía.

—Estaré bien —extendí la mano con cuidado y tomé la suya. Se puso rígido cuando nuestra piel se encontró y luego, casi tentativamente, sus dedos se enroscaron alrededor de los míos. Me encontré con su mirada y sonreí—. Sé qué es lo que tengo que hacer, Tatsumi. Confía en mí.

Él sostuvo mi mirada un momento más, con el ceño fruncido y los ojos ensombrecidos, luego asintió con la cabeza. Me aparté de los árboles, sintiendo los delicados hilos de la magia desaparecer mientras me movía, y me volví hacia la plataforma del Emperador.

Taiyo no Morimasa se encontró con mi mirada y sus ojos se abrieron con alivio, como si hubiera estado buscándome y no hubiera podido verme hasta ahora. Gesticulando con impaciencia, ondeó el brazo para indicarme que avanzara. Resistiendo el impulso de mirar hacia atrás, tomé una inhalación profunda, levanté la barbilla y caminé hacia la plataforma ante el Emperador de Iwagoto.

LA FORTUNA DEL EMPERADOR

Vi a la chica alejarse con paso seguro hacia el emperador dorado que esperaba en su plataforma, rodeado de nobles y samuráis. La siguieron los ojos de la corte, todas las miradas estaban puestas en la pequeña figura en ondulantes colores rojo y blanco, con su larga trenza balanceándose a sus espaldas. Ella no parecía asustada, y ni siquiera tensa, pero había una sensación desconocida en la boca de mi estómago que me impulsaba a hacerla desaparecer. A agacharme, cubrirnos ambos en la oscuridad y hacerla desaparecer. O, si eso no fuera posible, a desenfundar a Kamigoroshi y masacrar a todos los que representaran una amenaza, nobles, samuráis y emperador por igual, para salvar a la chica que caminaba con tanta valentía hacia la persona que podría ordenar su muerte.

Todavía podía sentir su mano, sus suaves dedos enroscados alrededor de mi palma, y apreté el puño contra mi pierna. Yumeko no podía morir esta noche. Dejarla ir había sido una estupidez. No sabía lo que ella estaba planeando, si acaso tenía un plan, pero le dije que confiaría en ella. Una campesina sin magia, que había crecido en un templo al abrigo del resto del mundo, que era valiente, modesta e inteligente pero, a fin de cuentas, no una *onmyoji*. Y yo estaba permitiendo que se enfrentara al hombre más poderoso de Iwagoto con nada más que la promesa de que ella estaría bien. Vi al *ronin*, a la doncella del santuario y al noble espadachín avanzar con el resto de la multitud, formando un semicírculo detrás de la chica, y mi pecho se tensó. Por

primera vez, deseé poder estar allí, entre la multitud, en lugar de acechar al borde de la luz, escondido entre las sombras.

Gran Kami, me encontré pensando, *cuídala. Tamafuku, dios de la suerte, si puedes prestar tu ayuda a una persona esta noche, que sea a ella.*

Yumeko se detuvo a unos cinco metros del estrado del emperador, se arrodilló y se inclinó con las manos y la frente tocando el suelo. Era torpe: su postura no era lo suficientemente rígida y sus dedos no estaban en la posición correcta, pero al menos tenía una idea general de cómo comportarse frente al pomposo gobernante. Y pareció satisfacer al emperador, porque éste sonrió y extendió una ondulante manga dorada.

—*Onmyoji Yumeko* —dijo en tonos claros y agudos—, bienvenida al Palacio del Sol.

—Su Alteza me honra —respondió Yumeko, sentándose lentamente—. No soy digna de estar aquí, pero haré todo lo posible para complacerlo.

Noté la desaprobación y el desprecio que emanaban de la multitud que los observaba, de los nobles y aristócratas en particular. De pronto, la cuna humilde de Yumeko se había vuelto dolorosamente clara por la forma en que hablaba, sin matices, sin las halagadoras y floridas expresiones de la corte. Tuve la repentina imagen de caer en medio de ellos y cortarlos a todos en pedacitos, y no estaba siquiera seguro de si éstos eran pensamientos de Hakaimono, o míos.

—Mi consejero me dice que aprendiste *onmyodo* sin un maestro —prosiguió el emperador, y un murmullo recorrió la multitud—. ¿Es eso correcto? ¿En verdad has dominado el antiguo conocimiento por tu cuenta?

—Así es, Su Alteza. Eso es correcto —no dio más explicaciones, aunque era claro que la corte las estaba esperando.

—Notable —exclamó el emperador, reclinándose hacia atrás en su asiento—. Verdaderamente extraordinario. Por supuesto, debes mostrarnos tus talentos, Yumeko-san —levantó ambos brazos, y las mangas doradas se ondearon como velas—. Te doy permiso para contar mi fortuna —anunció con grandilocuencia—. ¿Qué le espera al Imperio más grande del mundo? Mira hacia el futuro y di a la corte lo que ves.

Un silencio cayó sobre el jardín. Yumeko vaciló, luego se levantó lenta y

dramáticamente, para pararse firme frente al emperador.

—El futuro —dijo, y su voz resonó entre la multitud— es un flujo en constante cambio. Cada elección, cada decisión que tomamos, lo dirige por un camino diferente. Vislumbrar la fortuna de otro es ver cientos de posibilidades a la vez. Nunca es una tarea que deba tomarse a la ligera o de prisa —alzó los brazos, como si estuviera aprovechando el poder de los *kami*, y un viento repentino atrapó su cabello y su túnica, y los lanzó hacia atrás—. Permítanos ver qué depara el futuro para usted, Su Alteza.

La multitud estaba inmóvil ahora, pendiente de cada palabra. El emperador mismo se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas, y miraba fijamente a la figura en túnica frente a él. Por un instante, olvidé que era Yumeko, la campesina que había rescatado del Templo de los Vientos Silenciosos. En pie en el centro del lugar, con los brazos extendidos y la luz brillando sobre su cabello y su fulgurante túnica carmesí, en verdad parecía una venerada *onmyoji*, resplandeciente de poder, mientras se preparaba para adivinar el futuro del emperador de Iwagoto.

Yumeko juntó sus manos, ahuecándolas debajo de su barbilla, con dos dedos levantados en un gesto familiar. Cerró los ojos y la corte pareció contener el aliento. Por un momento, la chica se mantuvo en silencio. Ni un soplo de aire agitaba el jardín; toda la atención estaba centrada en la figura de la túnica que se encontraba parada sola ante el emperador.

—Taiyo no Genjiro —la voz de Yumeko, aun cuando era baja, hizo saltar a varios nobles—, Señor del Palacio del Sol —hizo una pausa y luego dijo muy claramente—: Hay un intruso en su jardín.

El emperador se enderezó, al igual que muchos de los nobles y samuráis. Algunos *bushi* comenzaron a mirar a su alrededor, con las manos en las empuñaduras de sus espadas, mientras los murmullos comenzaban a propagarse entre la multitud. Me puse en cuclillas en las sombras, mientras Hakaimono comenzó a agitarse, susurrando que debería eliminarla antes de que fuera demasiado tarde.

¿Ella realmente me expondría? La pregunta de Kage Masao sobre la confianza volvió a mí, y la sangre se heló en mis venas. ¿Podrías venderme esta noche, Yumeko, para salvarte?

—Está muy cerca —continuó Yumeko, con voz baja y sombría—. Al acecho en las sombras. Lo está observando a usted y a sus invitados mientras hablamos —algunas mujeres se quedaron sin aliento y se presionaron más una contra la otra, y un samurái comenzó a desenvainar su espada. Mi mano se deslizó hacia Kamigoroshi y mis dedos se movieron sobre la empuñadura, mientras Yumeko continuaba.

—Este intruso es muy astuto —dijo la chica—. Silencioso, desapercibido, ya ha dejado un rastro de destrucción detrás de él, y si se le permite vagar libremente, continuará arruinando todo lo que toque.

—¿Dónde? —jadeó el emperador, medio levantándose de su asiento—. ¿Dónde está este intruso?

—Está cerca —repitió Yumeko, girando un poco en su lugar. Me tensé cuando la chica se volvió hacia mí, pero continuó, alejándose de donde yo me encontraba en cuclillas entre las sombras—. Está... —hizo una pausa y levantó una mano hacia una zona de arbustos cerca del borde de la luz— ahí.

La corte completa se volvió para mirar el lugar que ella estaba señalando. Por un momento, nada se movió ni se atrevió a respirar. La corte estaba congelada en absorta fascinación, incapaz de moverse o mirar hacia otro lado. En la base de un árbol de *sakura*, una sección de arbustos crujió ruidosamente, causando horrorizados jadeos entre los espectadores más cercanos.

Un pequeño conejo marrón saltó desde los arbustos y quedó al descubierto.

Una exhalación de aliento atravesó la multitud, aunque las mujeres más cercanas al *intruso* dejaron salir pequeños chillidos antes de que se dieran cuenta de lo que era. El conejo se sentó y torció las orejas mientras observaba a los humanos, que miraban hacia atrás confundidos y conmocionados.

Un grito hizo eco en el jardín. Un hombre con ropas simples, las manos sucias y manchas de hierba en sus rodillas, se precipitó hacia delante, y sus ojos se abrieron como platos mientras miraba fijamente a la criatura en el césped.

—¡*Usagi!*

Ignorando a los nobles espectadores, el hombre, muy probablemente un jardinero, se abalanzó sobre el conejo, lanzándose en un clavado al frente con las manos extendidas. El *usagi* giró al instante e irrumpió en los arbustos, y el

humano aterrizó boca abajo sobre la hierba, con las manos hundidas en las ramas. El jardinero excavó entre las hojas y buscó frenéticamente alrededor de los arbustos, antes de darse cuenta de que estaba siendo observado.

Girando alrededor, el ahora pálido jardinero parpadeó hacia la igualmente aturdida corte, luego presionó su frente contra la hierba en la más baja de las inclinaciones.

—¡Por favor, perdonen! —exclamó, pero en ese momento el conejo pasó como un borrón de alquitrán sobre él. Con un aullido, el jardinero saltó para levantarse, con un palo en la mano y lo persiguió hasta el borde de los árboles, donde ambos se desvanecieron más allá de la oscuridad.

El silencio cayó. Todos continuaron mirando a las sombras, como si no supieran qué hacer. Eché un vistazo a Yumeko y la vi parada en silencio frente al estrado, con una pequeña y triunfante sonrisa en el rostro.

Un lento aplauso rompió la quietud, haciendo saltar a varios nobles. El emperador se puso en pie, juntando sus manos, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro imberbe.

El resto de la corte estalló en aplausos que se extendieron por el aire y crecieron por encima de los árboles, mientras la multitud se volvía como una sola para ver de frente a la chica que se encontraba en el centro del jardín. Yumeko se inclinó, aceptando con humildad su reconocimiento, mientras el sonido del éxito se elevaba por encima de los árboles y se dispersaba al viento.

LA VÍBORA EN SEDA

Dejé que los aplausos me cubrieran, escuché cómo se elevaban y crecían, y me permití un pequeño suspiro de alivio. ¿Quién imaginaría que una cosa tan pequeña, un conejo ilusorio en el momento correcto, podría encantar a un emperador? Por supuesto, la aparición del jardinero no había sido planeada, pero su reacción había ayudado a convencer a la corte de que lo que estaban viendo era real. Esperaba que el hombre estuviera bien, que la aparición de un solo conejo dentro de los prístinos jardines del emperador no le acarrearía un castigo, pero ya era demasiado tarde para arrepentirme.

Denga, si pudieras verme ahora, pensé, sonriendo cuando me encontré con las miradas de Daisuke-san, Okame-san y Reika ojou-san entre la multitud. Mi bueno-para-nada truco de zorro engañó a la persona más poderosa de todo Iwagoto y a su corte. He recorrido un largo camino desde aquel baile de tetera alrededor de la habitación.

—¡Brillante! —cuando el aplauso se extinguió, el emperador bajó de su plataforma, y avanzó hacia mí—. Asombroso. Qué notable talento, Yumeko-san. ¿Considerarías usarlo para el servicio del país? —mis cejas se levantaron, y él sonrió, gesticulando sobre los árboles hacia el palacio, que brillaba dorado contra el cielo nocturno—. Hay un lugar en mi corte para una verdadera *onmyoji*, y definitivamente podría usar a alguien con tus habilidades.

Ups. Bueno, supongo que fue como si hubiera hecho algo demasiado

bien. Pensé en algo rápido, a sabiendas de que rechazar al emperador, incluso ahora, podría tener terribles repercusiones.

—Su Alteza me honra —dije con una pequeña reverencia—. Estoy muy agradecida por la oferta, pero hay una... tarea muy importante que debo completar, una promesa que cumplir, antes de que pueda aceptar.

—Ah, por supuesto —el emperador asintió con la cabeza; ni siquiera él se atrevería a sugerir que rompiera una promesa y me arriesgara al deshonor—. Bueno, cuando hayas finalizado con tu tarea, considera regresar al palacio, Yumeko-san. Siempre serás bienvenida en mi corte.

Me incliné.

—Su Alteza es muy amable.

—Mi último *onmyoji* me habló de la llegada del Gran Dragón —prosiguió el emperador, haciendo que mi alma se fuera al piso—. Pensé que la historia era sólo un antiguo mito, pero él estaba seguro de haber visto al Dragón ascender en una de sus visiones —el emperador frunció el ceño—. Tristemente, se descubrió que era un practicante de magia de sangre y fue ejecutado. Las palabras de un mago de sangre están contaminadas y no se puede confiar en ellas. Pero me gustaría tener otro *onmyoji* en mi corte, para informarme si el Heraldo en verdad se acerca, y lo que puedo hacer para reclamar su poder para mí.

Percibí una sensación de hormigueo bajo mi túnica, y levanté la mirada hacia los ojos oscuros de aquella dama sospechosa, que brillaban con hostilidad sobre el hombro del emperador. Sólo por un momento, antes de volverse hacia el emperador y sonreír, mientras todos los rastros de amenaza desaparecían bajo una hermosa máscara de porcelana.

—Mi Señor —canturreó ella suavemente, mirándolo debajo de sus largas pestañas gruesas—. La Luna está subiendo. ¿No le gustaría contemplarla desde el pabellón del lago? El agua está muy clara esta noche, debería poder ver su reflejo en lo alto y en lo bajo.

—Ah, por supuesto. ¡Todos! —gritó el emperador, mientras aplaudía para llamar la atención de la corte hacia él—. El Señor de la Luna¹⁷ ha comenzado su viaje a través de los cielos. Vamos a retirarnos al borde del lago para que podamos desearle lo mejor. Estoy ansioso por escuchar los buenos poemas

que han compuesto para honrar su viaje de esta noche.

La multitud se dispersó para dirigirse al lago. También lo hizo el Emperador, quien pareció olvidarse de mí tan pronto como se alejó, mientras su *yojimbo* se acoplaba a su paso detrás de él. La dama misteriosa, sin embargo, no se alejó: continuó mirándome, con una leve sonrisa en el rostro. Ninguno de los otros nobles, guardias o samuráis pareció darse cuenta de ella; todos siguieron su camino hacia el borde del lago hasta dejarnos solas.

—Bueno —la mirada cruel de la mujer me inspeccionó de arriba abajo, haciendo que una sensación de sucias garras arañando mi piel se extendiera por mi cuerpo—. Eso fue divertido.

Sofoqué el repentino escozor de pánico, mientras sentía el peso del pergamino bajo la túnica, y me preguntaba si aquella mujer de alguna manera podía sentirlo. Si invocaría a un *oni*, aquí mismo, para aplastarme como un huevo. Me estremecí, luego tomé aliento para soltar el nudo frío en mi estómago y la miré a los ojos.

—El... el Emperador quedó convencido.

—El Emperador es un niño fácil de impresionar con ilusiones y trucos baratos. Él no puede distinguir entre un charlatán y el verdadero poder —la comisura de un carnoso labio rojo se curvó en una sonrisa—. A mí no me encontrarás tan cándida.

Sentí que la magia de zorro cobraba vida y apreté los puños para evitar que el *kitsune-bi* llegara hasta las puntas de mis dedos.

—Nos ha estado siguiendo —acusé en un susurro—. Esas aves muertas son tuyas, ¿cierto? —levantó una elegante y burlona ceja, y reprimí un gruñido, sabiendo que no podía volar hacia ella y forzar la verdad de sus carnosos labios rojos—. Nos ha estado vigilando a Tatsumi y a mí desde que dejamos el bosque —dije en voz baja—. ¿Fue usted quien envió a los demonios al templo?

—Qué insinuación tan horrible —la dama se llevó una mano al pecho, como si estuviera consternada—. Ciertamente, no supondrás que alguien de mi posición se involucraría en tales cosas. ¿Aves muertas? ¿Demonios? —una esquina de su labio se curvó otra vez, y su voz se redujo a un murmullo amenazante—. La magia de sangre se castiga con la muerte, pequeña *kitsune*.

Lo mismo que mentirle al Emperador de Iwagoto. Tu pequeño acto sólo funcionó porque yo lo permití. Ésta es una corte de títeres, y yo manipulo todas las cuerdas. ¿A quién consideras que le creerán si ciertas cosas salen a la luz?

—Satomi-dono.

La voz de Daisuke-san resonó detrás de mí, mientras yo luchaba por mantenerme firme, por no retroceder ante esta mujer malvada. La mirada maliciosa de la dama desapareció, para sonreírle al noble que se había unido a nosotros; cambió de rostro tan rápido que parecía que sólo se quitaba una máscara. Okame-san y la doncella del santuario aparecieron a mi lado también, y un pequeño gruñido, apenas audible, se levantó desde el suelo, mientras Chu miraba a la mujer y le mostraba sus dientes. La dama Satomi ni siquiera miró al perro.

—Buenas noches, Taiyo-san —saludó ella, inclinándose ante Daisuke-san, quien asintió en respuesta—. ¿Viste la notable actuación de nuestra talentosa *onmyoji*? —me dirigió su sonrisa, que parecía genuina—. No puedo recordar la última vez que me sentí tan impresionada. Apenas podía creer que fuera real.

—La dama Yumeko es en verdad talentosa —acordó Daisuke-san, con una pequeña sonrisa en mi dirección—. Es un honor tenerla aquí —se volvió hacia la dama Satomi, y sus palabras se volvieron obligadamente corteses—: Satomi-dono, si pudiéramos molestarla, aunque sea sólo por un momento. No tomará mucho tiempo.

—Por supuesto, Taiyo-san —dijo ella—. Será un placer. ¿Qué puedo hacer por el hijo del honorable Hironobu-sama?

Reika *ojou-san* dio un paso adelante; su ceño fruncido indicaba que no estaba cayendo en el engaño.

—Maestro Jiro, del santuario de Hayate —dijo sin preámbulos—. ¿Este nombre significa algo para su señoría?

—¿Mmmm? ¿Debería?

—Su señoría lo llamó para que acudiera aquí —continuó Reika *ojou-san*, mientras la furia se filtraba a través de mí, sabiendo que la mujer estaba jugando con nosotros—. Hace tres días recibió una convocatoria de palacio para que acudiera a una reunión con su merced. Nunca regresó al santuario de

Hayate. Eso fue lo último que alguien supo de él.

—Maestro Jiro —dijo la dama Satomi en actitud reflexiva, como si tratara de recordar algo—. Maestro Jiro. Oh, sí, lo recuerdo ahora. Lo llamé al palacio para que tomáramos juntos el té, y para que respondiera algunas preguntas simples que tenía. Horrible y ofensivo hombrecito, fue bastante grosero conmigo —sonrió levemente a Reika *ojou-san*—. ¿No se supone que los sacerdotes son los pilares de la humildad y la sabiduría? Lo encontré en extremo tedioso y repulsivo, para ser sincera.

La *miko* miró a la otra mujer sin expresión, rehusándose a ser incitada.

—¿Dónde está el Maestro? —preguntó con una notable voz tranquila. Los labios de la dama Satomi se curvaron aún más.

—Oh, está a salvo —respondió, agitando su abanico con la mano—. Él está bastante cerca de aquí, en realidad, aunque me temo que nunca lo encontrarán sin mí. Ni siquiera su pequeño y acechante *shinobi*, que nos mira desde las sombras, podría descubrir su ubicación.

Tomé una inhalación profunda, haciendo que la dama dirigiera su sonrisa hacia mí.

—¿Pensaban que no sabría que el asesino de demonios de los Kage se había infiltrado en el palacio? —ronroneó, en voz muy baja—. Nada sucede en esta corte sin mi conocimiento. Sé que nos escucha en este momento, pero si él me ataca, nunca encontrarán a su precioso Maestro Jiro, y él nunca completará su misión.

—Entonces nos llevará con él —dijo Okame-san, y ella levantó una ceja en dirección al *ronin*—. Ahora mismo.

—Interesante —la dama Satomi miró al *ronin* como si se tratara de un perro particularmente obstinado—. ¿Y puedo preguntar qué creen que podrían hacerme? ¿Atacarme aquí, en el jardín del Emperador? —rio entre dientes—. Con la excepción de Taiyo-san, quien ciertamente tendría que enfrentar un terrible golpe para el honor y la reputación de su familia, el resto de ustedes serían ejecutados antes del amanecer.

—Hay otras formas —dijo Reika *ojou-san*—. Estoy segura de que el Emperador estaría muy interesado en escuchar...

—Oh, *ten* cuidado de lo que me acusas, niña —la voz de la mujer era

como hilos de seda que podían rasgar tu garganta—. No queremos que otros secretos se revelen descuidadamente —miró en dirección a mí, y la amenaza en sus ojos fue muy clara—. ¿O sí?

”Además, no me dejaste terminar —continuó con los labios apretados—. Verás, *podría* negarme y ver cómo todos ustedes se pavonean y amenazan como diminutos gorriones machos. Pero por muy divertido que esto pudiera ser, sé que seré acosada por el resto de la noche. Si no por ustedes, entonces por el asesino de demonios de los Kage, quien estoy segura de que está escuchando esta conversación. No deseo provocar la ira de la *daimyo* inmortal del Clan de la Sombra, ni deseo vigilar mi espalda cada vez que dé un paso por los pasillos del palacio. Eso se volvería muy tedioso —suspiró—. De manera que sí, los llevaré con su sacerdote. No tengo más uso para ese viejo tonto, de cualquier forma. De hecho, me harán un favor al quitármelo de las manos —levantó una elegante mano blanca, para señalar el paisaje frente a nosotros—. No les importaría dar un paseo rápido por el jardín, ¿cierto? Es bastante adorable a la luz de la luna.

Daisuke-san entrecerró los ojos y miró hacia donde el emperador y sus invitados se habían reunido al borde del lago.

—A la concubina del Emperador no se le permite aventurarse sola, a altas horas de la noche —dijo con fría cortesía—. En particular, con un grupo de extraños. Habrá especulaciones, rumores por lo menos. ¿No necesitará una escolta, Satomi-dono?

—Eres adorable —ronroneó la dama—. Qué buen chico, estar preocupado por mantener mi honor libre de mancha —ella rio, haciendo que Reika *ojou-san* frunciera el ceño—. No te preocupes, Taiyo-san. El Emperador y sus invitados no me extrañarán. No notarán que me he marchado. E incluso si lo notaran, el *sake* de esta noche está especialmente fermentado: mañana ya se habrán olvidado de todo.

”Así que —continuó, retrocediendo—, ¿nos vamos? Supongo que se encontrarán ansiosos por ver si el sacerdote está bien. Síganme, mis preciosos patitos. Les mostraré dónde se encuentra.

Con cautela, seguimos a la mujer por el borde del lago, lejos del emperador y del resto de la corte, adentrándonos más en el jardín. Cuando las

sombras se cerraron a nuestro alrededor, me encontré revisando los arbustos, en busca de movimiento, de alguna onda de oscuridad fuera de lugar. Me pregunté si Tatsumi nos estaría siguiendo, con un ojo puesto sobre su presa mientras nos movíamos entre los árboles, cada vez más lejos de las multitudes

También me pregunté si, en lo profundo del jardín, fuera de la vista de cualquier guardia o testigo, ella trataría de matarnos con magia de sangre. Parecía poco probable, dado que éramos cuatro, o seis si contabas a Tatsumi y Chu. Las probabilidades parecían estar en su contra, pero no sabía cómo funcionaba la magia de sangre, o qué tan poderosa podía ser una hechicera. Tal vez podría invocar bandadas de cuervos muertos o levantar esqueletos del suelo. Parecía una buena idea ser cautelosa.

Cerca de una esquina del muro exterior, llegamos a lo que supuse que era un viejo almacén, un edificio alto, de base cuadrada, con un techo puntiagudo y una sola puerta al frente. Era similar a las tiendas que había visto en las aldeas agrícolas, sólo que aquéllas eran más pequeñas y se alzaban sobre pilotes para proteger los cultivos de la lluvia y las plagas. Un aura amenazadora colgaba sobre el edificio como un manto, y mi estómago se encogió de miedo.

—¿Un almacén? —Reika *ojou-san* miró la estructura y luego a la mujer que caminaba con tranquilidad hacia la puerta—. ¿Ha mantenido a Maestro Jiro encerrado en un *almacén*?

—Qué acusación tan cruel. Me siento profundamente ofendida —la dama Satomi no rompió el paso cuando llegó a la entrada. Empujó la puerta, y se volvió hacia nosotros. Enmarcada en la entrada, con su túnica carmesí resaltando contra la oscuridad, nos dedicó una sonrisa cruel—. Su Maestro Jiro no está aquí —afirmó—, pero el camino para alcanzarlo está dentro. Síganme si se atreven, patitos. Incursionemos en la oscuridad.

Dio un paso más allá de la puerta y desapareció en las sombras.

—Date prisa —dijo Reika *ojou-san*, dando un paso adelante—. No debemos perderla.

—Espera.

Para mi sorpresa, fue la voz de Okame-san la que cortó la noche y detuvo a Reika *ojou-san*. El *ronin* miraba al almacén con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

—Puede que no sepa mucho sobre brujas de sangre y diplomacia cortesana —dijo—, pero puedo reconocer una trampa cuando la veo.

Reika *ojou-san* se giró hacia él.

—No podemos acobardarnos ahora —dijo—. No dejaré que esa mujer quede impune. Aguarda aquí si sientes miedo, yo encontraré a Maestro Jiro con o sin tu ayuda.

—Yo no dije que temiera —respondió Okame-san—. Por supuesto que vamos a entrar. Sólo creo que no deberíamos caminar alegremente hacia una emboscada, si ese almacén está lleno de demonios, monstruos o ciempiés gigantes que quieren comerse nuestras caras.

—No lo está —dijo una nueva voz sobre su cabeza.

Levantamos la vista. Una figura vestida de negro estaba en cuclillas sobre el techo del almacén, recortada contra la luna, con una bufanda carmesí ondeando detrás de él. Mi corazón dio un vuelco, Chu aplastó sus orejas con un gruñido y Okame-san resopló.

—Ahí estás —dijo el *ronin*, mientras Tatsumi aterrizaba con gracia frente al almacén. Los gruñidos de Chu se hicieron más sonoros, pero la doncella del santuario pronunció una palabra en voz baja, y él guardián del templo calló.

—Por fin decidiste aparecer, ¿eh, Kage-san? —continuó Okame-san—. Ni siquiera señalaré el comentario anterior del *shinobi* que hice hace unos días y que resultó en una amenaza para mi vida. Sólo me quedaré aquí, siendo reivindicado en silencio.

—Kage-san —dijo Daisuke-san, mirando a Tatsumi—. ¿Eres... un *shinobi*?

—Él es el asesino de demonios de los Kage —interrumpió Reika *ojou-san*, con voz tajante—, por supuesto que lo es. ¿Cómo es que se muestra siquiera sorprendido por esto? De cualquier manera... —se volvió hacia Tatsumi—. Kage-san, dijo que no había demonios u otras criaturas al acecho dentro del almacén, ¿es eso cierto?

En medio de todo este intercambio, Tatsumi no había dicho palabra, con su mirada fija en mí. Sin embargo, ante la pregunta de la doncella del santuario, parpadeó y la miró, y la fría máscara del asesino de demonios cayó en su lugar mientras se giraba.

—No sentí nada —respondió—. No hay demonios, pero... su mirada se

dirigió hacia la puerta abierta, con los ojos entrecerrados—. Hay algo. No vivo, pero... poderoso. Apesta a magia de sangre y muerte. Lo que sea que esté allí dentro, no pertenece a este reino.

Con un estremecimiento metálico, Daisuke-san desenvainó su espada; la afilada hoja atrapó la luz de la luna mientras abandonaba la funda.

—Así que lo enfrentaremos con honor.

—Temía que dijeras eso —Okame-san resopló y jaló su arco por encima de su cabeza—. En las fauces de la muerte una vez más... mientras no se trate de un ciempiés gigante.

—Eso no parece muy probable —le dije mientras comenzábamos a avanzar—. No creo que un ciempiés gigante pueda entrar por la puerta. A menos que ella convocara a uno desde el interior del almacén, pero ¿cómo se movería?

Tatsumi se acercó a mi lado.

—Quédate cerca, Yumeko —dijo en voz baja—. Si éste es el mago de sangre que nos ha estado siguiendo, seremos su objetivo.

Asentí. Con Reika *ojou-san* a la cabeza, un *ofuda* frente a ella y Chu a sus pies, abandonamos la hierba y nos deslizamos en la oscuridad del almacén.

¹⁷ En Japón, de acuerdo con la religión sintoísta, nos encontramos con un dios de la luna masculino: Tsukuyomi. El sol, por su parte, es representado por una diosa, Amaterasu, hermana del primero.

EL ESPEJO SIN REFLEJO

La bruja de sangre está cerca.

Podía sentir el pulso de poder oscuro en el aire mientras pasábamos a través del marco, y aseguré mi control sobre Hakaimono. Luchó contra mí, sabiendo que algo estaba cerca, queriendo sentir sangre y carne deslizarse sobre su filo. La sed de sangre surgió de mis venas y me llenó de ganas de matar, pero también estaba por completo consciente de Yumeko, que caminaba a mi lado. Podía verla por el rabillo del ojo, sentía su presencia en el espacio alrededor de mí, y me encontraba dividido entre el deseo casi doloroso de proteger a la chica y arrancarle la cabeza del cuello.

Concéntrate, me dije y ordené también a Hakaimono. *El objetivo es llegar al sacerdote.*

La habitación más allá de la puerta estaba mohosa y cálida, el aire añejo. Cajas, costales y barriles de madera estaban apilados en filas a lo largo de toda la cámara, con implementos de jardín almacenados contra las paredes y encima de las cajas. Una única linterna colgaba de una viga de madera, arrojando una luz naranja titilante sobre el techo, pero el resto del almacén se encontraba envuelto en la oscuridad.

—¿Dónde se escondió la bruja? —murmuró el *ronin* en el silencio.

Una suave risa le respondió desde las sombras.

—No hay necesidad de ser grosero. Estoy justo aquí. En esta dirección, pequeños patitos. Sigán el sonido de mi voz.

Cautelosamente, eso hicimos: nos movimos entre las pilas de cajas y barriles y avanzamos despacio hacia la pared trasera, donde un débil resplandor carmesí comenzó a emanar desde la esquina más alejada.

La dama Satomi nos esperaba al final del último pasillo. Sus facciones estaban iluminadas por un resplandor rojo que provenía de un espejo alto, de cuerpo entero, en la esquina de la habitación, y el espejo reflejaba en sus profundidades a la mujer sonriente. Una sábana sucia yacía arrugada en la base del espejo, indicando que había estado cubierto hasta hacía sólo un momento, y toda la estructura parecía pulsar con una sutil malevolencia.

Yumeko echó un vistazo a la mujer en la esquina y saltó hacia atrás, rozando mi brazo mientras se lanzaba detrás de mí, haciendo que mis sentidos se agudizaran. La miré, confundido. Ella se había hecho muy pequeña contra mi espalda, como si temiera al espejo mismo. Supuse que también había podido percibir la oscuridad que irradiaba de él, la sensación de que era algo antinatural.

—¿Qué truco es éste, bruja? —dijo la doncella del santuario, levantando su *ofuda* como una espada.

—¿Éste? Se llama espejo —respondió la dama con lentitud exagerada—. Por lo general es utilizado para asegurarse de que alguien esté presentable para el resto de la sociedad. ¿Tal vez deberías comprar uno?

—¡Eso no es lo que quise decir! ¿Dónde está Maestro Jiro? Su señoría dijo que nos llevaría con él.

—¿Eso hice? Supongo que sí. Bueno, entonces... —la mujer se acercó y con cuidado sacó una horquilla, larga y puntiaguda con una bola de marfil en el extremo, de su cabello. Por un momento, la sostuvo frente a ella, con el metal delgado brillando en la luz, antes de levantar su otra mano y clavar la punta en su dedo índice. Su rostro permaneció sereno mientras llevaba la punta de la aguja dentro de su piel sin inmutarse.

Una gota de sangre brotó de la herida y se hinchó como una garrapata en la punta de su dedo. Mientras observábamos, la dama Satomi levantó con toda calma la mano herida y presionó la mancha de sangre sobre la superficie del espejo. El vidrio se onduló, como cuando una piedra cae en un charco, y la mujer sonrió.

—Tu precioso maestro está aquí —dijo a la doncella del santuario, y levantó la mirada hacia nosotros. El desafío en su voz era patente—. Sávenlo... si pueden.

Entonces la dama dio un paso adelante, *dentro* del espejo, y desapareció.

El *ronin* dejó escapar una enfática maldición.

—Espera, ¿qué infierno acaba de ocurrir? Todos lo vieron, ¿cierto? Todos vieron cómo era absorbida por el espejo. ¿Qué fue eso?

—Magia de sangre —dije sombríamente, mientras Yumeko miraba alrededor de mi brazo. El reflejo en el espejo estaba distorsionado ahora, y sus imágenes eran brumosas y retorcidas. Una sola mancha carmesí todavía empañaba el vidrio, flotando en la superficie—. La dama Satomi es una maga de sangre —confirmé, mientras nuestros grotescos reflejos nos miraban, girando en círculos irreconocibles—. Una muy poderosa, si tuviera que adivinar. El espejo sirve como una puerta de entrada a un lugar distante. Ése no es el hechizo de una novata.

—¿Un portal? —Yumeko continuaba enganchada a mi espalda—. ¿Adónde conduce?

—Eso no importa —una vez más, la doncella del santuario dio un paso adelante, con la determinación en el rostro—. Si Maestro Jiro está del otro lado, lo encontraré. No importa lo que se interponga en mi camino.

—Espera, espera —protestó el *ronin*—. Estoy dispuesto a saltar a espejos extraños y todo, pero ¿y si nos arroja a un pozo de demonios? ¿O de ciempiés?

Con un agudo aullido, Chu se precipitó, saltó hacia el espejo y desapareció a través del vidrio en una franja de color naranja y blanco. Mientras el resto de nosotros miraba conmocionado, volvió a aparecer, retrocediendo a través del espejo para dedicarnos una mirada impaciente, antes de saltar dentro una vez más.

—Está bien —dijo el *ronin* encogiéndose de hombros—. Es suficiente para mí.

Cerré los ojos y crucé a través del portal, sintiendo cómo las hebras de magia se deslizaban sobre mi piel, frías y pegajosas; era como caminar a través de una telaraña en pleno invierno. Cuando abrí los ojos, miré alrededor y sentí a Kamigoroshi palpitar.

—Oh, *kami* —escuché susurrar a Reika *ojou-san*.

Los seis de nosotros, cinco humanos y un perro, estábamos parados debajo de un antiguo arco *torii*; su otrora colorida madera ya estaba medio podrida y derrumbándose en cenizas. Se extendían frente a nosotros los restos devastados y destrozados de lo que alguna vez había sido una aldea o pueblo. Las casas y los edificios yacían destruidos, reducidos a astillas, las paredes derrumbadas y los techos caídos. En muchas de las estructuras no quedaban más que unos cuantos palos ennegrecidos y ruinas carbonizadas. Los escombros estaban en todas partes, el aire olía a muerte y nada se movía en las sombras. No había signos de vida, ni de personas, ni de algo vivo. Este lugar, cualquiera que hubiera sido, era una aldea de *yurei* ahora.

—¿Dónde está? —murmuró la doncella del santuario, mirando a su alrededor con los ojos entrecerrados—. ¿Hacia dónde se arrastró la bruja?

—¿Y dónde demonios estamos? —hizo eco el *ronin*; su aliento se enturbió en el aire antes de retorcerse y alejarse con la fuerte y fría brisa—. Además, y esto podría ser motivo de preocupación, no veo un espejo por ahí. ¿Cómo vamos a regresar?

No había señales de la maga de sangre. O de un espejo, de cualquier tipo. La aldea en ruinas yacía silenciosa y vacía; ningún destello de piel pálida o revoloteo de mangas de *kimono* se podía ver a través de la devastación. Un estandarte a medio quemar lamió tristemente una viga, el único sonido en la absoluta quietud.

—Ése es el emblema de los Yotaka —dijo el noble, mirando la tela ondulada y medio quemada—. Un vasallo de la familia Sora. Lo cual significa... ¿que estamos en el territorio del Clan del Cielo? —sacudió su cabeza con asombro—. Pero eso no puede ser. Las tierras de los Sora están a cientos de kilómetros de la Ciudad Imperial.

Eso explicaba el repentino descenso de la temperatura. El territorio del Clan del Cielo se encontraba en el extremo norte de Iwagoto, y reclamaba los helados picos Kori no Hari como sus dominios. Por las lejanas montañas cubiertas de nieve que se alzaban más allá del pueblo, quizá nos encontrábamos en el límite de las tierras de la familia Sora.

—Esa dama es una maga de sangre —les recordé sombríamente—. Quizá

tenga varios de estos portales sembrados por todo el palacio, en caso de que necesite un escape rápido, o un lugar para trabajar su conjuro de sangre en paz.

—*Oh, eso es genial* —espetó el ronin—. *Rápido, sigamos a la bruja de sangre a través del espejo de la muerte sin saber qué hay del otro lado. Oh, mira, un pueblo vacío y en ruinas en medio de la nada, me pregunto qué podría haber aquí. Ciertamente no demonios, o gaki, o...*

—*Yurei* —susurró Yumeko.

—O fantasmas —convino el ronin—. Correcto, estoy seguro de que tampoco hay fantasmas enojados cerca.

—No —dijo la chica, y señaló el camino—, mira.

Una esfera resplandeciente de luz azul y blanca apareció de pronto en el medio del camino donde nada había antes. Se balanceó una vez, luego se deslizó alejándose en silencio, dejando atrás una larga estela, y reapareció después, flotando a un metro del suelo.

—*Hitodama* —susurró la doncella del santuario—. Un alma humana persistente en el mundo.

—¿Un fantasma? —reflexionó el noble.

—Sí y no —la voz de la *miko* estaba llena de compasión—. Los *yurei* son los espíritus de los difuntos. Ésta es el alma de alguien que, por alguna razón, perdió el cuerpo y no puede trascender.

—Parece que quiere que la sigamos —observó Yumeko, mientras la luz se balanceaba alejándose y luego regresaba, palpitando suavemente contra la oscuridad.

El ronin dejó escapar un suspiro.

—Bueno, nada hay aquí —dijo—. Veamos adónde quiere llevarnos la resplandeciente persona muerta.

Seguimos el orbe oscilante de luz con cautela, agachándonos bajo vigas y pilares carbonizados, zigzagueando entre los esqueletos de las atalayas que habían caído en el camino. La aldea, a excepción de nuestros propios pasos y respiración, permanecía mortalmente silenciosa y quieta. Delante, la esfera resplandeciente se movía a un ritmo constante, siempre lo suficientemente

cerca para que la viéramos pero manteniendo una buena distancia entre nosotros. Tras caminar un tiempo, el pueblo dio paso al borde de un bosque. La esfera se desplazó a través de los árboles hasta que se detuvo al pie de una cuesta. Un tramo de peldaños de piedra, rajados y cubiertos de raíces, ascendía a través de los troncos y desaparecía sobre la colina. Esperó lo suficiente para que alcanzáramos el primer escalón, antes de flotar por encima de la escalera y desaparecer.

—Pronto —dijo la doncella del santuario, mientras ella y el perro tomaban la delantera—. Puedo sentir que Maestro Jiro está cerca. No debemos perderla.

—Vamos, Tatsumi-san —me exhortó Yumeko mientras yo dudaba—. Tenemos que mantener el ritmo.

Ésta, reflexioné mientras comenzamos a subir las escaleras, era una situación muy extraña. Estaba acostumbrado a rastrear demonios, magos de sangre y *yokai* asesinos, pero siempre había estado solo. No en la compañía de un *ronin*, una doncella del santuario, un aristócrata y un perro. Y una chica campesina que atormentaba mis pensamientos, de cuya presencia estaba todo el tiempo consciente.

Por un momento, caminando por un bosque oscuro y desconocido, me pregunté si alguno de los otros encontraba esta situación tan extraña como yo lo hacía. Aparté esos pensamientos, no importaba lo que creyeran, o si morían mientras perseguían a una peligrosa maga de sangre. Ellos no eran mi responsabilidad. Mi objetivo era encontrar al sacerdote que pudiera darme la ubicación del Templo de la Pluma de Acero donde hallaría el pergamino. Nada más importaba.

En especial, porque me habían ordenado que matara a *uno de ellos* cuando esto llegara a su fin.

Las escaleras conducían a las puertas de un antiguo castillo, con techos en picos que se elevaban hacia la luna llena. Las puertas dobles de la entrada estaban abiertas y crujían con la brisa; por la abertura pude ver un jardín, tan vacío y oscuro como el pueblo a las faldas del castillo.

—Vacío —reflexionó Yumeko mientras nos acercábamos con cautela a las puertas del frente—. Me pregunto qué habrá pasado.

—¿Y todas las personas en el pueblo...? —agregó el *ronin*.

No respondí, aunque sospechaba que sabía la respuesta. Para invocar a un *oni* y una horda de demonios de *Jigoku* se requería una gran cantidad de sangre y sacrificio, más de lo que la maga de sangre tenía en su cuerpo.

El valor de un pueblo entero.

La *hitodama* reapareció en la entrada del castillo.

—Nos está esperando —dijo la doncella del santuario, dando un paso adelante—. Pronto. Maestro Jiro está allí.

—Un asalto frontal es desaconsejable —dije en voz baja, haciendo que la doncella del santuario se detuviera. Ella frunció el ceño y yo asentí hacia la puerta—. Si ésta es la guarida de la bruja de sangre, dudo que se encuentre sola. Y nos está esperando. Si entramos todos, podríamos ser atacados por demonios o algo peor.

—¿Qué está sugiriendo, asesino de demonios?

—Yo iré. Esto es para lo que estoy entrenado. Encontraré al sacerdote y regresaré antes de que las defensas del castillo sospechen de mí. No es necesario que el resto de ustedes venga —y *no tendré que preocuparme por mantener a Yumeko a salvo, pensé*.

—Entonces, ¿se supone que debemos esperar aquí y confiarte la vida de Maestro Jiro? —preguntó la doncella del santuario—. Sin ánimo de ofender, Kage-san, sé que es un asesino experto, pero el portador de Kamigoroshi no inspira mucha fe en una promesa. No confiaré la seguridad de Maestro Jiro a alguien que está aquí sólo por la información que él posee. Me temo que debo insistir en ir con usted.

—Tristemente, creo que tendré que estar de acuerdo —agregó el *ronin*, sonriendo—. Y en realidad nunca aprendí cómo *quedarme* a la zaga. Ya saben lo que dicen: no se le pueden enseñar trucos nuevos a un perro viejo.

—La bruja de sangre intentará detenerlo —interrumpió el noble espadachín y me miró con solemnidad—. Ella podría invocar demonios y abominaciones y todo tipo de horrores. Y debo recordarle que tenemos un duelo pendiente, Kage-san. Perdona, pero no puedo permitir que muera aquí.

Miré a Yumeko, cuyo labio se había curvado hacia arriba en una esquina.

—Yo también iré —dijo con calma—. Hemos recorrido juntos un largo

camino. No tienes que enfrentarlo solo, Tatsumi.

Solo es mejor, pensé. Significa que no pondré a las personas en peligro.

Un escalofrío me recorrió. ¿Por qué estaba teniendo estos pensamientos? La seguridad de los demás no era algo que hubiera considerado antes. Tal vez Maestro Iemon tenía razón; me estaba quebrantando, mi preocupación por los demás era una indicación peligrosa de que estaba perdiendo el control de mis emociones. Cuando esto terminara, me sometería a la *reevaluación* de los *majutsushi*, y esperaba que eso pudiera destruir cualquier apego persistente. Era desagradable, y podría no sobrevivir, pero era necesario.

Yumeko todavía me estaba mirando y sus ojos oscuros brillaban con preocupación. No la merecía, pero no se lo dije.

—Hagan lo que quieran —dije en cambio, antes de dirigirme hacia la puerta y el castillo que se encontraba más allá.

La bruja de sangre no se veía por ningún lado cuando pasamos por las grandes puertas de madera y entramos al patio. Los escombros estaban dispersos por todos lados; piedras rotas, barriles volcados, algunas carretas destrozadas, todo esparcido por el patio. Vi varias armaduras entre las piedras, y el destello de blancos huesos que confirmaron lo que había sucedido a los samuráis aquí. Lanzas rotas sobresalían del suelo, las flechas estaban incrustadas en postes y vigas, y los sables yacían oxidados donde habían caído y brillaban apenas bajo la luz de la luna.

—Parece que aquí se libró una batalla —reflexionó el noble.

—O aconteció una masacre —agregó el *ronin*, empujando la mitad superior de una armadura con su arco. Una caja torácica se desprendió y cayó, y él hizo una mueca—. Espero que esté muy, muy equivocado, pero este pobre bastardo parece haber sido partido por la mitad.

La presencia de Hakaimono, que había estado creciendo con entusiasmo y sed de sangre en cuanto entramos por la puerta, se quedó quieta por completo. Un escalofrío recorrió mi espalda, y me congelé, mirando alrededor del patio.

Arriba, algo susurró en mi cabeza. Busca arriba.

Elevé la mirada. Hasta el techo puntiagudo del castillo, recortado contra la Luna.

Algo oscuro y gigante se elevó desde el techo del castillo, en pie contra la luz de la luna: una sombra enorme con hombros gruesos y cuernos negros que se curvaban en el aire. Incluso desde esta distancia, podía ver sus ojos, ardiendo como brasas en la noche, y la melena de cabello negro que caía por su espalda. Balanceó una *tetsubo* con clavos de hierro hasta los hombros, y una lenta sonrisa apareció en su rostro cuando nuestras miradas se encontraron. Se inclinó para quedar en cuclillas y saltó del techo al aire.

—¡*Oni!* —grité, desenvainando mi espada, mientras la enorme criatura aterrizaba en el patio con un estruendo que sacudió el suelo y quebró las piedras debajo de él. El polvo y los trozos de roca volaron y todos retrocedieron cuando el *oni* se enderezó, se elevó a más de cuatro metros de altura y sonrió.

—El asesino de demonios de los Kage —retumbó el demonio mientras sus ardientes ojos carmesí se fijaban en mí—. Te había estado esperando.

El movimiento onduló a nuestro alrededor, mientras docenas de demonios más pequeños aparecían en las paredes y se formaban desde las sombras. Los *amanjaku* gruñían y se reían a carcajadas, agitando rudimentarias armas, con ojos encendidos que parecían flotar alrededor de nosotros como luciérnagas carmesí. Algunos portaban piezas robadas de las armaduras samurái, algún casco o una hombrera demasiado grande, o blandían los *wakizashi* de los caídos en una blasfema parodia de honor.

El perro de la doncella del santuario lanzó un agudo ladrido y se abalanzó, saltando sobre los escombros hacia el imponente demonio en el centro del patio.

—¡*Chu!* —gritó la *miko*, mientras el demonio balanceaba con indiferencia su maza hacia el animal que lo observaba. La maza *tetsubo* se estrelló contra el suelo, aplastando la piedra y dejando atrás un gran agujero, pero de alguna manera fallando sobre el perro, que atravesó las piedras, subió los escalones del castillo y desapareció por las puertas abiertas.

—¡*Chu*, espera! —la doncella del santuario comenzó a seguirlo, luego se detuvo, como si recordara de pronto al demonio gigante que bloqueaba su camino. El *oni* resopló y balanceó su arma sobre su hombro otra vez.

—Bestia patética. Apenas suficiente para un bocado. Pero no me interesan

los perros —su mirada ardiente se volvió hacia mí otra vez, enviando una llamarada de salvaje emoción por mis venas—. Ven, entonces, asesino de demonios —gruñó—. Es tu sangre lo que quiero, son tus entrañas las que deseo esparcir sobre el suelo. Lucha conmigo solo o con estos débiles mortales, no importa. Los aplastaré a todos hasta convertirlos en pulpa y alimentaré con sus huesos a los *amanjaku*.

—Vayan —dije a los demás, forzándome a hablar con calma, a no soltar la carcajada histérica que burbujeaba en mi garganta—. Sigán al perro y encuentren a Maestro Jiro. Yo me ocuparé de este *oni*.

—¡Con un demonio que lo harás! —el *ronin* se adelantó, su arco ya estaba tenso y su boca se curvaba en una sonrisa desafiante mientras miraba a los demonios que nos rodeaban—. Yo veo un montón de monstruos además del gran feo bastardo en el centro. Por lo menos podré mantener a los esbirros lejos de tu espalda mientras tú le cortas la cabeza al grandote.

—De hecho —agregó el noble espadachín, barriendo su espada frente a él —, le prohíbo morir esta noche, Kage Tatsumi. Yumeko-san —agregó, con la mirada fija en la criatura gigante que se encontraba frente a nosotros—, no se preocupe por Kage-san. No permitiré que caiga. Por mi honor, lucharé como si su vida fuera la mía.

El *oni* escupió una risita.

—Bien —retumbó, y dio un paso adelante. Las piedras se agrietaron bajo su peso, y el aire a su alrededor brilló con el calor—. ¡Bien! Vamos entonces, humanos. He estado aburrido incontables días. Al menos intenten entretenerme un poco.

—Tatsumi —susurró Yumeko y, por un momento, la intensidad en su voz calmó mi furia interna, perforando la sed de sangre y el cruel regocijo—. Ése es el *oni* que destruyó mi templo y mató a todos en él. Por favor, ten cuidado. Pero si encuentras la manera... destrózalo.

El *oni* rio y el sonido salvaje de su carcajada retumbó en el aire, agitando a los *amanjaku* en un frenesí de risotadas y gritos.

—Sí, asesino de demonios —se burló, mientras Hakaimono se levantaba con un aullido propio, volviendo mi visión negra y roja—, destrózame... si hallas la forma.

Descubrí mis dientes con una sonrisa salvaje.

—¿Tan ansioso por morir, Yaburama? —me escuché decir, y por el más breve de los momentos, capté un destello de sorpresa en los ojos del demonio—. Siempre fuiste un bastardo manipulador, incluso en Jigoku. Estaré encantado de enviarte de regreso.

El rostro del *oni* se contorsionó de rabia, y se abalanzó sobre mí con un rugido, balanceando su maza en un arco despiadado. Gruñí de nuevo con la furia de un centenar de demonios y salté a su encuentro.

MAGIA DE ZORRO

Me estremecí cuando Tatsumi lanzó un gruñido diferente a cualquier cosa que hubiera escuchado antes y saltó para encontrarse con el *oni*, cuyo gigante *tetsubo* ya estaba bajando para aplastarlo contra la tierra. En el último segundo, él se hizo a un lado y la maza de hierro falló por apenas unos centímetros y se estrelló contra las piedras. Tatsumi salió disparado, con Kamigoroshi relampagueando violeta en la oscuridad, y cortó el brazo del demonio, que liberó un chorro de sangre que chisporroteó cuando tocó el suelo; el humo se retorció en el aire por encima los charcos, y el *oni* aulló.

Entre agudos alaridos y gritos, los *amanjaku* se lanzaron hacia delante, invadiendo el patio, mientras Daisuke-san y Okame-san levantaban sus armas. La cuerda del *ronin* zumbó, soltando flecha tras flecha, y los demonios gritaron mientras morían. Daisuke-san dio varios pasos hacia delante, interponiéndose entre nosotras y la horda. Por un momento, quedó inmóvil, sólo su cabello pálido ondeaba al viento. Luego, cuando el primer *amanjaku* lo alcanzó, estalló en movimiento y su espada se volvió un borrón mientras atravesaba a los demonios, tan rápido que ya se estaba moviendo hacia el siguiente enemigo antes de que el *amanjaku* caído se diera cuenta de que estaba muerto.

—¡Yumeko! —gritó Reika *ojou-san*, alejando mi atención de la batalla—. Por aquí, antes de que sea demasiado tarde. ¡Tenemos que encontrar a Maestro Jiro!

Un ladrido hizo eco en el patio: Chu nos miraba desde la puerta, impaciente. Reika *ojou-san* corrió hacia delante y pateó a un *amanjaku* mientras saltaba sobre una pila de escombros, haciendo que el demonio gritara de dolor. Después de una última mirada a los tres humanos, rodeados por los *amanjaku* bajo la sombra del enorme *oni*, la seguí.

Los demonios nos persiguieron, saltaron de las paredes y se arrastraron por debajo de las terrazas, corriendo hacia nosotras en un enjambre rojo, azul y verde. Esquivé a un demonio azul pálido, y la lanza que me arrojó, y salté sobre un segundo demonio mientras intentaba deslizar una hoz *kama* por mis piernas. La magia de zorro se elevó, pero antes de que pudiera pensar en lanzar *kitsune-bi* alrededor, Reika *ojou-san* gritó “Luz” y arrojó un *ofuda* al grupo de demonios frente a nosotros. El papel explotó en un destello cegador que causó que la multitud chillara y se encogiera, cubriendo sus rostros. Nos mezclamos entre ellos, subimos los escalones de la terraza y atravesamos la entrada del castillo.

—¡Cierra las puertas! —gritó Reika *ojou-san*, girando y poniendo su hombro en una de las pesadas hojas de madera, mientras Chu ladraba y se movía alrededor de sus pies. Metí las palmas de mis manos en la segunda plancha y empujé tan fuerte como pude. Las puertas emitieron un reticente gruñido cuando se cerraron. Reika *ojou-san* empujó un tablero agrietado a través de las manijas, justo cuando un golpe sacudió el exterior, seguido de las voces airadas de los *amanjaku*.

—Listo —jadeó, retrocediendo—. Eso tendrá que retenerlos por ahora.

Me atreví a echar un rápido vistazo, y me encontré con un pasillo oscuro con pilares de madera que desfilaban por el centro, aunque todo en él: las pantallas de *shoji*, los paneles de *fusuma*, los estantes y la cerámica, estaba reducido a pedazos y cubierto de inmundicia.

—Ha habido todo un desastre por aquí —señalé—. Supongo que los demonios no son muy buenos como amas de casa. ¿Crees que podría haber más?

—¿Dentro del castillo? Por Jinkei misericordioso, espero que no —Reika *ojou-san* se sacudió el polvo de las manos—. La verdadera pregunta ahora es: ¿dónde está Maestro Jiro? Éste es un castillo enorme. ¿Cómo vamos a

encontrarlo?

Con un resplandor de luz, la *hitodama* flotó a través de una de las paredes, se arremolinó a nuestro alrededor y se alejó por un estrecho corredor. Asentí.

—Sigue la luz —le dije, pero en ese momento, un *amanjaku* que llevaba un largo hueso apareció en el otro extremo de la cámara. Al vernos, apuntó con el hueso en dirección a nosotras y dejó escapar un aullido agudo que reverberó a través de los pasillos del castillo.

Eché hacia atrás mis orejas, mientras los chillidos y siseos de respuesta comenzaron a resonar en la oscuridad.

—Supongo que eso responde una de las preguntas.

—¡Vamos! —gritó la *miko*, mientras Chu se lanzaba tras la *hitodama* y el sonido de unas garras arañaban a nuestro alrededor. Escapamos detrás de la luz oscilante por largos pasillos, a través de habitaciones vacías con paneles de pared destrozados y muebles volcados, sin dejar de escuchar los gruñidos de los demonios que se acercaban.

Cuando doblamos una esquina y atravesamos una puerta más, nos encontramos en una gran y espaciosa habitación de madera pulida y techo alto. Las esteras de *tatami* desgarradas y sucias cubrían los pisos de madera y las paredes estaban revestidas con estantes de armas vacíos ahora, pero podía adivinar que ésta podría haber sido una zona de entrenamiento o de formación.

Por desgracia, no podíamos correr más lejos. Al otro lado de la habitación, un gran *amanjaku* con un casco de samurái sonrió triunfal, mientras los demonios entraban a través de un agujero en la pared, siseando y riendo a carcajadas, y se extendían por el lugar. Al dar la vuelta, vimos que el camino por donde habíamos entrado también estaba bloqueado. Los demonios nos rodeaban y sonreían lunáticos mientras se arrastraban hacia delante, apuntando con sus espadas, lanzas y garras en dirección a nosotras.

Con el corazón latiendo con fuerza, desenfundé mi *tanto*, mientras Reika *ojou-san* se pegaba a mí y Chu retrocedía, gruñendo y enseñando los dientes a los demonios que se acercaban. Ellos rieron y se burlaron, y sus ojos carmesí brillaron con sed de sangre, sabiendo que estábamos atrapadas.

—¿Y ahora qué? —susurré, recordando de repente la primera vez que me había encontrado con una horda de demonios. Tatsumi no vendría esta vez,

estábamos solas.

Reika *ojou-san* sacó un *ofuda* y me miró con impaciencia.

—¿Qué quieres decir con *ahora qué?* —espetó ella—. ¡El asesino de demonios no está aquí, *kitsune!*

Oh.

Sentí la sonrisa cruzar mi rostro antes de que pudiera evitarlo. No estaba Tatsumi. No estaba el asesino de demonios ni ningún humano inconsciente que pensara que yo era algo que no era.

—¡Chu! —llamó Reika *ojou-san*, extendiendo otra vez el *ofuda*, que comenzó a brillar—. ¡Forma de Guardián ahora!

Arrojó la hoja de papel en el aire, ésta voló hacia el perro y estalló en un rayo de luz. El pequeño perro anaranjado echó hacia atrás la cabeza y aulló, y mientras lo hacía, aumentó diez veces su tamaño. Su pelaje cambió a un tono rojizo brillante, y una melena dorada se desplegó alrededor de su cuello. Ahora era del tamaño de un buey, con enormes hombros, una cola rizada y una cabeza gruesa y cuadrada que era una mezcla entre un perro y un león. Un *komainu*, me di cuenta asombrada, la encarnación viviente de las estatuas que se encontraban al lado del arco *torii* del santuario. Chu, o el espíritu guardián en el que se había convertido, dejó escapar un rugido que sacudió las tablas y envió a varios demonios volando con un solo golpe de su enorme garra.

Gritando, los *amanjaku* invadieron la habitación, con su atención clavada en la majestuosa bestia en el centro. Di un paso atrás mientras sentía que la corriente familiar de magia de zorro se elevaba hasta mis dedos, y esta vez no hice nada para reprimirla. Cuando la horda más cercana a mí se precipitó hacia delante, el fuego azul ya bailaba en la punta de mis dedos, levanté los brazos y lancé una ola de *kitsune-bi* a sus caras.

Los *amanjaku* gritaron, apartándose de las lenguas sobrenaturales y cubriendo sus ojos mientras la columna de fuego fatuo rugía a través de la habitación, fundiendo todo en un resplandor azul y blanco. El fuego no ardía y no había peligro de incineración, pero en los segundos de pandemónium que siguieron, tomé un puñado de juncos del suelo y lo lancé al aire, enviando magia de zorro con él.

Cuando los juncos cayeron, algunas docenas de copias de Yumeko y Reika

ojou-san llenaron la habitación con pequeños estallidos de humo, provocando gritos de alarma de los sorprendidos *amanjaku*. Cuando las réplicas se dispersaron, y los *amanjaku* comenzaron a apuñalarlas con pánico, tomé un guijarro y lo arrojé hacia el demonio con casco, y entonces un segundo Chu se materializó frente a él con un rugido. Mientras el demonio aullaba y caía hacia atrás, blandiendo con violencia su espada, su casco se desprendió, rodó sobre las tablas, y se detuvo frente a una columna.

Me lancé hacia el borde del caos y miré a través del alboroto en busca de los verdaderos Chu y Reika *ojou-san*, esperando que estuvieran bien. La doncella del santuario se encontraba en el centro de la habitación, con un *ofuda* purificador en cada mano, que arrojó a los demonios que pasaban cerca. Se produjo un estallido de poder donde los *ofuda* tocaron, y los *amanjaku* se retorcieron en humo mientras eran exorcizados. Chu arremetió alrededor de ella, golpeando a los demonios que se acercaban demasiado con sus enormes garras delanteras o aplastándolos entre sus dientes. Por ahora, ambos parecían estar bien. La *hitodama* flotaba sobre nosotros, proyectando en la habitación una luz nebulosa, esperándonos.

Corrí hacia donde estaba el casco olvidado junto al pilar, lo tomé y lo puse sobre mi cabeza. La magia de zorro brilló y, en una bocanada de humo blanco, mi apariencia cambió. Al mirar hacia abajo, ya no vi las elegantes túnicas blancas de la *onmyoji*, sino un cuerpo rechoncho y feo con piel roja supurante, harapos andrajosos y garras en forma de gancho. Reí entre dientes, y soné malvada y ronca en mis oídos.

Un *amanjaku* verde corrió hacia mí, gruñendo y parloteando, haciendo gestos frenéticos hacia la habitación. No podía entender una sola palabra de lo que decía, si es que estaba usando palabras, pero fue claro para mí que se trataba del comandante de la horda de los *amanjaku*, lo cual resultó desafortunado para él. Apuñalé al demonio en el pecho con mi *tanto* y éste parpadeó en estado de conmoción, antes de retorcerse en volutas de humo y desaparecer.

Bueno, esto es útil.

Regresé al caos y comencé a convertir demonios en nubes de humo mientras se encontraban distraídos por la docena de réplicas que seguían

bailando alrededor de la habitación. Por fortuna, los *amanjaku* no parecían ser muy inteligentes, y perseguían mis ilusiones por la habitación con persistencia maniaca, repartiendo golpes hasta que éstas se desprendían con una bocanada de humo blanco y sólo un junco caía al suelo. Cuando esto sucedía, los *amanjaku* parecían pensar que se trataba de una victoria, ya que saltaban de arriba abajo y lanzaban sus puños al aire, antes de arrojarse contra la siguiente réplica. Me deslicé entre la confusión y apuñalé a un demonio tras otro, enviándolos de regreso a *Jigoku*.

Un grito furibundo me hizo detenerme. Miré arriba, justo a tiempo para esquivar el *wakizashi* del *amanjaku* cuyo casco había robado. El demonio siseó y vociferó sobre mí, enseñando sus colmillos y comenzó a balancear su espada en breves y furiosos arcos. Lo esquivé y me defendí con la daga corta; comencé a retroceder a través de la habitación hasta que me estrellé contra uno de los pilares y entonces me agaché, al tiempo que el *amanjaku* lanzaba su espada sobre mi cabeza. La cuchilla golpeó la viga y se alojó en la madera, en tanto yo tomaba una hoja de bambú del suelo y me alejaba. El comandante *amanjaku* sacó su espada del poste, dio media vuelta y se encontró cara a cara con dos más de los suyos. Uno usaba un casco, el otro no.

Por un momento, entrecerró los ojos, confundido, tratando de decidir a quién atacar. Luego, con un aullido, se abalanzó sobre mí, el demonio con casco, y hundió su espada profundamente en mi pecho.

O eso pensó. El *amanjaku* gimió, aferrado a su espada, cuando explotó en una bocanada de humo blanco. El casco cayó al suelo con un ruido metálico. El comandante *amanjaku* apenas tuvo tiempo de parpadear, conmocionado, antes de que yo me lanzara a través del humo y lo apuñalara en el corazón.

Mientras el demonio gruñía y se retorció en evanescentes rizos de oscuridad, me di cuenta del silencio en la habitación. Sentí ojos hostiles en mi espalda y giré para encontrarme bajo la sombra de Chu, que gruñía hacia mí mientras sus labios se apartaban de sus enormes colmillos, tensos para arremeter.

—¡Chu, espera! Soy yo —sacudí la ilusión en una bocanada de humo, sin dejar de notar qué tan grande era el espíritu del perro. Cuando la niebla se dispersó, quité la hoja de bambú de mi cabeza y la sostuve frente a su nariz—.

No soy un demonio —le dije, mientras sus fosas nasales se crispaban—, sólo una *kitsune*. Una que no ha pensado en nada más que cosas buenas sobre ti desde que apareciste en forma de perro pequeño. ¿Ves?

El *komainu* se veía definitivamente muy poco impresionado; con un bufido, giró y caminó hacia Reika *ojou-san*, que se encontraba sola, en el centro de la habitación. Un *ofuda* se mantenía entre los dos dedos de la doncella del santuario, destinada para mí, me di cuenta. De los *amanjaku*, no quedaban más que algunas piezas de armas y armaduras robadas. Las réplicas también se habían ido y trozos de juncos rodaban libremente por el suelo.

Tomé una inhalación profunda y la dejé salir de golpe.

—Bueno, eso fue... emocionante —comenté, mientras Reika *ojou-san* bajaba los brazos, y el *ofuda* desaparecía en algún lugar de su túnica.

Chu se sacudió, y se redujo a un perro normal otra vez. Yo estaba temblando, no por el miedo, sino por la emoción de usar tanta magia de zorro de una sola vez. Nunca en mis dieciséis años me habían permitido desatar todo mi potencial, ver en verdad lo que mi magia podía hacer. Darme cuenta ahora de lo que era capaz resultaba excitante y embriagador, y un poco atemorizante. ¿Era éste el poder del que Maestro Isao me había advertido? ¿Al que temían los demás?:

La magia del kitsune es el poder de la ilusión. Puedes pensar que es útil sólo para hacer travesuras, pero ver algo que no está allí, o hacer que la gente crea que tú eres alguien completamente diferente, puede ser una fuerza peligrosa y aterradora. Úsala con cuidado, para que no se convierta en un instrumento de caos.

—Tus orejas pueden verse —remarcó Reika *ojou-san* con voz tajante, sacándome de mis pensamientos con un estremecimiento—. Por lo general, puedo ver un contorno débil, pero ahora están expuestas por completo. Tal vez sea un efecto secundario de utilizar tanto de tu poder.

Tragué saliva, resistiendo el impulso de estirarme y tocarlas.

—¿Crees que se irán en algún momento? —pregunté, sabiendo que si mis orejas eran visibles, mi cola quizá también. Sería un problema si Tatsumi o cualquiera de los otros me veían—. ¿Qué haremos si no se desvanecen antes de que dejemos el castillo?

—Preocúpate cuando podamos salir —respondió la doncella del santuario—. Tenemos que seguir adelante —miró la *hitodama*, que aún flotaba cerca del techo, con su tenue brillo—. Si en verdad estás aquí para ayudarnos —dijo mientras el orbe brillante temblaba—, sigue adelante. Y esperemos que no haya más *sorpresas*.

La *hitodama* dudó un momento. Luego flotó por el techo, dio una vuelta por la habitación y salió por otra puerta.

Ningún otro demonio nos tendió una emboscada en nuestro camino a través del castillo en ruinas: o habían escapado o los habíamos eliminado a todos. La luz zigzagueaba certeramente por los estrechos pasillos, a través de más habitaciones vacías y destruidas, hasta que al final nos condujo a la parte superior de una escalera de madera que descendía a la oscuridad.

—Está cerca —murmuró Reika *ojou-san*, mientras Chu la miraba y meneaba la cola—. Puedo sentir su presencia ahora. Pronto.

Después de descender el tramo de escalones de piedra, entramos en una gran habitación. Había antorchas en las esquinas, que destellaban con ominosas llamas rojas, y celdas con gruesas barras de madera cubrían las paredes, pero todas estaban vacías.

En el centro de la habitación, un hombre con una bata andrajosa, alguna vez blanca, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el duro piso de piedra, con las manos ahuecadas sobre su regazo, como si estuviera meditando. Tenía la cabeza inclinada, los hombros encorvados y no se movió cuando Reika *ojou-san* lo llamó por su nombre. Unos grilletes rodeaban sus muñecas, con negras cadenas oxidadas que lo encadenaban al suelo de piedra. Un pequeño perro blanco, casi idéntico a Chu, yacía inmóvil junto a él.

Ambos estaban encerrados en una cúpula de energía titilante, casi invisible, una barrera muy parecida a la que había visto la noche en que el Templo de los Vientos Silenciosos fue atacado. Pero ésta era mucho más amenazante, irradiaba maldad y corrupción, hacía que mi piel se erizara en tanto nos acercábamos.

—Magia de sangre —susurró la doncella del santuario, furiosa y horrorizada. Sacó otro *ofuda* y lo levantó frente a ella, se detuvo un momento mientras el papel se encendía con energía, y luego lo arrojó a la barrera. Voló

en el aire y golpeó la cúpula, con la palabra “purificar” escrita sobre su superficie, antes de que la barrera titilara una, dos veces, y luego se hiciera añicos como avispas abandonando su colmena.

—¡Maestro Jiro! —Reika *ojou-san* y yo corrimos. Cuando nos acercamos, vi que las cadenas negras alrededor del sacerdote habían caído y se fundían en una línea de oscuro fango rojizo a través del piso.

—Maestro Jiro —dijo la doncella de nuevo, arrodillándose frente a él, mientras Chu gimoteaba y empujaba su nariz contra la forma arrugada del perro blanco—. Maestro, ¿puede escucharme? ¿Se encuentra bien?

Un aliento tembloroso y jadeante surgió de la forma encorvada, y sus hombros temblaron cuando levantó la cabeza. Tenía el rostro demacrado, las mejillas pálidas y los ojos hundidos en el rostro, con un aspecto claramente esquelético. Parpadeó hacia Reika *ojou-san*, con el ceño fruncido, como si no estuviera seguro de comprender lo que veía.

—¿R-Reika-chan? —susurró—. ¿Estás...? ¿En verdad estás aquí?

—Sí, Maestro Jiro —la doncella del santuario respondió con suavidad—. Estoy aquí. Cuando no regresó, supe que algo iba mal. Estamos aquí para rescatarlo. ¿Puede ponerse en pie?

—Yo... no lo sé —el sacerdote intentó enderezarse, pero enseguida se dejó caer con un gemido—. Estoy muy débil —susurró—. Esa mujer... usó magia de sangre para mantenerme aquí. Me hizo algunas preguntas y al no obtener las respuestas que quería, comenzó a agotar mi fuerza vital. Y lo mismo hizo con Ko —miró al perro inmóvil que estaba a su lado. Chu había dejado de intentar ponerlo en pie y ahora estaba sentado allí gimiendo, con aspecto miserable—. Traté de hacer que regresara a casa —murmuró el sacerdote—, pero no me abandonó. Los demonios... me habrían atormentado todavía más... si ella no hubiera estado aquí.

Miré a la perra blanca, suspiré cuando su costado se elevó y bajó; su respiración era débil, pero estaba allí.

—Está viva —le dije al sacerdote y di un paso a un lado de la doncella—. No se ha ido todavía. Estamos a tiempo de salvarlos a ambos.

Él me miró y una lánguida confusión cruzó su rostro.

—¿Una *ki... ki-tsune...?* —murmuró, y sacudió la cabeza—. Yo... debo

estar alucinando, después de todo.

De repente, Chu se puso en pie de un salto, agitando la cola, mientras la perra blanca comenzaba a moverse. Ella levantó la cabeza y miró alrededor confundida, hasta que me descubrió a unos pocos centímetros de distancia, y sus labios se abrieron de inmediato para mostrar sus pequeños colmillos. Di un rápido paso atrás, para protegerme a las espaldas de Reika *ojou-san*, mientras la perra se levantaba estupefacta. Aún mirándome, se tambaleó temblando hacia el sacerdote, cuyo rostro se iluminó al verla.

—Vamos, Maestro Jiro —dijo Reika *ojou-san*, colocando un brazo alrededor de los hombros del sacerdote, entonces procedió a levantarlo con suavidad. Éste se tambaleó y se balanceó, pero finalmente logró ponerse en pie—. Debemos salir de este lugar. Esperemos que los otros sigan vivos para que no tengamos que enfrentarnos a ese *oni*.

—¿*Oni*? —jadeó el sacerdote, mientras mi propio estómago se retorció—. ¿Yaburama todavía está aquí?

—¿Conoce su nombre? —pregunté. El sacerdote me miró con ojos grandes y temerosos.

—Tristemente, sí, lo conozco. Yaburama... es un monstruo. Él es uno de los cuatro grandes demonios de *Jigoku*, los generales *oni* de O-Hakumon —el rostro de Maestro Jiro se contorsionó de miedo y aversión—. No sé cómo esa mujer, incluso con su control de magia de sangre, pudo invocar algo como Yaburama a este mundo y no ser devorada en el acto. Incluso los demonios menores son difíciles de controlar: un *oni* como Yaburama requiere de un mago de sangre extraordinariamente habilidoso para tener siquiera alguna esperanza de atarlo a su voluntad.

—Tenemos que salir —le dije a Reika *ojou-san*, quien asintió—. Tatsumi y los otros están peleando con el *oni* ahora, tenemos que ayudarles. Maestro Jiro, usted es un gran sacerdote, ¿puede hacer algo para detener a Yaburama?

—Lo lamento, *kitsune* —dijo Maestro Jiro, con una mirada triste—. Estoy agradecido por tu ayuda, incluso si no estoy seguro de tus motivos, pero no podemos enfrentar a un *oni* de ese poder. Los generales demonios son casi inmortales. Si tus amigos decidieron pelear, es probable que ya estén muertos.

YABURAMA

Ésta iba a ser una verdadera pelea.

Me hice a un lado cuando la *tetsubo* del *oni* se desplomó, para estrellarse contra la tierra y enviar rocas volando. Me puse en pie y al instante tuve que retroceder porque la enorme maza ya se arrastraba por el suelo hacia mí; la esquivé por apenas un milímetro y, en cambio, golpeó a varios *amanjaku* que se habían acercado presurosos para emboscarme. Éstos volaron por el aire antes de explotar en humo y regresar a *Jigoku*. El *oni* gruñó.

—¿Vas a continuar rebotando alrededor como un grillo, asesino de demonios? —me desafió volviéndose hacia mí, mientras su maza de hierro seguía dejando agujeros en la roca cada vez que aterrizaba—. ¿O vas a pelear conmigo?

Revelé mis dientes. Cuando la *tetsubo* descendió una vez más, me lancé hacia delante, entre las extremidades arborescentes de Yaburama, y lancé un tajo en la parte posterior de su pierna. El *oni* gruñó y giró, aplastando el suelo con su maza mientras yo saltaba hacia atrás. Al mismo tiempo, el noble se abrió paso a través de varios *amanjaku*, corrió detrás del *oni* y le cortó la parte posterior de la otra pierna.

Yaburama aulló. Giró y lanzó una patada, pero no logró conectar el furioso golpe, el espadachín había logrado arrojarlo hacia un lado para evadirlo, y después envió más *amanjaku* a *Jigoku*. Las heridas en las piernas de Yaburama no parecían detenerlo mientras saltaba en el aire para aterrizar entre

nosotros, con un impacto que hizo temblar la tierra. Mantuve el equilibrio, pero el noble se tambaleó y cayó sobre una rodilla, hecho que el *oni* aprovechó para levantar su maza y estrellarla sobre las piedras.

Una flecha surcó el aire y golpeó al monstruo en la frente, haciendo que retrocediera con un gruñido. Eché un vistazo rápido y me di cuenta de que el *ronin* se había trepado a la parte superior de la atalaya que estaba junto a la puerta. Arrojó otra flecha al *oni*, que resopló y levantó su brazo, dejando que lo golpeará en el hombro.

En ese momento de distracción, susurré un encantamiento y arremetí; un Tatsumi de sombra apareció para unirse a mí. Yaburama nos vio venir en el último momento y blandió su maza... hacia el Tatsumi equivocado. Me moví debajo de sus piernas, salté y, mientras me levantaba hacia su rostro, deslicé a Kamigoroshi por su cuello y le abrí la garganta.

Una oscura y humeante sangre comenzó a manar desde la abertura bajo el mentón del *oni*. Levanté el brazo por instinto a fin de protegerme el rostro, pero ardió sobre mi ropa y quemó como fuego líquido cuando alcanzó la piel. Golpeé el suelo, me tambaleé hacia atrás, y apreté la mandíbula contra el dolor, esperando que el *oni* se desplomara a mi lado.

Casi demasiado sencillo.

Yaburama comenzó a reír.

Su voz resonó en el patio, profunda y sardónica.

—¿Eso es todo? —se burló el *oni*, retirando la flecha incrustada en su rostro, sin parecer notar siquiera la segunda, instalada en su brazo—. ¿Esto es lo mejor que los humanos pueden hacer? ¿Creen que puedes derrotar a uno de los generales demonios de *Jigoku* así? —rió de nuevo, sacudió su cabeza cornuda, luego se giró y recogió un trozo de muro más grande que el alto de un hombre, y lo levantó con una garra. Con los ojos brillantes, sonrió—. Déjenme mostrarles qué tan equivocados están.

El noble espadachín y yo nos tensamos, listos para saltar a un lado, pero Yaburama se enderezó, llevó su brazo hacia atrás y arrojó la roca. Ésta voló y se estrelló contra la base de la atalaya, rompió los soportes y causó que la estructura se colapsara con un rugido y una nube de polvo.

—¡Okame-san! —gritó el noble, mientras el *oni* bramaba triunfante,

levantando su maza en el aire, y los *amanjaku* reían.

Con la atalaya asentada sobre el *ronin*, quizá muerto, Yaburama se volvió hacia nosotros; sus ojos brillaron mientras nos miraba.

—Esto me aburre —gruñó—. Me estoy cansando de luchar contra humanos insignificantes. ¡*Amanjaku!* —rugió, levantando la cabeza—. ¡Maten al noble humano! Despelléjenlo, cómanselo, tomen su piel para un abrigo, ¡no me importa qué hagan, sólo quítenlo de mi camino! Deseo luchar contra el asesino de demonios sin interrupciones.

Los pequeños demonios chillaron de emoción y se lanzaron, para rodear al noble como lo haría un enjambre de hormigas ante un saltamontes. Los demonios más cercanos perecieron al instante cuando el otrora Oni no Mikoto los derrotó; su espada se movía tan rápido que sólo era visible su estela. Pero había docenas de *amanjaku*, una horda al parecer interminable, y tal volumen comenzó a empujarlo hacia atrás.

Empecé a avanzar, con la intención de reducir un poco el enjambre, pero la enorme *tetsubo* del *oni* se estrelló contra el suelo entre nosotros.

—¿Adónde crees que vas, asesino de demonios? —gruñó Yaburama, interponiéndose entre el enjambre de *amanjaku* y yo—. La pelea está aquí. ¿O debería recordártelo?

El *oni* balanceó la *tetsubo* hacia mí con fuerza salvaje. Esquivé la maza, que se estrelló contra las piedras y logré cortar la mano que sostenía el arma, amputando un dedo con garras. Yaburama resopló con fastidio, pero en lugar de retirarla, arrastró el arma. Aunque conseguí saltar a un lado, el movimiento inesperado me hizo perder el equilibrio, y el segundo barrido me alcanzó un hombro. El dolor estalló a través de mi cuerpo cuando fui arrojado por el aire y golpeé el suelo a varios metros de distancia, y luego rodé hasta detenerme tormentosamente. Kamigoroshi abandonó mi mano y patinó sobre las piedras en la dirección opuesta.

Aturdido, luché por levantarme, pero la tierra tembló y un pie con garras prensó mi pecho, empujándome de regreso hacia las piedras. El aire abandonó mi cuerpo con un zumbido y mis costillas amenazaron con romperse, mientras el enorme *oni* me miraba altivo, sonriendo.

—Una deshonrosa manera de morir, asesino de demonios —rumió

Yaburama, mientras yo apretaba los dientes en un esfuerzo por no jadear en busca de aire. En mi interior algo se formaba: un creciente torrente de desesperación, rabia y odio—. Aplastado como una cucaracha, nada sino una mancha en la punta de mi pie. Qué penosamente vergonzoso —rio entre dientes y apoyó todo su peso en mi pecho; los huesos estallaron entre destellos cegadores de agonía, y no pude evitar el aullido de dolor que surgió de mi garganta—. Pero no te preocupes —continuó el *oni* mientras yo jadeaba agonizante—. Terminará pronto. Y una vez que mueras, continuaré con tus amigos. Esa pequeña niña humana parece especialmente apetitosa. Voy a arrancarle la cabeza, voy a retorcerla para empujar de su interior las entrañas y devorarla como un dulce melocotón.

Yumeko. El pensamiento racional desapareció. Algo profundo en mi interior se rompió, y un torrente de oscuridad surgió como una avalancha en un aullido. Sentí una breve punzada de terror y desesperación, y luego nada.

—¿Duele, asesino de demonios? —Yaburama bajó el brazo y acercó el extremo de la *tetsubo* a mi cara—. Haré un trato contigo. Puedes implorar piedad y aplastaré tu cráneo en lugar de pisotearte como a un insecto. Entonces, ¿qué dices? ¿Listo para implorar?

—¿Implorar? —elevé la vista, me encontré con la mirada del *oni* y sonreí—. Tengo una mejor idea. ¿Qué tal si te envío a *Jigoku* en pedazos?

Yaburama enseñó sus colmillos.

—Después de ti.

Levantó el pie y pisó con fuerza. El mundo desapareció como la llama en una vela extinta.

EL DESTRUCTOR

Soy libre.

Levanté los brazos cuando el pie de Yaburama se estrelló contra mi cabeza para atrapar la asquerosa extremidad con ambas manos. Escuché el gruñido de sorpresa del *oni*, lo sentí presionar más fuerte, tratando de aplastarme en el suelo. Pensando que todavía era ese débil mortal.

Siempre fuiste un tonto, Yaburama.

Me senté, me lo quité de encima empujándolo hacia atrás, y luego me puse en pie. Yaburama se tambaleó varios pasos antes de recuperar el equilibrio, mientras me miraba conmocionado.

Sonreí, sintiendo el aire en mi piel, viendo el mundo a través de mis propios ojos, y no de los débiles y patéticos ojos de mi anfitrión humano. Tomé una inhalación profunda y permití que el aroma de la sangre, la violencia y la muerte llenara mis pulmones, antes de mirar al *oni* que se elevaba sobre mi cabeza.

-¿Cuál es el problema, Yaburama? ¿Esperas a alguien más?

Bramó una risa y sacudió su cabeza cornuda.

—Por fin estás aquí —retumbó, caminando hacia delante—. Pensé que iba a pisotear a tu anfitrión hasta convertirlo en pure antes de que perdiera el control sobre ti —rió, entrecerrando sus ojos carmesí hacia mí—. ¿Cuánto tiempo ha pasado... Hakaimono?

Demasiado. Más de cuatrocientos años.

Yaburama resopló, luego se agachó para mirarme al nivel de los ojos.

—Eres un poco... más pequeño de lo que recordaba.

Sonreí al ver mi reflejo en la mirada carmesí de Yaburama. De tamaño humano, porque compartía este patético cuerpo con mi anfitrión, y Kage Tatsumi era incluso más pequeño que un hombre promedio. Pero aun así me reconocía, por lo menos; después de cuatrocientos años de ser una voz sin forma atrapada en una espada, era bueno volver a ver un cuerpo real. Piel oscura como el ónix, melena blanca, cuernos, garras, colmillos; casi había olvidado cómo me veía.

Pero eso no importaba. Yo era libre. Por fin había salido, y tenía un país entero para reclamar mi venganza sobre él. Tanta destrucción que causar, vidas que tomar y sangre que derramar. Sería hermoso. Ya veríamos si esos idiotas lograban llevarme de regreso a la espada esta vez.

Pero primero...

Yaburama todavía estaba agachado al nivel de mis ojos y una sonrisa burlona retorcía su boca. Apreté mi mano derecha en un puño, la llevé hacia atrás y golpeé al robusto *oni* en su mandíbula sonriente.

Salió volando hacia atrás y sus pies abandonaron el suelo por un momento, antes de estrellarse contra las piedras con un estruendo que hizo temblar la tierra. Reí. Ya podía sentir el poder que corría a través de mis músculos, mi vieja fuerza que volvía a mí. No por completo todavía, pero pronto.

¿Olvidaste con quién estabas hablando, Yaburama?
—dije, mientras el *oni* se esforzaba por erguirse, aturdido. Lancé una mano hacia afuera, abrí mis dedos y Kamigoroshi voló a través de las piedras hasta mi palma—. ¿Olvidaste que era yo quien comandaba a los Cuatro Generales? ¿Que los demonios más fuertes jamás engendrados en Jigoku me temían por una razón?

—Maldito seas —gruñó Yaburama, poniéndose en pie. La sangre corría desde sus labios hasta su barbilla, y la secó con el dorso de su mano—. Esos

días se han ido, Hakaimono. Has estado fuera durante mucho tiempo. Una guerra está por venir y un nuevo Maestro de los Demonios conducirá la Tierra al caos y la destrucción —levantó su *tetsubo* y mostró sus colmillos ensangrentados con un gruñido—. Lástima que no podrás verlo.

Arremetió contra mí con un rugido, balanceando la *tetsubo* en un arco salvaje. Retrocedí para evitar el primer golpe, me agaché para evitar el segundo y luego, cuando el arma bajó directo sobre mi cabeza, me preparé y levanté una mano vacía y tomé el extremo de la maza en mi palma.

Los ojos de Yaburama se desencajaron. Se tensó contra la maza, tratando de hundirla en mi cráneo, pero ni yo ni la *tetsubo* nos movimos. Sonreí desde la sombra del arma, y curvé mis garras en la madera.

—Yo soy Hakaimono el Destructor —gruñí—. El demonio más fuerte que Jigoku haya conocido. ¡Y pronto, todo este reino recordará por qué!

Empujé la *tetsubo* y salté en el aire mientras Yaburama retrocedía tambaleándose y temblando, hasta que perdió el equilibrio. Cuando se recuperó y balanceó su maza una vez más con un gruñido enojado, yo atraje a Kamigoroshi. La espada golpeó el antebrazo del *oni*, atravesó todo: carne, músculos y huesos, y continuó hacia mí. La *tetsubo* y parte del brazo de Yaburama golpearon las piedras con un ruido sordo, y el gruñido de Yaburama se convirtió en un aullido de dolor.

Golpeé el suelo, giré y me abalancé otra vez contra el tambaleante *oni*. Enloquecido por el dolor y la ira, y con el muñón ensangrentado del brazo goteando humeantes charcos sobre el suelo, Yaburama rugió y me golpeó con su otra garra. Me agaché, rodé por debajo y corté su pierna mientras pasaba. El *oni* se tambaleó, comenzó a oscilar como un roble en medio de una tormenta, y finalmente se desplomó: su cuerpo cayó hacia un lado mientras su rodilla mutilada permanecía donde estaba. Golpeó de espaldas contra el suelo y se quedó allí tumbado un momento, jadeando, mientras la sangre que manaba de sus muñones se extendía sobre las piedras.

Sonriendo, caminé casualmente hasta el jadeante *oni* y salté sobre su pecho, apuntando la espada ensangrentada hacia su rostro.

—Bueno, esto fue divertido —le dije con voz calmada—. No hay nada como una buena masacre a la antigua usanza para hacer que mi sangre bombee. Tatsumi nunca poseyó lo necesario para la barbarie. Oh, lo lamento, estabas diciendo algo, ¿cierto? ¿Algo sobre dejar que me pudriera en esa maldita espada por otros cuatro siglos?

—Maldito seas, Hakaimono —chirrió Yaburama—. Has estado atrapado en Kamigoroshi por mucho tiempo. No sabes lo que ha sucedido durante los últimos siglos.

Sonriendo, levanté la espada sobre mi cabeza.

—Estoy seguro de que lo sabré.

Yaburama gruñó e intentó levantarse. Bajé a Kamigoroshi con un destello de acero y la deslicé a través del fornido cuello; esta vez, me aseguré de separar la cabeza del cuerpo, ésta cayó hacia atrás y rodó varios metros antes de detenerse, con la mandíbula tensa de ira.

Eché mi cabeza hacia atrás, llené mis pulmones de aire y dejé escapar un rugido de triunfo; escuché mi voz retumbar en el aire y su eco sobre los picos del castillo. ¡Libre! Había mucho por hacer: tantas vidas por tomar, tanta destrucción y miedo y caos y muerte que infligir sobre este patético reino. Yo estaba de regreso, y este mundo pagaría caro por los siglos que había permanecido sellado.

Un jadeo brotó desde la entrada del castillo, y sonreí.

Me volví sobre el pecho de Yaburama y vi a la chica en lo alto de la escalera, a la doncella del santuario, a un par de perros y a un viejo sacerdote detrás de ellas.

EL DEMONIO DE LA ESPADA

—Jinkei nos preserve —escuché a Reika *ojou-san* susurrar detrás de mí, en un tono que hizo que un escalofrío subiera por mi espalda.

No pude responder; me quedé mirando fijamente el centro de la estancia, a la figura que se perfilaba bajo la luz de la luna. A la piel negra como el azabache y la salvaje melena de cabello blanco, a los cuernos, los colmillos, las garras. Al demonio que todavía tenía el rostro de Tatsumi. Tatsumi, o aquello en lo que se había convertido, se volvió sobre el cadáver humeante y decapitado de Yaburama, con Kamigoroshi ardiendo en su mano, su brillante hoja roja de sangre. La cabeza del *oni* se encontraba a más de un metro del cuerpo, y también dejaba caer volutas de humo mientras desaparecía, desvaneciéndose para regresar a *Jigoku*. Debería haberme alegrado encontrar a Yaburama muerto: el *oni* que había destruido el Templo de los Vientos Silenciosos y asesinado a todos los que yacían sin cabeza en el centro de aquél patio. Debería haber sentido vindicación, o al menos alguna forma de alivio.

Pero en ese momento, mirando a la figura que se erguía sobre el cadáver, todo lo que experimenté fue terror. Porque el *oni* que había reemplazado a Yaburama, que me sonrió desde el cuerpo de Tatsumi, era cien veces más aterrador.

Ah, ahí estás, Yumeko-chan —salté al escuchar su voz, al sonido de mi nombre saliendo de la boca del demonio—. Ya me estaba

preguntando en qué momento aparecerías.

Dio un salto en el aire, tan alto que casi parecía que estaba volando, antes de descender frente a nosotros. Chu gruñó y adoptó su verdadera forma, con los músculos tensos para embestir al *oni*, pero la voz de Maestro Jiro irrumpió.

—¡Chu, no! Él es excesivamente poderoso. Todos, quédense cerca.

Cuando *Tatsumi* aterrizó al borde de los escalones con estrépito, el sacerdote sacó una *ofuda* hecha jirones, con los *kanji* “protección del mal” escritos en el papel. Sosteniéndola con dos dedos, se la llevó a la cara y cerró los ojos al tiempo que el demonio sonrió y comenzó a subir los peldaños, dejando un rastro de sangre a sus espaldas.

Una barrera en forma de cúpula titiló al cobrar vida, brillante en la oscuridad, un casi invisible azul y blanco que envolvía a Reika *ojou-san*, Maestro Jiro, ambos perros y a mí. Chu se había encogido de vuelta en su forma pequeña, pero aun así estábamos un poco hacinados ahí dentro. Pude ver a Maestro Jiro temblar mientras se concentraba, con gotas de sudor formándose en su frente. La aterradora forma de *Tatsumi* subió los escalones, pero se mantuvo a un metro de distancia y nos sonrió a través de la barrera.

Oh, no necesitas hacer eso ahora —dijo, con una voz que era una versión más profunda y escalofriante de la de *Tatsumi*—. Sólo deseaba cruzar unas palabras con *Yumeko-chan*, aquí presente —sus fríos ojos rojos se encontraron con los míos a través del muro de magia, y rio entre dientes—. Así que no eres más que una taimada *kitsune* disfrazada de humano —musitó—. Una pequeña y débil mestiza... no es de extrañar que no pudiera sentir lo que eras en realidad. Vaya embustera. Me pregunto qué otras mentiras le habrás contado a *Tatsumi*.

Estaba temblando, pero me obligué a enfrentar la terrible mirada del monstruo.

—¿Dónde está él?

—¿Tatsumi? Oh, todavía está aquí, en alguna parte —el demonio dio unos golpecitos en su cabeza con una curva garra negra—. Imagino que puede ver y escuchar todo lo que sucede, al igual que yo podía hacerlo. Sin embargo, ya no es suficientemente fuerte para obligarme a permanecer dentro. Ningún humano lo ha logrado una vez que me he hecho cargo —su sonrisa se amplió cuando me miró—. Quería agradecerte en persona, pequeña kitsune —dijo—. Después de todo, es por ti que estoy aquí.

Un escalofrío recorrió mi estómago.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Bueno, por lo general, no podía doblegar la voluntad de Tatsumi; se mantenía a sí mismo y a sus emociones fuertemente protegidas, y no me daba ningún asidero en su mente. Pero contigo cerca, ese muro fue debilitándose cada día. Tú lo distraes, lo haces sentir. Lo haces cuestionarse sobre quién es y qué es lo que desea. Y esa fue la oportunidad que yo necesitaba. Su último pensamiento esta noche, antes de perderse por fin, fue para ti.

Me arrodillé sobre las piedras; el horror y la angustia pesaban tanto sobre mí como las gruesas túnicas. *No, pensé desesperada. Tatsumi. No puedes haberte ido... por mi culpa.*

El demonio se agachó y se balanceó sobre las puntas de sus pies, para que estuviéramos cara a cara.

—Si te hace sentir mejor —dijo en un simulacro de susurro—, él puede escuchar cada palabra que decimos, pero no

puede hacer nada al respecto. Y debo decirte que, después de estar atrapado en su mente por tanto tiempo, su dolor y desesperación son una sensación hermosa. Ah, ¿y quieres saber algo más? —se inclinó, y bajó la voz aún más—. Él en verdad estaba empezando a confiar en ti, pequeña kitsune —susurró—. Tatsumi nunca había confiado en alguien: su clan castigaba cualquier apego o debilidad —su mano se levantó y apuntó con una garra negra curva hacia mi frente—. Pero estaba empezando a confiar en ti, una kitsune que le mintió, que lo ha estado engañando desde el principio. Y ahora, él ve exactamente lo que eres y cómo lo traicionaste.

Apreté los párpados mientras mi garganta amenazaba con cerrarse.

—Déjalo ir —susurré, sintiendo la mirada cruel y divertida del *oni* a través de la barrera.

¿Eh? —preguntó el *oni* con tono burlón—. ¿Qué fue eso?

Abrí los ojos y levanté la mirada para encontrarme con los ojos carmesí del demonio frente a mí.

—Suéltalo —dije, y esta vez mi voz no tembló—. Vuelve a la espada, o sabrás exactamente de lo que una *kitsune* es capaz.

El demonio rio. Se levantó, elevándose sobre mí, y sus colmillos brillaron en una terrible sonrisa de luna creciente mientras daba un paso atrás.

Eres entretenida, pequeña kitsune —me dijo—. Y esa es la razón por la que voy a permitirte vivir un poco más. Pero no te preocupes: te mataré, a ti y a todos los que te importan, muy pronto. Cuando ya no lo esperes, alguien cerca de ti va a morir. El ronin, el noble espadachín, el sacerdote, la miko y los dos cachorros. Voy a matarlos, y Tatsumi se verá

obligado a mirar cómo arranco las extremidades de tu cuerpo, una por una. Éste también es un castigo para él, por haberme mantenido atrapado en su testaruda cabeza durante todo este tiempo —sus ojos brillaron, y por un momento vi la ira desenfrenada y el odio en el fondo de sus profundidades, eso hizo que mi sangre se helara—. Así que no temas. Cuando nos volvamos a ver, te prometo que haré que tu muerte sea lenta y dolorosa.

Se inclinó hacia delante, extendió con toda intención una mano y la colocó sobre la barrera, que crujió y chisporroteó, titilando erráticamente ante su contacto. El humo se levantó de sus dedos con garras y se enroscó en el aire, pero eso no pareció molestarlo. Sonriendo, el Demonio Tatsumi se inclinó para acercarse y emitió un rudo murmullo.

Si crees que puedes detenerme, Yumeke-chan, te invito a que hagas lo mejor que puedas. El juego acaba de comenzar.

Retrocedió, se puso en cuclillas y luego saltó en el aire, volando hacia el techo del castillo. Otro salto lo llevó aún más alto y su sombra negra se alejó cada vez más. Por un momento, se detuvo en la torre más alta: una figura con cuernos recortada contra la Luna, con su salvaje melena ondeando a sus espaldas, antes de caer al otro lado del castillo y desaparecer.

Después de unos minutos de búsqueda, encontramos a nuestros compañeros desaparecidos. El *ronin* yacía enterrado bajo la atalaya derrumbada, atrapado entre las vigas luchaba para liberarse. Milagrosamente, más allá de un gran moretón en la frente y varios cortes en los brazos y las piernas, no parecía herido de gravedad.

—Tienes la suerte de los *kami* —murmuró Reika *ojou-san* y sonó impresionada, aunque de mala gana, mientras envolvía con tela sus numerosas heridas—. Eso, o tu cabeza es más dura que una bala de cañón.

—Ja, mi dura cabeza es famosa —dijo con orgullo Okame-san, y golpeó

los nudillos contra su cráneo—. Nada supera esto, de acuerdo.

—No estoy segura de que debieras estar alardeando por eso.

Taiyo no Daisuke era otro asunto. Después de recorrer el campo de batalla, Chu nos condujo por fin hasta un rincón aislado del patio. El noble se encontraba arrodillado sobre las piedras en medio de un charco de sangre, con la cabeza inclinada y la barbilla apoyada en el pecho. Estaba rodeado de armas rotas y piezas de armaduras, y aún sostenía su espada con fuerza en una mano.

Una figura fantasmal estaba parada a su lado, una chica con una sencilla túnica y su cabello atado a su espalda. Ella levantó una mano y tocó un flanco del rostro del noble, con una sonrisa nostálgica cruzando sus labios, antes de estremecerse y convertirse en una esfera blanca resplandeciente, la luz que nos había conducido hasta Maestro Jiro, se elevó desde donde la chica había estado, y se alejó flotando.

—Daisuke-san —resoplé mientras Chu se acercaba al noble caído, con las orejas erguidas y esperanzadas—. ¿Puedes escucharme? ¿Sigues aquí?

El cuerpo del samurái no se movió. Tragué saliva para disolver el nudo en mi garganta, y estaba a punto de dar media vuelta para encontrarme con los demás, cuando Chu gimió y metió su nariz bajo la mano vacía del noble.

Temblorosa, la mano se levantó como si estuviera pegada a una cuerda, para acariciar al perro entre las orejas. Jadeé y el samurái levantó la cabeza, con los ojos entrecerrados contra la oscuridad.

—Yu... meko-dono —murmuró, mientras soltaba un suspiro tembloroso—, está bien. ¿Encontró... a Maestro Jiro?

Asentí en silencio y él se relajó.

—*Yokatta* —susurró, con una expresión de alivio—. Pero... ¿qué sucedió con el demonio? ¿Dónde... está Kage-san?

El peso en mi pecho se hizo más grande.

—Se fue —dije en voz baja—. Yaburama está muerto, pero Tatsumi... ya no está aquí.

—Entonces... fallé —el noble inclinó la cabeza—. No pude protegerlo.

—No —le dije, y el noble levantó la vista con brusquedad—. No está muerto, Daisuke-san. Yaburama no pudo vencerlo. Eso no es algo de lo que

tengamos que preocuparnos ahora. Tatsumi es...

Un demonio. Uno incluso peor que Yaburama. Y es mi culpa.

—Perdóneme, Yumeko-dono —dijo Daisuke-san, mirándome fijamente con los ojos todavía entrecerrados—. He recibido un golpe en la cabeza, o estoy alucinando por la pérdida de sangre, pero ¿ésas de arriba son... perdone mi rudeza... orejas?

—Sí, ella es una *kitsune* —respondió una exasperada voz femenina, y Reika *ojou-san* caminó hasta mi lado, con Okame-san vendado detrás de ella—. Ella ha sido una *kitsune* todo este tiempo, desde que la conocieron. Eso no es algo nuevo y, en este momento, tenemos problemas más grandes de los que debemos preocuparnos. Taiyo-sama... —miró a Daisuke-san, y su rostro se suavizó con un poco de compasión— tendremos que tratar sus heridas ¿Puede ponerse en pie?

Daisuke-san, todavía mirando mis orejas, asintió con un gesto de dolor.

—Deme un momento.

De repente, Okame-san dio un paso adelante, levantó el brazo del noble sobre sus hombros y lo jaló hacia arriba. Daisuke-san apretó la mandíbula y rechinó los dientes por el dolor, y el *ronin* quedó como soporte hasta que el noble logró levantarse.

—Okame-san —murmuró cuando recuperó el equilibrio, todavía apoyado contra el *ronin*—. Estoy... contento de verte ileso. Perdona mi debilidad. Estoy avergonzado de no poder haberlos ayudado ni a ti ni a Tatsumi-san.

El *ronin* resopló.

—No vi mucho después de que ese bastardo colapsó la torre —respondió—, pero me parece que fuiste tú quien acabó con toda la horda de enanos mordedores de tobillos. No sé cómo lo lograste, pero eso no suena como una debilidad para mí.

El noble le ofreció una breve sonrisa.

—*Arigatou gozaimasu.*

Okame-san suspiró y nos miró a la doncella del santuario y a mí.

—Entonces —dijo con forzada alegría—, Yumeko-chan es una *kitsune*, el sacerdote fue rescatado, y parece que Kage-san enloqueció, hizo añicos al *oni* y se fue. Gran noche. ¿Algo que me haya faltado?

—La dama Satomi —dijo Reika *ojou-san*—. No nos olvidemos de ella. Todavía no tenemos idea de dónde está o qué trama. Ciertamente, ella nos atrajo hasta aquí para matarnos, pero ahora que encontramos a Maestro Jiro es posible que ataque de nuevo. Necesitamos encontrar una salida, pronto.

—De acuerdo —dijo una nueva voz, la de Maestro Jiro, mientras pasaba sobre pilas de escombros y piezas de armadura. Ko estaba a su lado, y el sacerdote se veía serio cuando se unió a nosotros—. No hay tiempo. Debemos...

Le temblaron las piernas y estuvo a punto de caer, pero Reika *ojou-san* lo sostuvo por el brazo. Tomé un balde de madera de la tierra y lo coloqué boca abajo frente a él. El sacerdote se sentó con un gemido. Por un momento permaneció allí, respirando con dificultad y luego levantó la cabeza.

—El tiempo está ahora en nuestra contra —jadeó Maestro Jiro, observándonos a todos, aunque su mirada se detuvo en mí—. *Kitsune...* —hizo una pausa— Yumeko-san... ¿tienes el pergamino del Dragón?

Asentí. Me sentía tan entumecida por dentro como por fuera.

—*Hai*, Maestro Jiro.

Sus ojos se estrecharon.

—Debes llevarlo al Templo de la Pluma de Acero. Los monjes allí lo protegerán. Nada más importa, sólo llevar el pergamino al templo, ¿entiendes? El Dragón no puede ser invocado otra vez. Reika-chan —continuó, haciendo que la doncella se enderezara—, iremos con ella para protegerla en el viaje. No debemos permitir que el pergamino caiga en manos malvadas, como las de la dama Satomi.

—Sí, Maestro Jiro —la doncella del santuario se inclinó—. Entiendo.

—Hey, no se olvide de nosotros —interrumpió el *ronin*—. He llegado hasta aquí, he luchado contra demonios y magos de sangre, y justo acabo de ser pateado en el trasero por un *oni*. Siento que me he ganado el derecho de continuar con Yumeko-chan, al menos hasta que lleguemos a ese Templo del Pájaro de Acero o adonde sea que vaya.

—De hecho —la voz de Daisuke-san estaba llena de dolor, pero resuelta—. Yo también acompañaré a Yumeko-san. Para compensar mi falla en la protección de Kage-dono, mi espada estará a su lado hasta que mi deuda sea

cubierta. Éste es mi juramento.

—Llevaré el pergamino al templo —dije al sacerdote—. Ya había prometido hacerlo. Pero... —mi garganta se tensó, y tomé una inhalación profunda para abrirla—. Tatsumi —susurré—, ¿podemos salvarlo? ¿Puede el demonio ser expulsado?

Maestro Jiro inclinó la cabeza.

—Para responder a esa pregunta —comenzó—, debes saber con quién estás lidiando, y la sangrienta historia que está ligada a eso —miró a Daisuke-san, aún apoyado contra el *ronin*, y su boca se contrajo—. Las heridas de Taiyo-sama deben ser atendidas —afirmó—. Y la dama Satomi todavía podría estar cerca, sin mencionar a Hakaimono. Debemos salir de aquí. Pero cuando estemos a salvo, te contaré la historia del Clan de la Sombra, la plegaria del Dragón, la misteriosa dama Hanshou y la espada maldita Kamigoroshi, que está ligada a todos ellos.

EPÍLOGO

En el palacio dorado del emperador, todo estaba en silencio. La fiesta de la Contemplación de la Luna había sido espléndida, y todos habían regresado a sus habitaciones con una sensación de satisfacción. O, al menos, en la agradable bruma del alcohol. El emperador, en particular, dormía profundamente en su futón en un letargo inducido por el *sake*, libre de los sueños y las pesadillas que lo habían atormentado en los últimos tiempos.

En las habitaciones lujosamente amuebladas del ala real, en un dormitorio envuelto en sombras, un espejo de cuerpo entero brilló y la sonriente forma de la dama Satomi atravesó la superficie de vidrio. Sacudiendo la suciedad imaginaria de su túnica, caminó hacia su escritorio, se sentó en el taburete y encendió la vela. Luego abrió el cajón inferior y extrajo un objeto envuelto en un paño de seda, lo colocó sobre el escritorio y retiró la cubierta.

El cráneo desnudo la miró, con las vacías cuencas de los ojos oscuras y ciegas. Mientras la dama Satomi esperaba, cobraron vida, iluminadas con un funesto resplandor púrpura que proyectaba espeluznantes sombras sobre las paredes de papel de arroz. La mujer inclinó la cabeza en una reverencia.

—Todo avanza de acuerdo con el plan, maestro —dijo en un murmullo bajo—. Yaburama debe haber matado ya al chico para este momento y tomado el pergamino. El sacerdote dirá a los supervivientes dónde se encuentra el Templo de la Pluma de Acero, y ya sólo debemos seguirlos hasta que lo encuentren. Entonces, la segunda pieza será también suya.

Las llamas en las cuencas de los ojos del cráneo pulsaron, y un susurro ronco emergió entre sus sonrientes dientes amarillos.

—Me temo que pudiste haber subestimado al asesino de demonios de los Kage, dama Satomi —respiró—. Yaburama es uno de los *oni* más fuertes de *Jigoku*, por eso lo invoqué para ti. Pero Hakaimono es un verdadero monstruo. Si él hace una aparición antes de que Yaburama acabe con el chico, entonces es posible que tengas otro problema en tus manos.

—No necesita preocuparse, maestro —la mujer sonrió—. Todo está bajo control. Pronto tendrá las dos últimas piezas de la plegaria del Dragón, convocaremos a la bestia y usted gobernará este país como debió haber sucedido.

—¿Y no te volverás contra mí, como lo hicieron todos antes que tú?

—¡Por supuesto que no, maestro! —la dama Satomi puso su mano sobre su pecho, con tono horrorizado—. Soy su leal servidora. Cada uno de mis actos tiene como propósito su glorioso regreso.

La luz en los ojos del cráneo se desvaneció, hasta convertirse en débiles pinchazos contra el fondo negro.

—Asegúrate de recordar quién es tu maestro, dama Satomi —dijo la voz ronca, cada vez más menguante, al igual que la luz—. Eres una bruja de sangre talentosa, pero tan reemplazable como cualquier mortal, y yo tengo un ejército de *yokai* y demonios que responderán a mi llamado. No me decepciones. Esperaré noticias de tu éxito.

La mujer sonrió e hizo una breve reverencia; cuando levantó la cabeza, la luz en los ojos del cráneo se había extinguido por completo, y se encontraba sola. En el momento mismo en que la oscuridad regresó, la sonrisa de la dama Satomi se desvaneció también y fue reemplazada por una cólera ansiosa.

—Cree ser tan inteligente, maestro —susurró al cráneo—, pero sólo un alma mortal puede invocar al Dragón, y ni todo su ejército de demonios podrá ayudar en eso. Cuando llegue el momento de enunciar el deseo, no será para concretar su glorioso regreso, eso se lo puedo asegurar.

Sonriendo de nuevo, se levantó del escritorio, dio media vuelta y se encontró de cara con su doncella.

—¿Tú? —un ceño fruncido al instante oscureció su rostro. Trató de recordar el nombre de esta nueva chica y falló—. No te llamé. ¿Qué estás haciendo aquí, inútil?

Los ojos de la jovencita se levantaron para encontrarse con los suyos, como relámpagos dorados en la oscuridad, justo antes de empujar la hoja de una espada en el pecho de la dama Satomi.

La boca de la bruja de sangre quedó boquiabierta. Aturdida, contempló la brillante longitud del acero en su pecho, la sangre que comenzaba a brotar por los bordes. Un hilo carmesí emergió entre sus labios y corrió por su cuello, y entonces levantó los ojos hacia el rostro de su doncella.

Las comisuras en los labios de la chica dieron paso a una sonrisa. Se produjo entonces una silenciosa explosión de humo blanco y, cuando éste se hubo despejado, un hombre se encontraba parado frente a ella, con su filo aún hundido en el centro del pecho de la dama Satomi. Él era hermoso, el largo cabello de un plateado brillante, como metal pulido, y los ojos vagamente dorados.

—Buenas noches, dama Satomi —dijo el hermoso desconocido, en voz baja y fría—. Creo que ya has hecho lo suficiente para una era.

—*Anata...* —la mujer jadeó, reconociéndolo finalmente—. Tú eres...

El desconocido sacó la espada del cuerpo y lo decapitó con un movimiento suave y segador. La sangre salpicó el muro cercano y el grupo de grullas plegadas que se encontraba sobre el escritorio; la cabeza de la dama Satomi golpeó el piso con un golpe sordo. Su última expresión, cuando el cráneo rodó lentamente a través de las tablas, era de conmoción.

Erguido en el dormitorio de una mujer asesinada, sintiendo los fríos ojos de la calavera en su espalda, el extraño sonrió.

—Me temo que no puedo permitir que el chico muera todavía —murmuró, mientras la sangre del cadáver de la dama Satomi se extendía por el piso y se filtraba entre las grietas—. Y la pequeña mitad zorro es... interesante. Me pregunto si será lo suficientemente fuerte para traer de regreso al asesino de demonios —rio entre dientes, divertido—. Hakaimono podría encontrarse un rival digno en este juego. Supongo que tendremos que esperar y ver qué hace ella.

—¿Maestro?

Seigetsu miró hacia abajo cuando un pequeño *yokai*, una figura del tamaño de un niño con un solo ojo enorme en el centro de su rostro, se deslizó dentro

de la habitación. Al mirar el cadáver decapitado, arrugó la nariz y luego lo miró.

—Los guardias se están acercando, maestro. Deberíamos escapar mientras podamos.

—Ve, entonces —indicó—. No esperes por mí, te alcanzaré cuando haya terminado.

El pequeño *yokai* hizo una suave reverencia y se escabulló enseguida, desapareciendo por la puerta, y Seigetsu se encontró solo.

Su mirada se movió a una esquina de la habitación, al espejo de cuerpo entero y la figura fantasmal de una jovencita, que se cernía sobre él. Una ceja plateada se arqueó, y sus labios se curvaron en una lenta sonrisa.

—La dama Satomi está muerta —dijo al fantasma, que lo miraba con grandes ojos pálidos—. Si te habías demorado aquí para vengarte, puedes seguir adelante. Mi tarea está cumplida —sacudió la sangre fuera de su espada, la enfundó y se alejó—. Quien sea que hayas sido —dijo, caminando hacia la puerta—, espero que ahora encuentres descanso. *Sayonara* —su forma delgada se abrió paso a través del marco de la puerta, hacia la terraza exterior, y desapareció.

El fantasma de Suki destelló hasta convertirse en una tenue bola de luz. Por un momento vaciló, flotando por encima de la cabeza atónita y ensangrentada de la dama Satomi e iluminando sus rasgos con su pálido resplandor. Después se elevó en el aire y voló rápidamente a través de la puerta, siguiendo al hermoso hombre por la terraza. Ambos se desvanecieron en la bruma de la noche.

GLOSARIO

A

anata: "tú", palabra muy informal, incluso descortés, para referirse al interlocutor.

amanjaku, amanojaku: significa literalmente "espíritu del mal celestial", son criaturas demoniacas del folklore japonés.

ano...: es una muletilla, equivale a "eh...", "este...".

arigatou: "gracias".

arigatou gozaimasu: "gracias", estilo formal.

ayame: *iris sanguínea*, comunmente llamada "iris japonés".

B

baba: "mujer vieja", "abuela". También puede usarse de forma peyorativa y significar "vieja bruja", "anciana perversa".

baka: "tonto", "idiota".

bakamono: "tonto", "idiota", "estúpido", estilo coloquial.

bakemono: son un tipo particular de *yokai* que puede cambiar su forma; entre los más tradicionales estaban los *ki-tsune* (zorros) y los *tanuki* (mapaches): se supone que ésa era su forma original, pero se podían presentar con apariencia humana.

bokken: espadas de madera utilizadas en las prácticas de entrenamiento.

bushi: guerrero, samurái.

bushido: “el camino del guerrero”, código de honor que guía la vida de un samurái.

C

-chan: sufijo diminutivo que suele emplearse para referirse a chicas adolescentes o a niños pequeños, pero también para expresar cariño o una cercanía especial.

chochin: lámparas tradicionales japonesas que suelen fabricarse con marcos de bambú cubiertos de seda o papel.

cho-han: también conocido como *Ka Cho Han Ka*, es un juego de dados tradicional japonés.

D

daikon: tipo de rábano oriental, grande y de color blanco.

daimyo: antiguo señor feudal japonés.

-dono: sufijo honorífico, más formal que *-san* de un rango similar a *-sama*, que se utiliza para personas de una posición superior, a quien se admira, se sirve o se quiere honrar. Antiguamente lo utilizaban sobre todo los hombres para referirse a mujeres nobles o de una posición muy superior a la propia.

F

furoshiki: tela japonesa para envolver y transportar cosas.

fusuma: paneles deslizables japoneses usados para redefinir espacios en las habitaciones.

futón: estilo de cama tradicional japonesa.

G

gaki: espíritus hambrientos que vivían en constante tormento.

geisha: joven mujer instruida en las artes del entretenimiento: la danza, la música, la ceremonia del té; se contrata para animar ciertas reuniones masculinas.

geta: zapatos de madera japoneses.

go: juego de tablero de estrategia de origen chino.

gomen, gomenasai: “perdón”, “disculpe”.

goryo: fantasmas vengativos de clase aristocrática.

H

hai: “sí”, “de acuerdo”.

haiden: recinto de culto, o salón de oración, dentro de los santuarios sintoístas.

Hakaimono: el nombre del demonio significa literalmente “obra del destructor”.

hakama: un tipo de pantalón largo con pliegues utilizado para proteger las piernas, pero que también llegó a convertirse en símbolo de estatus, por el que eran reconocidos los samuráis.

hakumei: el nombre del castillo del Clan de las Sombras significa “crepúsculo” o “anochecer”.

hannya: fantasma femenino perverso guiado por los celos.

haori: prenda estilo *kimono* que cae a la altura de la cadera o los muslos.

hitodama: alma errante de un recién fallecido en forma de lengua de fuego.

honden: el salón principal de un santuario sintoísta, donde se depositan objetos sagrados, por lo general cerrado al público.

I

iaijutsu: técnica para desenfundar rápidamente una *katana* con fines de combate.

inu: “perro”.

ite: “duele”, “ay”, “auch”, se usa para comunicar dolor.

J

Jigoku: Infierno el inframundo dentro de la religión budista.

Jinkei: “misericordia”, “caridad”.

jorogumo: es un tipo de *yokai*, una araña con la apariencia de una bella mujer que atrae a los humanos, especialmente a los jóvenes, para devorarlos.

K

kabuki: género de teatro tradicional japonés en el cual los actores se presentan con los rostros maquillados.

kaeru: forma de decir “rana” que se pronuncia igual que el verbo “volver”, así, la figura de la rana se utiliza como un amuleto de buena suerte al viajar (para “volver” con bien).

kage: “sombra”.

kago: una especie de litera utilizada para transportar personas.

kagura: antigua ceremonia teatral japonesa, de la religión sintoísta, que honra a los dioses con danza y música.

kama: arma utilizada en las artes marciales, una especie de hoz con mango

largo.

kamaitachi: tipo de *yokai* con forma de comadreja que, según la tradición, aparecía siempre en grupos de tres, en forma de torbellino, para cortar a sus víctimas con sus garras con forma de hoz.

kami: “dios”, deidad o espíritu sagrado de la religión sintoísta.

kanji: ideogramas (sinogramas) procedentes del chino utilizados en la escritura del japonés.

kappa: tipo de *yokai* acuático que habita los ríos y corrientes, son torpes en tierra.

karasu: “cuervo”.

katana: sable tradicional curvo japonés, de un solo filo y con al menos 60 cm de longitud. Arma predilecta de un samurái.

kawa, gawa: “río”.

kawauso: “nutria de río”.

ki: energía vital o cósmica, “espíritu”, “fuerza vital”.

kimono: Túnica de mangas anchas y largas, abierta por delante y que se ciñe, cruzándola, mediante un cinturón o faja (*obi*).

kitsune: “zorro”.

kitsune-bi: fuego fatuo. Literalmente significa “fuego de zorro”, y su posesión y manipulación es una de las habilidades mágicas que se le atribuían a estos seres.

kodama: espíritus de los árboles.

komainu: poderosos perros míticos que actúan como guardianes de los santuarios sintoístas.

konbanwa: “buenas tardes”.

-kun: sufijo honorífico utilizado generalmente en hombres, hace referencia a una persona de menor edad o posición. También lo utilizan los jóvenes

entre sí como una expresión de cercanía y afecto.

kunai: cuchillos arrojadizos que usaban los *shinobi*.

kusarigama: arma compuesta por una hoz y una cadena.

kuso: “mierda”, “maldición”, “diablos”, expresión soez de enojo, frustración o molestia.

M

mabushii: “resplandeciente”, “radiante”, “cegador”.

majutsushi: “mago”, “hechicero”.

mantra: término sánscrito que significa “pensamiento” y designa alguna sílaba, palabra o frase sagrada que se repite como método para meditar o para invocar la ayuda sagrada.

meido: término del budismo japonés para el inframundo, el otro mundo, el reino de la muerte. Es la primera parada de un alma, si la persona no fue suficientemente buena o mala para viajar directo a *Tengoku* (el Cielo) o *Jigoku* (el Infierno). El alma permanece aquí antes de trascender al cielo, renacer o ser arrojada al Infierno.

miko: doncella consagrada a un santuario sintoísta.

mino: impermeable de paja.

mon: “emblema”.

mori: “bosque”.

N

nabe: “olla”, comúnmente se refiere a cualquier guiso con caldo que se prepara en caldero o cazuela.

¿nande?, ¿nani?: “¿qué?”.

ne...: se usa para llamar la atención, equivale a “hey”, “mira”, “oye”.

netsuke: figura tallada en miniatura que se une por una cuerda a una bolsa.

nezumi: “ratón”.

Ningenkai: el “mundo de los humanos”.

ninja: guerrero japonés experto en artes marciales.

nogitsune: literalmente, “zorro salvaje”. Un *nogitsune* era un *kitsune* malvado.

O

obi: faja o cinturón del *kimono*.

ofuda: amuleto protector.

ohayou gozaimasu: “buenos días”.

oi...: “hey”, se utiliza para llamar la atención.

oji-san: “tío”.

ojou, ojou-san: joven mujer, “dama”, “señorita”, estilo formal.

omachi kudasai: “espere un poco, por favor”.

omukade: *yokai* gigante con apariencia de ciempiés.

oni: un tipo de *yokai*, o demonio, por lo general con apariencia de ogro.

onikuma: un tipo de *yokai* con apariencia de oso.

onmyodo: disciplina esotérica japonesa con bases en la teoría de los cinco elementos y del yin y el yang.

onmyoji: practicante de *onmyodo*, se especializaba en magia y adivinación, y solía trabajar en la corte para protegerla de los fantasmas y adivinar su futuro, entre otras tareas.

onryo: espectros que buscan venganza.

origami: arte de hacer figuras de papel plegado.

oyasuminasai: “buenas noches”, frase para antes de dormir.

R

ronin: samurái errante, sin señor a quien servir.

ryokan: “posada”.

ryu: “dragón japonés”.

S

sake: bebida alcohólica hecha a partir de arroz.

sakura: “árbol del cerezo”.

-sama: sufijo honorífico, más formal que *-san*, que se utiliza para personas de una posición muy superior (como un monarca o un gran maestro) o alguien a quien se admira mucho.

samurái: guerrero jurado a las órdenes de un noble, o gran señor.

-san: es el sufijo honorífico más común, expresa cortesía y respeto, y se utiliza tanto en hombres como en mujeres.

sansai: plantas silvestres comestibles.

sayonara: “adiós”.

sensei: “maestro”.

seppuku: nombre formal de lo que solemos conocer como “*harakiri*”, el suicidio ritual generalmente asociado con los samuráis.

shamisen: instrumento musical tradicional de tres cuerdas.

shinobi: nombre formal con el que se nombra a un guerrero *ninja*.

shogi: juego de tablero, también conocido como “ajedrez japonés”.

shoji: tradicional puerta corrediza con marco de madera y papel de arroz.

shuriken: arma arrojadiza de metal con, generalmente, cuatro picos afilados, conocida también como “estrella ninja”.

sora: “cielo”.

sugoi: “sorprendente”, “asombroso”, “genial”.

sumimasen: “perdone”, una manera formal de disculparse.

sutra: término del sánscrito utilizado para nombrar los discursos dados por Buda o sus discípulos más allegados. Dentro del budismo, es común recitar un *sutra* para ahuyentar los malos espíritus, como si fuera un *mantra*.

T

tabi, jika-tabi: calzado japonés de madera, similar a las botas con división para el pulgar.

Taiyo: “Sol”.

Tamafuku: *Kami* de la Suerte.

tanto: espada corta, de entre 15 y 30 cm de longitud.

tanuki: “mapache”. En el folklore japonés son retratados como animales extraños y hasta supernaturales.

tatami: esteras tradicionalmente hechas de paja que se utilizaban para recubrir el piso de las habitaciones y eran consideradas una unidad de medida de estos espacios.

Tengoku: Cielo, el paraíso dentro de la religión budista.

tetsubo: antigua arma japonesa parecida a una gran maza, usualmente hecha de madera y repleta con puntas de metal. A los *oni* se les representaba tradicionalmente con una maza *tetsubo* en las manos.

tofu: ingrediente muy común en la cocina japonesa, es una especie de queso

realizado a partir de la fermentación de la leche de soya.

tora: “tigre”.

torii: arco tradicional japonés ubicado en la entrada de los santuarios sintoístas que marca la frontera entre lo profano y lo sagrado, el paso del mundo de los mortales al mundo de los *kami*.

Tsuki: “Luna”.

U

ubume: espíritus mortificados de mujeres que fallecieron a causa de complicaciones derivadas del embarazo o parto.

usagi: “conejo”.

W

wakizashi: sable tradicional más corto que una *katana*, de entre 30 y 60 cm de longitud.

wara ningyo: muñecos, por lo general de forma humana, (*ningyo*), utilizados en rituales de magia oscura. A través de este muñeco de paja, se lanza una maldición contra alguna persona.

Y

yamabushi: sacerdote de las montañas.

yari: lanza de hoja recta.

yojimbo: “escolta”, “guardaespaldas”.

yokai: los demonios y seres sobrenaturales se agrupan bajo este término.

yokatta: “qué bueno”, “qué alivio”, “me alegro”.

yumi: arco asimétrico tradicional japonés.

yurei: “espíritu caído”, es el nombre genérico para los fantasmas.

Z

zashiki-warashi, zashiki-bokko: son un tipo de ser espiritual del folklore japonés que protege las casas y a sus habitantes de cualquier peligro, proporcionando felicidad y prosperidad.

Julie Kagawa es autora de varios éxitos de venta de *The New York Times*, como las series Iron Fey y Blood of Eden. Nació en Sacramento, California, aunque actualmente vive en Louisville, Kentucky, junto a su marido, un gato detestable, un pastor australiano más inteligente de la cuenta y un papillon hiperactivo.

juliekagawa.com

 [julie.kagawa](https://www.facebook.com/julie.kagawa)

 [@Jkagawa](https://twitter.com/Jkagawa)

 [juliekagawaauthor](https://www.instagram.com/juliekagawaauthor)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

LA SOMBRA DEL ZORRO

Título original: *The Shadow of the Fox*

© 2018, Julie Kagawa

Publicado según acuerdo con Harlequin Books S.A.

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Portada: © 2018, Harlequin Books S.A.

Según acuerdo con Harlequin Books S.A. ® y ™ son marcas propiedad de Harlequin Books S.A. o sus compañías afiliadas, usadas bajo licencia.

Ilustraciones de portada: Jenué (máscara), Shutterstock (paisaje y círculo)

Diseño de portada: Mary Luna

D.R. © 2018, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 – 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: noviembre, 2018

eISBN: 978-607-527-732-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicaci3n

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

ÍNDICE

Portada
Página de título
Dedicatoria
Imperio de Iwagoto

PARTE I

Capítulo uno. Principios y finales
Capítulo dos. Un zorro en el templo
Capítulo tres. El guerrero sombra
Capítulo cuatro. Té *tanuki*
Capítulo cinco. Demonios en el bambú
Capítulo seis. El fuego de la desesperanza
Capítulo siete. Una propuesta inesperada
Capítulo ocho. Dos almas para el camino

PARTE II

Capítulo nueve. Alma errante
Capítulo diez. Camino a la capital
Capítulo once. Comadreja en el viento
Capítulo doce. El demonio oso de Suimin Mori
Capítulo trece. La canción de los *kodama*
Capítulo catorce. Cuidado con los perros
Capítulo quince. El valor de las migajas
Capítulo dieciséis. *Yokai* bajo la luz de la luna
Capítulo diecisiete. Hospitalidad
Capítulo dieciocho. Maldiciones
Capítulo diecinueve. Hablando con los *yurei*

PARTE III

Capítulo veinte. Magia de sangre
Capítulo veintiuno. La leyenda de Oni no Mikoto
Capítulo veintidós. Ojos de cuervo
Capítulo veintitrés. El demonio en el puente

Capítulo veinticuatro. El gran *Omukade*
Capítulo veinticinco. Una oferta para el príncipe
Capítulo veintiséis. Ciudad capital
Capítulo veintisiete. Invocado por la sombra
Capítulo veintiocho. La contemplación de la luna
Capítulo veintinueve. La fortuna del Emperador
Capítulo treinta. La víbora en seda
Capítulo treinta y uno. El espejo sin reflejo
Capítulo treinta y dos. Magia de zorro
Capítulo treinta y tres. Yaburama
Capítulo treinta y cuatro. El Destructor
Capítulo treinta y cinco. El demonio de la espada
Epílogo

Glosario

Datos de la autora

Página de créditos